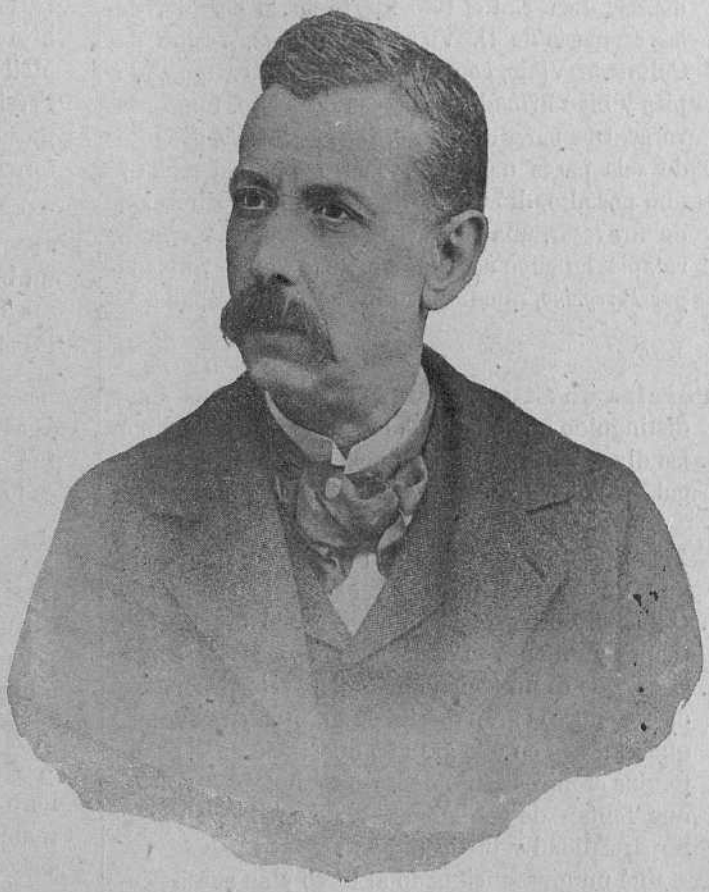
pada Manuel García *(El Espartero)* en la segunda de las veces, en que al matarle, le cogió. Disecada luego la cabeza del animal, que era colorado, ojo de perdiz, listón, delantero y astifino, pesó dicha cabeza 72 kilógramos, siendo su testuz de 58 centímetros, de trompa 19, largo del asta, 53, de cuna, 55, de pitón á pitón, 27, ancho de la frente sobre las órbitas, 28, grueso del asta por su parte mayor, 24, del cuello por la parte superior, 64, y por la inferior, 76, y tenía los ojos extremadamente pequeños, dadas esas proporciones. La posee el conocido aficionado de Madrid D. Pedro Niembro.

Perea, D. Alfredo.—Distinguido pintor madrileño, discípulo de la Academia de San Fernando y de la Imperial de París. Aparte de los muchos y buenos cuadros y dibujos de historia que ha admirado el público en varias exposiciones, ha dibujado con gran verdad algunas colecciones de láminas de suertes de tauromaquia y suyos fueron los retratos de toreros que ilustraron la primera edición de esta obra. Murió en Madrid en 1895.

Fué, en sus últimos tiempos, ardiente partidario de Rafael Guerra.

Perea y Rojas, D. Daniel.—Hermano del anterior, sordomudo de nacimiento y excelente dibujante. Nadie como él, ha sabido pintar con tanta



verdad las suertes de toros, en las infinitas colocaciones en que pueden ser manifestadas. Ha hecho tan gran número de dibujos para ilustraciones de obras de lujo, que ni él mismo podría ya contarlos; y todos tan perfectos y tan variados que no se ha dado el caso de repetirse una vez. Durante muchos años ha sido el que ha dado vida al periódico *La Lidia* con sus preciosos cuadros taurinos en acción, y su nombre es tan popular, que raro será el aficionado al arte de Montes que no admire en este distinguido profesor de la Escuela de Sordomudos al entendido y original dibujante, primero de su género en el mundo.

Perea, Juan *(Brazo de hierro).*—En 1883 se presentó á picar toros en la Habana, con muchas pretensiones, este hijo de la ciudad de Cádiz. No disgustó á la concurrencia, sin que esto sea decir que supiera su obligación. Había empezado en Sevilla el 6 de Agosto de 1876, usando el apodo de *El Cubano.*

Peregrino.—Nombre del toro que inutilizó á Antonio Sánchez *(El Tato)* en la tarde del 7 de Junio de 1869, cuando en la plaza de Madrid se celebraba oficialmente la promulgación de la Constitución democrática. Era el toro cuarto de la corrida, de la ganadería de D. Vicente Martínez, vecino de Colmenar Viejo, con divisa morada, castaño, de piés y bien armado; se presentó abanto, tomó seis varas, tres pares de banderillas, y *El Tato*, después de seis pases naturales, cuatro con la derecha y uno por alto, dió una corta á volapié en dirección de atravesar, una en hueso lo mismo, y un gran volapié, en cuyo acto fué enganchado y volteado por *Peregrino*, que no hizo más caso del espada.

Pereira da Silva, Joaquín Cándido.—Este distinguido aficionado de los más entusiastas por las diversiones taurinas que ha habido en Portugal, nació en Lisboa en 1850 y falleció en 1888.

Fué el fundador y director del periódico *Annaes Tauromachicos* y fué también desde su fundación uno de los redactores del excelente semanario *O Toureiro*. En este periódico escribió muchos artículos y un curioso *Tratado de tauromaquia portuguesa*, que es un trabajo de mucho valor, y en donde se conoce el gran mérito de su inteligente autor, que muestra en ello gran competencia en el asunto. Sus crónicas tauromacas eran notables por lo que tenían de verdaderas, y además por su gran imparcialidad y justicia.

Fué un gran aficionado al toreo y en sus artículos era riguroso para todo el torero que no se ceñía á las reglas del verdadero arte. Con su muerte perdió la afición portuguesa uno de sus mayores adictos, que concurrió mucho á ilustrar la crítica taurina portuguesa.

Pereira Núñez, Federico Augusto.—Natural de Pernes (Portugal) y excelente farpeador, capinha y banderillero. Fué discípulo del afamado *Vimioso* y desde los catorce años de edad se dedicó á la lidia, dejando de torear en 1865, á consecuencia de una gran cogida que puso en peligro su existencia. Mientras su enfermedad recibió inequívocas muestras de aprecio de todas las clases de la sociedad, altas y bajas, incluso del rey y otros magnates.

Aficionado como este fué, hay pocos. Falleció en Cintra de una angina en Julio de 1894.

Pereira Continho, D. Antonio.—Entusiasta lusitano por las corridas de toros, fué mozo de forcado valiente y banderillero distinguido. Aún vive tan excelente amador.

Pereira Continho, D. Jerónimo *(Soidos)*.—Gran mozo de forcado desde 1868, es muy valiente, sabe lo que hace y su especialidad es colear las reses con singular destreza. Nació en Alcochete, Portugal, en 17 de Diciembre de 1856, siendo hijo de la Sra. D.ª María José da Graça Tellez de Mello de Almeida Malheiro y de D. Antonio Luis Pereira Continho; hace pocos años que este buen mozo de forcado, amador distinguido se retiró del toreo.

Pereira Continho, D. Miguel *(Soidos)*.—Fué un buen mozo de forcado en las plazas portuguesas, donde trabajó como amador, lo mismo que los siguientes.

Pereira Continho, D. Juan *(Soidos)*.—Aun fué más notable que el anterior este mozo de forcado, que empezó á trabajar en 1877.

Pereira Continho, D. Pedro *(Soidos)*.—Poco menos que los anteriores fué de entendido este pegador portugués, que cuanto á valentía, no iba á la zaga.

Pereira, Manuel.—No hemos visto á este caballero rejoneador. Sus paisanos, los portugueses, le tienen en muy poco generalmente.

Pereira Machado, Vizconde de.—Lo que no hace la práctica continuada, lo consigue el pundonor, y por eso este caballero rejoneador portugués, torea bastante bien desde 1888, en concepto de aficionado.

Perera, Agustín.—Era un espada de segundo orden, con facultades, que estuvo al lado de Manuel Domínguez algún tiempo. No adelantó gran cosa; y el día 5 de Junio de 1870 tuvo la desgracia de que un toro llamado *Girón*, de la ganadería de D. Fernando Gutiérrez, vecino de Benavente, le causase en la plaza de toros de esta ciudad una grave herida en el pecho, de que falleció á los cinco días. Se estrenó en Sevilla el 30 de Mayo de 1861.

Perestello de Vasconcellos, Antonio.—De distinguida familia, figura arrogante, joven y valiente, es tenido en Portugal por un banderillero de primera nota. Clava los palos perfectamente y maneja el capote y la muleta con tan rara habilidad, y sin hacer monadas ni desplantes, que si-

guiendo así, hay esperanza de que sea un buen matador de toros, á no ser que, por seguir una carrera científica, ya empezada, abandone el arte, en que tantos triunfos consigue. Dice que tiene propósito

de no torear más, pero sus amigos, amadores como él, quieren verle aún, que es joven y puede.

Nació en Lisboa en 10 de Noviembre de 1872 y es hijo de D. Francisco y D.ª Leopoldina.

Pérez, Esteban *(El Cerrajero)*.—Según carteles del siglo pasado, y en particular el de la 16.ª corrida de abono que se verificó en 10 de Noviembre de 1777, fué natural del Puerto de Santa María, y picaba á pie, á un toro de puntas, con vara de detener, «al modo que lo ejecutaba el difunto Cándido» y después banderilleaba sólo, «capeándole á la navarra como lo acostumbraba Pedro Romero» y también le estoqueaba «según lo hizo con satisfacción de los concurrentes, en la fiesta anterior». Es posible que todo ese trabajo fuese retribuído, á lo más, con diez ducados: y también es posible, que el pobre hombre concluyese sus días ignorado, porque de él hay pocos documentos que hablen.

Pérez de Guzmán, D. Rafael.—La noble raza de los Guzmanes, la de los valientes caballeros por cuyas venas corre la sangre de aquél su antepasado que mereció el sobrenombre de *el Bueno*, por la heróica y sobrenatural acción que espantó al mundo, no podía menos de tener en nuestro libro un privilegiado sitio.

Hubo una época gloriosa para el toreo, en que los grandes magnates y esforzados caballeros, entre los que se cuenta más de un Guzmán, tomaban parte activa en las lidias de toros alanceándolos y rejoneándolos. Entonces los mismos señores acudían, por obligación que se impusieron en sus leyes de la lidia, á matar toros bravos á pie con espada, y alguno hubo que con un golpe de mandoble, cortó el cuello á un toro cercen á cercen, como lo hizo en Nápoles el formidable guerrero español Diego García de Paredes.

Más tarde, pero todavía en fecha relativamente remota, se adiestraban en ejercicios de la jineta, y con especialidad en burlar la fiereza de los toros, castigándolos con rejones y garrochas, los nobles é hidalgos de las villas y ciudades á quienes su desahogada posición permitía sufragar los gastos que tal divertimiento les ocasionaba, y su afición impelía á domar y vencer fieras con su inteligencia y brazo. Los Guzmanes sonaron mucho por esta época (siglos XVI y XVII) como diestros y esforzados campeones.

Entre los más nobles hidalgos que en plaza cerrada se presentaron á lucir ante las damas su rara habilidad, hubo uno cuya portentosa mano izquierda salvaba siempre á los caballos del peligro, al paso que con la derecha acertaba de tal modo á clavar en el morrillo de la enastada fiera el agudo hierro, que pocas veces, casi ninguna, erraba el golpe. Su fama, como no podía menos de suceder, se extendió por todas partes, y en España llegó á conocerse á este arrojado caballero con un sobrenombre que hizo olvidar el que de sus padres recibiera. Le llamaron El Toreador. Disputáronse las damas de alto timbre los favores de tan gentil y bravo caballero, y andando el tiempo, contrajo matrimonio con una elevadísima señora de la más preciada nobleza de España, que llevaba por línea recta el envidiable apellido de Pérez de Guzmán.

Más tarde, en el último tercio del siglo anterior, llamó la atención entre los aficionados, por sus especiales conocimientos en tauromaquia y su excesivo ejercicio á caballo en el campo en faena con las reses, D. Enrique Pérez de Guzmán, que trasmitió á sus hijos D. Rafael y D. Domingo sus dotes especiales para cultivar la afición al ejercicio que hizo sus delicias.

D. Rafael Pérez de Guzmán traía, pues, de abolengo valor probado y afición decidida. Nació en Córdoba el día 1.º de Abril de 1802. Desde que su edad y sus fuerzas lo permitieron, fué su ocupación favorita *acosar* y *derribar* reses en campo abierto, y alguna vez capearlas y sortearlas á pié, ya con su hermano, ya con amigos y paisanos que admiraban su serenidad é inteligencia. Sirvió don Rafael en el ejército español en clase de oficial del regimiento de caballería del Príncipe, y por el año

de 1830 hallábase de guarnición en Sevilla, la gran ciudad del toreo, de los amores y de las diversiones. Hombre joven, de educación exquisita, buen mozo, y por su cuna y posición perfectamente relacionado, bien pronto se dió á conocer en los principales círculos de la ciudad, entre cuyos concurrentes alcanzó muchas y merecidas simpatías.

Precisamente en aquella época era cuando el arte taurómaco empezaba á tomar nuevo desarrollo, gracias á la fundación de la Escuela que en la misma ciudad debían dirigir Romero y Cándido, y un alma ardiente y apasionada como la suya por el toreo, había de excitarse más oyendo explicar á aquellos maestros las principales suertes del difícil arte que con tanta gloria ejercieron en su tiempo. Hubo además otros hechos que la casualidad, el espíritu de la época ó singulares coincidencias hicieron á Guzmán impregnarse, digámoslo así, en las corrientes taurinas del amor al arte, del entusiasmo por el mismo. Su sobrino, el señor D. José Pérez de Guzman, lo explica con suma claridad y precisión al hablar de D. Fernando Espinosa, conocido en Sevilla por Conde del Aguila.

«Este rumboso caballero—dice—cuyas pingües rentas bastaban apenas para satisfacer sus caprichos y los enormes gastos que la tauromaquia le acarreaba, reunía, bajo el imperio de su voluntad y de su genio festivo y su carácter propiamente andaluz, todos los elementos de la afición taurina. Su casa era el centro de las conversaciones; sus amenas propiedades, testigos fieles de los hechos y diversiones de sus amigos; sus bravos toros, el elemento que servía de ensayo á los noveles diestros; su oro, el que protegía á la gente del arte; y su influencia, en fin, la que inclinaba la balanza del público hacia este ó el otro torero que ante él se presentaba.»

Esto afirma el escritor cordobés, y en ello nada exagera. No es preciso esforzarse mucho para hacer comprender que D. Rafael Pérez de Guzman, dadas sus condiciones y prendas de carácter expresadas, había de ser amigo íntimo del Conde del Aguila, con él había de *acosar* reses, y con él había de lidiarlas de todos modos en cuantas ocasiones se le presentaban, que no eran pocas.

Vino, pues, la afición á la lidia á constituir en D. Rafael un vicio, que por lo mismo que de él no pensaba apartarse, se le arraigaba fuertemente. Viéronle torear los Ruiz, León, Pastor, Pichoco, Lemos y otros lidiadores de nombre acreditado, y todos unánimes aplaudieron y celebraron sus especiales dotes para ejercer el arte, viniendo á suceder lo de siempre: las bromas y los pasatiempos iban á ser formales realidades.

Don Rafael Pérez de Guzmán se retiró del ejército; y una vez paisano, con el cual nada tenía que ver la severa ordenanza militar, trocó el sable por la espada, buscando en la nueva profesión de torero lauros y renombre que no había obtenido como militar. Tal vez si hubiese continuado en el servicio del ejército pocos años más, hubiera ganado altos puestos con sus proezas, ya que era valiente, en la primera guerra civil del presente siglo; pero habría sido matando hombres, no fieras.

Decidido ya á ejercer su nueva profesión, Pérez de Guzmán no podía empezar por donde otros. Su aprendizaje le tenía hecho, y los maestros habían aprobado sus estudios taurómacos; pero como todavía en aquella época no era posible desprenderse de ciertas preocupaciones sociales, la presentación en la arena tenía que hacerla revistiendo cierto carácter de solemnidad aristocrática, de que más adelante prescindió. En primer lugar, escogió para su estreno uno de los días en que la Asociación del Buen Pastor había obtenido del rey licencia para dar una corrida á beneficio de los pobres presos de las cárceles de Sevilla, y en la

que por consiguiente iba á trabajar de balde. Quisieron además honrarle, acompañándole en la lidia, los Sres. D. José María Durán, del Puerto de Santa María; D. Pablo de la Cruz, de Sanlúcar de Barrameda; D. Miguel Martínez, del Puerto de Santa María; D. Antonio Lemos, de Alcalá de Guadaira, y D. José de Osuna, de Tocina, que fueron los picadores para toda la corrida. Y por fin, los notables matadores Antonio y Luis Ruiz *(Los Sombrereros)*, quisieron ayudarle, para en un caso desgraciado seguir la función ellos.

Fijáronse los carteles en Sevilla, anunciando la función para el lunes 23 de Agosto de 1830, bajo la presidencia del famoso Asistente de Sevilla don José Manuel de Arjona, y con ocho toros, cuatro de D. Pedro de Vera y Delgado, y cuatro de don José María Durán, distinguido ganadero que, como hemos dicho, iba á desempeñar las funciones de primer picador. No había para matar ocho toros más que un solo espada: D. Rafael Pérez de Guzmán. Lo que por él pasaría al presentarse en el redondel, acompañado de tan brillante cortejo, frenéticamente aplaudido por todo el pueblo sevillano, y midiendo en su imaginación la trascendencia del compromiso y obligación que se había impuesto, figúreselo el lector reflexionando un poco sobre trance tan apurado.

Porque no era precisamente el temor de ser herido el que afectaba al novel espada, que esto le importaba poco, puesto que en sus venas había sangre de valientes, sino la eventualidad de poderse deslucir en la lidia, matando sus ilusiones para lo futuro. Si esto sucede á todos los que se presentan á ser juzgados por el público en cualquier arte, con mayor razón le ha de suceder al torero, que, además, ha de tener gran presencia de ánimo para no dejarse impresionar de tal modo que ponga en mayor peligro su existencia. Y si el torero es de las circunstancias y antecedentes de Pérez de Guzmán, y para salir del compromiso ha de matar solo, sin alternar con nadie, ocho toros, la dificultad de vencerse sube de punto hasta rayar en lo inverosímil.

Don Rafael Pérez de Guzmán, sin embargo, quedó como quien era. Mató los ocho toros, cinco *recibiéndolos*, tres á *volapié*. Once estocadas; ninguna baja.

No pudo ser mejor el éxito de su ensayo. Sentó plaza de matador de nombre desde el primer momento, subiendo de un salto á la cúspide del arte sin pisar los escalones que á ella conducen. Desde entonces alternó ya con los espadas de su tiempo, y al año siguiente, 1831, en una corrida que se celebró en Madrid el día de San Antonio, mató dos toros, *recibiendo* tres veces al primero, y de una sola estocada de dicho modo al segundo, ó sea al cuarto de la corrida.

En la mayor parte de las plazas de España trabajó con aceptación; y de tal manera entusiasmó en una corrida celebrada en Aranjuez, que la reina Cristina le regaló un magnífico traje azul bordado de oro, y muchos aficionados le obsequiaron delicadamente.

Pero ¡ay! que la vida del hombre está á merced de cualquier bandido, cuando un país se encuentra aniquilado por una guerra civil. El bravo, el pundonoroso, el caballero Guzmán, cuya vida respetaron más de trescientos toros, murió en los llanos de la Mancha, inmediatos al pueblo de la Guardia, partido de Lillo en la provincia de Toledo, á manos de una partida de foragidos carlistas, el día 22 de Abril de 1838. Venía desde Sevilla á Madrid ajustado para trabajar con Montes y Miranda el siguiente día 23, en que habían de lidiarse toros de Veragua. D. Rafael Pérez de Guzmán no era de gran estatura, pero alcanzaba bien á dominar los toros. Parado y extremadamente fino en sus actitudes, no tenía la activa movilidad de otros, lo cual en nuestro concepto le favorecía para ejecutar las suertes que le eran más familiares, como en el capeo las *verónicas*, en los *pases* los naturales, y en las estocadas las de *recibir*. Era porfiado y hasta temerario en la lidia, pareciéndose en esto mucho á Juan León, que enorgullecido cuando Guzmán recibía aplausos, decía que eran suyos porque él le había dado lecciones. Como particular, fué siempre amigo fiel, generoso y hasta espléndido con los necesitados, afable y fino con todos, obsequioso hasta el exceso con el sexo femenino, y de carácter vivo y enérgica resolución. Cuanto tenía de formal en sus tratos y de serio en el redondel, era de alegre, jaranero y bromista en francachelas y convites, permitiéndole su esmerada educación alternar decentemente con gentes de elevada alcurnia, lo mismo que con las de más ínfima clase, sin lastimar en nada la suspicacia de ninguno. Treinta y seis años tenía cuando le asesinaron, y ocho llevaba ejerciendo la profesión de torero. Ninguna herida importante le causaron las fieras. En cambio los hombres...

Pérez Alonso, Laureano.—Tomó la alternativa de picador en una de las corridas celebradas en Madrid el año de 1814. No llegó á conquistarse un nombre de primera clase, pero cumplió sin desdoro. Fué natural de Medina Sidonia.

Pérez, Andrés.—Poco más ó menos, hacia el año de 1820 se conoció en Sevilla y en Madrid á este picador, que trabajó en unión del afamado Juan Pinto. Fué natural de Jerez de la Frontera.

Pérez, Andrés.—Habanero que mataba toros en aquel país hará diez años escasamente, no sabemos si bien ó mal. Alternó allí con algún espada de la Península, pero de aquella parte del mundo no ha salido su nombradía.

Pérez Laborda, Juan.—Picador que lleva de práctica más de catorce años, y no ha logrado hacerse con un nombre de resonancia en el arte.

Pérez Urría, D. Rafael.—Modestísimo escritor, de mayor talento de lo que él cree, que ha publicado graciosas poesías contra los chulos y flamencos que desvirtúan el arte de torear. Sus famosas *Maleterías* en que ridiculiza á los que, sin ser toreros pretenden serlo, se leerán siempre con gusto por todos los amantes de lo que es bueno.

Pérez, Manuel *(El Sastre).*—El día 17 de Septiembre de 1880, tomó en Madrid la alternativa de picador de toros este muchacho, que nació en Torrejón de Velasco, provincia de Madrid, el día 17 de

Junio de 1858. Sus padres, Juan y Eiadia López, le dedicaron al oficio de sastre, en que fué bastante aventajado, pero sus aficiones le llevaron al arte de torear, por el cual abandonó aquél.

Empezó en novilladas en la plaza de los Campos Elíseos el año 1876, y en el mismo año ingresó en la cuadrilla de niños que dirigía Vicente Ortega, y á los dos años toreó en Montevideo en compañía de Carrión y *Mateito*. Cuando regresó á España, trabajó en las cuadrillas de *Lagartijo*, *Cara-ancha* y Angel Pastor, con gran voluntad, y luego en la Habana con *Lagartija* y Mazzantini, que le llevó á México en el año de 1888, en cuyo año, toreando con *Frascuelo*, tuvo una cogida en Madrid que le lastimó gravemente la muñeca del brazo izquierdo, además del pie derecho.

Ha sido tal su afición y tal su deseo de ser útil á los desvalidos, que ha trabajado gratis en muchas corridas benéficas, llevándole su afición hasta el punto de torear á pie y ejecutar la suerte de matar, en una novillada que se dió en Murcia cuando las célebres inundaciones, y en Madrid en la que se celebró á beneficio de un hijo del antiguo picador Mariano Cortés *(El Naranjero)*.

Ha rejoneado también con tanta habilidad como picando toros, y en esta suerte se le ha visto siempre entrar por derecho, y castigar bien.

La prensa se ocupó mucho del rasgo de valor y serenidad que demostró para sujetar los caballos de un coche que venían desbocados por la Puerta del Sol á la calle de Carretas, salvando á las personas que ocupaban el carruaje, y sufriendo una gran contusión.

Pérez Adsuar, D. José.—Buen aficionado, y escritor taurino, que ha colaborado y sido corresponsal de muchos periódicos que se han publicado en España y América. No se apasiona por diestros de-

terminados, aplaude lo bueno y censura lo malo, sin exagerar, dominando en sus escritos la nota festiva que ha cultivado con buen éxito. Nació en Madrid el 14 de Noviembre de 1864, siendo hijo de D. Manuel y de doña María; empezó sus estu-

dios al lado de su hermano mayor, para ser ingeniero, pero la muerte de éste y la de su padre, trastornaron sus planes, y tuvo precisión de aplicarse al oficio de grabador litógrafo, en que hizo notables adelantos; obteniendo luego un destino poco importante, que le permite dedicarse de lleno á sus aficiones periodísticas. Hoy es redactor del *Toreo Cómico* y del *Programa oficial;* de afable trato, y demasiado humilde para oir apreciaciones ajenas, que contradice con modestia y fina delicadeza.

Pérez, Manuel.—Picador que formó parte de la cuadrilla de Manuel Domínguez y fué hijo de Rafael y de María Pérez. Nació en Sevilla el 17 de Septiembre de 1828 siendo bautizado en la parroquia de San Julián. Al concluir la instrucción primaria, entró en clase de aprendiz en la fábrica de sombreros de que fué dueño D. Juan Miura, y esto le proporcionó estrecha amistad con D. Antonio Miura, que siendo joven compró tres becerros que Pérez, sin más estudios que su inteligencia y afición, educó para cabestros. Abandonando el oficio de sombrerero, púsose Pérez al frente de un cortijo que su padre tomó en arrendamiento, y llevado de su afición, sin olvidar las labores del campo, salió á picar en varias novilladas con José Lami *(El Francés)*, hasta que en 1848 le dió la alternativa de picador en la plaza de Almería, Francisco Hormigo, con la cuadrilla de Manuel Trigo, pasando después á las de Juan Lucas Blanco, Jose Carmona, José Rodríguez *(Pepete)*, Antonio Sánchez *(El Tato)* y *Curro Cúchares*; luego ya, en 1856 se presentó en Madrid con Domínguez según dejamos indicado, y se retiró del toreo cuando éste lo verificó haciéndose dueño de una de las mejores ganaderías de Sevilla. Ha sido un picador serio, de buena presencia, notable caballista y muy conocedor del arte.

Pérez, José *(Julio)*.—Matador de toros en novilladas de provincias; es uno de los infinitos que al arte se dedican, pensando llegar de reclutas á generales.

Pérez, Nicolás *(El Maleño)*.—Banderillero atrevido, de regulares condiciones, que puede hacer algo si se aplica más de lo que hasta ahora; pues que se ha limitado á demostrar buena voluntad. Nació en Madrid el 6 de Octubre de 1866, y ha hecho su aprendizaje en Salamanca.

Pérez, Joaquín *(Pechuga)*.—Pero hombre ¿no es preciso para ser matador de toros más que valentía y ligereza? ¿Y el valor sereno? ¿Y la calma? ¿Y el conocimiento de lo que se trae entre manos? Figura en carteles de novilladas para los toros de muerte, y por lo que hemos visto en Madrid, necesita mucho tiempo y más sangre fría para no sufrir un desengaño.

No sabemos si éste mismo ha usado el apodo del *Torerito*, ó si hay otro matador en novilladas de iguales nombre y apellido que aún no conocemos, pero del que se nos han dado noticias parecidas al juicio que dejamos expuesto. Con este último apodo y de aquel nombre y apellido hay un banderillero bastante aceptable.

Pérez, Juan.—Un picador como otros tantos, de moderna entrada en el arte, y por consiguiente de escasos méritos hasta ahora. Podía darse por contento con llegar á lo que fué

Pérez, Juan.—Picador de general aceptación en 1830 y siguientes, que tuvo fama de bravo y atrevido.

Pérez, Alonso.—Tampoco éste picador de la época primera de Montes, dejó mal nombre en el toreo.

Pérez y Sánchez, D. Primitivo.—Había, no hace mucho tiempo, en la ciudad de Alicante una sociedad de aficionados al arte de Montes, que no se contentaba con un amor platónico, sino que organizaba y daba corridas de toros de tal importancia, con tal lujo y con tal precisión de detalles taurinos, que sobre ser costosos, colocaban á aquella ciudad al nivel de la mejor de España en sus funciones anuales. Para que esto suceda es preciso que todos los socios sean amantes del toreo, puesto que su pensamiento no es ganar dinero, que es dar á su pueblo lo mejor del arte, cueste lo que cueste, y que el Presidente, el que imprima carácter á la sociedad, sea enérgico, activo, entendido y al mismo tiempo conciliador. El Sr. Pérez por reunir esas dotes presidió al «Especta-Club» que así se llamaba la sociedad, por las simpatías con que allí cuenta, su desprendimiento y buena posición social. Es natural de Monóvar, y de cuarenta y cuatro años de edad.

Pérez, Alonso *(El Mínimum)*.—En la época de los buenos picadores, es decir, en el primer tercio de este siglo, era Pérez uno de los más acreditados por su excelente escuela.

Pérez, Miguel.—Picador de vara larga, contemporáneo de Parra, Cañete, Amisas y demás nota-

bilidades del último tercio del pasado siglo. En una corrida celebrada en Madrid, en 1793, cayó al descubierto, le salvó Pedro Romero de la primera embestida de la fiera, se revolvió ésta, y rápidamente cogió Pérez un capote, dió tres verónicas y dos navarras, que no solo pararon al toro, sino que le hicieron hocicar.

Pérez, Pedro.—¡Qué lástima de muchacho! dicen los que le conocieron. Era posterior á Muñiz, contemporáneo del *Regatero*, fino como aquél, firme como éste, y de mejores facultades que ambos. Murió cuando empezaba á llamar la atención, á la edad de veintisiete años y de muerte natural, siendo soltero y viviendo en la calle del Mesón de Paredes, número 40, cuarto segundo. En Chinchón, cabeza de partido de la provincia de Madrid, nació en el año de 1824, y fué sepultado el 9 de Agosto de 1851 en la del número 26, galería primera izquierda del cementerio de San Ginés y San Luis de esta corte.

Pérez, José.—Rejonea toros á caballo, no sabemos cómo, aunque dicen que es muy valiente. Es tan poco conocido, que es muy difícil adquirir noticias de él.

Pérez, José.—*Parece* que hay un banderillero de este nombre que no *parece* en ninguna plaza de importancia. ¿Será el que han dado en apellidar *Califa*? En este caso es un muchacho que cubre su puesto regularmente, clava banderillas con desahogo y procura no estorbar con el capote. A pesar de todo y atendiendo al mucho tiempo que lleva toreando, no pasará del límite á que ha llegado. No hay que confundir á éste *Califa* con otro que lleva igual mote.

Pérez, Enrique *(Perdigón).*—Empieza ahora, corre como su mote indica, quiere, y clava banderillas. Trae los resabios de todos los chicos que empiezan en cuadrillas de niños, que son los de no estarse quietos, torear casi siempre fuera de cacho y hacer muchos desplantes y atrevimientos. Puede ser algo con el tiempo.

Pérez, Cristino.—Si no recordamos mal, éste fué un banderillero de grandes esperanzas, que murió en Madrid de una enfermedad que se apoderó de él siendo muy joven. Empezaba á aprender cuando Matías Muñiz, poco más ó menos.

Pérez de Guzmán, D. José.—Escritor cordobés, muy acreditado como inteligente aficionado y autor de varios artículos de excelente criterio taurómaco. De la noble familia del malogrado espada D. Rafael Pérez de Guzmán, poseía algunos raros documentos taurinos; era apasionadísimo partidario de *Lagartijo* y de cuantos toreros cordobeses ha habido, y creemos ha fallecido hace pocos años.

Pérez Olmo, D. Francisco.—Demuestra afición al toreo éste distinguido pintor valenciano, que con sus cuadros de género llama la atención de los inteligentes. Es precioso el que tituló «Un rato de vida es vida y después á torear». Ha sido premiado en algunas Exposiciones, y honra á la escuela de Bellas Artes de Valencia, de la que es discípulo.

Pérez, Antonio *(Ostión).*—Banderillero de facultades, bravo y duro. Antes de saber todo lo que se necesita para ser un buen torero, quiso matar toros, pero se conoció á tiempo y renunció á ese puesto por no querer figurar en mal lugar. Nació en Laguardia, provincia de Alava, el 27 de Diciembre de 1847, siendo sus padres Eusebio Pérez

y Mercedes Peciña, labradores, que después de dar á su hijo la primera enseñanza, le dedicaron, á la edad de catorce años, al oficio de albañil. En 1862, cuando falleció su madre, Antonio, con su padre, se estableció en Bilbao, donde sin abandonar su arte tomó afición al de torear, en términos de que en 1866 salió á rejonear un novillo embolado, que le cogió, volteó y contusionó fuertemen-

te; y después, como banderillero, tomó parte en casi todas las plazas de las provincias Vascongadas, donde pronto se formó partido. Mató un toro por primera vez en Orduña, á petición del público, y fué cogido de nuevo por un costado, sucediéndole lo mismo otra vez en Bermeo y otra en Orozco; pruebas patentes de que no sabía lo bastante para intentarlo. Ya en 1871 trabajó como banderillero en Bilbao cuando en aquellas funciones lidiaron *Lagartijo*, *Currito* y *Frascuelo*; y en el mismo año mató en Santander, luego en Vitoria y otros puntos. En 1873 hace un paréntesis la vida torera de Pérez. La guerra civil estaba ferozmente apoderada de las provincias Vascas, y nuestro hombre, á quien las ideas liberales entusiasmaban muchísimo, ingresó en un cuerpo de movilizados para perseguir á los carlistas, y á él perteneció hasta que concluyó la guerra. En 2 de Mayo de 1876, para celebrar en Bilbao el aniversario del sitio que le pusieron los rebeldes, trabajó allí como sobresaliente de espada, y así ha continuado en varias plazas de España, y especialmente en la de Madrid, dos años consecutivos, agradando á todos sus buenos deseos. Como al principio va dicho, abandonó el estoque y tomó las banderillas, teniendo la suerte de ingresar en la cuadrilla de Salvador Sánchez *(Frascuelo)*, en la que ya se dió á conocer como banderillero de punta, de excepcionales condiciones, bravo y duro. Al retirarse dicho espada, pasó Pérez á la cuadrilla de *Lagartijo* y en ella ha continuado hasta que este lidiador abandonó la arena. Enfermó luego, y á consecuencia de un ataque de disnea, falleció en Madrid el 14 de Enero de 1894, siendo su muerte muy sentida por todoslos verdaderos amantes del toreo verdad.

Pérez, Manuel *(El Relojero)*.—Era un matador de toros de bastante aceptación en plazas de segundo orden, que en la de Zaragoza en 1862, á fines de Octubre, el mismo día que Gil *(El Huevatero)* fué cogido de muerte, tuvo que retirarse herido. Desempeñó después un modesto empleo público y creemos ha fallecido en 1884.

Pérez, José *(Potrilla)*.—Buen puntillero que con los mejores espadas ha trabajado durante algunos años. Ha puesto sus pares de rehiletes cuando ha llegado la ocasión, y á metido su capa á tiempo, sin lucirse ni desmerecer. Parece que ya se ha retirado del arte.

Pérez, Severino *(Tito)*.—Banderillero de regulares aptitudes, á quien aplauden mucho en las plazas de Francia, donde trabaja con cuadrillas españolas.

Pérez Rubio, D. Antonio.—Aunque no fuese más que por haber pintado juntos á Goya y *Pepe Illo* en un precioso cuadro de costumbres, merecería figurar en nuestro *Diccionario*. Ha obtenido premios diferentes veces; es discípulo de los Riberas, y natural de Navalcarnero, á cinco leguas de Madrid.

Pérez, Rafael *(Templao)*.—Es un banderillero bastante conocido en las plazas del Mediodía de Francia donde se torea al estilo español.

Pérez, Manuel *(Zalea)*.—Fué un banderillero de Trigo y de Domínguez. Quiso ser matador, y cuando le hemos visto alguna vez, nos ha asustado. Es de creer que si no ha muerto, para el toreo ya no exista.

Pérez, Jose *(Bigornia)*.—¡Pobre muchacho tan formalito, callado y valiente! Con el espada novillero Carvajal *(El pollo de Málaga)*, se dió á conocer como picador, en varias plazas, y en la antedicha le ajustó la empresa como sobresaliente para todas las corridas, pudiendo, por lo tanto, al lado de los primeros picadores de fama, aprender lo que no supiese.

No tenía pretensiones, á todo se acomodaba y este modo de ser le granjeó muchas simpatías. Si su desgracia no hubiese sido tan cercana á la época en que principió, tal vez habría llegado á ser un gran picador de toros, porque valiente era, iba á todos los terrenos y se colocaba bien. En la mañana del día 4 de Agosto de 1878, y en ocasión de que los pegadores portugueses que habían de trabajar por la tarde hacían la faena de enfundar las astas de toros, quedó inadvertidamente abierto un portillo del paso que daba entrada á la jaula improvisada á dicho fin; *Bigornia* había bajado al corralillo y estaba vuelto de espaldas á la puerta cuando salió á todo correr un cabestro llamado *Boticario* que, bravo como era y molestado por los pinchazos que en los jaulones le dieron, embistió á aquel infeliz arrojándole al suelo, cerca de la puerta de salida al corral mayor, donde cayó sin hacer más ademán que el de cubrirse la cara con ambas manos. *El Pollo* salió de un burladero llamando á la res, que le acudió, y en cuanto se refugió en el sitio de que había salido, volvió sobre su víctima, á la que sin parar de darla derrotes, la cogió un puntazo detrás de una oreja, volteándola á su sabor, hasta que se fué al corral. Acudieron entonces al muchacho y por la escalerilla de un burladero le subieron, conduciéndole en seguida al hospital, donde falleció antes de las cuarenta y ocho horas, sin tener más que aquel puntazo y otro

en un muslo, pero estaba magullado y reventado por los golpes sufridos.

Mucho sintieron los aficionados malagueños la muerte de este desgraciado.

Pérez, Severino *(Titet).*—El día 12 de Julio de 1896, toreaba este casi desconocido lidiador en la ciudad de Perpignan (Francia), ejerciendo con otro las funciones de jefe de cuadrilla.

Tuvo la mala suerte de ser cogido, empitonándole el toro por el vientre, y lanzándole luego á gran altura, cayendo y quedando como muerto. Después de reconocido en la enfermería, donde se le apreció una gran herida en el vientre con perforación del intestino, fué conducido al hospital, donde falleció á las dos de la madrugada del siguiente día. El entierro de este infortunado torero dió lugar á una imponente manifestación de duelo, y á que se pronunciasen vehementes discursos ante su tumba, abogando por las corridas de toros de muerte á la española, toda vez que por no llevarse á efecto en la vecina república, los toros que se lidian son corridos cuatro ó seis ó más veces, lo cual les hace imposibles de ser lidiados sin grave exposición, ocasionando casi siempre cogidas, ya que no desastres de la importancia del que nos ocupa.

Pérez, Francisco *(Crispín).*—Allá en su tierra, que es Sevilla, puede que le conozcan y tengan noticia de si mata ó no toros de desecho. ¡Es tan moderno! Y ¡tiene hasta ahora tan poco nombre!

Pérez, José *(El Curial).*—Una vez le hemos visto matar un toro en novillada; no queremos verle más, La pluma en el papel sellado le dará más utilidad y menos sustos que el estoque y la muleta.

Pérez, Francisco *(El Naverito).*—Mata y torea novillos con decisión y sin arte. Si no sale de ese estado, como todo parece indicarlo, se obscurecerá pronto. No está la suerte para quien la busca; sobre todo si á ella no se va por buen camino.

Pérez, Eustaquio *(Lunitas).*—Puntillero principiante de buen tino y de buen puño. Debe aprender cómo ha de darse el cachete cuando las reses se tapan por efecto del derrame interior producido por los golletazos.

Pérez, Victoriano *(Conchillo).*—Dicen que en algunas novilladas, y en pueblos andaluces de poca importancia, ha matado toros con regular fortuna. Hasta verle no hay que juzgarle.

Pérez y Vinet, D. Silvestre.—Revistero acreditado, y escritor distinguido; fué un aficionado notable, cuyos artículos taurinos leían con avidez antes de 1857 todos los vecinos de San Roque, Algeciras, donde residió, y los de la mayor parte de España. Había nacido en Gaucín, provincia de Málaga, el año de 1820, y fué hijo del escribano D. Diego Antonio Pérez de Palacio y de doña Josefa Vinet y García; estudió teología y filosofía en el Colegio del Sacro Monte, de Granada, dedicándose después á la música. Colaboró en diferentes periódicos con artículos científicos, y murió en Lepe, pueblo de la provincia de Huelva, siendo secretario de aquel Juzgado municipal, en 27 de Julio de 1880.

Pérez, José *(Califa).*—Detente, novel banderillero, que por el camino que vas no llegarás en mucho tiempo á ser algo. Reposa un poco y aprende, que bien puedes, porque ni valor te falta ni años te sobran. Por haber oido en parte nuestros consejos se ha hecho un regular torero que, si no de las condiciones que quisiéramos, al menos de las suficientes para matar toros sin que le cojan. Entre los del grupo en que le colocamos hay muchos que saben más, pero que matan menos.

Perfilarse.—Colocarse de perfil el torero para ejecutar alguna suerte que así lo requiera, como la de recibir ó aguantar. Perfilarse no es precisamente tener de lado todo el cuerpo, sino formar línea recta con la cabeza del toro, de manera que el costado esté en rectitud del asta del animal. (Véase ENHILARSE).

Perillán y Buxó, D. Eloy.—Nos dió á conocer hace quince años en el semanario taurino *Los Mengues*, que se publicaba en Madrid, unas preciosas descripciones de las corridas de toros que se celebraban en las plazas del Perú. Fué un buen escritor que dió al teatro algunas buenas producciones, y colaboró en varios periódicos, fundando alguno cuyo título no recordamos.

Perinolo.—Toro de Veragua, negro, grande y de abundante cuerna, lidiado en Bilbao en primer lugar, en la corrida del 24 de Agosto de 1896. Hirió á los diestros Mazzantini y *El Chato*, ocasionando al primero una herida contusa de más de ocho centímetros de profundidad por dos y medio de

extensión en la parte superior y externa del muslo izquierdo y al segundo un puntazo en la región glútea izquierda. La lesión de Mazzantini le impidió torear cerca de mes y medio, y fué debida á que hallándose el diestro cerca de las tablas, á la izquierda del toril, fué sorprendido y al verse al bicho encima, saltó con presteza al callejón, y cuando ya trasponía la valla y tenía todo el cuerpo casi dentro, fué alcanzado por el derrote del toro con el pitón izquierdo. La de Rafael Alonso *(El Chato)* al caer de una vara al descubierto.

Fué un buen toro, voluntario y de gran poder y le mató *Guerrita* de dos pinchazos, una estocada corta y otra buena.

Perros.—Antiguamente, y cuando los toros no entraban á varas manifestándose completamente huidos, se les echaban perros de presa preparados de antemano. Casi siempre se soltaban de tres en tres, renovándose los inutilizados, hasta que conseguían sujetar la res, haciendo presa en las orejas y otras partes del cuerpo del animal, y entonces el puntillero, con un estoque y colocado detrás del toro, hería á este traidoramente en las costillas, rematándole con la puntilla. Era suerte repugnante; pero hay que confesar que á cierta clase de toros huidos no hay medio de acercarse, ni ocasión de pararlos un momento. Es más: puede un toro romperse una pata en el redondel, y como, según las buenas prácticas taurinas, bicho que pisa el ruedo no debe salir de él más que arrastrado, y al que decimos es imposible acercarse para darle la puntilla, no hay más medio que sujetarle previamente con perros, lo mismo que al que, por ejemplo, se rompa un asta y no acometa ni embista; que si hace esto, debe morir con estoque. Nosotros suprimiríamos el que se matase al toro, ya sujeto, por medio de estoque en las costillas, sustituyéndolo con la puntilla, y en caso de no poder ser así, con la espada, pero de frente, por un puntillero que supiese dar golletazos limpios.

Perruno.—Toro castaño chorreado en berdugo (no con v, sino con b, que es como quieren algunos inteligentes que se escriba, por ser derivativo de berdugón que es lista obscura, como si fuese producida por golpe en el cuerpo,) celoso y carnicero, lidiado en Málaga el 15 de Junio de 1851 recibió veinticinco varas, mató siete caballos y perteneció á la famosa ganadería de Lesaca.

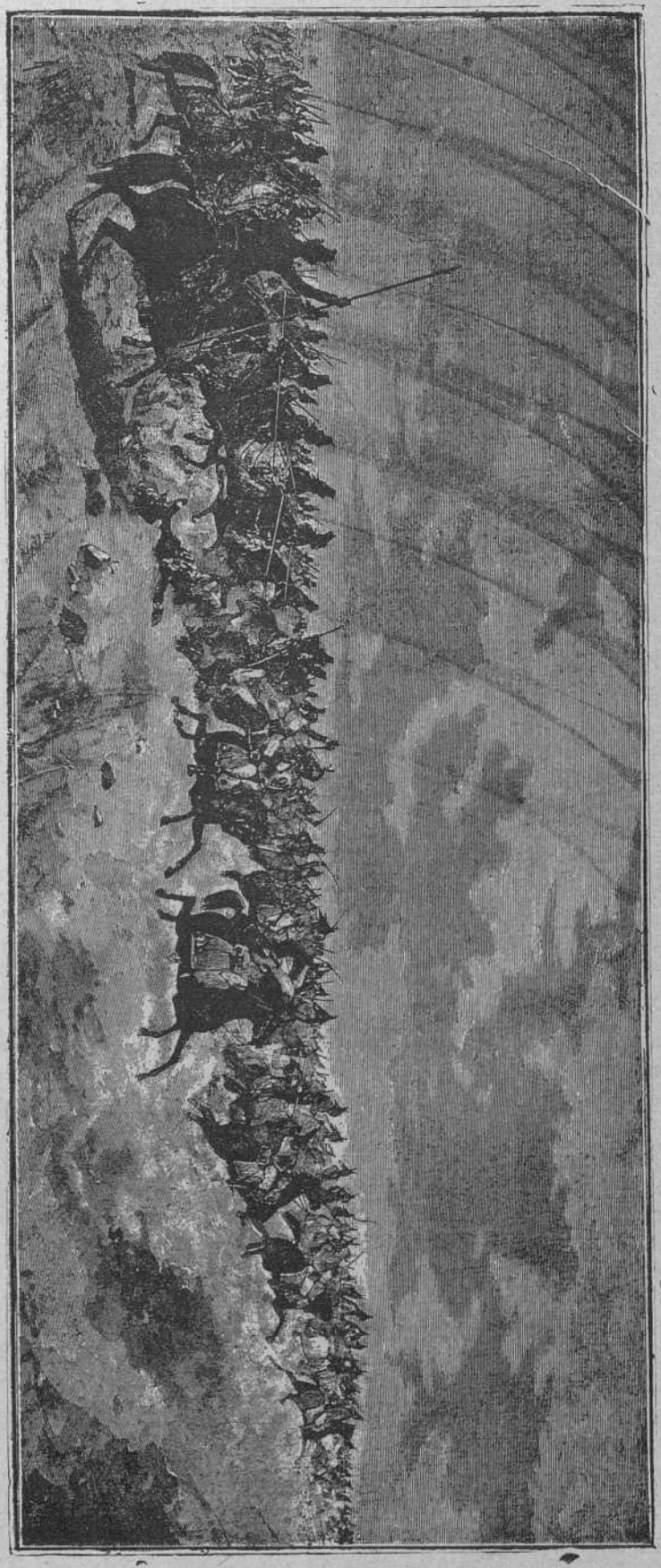
Peyes, Salomé.—Picador de toros, en las plazas americanas. Es moderno, no tiene gran renombre, pero dicen que es un gran jinete.

1790. — PERROS AL TORO. — F. NOSERET

Pezuña.—Prolongación córnea que guarnece en el toro las extremidades de sus piés. Son dos en cada uno de estos, porque sus falanges así están divididas, y presentan una base, un cuerpo y una punta, perteneciendo la primera que es convexa, al talón, el segundo que contornea de atrás adelante hasta la punta, y ésta que es más ó menos obtusa. La pezuña que corresponde á los cascos de otros animales, ha de ser, en un toro de buen trapío, pequeña en su asiento y de forma casi piramidal ó cónica, partida en la parte superior. Una vez rota la pezuña, el toro queda inútil para la lidia.

Pial.—En Buenos Aires y en otros puntos de América, y en muy pocos de España, se llama así al hierro que, enrojecido al fuego, sirve para marcar los becerros y demás ganado vacuno, en la operación que llamamos herradero.

Piamonte.—Toro de la ganadería de D. Faustino Udaeta, de Madrid, divisa blanca y morada, berrendo en negro, capirote, botinero, delantero de cuerna, y de gran romana, que en la plaza de Madrid y en la tarde del 29 de Julio de 1894, cogió al banderillero Cándido Carmona, causándole tan grave herida, que de ella falleció el 26 de Agosto siguiente. Lidiado en segundo lugar, fué muerto por el espada Manuel Nieto, de una media estocada alta y un descabello á pulso.



LOS PICADORES EN LA BATALLA DE BAILEN.—G. TEJERO

Pica.—Véase Garrocha.

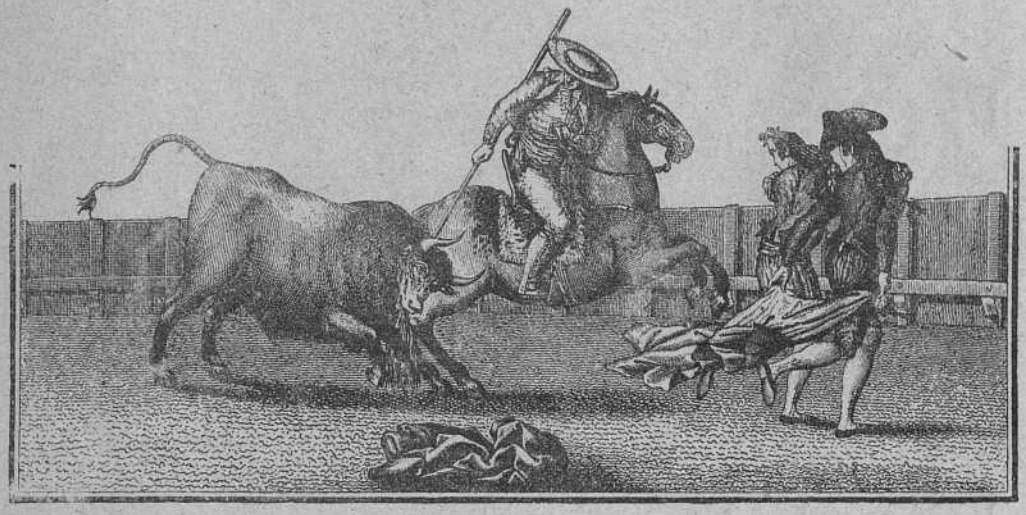
Picador.—El torero de á caballo cuya obligación es picar á los toros con vara de detener. Debe ser fuerte, robusto, ligero en los movimientos que dé al caballo, y un jinete experimentado, y si es posible consumado. Valiente como todo torero y duro como el que más, aprendiendo siempre y enterándose de que su papel en el ruedo es de los más importantes. Generalmente han sobresalido siempre los picadores, gente de campo, y los entendidos en todas las demás suertes de torear.

Acerca de estos picadores, y por no encontrar sitio más á propósito en esta obra, creemos oportuno hacer aquí mención del siguiente episodio:

Oímos, cuando niños, decir á nuestros padres que los *Jiménez*, *Rueda*, *Puyana*, *Corchado*, *López* y no sabemos quienes más, compusieron, á principios de la guerra de la Independencia, un escuadrón de picadores que con garrocha en mano, navaja al cinto y trabuco ó pistola en los arneses del caballo, eran el terror de las tropas francesas, que tan pronto se los encontraban diseminados ó por parejas sirviendo de espías ó confidentes, como unidos en pelotón para caer de golpe sobre las avanzadas ó retaguardia del ejército enemigo, siempre molestándole y haciéndole bajas importantes. Acerca del servicio que á los españoles hacían estos bravos guerrilleros, ya hemos hecho alguna indicación en la voz Corchado, con datos auténticos; y siendo jóvenes oimos de labios

de un teniente de la Visita de Puertas de Madrid, llamado D. Justo Prieto, que él había formado parte de aquel escuadrón y asistido á la gloriosa acción ó batalla que en 1808 ganó el ejército español en Bailén al general francés Dupont, que quedó prisionero con más de 22.000 hombres, después de sufrir la pérdida de 2.000 muertos y muchísimos heridos. La parte que en tan gloriosa jornada tomó el escuadrón de picadores la ha descrito en sus *Memorias íntimas* el general Fernández de Córdoba en los siguientes términos: «... Otra noche nos contó el noble general Zarco, cómo los picadores y vaqueros andaluces, formados en escuadrón valeroso, vestidos con el pintoresco traje de nuestros hombres de campo, y armados con las formidables garrochas, cargaron á los coraceros enemigos, y sacándoles de sus sillas con forzudo brazo, los levantaban en el aire para hacerlos caer y besar la tierra que con sus plantas profanaban. Este era un hecho que no tiene igual ni parecido en la historia de las más valerosas caballerías.»

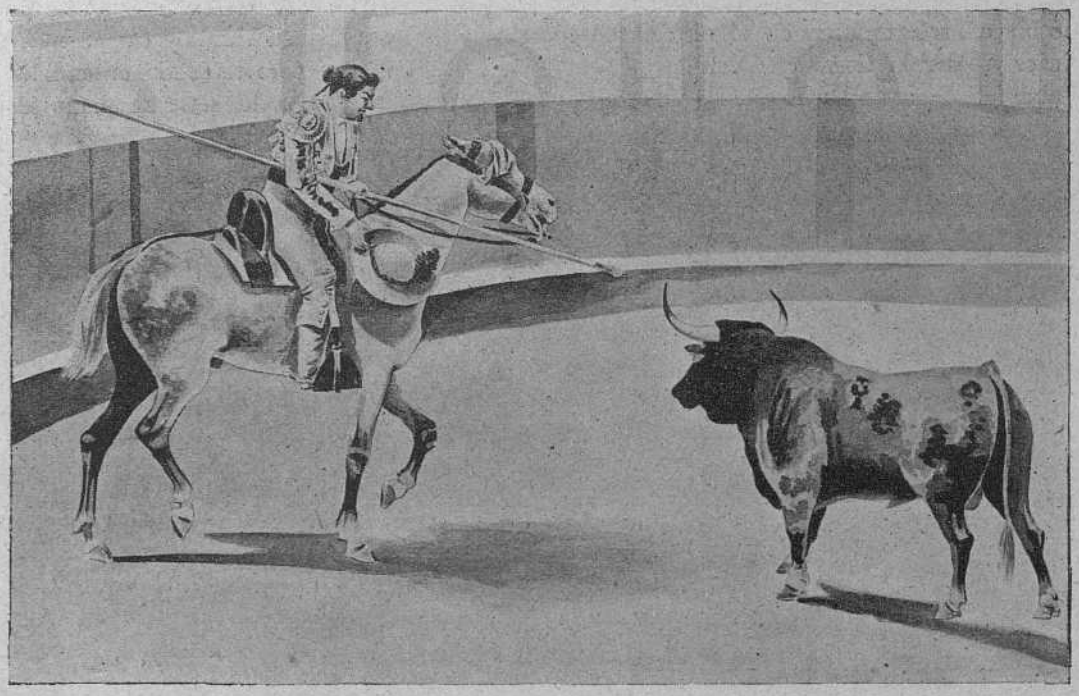
Este episodio de tan gran hazaña le ha perpetuado con notabilísimo acierto, en un magnífico lienzo, el reputado pintor D. Angel García Tejero. ¡Lástima grande que la circunstancia de no componer los picadores fuerza organizada militarmente, impida conocer al detalle los nombres de aquel puñado de valientes!



1790. — SUERTE DE PICAR Á UN TORO PEGAJOSO. — F. NOSERET

Picar.—La suerte de picar toros es de gran mérito, muy principal y de grande influencia en las reses para el resto de la lidia. Su descripción y el modo de ejecutarla exigen un poco de detenimiento y extensión; pero procuraremos ser lo más concisos posible. En el lugar correspondiente (Colocación) hemos dicho ya el modo y sitio en que deben colocarse los picadores, y por lo tanto, sólo trataremos de la ejecución de la suerte y sus incidencias. En primer lugar, ha de procurar el picador conocer el *estado* en que se encuentre el toro, saber qué condiciones tiene el caballo que monta y colocarse bien. Si el toro viene *levantado* y es boyante, se armará el picador con la garrocha tan luego como observe que el toro se dirige á él, pondrá la puya en el propio cerviguillo, sacando el caballo en el mismo acto por la izquierda, y apretará con el brazo lo más que pueda, de modo que viendo el toro franca su salida á la izquierda del picador, la tome prontamente al sentirse castigado. Si aunque venga en dicho estado, en lugar de ser boyante es pegajoso, no debe dejar que llegue tanto al caballo, sino sesgar más á éste para que vea mejor aquél su salida y cargar más fuertemente la suerte, pero teniendo entendido que en este caso más le ha de salvar su mano izquierda que la derecha; es decir, que le servirá de menos el apretar con la garrocha que el sacar sesgado rápidamente el caballo antes que el toro pueda engancharle, al menos de cinchas adelante. Por el contrario, si el toro es abanto, puede casi tener la seguridad de que la suerte ha de ser muy lucida con solo esperarle, viéndole llegar, dejar que se acerque y herirle sin moverse, ó al menos muy poco, y esto hacia atrás. No sucede lo mismo con los toros que recargan, aunque sea su *estado* el referido, porque ha de hacérseles la suerte como á los pegajosos, y si insisten sobre el bulto, debe enderezarse el caballo, meterle espuelas, echar la garrocha atrás como los vaqueros hacen en el campo, y salirse, á no ser que no den tiempo para escapar, en cuyo caso el picador debe también recargar la suerte con la pica, unirse bien al caballo

y herir, ó sea picar lo más perpendicularmente que pueda, echando el cuerpo sobre la vara. Si el toro está *parado*, debe considerársele más codicioso por coger, y de consiguiente es de más cuidado. Entonces ha de picársele en su rectitud, de manera que hallándose el animal dando vista á las tablas, el picador ha de interponerse entre él y aquéllas, si de estas á las ancas del caballo hay un espacio lo menos de seis á ocho metros, cuidando de que los cuerpos de los dos cuadrúpedos formen una misma línea. Entonces, puesto en suerte, llamará á la res, y cuando entre en su terreno, hará la suerte del mismo modo que hemos descrito antes, si el animal conserva piernas, y si



OBLIGANDO AL TORO APLOMADO. — MACÍAS

no las tiene, como se hace con los toros pegajosos. Es el estado en que un buen picador demuestra lo que vale, porque no puede hacerlo ni con un toro en su primer estado de levantado, ni en el último de aplomado, toda vez que antes hace poco por el bulto, y luego se queda haciendo demasiado. Por lo mismo, el picador debe procurarse un caballo dócil y de resistencia. Si el toro está en el tercer estado, ó sea el de *aplomado*, el picador saldrá á buscarle á su frente, no tan rectamente como al parado, puesto que no conservará piernas, bastando que el asta derecha mire en línea recta al estribo derecho del picador. Como es posible que no arranque al llamarle á una distancia común, el picador se acercará despacio uno ó dos pasos para alegrarle; y si á pesar de esto no arranca, permaneciendo así

más de un minuto, armado y en suerte, sacará el caballo paso atrás y mudará de sitio. Si acomete, ha de cargar mucho la suerte el picador, pero cuidándose más del uso de la mano izquierda y de meter espuelas al caballo, pues que con toros aplomados, que corren menos y se paran más, puede salirse sin gran peligro, aun por delante de la cabeza de la res, sesgándose lo conveniente y si tiene buen caballo, que de otro modo sería peligroso. Algunas veces hemos visto al célebre *Poquito pan* consentir á los toros de esta clase, y al humillar para el derrote, retirar el caballo un paso atrás, herir al animal con la puya, y salir éste destroncado, porque destronque y grande sufría el animal dando en vago su cabezada, encontrándose el bulto más lejos de lo que creía, y castigado además muy delantero. No siempre puede ni debe hacerse esto; pero cuide el que lo intente de estudiarlo bien, que es muy fácil un marronazo, si bien la salida de la res está más de manifiesto para éste. Cuando un toro sale poco ó nada al terreno de afuera, debe picársele con el caballo atravesado y con la vara más larga que de ordinario, si no hay medio de hacerle abandonar las tablas; pero en cuanto se vea que sin abandonar dicha querencia recarga ó se hace pegajoso, el picador no debe picar, puesto que no puede colocarse en suerte, y la autoridad ó quien dirija la plaza ha de mandar se pongan banderillas. Hay un modo de picar que se llama á *caballo levantado*, difícil, airoso, pero muy expuesto, y que ha de hacerse con los toros de po-

der, duros y que recarguen: no se parece en nada á los demás modos, puesto que se practica del siguiente: se tercia un poco el caballo á la izquierda, se deja llegar al toro al centro de la suerte, se le pone la vara sin empujarle para despedirle, antes bien dejándole llegar hacia el brazuelo del caballo, en cuyo momento se alza á éste de manos, se le echa á la derecha, buscando los cuartos traseros del toro y saliendo con pies protegido por las capas. Como se ve por la explicación, ni todos los picadores, ni con todos los caballos puede ejecutarse; aquéllos necesitan mucha inteligencia para aprovechar la oportunidad, y los últimos deben ser fuertes y de poder en los cuartos traseros. Montes describe también otro modo de picar, que llama suerte del señor Zaonero, y que dice llamaría con propiedad verónica de picar, puesto que, como en la de á pie, se guarda la distancia que marquen las piernas del toro, se le cita en su rectitud, se le deja venir por su terreno, y así que llega á jurisdicción y humilla, se le hace la suerte y toma cada cual su respectivo terreno. Efectivamente, así descrita, tiene gran semejanza con la verónica; ello es que el picador ha de situarse en el terreno de afuera, teniendo al toro en el de adentro y formando una misma línea; llámale aquél, y cuando acude y humilla le pone la vara, y tomando el picador el terreno de dentro, deja libre al toro el de afuera. Rara vez se ejecuta esta suerte, por la que parece mostró Montes cierta afición, ignorando nosotros por qué la llama del señor Zaonero, persona que sentimos ignorar quién sea. A la verdad, la creemos muy posible de ejecutar, y es un gran recurso en toros que cambian los terrenos, y en aquellos que se despegan con trabajo de las tablas; pero como el picador, en caso de ser derribado (y hoy por desgracia lo son siempre), queda al descubierto y le será difícil ganar pronto las barreras, su exposición será doble que en los demás casos; y además, necesitaría el picador estudiar bien la suerte, ser muy acreditado ya para imponerse, digámoslo así, al público, no acostumbrado á verla ejecutar, y que podría en otro caso suponer ignorancia, no siéndolo realmente. No nos cansaremos de encargar mucho á los picadores que, sea cualquiera la suerte que ejecuten, procuren clavar la puya siempre en el cerviguillo del toro, ó llámese morrillo, lo más alto posible, y conseguirán en la mayoría de los casos echar los toros por delante: que no piquen atrás, ó sea en la cruz, como algunos ignorantes quieren, porque ni allí sujetan la cabeza de la res, ni pueden evitar que el derrote, por lo mismo que se han ido muy atrás, sea en el cuerpo del caballo, y de aquí tantas caídas como ocurren: que no se vayan á los bajos, ó sea á los brazuelos, porque estropean los toros, los hacen huídos y dañan el resto de la lidia: que con los toros que desarman, tengan cuidado de tomarlos más en corto y enseñando poco palo; y finalmente, que se cuiden de la mano izquierda tanto ó más que de la derecha. Deben resistirse siempre á tomar caballos inútiles, y no dedicarse á picar el que no sea buen jinete y tenga fuerza de brazo y afición y voluntad para aprender; que si difícil es torear á pié, lo es más tal vez á caballo. Se nos olvidaba: *Pepe Illo* describe en su *Tauromaquia* la suerte de picar á pie, y da reglas para ejecutarla, diciendo: que el picador ha de coger la vara con ambas manos, dirigiendo la púa al cerveguillo del toro; pero por si equivoca el golpe (como es factible), debe llevar una capa sobre el brazo izquierdo con la que pueda defenderse en caso necesario; y aconseja, además, que no se haga más que con toros claros ó ya cansados de las lidias. Nosotros, que no hemos visto nunca esta suerte, aconsejamos que no se ejecute ni aun con los toros referidos. Dicen que Juanijon picaba á pie, pero montado en otro hombre, ó sea lo que llamamos acuestas, y esto ya lo comprendemos mejor, si el que le sostenía era un buen diestro con capa ó muleta en mano, que inclinaba al toro á la salida que quería. De otro modo no.

Picón, D. José.—El autor de la preciosa zarzuela *Pan y Toros* bien merece se haga en esta obra mención, siquiera sea ligera, del talento con que supo aprovecharse, para la narración de las principales escenas de su libro, del célebre ajuste para lidiar toros castellanos que hizo el gran Romero, en contra del maestro *Pepe Illo*, por más que los convencionalismos de escena obliguen á los autores á no ser completamente exactos en ciertos detalles, los personajes que con el carácter de históricos en ella se presentan.

Piernas.—Se dice casi siempre de las de los toros. Para significar que resiste mucho, se usa la frase de que un toro tiene muchas piernas; y al contrario, falto de ellas al que no puede resistir tanto tiempo la carrera. También se dice que las conserva, ó las ha perdido, cuando pasado el primer estado de los que en la plaza tiene el toro, y aun el segundo, se le ve ágil en aquel caso y más torpe y pesado en el último.—Revolverse sobre las piernas es cuando, al ejecutarse con el toro alguna suerte, se afirma en las patas traseras, y girando con prontitud sobre ellas, queda en el acto en disposición de volver á dar la acometida.—Quitar las piernas á las reses, cuando á fuerza de recortes, capeándolos en corto terreno y ceñido, ó pasándolos de muleta en redondo y en corto, se les hace quebrantarse sus fuerzas y perder agilidad. Sólo el es-

pada á quien corresponda matar el toro, es el que puede torearle de capa, ó al menos ningún otro debe hacerlo sin su consentimiento, puesto que él es el que ha de formar su juicio acerca de las condiciones de la res, y de la muerte que en su concepto ha de darle. También se les quitan piernas y muchas, cuando con el capote á dos manos le recortan varias veces, porque esos destronques repetidos rinden á las fieras más potentes. Por algo han estado siempre prohibidos.

Pies.—Se llama toro de muchos pies al que corre velozmente.—Se dice que un torero pára los pies, cuando se coloca en suerte y no los mueve hasta que la ejecuta.—Y salir por pies, al buscar en la huida la salvación de una cogida, inevitable en otro caso.

Picharache, Mariano.—Pocos antiguos aficionados habrá que no hayan oído en el primer tercio de este siglo elogiar hasta un grado superior á este banderillero, que fué en su tiempo una notabilidad.

Piqueros.—Llaman algunos así á los picadores, y en nuestro concepto malamente, porque piqueros se llamaban en lo antiguo á los que á pie y con garrochas cortas pinchaban en tropel á los toros.

Pinar, Emilio *(Cucharero)*.—Valiente... y nada más. Sin saber poner banderillas, sin manejar la capa con aplomo, quiere y se atreve á matar toros. Despacio, y muy despacio, se anda el camino, si quieren evitarse los tropezones, que el chico que afición tiene, como él, y observa y atiende, puede llegar á ser algo si no se precipita.

Pinazo y Galacho, D. Ramón.—Catedrático numerario y auxiliar hoy del Instituto provincial de Málaga; es un aficionado inteligente, de buena cepa. Hace muchos años no escribe nada de toros, pero en sus mocedades fué revistero de los que *ven* y *detallan*, y en el *Juanero* y *El Correo de Andalucía*, hizo patente su buen juicio como crítico, adicto á la verdad del arte.

Pineda, D. José.—Caballero natural de Utrera, muy diestro en la equitación, que á fines del pasado siglo, y aun antes, rejoneaba toros con singular habilidad, favoreciendo alguna vez con su presentación en el ruedo de la corte, los intereses del Hospital General de Madrid.

Pineda, Joaquín.—Novillero sevillano, que allá por el año 1847, y posteriormente, pinchaba como podía y sabía, que era bien poco.

Pineda, D. Manuel.—Empezó escribiendo hace algunos años en varias publicaciones sevillanas. Fué más tarde, durante algún tiempo, corresponsal en Sevilla de *El Toreo*, de Madrid, y últimamente uno de los fundadores de *La Muleta*, á la que ha pertenecido hasta que dejó de escribir, por no estimar compatible su calidad de apoderado del matador de toros *Litri*, con la de escritor taurino.

Aunque joven, es seguramente uno de los más entendidos aficionados sevillanos, pues siempre ha puesto singular empeño en conocer con perfección hasta los más pequeños detalles de todo lo que con el arte del toreo se relaciona. Ha usado el pseudónimo de *Magrito* en sus escritos, que son razonados y de bellísima dicción, y en su trato fino y distinguido se aprecia siempre al caballero de educación esmerada.

Pinheiro, José.—Vive aún, pero no trabaja en las lides, este valiente mozo de forcado portugués.

Pino, D. Francisco.—No sabemos si llamar torero á este hombre singular, que entre las gentes de buen humor tuvo en Cádiz, antes de mediar el presente siglo, cierta celebridad, por sus extravagancias taurinas. Fué el «hazme reir» de sus contemporáneos y los que aun viven le recuerdan en son de burla. Siempre alrededor de los toreros y alternando con ellos, se figuró que él también podría serlo, y empuñó los trastos de matar en varias corridas que le dieron los toros en Cá-

diz, los Puertos, Algeciras, Chiclana y otros puntos, en todos los que fué volteado, escarnecido y ovacionado con tronchos y otros objetos ridículos y contundentes. O era tonto el infeliz Pino, ó en tauromaquia al menos fué un imbécil, de quién se mofaban hasta en los carteles en que se anunciaba su presentación; pero él, dotado del valor y atrevimiento que da siempre la ignorancia, y animado por la fortuna de no haber sido nunca herido iba contento á recibir costaladas y pisotones, á oir las chanzonetas de los maliciosos y burlones que le jaleaban, y á sufrir los poco delicados apóstrofes que le dirigía la gente seria y formal.

Duró su necio calvario unos seis años y se volvió á su casa, á vender sanguijuelas, en 1852 empezando á torear de ese modo en 1847, aunque desde 1813 en que fué mozo de estoques del famoso *Curro Guillen*, estubo «haciendo coraje» hasta que cumplió cuarenta y nueve años de edad, puesto que nació en Cádiz en 1798.

El deseo de incluir en este libro cuanto tiene y ha tenido relación con la fiesta nacional, nos ha hecho colocar aquí á un ente tan extravagante como inverosímil.

Pinta.—Es el color de la piel del toro, á la que se dan diferentes nombres, según las diversas combinaciones de aquélla; de lo cual nos ocupamos en su lugar respectivo, al describir cada uno de dichos colores.

Pinto.—Así llamaban en lo antiguo al toro *pintado*, como berrendo, sardo y girón. Hoy se precisan más las señas.

Pinto y Pacheco, D. Francisco.—Este autor portugués, en 1658 escribió un tratado de caballería de la Jineta, que dedicó al Príncipe de Portugal, D. Pedro, y en el cual explicó la manera de torear con la garrocha, á ancas vueltas y al estribo, y los casos en que el caballero está obligado á acometer al toro á cuchilladas.

Pinto, Juan.—En los últimos años del primer tercio del presente siglo era este picador, natural de Utrera, uno de los más notables. Si como buen jinete era conocido y apreciado, como brazo derecho no tenía rival; y cuidado que era en la época de los buenos picadores Corchado, Castaño y Cristobal Ortiz. Empezó á llamar la atención en las corridas de feria de Sevilla de 1819.

Pinto, José.—Con el desgraciado Diego Luna alternó por primera vez en Sevilla este picador, de cuyo mérito no tenemos noticia, el 30 de Mayo de 1823.

Pinto, Manuel.—A mediados de siglo trabajaba como picador en varias plazas, y no alcanzó celebridad. No sabemos si fué ó no pariente del anterior.

Pinto, Antonio.—Hijo del famoso Juan. Era un notable picador, por lo bravo y por sus fuerzas hercúleas. Después de Francisco Sevilla, ninguno ha demostrado tener un brazo de hierro como el suyo. Esto ha sido causa de que algunas reses se hayan huído, especialmente cuando se ha ido á los bajos. No era tan voluntario ni alegre como otros; pero así y todo, los inteligentes le querían más en el redondel que á muchos picadores aplaudidos por el vulgo, á quienes cuesta un caballo cada vara. Con el desgraciado *Chola* trabajó á competencia una corrida en Sevilla, en 21 de Junio de 1850, quedando la contienda en su favor.

Pinto Basto, Carlos Ferreira.—Tiene buena historia como mozo de forcado portugués, desde el año 1865, pero creemos no ha trabajado nunca por dinero, sino como aficionado práctico.

Pinto Basto, Marcos.—Es un regular rejoneador á caballo, y nada más hasta ahora. En cuatro años de ejercicio ha podido estar más adelantado. Empezó como aficionado, y continuó trabajando por estipendio, y concluirá, sino ha concluído ya, por retirarse del toreo.

Pinto Migues, José María.—Mozo de forcado portugués, regular y nada más. Es decir, uno de tantos.

Pinto de Campos, Pedro.—Fué un gran aficionado, inteligente de primer orden, y de autorizada opinión entre los que más han honrado la crítica taurina de Portugal. Conocía el arte como pocos, *sabía ver*, que es lo que constituye ese *quid* especial, que distingue al verdadero crítico. Son modelo de buen criterio y excelente análisis, sus revistas de toros en la *Crónica dos Theatros*, *O toureiro*, *Cúchares* y *Bandarilha*, y las biografías y artículos que publicó en los mismos periódicos, y su folleto en defensa de las «Pegas dos touros», cuando se pensó en suprimirlas, hizo sensación en el público, y confirmó los vastos conocimientos del autor; pero donde se conocía más su inteligencia y conocimiento del arte taurino, era en sus conversacio-

nes particulares, en que su opinión era recibida con respeto, reconociendo todos su gran autoridad en el asunto.

Fué Pinto de Campos un actor de los más notables de Portugal, formando parte de las primeras compañías dramáticas, y por su mérito fué clasificado por el gobierno portugués como actor de primera clase. Nació en 25 de Diciembre de 1834, y falleció en 18 de Enero de 1889.

Pinto de Campos, José.—Hijo del anterior, aficionado inteligente, que nació en 3 de Septiembre de 1867. Con los pseudónimos *Pimpleo* y *Vara larga*, ha escrito en la *Reforma*, *Correio da Tarde*, *Tempo*, *Correio Nacional*, *Gaceta*, y es ahora redactor de *O Comercio*, después de haber formado parte de la brillante redacción de *Sol é sombra*. Es muy acertado en sus juicios, y correcto en la dicción.

Pinto Coelho, Duarte Egas.—Joven estudiante de medicina, portugués, á quien sus compatriotas comparan cuando pone banderillas, con el renombrado *Guerrita*, á quien dicen se parece en sus actitudes y atrevimientos, extraordinariamente. Dejará de torear en cuanto concluya su carrera, que será muy pronto, y su falta ha de ser muy sentida. Es hijo del famoso abogado Carlos Pinto Coelho.

Pinto, José.—Mozo de forcado á quien consideran en Portugal de condiciones bastantes regulares y aceptables.

Piñero, Juan.—Torero de á caballo que á últimos del precedente siglo clavaba banderillas y ponía rejoncillos, en funciones de novilladas.

Piñero Gavira, Francisco.—Otro muchacho de los que ni temen ni deben.

Se ha presentado en las novilladas de Madrid el año 1891 con osadía y voluntad, nada menos que á matar toros de puntas, y si en el desempeño de su cometido ha dejado algunas veces mucho que desear, otras en cambio se ha portado como un valiente. Fáltale mucho que aprender; fáltale calma; fáltale reflexión, y sobre todo adquirir la convicción de que para ser matador de toros no basta creérselo, sino serlo realmente. Dadas las inclinaciones que tiene ahora el público en favor del movimiento constante, Gavira llega hasta donde

llegue otro, toreando de capa y de muleta, y eso le ha dado reputación que habría aumentado notablemente, á ser con el estoque tan diestro como con el trapo. Es activo en los quites, ve mucho y bien, pero ha llegado á un punto que no traspasará, y si en él se conserva puede darse por muy contento, que no ha de faltarle trabajo en muchos años. Ha alternado en muchas plazas con espadas de primera categoría.

Piombino, Jayme.—Está retirado del toreo. Fué un valiente mozo de forcado muy querido en Portugal.

Pitón.—El extremo superior del asta ó cuerno del toro, ó sea la punta de aquélla en una longitud de dos á ocho centímetros.

Pizarro, D. Fernando.—Conquistador del Perú. Fué, según consta en el libro que con el título de *Ejercicios de la jineta* escribió D. Gregorio de Tapia, uno de los más primorosos en alancear toros y en darles muerte con rejoncillo.

Pizarro Saiz, Braulio.—No es más que un aficionado al toreo, nada más: ¡pero qué aficionado! Ni come, ni bebe, ni anda, ni duerme de otro modo que pensando en cosas de toros Por el sólo hecho de tener afición al arte de Montes, no le comprenderíamos en este libro, porque entonces más de media España iría en él comprendida. Es que además de practicar el arte sin retribución alguna, ha escrito de toros, y alberga en su casa á los principales toreros y difunde y extiende la idea del arte de Montes, como nadie lo ha hecho en Badajoz que es donde reside, aunque nació en Alburquerque en Octubre de 1854.

Es descendiente en línea recta del famoso conquistador del Perú Francisco Pizarro.

Pizi, Lorenzo.—Matador de toros peruano. Dice el ilustrado escritor D. Ricardo Palma, que era un negro retinto, enjuto, de largas zancas y medianamente diestro en el oficio de torear. En la corrida que en Lima se dió en Agosto de 1816, en honor del Virey D. Joaquín de la Pezuela, le cogió un toro llamado *Relámpago*, de la hacienda de Bates, y le inutilizó para la lidia.

Plata, Matías.—Es un banderillero sevillano más conocido en América, donde le distinguen mucho, que en España... Tal vez sea esa la razón de permanecer allí más que en su tierra.

Playero.—Toro notable por su bravura y nobleza, lidiado en Barcelona el 2 de Julio de 1893: castaño, caribello, bien puesto, de cinco años, ojalao, bragado, rebarbo y fino, del cual dijo un entendido periodista de aquella ciudad, que en el tercio de varas resultó la lidia animadísima y en ocasiones imponente, y en los demás inmejorable. Perteneció á la ganadería de D. Luis Mazzantini, vecino de Madrid; era de origen Jijón con mezcla Vazqueña, puesto que el anterior dueño Sr. Heredia y luego el Sr. Mazzantini, trajeron reses andaluzas de Benjumea que han dado un gran resultado, al cual ha contribuido mucho el inteligente mayoral Dionisio de Lora, y el cambio de pastos, que ahora los tienen en la Higuera, pueblo de Borós, provincia de Toledo.

Playeros.—En algunos puntos de Andalucía llaman así á los toros corniabiertos y mal armados.

Plazas.—Las plazas, circos, cosos, ó palenques, que de todos los dichos modos se les ha llamado indistintamente, donde se han dado y dan fiestas de toros, lejos de ir decreciendo en número, han tenido en España notable aumento, con especialidad desde que más se habla en su contra, que es desde que fué suprimida la escuela de tauromaquia de Sevilla. Significa esto, á nuestro entender, que la afición no disminuye; que por efecto de la más fácil comunicación de unos pueblos con otros, gentes que no habían visto corridas de toros se han entusiasmado al presenciarlas, hasta el extremo de contribuir con sus recursos á la edificación de plazas en puntos apartados donde no habían existido nunca, ni en muchas leguas á la redonda; y que convencidos de lo beneficiosa que es á cualquier pueblo la frecuente y numerosa concurrencia de forasteros, fomentan la construcción de aquellos edificios, porque la experiencia les ha enseñado los muchos bienes que puede reportar al comercio, á la beneficencia y al sostén de las cargas públicas. El sentido práctico va destruyendo las preciosas teorías de Jovellanos, que habiendo escrito con indisputable talento su amarga crítica contra las fiestas de toros, tendría hoy el sentimiento, si viviera, de ver que en su pacífico país, en Asturias, en la capital misma, se ha construído últimamente una plaza capaz para doce mil personas, que al estrenarse en 1875, se llenó tres días consecutivos, y quedó sin entrar en ella por falta de billete más gente del país y forastera que la que pudo presenciar las corridas. Al fin el gran Cervantes, con su *Quijote*, concluyó con los libros de caballería y desfacedores de entuertos; pero aquél ilustre asturiano solo ha conseguido aguijonear más los deseos de todas las clases de la sociedad española y extranjera, para gozar en un espectáculo grandioso y mucho menos inmoral, menos sangriento de lo que él pinta, y que los torneos que con tanto entusiasmo describe. Volviendo al asunto, diremos que en la actualidad no tenemos noticia de que haya provincia alguna en España en que no exista plaza, y en muchas, no una, sino varias; que en Nimes, Mont-de-Marsan, Saint-Esprit, Perpiñan y otros muchos puntos de Francia, especialmente del Mediodía, incluso Bayona, se celebran, trabajando españoles en ellas, frecuentes corridas de toros en plazas construídas al intento; que en Lisboa, Oporto, Cintra, Cascaes y otros pueblos de Portugal hay plazas bellamente edificadas, donde también se verifican constante y periódicamente muchas funciones, tomando parte en ellas algunos caballeros y notables del país;

que otro tanto sucede allende los mares, en Cuba, en Filipinas, en México, en Lima, en Buenos Aires y otras poblaciones; y que ha llegado el caso de que en la construcción se gasten, como en Valencia, Madrid, Málaga, Murcia y Bilbao algunos millones de reales, poniendo á prueba el talento de notables arquitectos, cuya fama no puede ya obscurecerse en mucho tiempo. No es esto decir que ya en el siglo anterior no se hiciesen gastos notables para construir plazas dignas de tan grandes fiestas; y una prueba de ello es la que acaba de derribarse en Madrid, que Fernando VI mandó edificar en 1749, expresando en la cédula, que original se conserva en el archivo de la Diputación Provincial de Madrid, que entre las providencias que tuvo á bien acordar dicho rey, dirigidas al mayor beneficio de los hospitales generales de Madrid, fué una la de mandar que en el campo inmediato á la Puerta de Alcalá se erigiese la fábrica de una plaza, en la que, sin contingencias de riesgo, se tuviesen las fiestas de toros para recreo del público, cuyo producto libre sirviese para aumento y dotación de los mismos hospitales; y por decreto de 8 de Octubre de 1754 concedió la pertenencia y propiedad de dicha plaza á los referidos, para que anualmente pudiesen tener en ella diez fiestas de toros, ó alguna más si la necesidad lo pidiese, dando facultad á la Congregación para que usase de dicha plaza por arrendamiento ó administración, como lo considerase de mayor utilidad; y ordenó se expidiese la carta de privilegio y confirmación, que firmó en San Lorenzo á 5 de Noviembre de 1754. Consta también que en virtud de acuerdo de la Real Junta de Gobierno de los Reales Hospitales, comunicado á la Contaduría por su Secretario en 9 de Septiembre de 1765, toda la documentación debe estar á el unida y por eso acompaña á este privilegio la real orden, expedida después en Aranjuez á 3 de Mayo de 1756, sobre la exención general de derechos de la carne de toros que se matasen en la expresada plaza, la cual se concluyó bajo la dirección de los arquitectos D. Ventura Rodríguez y D. Fernando Moradillo, y se estrenó en 30 de Mayo de 1754, siendo su coste el de ochenta y cinco mil y pico de escudos de oro (dos millones de reales próximamente), y eso que hasta época posterior no se construyeron las caballerizas y carnecería, y luego, hasta 1833, no se concluyeron los tendidos de piedra, antes de madera, que indudablemente acrecentaron el valor del edificio. Su pared era de cal y canto, formaba una circunferencia de mil cien piés, y aunque, como va dicho, parece se estrenó en 30 de Mayo de 1754, existe sin embargo una real orden, fecha 23 de Junio de 1749, autorizando la celebración de la primera funcion de toros en dicha plaza para el jueves 3 de Julio siguiente. Antes, en 1743, se hizo una de madera en el mismo sitio, y por cierto que aunque reclamaron varios dueños del terreno el abono de su importe, se decretó negativamente. La antes mencionada estaba situada á 182,40 metros del centro de la Puerta de Alcalá, á su izquierda, dentro del ángulo que forman la calle de Serrano y el camino de la Venta; daba cabida á más de 12.000 personas (si bien luego que en ella se pusieron los tendidos de piedra, en 1833, el número de espectadores quedó reducido á unos 9.700). Constaba de ciento diez palcos, además del palco real, grada cubierta con tres órdenes de asientos y delanteras, y quince tendidos, capaces cada uno de 400 personas aproximadamente; tenía enfermería, habitaciones para conserges y carpinteros, corrales, taller, y más tarde, en edificio separado, á la derecha de aquella cuadras, para caballos, carnecería y otras habitaciones. Fué restaurada en varias ocasiones; y los antiguos aficionados que la vieron empezada á derribar en 17 de Agosto de 1874, recordarán siempre que en su arena han visto notables hazañas de grandes hombres en el arte taurino, y que la alegre vista que el edificio ofrecía, su *descotada* falda interior, que tan magnífico y espacioso cielo descubría, y la buena distribución de localidades, eran debidas al acierto del referido arquitecto D. Ventura Rodríguez, á quien acompañó en todo, según va dicho, el no menos distinguido D. Fernando Moradillo. Por lo mismo que ya no existe, pero por los recuerdos que de ella conservamos, nos hemos extendido más de lo regular en la descripción de la plaza vieja. Sabemos que los aficionados, de Madrid especialmente, han de leer con gusto nuestros apuntes, y aunque fácil nos hubiera sido dar igual descripción de muchas plazas modernas, no debemos hacerlo más que de las que por su importancia lo merezcan. Sí diremos que antes de la referida hubo otras en Madrid junto al palacio de Medinaceli, prado de San Jerónimo; en el barrio de Antón Martín, junto á la que hoy se llama calle del Tinte; soto de Luzón, cerca de la Almudena, y camino de Alcalá, poco más acá de la nuevamente edificada, aunque no fuesen tan perfectamente construidas ni á tal coste, porque ni las circunstancias de entonces lo exigían, ni la población había crecido tanto. Por esas razones, para las fiestas reales, á que no sólo acudía un gentío inmenso, sino magnates, altos funcionarios y embajadores de naciones extranjeras, se habilitaba en Madrid la Plaza Mayor, como más capaz y más adecuada.

En Valencia, que es uno de los pueblos de España en que, á pesar de no servir sus pastos para la crianza de toros, ha habido siempre una marcadísima afición á las corridas, se conocían ya pla-

zas cerradas construidas de intento, hace ya cerca de cuatrocientos años. La plaza del Mercado primeramente, entre las *Tancas* de la *Mersé* y de la *Lloncha*; la de Santo Domingo ó Predicadores, entre la puerta del Real y la Glorieta; la del llano de la Zaidía, entre la acequia de Rascaña y el río Turia; la situada enfrente del Palacio Real, entre la parte de San Pío V y la parte del Mar; y finalmente, la que hubo entre las puertas de San José y de Serranos, ó desde ésta á la de la Trinidad, encajonada entre el valladar que circuía la muralla y el pretil del Río, todas ellas, y algunas otras posteriores, precedieron sucesivamente á la magnífica que hoy existe y que antes de concluirse inauguró en Agosto de 1851 el inolvidable José Redondo *(El Chiclanero)*.

En otros muchos puntos principales de España ha habido desde muy antiguo plazas de toros construidas de intento, ya de madera en su mayor parte, ya de fábrica; y como es de suponer, las primeras desaparecían de tiempo en tiempo, siendo sustituidas por otras, que algunas veces duraban menos que las anteriores, ya por incendios, como en el siglo pasado sucedió en Zaragoza (1) y en otros puntos, y como ahora ha ocurrido en el Puerto de Santa María el 10 de Julio de 1877, ya también porque en muchas partes (una de ellas Valencia, en que cuando la guerra de la Independencia se derribó la plaza de toros para que los franceses no se posesionaran de ella y desde allí causaran daño á la población) las exigencias del arte militar no han consentido puntos estratégicos dentro de los glásis de las plazas fuertes, ó el crecimiento de las poblaciones ha hecho imposible la conducciou por sus calles del ganado destinado á la lidia. Málaga, Sevilla, Barcelona, Santiago, Logroño y otras muchas poblaciones, han tenido y tienen hoy magníficas plazas de toros, de las cuales haríamos de muy buena gana mayor expresión, si no nos pareciera impropio del objeto y condiciones de este libro. Las primeras de España, que como saben nuestros lectores, son las de Madrid, Valencia, Málaga, Murcia, Bilbao y Salamanca reunen las circunstancias de distribución de dependencias, belleza y magnificencia que ningunas otras tienen; y tanto para saber detalles de éstas, como para otras noticias, remitimos á nuestros lectores á las palabras ALVAREZ, RODRÍGUEZ, MORADILLO, MONLEÓN, FENECH, MEDARDE, MITJANA, RUCOBA y otros que son los arquitectos que las han dirigido. Como regla general, las plazas deben tener un redondel para la lidia de cincuenta á sesenta metros de diámetro, y no más, completamente limpio, igualado y enarenado, pero apisonado con rodillo; una barrera fuerte y bien construida, y las entradas y asientos lo más cómodo posible para evitar desgracias, pero á los cuales no dé paso ni el redondel de la plaza ni el callejón de la barrera. Lo demás ya es cuestión artística, en que el talento del arquitecto se desarrolla más ó menos, según su alcance ó medios de que puede disponer. Para concluir, y después de apuntar como cosa notable que en 26 de Octubre de 1805 un horroroso huracán destruyó completamente la gran plaza de toros de Sevilla, que la de Granada, como años antes la de Jerez, ha sido presa de las llamas en 10 de Septiembre de 1876, y que, como va dicho, otro tanto ha sucedido á la del Puerto de Santa María, daremos algunos pormenores acerca de las plazas más notables. Empezaremos, para no alterar el que nos hemos impuesto, por orden alfabético de pueblos.

Adra.—Tiene una mala plaza de madera capaz para 4.000 personas.

Aguilas.—Tampoco tiene importancia alguna la plaza de toros de esta villa, da cabida á 3.000 personas y es de madera.

Albacete.—Fué construida en 1829. Se celebran dos ó tres funciones en los días 8 y siguientes de Septiembre de todos los años, con grandísima concurrencia y con las mejores cuadrillas de toreros conocidas. Tiene el ruedo de 60 piés de radio, los tendidos muy altos, es decir, de muchos escalones, gradas y palcos, y su construcción especial permite que por la parte exterior haya habitaciones ó cuartos independientes que están casi siempre alquilados. Tiene 7.500 localidades.

Alba de Tormes.—La de esta villa es propiedad de la Junta de Hospitales, de forma circular, y de piedra, pizarra, cal y madera. Tiene un sólo piso, con 1.600 localidades en el tendido, dos gradas y dieciocho palcos.

Alcalá de Henares.—La construyó D. Alejo del Campo, y se estrenó en 3 de Julio de 1879, por las cuadrillas de los *Frascuelos*. Es de piedra, ladrillo, madera y hierro; el primer piso dedicado á tendido, y el segundo á gradas y palcos, pudiendo acomodarse entre todos 5.500 espectadores.

Alcalá de Guadaira.—Es de mampostería, ladrillo y madera, de un sólo piso, con 4.500 localidades.

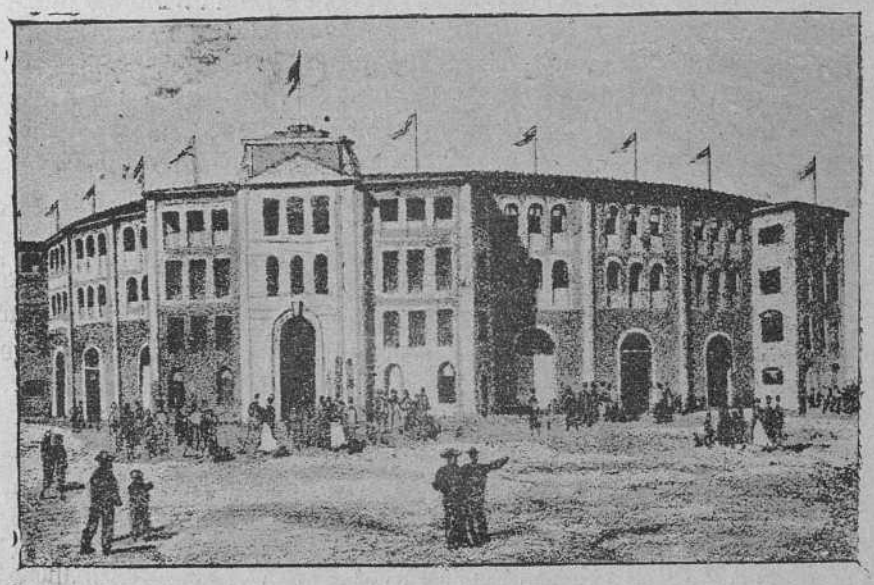
Alcañiz.—De propiedad particular; consta de dos pisos con 1.100 localidades, y su forma es un óvalo irregular.

Alcoy.—Es propia de D. Luis Payá, tiene tres pisos llamados grada, rellano y palcos, con 5.100 localidades, y está construída con tapiales, mampostería y sillería negra y blanca.

Alicante.—Data su construcción del año de 1847. Es bastante sólida, y en ella forma importante base

(1) Fué construida la que hoy existe en 1764 y se estrenó en 8 de Septiembre.

la piedra del país, que no se ha escaseado ciertamente. Da cabida muy cómodamente á más de 14.000 personas, y las corridas que se celebran una ó dos veces al año, son lucidísimas Es de propiedad particular, y fué reformada notablemente en 1888 Consta de tres pisos: el tendido con 10.695 asientos, las gradas con 3.256, y los palcos y andanadas con 1.284.



PLAZA DE TOROS DE ALICANTE

Algaba.—Es de piedra, ladrillo y madera, propia de D. Jerónimo Clavijo, y está casi derribada.

Algeciras.—Propia de una Sociedad, que empleó en su construcción madera, piedra y ladrillo; no está terminada, y eso que hace treinta años empezó su construcción. Es de dos pisos, con 5.500 localidades.

Almagro.—Tiene una Plaza de toros bastante buena, que se concluyó en el año de 1845. En ella han ocurrido bastantes desgracias á los lidiadores, porque se escoge siempre ganado sobresaliente. En las corridas que allí se dan al año, generalmente en tiempo de feria, ó sea á fines de Agosto, hay cierta competencia con las de Ciudad Real, según dicen algunos del pueblo.

Almería.—De propiedad particular, de piedra, ladrillo y hierro; da cabida en el primer piso, que son tendidos y gradas, á 7.800 personas, y en el segundo, que son palcos y andanadas, á 2.000. Concluyó su construcción en 1888, á fines de Agosto, y la estrenaron *Lagartijo* y Mazzantini.

Almendralejo.—Se construyó realmente en 1881, aunque ya existía sin las reformas que le han dado importancia. Pertenece á una Sociedad por acciones, y en el tendido, cinco gradas y ochenta y cinco palcos, pueden acomodarse más de 5.500 personas. Es de mampostería, ladrillo y madera, mide 44 metros de diámetro, y en su primera construcción fué estrenada en 29 de Septiembre de 1843, por Juan León.

Andújar.—Es de mampostería, hierro y madera, de propiedad particular, y tiene dos pisos con 3.600 localidades. La estrenaron *Currito Avilés* y *Tenreiro*, el 9 de Septiembre de 1881.

Antequera.—Es propiedad de varios vecinos, construída en 1848; caben en ella 8.268 espectadores.

Aracena.—Es de cal y canto y ladrillo, capaz de 2.000 localidades, no tiene caballeriza, y sí cinco chiqueros muy medianos.

Aranjuez.—¡Lástima es que una plaza tan bonita y capaz, donde han trabajado Ruiz, Montes, León, *Cúchares*, *El Chiclanero*, Domínguez, Sanz y otros no menos notables, se halle hoy poco menos que descuidada! El Real Patrimonio la hizo construir en 1796, se estrenó en 14 de Mayo de 1797, y se reedificó en 1829. Cedida actualmente al Ayuntamiento, sufrió importantes reformas en 1881, que realizaron los empresarios Besteiro y Vázquez.—Es de piedra, ladrillo, cal y madera y caben en ella 10.081 personas.

Argés.—De propiedad particular se halla sin concluir y solo sirve para novilladas. Caben en ella 3.000 personas.

Avila.—Fué construída con sillería, hierro y madera; consta de un solo piso que da cabida á 4.075 espectadores. De propiedad particular.

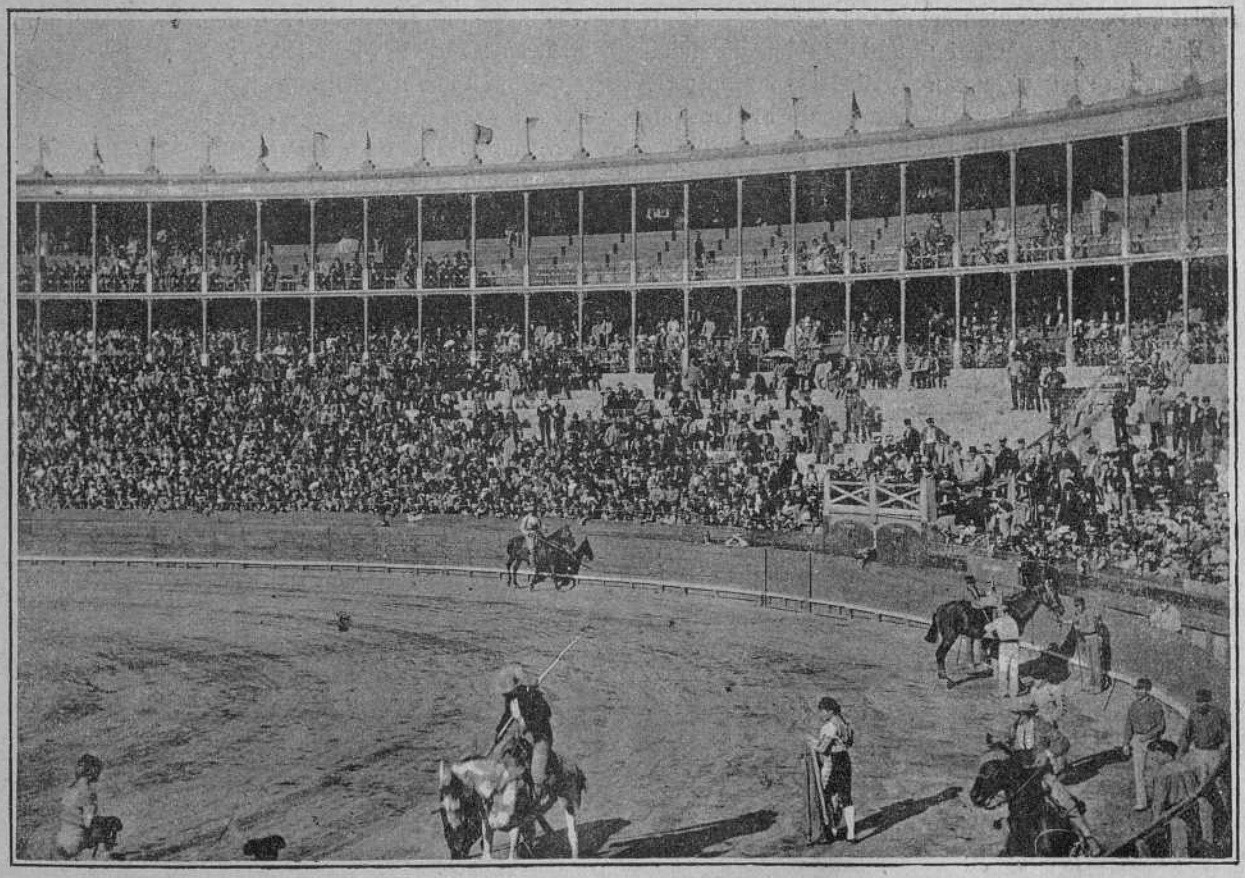
Badajoz.—Su plaza de toros situada en el baluarte de la población, fué construída con mampostería, ladrillo, hierro y madera. Consta de dos pisos con 6.000 localidades y fué estrenada el día 14 de Agosto de 1859 por los diestros José Carmona y José Ponce. Pertenece á una sociedad particular que en 1890 la reformó, aumentándola considerablemente hasta el punto de que hoy caben en ella 8.500 personas.

Baeza.—Fué construída en 1828 con mampostería, piedra y madera, y en sus dos pisos caben cómodamente 4.280 personas. Pertenece á D. Miguel Mota y Hermano.

Otra plaza ha construído en 1891 D. Antonio Acuña, con piedra de sillería, mampostería y hierro, con arreglo á los adelantos de la época y con mayor número de localidades.

Barcelona.—La gran plaza de esta importantísima capital, si bien no corresponde, como edificio notable, á lo que exige la segunda capital de Espa-

ña, es en cambio una de las más alegres y capaces que existen en nuestra nación. Pertenece á la Junta de la Real Casa de Caridad, que obtuvo con fecho 4 de Marzo de 1827 el oportuno permiso para dar corridas de toros, pero hasta el día 22 de Mayo de 1834 no pudo conseguir, á pesar de haberlo anunciado varias veces en los periódicos oficiales, obtener proposiciones ventajosas para la construcción de una plaza en que verificarlas. Los asentistas D. Juan Vilaregut, D. Mariano Coll, D. José Ignacio Sagrista y D. Manuel Deocon, firmaron en dicho día su escritura de obligación ante el notario D. Manuel Planas, y en el mismo momento principiaron las obras con verdadero empeño, bajo la dirección del arquitecto Fontseré. Está situada entre la estación del ferro carril de Francia, el barrio de la Barceloneta y el arrecife del fuerte de D. Carlos, siendo su planta un polígono de cuarenta lados, y su altura, incluyendo tendidos, gradas y palcos, la de 45 piés. Al redondel se le dieron 180 piés y 6 pulgadas de diametro, al callejón de la barrera 9 piés y 5 pulgadas, y para la entrada á los tendidos se abrieron ocho puertas, cuatro para los palcos, gradas y andanadas, otra para el arrastradero, otra para las cuadras, tres para los corrales, y las demás, hasta el número de veinticuatro para almacenes. Lidiáronse en 1834 y en el siguiente 1835, toros navarros en casi todas las corridas; pero como en la que se celebró el 25 de Julio de este dicho año se promovió el motín que fué pretexto para las sangrientas escenas de demolición de conventos y asesinatos de los frailes, las corridas se prohibieron de orden de la autoridad, sin tener presente que con ellas y sin ellas el hecho hubiera tenido lugar, como le tuvo en Madrid, Zaragoza y en otros puntos. Pasaron quince años primero que los barceloneses volvieran á ver corridas de toros en su ciudad; pues si bien las puertas se abrieron durante este tiempo para funciones de gimnasia, y aun para novillos una sola vez en 1841, hasta el día de San Pedro de 1850 no se corrieron allí toros. A esta corrida asistió un gentío inmenso; bien es verdad que, por un lado era, para muchos desconocido el espectáculo, y para otros el solo nombre del célebre José Redondo *(El Chiclanero)*, que llevaba de segundo al *Salamanquino*, había de atraerles, á pesar del aumento de precios de las localidades. En vista de tan buen resultado, diéronse aquel año diez corridas, trabajando en la mayor parte *Cúchares*, que hizo allí demostración de sus grandes conocimientos; y como la afición en la ciudad condal es mayor de lo que generalmente se cree en el resto de España, la plaza fué reformada en Mayo de 1857, sustituyendo los tendidos de



PLAZA DE TOROS DE BARCELONA

madera con otros de mampostería, y en 1862 se hicieron también notables mejoras, entre otras la construcción de escaleras interiores para la mejor comunicacion, la de dividir la plaza en ocho tendidos, ocho gradas y cinco andanadas, y rotular y pintar todo el edificio. Todavía fué más allá la afición de aquel pueblo. En Agosto de 1871 se hizo en la plaza una mejora importantísima; el corral antiguo fué sustituído por otro espacioso y seguro, que puede contener cómoda y separadamente el ganado suficiente para dos corridas de toros; se bajó el nivel del circo, y como por la mucha extensión del redondel se cansaban el ganado y los lidiadores, se redujo su diámetro á 170 piés y 3 pulgadas, aprovechándose los que se le quitaban para añadir á los tendidos tres filas de asientos. Finalmente, en 1875 se han construído en los palcos unas graderías, y se ha puesto en comunicación el tendido con la grada por aberturas practicadas en la barandilla del primer piso, pudiendo fijarse en 16.000 personas la cabida general de la plaza después de dichas reformas. Hay en Barcelona, como hemos dicho, mucha afición y no pocos inteligentes, las corridas que se dan son de primera nota en ganado y en lidiadores, y en esto, como en otras muchas cosas, aquella ciudad no se queda atrás de las demás de España.

Todavía se han hecho más reformas en dicha plaza, mejorando algunas de sus condiciones; en el año de 1887 y 1888 en que las tablas de fachada fueron sustituídas por paredes de mampostería y los piés derechos y balaustradas de madera por columnas y barandillas de hierro. Son sus actuales propietarios los Hijos de J. M. Bofill, D. Francisco Sagrista, D. Luis Martí y herederos de D. Antonio Miret y Nin, y la administra con inteligencia y celo el conocido aficionado don Mariano Armengol y Roca, de quien hablamos en el lugar correspondiente.

Baza. — Construída y estrenada en 1894.

Béjar.—Plaza propia del Ayuntamiento, con dos pisos y 3.550 localidades. Es de piedra, ladrillo y madera.

Bermeo.—Construida y estrenada en 1894.

Benifalló. — Propia de D. Vicente García Hernández. Consta de 2.800 asientos, es de piedra y ladrillo y se estrenó el 18 de Agosto de 1884.

Bilbao.—Plaza regular y nada más. En ella tuvo el célebre *Chiclanero* la gran cogida y cornada en el cuello, que amenazó seriamente su existencia. En las dos corridas que al año suelen celebrarse, es costumbre que antes de empezar la lidia se presente en plaza, bailando y tocando el pito, uno de los tamborileros del país.

Nuevamente se ha construido otra en el término de la Anteiglesia de Abando, por la sociedad anónima llamada «Vista Alegre», que se disolverá luego que sean amortizadas las mil acciones que fueron emitidas, pasando entonces la plaza á ser propiedad de la Casa de Misericordia y Hospital Civil de Bilbao. Empezaron las obras, que son de piedra, ladrillo, hierro y madera, el 14 de Septiembre de 1881 y se inauguró el 13 de Agosto de 1882, con toros de Concha Sierra y por los espadas *Bocanegra*, *Chicorro* y *Gallo*. El tendido tiene 6.772 asientos; la grada 2.610 y los palcos 1.781, y las corridas que se celebran en Agosto y á veces en 1.º de Mayo suelen ser de las mejores por la clase de ganado y cuadrillas contratadas. La antigua plaza no tenía más que 7.000 localidades poco más ó menos.

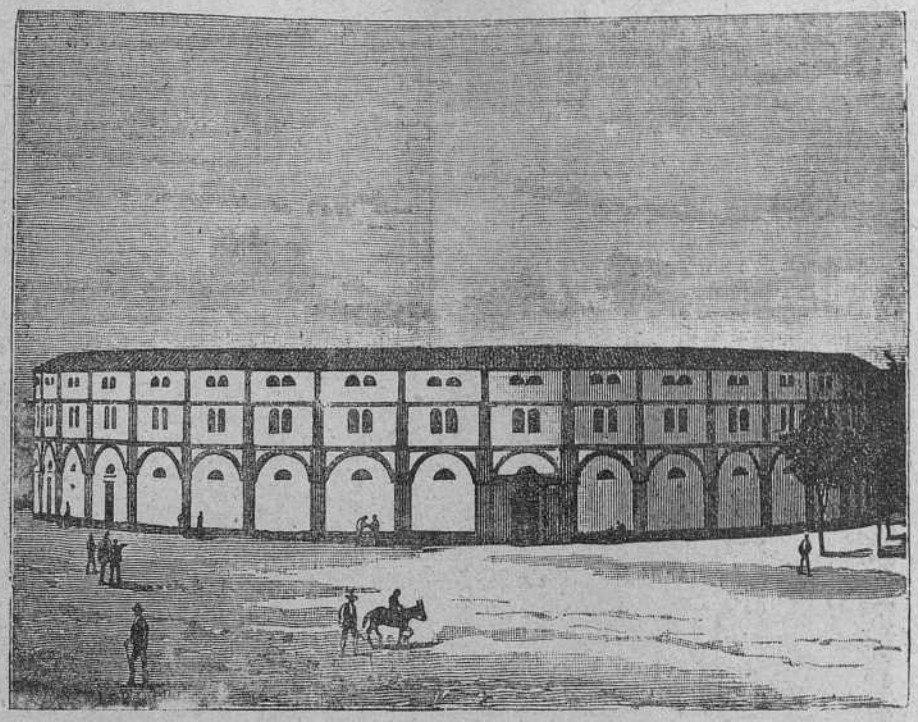
Bocairente.—Es de piedra y madera, ovalada y caben 4.000 espectadores La construyó una sociedad particular para dar novilladas.

Burgos.—Constituida en esta ciudad, entre sus vecinos y moradores, una sociedad, que se tituló «Burgalesa, de la Plaza de Toros» y nombrada entre éstos una Junta Directiva, se dió el encargo de levantar los planos al arquitecto de la Corte don Severiano Sainz de la Lastra.

Con algunas variaciones, entre otras la de no

PLAZA DE TOROS DE BURGOS

haberse construido más que una sola galería alta, se edificó emitiendo acciones de mil reales para sufragar su coste, que ascendió á setenta mil duros próximamente. No bastando estas acciones ni otras que también fueron acordadas por la circunstancia de que la cimentación causó muchos gastos, por lo pantanoso del terreno, tuvo necesidad la sociedad constructora, de acuerdo con la Junta general de accionistas, de proporcionarse los fondos de que carecía, y tomó á préstamo, al 6 por 100 de interés anual del Monte de Piedad, Banco Agrícola de Burgos, que tiene constituído y administra esta Sociedad de Socorros mutuos de Artesanos, hasta la cantidad de ciento veinte mil reales en 10 de Mayo de 1862 y doscientos mil en 25 de Agosto siguiente.



PLAZA DE TOROS DE CÁCERES

Terminose la obra, y se inauguró la Plaza con dos brillantes corridas de toros el 15 de Septiembre del propio año.

Vencidos los plazos de los dos préstamos indicados sin que la sociedad «Burgalesa» contructora de la misma satisfaciera los capitales ni intereses de aquellos préstamos, se entabló contra ella la correspondiente demanda ejecutiva, por virtud de la cual se embargó dicha plaza y adjudicó al citado Monte Pío, otorgándose á su favor la competente escritura de venta judicial en 26 de Junio de 1872, cuyo Establecimiento la posee al amparo de este título, de pertenencia por las dos terceras partes de la retasa, en precio de trescientos diez mil seiscientos reales y la carga de quinientos que contra sí tiene la finca referida de censo enfitéutico, á favor del Excmo. Sr. Conde de Berberana, que tambien tiene derecho á ocupar un palco en los inmediatos al de la presidencia, libre de pago en todas las funciones que en ella tengan lugar. Consta la plaza referida de 32 palcos, 1.472 asientos de grada, 308 balconcillos, 343 asientos de talanquera y 4.846 de tendido.

Cáceres.—Esta plaza es casi toda de piedra, inclusa una muralla que la rodea, sus tendidos, gradas y palcos, las columnas que los sostienen y hasta las escaleras. Se empezó á construir en fines de 1844 por una sociedad de accionistas, y concluyó á mediados de 1846. Caben en ella 8.000 personas, y merecía mejores corridas que las que ordinariamente se han celebrado hasta ahora.

Cádiz.—La plaza de esta ciudad fué construida en 28 días con motivo de una visita de la Reina Isabel II en 27 de Septiembre de 1862: es de madera, caben en ella 11.546 personas, la estrenaron Casas, Domínguez y Ponce y en ella se celebran buenas corridas en varias épocas del año.

Calahorra.—Es propiedad de D. Rafael Díaz. Fué construída con piedra y madera; tiene dos pisos con 4.000 localidades.

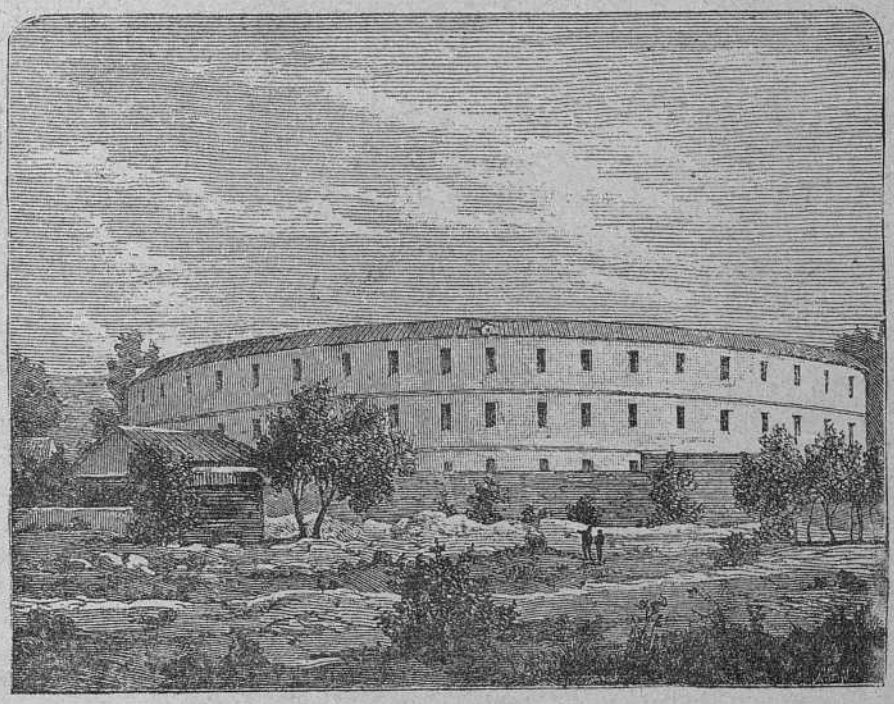
Calatayud.—Su plaza de toros es una de las más bonitas de España; empezó su construcción en 21 de Abril de 1877, y se estrenó en 9 de Septiembre del mismo año; es de estilo mudejar, de mampostería, ladrillo y madera. En los tres pisos de que consta, caben 10.000 personas, y su redondel tiene 25 metros de radio. Los planos y dirección de las obras, estuvieron á cargo de D. Mariano Medarde, del cual hablamos en el lugar correspondiente. Está situada en la carretera de Zaragoza, muy próxima á los paseos del Muro.

Campo de Criptana.—Fué estrenada en 1888, es de poca importancia. Caben en ella 2.500 personas.

Caravaca.—Pertenece á una Sociedad particular que la hizo construir en 1880; no tiene más que un piso, con poco más de 4.000 localidades.

Cartagena.—Es capaz para 8.000 espectadores, y fué construída con piedra, cal y madera. Pertenece á varios particulares, y en ella se celebran todos los años buenas corridas de toros.

Castellón de la Plana.—Esta plaza es muy parecida en su construcción, de piedra, ladrillo, hierro y madera, á la de Valencia. La Sociedad á quien pertenece, empezó á edificarla en 1885, y la estrenó en 3 de Julio de 1887. Caben en los tendidos 11.500 personas, y en las gradas y palcos que componen el segundo piso, 1.500.



PLAZA DE TOROS DE CALATAYUD

Castroverde.—Construída y estrenada en 1894.

Cazalla de la Sierra.—Es de mampostería, ladrillo y madera; pertenece al Ayuntamiento, consta de un sólo piso con 4 800 localidades, y se estrenó en 20 de Junio de 1878.

Ciudad Real.—Se construyó en 1844, casi al mismo tiempo que la de Almagro, y se celebran en ellas un par de corridas al año, con buen ganado generalmente. Pertenece á una Sociedad, y caben en el primer piso 5.000 espectadores, y unos 1.500 en el segundo.

Ciudad Rodrigo.—Es de madera, de propiedad particular, y con dos pisos para 6.000 espectadores.

Constantina.—De propiedad particular; fué construída con pizarra, tierra y madera, y con dos pisos para 3.204 espectadores.

Consuegra.—Pertenece á los vecinos de la población; tiene dos pisos para 4.100 localidades, y está construída con piedra y madera, destinándose á novilladas.

Colmenar Viejo.—En 1890 empezó á construirse por acciones esta plaza, que fué estrenada en 1891. Es de poca importancia.

Córdoba.—La cuna de tantos y tan buenos toreros, no podía estar sin una plaza de toros digna del nombre que en la afición lleva dicha ciudad. Tenía una plaza, que era la mayor, llamada la Corredera, construída en 1683, que se utilizó muchas veces para corridas de toros; luego, en 1740, se celebraron en la plaza de la Magdalena; en 1759, en el Campo de la Merced, casa del Matadero, y en 1760, en dicha plaza mayor, ó sea de la Corredera, así como en 1792, cuando trabajaron á presencia de los reyes los célebres Romero y *Pepe Illo*. La última vez que en corridas de nombre se utilizó por entonces la plaza de la Corredera, fué en el año de 1812, cuando se publicó la Constitución, porque después, en 1815, se construyó otra en el Campo de la Merced, inaugurada en 9 de Septiembre, que tenía doscientas cuarenta varas de andamios, y otras tantas ventanas altas y bajas, siendo su forma ochavada, ó sea con ocho rincones ó chaflanes. Esta se deshizo en 1820, y en 1827 se construyó otra, que derribaron en 1834. Para evitar que estas plazas, que bien pudiéramos llamar provisionales, desapareciesen tan á menudo, se reunieron varios aficionados, y constituídos en sociedad, concibieron y llevaron á efecto el proyecto de edificar un circo nuevo, sólido y duradero, en 1846, en que caben 10.523 personas, en la forma siguiente: 4 471 en el primer piso; 3.459 en el segundo, y 2.597 en el tercero.

Corella.—De propiedad particular y con 4.000 localidades, es de mampostería, ladrillo y madera.

Cortegana.—Propia de una compañía, es de mampostería y madera con capacidad para 2.000 espectadores y está llamada á desaparecer en breve por estar enclavada en terreno de expropiaciones.

Coruña.—Tiene una plaza elegante y sólida, de mampostería, madera, hierro y zinc. Fué estrenada en 2 de Julio de 1885; el ruedo tiene un diámetro de 52 y ½ metros y caben en los tendidos 5.496 personas; en las gradas 2.499; en la andanada 720 y en los palcos 1.312, constando además de buenas y completas dependencias.

Cuenca.—Es de piedra, ladrillo y madera; consta de dos pisos con 5.000 localidades y se estrenó en 3 de Junio de 1848.

Daimiel.—Es propiedad de D. Juan Vicente

Tual, está construida con mampostería y madera, y consta de un solo piso en que pueden colocarse 4.500 personas.

Denia.—Empezó á construirse en 1889, con capacidad para 8.000 personas y se ha estrenado muy recientemente.

Don Benito.—Tuvo una plaza que era de madera, de construcción movible, con tornillos para poderla desarmar, capaz para 6.000 personas y con tres pisos, pero fué destruída por un incendio el día 30 de Agosto de 1889.

Ecija.—Perteneciente á una sociedad industrial; es de ladrillo, hormigón y madera, caben en ella 10.000 personas. Fué restaurada en 1889.

Escorial de Abajo.—Es de propiedad particular, dedicada á novilladas; consta de un piso con 3.000 localidades y hace años se viene pensando en concluirla con palcos ó gradas, Son los asientos de piedra del país.

Figueras.—De mampostería y madera; fué estrenada en 4 de Julio de 1886, con 1.500 localidades y sólo para novilladas. Después se ha construido otra de mejores condiciones y capaz para 7.000 espectadores, que se inauguró el 3 de Mayo de 1894.

Fuente del Maestre.—Es propiedad del Ayuntamiento, que la tiene bastante deteriorada; caben en ella 2.000 personas y no tiene barreras sino burladeros.

Fuente-Heridos.—La construyó con cal y canto D. José Tinoco de Castilla para 2.000 espectadores.

Gandía.—Es de dos pisos para 5.000 espectadores en cada uno, y fué estrenada el 16 de Octubre de 1881.

Gaucín.—Consta de dos pisos con 6.000 localidades; es de fábrica y madera y se estrenó en 11 de Octubre de 1881.

Gijón.—Construida por acciones, es una copia de la de Madrid tanto en el orden de arquitectura como en la distribución de localidades. Es de piedra, ladrillo y hierro; el ruedo mide 50 metros de diámetro y está pintada la barrera con los colores de la bandera mercante de Gijón que se compone de cuatro fajas amarillas y dos encarnadas y caben en todo el edificio unas 12.000 personas: costó cuarenta mil duros y fué estrenada el día 13 de Agosto de 1888. Débense los planos de tan bonito edificio al arquitecto D. Ignacio Velasco.

Granada.—Esta bella ciudad no ha querido privarse por mucho tiempo de ver en su recinto corridas de toros. Como hemos dicho, en Septiembre de 1876 desapareció la plaza que tenía esta población, y desde entonces no se dejó de trabajar hasta conseguir la construcción de un anfiteatro digno de la capital del que fué reino árabe. Encargado del levantamiento de planos el inteligente arquitecto Sr. Losada, meditó un proyecto, que desde luego llamó la atención por su elegante aspecto y bien distribuida localidad en todas las dependencias. El orden de su arquitectura es del Renacimiento. Tiene ocho tendidos y otras tantas gradas, y sobre éstas los palcos, de los cuales tres son de doble capacidad, destinados uno á la autoridad, otro á la maestranza y otro á la empresa constructora. Además de los sesenta y cinco palcos restantes, hay por asientos lo que llamamos andanadas. El redondel mide 52 metros y se estrenó en 3 de Abril de 1880. Es de mampostería, ladrillo y madera, y propiedad de D. Pedro Alvarez Moya.

Guadalajara.—En 28 de Noviembre de 1859 la sociedad formada en dicha ciudad para construir una plaza de toros, compró á D.ª Carmen Ruiz, viuda de D. José Lope Molina, una tierra en las afueras de aquella, donde llaman las Cruces, frente á los dos caminos, de caber diez y ocho fanegas de éstas vendió á los seis meses unas trece fanegas; y en el terreno restante se edificó una bonita plaza, con tendidos y gradas de fábrica, capaz para unas 4.000 personas, donde al año se celebran algunas, aunque pocas, corridas de toros. Hoy es propiedad de D. Narciso González.

Haro.—Construída con mampostería, ladrillo y hierro, caben en ella 9.600 espectadores; de ellos 7.400 en los tendidos. Es sólida y alegre se estrenó en 2 de Junio de 1876.

Hellín.—De propiedad particular, consta de dos pisos y caben en ella 6.000 personas: es de sillería, hierro y madera.

Huesca.—Es de piedra, ladrillo y madera, con tres pisos para 7.960 localidades y es de propiedad particular.

Jaen.—Propia de D. Tomás Pérez y Pérez, construída con piedra y hierro, tiene dos pisos para 6.500 localidades.

Játiva (San Felipe de).—Caben en ella 8.000 espectadores; tiene tendidos, gradas, palcos y andanadas, y es de piedra, madera y hierro y se estrenó el 15 de Agosto de 1887.

Jerez de los Caballeros.—De piedra de morteruelo y ladrillo, propia de D. Joaquín Romani; consta de dos pisos con 5.800 localidades.

Jerez de la Frontera.—Constaba de dos pisos y una gran azotea con 11.676 localidades. Era propia de D. Manuel Bertamati, la estrenó Montes el 7 de Junio de 1840 y tenía buenas dependencias. Un violento incendio la consumió en 16 de Agosto de 1891 y ha sido reedificada en 1894.

Jijona.—De propiedad particular, está construída con mampostería y madera, tiene un solo piso con 2.000 localidades y no está completamente concluída.

Jumilla.—Propia del Ayuntamiento, es de mam-

postería y consta de dos pisos con 3.900 asientos.

Lérida.—En su plaza, que es de madera, y en cuyos dos pisos no pueden acomodarse más de 600 personas, se dan muy pocas corridas de toros

Linares.—De piedra, hierro y madera, es propiedad de D. Luis Villanueva; caben en ella 10.500 personas repartidas en los tres pisos de que consta.

La Línea.—Fué estrenada en 1883, gastando en la construcción, su dueño D. José Cayetano Ramirez, setenta y cinco mil duros. Es de piedra, ladrillo, hierro y madera; tiene dos pisos para 6.000 localidades con buenas dependencias.

Logroño.—Esta importante capital de provincia no ha tenido plaza de toros de carácter permanente hasta después del año de 1862. Antes de esta época, y desde fecha remota, construíanse allí plazas de madera, donde anualmente se celebraban corridas de toros con gran concurrencia de vecinos de aquel pueblo y de todos los comarcanos, que dejaban pingües ganancias á las Empresas. Pero llegó el año de 1860, y con motivo de no tener la plaza edificada toda la amplitud necesaria para dar entrada y salida á las gentes que ocuparon gradas y palcos, puesto que solo tenía dos escaleras, se hundió una de éstas, y fué grande el número de lesionados que resultaron. Entonces se pensó en construir una de fábrica y de gran solidez; se emitieron acciones, que se buscaron con empeño, y se dió principio á las obras, calculando que los productos que rindiera tan soberbio edificio habían de dar un rédito elevado con relación al capital empleado. Se hizo toda de piedra, con amplios asientos y extensas localidades, hasta el punto de poder contener muy cómodamente más de 11.000 espectadores; y sin embargo, la utilidad de los accionistas fué desde entonces escasa, no correspondiendo á sus esperanzas ni al desembolso de cerca de noventa mil duros que costó el circo. Y es que antes de aquel año no estaban construídas las vías férreas, por las que tan fácilmente se trasladan á Bilbao, Vitoria, San Sebastián, Pamplona y otros puntos los que antes concurrían solo á aquella plaza, y ahora visitan aquellos pueblos por menos dinero tal vez del que antes gastaban para ir á Logroño. Se dan al año en esta plaza dos corridas de toros de primer orden por las mejores cuadrillas, á fines de Septiembre.

Loja.—Propia de D. Rafael Molina; caben en ella unas 3.000 personas, es de ladrillo y fué estrenada en 24 de Febrero de 1878.

Lorca.—Plaza de poca importancia; caben en ella unas 8.000 personas.

Madrid.—La soberbia plaza que hoy tenemos en la capital de España fué cambiada ó permutada por los terrenos que ocupó la vieja, inmediata á la puerta de Alcalá, cediéndolos la Diputación al rematante en subasta D. José de Salamanca, que á su vez traspasó el negocio á D. Manuel Salvador López, el cual la ha edificado en el sitio designado en el remate, afueras de dicha Puerta de Alcalá, á la derecha del antiguo camino de Aragón, que hoy es continuación de la calle de Alcalá, á unos tres kilómetros del centro de Madrid. Se estrenó en 4 de Septiembre de 1874 y caben en ella cerca de 14.000 personas.

Es el edificio, interior y exteriormente, de arquitectura árabe en toda su pureza, con sus preciosos adornos y elegantes festones, concediendo los inteligentes tanto mérito á las bóvedas sobre que están los tendidos, como al resto de la construcción. Esta es toda de ladrillo, piedra y hierro;

PLAZA DE TOROS DE MADRID

y aunque no es posible dar en este libro una descripción detallada de tan soberbio edificio, diremos que constan los diez tendidos de diez y siete filas de asientos, comprendiendo en ellas las barreras y contrabarreras. Las gradas cubiertas, que son otras diez, tienen cinco filas, además de las delanteras, y encima están situados ciento diez y ocho palcos, además del palco real. La enfermería, caballerizas, desolladeros, guadarnés, capilla, corrales, chiqueros y demás dependencias, son todas cómodas, espaciosas y bien entendidas; y puede decirse con seguridad que los señores Alvarez y Ayuso han hecho una obra perfecta en cuanto cabe en la inteligencia humana. La planta de la plaza ocupa un polígono de sesenta la-

dos de 52,50 metros de radio, con un pabellón que le sirve de entrada principal, mirando á Madrid, que forma un cuerpo separado, así como el destinado á las dependencias ya mencionadas. En dicho pabellón admírase un portalón soberbio, de arquitectura estilo mudéjar, como toda la plaza, cuya altura es de 11,50 metros, que termina en un airoso arco festoneado, de grande efecto, ostentando también un magnífico techo artesonado, labrado de bellísimas labores árabes. La altura de la fachada exterior es de 15,62 metros, contando dos hiladas de piedra sillería de 0,67 cada una, las cuales les sirven de zócalo, y divídese en tres cuerpos, que guardan entre sí la más perfecta y cabal armonía. El primero, ó sea la planta baja, lo forman dos galerías de circulación, á las que dan, para mayor comodidad del público y el mejor servicio de la plaza, doce puertas de 5,50 metros de alto por 3 de ancho. Dichas galerías, sobre las que hay otras dos que conducen respectivamente á palcos y gradas, tienen 4,50 metros de ancho la primera y 3,40 la segunda, siendo la altura de ambas de 7 metros y recibiendo la luz por sesenta arcos de 5,50 metros cada uno por 2,50. Las gradas y palcos están divididos por doscientas cuarenta magníficas columnas de hierro, y toda la plaza está cubierta de teja árabe, combinada á cordones blancos y negros, produciendo muy buen efecto. El diámetro del redondel es de 60 metros, y el callejón de la barrera 2,10 de ancho, y en todo el circo caben muy cómodamente 12.534 personas, habiéndose aumentado las localidades luego en más de 800, y aunque provisionalmente y solo para las funciones reales de 1878, hasta el número de 16.000. Llaman extraordinariamente la atención de los entendidos las cimentaciones de la obra, á las cuales conceden el mayor mérito de ésta; sobre pilas y arcos de ladrillo, que ascienden á doscientos sesenta, de 2,3 y 3½ metros, y algunos hasta de 9 metros, están construídas las dependencias; y sobre magníficas bóvedas, colocadas sobre los muros radiales, están construídos los tendidos con la solidez que les dan aquéllas, que son elipsoidales cónicas, admirablemente hechas y de distintas alturas, puesto que la diferencia de nivel en la cimentación es aproximadamente de unos 10 metros. El aparejador don José Morón, si no la tenía ya, se creó una envidiable reputación al secundar tan hábilmente los planos de los Sres. Alvarez y Ayuso. El Sr. Alvarez Capra es Académico de número de la de Nobles Artes de San Fernaddo, Jefe superior honorario de Administración y diputado á Cortes en varias legislaturas. El Sr. Ayuso falleció en Madrid hace ya seis años.

Antes, en fines de 1849, la brillante sociedad taurómaca, titulada «El Jardinillo», hizo construir en el sitio que hoy ocupa, poco más ó menos cerca, el palacio del conde de Finat, una bonita plaza de madera, con sólo gradas cubiertas, que daban cierto carácter aristocrático á la reunión. Esta plaza duró tres años escasos.

En 1851, junto al parador de San José, calle de Alcalá, antes de llegar á la estatua de Espartero, y á su izquierda, erigió otra bonita plaza la Sociedad «Lid taurómaca», con tendidos y gradas, mucho más capaz que la anterior. También desapareció á los pocos años.

Poco más allá de ese terreno, se edificaron en 1861 los edificios de los «Los Campos Elíseos», y entre ellos una plaza de capacidad para 3.000 personas, y en la cual vimos torear de noche, con luz de gas, toros de Veragua, por la cuadrilla de Cayetano Sanz. A los pocos años desaparecieron los «Campos Elíseos», con todos sus edificios.

Luego, en el mismo sitio que ocupaba la anterior, construyeron otra igual, que á los diez años fué extinguida por un incendio (Julio 1881), y otra edificada en el barrio de Tetuán, ha desaparecido por abandono. De modo que hoy, á más de la principal, sólo hay otra, como para 4.200 almas, enfrente del puente de Vallecas, término de este pueblo, que explota una empresa particular. Es de ladrillo, madera y hierro; el redondel tiene 37 metros de diámetro, y fué estrenada en 29 de Septiembre de 1884 No se lidian en ella más que becerros, y puede decirse que es la escuela de aprendizaje.

Madridejos.—Su plaza es de tierra, y se construyó en treinta y siete días, horadando un circuito, y haciendo en él con azada un graderío, sobre el cual pusieron baldosas. Capaz para 3.000 personas, y de propiedad particular; es posible que ya no exista.

Málaga.—Como toda ciudad importante de España, esta hermosa población de Andalucía ha tenido en su recinto diferentes plazas de toros, de las cuales, gracias al inteligente aficionado Sr. Ramírez Bernal, podemos dar los siguientes detalles:

Después de un prolijo examen de documentos antiguos, no hay más antecedentes sino que en 1646 ya se verificaban por el mes de Septiembre corridas de toros en la *Plaza de las Cuatro Calles*, hoy de la Constitución. En ellas se hicieron fiestas Reales, cuando sucesos de la mayor importancia por la monarquía las demandaban; en ella rompieron lanzas y cañas nuestros aristócratas; en ella rejonearon á la española ínclitos varones, tan esforzados como linajudos, y en ella, por último, y en 1839, se lidiaron novilladas con pretextos tan populares como el famoso abrazo que en Vergara diéronse Espartero y Maroto, como en celebración de días y cumpleaños de nuestros monarcas.

Pero esto que no revestía más que el carácter político, era insostenible por cuanto que la ocupación para tales fiestas de la plaza pública, produ-

cía el natural trastorno, y así que tenía que ser cosa transitoria el armado y desarme de graderías, toriles, etc. etc. No consta la fecha, pero puede presumirse que sería allá por el año de 1780, cuando se erigió en terreno junto al Convento del Carmen, una plaza de toros de madera, tosca y aprovechable sólo para dar corridas, con capacidad para cuatro ó cinco mil almas.

Ignórase la fecha en que se destruyó este edificio, mas una copla popular ha llegado á nosotros, que decía:

La plaza de toros del Carmen
se está cayendo,
el Cándido y *Pepe Illo*
la están teniendo.

Lo cual demuestra que en esta plaza trabajaron las notabilidades de la época, inclusives los Romeros, que por ser hijos de la provincia y hallarse bien quistos y protegidos de los malagueños; consta en carteles de entonces sus nombres.

En sustitución de la plaza citada infiérese que se edificara la de la Pescadería, esto es, la inmediata á la orilla del mar por poniente y próxima á los almacenes de Heredia y otros. Su dueño, el maestro carpintero Villatoso, no fué muy feliz en su empresa, puesto que sobre el edificio cayeron hipoteca y pignoraciones hasta declararse la junta de acreedores y la administración consiguiente. Desde 1817 á 1830 pudo subsistir este edificio de madera donde tan buenas corridas se dieron con excelentes ganaderías y diestros de la mejor reputación, siendo su muerte debida, según la voz pública, á la famosa influencia de la casa de Heredia que temía un incendio y que se propagase á sus soberbios almacenes de vinos.

Pero había que hacer algo ya que el público malagueño tenía entusiasmo por tales fiestas, y entonces se construyó una pequeña plaza de madera que ocupó precisamente el terreno en donde hoy está la Cárcel Pública. En ella se dieron novilladas sin mayor importancia porque ni la cabida ni el local permitían lujosos festejos y más bien los toros embolados, capeas y otros de muerte se sucedieron por pocos años ocurriendo sólo la desgracia del torero Checa que sucumbió de un bolazo de una res.

Para llenar el vacío que con el derribo de tal plaza se produjo, hízose otra, tambien pequeña, en local de la Puerta Nueva, hoy calle de la Compañía, y allí fué donde Santana, Alvarado y demás toreros malagueños, trabajaron como novilleros, manteniendo en cierto modo la afición á estos espectáculos.

Pero ni esto era suficiente al creciente vecindario de Málaga, ni podía en manera alguna servir al interés comercial de una población que ya era de las de primer orden por su industria y su comercio, como por su situación y gran puerto.

Necesitábase un genio emprendedor, un hombre que no discutiese la cuantía de la obra y ese hombre fué D. Antonio María Alvarez, que en 1839 encomendó los planos de una gran plaza de toros al célebre arquitecto D. Rafael Mitjana. En la huerta y huerto del extinguido convento de San Francisco que por miserable suma había adquirido el Sr. Alvarez en aquellos días en que la facción de Gómez se decía casi á las puertas de Málaga, se hizo una soberbia plaza de toros, bien cimentada, grande y capaz como la requería aquella hermosa capital que se estrenó con tres memorables corridas en los días 14, 15, y 16 de Agosto de 1840, con ganado de Albareda, Gutiérrez y Saavedra y espadas Montes y Parra. A partir de esta fecha la plaza iba deteriorándose cada año, por el espíritu levantisco que la malhadada política había creado, puesto que á la menor circunstancia pagase el gasto, como suele decirse, y el pueblo desde la tercera corrida de estreno, hizo destrozos y en diversas tardes de corrida también. En evitación de estos, en 1851 hizo de cantería el tendido, achicando el redondel que resultaba extensísimo y viniendo por dicha nueva obra á resultar el terradillo al rededor de aquel, que tan buena vista dió á la plaza con tal desahogo para salir y entrar más facilmente. Desapareció pues toda la madera quedando nueve escalones ó gradas sobre bóveda firmísima é infinidad de puertas arqueadas para la entrada pór el terradillo citado donde se podía pasear y ver de pié el espectáculo, siendo esto motivo de que en casos extremos se vendiesen mayor número de entradas.

Contrariedades mil y disgustos no faltaron al dueño Sr. Alvarez que empezó explotando las corridas hasta que aburrido comenzó á cederla por funciones sacando pingüe renta.

En 1864 no había empresa y deseoso el Sr. Alvarez de que cuando menos se hiciese la corrida del Corpus, púsose de acuerdo con el malogrado *Cúchares* para á medias hacer el espectáculo.

Lo que sucedió entonces es para ser relatado:

Don Joaquín Alonso era el gobernador y el partido moderado estaba con las riendas del poder, temíase algo en sentido revolucionario, dada la fama bullanguera de Málaga, y el no tener el ganado de D. Vicente Romero la edad reglamentaria, según los peritos que se nombraron, dió márgen á la suspensión de la corrida puesto que *Cúchares se negaba á que en los carteles se dijera que iba á matar novillos.* (1) Consecuencia de esto fué que el Sr. Alvarez anunció la venta de la plaza en dos millones, no

(1) ¡Ni más ni menos que las eminencias toreras de ahora!

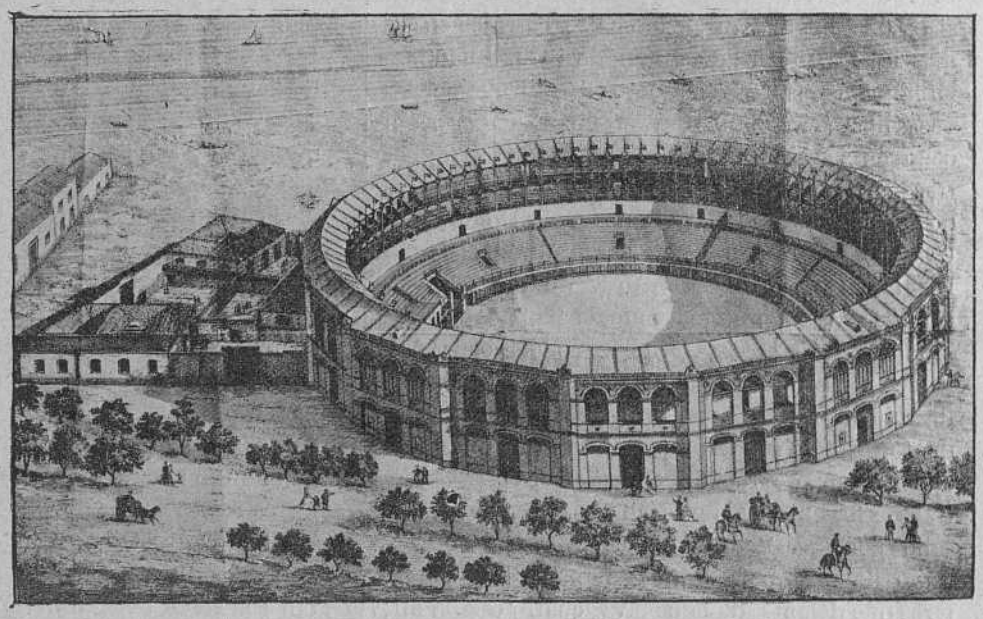
hubo oferta y picado su amor propio, por si sería ó no capaz de derribar el circo cumplió su palabra privando á Málaga de un anfiteatro tan hermoso El día 16 de Junio con general disgusto vióse que empezaba la demolición de la plaza, y á los pocos meses una calle que lleva el nombre de Alvarez, transformaba por completo el sitio donde estuvo emplazado el circo en que tan buenas corridas y tan magistrales estoqueadores se habían visto y colmado de vítores.

Véase ahora la cabida oficial de aquella hermosa plaza: 11 palcos dobles, 36 sencillos, 112 sillas altas, 485 gradillas del segundo cuerpo, 138 vallas de sombra, 5.000 entradas generales de sombra y 5.000 de sol. No obstante este detalle, en aquella plaza tenían cabida 12.000 espectadores y aprovechando el terradillo todo, hubo vez que se colocaron 14.000 personas como ocurrió en una función regia.

El año 1853 D. José García Muela, construyó en terreno inmediato á la calle del Cristo de la Epidemia, un circo-teatro espacioso, al que denominó *Circo de la Victoria*. En él se daban alternativamente ya funciones teatrales, ya ecuestres y gimnásticas, ya novilladas, inaugurándolo el día 5 de Mayo del año citado, la compañía ecuestre de Mr. Tournier. Al desaparecer la plaza de toros del Sr. Alvarez, tomó aprecio este local y la sociedad taurina de aficionados que en 1864 se formó, fué el proemio, digámoslo así, de los festejos que sucesivamente prodigaron varias empresas. Como quiera que la cabida resultaba pequeña, se hizo en 1865 desaparecer todo el decorado del escenario y en este se formó un gradino de ventiuna filas con lo cual se aumentó en 700 personas la cabida, colocándose tres hileras de sillas en la parte de embocadura de dicho escenario y bajo él seis chiqueros ó jaulas para el ganado, en condiciones de mayor seguridad puesto que ya no fueron novillos sino toros los que se encerraron. En el redondel se colocaron seis burladeros y así sirvió esta plaza hasta que en 1877 se hizo inservible ya que la nueva de la Malagueta se inauguró en 1876 y ofrecía para toda clase de espectáculos comodidades y capacidad de que carecía el circo, no muy sólido.

He aquí un detalle de la cabida: 2 palcos dobles, 28 sencillos, 75 sillas altas, 192 vallas, 60 asientos de sillas de escenario y 2.500 de entrada general. Hoy, del *Circo de la Victoria*, solo existen las paredes.

La plaza nueva de toros que bajo la dirección del arquitecto municipal don Joaquín Rucoba se edificó en terrenos de la Malaguita y paseo de Reding, es lo suficientemente sólida y bella para que sea objeto de admiración de propios y extraños. En la tarde del 15 de Junio de 1874 y hora de las cinco y media se comenzaron los trabajos abriendo la caja de cimentación, debiéndose esta obra al empeño de D. Liborio García, primer Teniente de Alcalde, y al Alcalde-presidente don Pedro Alonso, así como á otros concejales que acogieron la idea con satisfacción y á la excelentísima Diputación Provincial que no tuvo inconveniente en dar su beneplácito al proyecto, suscribiendo la mitad del importe de las obras que por administración debían hacerse. El advenimiento de la monarquía de D. Alfonso XII y con él el cambio de Diputación y Ayuntamiento hizo que las obras se paralizaran inmediatamente por no querer el nuevo Alcalde, D. Francisco de Paula Sola, que se siguiesen por administración. Se inventariaron los materiales de todas clases que existían sobre el terreno, se hizo aprecio de lo hecho y agitados diferentes medios de subastar la terminación de la plaza y desechadas cuantas proposiciones se habían hecho fuera de estos actos



PLAZA DE TOROS DE MÁLAGA

oficiales, llegó el día 7 de Octubre de 1875 y reuniose la Comisión de Plaza de Toros para discutir tres proposiciones que se le habían presentado, acordándose admitir la de los Sres. Briales Hermanos y al día siguiente reanudáronse los trabajos con las garantías de depósito y precio alzado de trescientas mil quinientas veintisiete pesetas ochenta y cuatro céntimos.

La plaza ha tenido de coste novecientas diecisiete mil cuatrocientas treinta y dos pesetas ochenta y cuatro céntimos y al formalizar la cuenta en 29 de Junio de 1877 aparecen incluídos en dicha suma varios accesorios por valor de cuatro mil ciento noventa y dos pesetas setenta y cinco céntimos. Este acto era indispensable puesto que el Ayuntamiento hizo pago á la Diputación con el edificio de lo que le debía á ésta, quedando por consecuencia la segunda propietaria única de la Plaza de Toros.

La plaza se inauguró con cuatro corridas en los días 11, 12, 15 y 18 de Junio de 1876, lidiándose en la primera tarde ocho toros de Muruve por las cuadrillas de Domínguez, *Gordito* y *Lagartijo*; ocho en la segunda de D. Anastasio Martín, por *Gordito*, *Bocanegra* y *Lagartijo*; seis en la tercera de D. Joaquín Pérez de la Concha, por Domínguez, *Gordito* y *Bocanegra*, y siete en la última (seis de D. Rafael Laffitte y Castro y un cunero), por *Gordito* y *Bocanegra*, matando el cunero Vicente Méndez *(El Pescadero)*. En esta corrida ocurrió el lance extraordinario siguiente: se estaba banderilleando el primer toro, *Serrano*, cuando el maestro de toriles dió salida preparatoria al segundo toro al saltadero; de repente embistió á la puerta central de los chiqueros y sacada esta de sus goznes, salió por el callejón de la barrera *Montañés* y cogió de improviso al mozo de plaza José Ballesteros que delante de la ochava cuatro estaba mirando como banderilleaban á *Serrano*. El toro, que iba con la cabeza baja y huído, no se fijó en nada sino que tropezó con Ballesteros y siguió su viaje por dentro de barrera. El mozo resultó con dos heridas en el muslo derecho, calificadas de gravísimas por haber llegado al hueso una de ellas. Sin embargo sanó.

He aquí la cabida oficial de la plaza, según el plano publicado en 1876: Sombra. Palco de la Presidencia, 16; palcos de la Excma. Diputación Provincial y Excmo. Ayuntamiento, 66; palcos 30, á 12 asientos, 360 (hoy son 10 palcos dobles y 40 sencillos, ó medios palcos, que hacen la misma cabida citada antes); vallas, 189; sillones del terradillo, 217; sillas del primer piso, 272; gradas del primer piso, 1.134; sillas del segundo piso, 75; gradas del segundo piso, 505; tendido preferente bajo la Presidencia, 28 en cuatro filas; asientos de sobrepuerta, 12; entrada general por ochavas: ochava primera, 567; ídem segunda, 566; ídem tercera, 677; ídem cuarta, 547.—Sol. 15 palcos, á 12 asientos, 180; vallas, 207; sillones del terradillo, 270; sillas del primer piso, 268; gradas del primer piso, 1.134; sillas del segundo piso, 165; gradas del segundo piso, 671; tendido encima del toril, 54; meseta del toril, 15; asientos de sobrepuertas, 28; entrada general por ochavas: quinta ochava, 552; sexta íd., 687; séptima íd., 760, octava íd., 761.

Por haberse puesto barandilla divisoria alta y baja entre sol y sombra, se ha variado este cuadro de localidades, resultando más localidad á la sombra que al sol, y hace ya dieciocho años que en el sol no se venden las preferencias, y todo se reduce á entrada general, habiéndose con esto perjudicado las empresas, puesto que se privan de un buen ingreso, y á la vez han hecho que el público se acostumbre á esta inoportuna medida, que sólo una mal entendida economía dictó, y hoy subsiste contra toda razón.

La plaza, en las condiciones que se encuentra, ha habido ocasión en que ha sido ocupada por 14 y 15.000 espectadores, pues el paseo ó terradillo que circunda á los tendidos, ofrece espacio para que de pie estén 3.000 personas.

De algunos años al presente, empresas codiciosas y sin ningún escrúpulo, vienen dando en esta plaza más corridas de novillos que de toros, y éstos, cuando los dan, son de desecho, aunque en carteles figuren nombres de afamados ganaderos.

El edificio se encuentra hoy muy desatendido por su propietario, la Excma. Diputación Provincial, pues es tal el destrozo causado en él, que apena el ánimo verlo y que no se gasten algunos miles de reales en repararlo como se merece.

Estos desperfectos, unos causados por el público soez, y otros por la acción del tiempo, no afectan á la solidez de tan hermosa plaza, cuyos muros y herrajes son muy suficientes á desafiar á los siglos.

Mataró.—Construída y estrenada en 1894.

Medina de Rioseco.—Es propiedad de la Beneficencia y Asilo de ancianos. De mampostería, piedra y madera. Caben en sus dos pisos 5.530 personas.

Molina de Aragón. — Construída y estrenada en 1894.

Mondragón.—Pertenece á una Sociedad. Tiene de cabida en sus dos pisos 2.260 localidades, y está construída con cantería, mampostería y madera.

Monóvar.—Tiene dos circos taurinos, uno propio de D. Valeriano Juan, y otro de una Sociedad. Constan ambos edificios de dos pisos, son de mampostería y madera, y en el primero caben 5.654 espectadores, y 3.154 en el segundo.

Montoro. — Pertenece á una sociedad. Es de mampostería y madera y su perímetro está vacia-

do en el terreno. Ocupan sus dos pisos 6.500 localidades y apesar de estar construída hace pocos años se halla en muy mal estado.

Mora.—De piedra, ladrillo y madera, caben en el único piso que contiene unas 3.000 personas.

Mula.—Construída é inaugurada en 1894.

Murcia.—Tiene dos plazas; en la vieja, construída de piedra, ladrillo y madera, caben en sus tres pisos 7.700 personas. En la nueva, de que es propietaria la Sociedad Cooperativa de Empleados, entraron para su construcción: sillería, piedra de Lorca, mampostería, ladrillo, hierro, madera y zinc. Consta de tres pisos, el de tendidos para 11.000 localidades, el de gradas que es el segundo para 3.000 y el tercero, con igual número, para palcos y andanadas. El redondel tiene un metro menos de diametro que el de la plaza de Madrid y su parte exterior es muy parecida al de esta. Contiene excelentes dependencias y los planos y dirección de la obra son debidos al arquitecto D. Justo Millán, verificándose la inauguración el día 6 de Septiembre de 1887, sin estar aún terminadas las obras.

Navalmorales.—Propia de D. Julián Martín y capaz para 2.500 espectadores, está construída de piedra, tierra y ladrillo y destinada á novilladas.

Novelda.—Propia de la sociedad taurina, tiene dos pisos en que pueden colocarse 5.300 espectadores; es de mampostería y madera y se estrenó el 19 de Junio de 1889.

Olivenza.—Pertenece á una sociedad, es de mampostería y madera y consta de dos pisos con 5.540 localidades.

Olot.—Construída por acciones hace algunos años, tiene 1.500 localidades, un solo piso y es de mampostería y madera. Se halla en muy mal estado.

Oviedo.—Tuvo una plaza de madera para 11.000 espectadores que fué estrenada en 28 de Septiembre del año 1875 y desapareció á poco tiempo. En 1888 acordaron varios vecinos de la población construir otra por acciones con un presupuesto de treinta mil duros y comenzadas las obras inmediatamente fué inaugurada el 5 de Agosto de 1889. Caben en ella 11.000 espectadores; tiene tres pisos y es de piedra, mampostería, hierro y madera, y contiene muy buenas dependencias.

Palencia.—De construcción antigua, es propiedad de varios accionistas. Consta de tres pisos y caben en los tendidos 5.317 personas, 2.493 en gradas y andanadas y 160 en los doce palcos que contiene. Es de piedra, ladrillo y madera.

Palma de Mallorca.—Está enclavada en el baluarte de Jesús y es de propiedad particular; fué construída con piedra del país llamada piedra fría, hierro y madera y en los tendidos, gradas y ochenta palcos caben 9.500 personas. Tiene nueve puertas y por la parte exterior forma un polígono de cuarenta y un lados. La dirigió el arquitecto don Antonio Sureda y Villalonga y se estrenó el día 24 de Junio de 1865.

Pamplona.—Es propiedad del Ayuntamiento y en su construcción entraron piedra, ladrillo, hierro y madera. No tiene más que dos pisos con 9.134 asientos y siempre los productos de las famosas corridas que allí se celebran en Julio de cada año se destinan á la Casa de Misericordia.

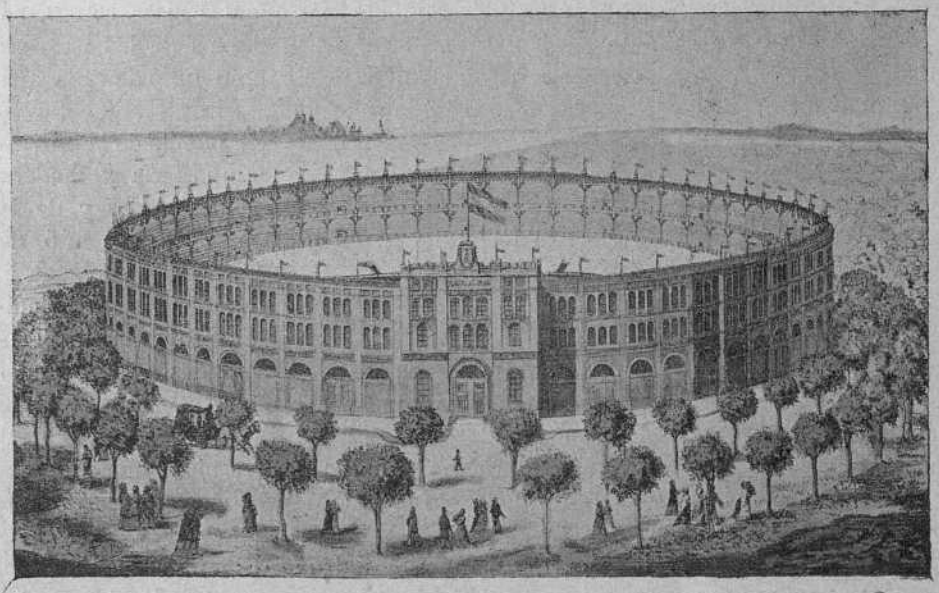
Pastrana.—La plaza de este pueblo de la provincia de Guadalajara es de mampostería y madera con un solo piso para 3.500 localidades y de la propiedad del Ayuntamiento. Se estrenó en 5 de Junio de 1885.

Plasencia.—Pertenece á una sociedad y fué edificada sobre macizo con cal, canto y madera. Tiene dos pisos para 7.000 localidades y se estrenó, aunque sin terminar las obras, el 18 de Junio de 1882.

Puerto de Santa María.—La plaza que en nuestro concepto ha tenido peor sino para los toreros en todos tiempos fué la de esta ciudad, que desapareció en Julio de 1877. Allí murió José Cándido, y perecieron los picadores Puerto y Payán; y entre

PLAZA DE TOROS DE OVIEDO

otras desgracias, acaeció en ella la del bravo Manuel Domínguez, que sufrió la gran cogida que le privó del ojo derecho; pues aunque es verdad que no fué precisamente en el mismo lugar donde acaecieron todas esas desgracias, en las plazas de toros que tuvo el Puerto ocurrieron. Esa que desapareció, fué estrenada el día 4 de Junio de 1843 y la destruyó un incendio. La nueva, que se inauguró el 5 de Junio de 1880, es magnífica, pertenece á una sociedad anónima; tiene tres pisos, los tendidos son de piedra; las delanteras, columnas y travesaños de hierro, en el primer piso se halla el palco presidencial, sobre éste el de los Reyes y á los lados los del público. Caben en la plaza 12.186 personas, pudiendo acomodarse sin violencia hasta 15.000. De mampostería, ladrillo, madera



PLAZA DE TOROS DEL PUERTO DE SANTA MARÍA

y hierro, es la más alegre de Andalucía á lo cual contribuye, no poco, el color blanco de su fondo y el encarnado de sus dibujos y adornos. Tiene el redondel 30 metros de radio, la barrera 1,60 de altura por la arena y 1,20 por el callejón, que es de cerca de 2 metros de ancho, y el tendido diez y seis filas de asientos; y en la distribución de corrales y demás dependencias se ha atendido con cuidado á una buena y acertada dirección.

Empezaron los arquitectos constructores, don Mariano Cardérera y D. Manuel Pardo, por fijar la cota del centro del redondel á 6,66 metros sobre la baja mar de equinoccio, con objeto de disminuir las excavaciones y no hacer muy grande la altura aparente del edificio; dieron al redondel 60 metros de diámetro; fijaron el frente principal del edificio, no por donde antes le tenía, sino por la desembocadura de la calle de Uriarte, consiguiendo con esto más natural colocación, mayor visualidad, y que la parte destinada á encierro, corrales y chiqueros mirase á Levante, que sobre tener más ventajas para el efecto, ofrece menos riesgos que los que la vieja plaza ocasionaba; y marcaron para la planta del edificio la forma de cinco coronas poligonales, regulares y concéntricas de sesenta lados, que, como va indicado, afecta en el interior una circunferencia de 60 metros de diámetro y en el exterior 99,30, con más un cuerpo saliente de 14,30 de longitud y 5 de resalto que constituye el pabellón central, y otro que mide al frente 25 metros y avanza 7 sobre la línea del polígono externo que se destina á corrales. La fachada exterior se compone de lienzos de 5,20 metros de longitud, correspondiente cada uno á un lado del último polígono: fajas horizontales acusan en estos lienzos los tres pisos en que la plaza se divide. En los entrepaños del bajo figuran arcadas de 2,80 metros de anchura, y en los pisos primero y segundo tres ventanas agrupadas de 0,80 en cada uno de ellos, limitando todos los huecos por arcos de medio punto que se apoyan en estribos ó machones. No se ajustaron los Sres. Cardérera y Pardo, ni subordinaron su plan á ningún género arquitectónico marcado, porque la estrechez del presupuesto á que debían atenerse no les hubiera consentido desarrollar convenientemente las exigencias de un estilo preconcebido, y por lo mismo se atuvieron á la base de una decoración artística que pone de relieve un buen sistema de construcción arquitectónica.

Quintanar de la Orden.—La plaza de esta villa está vaciada en el terreno, y construída con piedra y madera. Tiene un sólo piso, con 4.500 localidades, y fué estrenada el 26 de Septiembre de 1879. Es propiedad de D. Pascual Dávila.

Requena.—Consta de 2.446 localidades; pertenece el terreno sobre que está construída, á D. José Hernández, y la madera á otros interesados. Está situada en el interior de la población.

Ronda.—Está construída en la calle de San Carlos, y en el último tercio del siglo pasado, por la Maestranza de caballería de dicha ciudad, cuna de célebres toreros, y á que dió nombre con su

escuela de toreo inmejorable, el gran Pedro Romero. Es de cantería y madera, y consta de dos pisos con cabida oficial para 5.000 personas, que puede elevarse en casos determinados hasta 7.000. Se halla en mediano estado de conservación.

Río Tinto.—Se estrenó en 12 de Agosto de 1882. Caben en ella 10.000 espectadores, y consta de dos pisos.

Sabadell.—Es de madera, y propiedad de una Sociedad anónima. Consta de un piso con 3.500 localidades; se estrenó en 2 de Agosto de 1885, y está llamada á desaparecer, por estar incluída en terrenos cuya expropiación está acordada por el Ayuntamiento.

Salamanca.—La nueva y magnífica plaza que han inaugurado en 11 de Septiembre de 1893, los diestros Mazzantini y *Torerito*, es de lo más hermoso que se ha construído en edificios de esta clase. Está situada á 500 metros de la población, entre dos carreteras que se bifurcan en el antiguo paseo de la Glorieta; es circular, si bien la fachada afecta la forma de un polígono regular de sesenta lados, aunque sólo presenta cuarenta y cinco, porque los restantes están ocupados por siete pabellones para puertas de entradas, y ocho escaleras para pisos superiores. El redondel es de 54 metros de diámetro hasta la barrera; la contrabarrera tiene un diámetro de 58, y el muro exterior del tendido de 76, correspondiendo el de 88 al círculo del muro de fachada, fuera del cual tiene el servicio de encierro, apartado, caballeriza, patios y corral. Al ruedo se entra por tres puertas: la principal y dos laterales. El tendido, de 9,20 metros de anchura, tiene catorce filas de asientos; las gradas cuatro filas y una delantera, con piso de separación; ciento veinte columnas de hierro sobre el muro exterior, y ochenta y dos sobre la fachada, sostienen el segundo piso, formado como el primero con trescientas sesenta viguetas de acero roblonadas, y bovedillas de ladrillos y yeso cubiertas por una capa de cemento, hallándose en este segundo cuerpo veintisiete palcos, y el resto destinado á gradas como la del piso inferior. Los intercolumnios del exterior, llevan balaustradas en el primer piso de ladrillo y en el segundo de hierro, resultando una disposición en extremo original, única en circos taurinos, que permite á los concurrentes observar las avenidas de la plaza, y gran parte de la ciudad. El último piso, con otras tantas columnas, recibe la cubierta del edificio, formada de madera y teja, llevando cada intercolumnio al interior y al exterior un arco de medio punto, también de hierro, rematado con elegantes cornisas. La cabida de la plaza es de 5.839 personas en los tendidos; 2.722 en las gradas, y 2.297 en los palcos y andanadas, que forman un total de 10.858.

Ha sido construída por una Sociedad anónima, compuesta de comerciantes, industriales y propietarios, por acciones de quinientas pesetas, y el proyecto de construcción le autorizó el ingeniero y arquitecto D. Mariano Carderera, de acuerdo con el ingeniero D. Gumersindo Canals, que en su estudio ha tenido principalísima parte.

Había otra plaza propia de D. Ramón Solís, construída con sillería y madera, con dos pisos y 7.160 localidades, que fué estrenada el 16 de Abril de 1865.

San Fernando.—Propia de D. Anacleto Sánchez Lamadrid. Empezó á edificarla en 1863 y aun está sin terminar. Es de piedra y madera y caben en ella 5.000 espectadores.

San Roque.—Esta bonita y elegante plaza, cuya construcción no obedece ciertamente á ningun orden arquitectónico fijo, fué edificada por una sociedad de estos vecinos y algunos de Gibraltar que se formó al efecto en el año 1850.

En su construcción se emplearon cerca de tres años y medio, por efecto de algunas disidencias habidas entre la Junta directiva de la Sociedad y el maestro que la dirigía, dando por resultado aquellas la salida del dicho maestro y la paralización de la obra por más de un año.

Reanudada ésta bajo la acertada dirección de otro maestro de obras, D. Juan Leal, siguió ya su natural curso sin interrupción hasta 1853, en cuya época se inauguró como diremos después.

Formada la sociedad para la creación del circo taurino, se acordó que la obra se hiciera por acciones de á mil reales cada una, y posteriormente se amplió por necesidad á cuatrocientos cincuenta reales más. El número de acciones fué el de ciento noventa y dos.

El perímetro que ocupa es de 2.820 metros superficiales, de los cuales la arena ó redondel se compone de 1.840.

Dícese que al hacerse la medición y señalamiento del terreno hubo una equivocación, y después de hechos los cimientos se notó que quedaba pequeño el redondel destinado á la lidia; falta que ya no pudo subsanarse.

Consta de dieciseis ochavas y tiene dos cuerpos. El bajo está compuesto de gradas macizas de piedras y tierra todas ellas y cubiertas de losas de piedra, lo cual le hace de una solidez eterna. El superior se compone también de gradas de madera en el centro, con columnas de piedra blanca, balcones de hierro, y siendo todas sus paredes de cal y canto y cubierta de tejas.

Tiene palco para la Autoridad local, otro para los Generales de Algeciras y Gibraltar, á quienes se invita para las corridas de la feria.

Su localidad se compone de *vallas, tertulia, sillones y delanteras de balcón* como preferencia; *gradas* ó *tendidos* de piedra en el piso bajo, é ídem de

madera en el superior, y su cabida en toda ella es de 6.300 almas.

Anejo á la dicha plaza, y en sus corrales, se construyó en el año de 1867 el matadero público que arrendó la sociedad al Ayuntamiento, prestando con esto un servicio grande al público, que vió desaparecer del centro de la población el antiguo matadero.

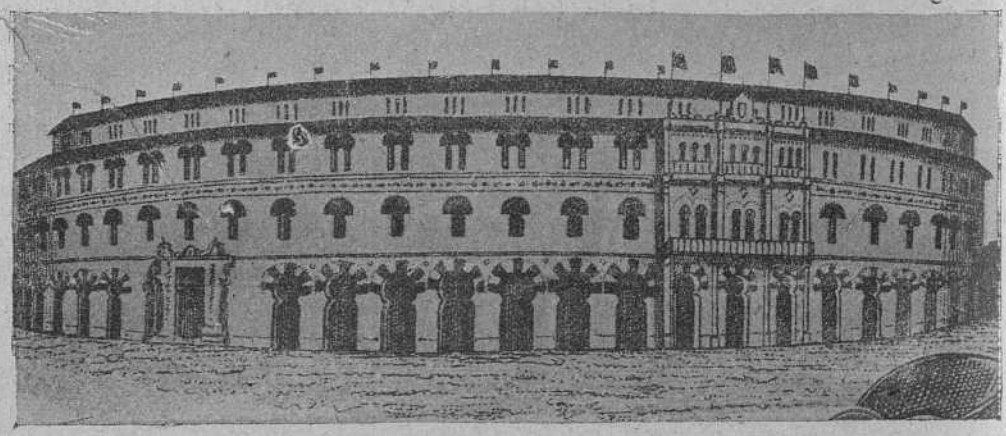
El coste total de las obras hasta agotarse el importe de la emisión de las acciones, fué de doscientos setenta y ocho mil cuatrocientos reales, más cuarenta mil reales que hubo necesidad de pedir con la garantía del presidente y vicepresidente de la sociedad, y por último, treinta mil reales que se invirtieron para hacer el matadero; de modo que con otros gastos y reparos de más ó menos importancia, representa un valor aproximado de dieciocho mil duros.

Sanlúcar de Barrameda.—Propiedad de D. Francisco Picazo. Fué estrenada en 11 de Mayo de 1884. Es de un solo piso, con 3.000 localidades y de madera únicamente.

San Juan de Alicante.—De mampostería y madeda; consta de dos pisos con 3.000 localidades y fué estrenada en 29 de Mayo de 1887.

San Martín de Valdeiglesias.—Pertenece á una sociedad de vecinos de la población y fué construída con piedra, cal y madera para 5.000 personas colocadas en dos pisos.

San Sebastián.—La actual plaza de toros de San Sebastián, una de las más alegres de España, solo cuenta veinte años de existencia. El acaudalado banquero-comerciante D. José Arana, adquirió de la compañía del ferrocarril del Norte, después de terminada la última guerra civil, unos terrenos cuya superficie excede de diez mil quinientos metros cuadrados, y encargó al reputado arquitecto municipal de dicha ciudad D. José Goicoa la construcción de la plaza de toros, que se realizó con gran rapidez, empleando no solo á maestros y operarios de la localidad, sino de toda la provincia, por cuyo medio quedó terminada en el breve plazo de ventisiete días. En la tarde del 16 de Julio de 1876 se verificó la corrida inaugural con toros de las acreditadas ganaderías de Barbero y del Saltillo, estoqueados por el incomparable Salvador Sánchez *(Frascuelo)* y Vicente García Villaverde.



PLAZA DE TOROS DE SAN SEBASTIÁN

El edificio está emplazado entre el paseo de Atocha y la estación del ferrocarril, lindando con ésta hasta el punto de que al llegar á ella el ganado, se hacen descender los cajones por medio de gruas, desde las plataformas á la misma puerta de los corrales. Al lado de la plaza se está construyendo actualmente una fábrica de tabacos modelo, que dicen será la primera de España.

Constituye la plaza con los corrales, desolladero y demás dependencias, un edificio completamente aislado. Tiene gran holgura para el acceso y salida del público, en puertas, escaleras y galerías exteriores, y sus localidades son cómodas, haciendose notar el trazado de los tendidos, al que por primera vez se aplicó la teoría de la curva llamada audito-visual, que ha respondido exactamente en la práctica, ofreciendo un punto de vista perfecto desde todos los asientos, sin que el espectador tenga que moverse ni violentarse para ver ningún lance, cualquiera que sea el sitio en que se verifique. Tiene, como todas las grandes plazas de España, gradas y palcos, y un último piso, llamado de sobre palco y paseo, que sirve también de desahogo para el público, pues se halla ventilado con ventanas exteriores, desde las que se abarca en espléndido y brillante panorama la ciudad, el campo y el mar.

Comprende 10.000 localidades; en su primitiva construcción fué toda de madera, pero luego el tendido se sustituyó por otro de piedra, las columnas interiores se hicieron de hierro y los muros exteriores de piedra y mampostería. Las grandes corridas de toros se verifican todos los días festivos del mes de Agosto y también suele celebrarse alguna corrida durante la última quincena del mes de Julio ó en la primera de Septiembre; en el resto del año se dan fiestas de novillos, aunque con poca frecuencia por la escasez de población y falta de forasteros.

Aparte de los espectáculos taurinos, se han

verificado en aquella plaza, grandes fiestas de carácter musical, entre las que merece mención muy señalada, el gran concurso internacional de orfeones, bandas de música y charangas, celebrado en 1886, el primero en España, imitado después en otras localidades y que llevó á la población el mayor contingente de forasteros que ha alcanzado. También se verificó en 30 de Agosto de dicho año una corrida nocturna con toros de Veragua, estoqueados por *Cara-ancha* y Mazzantini.

Allí se celebró aquel famoso concurso internacional de sociedades corales, músicas de armonía y charangas, del año de 1890 y, por último, el 20 de Agosto de 1891 se realizó un gran acontecimiento musical, que de tal modo puede calificarse el concierto monstruo en que tomó parte la Sociedad de Conciertos de Madrid, aumentada con profesores del Teatro Real, coros de hombres, mujeres y niños, y un juego de campanas; dirigidos todos por el célebre maestro Mancinelli.

La plaza de San Sebastián, por su proximidad á Francia, tiene en los días de funciones un carácter especialísimo, y reviste generalmente excepcional interés, no solo porque el propietario Sr. Arana (de quien hablaremos en el lugar correspondiente) presenta siempre, en ella, los toros de las mejores ganaderías y los espadas de mayor renombre, sino por el público que concurre, compuesto de habitantes de aquel país, en sus tres provincias hermanas y Navarra, con sus pintorescos trajes, de la numerosa colonia madrileña que veranea en aquella hermosa ciudad, y de gran número de franceses que acuden con entusiasmo desde Bayona, Biarritz, Burdeos y París á disfrutar de nuestro incomparable espectáculo. Con las flores y mantillas blancas con que aparecen, en gradas y palcos, engalanadas las hermosas mujeres de España, forman contraste los trajes y sombreros de las elegantes francesas instaladas y confundidas con el sexo fuerte en las barreras y en los tendidos, y es muy frecuente la asistencia de príncipes y magnates y hasta monarcas extranjeros, facilitando tan grande invasión el nutrido y bien combinado servicio de trenes que de hora en hora, van llegando á San Sebastián, hasta el mismo instante de comenzar la corrida y en los que pueden regresar los viajeros en seguida que se concluya.

¡Cuánto ha ganado la ciudad con la edificación y explotación de su hermosa plaza de toros!

Antes de esta, hubo en San Sebastián las siguientes:

Una de madera en San Martín, próximamente donde está hoy el Hotel de Londres, capaz para 6.000 personas, de forma elíptica que permitía utilizarla para frontón, quitando un lado de los tendidos. Otra que, en 1870, fué construída para 9.000 localidades, donde hoy está la actual, ardió en 1878, achacándose su incendio á los carlistas; y luego fué edificada la primeramente descripta.

Santa María de Nieva.—Propiedad de D. Pío Martín Gallego, que la hizo construir con pizarra y madera, y con capacidad, en sus dos pisos, para 4.000 espectadores.

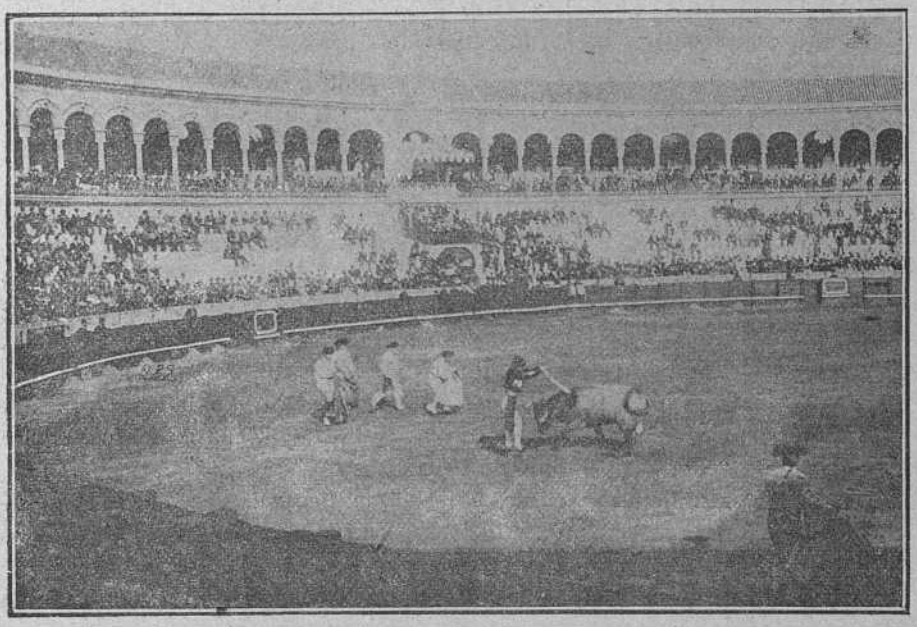
Santander.—Tiene una plaza de toros vieja estrenada el 4 de Agosto de 1859 y que ya no tiene importancia alguna desde que fué edificada otra nueva. Era capaz para 6.700 espectadores. La moderna tiene un diámetro de 51 metros y consta de talanquera 1.ª y 2.ª (barreras), tendidos, gradas y palcos. Está fabricada con gran solidez y elegancia y con todos los adelantos de la época, en cuanto á detalles; tiene capacidad para más de 11.000 espectadores y dirigió la obra D. Antonio Fernández Gallostra, inaugurándose el 25 de Julio de 1890.

Sax.—Tiene una pequeña plaza de mampostería y madera, para 1.000 localidades. Su redondel mide 21,60 metros

Segovia.—Tiene una plaza sin terminar y en mal estado, de un solo piso, y con algunos llamados palcos de madera. Deben caber en ella 7.000 personas.

Sevilla.—Fué construída á expensas de la Real Maestranza de Caballería en el año de 1760. El redondel, á pesar de haber sufrido variación, es demasiado extenso. La construcción está incompleta; es decir, que siendo toda la parte baja, ó sea el primer cuerpo del edificio, de ladrillo y piedra, sólo tiene construído de fábrica cerca de una mitad de su segundo piso, y de madera, semejando á igual construcción, otra parte, que no completa el total cerramiento de dicho piso, el cual, de estar concluído, haría un buen efecto. El tendido tiene nueve filas, y otras nueve la grada cubierta, separando ambas localidades una barandilla de hierro, á cuyos asientos llaman balcones. En el sitio á que corresponde la puerta principal de entrada está el palco real, cuyo frente es de tres arcos con balaustrada de mármol, y enfrente, sobre la puerta del toril, hay otro palco oficial para el Municipio y otras autoridades. El olivo, ó sea la parte exterior de la barrera, se hizo avanzar al centro del redondel hace bastantes años, para quitarle extensión, por lo cual el callejón quedaba demasiado ancho, y se ideó establecer en él unos burladeros ó cajones, que son los que ocupa la gente más aficionada con preferencia. El aspecto exterior de la plaza no tiene nada de notable, si se exceptúa la entrada principal, que se compone de dos grandes columnas dóricas, sobre cuyo cornisamento se halla un espacioso balcón. Ultimamente se han hecho en

esta plaza varias mejoras de comodidad y ornato; caben en ella con bastante comodidad unas 12.000 personas; y en cuanto á lidia, es la segunda de España.



PLAZA DE TOROS DE SEVILLA

Toledo.—De piedra, mampostería y ladrillo. Situada en la parte baja de la población cerca de la fábrica de armas. Caben unas 9.000 personas.

Tudela.—Propiedad de D. Lino Franca, situada cerca de la estación del ferrocarril. Tiene forma de un polígono de cuarenta y ocho lados; es de piedra, ladrillo y madera, consta de tres pisos con 7.294 localidades que son: 3.416 en el primero, 2.232 en el segundo y 1.646 en el último. Ha sido restaurada últimamente.

Ubeda.—Propiedad de varios accionistas. Tiene dos pisos y cabida para más de 5.000 espectadores. Es de piedra y madera.

Utiel.—Pertenece á una sociedad llamada «La Utielana» que la renovó y mejoró notablemente en los años 1886 y 87, entrando en su composición piedra y madera. Tiene dos pisos con 10.238 localidades.

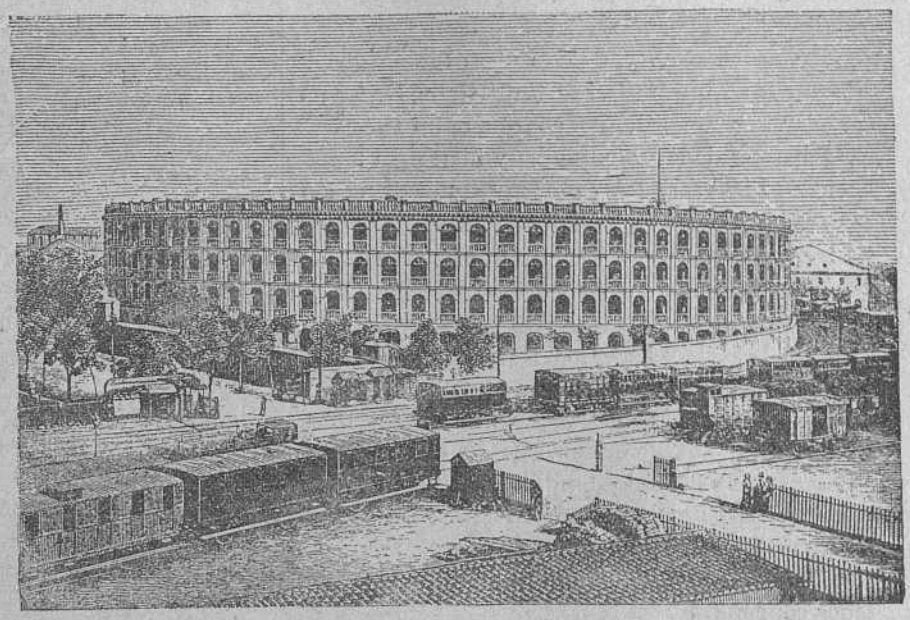
Valdepeñas.—Propia de D. Juan Sánchez, D. José Mompó y D. José Joaquín Santamaría. Consta de dos pisos en que caben 6.000 espectadores; es ochavada, de cemento, cal, piedra y hierro. Los corrales son pequeños en demasía.

Valencia.—Ya hemos dicho en este artículo y en la palabra Monleón, lo que es y han sido la plaza que hoy tiene esta ciudad y las que tuvo anteriormente. Como datos curiosos, añadiremos que antiguamente tenían asiento por derecho propio, y por el orden que expresamos, la Real Audiencia, el Capitán General, la Inquisición, la Orden de Montesa, la Junta de muros y valladares, la Bailía, el maestre Racional, el Gobernador, la Ciudad ó Ayuntamiento y la Diputación; que por Real cédula del Rey D. Felipe V, fecha en San Ildefonso á 29 de Septiembre de 1739, confirmada por Carlos III en 22 de Agosto de 1762, tiene el Hospital de Valencia privilegio perpetuo para todas las corridas de toros «que se ejecuten dentro de la ciudad, en las plazas de los arrabales, y en los lugares de la particular contribución que comprende media legua»; y por último, que habiéndose sostenido cuestiones entre la Junta del Hospital y el Ayuntamiento porque éste no quería se celebrasen las corridas en la plaza del Mercado, aquélla en defensa expuso: que siendo para los pobres enfermos los productos, debían hacerse las funciones allí, porque eran mucho mayores; que las casas del Mercado eran fuertes y sostenidas por robustas columnas de piedra, á imitación de la Plaza Mayor de Madrid, y sus propietarios, codiciosos del lucro, habían fabricado una infinidad de balcones, dividiendo los pisos para dar mayor local á las fachadas y que; si los rincones de los tablados del Mercado podían dar ocasión de escándalos ó atropellos, más los habían de proporcionar en la plaza de Santo Domingo, donde no había luz por la noche, ni registros, etc. Esto debió influir mucho para que en Real cédula de 13 de Julio de 1742 se mandasen hacer las corridas en la plaza del Mercado.

Diremos, pues, acerca de la nueva y hermosa plaza valenciana, que tiene el ruedo 52 metros de diámetro; el número de escalones que forman el asiento de tendido, contando barreras y tabloncillos, es el de veinticinco: las gradas cubiertas tienen cinco escalones además de la delantera, y encima se hallan colocados los palcos.

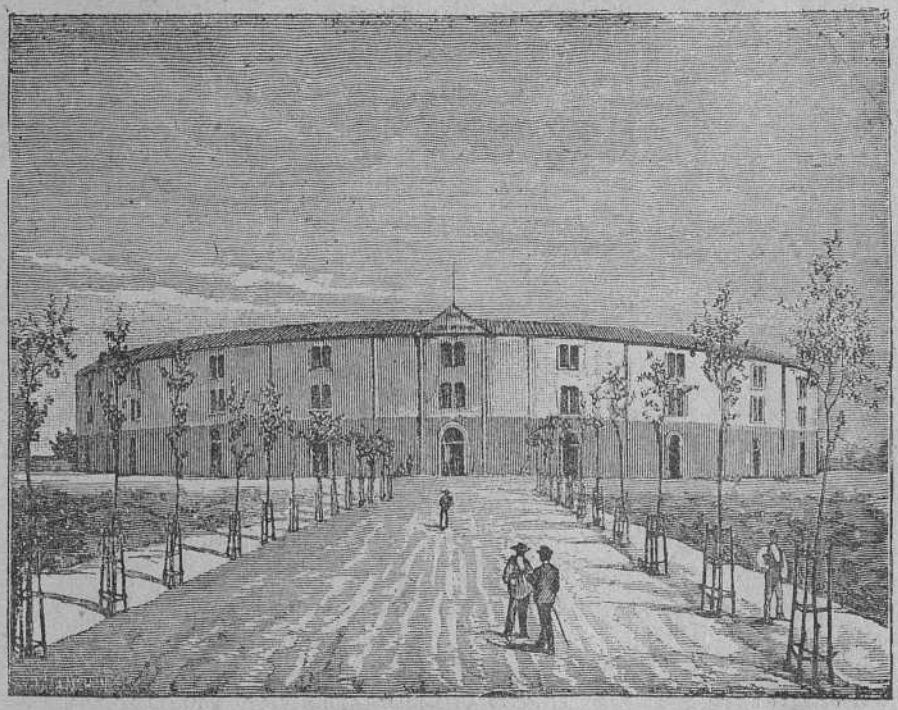
La decoración exterior de la plaza es de orden dórico sencillo, á imitación del teatro Flavio-Marcelo; su construcción, sin contar el valor del suelo ni el de algunas dependencias, costó dos millones ochocientos veintiseis mil novecientos ochenta y cinco reales, cuarenta y siete céntimos, y caben cómodamente en sus asientos, sin tener en cuenta el toril y palcos de autoridades, 16.851 personas.

Está situada en las afueras de Valencia, como á unos 30 metros de su muralla, en la parte Sur de la misma, entre las puertas de Ruzafa y San Vicente, tangente á la vía férrea del Grao de Valencia á Almansa. El toril tiene diez chiqueros, cuatro por cada lado, y dos un poco mayores detras de ellos; contiguos hay dos grandes corrales con burladeros, é inmediatas las cuadras de caballos. Toda la obra de carpintería, y el mecanismo de las puertas de jaulones y demás, fué dirigido por D. Salvador Sanchis; pero á quien se debe el mérito de la obra en totalidad es al Sr. Monleón, cuyo nombre debiera estar esculpido en una lápida dentro del edificio; lo mismo que el del señor D. Juan Bautista Romero, que sin interés alguno adelantó gruesas sumas para la construcción del mejor edificio moderno que tiene Valencia.



PLAZA DE TOROS DE VALENCIA

Valencia de Alcántara.—Propiedad de D. José Nafría y Magdalena. Situada en la calle de la Alameda, de forma circular, de mampostería, cal, canto, sillería, ladrillo, madera y hierro. Caben 4.000 personas y no está completamente concluida.



PLAZA DE TOROS DE VITORIA

Valladolid.—La plaza vieja era capaz para más de 9.000 almas, con tendidos de asiento de piedra, galería alta y otra que llaman grada. De regulares condiciones para el público, no tiene barrera el redondel sino burladeros y no puede construirse porque quedaría muy reducido.

La plaza nueva ha sido construída en el vertice de la carretera de Madrid y la de Salamanca á un kilómetro de la población. La fábrica es de ladrillo excepto la cimentación y el zócalo bajo que son de piedra; forma un polígono de cincuent lados y su estilo es algo parecido á la de Madrid. Es de hierro, piedra y ladrillo y él diámetro del redondel es de 50 metros, caben 11.500 espectadores y tiene dependencias amplias; el tendido es de piedra y el pavimento de hormigón hidráulico. Dirigió las obras el arquitecto provincial don Teodosio Torres y la estrenaron en Septiembre de 1890 los matadores *Lagartijo*, *Espartero* y *Guerrita*.

Vélez Málaga.—Estrenada en 1894.

Vigo.—Estrenada en 1896.

Villanueva del Campo.—Inaugurada en 1894.

Vitoria. — Las obras de esta plaza comenzaron en 13 de Febrero de 1880 y terminaron en Agosto del mismo

año. Es de forma circular; entraron en su construcción piedra hierro y madera. Consta de tres pisos, que son: el tendido con 6.500 localidades, las gradas con 2.400, y los palcos y andanadas con 2.000, que dan un total de 10.900. La inauguraron *Lagartijo* y Angel Pastor, en 2 de Septiembre de 1880.

Zamora.—Las obras de esta plaza fueron dirigidas por el arquitecto D. Martín Pastelle. De forma circular, con un saliente en que entra la puerta principal, es de ladrillo, piedra y hierro. El tendido tiene 7.000 asientos y el piso segundo, que son las gradas y diez y ocho palcos, 3.500. Sus dependencias son espaciosas y se estrenó en 29 de Junio de 1889, por Angel Pastor y Rafael Guerra.

Zaragoza.—En menos de tres meses construyeron en 1764 la plaza que hoy tiene la invicta ciudad; pero ha tenido desde entonces tantas reparaciones y composturas, que conserva ya muy poco de su primitivo origen. Caben cómodamente 9.000 personas en los tendidos, gradas cubiertas y palcos, y las funciones que en ella se celebran cuando las fiestas del Pilar, ó sea en el mes de Octubre de cada año, son de primer orden por todos conceptos.

Concluimos dando á continuación una lista de los pueblos que tienen plaza de toros en España, edificadas con el carácter de permanentes, señalando en las que nos ha sido posible las localidades que contienen, por más que tengamos noticias de que la mayor parte ó todas, se hallan poco menos que inservibles, por lo cual tienen que hacer en ellas reparaciones cuando se celebran corridas.

		LOCALIDADES
Albacete	Tarazona	»
	Villarrobledo	»
Alicante	Orihuela	7.000
	Villena (reformada en 1881)	6.216
Avila	Arrabal de Sonsoles	»
	Arenas de San Pedro	1.500
Badajoz	Llerena	7.500
	Zafra	5.000
Cáceres	Trujillo	10.000
Castellón	Segorbe	»
	Vinaroz (reformada en 1891)	»
Ciudad Real	Tomelloso	»
Córdoba	Lucena	»
Coruña	Ferrol (estrenada en 1890)	»
	Santiago	9.000
Granada	Guadix	»
	Baza	»
Guadalajara	Sigüenza	5.000
Huelva	Capital (estrenada en 29 de Mayo de 1891)	»
	Zalamea la Real	4.500
Huesca	Jaca	4.000
León	Astorga	3.000
	Villamañan	»
	Valderas	1.500
Málaga	Carratraca	3.000
Murcia	Abarán	»
Pontevedra	Villagarcía	»
Sevilla	Marchena	»
	Cantillana	»
	Osuna	»
Soria	Capital	2.500
Teruel	Capital	5.500
Toledo	Talavera	4.000
	Ocaña	3.500
Valladolid	Rioseco	»
Zamora	Benavente	»
Zaragoza	Cariñena	»

En las posesiones de España en Ultramar hay tambien las siguientes plazas, alguna de las cuales lo mismo que las antes referidas, es posible hayan desaparecido ó construídose otras.

ISLA DE CUBA

Habana.—Regla: Construída en Febrero de 1884 por D. Pedro Fernández *(Valdemoro)*, hermano del matador de toros de ese nombre. Es de un sólo piso al descubierto, tiene cincuenta y dos palcos, y caben en ella 6.000 personas.

Cienfuegos.—De mediana construcción, y más pequeña que la anterior.

Matanzas.—La plaza de toros que había en esta ciudad, se desplomó en 19 de Febrero de 1873, y no tenemos noticia de que después se haya construído allí otra.

Belascoain.—Que es en la que debió trabajar el célebre *Cúchares*, y luego fué derribada en Agosto de 1877.

Trinidad.—Que también creemos esté derribada.

Carlos III.—Que fué buena y muy capaz cuando se construyó, y que está muy descuidada su conservación.

Candelaria.—De muy pocas pretensiones y menos belleza.

Mantua.—Que creemos no existe ya.

Constelación.—Que era muy mala é incómoda.

Pinar del Río.—Bastante grande, y fuertemente construída, pero sin belleza alguna. Es de un sólo piso, y además tiene palcos para las autoridades.

San Juan.—La suponemos destruída.

Martínez.—No tenemos de ella noticia alguna.

San Cristóbal.—Pequeña y de mala construcción.

Puerto Príncipe.—Allá por el año de 1850 había en esta ciudad una mala plaza de toros, construída

con tablas á la salida del puente de la Caridad, y á su izquierda donde se daban algunas corridas, que quince años más tarde se celebraron en otra plaza, también de malas condiciones, colocada al final de la calle de la Reina, cerca del cuartel de Lanceros, que se vino abajo estando llena de gente presenciando una corrida. El muy entendido arquitecto municipal de dicha ciudad, D. Dionisio Iglesia, edificó á su costa una buena plaza, capaz para más de 3.000 almas, hará unos veinticinco años, en terreno de su propiedad, situado en la calle de Santa Rosa, frente á la de Beneficencia, que deshizo al poco tiempo, cercando el solar, para custodiar en él ganado vacuno, y librarle de merodeadores. Los toros que allí se corren son generalmente de pocas libras, bien puestos y de pujanza, pero se sienten pronto al castigo, dando muy buen juego para las suertes de á pie; los toreros en su mayoría americanos, y la gente del país muy entendida en ganados, muy aficionada á lidiar, y de notable destreza

FILIPINAS

El aumento de población peninsular en las islas Filipinas ha fomentado la afición á las corridas de toros, que allí se denominan *juegos de toros;* pero estas corridas no pasan de ser parodias de las que se dan en la Península, pues ni el ganado tiene condiciones, ni fuerza, ni libras para la lidia, ni hay toreros de profesión, sino simplemente aficionados, que por lo general son sargentos, cabos y algunos empleados del comercio, peninsulares que únicamente se exponen á un revolcón sin consecuencias, dado el escaso empuje de las reses. Antes de 1880, en las fiestas mayores de algunos pueblos se corrían vacas; pero después de aquella fecha se construyó en Manila la primera plaza de toros del archipiélago, que es de madera, y puede ser considerada como una buena plaza.

Ilo-Ilo.—En esta importante población de aquel archipiélago construyeron, á raíz de las inundaciones que hicieron desaparecer en 1891 la villa de Consuegra, de la provincia de Ciudad-Real, una buena plaza de toros, muy parecida en su aspecto interior á la de Alcalá de Henares. Fué inaugurada con una corrida á beneficio de los desgraciados habitantes de aquel pueblo inundado. Ofrece esta plaza la particularidad de estar construída toda de caña-bambú, inclusas las barreras, y de ser, á pesar de esto, sumamente sólida.

Algunas otras plazas de menos importancia hay en pueblos de aquellas islas.

FRANCIA

Además de las muchas plazas que en las poblaciones de dicha república existen constantemente ó son habilitadas para dar fiestas de toros, y que al principio hemos indicado, cuéntanse las de *Cauterets, Marsella* que se hundió en Agosto de 1891, y luego se ha reedificado.

La de *Orán,* la de *Argél,* que fué estrenada en 17 de Abril de 1881, (capaz para 6.000 personas), por una cuadrilla de toreros españoles bajo la dirección de Pedro Fernández *(Valdemoro)*; la que se inauguró en *Burdeos* en Julio de 1889 con el título de «Arenas franco-españolas» en el boulevard Canderan, entre el camino de la Halle y la avenida de Miremont y en el mismo emplazamiento de las antiguas «Arenas landesas.»

En *París,* cuando la famosa exposición universal de 1889, se construyeron dos plazas para dar corridas de toros á la española, pero con toros embolados y sin matarlos, una en la plaza de la Federación y otra magníficaen la Rue Pergolesse cubierta con cristales y capaz para 22 000 espectadores, que se estrenó con gran lujo de detalles el 10 de Agosto de dicho año. Hoy ya no existen estas dos últimas.

La de *Bayona* estrenada en 1893, es capaz para más de 9.000 espectadores.

En la de *Bordeaux* caben pocos menos.

En *Dax* hay otra plaza, que tiene 8.000 localidades.

La plaza de *Mont-de-Marsan* puede contener cómodamente unos 10.000 espectadores.

Hay también plazas permanentes en

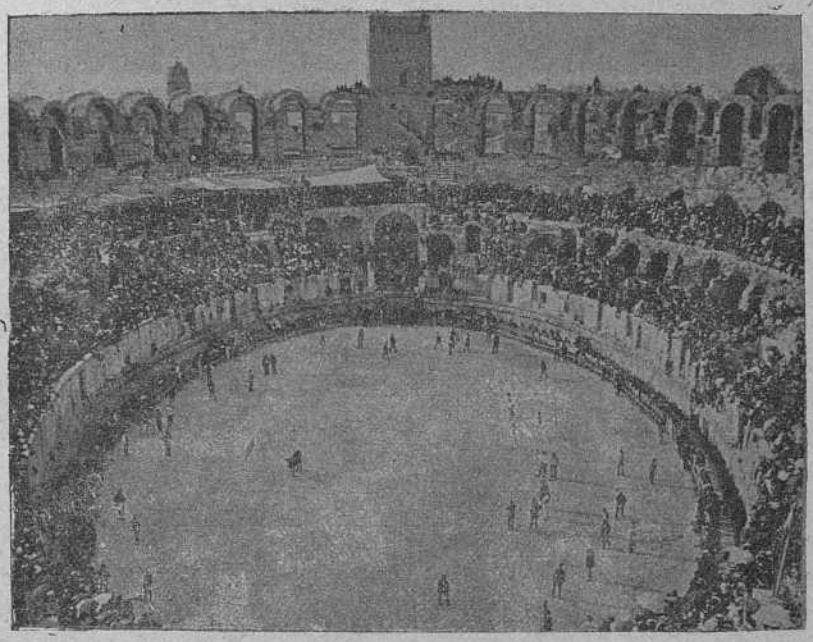
Arlés.
Montpellier.
Cunet.
Vigan.
Alais.
Beaucaire.
Avignon.
Grenoble.
Lyon.
Marsella.
Nimes.
Pontoux.
Saint Giles.
Coustons.
Bouches du Rhone.
Chateaurenard.
Bellegarde.
Saint Remy.
Uzés.
Cognac.
Saint Gaudens.
Algers.

Y *Bezieres* ha tenido también plaza permanente hasta el día 6 de Septiembre de 1896, en que un violento incendio la redujo á cenizas. En ese día debía celebrarse una corrida para la que ya estaban vendidos los billetes á subidos precios y la víspera había llegado la cuadrilla de toreros. Los siete toros

encerrados en los chiqueros murieron carbonizados.

En casi todas esas plazas, menos en las que hubo en París, se han lidiado toros á la española, por toreros españoles, dándose á las reses la muerte á estoque. Prohibiose esta en el año de 1895, pero en vista del clamoreo suscitado por todos estos pueblos y los demás comarcanos, hoy han vuelto á tolerarse y se celebran las corridas cada vez con más entusiasmo.

Bueno es advertir que hay muchas poblaciones



VISTA INTERIOR DE LA PLAZA DE ARLÉS

que cierran con tablas las plazas y dan funciones á estilo y con toreadores de aquel país.

Reseñaremos los circos de *Arlés* y *Nimes*, que bien lo merecen por su escepcional importancia.

Arlés.—Como todos saben, esta ciudad francesa, á la que Alejandro Dumas llamó la Meca de los arqueólogos, es la ciudad antigua por excelencia. Monumentos romanos forman su suelo; por do quier y alrededor de ellos se ve hoy la ciudad moderna, cerca de las ruinas ó restos del pretorio, del teatro, del foro, de sus termas, del palacio de sus emperadores y del famoso circo ó anfiteatro, que es más grande, pero está más destruído que el de Nimes. En la época en que los sarracenos asolaron el Mediodía de Francia, una gran parte de la población se refugió en las Arenas (circo romano), y tapiando sus arcos, hizo del monumento una fortaleza inexpugnable en aquellos tiempos.

Nimes.—Aun no hace cuarenta años, al verificarse los herraderos de toros y ganado manso, en el gran anfiteatro de esta ciudad, estaban ocupadas todas las graderías practicables; solo se veían los puntos arruinados, de modo que los espectadores más próximos no se hallaban separados de la arena (el redondel) si no por el muro de seis pies de altura que hay en todo el rededor, y los más elevados se mantenían de pie sobre el atrio del anfiteatro, encaramándose algunos, como monos, al extremo de unos grandes mástiles clavados en los agujeros del muro, que antiguamente sirvieron para sostener toldos y luego para colocar banderas y gallardetes.

Hoy ha sufrido aquel soberbio monumento grandes reformas para acomodarle á la celebración de corridas de toros, sin que haya perdido nada de su carácter primitivo, en términos de que puede decirse que no se le ha tocado más que para habilitarle á dicho fin, facilitando comodidad á los concurrentes. Existe ahora, antes de llegar al circo, por una de las avenidas que á él conducen, la hermosa plaza de la Esplanada, que ofrece un bonito golpe de vista, ostentando en su centro un magnífico monumento, obra maestra del insigne escultor francés Pradier; al frente, el Palacio de Justicia; á la derecha, el campanario de la iglesia de San Pablo, y á la izquierda, el gran circo romano, hoy plaza de toros, que allí llaman «Las Arenas».

No se sabe á punto fijo la época en que fué construído este precioso monumento de arte. Mientras unos le atribuyen á Tito y otros á Domiciano, no falta quien se le adjudique al emperador Antonio, que fué natural ú originario de Nimes, en cuyo territorio hizo edificar construcciones importantes, suponiendo que el gran anfiteatro quedó concluído entre los años 138 al 160 de la Era cristiana. Describe un vasto elipse, cuyo gran eje mide 133,40 metros en la parte extrior, y el menor 101,40: y en el interior tiene el redondel una longitud de 69,14 metros de diámetro á lo largo y 38,34 por el lado más corto, ostentando el monumental edificio una altura total de 21,83 metros, al que se entra por unos pórticos, cuya luz ó apertura es de 3,80 metros, á excepción de los principales, que son de 4,45.

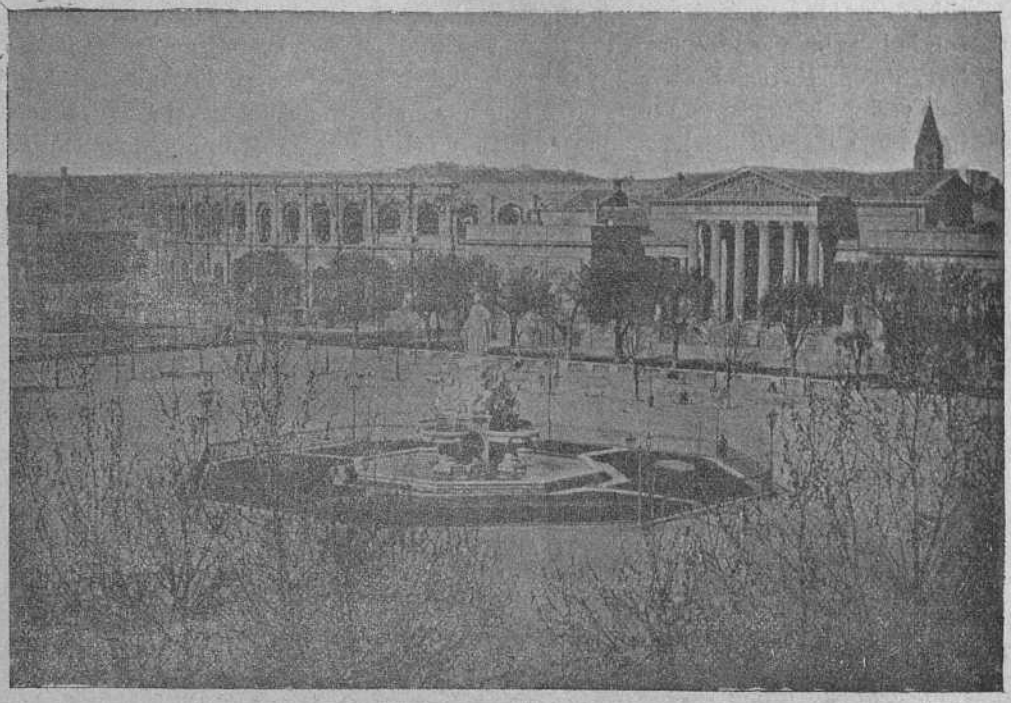
Como antes va dicho, con motivo de las innovaciones necesarias á la habilitación del circo y al descombramiento del centro del redondel, se han encontrado en los muros subterráneos diferentes inscripciones, idénticas entre sí, y colocados á la misma altura en las paredes verticales, de tal modo

hendido en ellas, unos grandes huecos que hacen creer pudieron servir para el complemento de alguna naumaquia, ó para grutas ó jaulas en que se conservasen animales feroces. Dos de esas inscripciones dicen en caracteres claros:

T. CRISPIVS
REBVRRVS
FECIT.

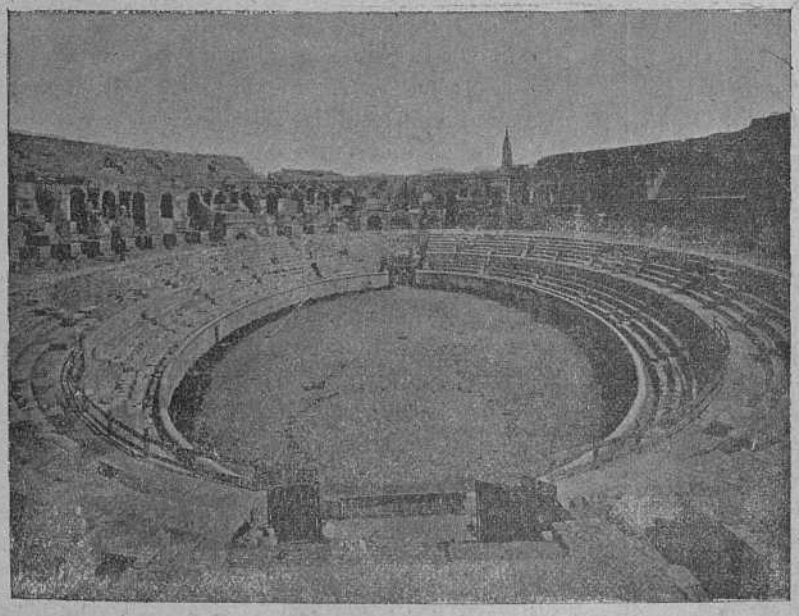
La circunferencia exterior tiene dos pisos y en cada uno de ellos existen sesenta huecos ó ventanas, separadas en lo bajo por pilastras y en lo alto por columnas de orden toscano. El atrio que corona el todo tiene fuertes aparatos destinados á soportar las cuerdas de toldos *(velarium)* que libran á los espectadores de los rayos del sol; y los cuatro principales pórticos de que antes hemos hablado, comunican directamente con el redondel interior, sin duda para que sirviesen de entrada á los gladiadores.

Son treinta y cuatro los escalones de tendidos de que consta el circo, incluyendo la contrabarrera, y actualmente puede contener de diez y ocho á veinte mil espectadores, ofreciendo tan soberbio golpe de vista, que puede considerarse único, cuando el sol le alumbra en todas sus localidades, llenas completamente en los días de corridas de toros de muerte á la española.



VISTA GENERAL DEL MONUMENTO «PRADIER» DELANTE DE «LAS ARENAS» DE NIMES

Sobre las pilastras del lado N. E. se ve una loba que amamanta dos niños que sostienen el escudo ó tabla que indica la fundación de Roma; á la derecha unos ciudadanos romanos, alternando con los habitantes del país; otra escena representa un hombre viejo fecundando una mujer, y otra un combate de gladiadores. Encima de la puerta situada al Norte hay un frontón, bajo el cual se ven dos toros esculpidos en alto relieve.



INTERIOR DEL CIRCO DE NIMES

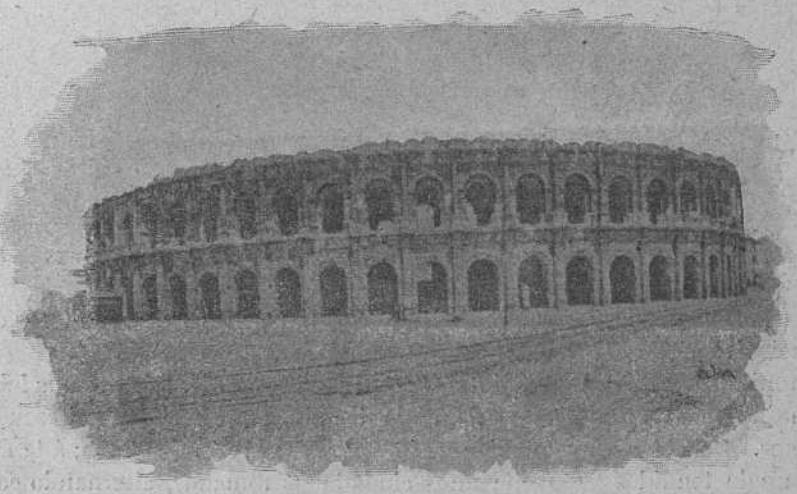
Todos esos detalles son señales evidentes de la magnificencia que desplegaba la soberbia Roma en cuantos sitios pertenecían á su dominación.

El anfiteatro romano llamado hoy «Las Arenas», de Nimes, es indudablemente el gran centro de la afición francesa; debe este título á su origen neo-latino, que le ha dejado siempre en la sangre la afición á las luchas atléticas.

Admirablemente situada en el centro de una extensa llanura, que mantiene una casta de toros y

de yeguas salvajes, no tardó en entregarse á las luchas taurinas que tienen fama de tiempo inmemorial en la antigua ciudad. El viejo circo romano prestaba un marco adecuado á sus luchas hípicas. Sólo la corrida de toros, tal como se practicaba entre los franceses, no tenía parecido alguno con la lidia afamada desde los siglos anteriores en la Península Ibérica. Entre aquellos pueblos y aldeas vecinas la función de toros no es más que un juego, una lucha de destreza, que consiste en rivalizar en agilidad con el bruto enfurecido.

Unicamente se practicaba el recorte con ó sin *farpas*. El toro aparecía en el redondel con una estrecha moña entre los cuernos, la cual se disputaban los aficionados y era evaluada en una cantidad de dinero, un regalo, ó á veces el beso de una linda muchacha. Los aficionados, sobre todo en los pueblos, se peleaban por obtener dicha moña.



GRAN CIRCO DE NIMES

No eran profesionales como los pseudo-toreros de hoy (Pauly, Robert, Lombros y otros.) Poco á poco, sobre todo desde estos últimos veinte años, los novilleros *trashumantes* españoles han iniciado á varios muchachos en las diversas suertes del toreo. De resultas de esta invasión, aquellos *toreadores* han querido adoptar esta nueva forma del toreo; y abandonando completamente la antigua lidia, entregados á sus propias fuerzas y en la más completa ignorancia de la tauromaquia, han llegado á crear un género que no pertenece á ninguna escuela; género bastardo, sin ningún mérito, tan fastidioso como ridículo. Ignórase, como no puede menos, lo que el porvenir reservará á los lidiadores franceses; pero puede asegurarse que no podrán jamás llegar á la altura de los lidiadores españoles, por la sencilla razón de que les falta el arte y que allí nadie podría enseñárselo. Además, el ganado de la Camarga no podría servir para estas demostraciones, pues es una antigua costumbre en aquellas comarcas (costumbre que ha causado ya la muerte á muchos audaces) de no servirse más que de toros ya lidiados, perjudiciales, por lo tanto, para todas las manifestaciones del toreo en lo que tiene de artístico. Y esta costumbre, inmutable en aquellos ganaderos, proviene de que los toros más estimados para las antiguas capeas eran justamente los que, habiéndose hecho de más sentido á fuerza de ser lidiados, según antigua costumbre, podían hacer más difícil que se acercasen á ellos los lidiadores. Además, antiguamente el único toro que se presentaba en la lidia tenía los cuernos encorvados hacia adentro, que aquí llamamos corniapretados ó cubetos según los casos.

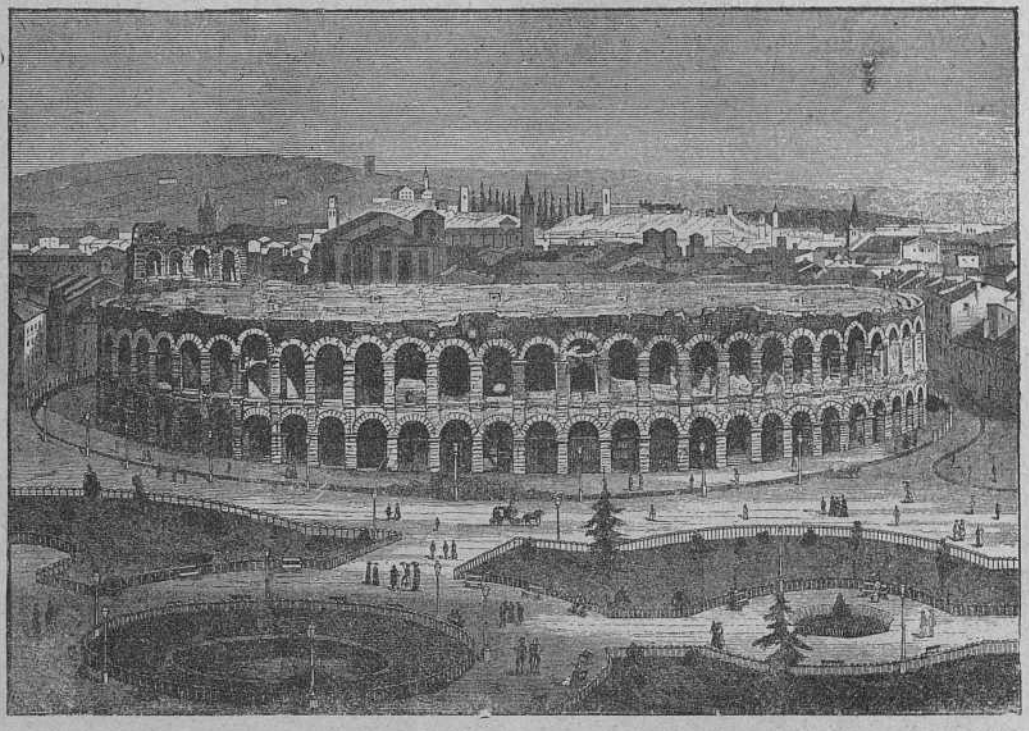
Cualquier otro toro era declarado inútil por la sencilla razón de que no querían utilizar un animal que, en una suerte, podía herir gravemente á los *recortadores* que se le acercaban. Adviértase que estos toros habían sido lidiados algunas veces seis ó siete temporadas seguidas; es decir, que el antiguo toreo francés llamado Corrida Provenzal, no era más que un entretenimiento que no tenía nada que ver con el toreo español.

El *Tato* lidió en la plaza de Nimes seis toros camargos en los días 10 y 14 de Mayo de 1863. Después han desfilado por ella Mendivil, *Paco de Oro*, *Valdemoro*, Angel Pastor y *Currito*, que de cuando en cuando han dado algunas corridas con ganado español, con ó sin la suerte de matar. Mazzantini, en 1882 y en 1883, recogió en dicha plaza sus primeros laureles; pero la corrida de sensación de aquella época tuvo lugar en 1887, en que Salvador Sánchez (*Frascuelo*) vino á lidiar seis Veraguas y fué herido por el segundo toro de la corrida. De 1887 á 1892 no se verificó allí ninguna corrida de muerte. Sólo en Agosto de 1892 fué cuando *Cara ancha* mató los dos últimos toros en una corrida en que Bento d'Araujo salió de caballero en plaza. Desde esta época, los aficionados á lo antiguo fueron cada vez menos numerosos, y la cuestión de corridas de muerte tuvo tantos partidarios, que puede decirse con razón que llegó á ser una cuestión política para aquellas comarcas meridionales; y las elecciones municipales en Mont de-Marsan y Nimes se hicieron en parte bajo la presión de cuestión tan importante. Si serán ó no en definiva implantadas en Francia, es asunto que debe resolverse terminantemente este año en el Parlamento.

De las demás plazas existentes en Francia ya hemos hecho mención anteriormente.

ITALIA

Durante la dominación romana, y en diferentes épocas de la misma, fueron construídos en diversos puntos de los territorios sujetos á ella muchos circos ó anfiteatros (sobre un plano circular ó elíptico, y alguna vez en línea recta sus graderías ó escalones), que destinaban á los combates de los gladiadores ó bestias feroces, y tambien á representaciones teatrales. Aparte de los que en España construyeron en Mérida, Toledo, Sagunto y Tarragona, éste muy notable por la circunstancia de estar sobre la pendiente de una colina y tener parte de las graderías talladas en la misma roca y el resto de piedra labrada, conócense aún los restos del anfiteatro de Trajano, construído en el Campo de Marte de Roma; el Castrense, elevado allí en los muros cerca de San Juan de Jerusalem; el de Albano, situado cerca de un convento de capuchinos, en la pendiente de una colina; el de Otricoli, en la villa de Ombría, á las orillas del Tíber; el de Verona, el de Todi, el de Rímini, el de Bolonia; el de Garigliano, en Nápoles; el de Capua, el de Pesturo; el de Pola, en Dalmacia, y el últimamente descubierto en las ruinas de Pompeya, que si bien no presenta las vastas proporciones que otros, está en cambio perfectamente conservado.



GRAN CIRCO ROMANO

El primero que se conoció en Roma fué el de Julio César, que era de madera. Augusto hizo construir uno de piedra; pero el más notable de todos fué comenzado por Vespasiano é inaugurado por Tito. Tenía 538 metros de circunferencia, 80 con galerías, y podía contener *ciento veinte mil* espectadores.

Se conocen sus ruinas bajo el nombre de *Coliseo*. Aquel pueblo tan viril y floreciente no careció de ninguno de los espectáculos que contribuyen á dar carácter y realce á una nación fuerte, ilustrada y poderosa.

PORTUGAL

En este vecino reino, donde es tan manifiesta la afición á las corridas de toros, ha habido, y hay, diferentes plazas destinadas al efecto, por lo general de menos coste, menos lujo y menos gusto que las de España, pero muy á propósito para la lidia, muy alegres, y de suficiente solidez.

Entre las que ya no existen pueden contarse la de *Campo de Santa Ana;* la de *Aguardiente;* la de *Campo de San Paulo; Sacaran; Villanova de Ourem; Juzqueira; Paço d' Arcos; Bellas; Boa Viagen; Santiago de Cacem; Alhandra; Sobral de Monte Agraço*, y alguna otra.

En cambio existen, la mayor parte en buen estado y alguna de ellas nueva, las siguientes:

La de *Campo pequeño* en Lisboa, que es magnífica y pertenece á una sociedad, fué inaugurada en 18 de Agosto de 1892 y la describiremos detenidamente puesto que su importancia así lo requiere:

La capital del vecino Reino lusitano, donde estuvo edificada la antigua plaza del campo de Santa Ana, en cuyo ruedo brillaron como grandes artistas Sedvem, Mesquita, Bettencourt, Pedro da Herra, Antonio Roberto, J. Cadete, J. J. Peixinho y otros y *amadores* distinguidos como el conde de Vimioso, marqués de Castelho Melhor, Casuza y

muchos más, no podía permanecer mucho tiempo sin poseer otra plaza que, en sustitución de aquella, fuese el recinto donde se celebrasen esas grandes fiestas de toros, admiración del mundo, á que tanta afición demuestran los naturales de aquél país. Conociéndolo así el municipio de Lisboa, interesado como el que más en la prosperidad de ciudad tan hermosa, regaló á la Casa Pía, para dicho objeto, 6.000 metros cuadrados de terreno en el sitio llamado Campo pequeño, y utilizando los magníficos planos ideados por el insigne arquitecto D. Antonio José Díaz da Silva, ha sido edificada una bonita y grandiosa plaza, digna en todo y por todo de pueblo tan civilizado.

El monumental edificio, en su parte exterior se compone de un cuerpo circular con 80 metros de diametro por 18 de altura y á más cuatro torreones en sus ejes longitudinal y transversal.

PLAZA DE TOROS DE CAMPO PEQUEÑO, EN LISBOA

El torreón que constituye la fachada principal del edificio, queda del lado poniente y va paralelamente á la proyectada avenida de las Picóas al Campo grande. En sus ejes principales, hay otros tres pequeños torreones destinados, en el piso bajo á diferentes servicios, chiqueros, despachos de billetes y en el superior salones de descanso para los espectadores de los palcos, buffets, etc.

Una entrada particular da ingreso á una magnífica tribuna real y palcos para autoridades, estando dicha tribuna precedida de un salón con 48 metros cuadrados, en que hay tocador y otras lujosas dependencias, y comunicando con él, se asciende á la cúpula más elevada que mide 30 metros de altura desde el suelo, y en la cual hay un mirador, que ofrece un magnífico panorama de la ciudad y el Tajo. Además, por el mismo terreno de dicho torreón, y á la entrada de las escaleras que conducen á los pisos altos de la plaza, hay un local destinado, durante el espectáculo, á los carruajes de la familia real.

Otro torreón, que mide como los dos restantes 15 metros por cada uno de sus lados, está destinado á *encierro*, ó corral, en cuya parte superior y á la altura de los palcos y gradas, hay balconcillos para que el público pueda ver los toros, antes de recogerlos en el toril para ser embolados. Al lado de ese corral está el cuarto dormitorio de los campinos, con ventanas para vigilar el ganado y la gran cuadra de 160 metros cuadrados para caballerizas.

Los dos restantes torreones están destinados á despachos de billetes, retretes, restaurants, salones para el público, escritorio de la empresa y las escaleras al segundo piso, y al vasto corredor general que midiendo 17 metros de largo, da acceso á los asientos de sombra y de sol, entradas para los artistas y sus caballos, etc.

El plan general en lo exterior de tan hermoso edificio es de arquitectura árabe, muy semejante al de la plaza de Madrid en que no existen aquellos cuatro torreones, cuya belleza es discutible.

Hay en el interior, á más del palco real y los de los ayudantes, veinte dobles ó sea divisibles y cuarenta y seis más pequeños: debajo del palco real está el de la autoridad y más abajo, paralelamente á los tendidos, otros tres palcos para el *Inteligente*, el ganadero, y uno mayor de doce asientos para los revisteros de la prensa, en el extremo de la entrada principal á las barreras. Los tendidos tienen catorce filas con otras tantas entradas: la enfermería mide 60 metros cuadrados, y los cavalheiros tienen

cerca de sus camarines cobertizos para sus caballos, y el público tiene tambien un espacioso recinto para guardar sus cabalgaduras durante la fiesta.

En total: el edificio tiene entre puertas y ventanas exteriores cuatrocientas veinte, y caben en él cómodamente 11.100 personas. No está tan cerca de la población de Lisboa, como la de Madrid desde este punto, pero tiene fácil comunicación por la magnífica Avenida de la Libertad, y porque hallándose en el Campo pequeño apeadero del ferrocarril, puede transportar gran número de personas en breve tiempo.

Después de esta plaza síguela en importancia el *Coliseo Portuense*, de Oporto, que es de cantería; muy bonita, pertenece á un particular y tiene capacidad para 8.000 espectadores.

La plaza de *Vianna de Castello*, construída de piedra y madera, sin arquitectura definida, pero bonita. Pertenece á una sociedad.

En el mismo caso se encuentra la de *Setubal* que fué inaugurada en 15 de Septiembre de 1889.

La de *Almada* pertenece á un particular. Está hecha de madera.

La de *Aldeagallega* es de piedra y madera y pertenece á una Sociedad.

La de *Caldas da Rainha* es de madera, y de un particular.

La de *Evora*, que es de piedra y madera, fué inaugurada en 26 de Julio de 1891 y es de la propiedad de varios socios.

Torres Novas tiene tambien una plaza de madera, perteneciente á una sociedad, que fué inaugurada en 16 de Julio de 1889.

La de *Torres Vedras*, pertenece á una sociedad y fué construída de madera.

Un particular construyó de madera la de *Alcobaça* y la inauguró en 19 de Agosto de 1888.

Pertenece á un particular, y también es de madera la plaza de *Santa Eulalia*.

Salvaterra tiene una plaza de madera, que pertenece al Hospital de Portalegre, y que fué inaugurada en 2 de Agosto de 1891.

La de *Moita* es de madera, y un particular la reconstruyó é inauguró en Septiembre de 1888.

Es de piedra y madera la de *Leiria*, y pertenece á una sociedad.

La de *Nazareth*, de madera, es de un particular.

Lo mismo sucede con la de *Alcochete*.

En *Alcacer do Sal* hay otra de propiedad particular.

La de *Barreiro*, que es de piedra y madera, es propia de una sociedad, que la inauguró en 15 de Agosto de 1891.

La de *Cintra*, de madera, es de propiedad particular.

La de *Villafranca de Xira* fué reconstruída é inaugurada en 16 de Octubre de 1888. Es de madera, de propiedad particular, y caben en ella unas 6.000 personas.

La de *Guarda*, que es de piedra y madera, pertenece á una sociedad, que la inauguró en 24 de Julio de 1894.

También la de *Covilha* es de madera y piedra, y la sociedad que la posee la hizo inaugurar en 28 de Julio de 1885.

Es de un particular la de *Chamusca*, que, construída de madera, fué inaugurada en Octubre de 1888.

También la de *Thomar* es de propiedad particular y de madera.

La de *Arronches*, inaugurada en 1894, es de piedra y madera, y pertenece á un particular.

Es de madera la de *Lamego*, y particular también.

La de *Aviz* es propiedad del Hospital. Es de madera, y su inauguración data del 24 de Julio de 1895.

Una sociedad tiene la de *Azaruja*, que es de madera.

Al Hospital pertenece la de *Santarem*, que es de piedra y madera, y se inauguró en 20 de Mayo de 1854.

Y también al Hospital de *Cartaxo*, la de madera que allí existe.

La de *Cascaes* tiene 7.500 localidades; pertenece á una sociedad; fué inaugurada en 27 de Septiembre de 1894, y está construída con piedra y madera.

Con iguales materiales está hecha la de *Setubal*, inaugurada en 15 de Septiembre de 1889, y que pertenece á una sociedad.

La de *Coimbra* pertenece á un particular, y es de madera.

Hay una en *Moimenta de Beira*, que es de madera, y también de un particular.

La de *San Pedro de Sul* es de madera, y pertenece á una sociedad.

La de *Viceu* (campo de Viriato), es de madera, pertenece á una sociedad, y fué estrenada en 26 de Mayo de 1889.

De madera es la de *Gouveia*, perteneciente á otra sociedad.

Y la de *Espinho*, que los socios que la poseen hicieron inaugurar en 20 de Septiembre de 1891.

De un particular es la de *Mealhada*, toda ella de madera.

Y la de *Elvas* tiene iguales condiciones.

Otro tanto sucede á la de *Extremos*, lo mismo que á la de *Barrancos*.

Al Hospital pertenece la de *Beja*, que es de madera.

La de *Montemor novo*, de madera, á una sociedad.

Y la de *Figueira da Foz*, de piedra y de madera, á otra sociedad.

La de *Villarreal*, de madera, es también de una sociedad.

La de *Barquinha*, de madera, es propiedad del Hospital.

La de *Gollega*, también de madera, pertenece á los herederos del inolvidable caballero y excelente aficionado, D. Carlos Relvas.

En *Abrantes* hay otra plaza de piedra y madera, perteneciente á una sociedad.

También la de *Coruche* es de madera, y propiedad de un particular.

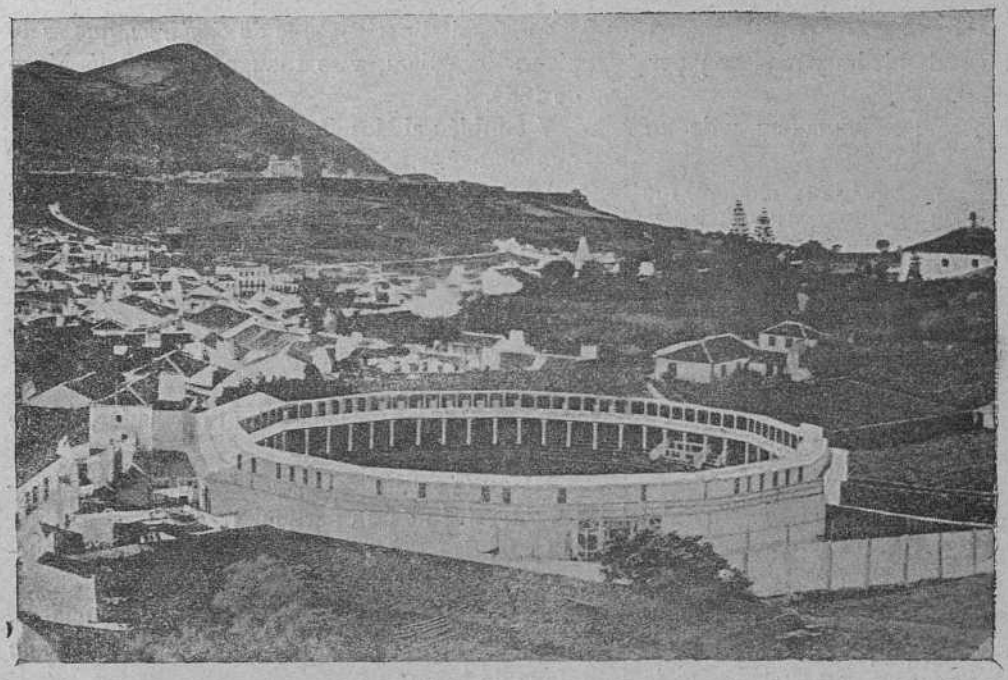
La de *Algés*, de fábrica y madera, fué estrenada en 23 de Mayo de 1895, y tiene 7.800 localidades.

La de *Olhao* fué inaugurada en 26 de Julio de 1891.

La de *Portalegre*, de D. Luis do Rego, fué inaugurada en 14 de Septiembre de 1894.

Y la de *Vouzella*, de madera, se estrenó en el año de 1891.

Y, finalmente, en la *Isla Tercera*, Angra do Heroismo, hay la Plaza de *San Juan* y la del *Espíritu*



PRAÇA DE TOUROS DO ESPIRITO SANTO

Santo, ambas de piedra y madera. Esta última se halla al pié de elevados terrenos, y es tal vez la más frecuentada por la gente aquel país.

MÉXICO

Nadie ignora que este gran pueblo, lo mismo que otros de las ahora repúblicas americanas, pertenecían en el pasado siglo á la nación española, que allí llevó, con su conquista, sus usos y costumbres, religión y diversiones Entre estas, la fiesta de toros, fué la más aceptada, lo que nada ofrece de particular puesto que de hijos de España se precian aquellos nobles habitantes de tierras tan lejanas, y sus inclinaciones son las mismas que las nuestras. En apoyo de esto podríamos manifestar, al menos respecto á México, que plaza tenían los aficionados de allí para saciar su afición, pero cuanto quisiéramos decir, sería poco en relación á los luminosos datos que arroja una memoria dirigida al Gobierno de la metrópoli, por el Virrey de México, que debía ser, atendida la fecha, el Excmo. Sr. D. Manuel Antonio de Flórez. Trátase en dicho documento, ya muy raro, de arbitrar recursos con que atender al reintegro de los gastos que podía ocasionar la creación de un gran jardín botánico, y como siempre que se piensa en reunir fondos para cualquier fin, aquél Sr. Virrey, propuso la edificación de una nueva plaza de toros, como arbitrio principal entre otros, al objeto indicado.

Son tantos los detalles que contiene ese, hasta ahora casi ignorado documento fechado en México á 17 de Agosto de 1788, que no podemos resistir á la tentación de darle á conocer, siquiera en lo referente á nuestra fiesta nacional, porque en él se demuestra la afición de aquellos naturales, y viene á ser la historia de la principal plaza de toros erigida en México. Dice así, apartando párrafos no conducentes al objeto:

«Primero: Erigir una plaza de toros en paraje proporcionado para la concurrencia y desahogo que exige el crecido número de coches, y toda clase de gentes que asiste á estos espectáculos para evitar las tropelías, confusión y desórdenes que se han experimentado en las entradas y salidas, de la que provisionalmente se levanta en la plaza del Volador. Son muchas y muy poderosas las razones que protejen la idea de esta plaza firme; como son la de cortar la ocasión de robos, heridas, quimeras y otros excesos, que envuelve la confusión de gentes de ambos sexos, precisados á rozarse por la estrechez del tránsito, que queda libre á los cuatro costados de la que hasta aquí se ha erigido en dicha plaza del Volador. Los huecos de

las barreras y aun las mismas lumbreras, son otros tantos escondrijos, que brindan á la plebe para todo género de atentados, sin que puedan evitarlos las más celosas providencias del Gobierno.

»El que se haga cargo de su construcción, y vea que toda su firmeza consiste en el débil ligamento de sogas y cueros que sostienen y abrazan todo el maderaje sin que se pueda contar un tan solo clavo, advertirá que ha sido milagro no haya rendido este edificio al peso de más de 10.000 personas que ha sostenido algunas veces. Si se considera un temblor en las horas de la lid y la lastimosa tragedia que podría causar un accidente tan común en esta capital, es preciso, ó desistir enteramente de esta diversión, ó pensar en asegurar al público por medio de un edificio menos contingente que la plaza *provisional*.

»El peligro de incendiarse ésta con manifiesto riesgo de todos los edificios inmediatos, inclusos el palacio y secretaría, se deja advertir de las continuas llamaradas que hay debajo de ella; de los muchos braserotes que van á las lumbreras para calentar meriendas y hacer chocolates, y finalmente del innumerable é incesante cigarro, y yescas tiradas sin reflexión, de que su paradero es precisamente materia combustible para todas partes.

»La suspensión del comercio que hay en dicha plaza de verdura y varios muebles, con el perjuicio de derribar los xacales y tinglados, que sirven de habitación y resguardo á los interesados y sus efectos pide la atención de una República bien ordenada.

»Ultimamente, la comodidad con que el público podrá disfrutar de una diversión á que tanto propende, sin que pueda ser tiranizado por el tablagero, subarrendatario, que no trata más que de su adelantamiento, es digna de la mayor consideración, y se comprende por el adjunto cálculo prudencial de costo y productos de la nueva plaza.

CAPACIDAD Y DISTRIBUCIÓN DE LA PLAZA

Aunque la numerosa población de esta capital y su decidida afición á los toros, parece que pedía una plaza capaz de 15 ó 16.000 personas, convendrá que no exceda de 8.000 asientos proporcionados á la esfera y facultades de las tres clases de gentes que componen esta corte. De este modo lucirán más los toros, y sujeto el público á no poder saciar de golpe su deseo, se le impide en parte que prefiera la diversión á sus principales atenciones, tal vez con olvido de las necesidades, y la plaza no experimentará decadencia en las proporcionadas utilidades que se promete.

	PERSONAS
Esta deberá constar de dos órdenes de palcos ó lumbreras, grada cubierta y tendido. Cada orden llevará ochenta palcos del ancho de tres varas, donde según la disposición de la Plaza, podrán ver cómodamente quince personas; en tres gradas y en todos los palcos, cabrán.....	2.400
En cuatro órdenes de asientos que tendrá la grada cubierta, cabrán.....	1.600
En el tendido para la plebe, puede haber ocho órdenes de gradas susceptibles, de.....	3.500
Total.....	7.500

PRECIOS Y PRODUCTO

	PESOS
Suponiendo que las corridas del año sean doce, los ochenta palcos de primer orden, á razón de diez pesos cada día, precio menos de la mitad del pagado en la Plaza provisional, rendirán cada corrida ochocientos pesos, y en el año.....	9.600
Los de segundo orden, con igual comodidad que los primeros, á razón de ocho pesos cada día, seiscientos cuarenta, y en los doce.....	7.680
Las gradas cubiertas, á razón de dos reales por la mañana y cuatro por la tarde de cada asiento, mil doscientos, y en el año.....	14.400
Las tres mil quinientas personas de tendido, á razón de un real por la mañana y dos por la tarde, unos con otros, á saber, los de sol con los de sombra, darán en el día mil trescientos doce pesos y cuatro reales, y en las doce.....	15.750
El genio festivo, naturalmente pacífico, y en extremo aficionado á ginetear y travesear con los toros, de la noble juventud mexicana, la hacen acreedora á la confianza de enmascararse en determinado número, las tres tardes del carnaval, para que con conocimiento de los individuos, y billete del Señor Corregidor, á quien deberán presentarse para el correspondiente permiso, puedan salir á sortear, ya sea á pie, ya sea á caballo, diez ó doce novillos, con que puede divertirse el público, y distraerse de otros divertimientos menos honestos, á que regularmente se entrega en tales días. Y aunque por esta diversión, que probablemente será la más bien admitida, no se exija más que la mitad del precio, impuesto en las corridas ordinarias, rendirá.....	5.928

	PESOS
En la parte exterior de la plaza, puede haber sesenta ó setenta accesorias, que según la capacidad que se les concederá, podrán alquilarse á cuatro pesos mensuales cada una, y llegarán á producir en el año.....	3.000
Producto total.....	56.358

COSTO DE LAS DOCE FUNCIONES, TRES NOVILLADAS, SUELDOS DE ADMINISTRACIÓN Y TOROS

Aunque puestos en la plaza los toros cuesten á dieciseis pesos cada uno, que es el precio más alto del ganado escogido, aun en los años de escasez, no pudiendo valer su carne y cuero menos de seis pesos, haremos la cuenta de diez pesos, por la que dieciseis toros que pueden lidiarse cada día, seis por la mañana y diez por la tarde, importan ciento sesenta pesos, y en las doce corridas.....	1.920
Por ocho docenas de banderillas, cada día á dos pesos, dieciseis, y en los doce..	192
Por una espada primera de habilidad cada año.....	600
Por otra segunda.....	400
Por cuatro banderilleros, á trescientos pesos cada uno.....	1.200
Por cuatro picadores de vara larga, escogidos, á trescientos pesos.....	1.200
Por dos matadores de rejoncillo, uno á pie y otro á caballo, á trescientos pesos..	600
Para Invenciones y Habilidades extraordinarias.....	500
Para un Administrador de plaza, de cuyo cargo será la recaudación de caudales y demás, respectivo al mejor gobierno económico de ella.....	1.500
Por treinta novillos en las tres tardes del carnaval, á cuatro pesos cada uno, que es lo regular, volviéndolos al asentista de carnes después de muertos.....	120
Por doce docenas de banderillas en dichos tres días.....	24
Costo total.....	8.256
Producto total.....	56.358
Quedan líquidos.....	48.102

TIEMPO Y DÍAS MÁS PROPIOS PARA LAS CORRIDAS

Para el mayor lucimiento de estas funciones y poderse verificar, sin el quebranto que hasta aquí han experimentado los artesanos y demás plebeyos, que subsisten del trabajo de sus manos, se hace necesario combinar la estación del año y días de semana más proporcionados para la ascensión de ambos fines. En consideración á los artesanos deberán ser las corridas precisamente en los lunes, días que la costumbre ha hecho entre ellos más festivos que los mismos Domingos, y que regularmente invierten en funciones menos inocentes con tanto reparo del Gobierno, que se ha promovido expediente para precisarlos á trabajar en estos días, y ya que aquella sabia intención no tuvo efecto, parece política arreglada destinarles este día perdido para un entretenimiento menos vicioso y á que tanto propenden.

Siendo las lluvias uno de los mayores impedimentos de esta diversión, y concluyendo estas por fines de Septiembre, ó cuando más tarde á mediados de Octubre, con constante calma hasta principios de Mayo, pueden celebrarse en este intervalo con la siguiente distribución: dos en el medio mes de Octubre, ó cuatro en sus cuatro lunes si las aguas lo permitieren por haber finalizado en Septiembre; seis en los tres meses de Noviembre, Diciembre y Enero; y las dos ó cuatro que restan para el completo de las doce, en el mes siguiente á la pascua de Resurrección, quedando al arbitrio del Gobierno reservar alguna más de las pertenecientes á los primeros meses, si las estimare más ventajosas en esta segunda temporada, aunque el ganado no suele estar en la mejor disposición por el poco pasto que tiene en la precedente sequedad, con cuya consideración si la plaza no siente decadencia, convendrá celebrar las doce en aquellos cuatro primeros meses, por hallarse entonces las reses con todo su vigor.

El poco costo con que toda clase de gente puede disfrutar de este espectáculo tan nacional, la reducción de la plaza á la capacidad de solas 7.500 personas, que es menos de la vigésima quinta parte de la población de esta capital, los intervalos que median de una á otra corrida, para que lejos de cansar la diversión, sea más apetecida, inspiran una evidente confianza de que la plaza no puede tener decadencia en las utilidades que se prometen y menos cuando las dotaciones fijas con que se compensan las habilidades de los toreros, tan mal pagados hasta aquí, pueden servir de estímulo para que vengan de España algunos de los muchos diestros en este arte, y cuando no podrán solicitarse, aunque sea á mayor costo, con el fin de que el público quede más complacido de lo que ha estado en tales actos por falta de habilidad en los lidiadores.

Finalmente, aunque saliese errado el juicio sobre las utilidades en una cuarta parte, de lo que se proponen, que es difícil atendida la mucha ociosidad del país, su mucha propensión á todo

género de diversiones, su dominante pasión por la de toros y finalmente el crecidísimo concurso que se ha observado en estas mismas funciones hechas con menos lucimiento, arte y orden que el que aquí se indica, nunca podrá bajar de cuarenta mil pesos el producto líquido de la plaza.

COSTO DE LA PLAZA

Supongamos que la fábrica de la plaza hecha á todo costo y magnificencia con las sesenta accesorias que van propuestas por la parte exterior, ascienda á ciento cincuenta mil pesos, que verosímilmente no puede llegar, valiéndose de los muchos ahorros, que le son fáciles al Gobierno para la adquisición de madera y demás materiales necesarios, echando mano de los que abundan en las inmediaciones, por menos costosos, y más proporcionado al pronto y fácil acarreo, ó procurando hacer una contrata regular, con alguna de las muchas personas acreditadas por su equidad y desempeño. Pero la primera atención deberá ponerse en la economía del tiempo para el ahorro de los empleados en la fábrica que suele ser siempre costosa. Con ese fin no deberá empezarse la obra hasta que haya un acopio regular de materiales, y para los trabajos se escogerá la estación más ventajosa del año...

Habiendo resuelto S. M. que haya función de toros todos los años, hasta la completa satisfacción de lo gastado en el palacio de Chapultepec, deberán verificarse estas corridas en la plaza provisional que se erija para el fin, pero concluída la firme, podrán celebrarse en ella y recoger la real hacienda su producto hasta verificar el reintegro de aquel descubierto.

La elección de sitio proporcionado, así para el menor extravío, como para la más facil concurrencia y demás objetos que van indicados en el primer artículo, ha merecido toda mi meditación, después de la cual concibo que el pedazo de ejido, que media á espaldas de la Acordada, entre el paseo de Bucareli y calle de la Vitoria, es el más adecuado tanto por la amplitud que ofrece para el manejo de coches y gentes, como por hallarse en el mismo paseo, y casi á igual distancia de los dos extremos de la ciudad.

Si la falta de ganado es la causa porque en algunas partes de España, ha cortado el Gobierno esta clase de diversiones, nunca en este Reino se ha experimentado tanta escasez, por lo que no militando aquí aquella razón debemos creer, que no haya impedimento para que en esta corte experimenten las mismas diversiones concedidas á la de España.»

Del documento cuyos párrafos principales quedan copiados, se desprenden multitud de consideraciones que dan á conocer cuál era el estado de la afición á las fiestas de toros hace más de cien años en México; que ya entonces, aunque mala y provisional, había una plaza en la del Volador, y que la proyectada puede muy bien ser la que ahora existe y llaman de *Bucarelli*.

Hay además algunas otras plazas en México de más reciente creación, como son:

	LOCALIDADES
Aguas Calientes	3.500
Ameca (Jalisco)	3.000
Atlanta	3.500
Campeche	4.500
Celaya	3.000
Cuantitlán	5.000
Chihuahua	3.500
Durango	5.000
Fresnillo	3.000
Guadalajara (Jahico)	6.500
Guanajuato	7.000
Huatmantla	3.000
Huisachal (Hacienda de Morales)	6.000
Irapuato	3.500
Jalapa	4.000
Jiménez (Chihuahua)	3.700
Lago	5.000
León de las Aldamas	7.000
Matehuala	3.000
Mazatlán	3.000
México (Bucardi)	8.000
Mérida (Yucatán)	4.000
Monterey	3.500
Morella	7.000
Oaxaca	3.500
Orizaba	3.600
Pachuca	5.000
Puebla de los Angeles	8.000
Querétaro	5.000
San Juan de Guadalupe	4.000
San Juan del Río	4.000
San Bartolo Naucalpan	7.000
San Luis de Potosí	8.000
Saltillo	5.000
Sombrerete	3.000
Tacubaya	5.000
Tehuacan	4.000
Texçoco	3.000
Tialnepantla	3.000
Tlaxcala	5.000
Toluca	4.000
Veracruz	5.000
Zacatecas	5.500

México.

Hay además en los otros Estados de América, que á continuación indicamos, diferentes Plazas

de toros cuya situación y cabida es la siguiente:

	LOCALIDADES	
Bolivia.....	Cochabamba.....	5.000
Brasil.....	Bahía (Madera).....	4.500
	Campinas.....	4.000
	Itún.....	3.500
	Pará.....	3.000
	Capital.....	5.000
	San Pablo.....	3.400
Colombia....	Bogotá (Santa Fé).....	7.000
Costa Rica...	Capital.....	4.000
Chile.....	Anchoa.....	4.000
Guatemala...	Capital.....	6.000
Panamá.....	Colombia.....	6.000
República Argentina....	Córdoba.....	4.000
San Salvador.	Capital.....	6.000
Uruguay.....	Montevideo (La Unión)..	»

PERÚ

Son varias las que allí existen, en Córdoba, Lima, el Callao y otros puntos; y de muy antiguo vienen allí las referencias de plazas construídas al intento. El archivo del Ilustre Cabido de la ciudad de Lima conserva en el Libro VI de Cédulas y Provisiones, una en que, haciéndose cargo el Rey de que habían sido suprimidas las fiestas de toros por un Virrey (que no cita sino como antecesor del á quien dirigió su nuevo mandato) que dejase celebrar á la dicha ciudad las fiestas votivas sin poner impedimento. Esta Real cédula, fechada en Madrid á 10 de Mayo de 1610, refrendada por D. Fernando Ruiz de Contreras, refiere que «las fiestas votivas eran dadas con los regocijos y *fiestas de toros* y las demás que se han acostumbrado,» lo cual justifica que lo menos hace trescientos años se corrian allí toros, y, por consiguiente habría para ello la necesaria *plaza*.

Respecto de *la del Callao* tenemos á la vista una memoria impresa en Lima en 1761, que por no abusar de la paciencia de los lectores no copiamos en una buena parte, aunque bien lo merecía. Entre otras cosas se dice en ella que cuando se daban *toros* para aplicar los productos á los Hospitales de Santa Ana y Caridad; «á los carpinteros se les vendía el sitio de contorno del *circo* en que fabricaban tablados de que ellos alquilaban los asientos,» y añade que esto «fué el fondo conque principió la iglesia parroquial de la nueva población de Bellavista, inmediaia al puerto del Callao, y precisa á sostener el comercio y socorrer al presidio y fortaleza de San Fernando que resguarda la bahía,» y añade: «que el atractivo de la diversión de los toros se juzgue preservativo de mayores males y que evita mayores inconvenientes.

Más tarde y á beneficio del Hospital de San Lázaro, completamente arruinado á consecuencia de un terremoto, se dieron dos corridas de toros en los días de carnestolendas, que produjeron la primera más de cinco mil pesos libres de gastos, y la segunda ocho mil seiscientos sesenta, con los cuales fué aquél reedificado; pero no consta si la *plaza* era construída como va expresado, cediendo terreno á los carpinteros para edificar tablados ó si era ya de carácter permanente.

La creación de tantas plazas de toros en Espapa, América, Francia, Portugal y algún otro punto, algunas de ellas tan suntuosas y soberbias que son verdaderos monumentos de arquitectura, acredita que si siempre los españoles gozaron como nadie en presenciar tan asombroso espectáculo, hoy más que nunca esa afición se ha extendido tanto que hasta los extranjeros que la denigraron la consideran como el mejor de los que puedan distraer la atención y producir voluntariamente mayores rendimientos.

Pocira Domingo Antonio.—Hay en el vecino reino de Portugal toreros de más nombre que éste, pero ninguno le aventaja en lo esforzado y trabajador, según refieren los que le han visto. Es verdad que no tiene el arte por oficio, pero siempre ha estado pronto para auxiliar con su concurso en todas las corridas de beneficencia ó en auxilio de los pobres, actuando de banderillero con general aplauso. La primera corrida en que tomó parte, á los veintiún años de edad, se celebró en Samora Correia.

Pomares, Manuel *(El Troni)*.—También mata toros en las plaza de América este mozo que reside en Lima.

Ponce de León, D. Pedro.—Hijo del marqués de Zahara. Fué uno de los más notables caballeros que en el siglo XVI alancearon toros en Andalucía, según refieren los libros de montería de aquella época.

Ponce de León, D. Sebastián.—Natural de la villa de Haro en la Rioja y contemporáneo de don Bernardo Alcalde, con el que sostuvo grandes competencias, saliendo en ellas el Alcalde con gran ventaja en el manejo del capote, y sobresaliendo el que nos ocupa con el estoque y banderillas.

Ponce, Francisco.—La primera vez que trabajó como picador en Madrid, fué en 1803, en la corrida real de toros cuando el casamiento del Príncipe de Asturias.

Ponce, José.—Nació en Cádiz en 1831, fué bautizado en la parroquia del Rosario, á que corresponde el barrio llamado de los *Usías,* llamado así vulgarmente porque en él suele vivir la gente acomodada, y aprendió el oficio de carpintero de ribera, ó sea el de calafate, con notable aprovechamiento. Siempre tuvo gran afición al toreo, ensayó sus facultades, como todos, en novilladas; después fué banderillero de gran poder, y mató novillos y toros como mejor le parecía, pero procurando aprender, hasta que Julián Casas *(El Salamanquino)* alternó en Madrid con él por primera vez el día 3 de Agosto de 1856, si bien ya había matado los dos últimos toros en la corrida del 16 de Junio del mismo año. Desde entonces trabajó como espada en plazas muy principales, teniendo más aceptación en Andalucía por su valor reconocido y buena figura; y después de casarse con una hermana de los célebres banderilleros Ortega *(Lillo* y *Cuco),* marchó á torear á las plazas de México, Veracruz, Habana, Matanzas, Trinidad y Cuba, donde lo hizo con buena fortuna y singular aceptación. No sucedió lo mismo en Lima. Los peruanos, que tanto le aplaudieron en 1871 y siguientes, dispusieron una función de toros á beneficio de la compañía de bomberos de aquella capital; Ponce se ofreció á tomar parte con su cuadrilla gratuitamente, y por consecuencia de una grave herida que recibió al matar un toro, falleció en la noche del 14 de Julio de 1872. Muy sentida fué esta desgracia, y aquel pueblo lo demostró cumplidamente. La compañía de bomberos trasladó el cadáver con toda solemnidad á la iglesia de Santo Domingo, costeó todos los gastos de funerales y enterramiento, y al colocarle en el nicho, el señor D. Agustín de Ezpeleta pronunció un sentido discurso en loor del finado. Este fué buen mozo, como hemos dicho, de más valor que arte; toreaba ceñido y corto, esperaba á los toros mejor que irse á ellos, y tenía la serenidad que requiere la reposada escuela rondeña.

Pontes, Francisco.—Torero portugués, valiente y entendido. Sobresalió en los cuarteos, que eran rapidísimos y á tiempo. Con el capote era una especialidad; y en una ocasión, en la plaza del Campo de Santa Ana de Lisboa, rindió con verónicas y navarras á un toro, á quien se acercó y cortó las cuerdas de las bolas que tenía en las astas. Era de figura simpática, fino y arrogante. Hace algunos años marchó al Brasil, y murió en aquella república víctima de las fiebres del clima.

Portela, Francisco *(Salazar).*—Se hablaba en la época del *Tato* (1858) de un picador que llamaba la atención en Andalucía y era ese su nombre. Ni por él ni por el mote le recordamos.

Portero, Juan.—De mediados del siglo pasado en adelante trabajó este picador varilarguero en muchas plazas de España con bastante aceptación.

Portugal y Castro, D. Antonio de *(Vimioso.)*—Hijo del renombrado rejoneador Conde de Vimioso, tan bueno como él toreando, pero mucho mejor jinete.

Pozo, Francisco del.—Matador de novillos granadino, que por la baja Andalucía trabajaba en 1818 y posteriormente, sin que su fama llegase á ninguna parte.

Pregón.—En lo antiguo y hasta hace unos sesenta años, en Madrid, después de verificado el «despejo» de la plaza en las corridas de toros, cruzaba el redondel, saliendo por la puerta de la enfermería que estaba situada como ahora al lado de los toriles, el pregonero de la villa, con capa aunque fuera verano, descubierto y entre dos alguaciles, todos á pié, y cuando llegaban ante el palco de la autoridad, leía aquel funcionario en voz alta el «Bando» por el cual se imponían penas á los que alterasen el orden, arrojasen objetos al ruedo, bajasen á él antes de ser enganchado el último toro etc. y al retirarse en la misma forma y á igual sitio, acompañábale una *orquesta* de gritos y silbidos, mayor aún que la que había estado escuchando desde su aparición en el coso, que nunca era floja ni sorda. Por inútil se desterró tal antigualla, que daba cierto carácter á la fiesta. (Vease Bando.)

Prender.—Dícese prender banderillas ó rehiletes, lo mismo que clavarlas; pero en nuestro concepto quiere decir que las primeras quedan prendidas, ó sea sin caerse, y del otro modo pueden muy bien ser clavadas y caerse, ó desprenderse de la piel del animal.

Prensa taurina.—Después de los periódicos políticos, los de tauromaquia son los que, en mayor número, han ocupado la atención de toda clase de lectores, prueba evidente de que la fiesta nacional está muy por encima de todas las demás en el corazón de los españoles, y que hoy no hay género alguno de *sport*, como ahora dicen los extranjerizados, ni de espectáculo de otra clase que interese tanto ni en tan alto grado. No hay que considerar siempre á la prensa taurina como destinada solamente á informar del resultado de las corridas celebradas y de noticias relacionadas con las mismas, que ha ejercido y ejerce misión más alta, pues como dijo, con su natural talento, el eminente Estébanez Calderón, *el escritor* para presentar los rasgos de nuestra fisonomía y los toques de nuestro carácter del modo más español posible, todavía *está obligado*, con vínculos de más fuerza, á dar su relativa importancia á las cosas aquellas, como son las corridas de toros, que por su desuso en las demás partes del universo, su existencia única y peregrina entre nosotros, su remota antigüedad en nuestros anales y crónicas, y por su sello de originalidad, extrañeza, valor y gallardía, han llegado á ser y son efectivamente, un distintivo peculiar de la noble España y de sus bravos y generosos hijos. Por eso los artículos históricos, descriptivos, encomiásticos, técnicos y teóricos han ocupado preminente lugar en los periódicos taurinos, instruyendo y deleitando á nacionales y extranjeros y suministrando saludables enseñanzas de que quizá carecen muchos de los que tergiversan con mala intención el modo de ser de las corridas de toros.

Aunque pudiéramos añadir muchos más periódicos al número que contó el muy erudito y excelente aficionado D. Miguel Moliné en 1888, y que ascendía á la respetable suma de 118, que trataban exclusivamente de toros, dándose la casualidad verdaderamente rara de que correspondían á Madrid la mitad exacta de los editados, no creemos propio de este libro fijar en él los títulos de cada una de esas publicaciones. Desde el siglo pasado, en que el Sr. Salanova daba en el *Diario oficial de avisos de Madrid* las reseñas de las corridas que en esta plaza se celebraban, y más tarde hacía lo mismo *El Correo literario*, no tenemos noticia de que se publicase, con el único carácter de taurino, ningún otro periódico anterior á *El toro*, que salió por primera vez en 1845 y sólo se ocupó en dar á conocer, por medio de biografías,

BIOGRAFIA 1.ª — PRECIO FIJO 1 REAL.

EL TORO,

Coleccion de biografías y retratos de los mas célebres lidiadores.

JOSÉ REDONDO,

(a) el Chiclanero.

Se ignora el origen de las corridas de toros aunque segun datos históricos, debió nacer esta diversion en el Africa. En tiempo de los romanos ya se corrian toros en España, como se vé claramente por los anfiteatros de Toledo, Mérida y otros. Era tanta la afición á torear, que todos los grandes sucesos se solemnizaban con corridas de toros. En algunos paises, como en Italia y Portugal, se han usado iguales diversiones, pero ninguno estranjero llegó á la celebridad de los lidiadores españoles, y en ninguno pais menos en España se han lidiado mejor y á costa de menos desgracias.

Pocas noticias se han encontrado acerca del establecimiento y adelantos de las corridas de toros en nuestro suelo que merezcan entero crédito, y aunque algunos señalan el siglo XII como la época en que se vieron ya los toros como diversion pública, solo se sabe con certeza que desde tiempos remotos fueron las corridas el noble entretenimiento de los mejores caballeros, y he aquí la razon precisa por qué el arte tauromáquico, cuenta en sus páginas con un número de nombres de los mas ajustados y célebres campeones, por su valor y esclarecido linaje. Algunos reyes, así españoles el otro de reir-

noticias de la vida y hechos de los más notables lidiadores contemporáneos. Ya habían empezado antes los periódicos políticos á insertar revistas,

N.º 71. Julio 6 de 1852. Año 2.º

PUNTOS DE SUSCRICION.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EL ENANO.

PEROIDICO PICANTE, BURLON Y PENDENCIERO.

SON SU OBJETO PRINCIPAL LAS CABALAS PARA LA LOTERIA PRIMITIVA, Y LA DESCRIPCION DE LAS CORRIDAS DE TOROS DE LA CORTE Y ARANJUEZ. DA TAMBIEN ARTICULOS DE TEATROS, MODAS Y COSTUMBRES, NOTICIAS SUELTAS, CHISMES Y POESIAS.

SALE LOS MARTES POR LA TARDE.

LOTERIA.

GRAN JUGADA

Dos razones nos han movido á poner en ejecucion el plan de una gran jugada general, en la que bajo diferentes bases que hasta aquí, y en nuestro concepto con mayor probabilidad, pondan poner todos aquellos parciales de nuestros suscritores que lo tengan por conveniente. Una es el convencimiento de que estas *grandes jugadas* son siempre del agrado de los aficionados, como hemos tenido ocasion de ver recientemente, y otra el que, como cualquiera conoce, hay mayor facilidad para las combinaciones sencillas mayor es la cantidad que ha de invertirse, siendo por consiguiente mas fácil el aventurarlas, mientras mas sean los que en ellas tomen parte.

Aventurar grandes sumas en la conjuncion de acertar dos números en una cédula de quince ó veinte se ala, para con ellos subir la puesta, aspirando despues en ternos cargados á grandes ganancias, ha sido el sistema adoptado hasta el presente, y bien la esperiencia tiene demostrado que si fia ni se fianzan las grandes ganancias á que se aspira, ni se sacie subir la puesta, que es la ultima mayor.

Jugar al sonbe, siempre doblando, ha sido otro plan, ensayado hace muy poco tiempo en una de las administraciones de esta córte, el cual fracasó al sube, como no podia menos de suceder, puesto que la doble era cada vez mas violenta y con que se repitiesen varias estracciones, que fue lo que aconteció, sin acertar los dos estractos, las puestas crecian estraordinariamente y en todos podian resistirlas, tesorado por consiguiente que abandonar la jugada, despues de haber hecho un desembolso, que bien hubiera podido ser si sola constituir un terno bueno.

Un termino medio entre ambos planes es el nuestro, contando ademas, y principalmente para ello, con la probabilidad que nos ofrecen las cabalas del Enano. Ni aventurar grandes sumas, sino con su cuenta y razon, llevar la doble á ese grado de violencia que concluya por hacer imposible su continuacion de las jugadas, es esencialmente nuestro objeto.

Nosotros sabemos que hay dos clases de jugadores; unos que no reparan en dificultades, quieren con poco dinero aspirar á sacar mucho, y otros, que aun que no propiamente se suelen contentar con menores ganancias, procurando, como base principal de sus combinaciones, no perder. Estos son por la tanta los que mas constantemente nos favorecen con su concurso. Empeñado nuestro pensamiento, siempre que se trata la cantidad que despues designaremos, deberá resultar, que, aspirando en ternos cargados á grandes ganancias, llevando en nuestra jugada una doble moderada, á la sesta estraccion debe sacarse cuando menos el veinte y cinco por ciento de lo puesto, sin contar la probabilidad del terno, atendido el acierto ó fortuna de las cabalas que publicamos. Seria necesaria una combinacion casi imposible para que así no sucediese.

Para esto debemos fijar una cantidad determinada. Poco ó mucho, segun nuestros calculos, en cada estraccion se debe sacar algo; si la ganancia es mesor que la pereda se aumenta del remanente de la cantidad recaudada, la cual, por lo mismo no se juega toda; si la ganancia es mayor, escusamos decir que se aumenta en proporcion á la jugada, viniendo á resultar que al plazo fijado el dividendo ó reembolso del capital se pueden considerar como seguros, aspirando mientras tanto á la ganancia del terno de consideracion, como hemos dicho, en cuyo caso el dividendo tendria lugar inmediatamente.

El decir, que nuestro pensamiento es aspirar á grandes ganancias, con la rapidez posible de reembolsar el capital cada seis estracciones, y ademas un veinte y cinco por ciento.

Esplicar las bases determinadamente, ni á nosotros nos seria posible, ni nuestros suscritores las podrian comprender fácilmente, sin ver la forma de llevar adelante la jugada. Para esta deberá haber la mayor exactitud, la mas grande rigidez y la legalidad de que no tenemos necesidad de hablar, porque ya nos conocen nuestros suscritores.

A este fin publicaremos en nuestro periódico la cantidad que se recaude, y cada estraccion un número de este estado, donde se hagan ver los resultados parciales, ó sean las sumas jugadas, lo perdido, lo ganado, las existencias, etc., y el resultado general en cada período de los que para mayor comodidad y facilidad hemos fijado.

Harto sabemos que no son infalibles los calculos humanos; pero atendidas las reglas que nos han servido de guia, las comprobaciones que hemos hecho y los resultados que siempre hemos alcanzado, unido todo al acierto del Enano en la designacion de los cuatros, nos hacen esperar desde luego el éxito mas feliz. De manera que el suscritor que tome parte en la jugada, puede contar con que, aun en el caso de mas esquisita fortuna, aspira, sin necesidad de reponer cantidad alguna, á la sonrie de sus estracciones, y por último, y cuando menos, á reembolsar lo que ha puesto.

Y en vista de lo bien recibidas que fueron de nuestros suscritores las bases bajo que se hicieron las jugadas dispuestas por algunos de ellos, las mismas establecemos nosotros, aunque con algunas modificaciones venosanas para todos, á saber:

La jugada se hará bajo la base de dos mil reales, mínimum que hemos fijado, aludido el tipo de proporcion entre las jugadas anteriores. De esa cantidad adelante cuando se recaude hasta el dia que se cierre la suscricion, la cual se avisará oportunamente.

La suscricion se dividirá tambien en cuotas de á dos reales cada una, y los suscritores á nuestro periódico podrán tomar cuantas tengan por conveniente.

La cantidad recaudada se jugará íntegra en una, dos, tres ó mas estracciones segun la suerte; es decir, sin descuento alguno; teniendonos en esto particular al mismo sistema que en las anteriores jugadas, en el caso de haber ganancias, por parecernos el mas justo y moderado.

Como el desembolso se hace desde la primera estraccion para ser, claro es que cerrada la suscricion primera, no podrán entrar en ella otros suscritores nuevos hasta verificado el primer dividendo, que será á la sesta estraccion, como queda indicado.

en que lució sus envidiables dotes de buen escritor D. Santos López Pelegrín *(Abenamar)* desde las columnas del *Correo nacional*; y prescindiendo de ellos y de algunos folletos que tanto acerca de las Funciones Reales como de otras de provincias escribieron plumas notables, el que realmente dió vida á la prensa taurina haciéndola entrar en el camino que todavía sigue, fué el distinguido literato D. Manuel López Azcutia, que fundó *El Enano* en 1851, periódico que llegó á contar cerca de cuarenta años de vida, ejemplo de longevidad rarísimo, y que da idea de su bien sentada reputación, y eso que en sus primeros años luchaba con el gran prestigio del muy inteligente D. Blas

Año II. 15.ª corrida de abono del 6 de Setiembre de 1868. Núm. 17.

EL MENGUE,

REVISTA SEMANAL TAURÓMACA.

Se publica al dia siguiente de la corrida.

ADVERTENCIA.

Los Señores suscritores de provincias que no han satisfecho el importe del segundo trimestre, se servirán verificarlo á la brevedad posible, si no quieren sufrir retraso en el recibo de la Revista.

Desde nuestra última revista, queridos lectores, andamos buscando una disculpa que atenúe la inexplicable falta de atencion que con vosotros hemos cometido. Suspender la publicacion por falta de corridas de toros, y no despedirnos de nuestros constantes favorecedores, es cual un crimen de lesa cortesanía que solo podeis perdonar, ofreciendo el criminal el mas profundo arrepentimiento. Aceptad, pues, esta solemne oferta y permitidnos entrar de nuevo en el bullicio de la lucha, á la que venimos preparados, con armas templadas en el calor del sufrimiento.

Ya conoceis nuestras intenciones. Ya habreis podido comprender que la principal de nuestras aspiraciones consiste en encaminar á los toreros por la senda que nunca debieron abandonar; y aun cuando algunos rebeldes se obstinen en cerrar los oidos á los consejos del arte, si vosotros continuais persistiendonos vuestro vigoroso apoyo, no dudeis que tendrán necesidad de abandonar esa actitud pasiva, ó de lo contrario, sufrir las consecuencias de sus repulsa, como la que há poco habeis presenciado.

Ahora vais á conocer una carta que nos ha dirigido un aficionado.

El entusiasmo de su autor le ha llevado hasta el estremo de tributarnos elogios que no debemos aceptar; pero sin embargo, en nos tacharia de ingratos si no publicaramos el citado documento, aun cuando su fondo era de nuestra esclusiva incumbencia. El documento dice así:

Sr. Director de EL MENGUE.

Madrid 4 de Setiembre de 1868.

Muy Sr. mio: Permitidme que estimulado por el culto que rindo á la aficion al toreo, invada las columnas de su periódico para felicitarle por la enérgica defensa que viene haciendo de los principios fundamentales del verdadero arte.

No pensaba violentar la esfera de simple aficionado, pero al observar la tarea por V. inaugurada, no tuve valor para permanecer en el silencio, y casi al deseo de formar parte de esa cruzada, aunque mi débil voz solo contribuya en pequeña escala á la realizacion del pensamiento iniciado en sus revistas. Este, no es otro que desterrar los abusos cometidos por los toreros con menoscabo del arte y perjuicio de los intereses de los aficionados.

A tal grado habian llegado aquellos, que en el horizonte de todas las contiendas se dibujaba la necesidad de un aficionado que se atreviera á combatirlos con la suma de conocimientos y recitud que á V. adornan. Todo el mundo le ha reconocido estas dos cualidades, y á su vigorosa iniciativa debemos la revolucion realizada en el toreo. No podia ocultarse á la penetracion de V., Sr. Director, que el llamado de zaragata, por lo que tiene de seductor, ejercia presion en el ánimo de algunos aficionados, y por eso, ha conseguido V. su actividad y conocimiento á combatirle.

Aficionados llamé á ese grupo que no veia claro lo que en toreo sevia sucedia, y ciertamente andaban un tanto ligeros en el calificativo, porque á tener la fuerza suficiente de voluntad para desatender la cierta posicion que los envolvia en las mallas de sus redes, hubieran estudiado lo que hay mas allá de la superficie del toreo, y seguramente hubieran apreciado toda la fatalidad que encerraba el que defendian.

Como no hay plazo que no se cumpla, no dudo que no se pague, la verdad podia estar encerrada, mientras el error triunfaba; se paseaba por el campo conquistador; pero en el momento mismo que una de las celebridades negativas de la época, deseó apagar de su estado la soberbia, obligada á los aficionados á presenciar parecidas rabietas, ejecutadas por un torero, tan esplendidamente retribuido como lastimosamente separado del arte, surge un Mengue, que deseando por el desprecio de continuos desengaños, se levanta, como salido de la tumba de los Montes y los Monteses, para recordar á cada uno sus deberes, y atropellando las preocupaciones y la rutina lleva la bandera del arte, hasta el mismo mismo donde la zaragata habia plantado sus reales. Dueño ya de esa posicion, tan fuertemente defendida, ha encontrado V. prosélitos en todas las agrupaciones del toreo, y al sacudimiento producido por la crida de un torero que en ocasiones con títulos tan pomposos como insurrecion, salieron de su apatía los aficionados indiferentes para unirse á la masa general; y con la indignacion que produjeron las aspiraciones contrastadas, pidieron su espulsion de la plaza de la corte, al torero que tan ominosamente profanaba la memoria de los primeros intérpretes del arte.

Especialmente de tal naturaleza, jamás se habia presenciado.

Los apasionados de la zaragata habian quemado hasta su último cartucho en defensa de una causa que moria aplastada bajo el peso de la pública reprobacion, y poco á poco fueron cansando en torno y relegando al olvido, el toreo que tan frenéticamente habian aclamado.

Y no podia suceder otra cosa. Los que de buena fé no equivocaron, hicieron el sacrificio de sus ilusiones, y se resignaron á no tratar la cuestion del toreo, sino en aquellos círculos donde las cuestiones del toreo se resolvian por el criterio del arte.

Perseguido por sus remordimientos, el torero en quien la zaragata mas se caracterizaba, abandonado de amigos que en otro tiempo exageraban las escelencias del citado toreo, porque le apreciaban por el prisma de la pasion y la ignorancia, huye de la corte y se refugia en las provincias de Andalucía, único rincon donde podia desfigurar momentáneamente, los hechos consumados á favor de mil intrigas fraguadas en el seno de sociedades particulares.

Por eso se le vé arrastrarse en las antesalas de los empresarios de Cádiz, el Puerto y Barcelona, hasta conseguir una combinacion torera que le prestara ocasion de recuperar el terreno tan ignominiosamente perdido. Allí, segun el instinto de aficionados independientes, ha tornado los cerros, con el objeto de desarrollar toda la zaragata de que estas cosas son susceptibles, y sin embargo de los esfuerzos supremos que se emplearon para restablecer el imperio de la mogiganga, solo se consiguió que los aplausos de ciertos grupos amistosamente preparados fueran á estrellarse ante la fria indiferencia de los que sabes apreciar el verdadero

Reguera, que en el periódico político *Las Novedades* hacía gala de sus profundos conocimiento en el arte de torear. Pasaron años sin que los pocos periódicos que quisieron hacerle competencia alteraran la marcha iniciada de imparcialidad y justicia conque empezó, y de mesura y consideración conque supo continuar. Sin embargo, en 1867 apareció en Madrid dando tajos y reveses á diestro y siniestro, con la capa terciada, el sombrero echado atrás y buscando quimera, D. Mariano Garisuain Blanco con su periódico *El Mengue*, escrito con mucha valentía, gran conocimiento del arte y algo de parciali-

dad. A esta última circunstancia debe achacarse que su vida no pasara de dos años, que los periódicos de batalla duran poco en el ánimo de los que prefieren tranquilas discusiones en la esfera de los principios, al rudo combatir con palabras gruesas que concluyen por cansancio.

Ya desde el año 1868 en adelante, han sido tantos y tantos los periódicos taurinos que han salido á luz, muriendo unos demasiado pronto y viviendo otros prósperamente, que no aventuramos nada si hacemos ascender el número á más de trescientos entre España, Portugal, América y Francia. No es oportuno, ya lo hemos dicho, citar los títulos de los que más y mejor aceptación han conseguido del favor del público, pero no puede hacerse caso omiso del periódico *La Lidia*, que vino al mundo taurómaco en 1882. Espléndida y elegante impresión, magníficos dibujos al cromo (cosa desusada en el periodismo), excelentes firmas de notables escritores, rectitud y justicia á toda prueba, reunió su inteligente propietario Sr. Palacios para hacer una especialísima publicación, á la que llamó el célebre Doctor Thebussem *The Times* de la tauromaquia. Llovieron suscripciones, repitiéronse á menudo las tiradas de dobles ejemplares que se agotaban al ponerse á la venta, y casi puede decirse que al gran crédito que hoy tiene la casa Palacios, ha contribuído no poco el periódico *La Lidia*, que aún vive y vivirá.

Año IX. MADRID.—Lunes 21 de Abril de 1890. Núm. 3

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

La LIDIA

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRICION
Madrid: trimestre . . . Pesetas 2,50
Provincias: trimestre . . » 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA:
25 números ordinarios . . Ptas. 2,50
25 id. extraordinarios. . » 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

Claridades, por J. Sánchez de Neira. — Nuestro dibujo. — Libros recibidos. —Notas sueltas.—Toros en Madrid (tercera corrida de abono), por D. Cándido.

CLARIDADES

Que para discurrir bien sobre un asunto, es preciso estar de él bien enterado, así como de sus antecedentes, de sus consecuencias, del fin á que se dirige y de cuanto le es concerniente, en grado más ó menos aproximado, ó con el que pueda tener relación directa ó indirecta, parece que no habrá quien lo ponga en duda; pero lo que tampoco puede dudarse es de que hay personas que, sin el conocimiento necesario, se lanzan á hablar y entender de cualquier asunto con pasmosa tranquilidad y hasta con aires de suficiencia que á veces producen el efecto que se proponen. No dura éste mucho tiempo, porque tarde ó temprano se descubre su ignorancia, y entonces ya no valen distingos ni sofismas, ni la disculpa de la confesión de haber padecido error, porque la opinión pública, sobre todo en cuanto á tauromaquia se refiere, es implacable y no perdona.

Hay aficionados que se creen inteligentes en la apreciación de las suertes del toreo, sin haber visto una vez siquiera el arte escrito por Francisco Montes. Cultivan la amistad de algunos lidiadores; oyen, si acaso, la explicación, que *á su modo* hacen éstos del resultado de la corrida en que han tomado parte — y en cuyo relato no ocupa el primer lugar la modestia— y desde entonces las simpatías se inclinan en favor de aquéllos, y cuanto pegar es bueno y digno de aplauso y recompensa. Asisten á una tienta ó herradero; obsequíalos, como es consiguiente, el dueño del ganado, y sin cuidarse de estudiar la índole y condiciones de los becerros, enaltecen su bravura y dureza, y pregonan en todos los tonos que, cuando sean corridos, han de tentarse la ropa los lidiadores; y con eso, y con decir que llevan seis ó doce años viendo toros, tiénense por más inteligentes que *Capita* ó que D. Alejandro Latorre, y así se lo creen muchos, hasta que ven una y cien veces que aquellos toreros y aquellos toros, ni son toreros ni son toros, sino sidradores del montón y ganado de pacotilla.

Hay ganaderos, que por ostentar riqueza, compran vacadas que fueron buenas; procuran cruces con castas de nombre, y con solo eso y poseer pastos abundantes, adquieren la certeza, forman la convicción profunda de que sus toros, al ser lidiados, han de *dar golpe*, sobresaliendo por otros de las más acreditadas ganaderías. No han tenido en cuenta, porque ignoran los fundamentos para crear una buena casta de reses bravas, que no sirven, por ejemplo, para padres, toros ó vacas viejas ó demasiado jóvenes, ni mal armadas, ni de mal trapío, que no todos los pastos son á propósito para esa clase de ganado, ni todos los mayorales son *conocedores* de él, ni otras muchas circunstancias que, con las antedichas, componen reunidas la base de una vacada de crédito y justa fama.

Que lleven el Duque de Veragua ó la viuda de Moruve sus piaras á los hermosos y abundantes pastos de Asturias ó Galicia, y antes de un año diremos en qué queda tanta grandeza, tanto poder y tanta bravura. Aun concediendo que para el buen desarrollo de la ganadería cuenten los dueños con algunos favorables elementos, ¿no saben, y si lo saben no salta á su vista que de cien toros de ancha y aplastada pezuña, gruesa y larga cola, astas blancas y abiertas ó vueltas, tal vez no lleguen á tres los que cumplan bien en la lidia? Para tener toros bravos, hay que saber algo más que lo que sabe un aficionado á las corridas, por regla general, que aunque ligadas ambas cosas entre sí, son distintas, puesto que el ganado no es más que uno solo de los elementos que las constituyen.

Hay también toreros que, con mejor ó peor suerte, practican las del toreo con buenos deseos, y si les dá bien el naipe, llega un día en que pican, banderillean ó matan un toro, con valor y lucimiento; pero, ¿quiere esto decir que por ese hecho solamente puedan juzgarse como peritos en las reglas del arte? Lo negamos en absoluto, si ese hecho no se repite tan frecuentemente que luego conceder la idea contraria, porque en este caso, ya hay lugar á creer que el diestro conoce el terreno que pisa, las condiciones de las reses, su estado de aplomo y de sentido, y la brega ó faena más adecuada á esas condiciones y las de su poder y el del toro. Son pocos los que hermanan el conocimiento exacto de su profesión — como exige Montes — con el indispensable de las reses; en cambio, son muchos los que conocen aquella ó el de éstas aisladamente, y muchos más los que por rutina, por valor ó temeridad, torean sin saber las bases de las reglas que les son tan necesarias, y, lo que es peor, sin dar á todo ello la importancia que en sí tiene. Así suceden las catástrofes, y así vemos que algunos jóvenes que podrían llegar á la meta, si estudiaran, se quedan á la mitad del camino, y de allí retroceden en vez de ir adelante.

Y finalmente, hay hombres que están mal con su dinero y se meten á empresarios, sin hallarse adornados de los especiales requisitos que para ello necesitan. Suponen unos que basta tener caudal y afición; otros que es suficiente ser ganadero, por ejemplo, y otros que por ser toreros, ya tienen de sobra aptitud al efecto; y todos ellos se equivocan lastimosamente.

Al torero podrá concedérsele que sabe torear—si es que sabe—pero por eso mismo, y porque si atiende al oficio, ha de serle forzoso desatender el negocio, poniéndole, cuando menos para las cuestiones de detalle, en manos extrañas, debemos desmantarle en primer lugar, diciéndole lo del refrán: «zapatero, á tus zapatos»; y en cuanto á los ganaderos, por el hecho de serlo, también. Ahora, si la ganadería la entiende como granjería; si es además hombre de negocios que sabe *tratar y contratar*, y el asunto no le es completamente desconocido, ya nada decimos, puesto que este es el verdadero tipo del empresario, el cual, para ganar, economiza gastando. Es decir, que gasta y contrata lo caro, para que el producto sea mayor, pero aborra este para eventualidades y siniestros.

Es indudable, y á ese fin va encaminado este artículo, que pudiéramos extender mucho si las dimensiones de nuestro periódico lo permitieran, que ni el empresario, ni el torero, ni el ganadero, ni el aficionado, ni nadie, en fin, que de toros hable, puede ni debe hacerlo si no sabe, muy «al dedillo», lo que trae entre manos. En todos los asuntos en que interviene el hombre, hay conveniencia de que éste se halle enterado, como al principio va dicho, de cuanto á los mismos haga relación, pero en los que se refieren á corridas de toros, es indispensable, si han de evitarse desastres irreparables.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

Presidencia.—La de las corridas de toros corresponde á los gobernadores, como autoridad civil superior de las provincias; pero generalmente son

que nunca se desmienten y que sufren y saben resistir el transcurso de los siglos, y lo que es más admirable todavía, el trueque de las ideas y la revolución de los Estados...

presididas dichas fiestas por los alcaldes de los pueblos en que se verifican. Por desgracia, es demasiado frecuente que unos y otros ignoren de todo punto hasta lo más insignificante de los accidentes de la lidia y modo de dirigirla, y de aquí proviene que en muchas ocasiones el público, que es, al menos gritando, el único soberano en los circos taurinos, apostrofe duramente á los Presidentes y ponga en ridículo su autoridad, desprestigiándola. Para evitar este grave inconveniente se ha indicado, y aun ensayado alguna vez, que el que presida se asesore de uno ó más inteligentes, y en Madrid han desempeñado dicha comisión, juntos, un ganadero, un antiguo torero y un aficionado; pero, ya sea por el distinto modo de apreciar las condiciones de las reses y lidia que merecían, ya por lo encontrados que necesariamente debían ser los pareceres de aquel jurado, es lo cierto que concluyó apenas nacido, sin que se vieran ni tocaran buenos resultados durante el tiempo que funcionó. Sin pretender la imposición de nuestro parecer, que podrá ser equivocado, aunque no nos guía más que el deseo del acierto, creemos sería conveniente encargar, ó, mejor dicho, declarar que es atribución del primer espada, como jefe de cuanto en el redondel se halla, dirigir la lidia en todo y por todo, ordenar la ocasión de poner banderillas, fijar el número de las que deban colocarse, designar si han de ser ó no de fuego, y disponer cuándo puede darse muerte al toro. Su competencia para ello, indudable desde el momento en que la antigüedad le coloca en aquel puesto, la facilidad de consultar en el acto con sus compañeros, y más que nada la idea que nosotros tenemos de que, dentro del redondel, en la arena, nadie debe mandar en el diestro, porque en más de una ocasión la mala orden de una autoridad ha ocasionado graves cogidas, nos hacen afirmarnos más en nuestro pensamiento, que podría ser modificado únicamente si se creía necesario, por decoro de la autoridad, que á ésta le fuese pedido el permiso por el primer espada para ejecutar las suertes los toreros. Presida la autoridad enhorabuena para hacer que allí se conserve el orden, que nadie falte al lidiador, y que éste cumpla con su obligación; pero déjese la dirección de cuanto se ejecute en el redondel al jefe de la cuadrilla, como tiene la del escenario el director de un teatro. En una palabra la parte facultativa, para el diestro inteligente; la gubernativa, para la autoridad. Esta opinión que han aceptado algunos aficionados, ha sido objeto de viva controversia. No quieren muchos que al espada se le haga cargo de la dirección de la lidia hasta el extremo de que sea él quien disponga la ejecución de las suertes, porque siendo posible que esto no lo hiciera en todas ocasiones á gusto y contento de la mayoría del público, y más aún de sus mismos compañeros, las muestras de desagrado que podrían promoverse causarían en él tan mal efecto, que serían tal vez causa de que el hombre se azorase y comprometiera su vida ante la fiera. Los disgustos que particularmente le acarrearía esto con los demás lidiadores harían nacer entre ellos rencillas siempre peligrosas, y llegaría el caso de que un espada querido y apreciado del público perdiera su aura popular, no por su trabajo como torero, sino por sus disposiciones para la lidia; y por consiguiente, nadie que se vista de corto aceptará un papel que, sobre no serle más productivo ni en fama ni en provecho, puede ocasionarle serios disgustos y desavenencias. Todo esto dicen y todo está bien dicho; pero hay en ello exageración. Son menos los inconvenientes que ofrece la realización de nuestra idea que los que constantemente estamos presenciando en todas las plazas de España. Si sólo se tratara de las tremendas silbas que en muchos casos se dan á la Presidencia, dejaríamos las cosas como están, porque al fin y al cabo ni pasan más allá de los muros del circo, ni surten más efecto que el de aumentar la alegría y dar carácter especialísimo á la función. Las mismas personas que más gritan el consabido *No lo entiende usted*, que más exageran sus voces y ademanes, pasan á la media hora al lado del alcalde tan duramente apostrofado, y no sólo le miran con respeto, sino que le saludan con cariño. No es por lo tanto el temor de las silbas á los Presidentes lo que únicamente nos hace suponer que nuestra opinión es muy aceptable, sino el deseo de que la lidia vaya bien regularizada, bien dirigida, que se sepa lo que se hace en el redondel, y no se dé el caso de ir los toros enteros á la muerte, ó tan castigados y sin facultades que no sea posible hacer con ellos suerte alguna. En la forma que dejamos propuesta, creemos remediado esto, sin desprestigio para el torero ni para nadie; porque el mismo público, aunque indirectamente, es el que con su aprobación ó disgusto indica cuándo se han de ejecutar las suertes. Supongamos, como llevamos dicho, que el primer espada, jefe del redondel y de las cuadrillas, cree llegado el caso de que se pongan banderillas á un toro, y *de acuerdo* con el espada que ha de matar éste, indica á los banderilleros vayan á pedir permiso á la Autoridad; y al marchar éstos, el pueblo soberano grita en contra, porque quiere se prolongue la suerte de varas; la Presidencia entonces suspende dar la señal, gana de seguro un aplauso, y la lidia sigue sin detrimento de la fama de los espadas, que no han hecho más que *consultar* su parecer, y con ventaja notoria para el principio de autoridad. Lo mismo sucedería para la suerte de matar, que empezaría siempre *de acuerdo* entre el matador y el

jefe de la lidia; y sólo en el caso de ser preciso retirar un toro al corral, enseñando la media luna, podría la autoridad, porque esto no pertenece á la lidia, ordenarlo por sí, después de ver la opinión, que bien clara se manifiesta siempre de la mayoría de los concurrentes, y de haber dejado transcurrir un cuarto de hora desde que el espada se presenta ante la fiera. Hecho esto así, reglamentado con disposiciones claras y precisas, no habría, ó al menos nosotros no le encontramos, motivo alguno de desavenencia entre los toreros, ni de disgusto para el jefe. Pero, ¿á qué esforzarnos? Ahora mismo los espadas, sin estar anunciado, sin ser de su obligación, sin pedir permiso á la autoridad, ¿no ejecutan las suertes que mejor les place sin atender más que á su criterio? Capean cómo y cuando quieren á un toro, unas veces por lucirse y otras por «cortarle las patas», le saltan cuando tiene piés y le colocan banderillas cuando buscan un aplauso, y todo esto sin permiso, sin venia de la autoridad, aceptando el diestro bajo su responsabilidad los vítores y aplausos ó los silbidos atronadores. Así debe de ser; pero que sea para todo, que se observe una misma pauta para unas suertes que para otras, que sobre ser mejor la lidia seguramente, más justo es que las palmas y los *fueras* sean para el torero que cobra que para el Presidente, que ignora hasta los más ligeros apuntes de tauromaquia, y que no debe llevar allí otra misión que la de cuidar del orden, hacer que los toreros, contratistas, etc., cumplan sus obligaciones y proteger á los lidiadores de cualquier atentado que contra ellos pudiera intentarse. Lejos de perder el primer espada, ganaría mucho en el lugar en que nosotros queremos colocarle: en él demostraría sus conocimientos de las reses y de los accidentes de la lidia, y llegaría un tiempo en que, lejos de parecer la plaza un herradero, se haría todo ordenadamente, como recordamos haberlo visto hace cuarenta años. Podría suceder que en un caso remoto se silbase al primer espada, como jefe del redondel, por haber *propuesto* la suerte de banderillas ú otra; pero es indudable que, *valiendo* él, se le aplaudiría como diestro á los dos minutos, ni más ni menos que como ahora se hace en una suerte mal empezada y bien concluída. Los infinitos lances á que se prestan las corridas de toros, hacen indispensable que las silbas y los aplausos se sucedan sin descanso ni tregua: precisamente este es uno de los rasgos más característicos de la fiesta, y quitársele sería matarla; pero si el jefe del redondel es buen torero, poco puede importarle que sus disposiciones como director, siendo acertadas, agraden más ó menos á los ignorantes ó á los toreros de tercer orden: los inteligentes le harán justicia, y él con su mérito se sobrepondrá á todos. Lo mismo que nosotros opina sin duda alguna el ilustrado consejero Sr. López Martínez, cuando dice: «Vaya á la plaza el representante de la ley á proteger, no á dirigir.» Y de tal manera creemos practicable nuestra idea, que esperamos verla adoptada en un día no muy lejano.

Pretel, Dolores *(Lolita)*.—En el curso de esta obra va dicho repetidas veces que no debiera admitirse á torear en las plazas públicas á esas mujeres que no sirven más que de burla, queriendo lidiar toretes ó becerros; pero hay que hacer forzosamente una excepción en favor de esta discípula de *Verduguillo* (Armengol), porque también ella es excepcional.

Acaba de cumplir los diez y seis años: su desarrollo físico no es mucho, ni es bonita ni fea, pero tiene bastante gracia, en particular cuando habla. Es simpática y modesta, parece más reflexiva de lo que su edad y sexo permiten, y su trato hasta ahora no tiene otro carácter que el de una colegiala. Es hija de Francisco, reputado gimnasta y de Do-

lores Ubeda; nació en Barcelona, y al formarse la cuadrilla de niñas toreras, pidió plaza en ella para ensayar, y fueron tantos sus adelantos, tal su aplición, que el día del primer ensayo práctico, fué la destinada á matar un becerro, al que remató de varios pases superiores y media estocada en lo alto. Ha sido luego la que más ha entusiasmado, porque, además de tener un aire muy elegante, sin abusar de los adornos, ha practicado todas las suertes del toreo de á pie: posee una afición sin límites, incomprensible en su sexo, una gran vista torera y un valor sereno que para sí quisieran muchos diestros de primera nota. Banderilleando, con el capote y con la muleta, hace con los becerros lo que un buen torero puede hacer con los toros, y con el estoque va de día en día mejorando, habiendo intentado últimamente ejecutar la suerte de recibir con arte y tranquilidad.

Es esta criatura sumamente aplicada á las labores y estudios propios de su sexo, que aprende en un colegio acreditado, solfea bien y ha empezado á tocar el piano, y dice, con la sinceridad de una niña, que no necesita en el mundo para ser feliz más que los toros, la música y escribir bien. ¿No da lástima ver á un ángel torear?

Pretel, Antonio.—Los que han visto matar toros á este muchacho dicen que es muy guapo con ellos, que también pone banderillas con desahogo y que brega bien, hasta con entusiasmo. Parece que es natural de Murcia. Le juzgaremos cuando le veamos, que es el modo de acertar.

Prieto.—En América, más que en España, llámase así al toro cuya piel es negra, no brillante ni muy marcada, de modo que siendo mucho más oscura que la parda podría llamársela negruzca. (Véase Zaino.)

Prieto, Tomasa.—Picadora de novillos sin conocimiento del arte y sin el pudor de su sexo. Salió á la plaza vieja de Madrid el día en que se dió la última corrida, que fué el 16 de Agosto de 1874.

Prieto, Miguel *(El Medrano).*—Hace más de treinta años sonaba el nombre de este matador de toros de segundo orden por los pueblos de las provincias de Alicante, Murcia, Valencia y limítrofes, pero no le conocimos.

Prieto, Diego *(Cuatro dedos.)*—Banderillero aprovechado, buen peón de lidia y regular matador de toros. Ha pareado con arte y valor y ha corrido por derecho usando el capote sin estorbar; pero como espada, sin que pueda decirse que es malo, ha quedado por bajo de su reputación torera, nada más que por precipitarse y querer hacer en un minuto lo que requiere cinco. Es hijo de Manuel y de Dolores Barrera, y nació en Coria del Rio, provincia de Sevilla, el año de 1858. Abandonó á los dieciséis años el oficio de tahonero á que le dedicaron sus padres, abrazó el de torero, recibiendo las primeras lecciones de Fernando Gómez y luego de Antonio Carmona, de modo que á poco de presentarse en Madrid por primera vez en 1876 empezaron á notarse en él visibles adelantos. Ya en 1887 se atrevió á matar en alguna corrida de Sevilla, como lo fué la del 11 de Noviembre, y luego en 1881 en Madrid, los toros de las novilladas, sin perjuicio de continuar al lado de Fernando en las funciones de abono como sobresaliente de espada, y en 28 de Setiembre de 1882 alternó en Sevilla con Francisco Arjona, confirmándole en Madrid su alternativa el espada mencionado el día 6 de Mayo de 1883.

Después formó cuadrilla y con ella marchó á América, lidiando en las plazas de México y otras con general aceptación, y allí reside hace años ganando aplausos y dinero.

Prieto, Enrique.—Necesita apretar este picador para ser algo, ya que tanta voluntad tiene. Con esta y con el pundonor, que le sobra, mucho puede conseguir; pero hay que correr más, que en doce años largos de práctica debiera haberse hecho notar ventajosamente.

Primoroso.—Toro de la ganadería de Miura, negro meano, de libras, bien armado, bravo y codicioso, lidiado en la plaza de Madrid el 12 de Octubre de 1879. Se hizo tardo al arrancar, incierto y de sentido; tomó cinco varas de *Cangao* y *Badila*, le pusieron difícilmente banderillas Pablo y *Regatero*, y en el último tercio se amparó en las tablas, desafiando y no acometiendo hasta considerar segura la cogida. *Frascuelo*, queriendo dominarle y marearle, empezó usando la muleta sucia, que tanto nombre dió á *Cúchares*, pero más corto que éste y perdiendo terreno, que aquél siempre ganaba; así es que le consintió, le hizo salir de las tablas (tendido número 8), y al intentar darle el quinto pase, Valentín Martín, su banderillero, metió el capote por la derecha del espada, que había llamado al toro por la izquierda. Dudó *Primoroso;* pero en vez de salirse de la suerte siguiendo á Martín, acudió, revolviéndose de pronto al bulto que más cerca tenía, que era *Frascuelo*,

y sin darle tiempo para nada, fué enfrontilado, suspendido y volteado varias veces, hasta caer por el costado izquierdo del cuello del toro. Levantose con valor, tomó el estoque y muleta á despecho de sus compañeros, que mejor que él conocían su estado, dió un pase al toro, y resintiéndose dolorosamente del brazo izquierdo, abandonó el redondel, al lado de su hermano Francisco, que presenciaba la función entre barreras. Sufrió la fractura completa del cuello quirúrgico del húmero izquierdo y unas grandes contusiones que le magullaron el cuerpo enteramente, y fué trasladado, después de la primera cura, en un coche á su casa. El toro le mató Felipe García de un bajonazo.

Provincial.—Toro de la ganadería de Ripamilán, colorado claro, ojo de perdiz y bien puesto, lidiado en Tarragona el día 19 de Agosto de 1887; tomó veinte puyazos, mató ocho caballos, y lo mató el *Espartero* de un pinchazo y de un gran volapié.

Prueba.—El ensayo ó experiencia que se hace de alguna cosa. Los picadores deben probar sus caballos antes de la corrida con bastante tiempo, para desechar los que no sirvan, á presencia del delegado de la autoridad y de algún profesor de veterinaria, que debe reseñar, tanto los jacos admitidos como los desechados, para que no haya luego sustitución perjudicial á los jinetes. Llámanse también pruebas á las medias corridas de toros que en muchos puntos se celebran por la mañana, con menor número de reses que por la tarde.

Posada.—Se dió á conocer en Madrid rejoneando toros como caballero en plaza en las funciones reales que con menos lujo y aparato se han celebrado en la corte el día 2 de Diciembre de 1879, siendo apadrinado por la Diputación provincial, y portándose regularmente, aunque demostrando ser buen jinete. Volvió á Andalucía, su país, y cuando en 5 de Junio de 1880 se inauguró la plaza de toros del Puerto de Santa María tomó parte en la lidia como picador, á cuyo arte parece decidido apasionado.

Pozo, I. del.—Banderillero de poco nombre en los primeros años del presente siglo.

Puente y Brañas, D. Ricardo.—Entre sus notables obras dramáticas, descuella, por lo que á nuestro gusto hace, la excelente zarzuela titutada *Pepe-Illo*, en que con gran verdad y marcado sabor de la época á que se refiere, fijó el tipo del popular torero y de su amigo el *Lego*, que dicen redactó el *Arte de torear* de tan buen maestro.

Puerta, Romualdo *(El Montañés).*—Es preciso que este banderillero, si ha de ser algo, mida mejor los tiempos en la suerte, alce más los codos al clavar, y mire y estudie un poco las condiciones de las reses, ya que quiere aplicarse y no parece lerdo. Precisa también que lo haga pronto, que lleva muchos años toreando y nada ha adelantado.

Puerto, Carlos.—Buen mozo, simpático y valiente. Era este picador uno de los que más fama daban á la cuadrilla del inolvidable José Redondo, á que perteneció. En el mismo año en que bajó á la tumba Redondo, tuvo Puerto la desgracia de sufrir una cornada, que le ocasionó la muerte, el día 24 de Junio de 1852 en la plaza del Puerto de Santa María Llamábase el toro *Medialuna*, de la ganadería de D. Anastasio Martín. Puerto fué uno de los picadores que en 1836 marchó á Montevideo con el matador de toros Manuel Domínguez.

Había nacido en Alicante el día 4 de Diciembre de 1813, siendo hijo de Domingo Puerto y de Francisca Santo, pero á los quince meses de su nacimiento avecindáronse sus padres en el Puerto de Santa María y le dieron instrucción primaria, dedicándole después al oficicio de carpintero de carruajes en que llegó á ser un buen oficial. Descuidó algo esta ocupación por atender á la de lidias de toros, giras, novilladas y acosos con que la ciudad del Puerto obsequió allá por los años 1830 al 32 al Infante D. Francisco y su familia, siendo Corregidor D. Manuel Muñoz de Vaca, y en 1833 se presentó en el redondel como picador con el deseo de adquirir para su madre el bienestar que en aquél mismo año acababa de perder ésta con la muerte de su marido Domingo. Alternó con los renombrados Juan Pinto, Bernardo Botella y Juan Mateo Castaños, á quien vió morir, picando una tarde juntos, y partió en busca de una fortuna y acompañado de su hermano Francisco con dirección á Montevideo donde adquirió algunos bienes. Volvió á España á fines de Abril de 1841 y trabajó en la nueva plaza de Jerez de la Frontera con el célebre Montes y el notable Juan Yust, que en una sola corrida admiraron los adelantos que en el arte había hecho Puerto; y en el mismo año marchó de nuevo con su madre á Montevideo, reconstituyendo su fortuna, que perdió otra vez quedando arruinado en 1849, por lo que regresó á España y fijó su domicilio en el Puerto de Santa María. José Redondo fué contratado en Madrid

para las corridas de 1850 y trajo de picador á su lado á Carlos Puerto que hizo una brillante campaña, y que, como va dicho, sobrevivió pocos meses á tan renombrado espada. Con Julián Casas trabajaba el día de su cogida, y como viese al toro, que tenía siete años, receloso y parado, le citó en corto sin lograr le arrancase, pero un dependiente del Gobernador, D. Martín Foronda, de orden de éste, castigó al caballo con un palo y en el momento en que estaba atravesado ante la fiera, acometió esta rápidamente, sacó á Carlos de la silla, se le llevó en la cabeza causándole una cornada en la ingle derecha de 18 pulgadas de longitud, atravesándole el cuerpo y saliendo la punta del asta por el costado. La plaza quedó desierta y algo hubiera ocurrido dadas las simpatías de Carlos en aquella población si la tropa no hubiese estado sobre las armas. Murió bien asistido en la casa de su compañero Erasmo Olvera el día 29 de Junio, después de recibir el Viático el día 26, y la conducción de sus restos al cementerio fué suntuosa, acompañándolos el pueblo entero del Puerto y gran número de personas llegadas al efecto de Cádiz, Jérez, Sanlucar, etcétera.—A los cuatro meses, el 30 de Octubre siguiente, falleció su madre que tanto le quería.

En la imprenta de la *Revista Médica de Cádiz*, hicieron «varios de los amigos del finado» á fines del mismo año 1852 un folletito en octavo, medianamente impreso y con dos laminitas litografiadas de escaso aprecio, comprendiendo en él la biografía de Puerto y varias sentidas composiciones poéticas de mérito relativo.

Puerto, Francisco. — También este picador, como su hermano Carlos, perteneció á la cuadrilla del *Chiclanero*, y tenía las mismas cualidades que aquél. Se unía perfectamente al caballo, y castigaba donde se debe, habiendo adquirido en Madrid tal partido en la primera temporada de 1852, que se calificó como el mejor de los diestros á caballo de aquel año. Cuando murió su hermano se retiró del toreo y casó con la viuda del célebre Francisco Montes, avecindándose en Chiclana.

Puerto, Antonio.—Picador hace más de diez años, sin que haya logrado que su nombre tenga significación en el toreo. Si es descendiente de los célebres Francisco y Carlos, bien dijo aquél que dijo: «Nunca segundas partes fueron buenas.»

Pueyo.—Este caballero, cuyo nombre no sabemos, fué uno de los que con más lucimiento rejonearon en Zaragoza, á presencia de D. Juan de Austria, á fines del siglo XVII, según lo afirma en versos de aquella época el poeta Tafalla.

Pujol, Alberto *(Cubanito).*—Tal vez llegue á ser banderillero si continúa con la misma afición con que ha empezado.

Pulmarino, Ignacio *(Aristas)*—Empieza á picar toros en novilladas, si no con arte, con grande voluntad. Esta no es bastante para adquirir fama, aunque de mucho sirve, conque á pensar en que para conseguir honra y provecho hay que aprender lo que se ignora.

Puntazo.—Llámase así á la cornada poco profunda y de poca extensión que da el toro al diestro ó al caballo; como que la palabra denota que no ha entrado más que la punta del cuerno.

Puntilla ó cachete es el instrumento con que es rematado el toro luego que ha sido muerto con estoque. No debe dársele sino cuando se haya echado en tierra. Es de unos 30 centímetros de largo, 14 el mango, que es de madera, y 16 el hierro, inclusa la lengüeta, y se introduce á golpe entre las dos astas, en medio de la parte del cerviguillo, y detrás de aquéllas cortándole instantáneamente lo que se llama el cabello.

Puntillero.—El diestro que da el cachete al toro luego que éste se echa. Los hay tan prácticos en el modo de dar el golpe, que hemos visto á más de uno arrojar la puntilla desde la cola del toro y acertar á éste en el cabello. Deben procurar, para ejecutar su suerte, que el toro no esté tapado, porque si no tiene descubierto el sitio en que deben pinchar, se exponen á dar dos ó más golpes, lo cual es muy deslucido. Para facilitar al puntillero su cometido, permanece el espada ante el toro con la muleta caída llamándole la atención.

Punzón.—Era una lanza larga y grande que parece se usaba aun en el siglo pasado para dar muerte á los toros cuando se aplomaban y no embestían, en vez de la media luna que después se inventó.

Puya.—La punta limada, pero no vaciada, que en forma cónica-triangular tienen en el extremo las varas ó garrochas de los picadores. Las que usan los vaqueros y derribadores son más delgadas y

pequeñas, ó sea de menos largo y grueso, aunque siempre punzantes.

Puyana, Pedro *(el Mayor.)*—Bien quisiéramos trasladar íntegra á este lugar la preciosa biografía que de este afamado picador de toros publicó hace pocos años el eminente *Dr. Thebussem*, pero nos lo impide su mucha extension, y por eso nos limitamos á extractarla, aunque pierda mucho en todo. En la primera edición dijimos de Pedro Puyana: «El nombre de este picador de toros, que tanto lució en el primer tercio del presente siglo, será imperecedero en los fastos tauro máquicos, porque los que lo vieron aseguran que había pocos diestros á caballo tan unidos á él, de tan buen brazo, mejor mano izquierda, y que tan por derecho saliese á la suerte.» Esto mismo asegura como una verdad garantizada por la afirmación de testigos contemporáneos el *Dr. Thebussem*, que nos descubre el secreto que cubría la vida del célebre picador.

Era éste, ni más ni menos que don Pedro María de las Nieves Joseph Hilario de los Dolores, hijo de D. Alonso Yuste de la Torre y de Doña Jerónima Antúnez, ricos hidalgos de fuertes mayorazgos que establecieron sus antepasados en el siglo XVI en la ciudad de Arcos de la Frontera. Allí nació en 14 de Enero de 1776, y fué bautizado en 21 del mismo mes, siendo sus padrinos los Marqueses de Torresoto; tuvo afición al capeo de reses y á picarlas con tal destreza, que á los veinte años de edad era conocido como un buen varilarguero. Esto y rencillas de familia, impidieron que Yuste de la Torre tuviese amores con la hija de un convecino, y viendo ella que iba á ser encerrada en un convento, le suplicó por escrito la librase del sepulcro en vida, huyó de su casa y la depositó en casa de unos parientes, declarándose él autor del rapto, por cuyo delito fué condenado á servir cuatro años en el Fijo de Ceuta, gracias á las influencias de la Condesa de Benavente, que en otro caso hubiera ido á presidio ó á galeras.

A poco tiempo de estar de servicio, en 1805, desertó, se pasó al campo moro, renegó, aprendió algo de árabe y logró relacionarse con el emperador de Marruecos, que en 1807 le envió á España acompañando á los marroquíes que trajeron al rey unos caballos de regalo; y como entonces en Madrid asistieron los moros á una corrida de toros, pidió permiso para rejonear un toro, lo realizó gallardamente, agarrochó á otro, y luego, apeándose y tomando un trapo, hizo alarde de habilidad, lijereza y gracia en el capeo. Las felicitaciones fueron estruendosas y unánimes, y cuando el Príncipe de la Paz le dirigió las suyas, contestó que no era moro sino un cristiano desventurado, de quien podría dar razón la Condesa de Benavente, que allí estaba, y aun fiar y abonar á su vasallo Pedro Yuste de la Torre. A las veinticuatro horas le envió la Condesa amplio indulto y una gruesa suma con expresiva carta en que le decía que adquiriese un par de trajes completos de picador cristiano, para lucirlos en la plaza de Madrid; pero él no apareció en el ruedo hasta 1814, por supuesto, con el nombre de Pedro Puyana. En el año 1817 ó en el de 1818, anunciaron, para que fuesen lidiados en la plaza de Ronda, ocho toros *negros*, que habían de ser picados en caballos *blancos;* y como al cuarto toro faltasen ya jacos, tomó, con su permiso, una jaca, blanca como la nieve, que pertenecía al hijo del empresario y maestrante D. José Topete; picó con ella cuatro toros, y la sacó ilesa.

Era Puyana, ó, mejor dicho, Yuste de la Torre, de figura distinguida, elegante y gallarda. De color blanco, buenos ojos y fino cutis, con un sello

de tristeza muy marcado; si hubiera nacido en la corte, hubiera sido, dados sus antecedentes, marqués ó conde de... Puyana, tal vez, ó de otro título. Murió sin dejar sucesión en 1820, ó 1822 en Granada, desnucado por la caída de un caballo. Aquella doncella de sus amores, causa de la azarosa vida del desgraciado joven, se casó con un golilla partidario de Fernando VII, sin más relaciones con la tauromaquia que las derivadas de las leyes de Toro. Nieta de este matrimonio es una distinguida dama que hoy pertenece á la nobleza titulada de Madrid.

Puyana, Pedro (*el Menor*).—No hay que confundirle con el anterior, á quien no ligaban con éste vínculos de ningún género. Este fué natural de Jerez de la Frontera y picó de vara larga en Madrid, por primera vez, el día 18 de Abril de 1803. Todavía en 1826 figuraba en primer lugar en la cuadrilla del desgraciado matador sevillano Manuel Lucas Blanco.

Puyazo.—El pinchazo que da el picador al toro con la garrocha. Debe ponerse ésta en lo alto del cerviguillo, cerca de los encuentros ó cruz de la res, empujando para detener á ésta si es posible, y en todo caso procurando echarla por delante del caballo. El puyazo, sea cualquiera la ocasión en que se dé y la clase de toros que le reciban, será siempre malo si está bajo ó trasero.

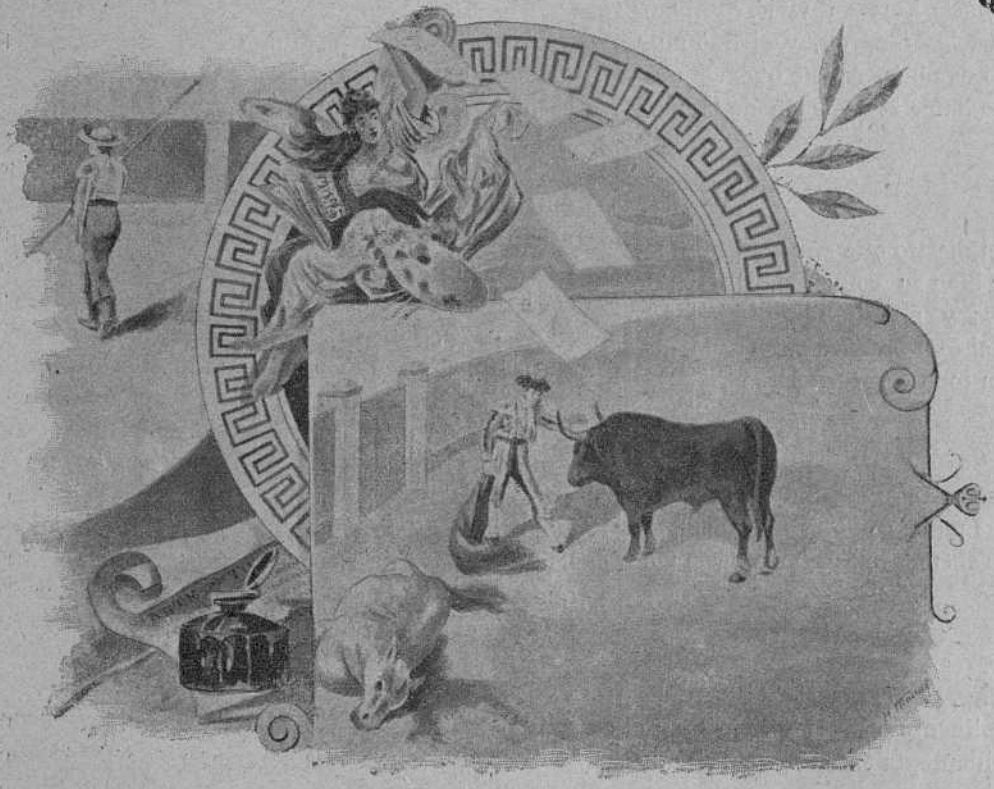
Puyol y Bosque, D. José.—Colaborador en diferentes periódicos taurinos y redactor de *El Chiquero*, de Zaragoza. Es conocido en los círculos literarios con el nombre de *J. Peñaflor de Gallego*, pseudónimo con que firma preciosas poesías y notables artículos, festivos en su mayor parte.

No le estorba su excesiva modestia para ser conocido ventajosamente entre los hombres de letras, que pruebas suficientes tiene dadas de su excepcional ingenio en muchas publicaciones de primer orden, en la mayor parte de las provincias

de España, y á ellas debe el figurar dignamente en la obra *Museo epigramático de autores españoles contemporáneos.*

Es aragonés puro, á quien entusiasman las corridas de toros, no por la personalidad de los toreros, sino por lo grandioso de la fiesta; así que desde el año 1888, en que empezó á darse á conocer como escritor taurino, demostrando verdaderos conocimientos en el arte de Montes, por sus méritos en la arena, los ha juzgado, no por simpatías ni por recomendaciones. Adviértese en cuanto escribe suma independencia, vigor en la dicción, sin acrimonia ni descaro, y rectitud en las apreciaciones.

No tiene aún treinta años, ha pertenecido al ejército y es muy estimado por su formalidad y honradez.



Quedarse. — Dícese que el toro se queda en la suerte, cuando, antes de que ésta se consume, se para en el centro de los terrenos y obliga al diestro á salir en falso. Debe el torero en este caso aprovechar bien y esperar á verle llegar cuando le alegre.

Puede también «quedarse» el espada cuando recibiendo, aguantando ó esperando de cualquier modo al toro, le da estocada y se para dándole la cara: ó el banderillero que observa ser el toro blando al hierro y que al ser pinchado huya en

distinta dirección. Solo los toreros valientes se quedan frente á la cara de la fiera, y el que no tenga en sí mucha confianza que no lo haga. Nunca debe pararse el diestro si el toro se revuelve con rapidez, á no ser que la estocada sea inmejorable.

Quemar.—Es aplicar al toro banderillas de fuego por no haber querido entrar á varas, ó no haber tomado más de tres. Lo menos que deben ponérsele son tres pares completos de banderillas, según se vea su entereza y respeto.

Querencia.—Se llama así al sitio de la plaza en que el toro gusta estar en preferencia, y adonde va á parar después de cualquier suerte. Hay querencias naturales y accidentales. Las primeras son las puertas de los chiqueros, y las otras son las que toman en cualquier sitio, al lado de un caballo muerto, al de una puerta de caballos, á la de arrastradero, ó al de la barrera. Siempre es inconveniente y aun peligroso torear ó hacer suertes á un toro querenciado; por lo cual debe procurarse, á fuerza de capotazos y aun con alguna banderilla en los cuartos traseros, incomodarle constantemente para que abandone aquel paraje; pero si no pudiera conseguirse, hay reglas fijas y seguras para ejecutar suertes lucidísimas, siempre que el diestro tenga presente que la salida natural y cierta del toro en cualquier juego ó suerte que con él haga, es en derechura á su querencia, y que para esto debe dejársele libre su viaje, cambiando en algunos casos los terrenos, y siendo muy necesario el auxilio de algún capote que en momento determinado llame la atención de la fiera adonde convenga.

Querer.—Dícese del diestro que muestra grandes deseos por cumplir bien su cometido, sin rehuir nunca compromisos y arrostrando dificultades. También se aplica al toro bravo y voluntario que acude á la suerte en todos los terrenos.

Quesada, Francisco *(Pulga)*.—Figuró en la cuadrilla de Antonio Luque, como banderillero, en el año de 1854. No sabemos nada acerca de su mérito.

Quevedo y Villegas, D. Francisco de.—Este célebre escritor y eminente poeta describió con su natural gracia y brillante talento diferentes funciones de toros celebradas en su tiempo y en que tomaron parte caballeros principales y hasta el

mismo rey D. Felipe IV. Nació en Madrid en 1580 y murió en 8 de Septiembre de 1645.

¿Qué hemos de decir, que no sepa el mundo entero, de uno de los más preclaros hijos de Madrid, honra de España?

Quiebro.—No debe confundirse el recorte con el quiebro. Este no es suerte como aquél, sino un accidente esencial en muchas de ellas. Consiste el quiebro de cuerpo en inclinar éste muy marcadamente al lado derecho ó al izquierdo, sin mover los pies, ó moviendo cuando más *uno* muy poco atrás, solo lo bastante para colocarlos en compás cuadrado, como dice Baragaña, para perfilarse, si ha de poner banderillas. Siempre debe hacerse de cerca, que es preciso, indispensable, marcar el quiebro cuando el toro humilla ó engendra la cabezada; como que no tiene más objeto que el de señalar una salida al animal, que realmente no toma el torero. Si éste se adelanta ó retrasa, efecto de no ver llegar bien, es inevitable la cogida. El quiebro de muleta, impropiamente llamado así en nuestro concepto, es la inclinación que se le da en la suerte de matar para vaciar al toro por el costado derecho del lidiador.

Quílez, Lorenzo.—Nació en Lécera, provincia de Zaragoza, el día 5 de Septiembre de 1846. Fué

un muchacho atrevido y aprovechado que, si bien no podía figurar en primera línea, llenaba cumplidamente su puesto en las diferentes cuadrillas á que se agregaba para torear en la mayor parte de las plazas de España y en muchas de Francia y América.

Falleció en Zaragoza, á consecuencia de enfermedad crónica, el día 11 de Julio de 1888.

Quílez, Constantino *(El Enguilero)*.—Muy conocido en su casa. También nosotros le conocemos desde Marzo de 1892, en que se anunció en Madrid como matador de toros en novilladas. ¡Cuidado si van saliendo toreros en estos tiempos!

Quinet, Edgard —Notable escritor francés que, contra la costumbre de sus compatriotas, ha reconocido en su obra *Mes vacances en Espagne*, el irresistible atractivo que tienen nuestras fiestas de toros, y las ha defendido valientemente, hasta con entusiasmo, de los apasionados ataques de que son objeto.

Quintana, Francisco Javier.—No ha sido este picador muy conocido en las plazas principales, como no sea la de Sevilla, en que trabajó alguna vez, allá en 1843.

Quintana, D. Antonio.— Caballero en plaza, apadrinado por el Ayuntamiento de Madrid, para rejonear toros en las fiestas reales celebradas ante la corte, en los días 22 y 23 de Junio de 1833, cuando la jura de la princesa doña Isabel, luego reina de España.

Quintana, D. Emiliano.—Antiguo inteligente, que habla con corrección y sabe lo que dice y escribe. Conoció la época de Montes y Redondo y fué revistero corresponsal de periódicos taurinos. Hace muchos años que desempeña en Granada el cargo de archivero de la Diputación provincial.

Quintas, José Félix.—Banderillero portugués de poca significación, que parece no trabaja porque no hay quien le llame, ó tal vez por conveniencia propia.

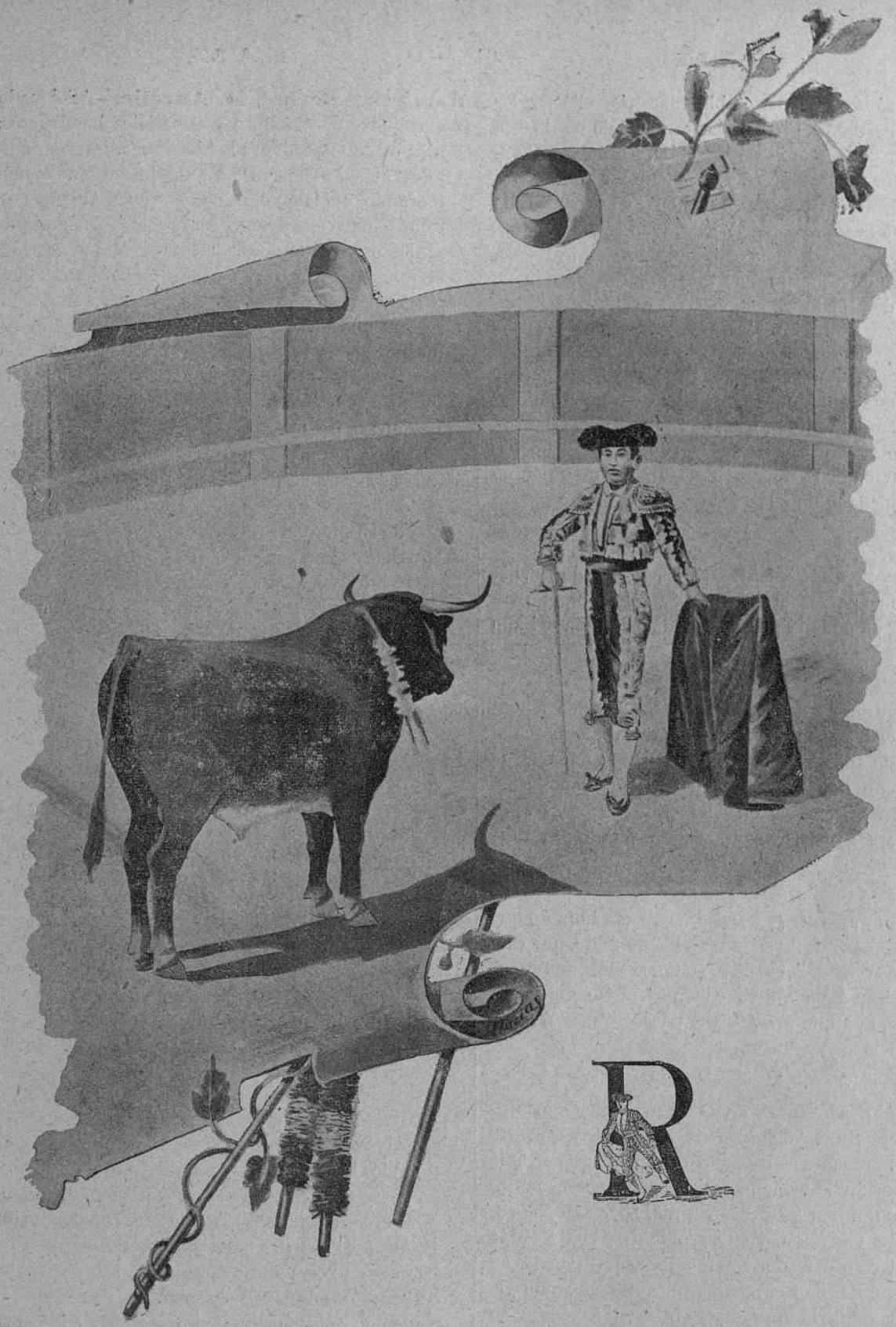
Quintas, Raimundo.— Matador novillero que tiene buenos deseos, pero nada más. Necesita apoyo de quien le dé á conocer y le dé más trabajo del que hasta ahora ha tenido, porque la práctica sirve de mucho. Probablemente se quedará donde está ó poco menos.

Quiroga Reyes, José.—Picador de toros de poco nombre. Empezó en Sevilla hace más de quince años. En Madrid no ha toreado, y todo hace creer que tiene abandonado el oficio ó éste le ha abandonado á él.

Quite.—Cuando un torero es alcanzado ó embrocado por el toro, ó cuando, siendo picador, ha caído al suelo y puede verse en peligro, debe acudir inmediatamente cualquier otro lidiador de á pie, con ó sin capote, pero mejor con él, y llamar la atención de la fiera rápida y tenazmente, hasta que, haciendo por el nuevo objeto que se le interpone, pierda de vista al que estaba en peligro. Al acto este se llama quite, y debe hacerse siempre para sacar el toro de la suerte de varas, caiga ó no al suelo el picador, pero teniendo cuidado de no anticiparse al puyazo. En todo caso, el que

QUITE AL DESCUBIERTO. — MACÍAS

haga el quite procurará dar salida al toro por el lado contrario al en que esté el peligro, sin revolverle en corto, para que no vuelva á encontrarse en la anterior posición. Hace poco tiempo que con verónicas muy movidas, se sacan los toros de los caballos, olvidando la verdadera manera de hacerlo con largas y por derecho. De tal modo, el espada gana un aplauso de los ignorantes, pero aplauso al fin, y el toro pierde en facultades mucho más de lo que se cree comunmente.



R

Rabicano.—En términos vulgares llaman así al toro que tiene algunas cerdas blancas en la cola, como los cárdenos. (Véase REBARBO.)

Rabón.—El toro que carece de cola, y al cual llaman también «colín» ó «rabicorto», según las dimensiones más ó menos pronunciadas en dicha parte de la res.

Ramírez, D. Diego. — Caballero principal de Madrid, jinete consumado, que varias veces en montería y otras en coso cerrado, mató toros,

alanceándolos con notable maestría, allá por los años de 1560 á 1570, en las inmediaciones de esta villa y corte. Su ascendiente D. Francisco Ramírez murió peleando contra los moros en la serranía de Ronda, en Marzo de 1501, y estuvo casado con doña Isabel de Oviedo, y en segundas nupcias con doña Beatriz Galindo, llamada *la Latina*, que fundó el hospital de este nombre en Madrid, calle de Toledo.

Ramírez, Antonio.—A fines del siglo pasado era uno de los toreros más buscados para lidiar en plazas de primer orden, ó sea de Maestranzas. No debe ser el espada que con Juan Hidalgo mató en Sevilla el 12 de Mayo de 1828 y de quien no han quedado noticias.

Ramírez, Cristóbal.—Hay carteles de Sevilla en que aparece el nombre de este picador para torear en aquella plaza en los días de feria del año de 1763.

Ramírez, Juan *(El Ratón)*.—Aunque á este banderillero le han dado el mismo apodo que al antiguo Juan Martínez, no se parecen nada. Mucho ha de hacer Ramírez para llegar donde llegó aquel veterano, pero nos tememos que sea ya tarde para intentarlo, que ya no es ningún muchacho.

Ramírez, José *(El Rubio)*.—Ya era hora de que este picador hubiese adquirido nombre, que cerca de veinte años de trabajo, si éste es bueno, acreditan á cualquiera. Cuando no lo ha conseguido, hay que atribuirlo á poca fortuna, ó á deficiencia suya.

Ramírez de Haro, D. Diego.—Uno de los mejores escritores del arte de la jineta, y que más detenidamente se ha ocupado en detallar todo lo accesorio y lo principal que deben saber cuantos quieran torear á caballo y á pié. En su *Tratado de la brida y la jineta*, y en cuya tercera parte habla exclusivamente del modo de torear, lo hace con suma extensión en veinte capítulos separados, lo cual acredita la importancia que en la época en que se escribió (siglo XIV) se daba al arte taurino y á los diferentes lances que se practicaban con los toros.

Ramírez, Jesús.—Picó un toro, llevando en la silla á Juana *la Pola* (?) el día 7 de Julio de 1839, en la plaza de San Luis de Potosí. Así lo dicen carteles de la época, sin dar más explicaciones.

Ramírez y Bernal, D. Aurelio.—Aficionado malagueño de rarísimas y especiales condiciones para cuanto se refiere á la historia y al conocimiento del arte de torear. De este ha hecho un estudio profundo, y de aquella tiene tal caudal de observaciones que verdaderamente constituyen una riqueza. Entusiasmado desde la niñez con las corridas de toros ha sido un propagandista constante, serio y activo de las mismas; sosteniendo amistades francas y desinteresadas con diestros de notable mérito y buen raciocinio para no decir vulgaridades, sino más bien para expresarse como maestro y hablar con toda propiedad del arte. De esta clase hay pocos, pero los hay.

Impelido Ramírez por su afición, empezó á escribir acerca de toros en 1870 y desde entonces puede decirse que son incalculables los escritos que de su pluma han salido; en 1877 fundó en Málaga *El Juanero*, periódico de espectáculos públicos

y cuya colección, que duró más de tres años, es tan apreciada que siempre se la cita como modelo entre todos los de su época por su confección, tamaño y repetida publicación, puesto que daba seis números mensuales. En 1890 fundó en Sevilla *El Imparcial Sevillano*, diario de noticias que estuvo muy en boga, y que por ciertas contrariedades suspendió en 1892; en él incluyó á diario con el título de «Notas taurinas» una amplísima información, que fué una novedad en la prensa diaria y que luego han copiado todos conociendo su gran interés.

Sencillo en su trato, aunque de distinguido porte, y modesto en sumo grado, ha tenido singular complacencia en explicar cuanto con el toreo se relaciona á muchos que son ya, gracias á él, buenos aficionados, y poco afecto á la notoriedad, se ha

escudado al escribir con varios pseudónimos pero en particular con el de *P. P. T.* por el cual es conocidísimo en toda España.

Periodista de firmes convicciones, no defiende hoy lo que atacó ayer, y en materia de arte taurino —que es su especialidad—pone cátedra á diario hablando y escribiendo imparcialmente, pues como él dice y su independencia absoluta lo pregona, no es partidario de los toreros, sino del arte de la lidia.

Ha colaborado en gran número de periódicos taurinos y políticos de toda España; conoce como pocos los orígenes del arte y de las ganaderías bravas andaluzas, y ha formado una colección de datos ciertos sobre tal materia, que bastarían á llenar varios volúmenes: documentos raros, carteles antiquísimos, revistas, libros, estampas, etc., etc., y entre ellos un arte de torear á pié por el célebre Manuel Domínguez y escrito de su puño y letra, otro de torear á caballo por el afamado Antonio Pinto, autógrafos de diestros y ganaderos, colecciones de periódicos, y otros mil objetos que ya fuera extenso reseñar. Su actividad y celo por la afición taurina la ha demostrado organizando sociedades, é interviniendo con sus conocimientos en la realización de festejos importantes.

Ramírez, que escribe con discreción, galanura y con gran fuerza de lógica, nació en Málaga el 17 de Mayo de 1849, siendo hijo del acreditado comerciante D. Francisco Antonio Ramírez Ocón y Doña Ana María Bernal, de quienes heredó una buena fortuna, honradez y talento.

Ramírez, Antonio *(Memento).*—Nada tenemos que decir á este novel torero, sino que tenga presente lo que su apodo significa Con eso basta.

Ramírez, Luis *(El Guipuzcoano).*—Hubiera sido torero aprendiendo más de lo que sabía, porque valor no le faltaba. En una corrida de novillos celebrada en Madrid el día 8 de Septiembre de 1895 fué herido por el sexto toro, llamado *Ciervo*, de la ganadería de Veragua, al tomar las tablas del tendido número 3. Luchó entre la vida y la muerte cerca de dos meses, y al fin murió en el Hospital Provincial el día 2 de Noviembre. Mejor le hubiera sido seguir su oficio de pelotari, que abandonó por dedicarse al toreo.

Ramos, Juan.—Banderillero que trabajó con bastante aceptación á principios de este siglo en la plaza de Madrid.

Ramos, Francisco.—Picador muy aceptado á principios de este siglo. Se presentó en Sevilla el 1.º de Marzo de 1813. En Madrid trabajó poco.

Ramos, José.—Empieza clavando pares en corridas formales, y no empieza mal. Que no se eche atrás, como otros, es lo que necesita el arte, y él también, si ha de medrar.

Ramos, Pablo.—Banderillero con Manuel Lucas Blanco, que trabajó por primera vez en Madrid en 1833, y que no dejó gran nombre de entendido. Perteneció luego á la cuadrilla del *Chiclanero*, y antes de morir éste, aquél se retiró á Alcázar de San Juan, haciéndose negociante en harinas, en cuyo tráfico parece fué poco afortunado. Era natural de Madrid, de buena presencia.

Ramos, Rafael *(Melo).*—No nos gustó cuando vimos trabajar, hace pocos años, á este novel matador de toros en novilladas; puede que de entonces acá haya adelantado, pero suena su nombre menos de lo que debe á la memoria de Manuel Fuentes *(Bocanegra)*, de quien parece es sobrino, y eso que lleva de aprendizaje más de seis años.

Ranera, Teodoro.—Banderillero aragonés de escasa estatura y pocas facultades. Ha demostrado valor y buenos deseos. Hace mucho tiempo no vemos á este buen hombre, que no sabemos por qué pensó en ser torero: tenemos idea de que ha fallecido.

Ranilla.—Enfermedad del ganado vacuno, que consiste en cuajársele en los intestinos cierta porción de sangre que no puede expeler, cuando por el orificio se le han introducido garrapatas ó reznos.

Ranilla, Vicente.—Banderillero en el pasado siglo del renombrado matador de toros Juan Romero. Hay pocas noticias de él.

Rapozo, Adelino de Senna d' Almeida.—Este mozo portugués que ya lleva cuatro años rejoneando á caballo toros bravos, demuestra valor y arrojo, pero eso no basta; hay que estudiar las reglas del toreo y unir la teoría con la práctica; si no, su atrevimiento puede costarle caro. Es hijo de Manuel de Paiva Rapozo; nació en San Pedro de Sul, y se estrenó como amador en Aldegallega en Julio de 1889; y después como artista ha trabajado en diferentes plazas, inclusa la de Madrid, en unión de Tinoco.

Rascón, José *(El Mexicano.)*—Se presentó en la plaza de Madrid el 11 de Febrero de 1894 anun-

ciando que montaría en el cuello de un toro de cinco años, á la salida del toril; y, efectivamente, el toro salió atado por las astas y luego de amarrarle á las tablas, le colocó una cincha y montó cara al rabo, pero el animal al primer empuje arrojó al suelo á su jinete y le pisoteó, perdonándole la vida. De los mexicanos que hemos visto cabalgar en un toro, Rascón ha sido el peor.

Raspipardo.—Voz poco usada que significa y es equivalente á la de mulato.

Rasgar.—Cuando por mala dirección que da el picador á la vara, corriéndola por la piel en vez de ahondarla picando por derecho y lo más perpendicularmente posible, ó cuando por ser los topes de la puya excesivos entra ésta entre cuero y carne, levantando la piel, se dice muy propiamente que se ha *rasgado* al toro. Las condiciones de éste empeoran casi siempre que así sucede.

Rayo, Manuel.—En 12 de Junio de 1826 trabajó en Sevilla, luego en algunas plazas andaluzas y aun llegó á alternar en Madrid. Ignoramos su mérito.

Real, Manuel.—Hace veinte años mató en Cádiz, alternando con el *Gordito*, luego en novilladas de pueblos de Andalucía, y después... ni una palabra se ha vuelto á oir de él. Parece que era cordobés.

Rebarbo.—El toro que, siendo su piel obscura, al menos en la cabeza, tiene el hocico blanco. Algunos llaman lo mismo al que, además de dicha circunstancia, posee el extremo de la cola blanco; pero aun con esta condición, si no tiene la de ser blanco el hocico, no puede llamársele rebarbo.

Rebello de Andrade, Eduardo.—No se olvidará fácilmente en Portugal á este valiente y muy entendido *pegador*, que fué el asombro de sus contemporáneos. Empezó en 1872 y falleció en 1880. Era hermano de Ruy, nacido en Arripiado, concejo de Chamusca, en Enero de 1851.

Rebello de Andrade, Ignacio.—Hermano del anterior, bravo también é inteligente *pegador*, que empezó después de aquél, y concluída su afición se retiró hace años. Es vecino de Salvatierra de Magos y alcalde de la misma población en 1892.

Rebello de Andrade, Ruy.—Su afición le condujo á *pegar* toros cuando apenas contaba doce años de edad, y cada día demuestra más valentía. Como compañero presta gran servicio al que con él vaya á sujetar reses.

Rebello de Andrade, Fernando.—No es tan bravo como los anteriores, pero cumple bien y con valentía en los casos necesarios, atreviéndose á poner banderillas regularmente. También empezó su afición desde muy joven.

Rebollo, D. Eduardo.—Entre los pocos revisteros de toros que saben serlo y apreciar, según el arte, el trabajo de los toreros, figura este constante aficionado, director mucho tiempo de *El Tío Jindama*, periódico taurino madrileño de los más antiguos. No serán sus frases completamente escogidas para que resulten de efecto, tal vez se aparte en ocasiones de las que otros buscan para engalanar sus escritos, pero hay en cuanto dice mucha verdad y mucho conocimiento de la tauromaquia. Es natural de Madrid, donde nació en 1853 y un buen taquígrafo.

Desde el año 1867 no ha dejado de ver cuantas corridas de toros se han celebrado en Madrid y

muchas de las de provincias; ha asistido constantemente á capeas en diferentes pueblos; toreando, en unión de conocidos aficionados, en las plazas de los Campos Elíseos, Tetuán y corrales de Villalba, ejerciendo de banderillero varias veces y alguna de matador. Todo Madrid conoce desde el año 1874 al *Tío Campanita* que, con una bien timbrada, amonestaba desde el tendido núm. 8 y desde el palco 38 á los diestros *Lagartijo*, *Currito*, Hermosilla y *Gallo*, y á cuantos en cualquier ocasión, por ausencia de arte ó de valor, no se portaban en el ruedo como había derecho á esperar de sus antecedentes. Partidario acérrimo del gran *Frascuelo*, su defensa le costó más de un disgusto y no pocas desazones, sin que su ánimo en nada desmayase, antes bien, arraigándose en él cada vez más la convicción de

que como dicho matador no ha pisado ninguno la arena con más verdad ni mejor voluntad. Si en el redondel no les dejaba pasar el *lapsus* más pequeño, fuera de la plaza ha sido y es amantísimo de todos y cada uno, de lo cual dan fe los desvelos y disgustos que experimentó desde que tomó la iniciativa para fundar una casa de salud para toda clase de toreros, que tuvo de duración unos tres años, y que á pesar de lo ventajosísimo que para ellos era, desapareció por falta de formalidad de las personas á quienes más interesaba. Como que no ha sido nunca el agradecimiento la virtud que más ha resplandecido entre la gente de coleta, que cree que todo se lo merece.

Pocos aficionados conocemos de tan buena calidad como el señor Rebollo, que parece entregado por completo á la torería, luego que su empleo público se lo permite.

Rebollo, José Alberto *(Barbeiro)*.—Llegó á ser un buen torero este banderillero portugués, que empezó en la plaza del Campo de Santa Ana de Lisboa en 1843 y falleció en 1860.

Rebrincar.—Los toros bravucones, y aun los blandos y huídos, suelen salir casi siempre de la suerte, y á veces entrar en ella, dando un salto ó brinco, que por lo mismo que no tiene dirección fija, es de alguna exposición. Para evitar en algún tanto este rebrinco, debe dejárseles siempre expedito el terreno de afuera, ó el de la querencia si la tienen, cuidando al echarles un capote, que le vean bien, porque si con él se les sorprende salen huídos al rebrincar.

Recargar.—El acto en que el toro, después de tomar la vara, lejos de salirse de la suerte, insiste en apoderarse del bulto, y sigue embistiendo hasta ver de conseguirlo, sin temor al castigo.—El acto de continuar el picador pinchando con la garrocha al toro, sosteniendo el empuje de éste.

Recatero, Victoriano *(Regaterín)*. — De estos últimos tiempos, el banderillero más fino al entrar, clavar y salir de la cabeza. Era elegante, en dicha suerte, sin él saberlo, y su gallarda figura le acompañaba mucho. Perteneció á la cuadrilla del célebre *Frascuelo* desde 1879, en que entró á sustituir al renombrado Esteban Argüelles *(Armilla)* En ella se hizo hombre, aprendiendo el arte de torear de verdad y sin mojigangas; en los últimos años pasó á formar parte de la cuadrilla de Mazzantini, y en ella permaneció hasta que, víctima de una cruel dolencia, falleció en Madrid el 14 de Marzo de 1891, á los cuarenta años, un mes y siete días de edad, puesto que nació en esta corte y su parroquia de San Lorenzo, el 7 de Febrero

de 1851. Fué su muerte muy sentida por todos los aficionados, y una verdadera pérdida para el toreo.

Recatero y López, Luis *(Regaterillo)* —Banderillero natural de Madrid, donde nació el 1.º de Mayo de 1863. Hijo de D. Antonio y doña Juana y hermano del *Regaterín*. Abandonó el oficio de pintor, á que le dedicaron sus padres, por el arte de Romero, y á los doce años figuró como banderillero en la plaza de Calatayud, con Luis García Villaverde, y en 1882 con Vicente, padre de Villaverde, en Tolosa, donde sufrió una grave herida en el muslo al banderillear al primer toro de la tarde, que se llamaba *Marismeño* y pertenecía á la ganadería de Lizaso. No se entibió el valor de Luis, á pesar de los setenta y cinco días que permaneció en cama; sirviéronle de estímulo los triunfos de su hermano Victoriano, y ya en 1885 trabajó en cuantas corridas tomaron parte como matadores *Paco Frascuelo, Joseito* y *Ostión*. En las corridas que se dieron por la canícula, se dió á conocer como un buen peón de lidia infatigable, valiente y entendido, ingresando al terminar esta época en la cuadrilla de Valentín Martín.

Para darse idea de las condiciones de Luis, bastará decir que el bravo entre los bravos, el notable matador de toros Salvador Sánchez *(Frascuelo)*, le tuvo en su cuadrilla sustituyendo á Fran-

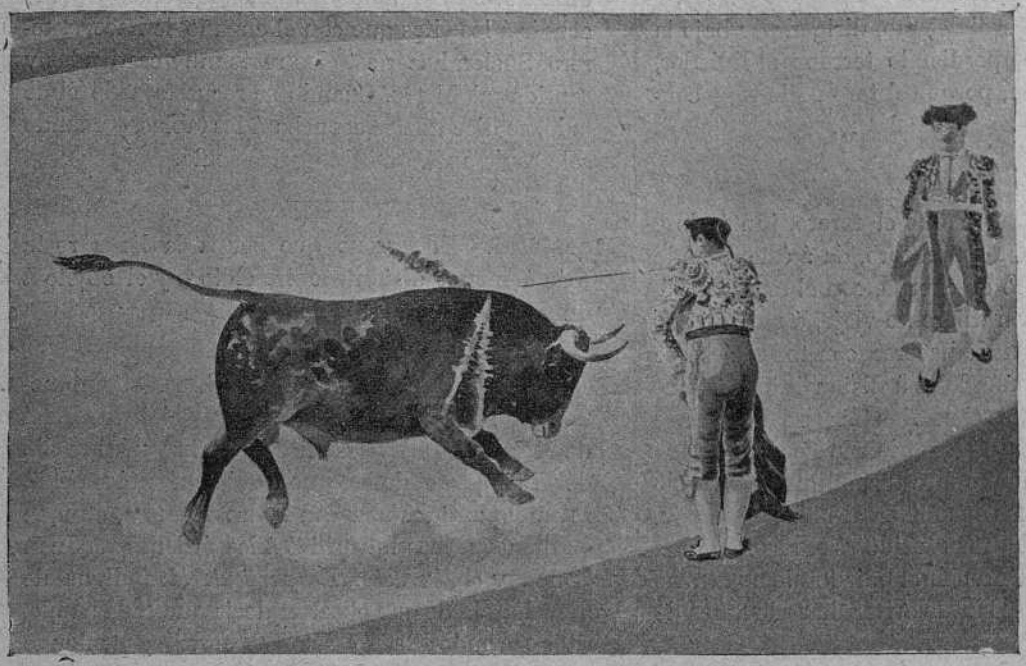
cisco Sánchez. Después ha figurado en la cuadrilla del *Gallo*, con quien marchó á Montevideo, y hoy se halla al lado del espada Mazzantini.

Recatero, Tomás *(Regaterillo)*.—Lleva trazas este muchacho de ser tan buen banderillero como sus hermanos. Es valiente, brega bien y tiene gran voluntad, pero se retrasa en las salidas y puede costarle caro, que tiene menos facultades en las piernas que sus hermanos.

Receloso.—El toro que, á pesar de ser citado á la suerte dos ó más veces, tarda en arrancar, pareciéndose mucho á los que *Pepe Illo* denomina temerosos. A dicha circunstancia hay que añadir que siempre observa, desparramando la vista, más para ponerse en defensa que para acometer. Suele rehuir la suerte dando algunos pasos atrás, sin volver la cara.

Recibir.—La suerte de matar los toros recibiendo es la suprema del toreo, y la que han considerado más difícil los inteligentes. Vamos á describirla como lo hacen *Pepe Illo*, Montes y Domínguez, y después diremos cómo la entienden los más acreditados y antiguos toreros que hoy viven, cómo la hemos visto practicar á Montes, á Domínguez y al célebre José Redondo *(El Chiclanero)*, y en qué se diferencia de la que ahora se llama aguantando, y que muchos confunden con aquélla. *Pepe Illo*, en su *Tauromaquia*, edición de 1804, que es la corregida y aumentada, dice en la página 79: «En la suerte de muerte debe el diestro situarse á la derecha del toro, casi en frente, con la muleta baja y recogida á medida que fuese necesario, y el estoque en la mano derecha, pero lo tendrá como reservado hasta el preciso momento en que, embistiendo este último á la muleta, le dé la estocada en el acto de querer verificar la cabezada, haciendo un quiebro de muleta para su mayor seguridad y dirección.» *Montes*, que en su *Tauromaquia* amplió mucho las reglas de torear, explica del siguiente modo la manera de matar los toros recibiendo: «Se situará el diestro en la rectitud del toro, á la distancia que le indiquen las piernas de él, con el brazo de la espada hacia el terreno de afuera, el cuerpo perfilado igualmente á dicho terreno, y la mano de la espada delantedel medio del pecho, formando el brazo y la espada una misma línea, para dar más fuerza á la estocada, por lo cual el codo estará alto y la punta de la espada mirando rectamente al sitio en que se quiere clavar. El brazo de la muleta, despues de haberla cogido un poco sobre el palo en el extremo por donde está asida, lo que se hace con el doble objeto de reducir al toro al extremo de afuera, que es el desliado, y de que no se pise, se pondrá del mismo modo que para el pase depecho; en la cual situación, airosísima por sí, cita al toro para el lance fatal, lo deja llegar por su terreno á jurisdicción, y sin mover los piés, luego que esté bien humillado, meterá el brazo de la espada que hasta este tiempo estuvo reservado, por lo cual marca la estocada dentro, y á favor del quiebro de muleta se halla fuera cuando el toro tira la cabezada.» Y finalmente, Domínguez, en Marzo del año 1875, ha dicho respecto de esta suerte: «Para matar á un toro recibiéndolo, debe situarse el matador derecho y perfilado con la pala superior del cuerno derecho, teniendo cuidado de que el toro coloque las manos juntas, como debe estar para toda clase de suertes, y el cuerpo derecho en el terreno que se crea conveniente, citando á corta distancia, y cuando el toro tenga la cabeza levantada y preparada, con el objeto de traerlo por su terreno, y luego que llegue á jurisdicción, se hará el quiebro de muleta hacia la parte del terreno del toro, con lo cual debe quedar el matador fuera del embroque, y entonces es cuando debe aprovechar la ocasión de meter el brazo cuando el toro humille la cabeza, pero sin adelantar la suerte ni mover los pies.» Como se ve, los tres maestros de que tenemos noticia hayan demostrado por escrito esta suerte, están conformes en su descripción y la consideran igualmente. Los tres fijan del mismo modo la manera de colocarse; los

dos últimos, especialmente, determinan que ha de preceder cite á la estocada y no han de moverse los pies; y así definen la suerte de recibir todos los diestros antiguos y modernos y los aficionados



SUERTE DE MATAR RECIBIENDO. — MACÍAS

inteligentes. Parecía, pues, que no habría sobre este punto controversia alguna, y sin embargo, siempre se han suscitado, y particularmente en estos últimos tiempos, fuertes y acaloradas disputas sobre si debe considerarse como *recibido* un toro que algunos opinaban había sido aguantado. No somos tan viejos que hayamos visto trabajar á *Pepe Illo* pero somos lo bastante para recordar al célebre Montes, al inolvidable *Chiclanero* y al valiente Domínguez, y cada uno de éstos, en ciertos detalles, insignificantes si se quiere, se apartan del modo de recibir, ejecutándolo cada cual á su manera, aunque con sujeción á las reglas escritas. El primero, ó sea Montes, se colocaba en los mismos términos que en su *Tauromaquia* aconseja, citaba al toro, y daba la estocada al humillar éste, marcándole la salida con el quiebro de muleta demasiado larga, ó sea muy al terreno de afuera, resultando por esto algunas veces bajas las estocadas ó cruzadas. José Redondo *(El Chiclanero)*, con igual colocación que Montes, es decir, completamente perfilado con el toro, citaba á éste, guiando la muleta, liada para el quiebro, á la parte de afuera más ceñida y más baja que Montes, y aunque alguna vez le costó el ceñirse tanto salir enganchado, la estocada, como no podía menos, resultaba casi siempre alta y recta. Domínguez, en la mayoría de las veces que le hemos visto, se colocaba, no tan el centro de la suerte como aquellos, sino como él dice, perfilado con el cuerno derecho, mucho más corto, y en términos de que podía tocar la punta del estoque al testuz del toro; y claro es que el citarle y darle salida eran cosa inmediata, consecutiva, dando la estocada con seguridad en la mayor parte de los casos, especialmente si los toros no eran de los que ganan terreno. Pero los tres diestros que llevamos dicho, luego que metían el brazo. daban la estocada, ó pinchaban en hueso, movían los pies, como no puede menos de suceder, ó lo que es lo mismo, ocupaban el terreno que antes había tenido el toro, por la seguridad que hay de que éste, herido ó no, ha de volver á buscar el bulto. Ni porque un torero dé las estocadas más altas ó más bajas, ni porque se *embraguete* más ó menos con el toro, ni porque se coloque algunas pulgadas más al frente ó á la derecha, deja por eso de recibir, si observando las reglas escritas por Montes, cita, espera sin mover los pies, y al humillar el toro, da la estocada, aunque inmediatamente despues de esto los mueva, ya porque haya pinchado en hueso y no pueda resistir el encontronazo, ya porque se haya revuelto el animal, como casi siempre sucede. *Recibir, pues, es la suerte de matar toros frente á frente y á pié quieto hasta despues de meter el brazo*, en que el torero saldrá á colocarse en posición de dar frente al toro con la muleta desliada Esta suerte ha de ejecutarse como previene Montes y dejamos dicho; es lucida con los toros boyantes, revoltosos y que se ciñen, pero no con los que ganan terreno, ni con los que se quedan tapándose. No debe intentarse recibir un toro más de dos veces, y aun si á la primera no acude, por faltarle piernas ó estar receloso y en defensa, debe procurar el espada matarle de otro modo, según las circunstancias lo requieran. La diferencia que hay entre la suerte de recibir y la de aguantar, se comprenderá leyendo la palabra AGUANTAR.

Recoger.—Es el acto de levantar el toro del suelo con las astas cualquier bulto derribado ó no por él.

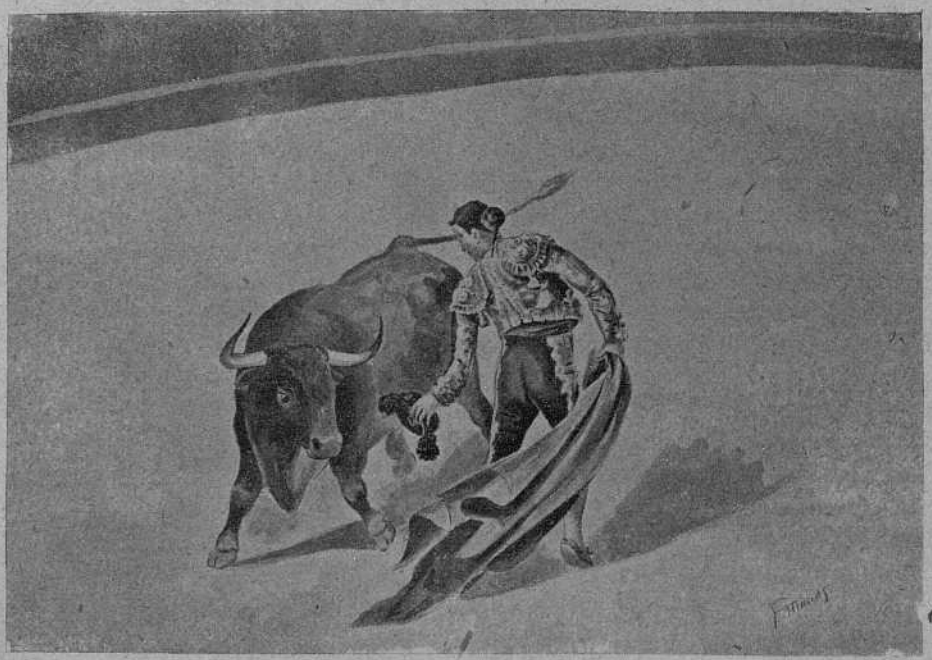
También se dice así cuando el torero con el capote ó muleta empapa bien al toro, y al darle salida, le hace volver siguiendo los vuelos del engaño, de modo que realmente le recoge otra vez para repetir la suerte. Esto no lo saben hacer todos á ley, y con el fin de ocultar el defecto, dirigen por bajo la muleta de frente, perdiendo terreno el lidiador, pero sin exposición, porque el toro no le ve, y consiguen el fin, apartándose del arte.

Recorte.—La suerte en que el torero, juntándose en un mismo centro con el toro, da á éste cuando humilla un quiebro de cuerpo, con el cual libra la cabezada, y sale con diferente viaje, ó sea con distinta dirección. Puede hacerse con toda clase de toros, bien sea llamándolos á distancia proporcionada, ó esperándolos si se vienen; pero entiéndase que el torero no ha de tener la capa puesta ó suelta en el lado cercano del testuz, admitiéndole sólo que alguna vez la lleve liada al brazo contrario. Cuanto más ceñido, más lucido es el recorte, en el cual debe cuidarse mucho el lidiador de no atravesarse en la cabeza. Ha de evitar hacerle antes de que el toro humille; ha de ejecutarle en poco terreno, no pararse, y si el toro es tuerto, salirse por el ojo bueno; si es de los que rematan en el bulto, no darle, y si por cualquier circunstancia no tuviese ya más remedio, salir por piés y buscar guarida. No debe recortarse nunca á los toros flacos, endebles ni de pocas piernas, pues como sufren mucho con el destronque, quedan ya en muy mal estado para el resto de la lidia. Lo mismo sucede con los aplomados, que sobre prestarse poco á la suerte, se quedan sin piernas y concluyen por no dar juego. Abusándose de los recortes, echando los capotes á las reses en corto para recortarlas con ellos en lugar de ser con el cuerpo (cosa por desgracia hoy harto frecuente), se destrozan y estropean, y se desacreditan las ganaderías. *Pepe Illo*, en su *Tauromaquia*, aconseja que se hagan los recortes sólo con toros boyantes, y aun con los revoltosos; pero Montes cree que pueden ejecutarse con todos. Nosotros limitamos esta generalidad, excluyendo los de sentido.

Recostarse.—Se dice cuando un toro se recuesta en las tablas, tomando inclinación á ellas, y elude acudir á los cites que con el engaño le hace el torero. Suelen hacer esto las reses muy castigadas y sentidas al hierro. Cuando se recuesta todo él de lado, se dice que se aconcha á las tablas, y cuando sólo es de ancas, dícese que se acula.

Rectitud.—El terreno que ocupa la línea recta más ó menos distante entre el toro y el objeto á que acomete.

Recuenco, Ambrosio *(El Tonelero)*.—Como notabilidad con banderillas y capote, cita un cartel de Málaga que lleva las fechas de 22 y 25 de Julio de 1798, á este diestro que no sabemos si sería el mismo que trabajaba con Pedro Romero, aunque en dichas fechas lo verificó á las órdenes de Juan Conde y el *Perucho*. Es *particularidad* digna de mención, la de que el cartel decía que cada banderillero banderillearía sólo un novillo, poniendo banderillas de fuego *muy particulares*.



RECORTANDO AL TORO. — **MACIAS**

Lo *particular* es que sin causa de mansedumbre se castigase á las reses con ese padrón de descrédito, siendo de ganaderías tan acreditadas como la de Cabrera, la de los Padres de la Cartuja, de Jerez de la Frontera, de D. Pedro Rivero y de D. Pedro Valdespino. ¡Qué *particularidades* ofrece la historia del toreo!

Rechina, Francisco.—Banderillero que alguna vez engrosó la cuadrilla de Francisco Arjona Herrera *(Cúchares)*. Es decir uno de tantos que nunca suenan.

Redondel.—(Véanse Arena, Ruedo, Coso.)

Redondo, José *(El Chiclanero)*.—Si alguna vez se han visto reunidos en un torero la inteligencia en el arte con el complemento de una buena figura y una extremada gracia, han sido en el incomparable matador de toros cuya biografía empezamos con temor; porque para describir las hazañas de este joven y malogrado torero se necesitaría una pluma bien cortada que está de nosotros tan distante como la tierra del cielo. Excusaremos, pues, galas de lenguaje, que no están á nuestro alcance, y diremos lo que sepamos de la vida pública de Redondo con un laconismo forzoso por nuestra parte, y lamentable por lo que á él respecta.

En la preciosa villa de Chiclana, pueblo de la provincia de Cádiz y cuna del rey de los toreros, Francisco Montes, nació en 1819 el inolvidable José Redondo. Sus padres, José y Dolores Domínguez, que cuidaban una pequeña labranza, suficiente para atender á sus cortas necesidades, procuraron dar á su hijo una educación regular, haciéndole estudiar primeras letras, en que sobresalió bien pronto, y si no continuó sus estudios cuando concluyó la primera enseñanza fué por no separarle de su lado su amantísima madre, y tal vez por falta de recursos para sostenerle fuera del pueblo que le vió nacer. Trabajó al lado de su padre hasta que éste falleció en 1836, y se encontró hecho un mozo de diez y siete años de edad, sin profesión alguna y sin recursos, puesto que la labranza, á que no mostró afición, dábales poco para vivir.

Con gran fé y no menores esperanzas determinó ser torero.—«Si no sirvo para ello, que sí serviré porque tengo corazón y entusiasmo por el arte,—dijo,—concluiré pronto, pero no pasará mi madre escaseces mientras yo viva.» Y miró y observó lo que otros hacían, y lo imitó y mejoró, deseando sobresalir por todos.

Su buena estrella hizo que en 1838 se corrieran toros en su pueblo natal á presencia del entonces, después y siempre célebre Francisco Montes; y toreó allí de capa y clavando banderillas con tan buen aire, demostrando tales dotes y sobre todo con tan buena fortuna, que el gran maestro le manifestó se considerase desde luego formando, si quería, parte de su cuadrilla para el siguiente año.

Con la gran inteligencia y perspicacia en el arte que todos reconocieron en Montes, debió ver en Redondo algo que le llamara la atención, cuando públicamente le dijo:

«En tí hay tela para mucho; y si te aplicas, llegarás adonde rayan pocos.» Inútil es decir el contento que Redondo experimentó. Sus demostraciones de alegría le hicieron decir á su madre, cuando ésta le quería disuadir de tan peligrosa idea: «Yo seré el primero de los toreros, despues de mi maestro; me sobrará dinero para usted, tendré fama, y... no tenga usted cuidado que no me matarán los toros.» Los vaticinios del maestro y discípulo se cumplieron.

En el mismo año de 1839 era ya Redondo un banderillero sin rival en soltura, ejecución y gracia: antes de dos años mató de sobresaliente, y por su buena disposición Montes le dió la alternativa en Bilbao en 1842 que fué confirmada en Sevilla en Abril del 43. En el primer punto, al citar muy en corto á un toro para *recibirle*, se le coló, le volteó y dió una gran cornada en el cuello, que puso en peligro su existencia.

Su fama se propagó con tal velocidad, que en 1843 fué buscado por varias Empresas de diferentes plazas para torear solo, como jefe de cuadrilla, y separándose de Montes, acudió á ellas y recogió en aquel año y el siguiente gran cosecha de aplausos y justa nombradía. La Empresa de Madrid, para reunir una buena cuadrilla que fuese digna del primer circo de España, contrató al *Chiclanero*, con Juan León y Francisco Arjona *(Cúchares)*. Lo que en aquel año hizo Redondo para conseguir universales aplausos, arrebatados al popular y muy conocido media docena de años antes *Curro Cúchares*, pueden figurárselo nuestros lectores; y más si tienen en cuenta que, de los tres espadas de aquel año, solo ajustó la Empresa para el siguiente al *Chiclanero*, y esto como primer espada, delante de *Lavi* y de Juan Lucas Blanco.

El entusiasmo que sólo su presencia en la plaza causaba entre los aficionados, es indecible; bien es verdad que torero de más sal, de más garbo y de mejor planta no es posible pintarle. Y si á esto se añade que su manera de torear era fina, elegante, sosegada hasta la pausa delante de los toros, más de arte que de piernas, se comprenderá muy bien que era merecida su fama y justa su reputación. Siempre se iba á dar muerte á los toros «con mesurado continente, con aplomo y serenidad, con saber, parándose derecho, presentando el *trapo* en línea recta con la cadera izquierda; arrimándoselo á los morros de la res, y despidiéndola dándole salida larga, ó cambiándose sobre la cabeza con serenidad.»

Esto decía un inteligente aficionado en 1845, y el Sr. Velázquez y Sánchez en su notable obra dice al juzgarle: «En la muerte de los brutos no podía llevarse á más grado la aplicación del prin-

cipio aquel de Pedro Romero: «A los toros se debe dar lo que ellos piden»; y consultando casi siempre bien la índole, mañas, pasos en la lidia y situación del animal, era sobrio en el juego de muleta, que nunca en sus manos pasó de medio auxiliar para inmediatos fines, y aguardaba á las reses bravas y boyantes con intrepidez y firmeza; se iba á las tardías ó cansadas, aprovechando con presteza y tino los encuentros; se arrancaba derecho y corto al *volapié*, y á la media vuelta con los bichos recelosos ó reparados, y en la brega con reses difíciles por sus resabios ó defensas; careciendo de esos *trasteos* originales de León y de Arjona Guillén, resolvía la cuestión con arrojos de una impetuosa bravura, que si muchas veces exaltó hasta el delirio la satisfacción de los espectadores, en alguna comprometió, y terriblemente, su vida.» A esto sólo tenemos que objetar que en Madrid, Aranjuez, Zaragoza y en alguna otra plaza en que vimos trabajar á Redondo, no usó siquiera una vez el recurso de irse á *media vuelta*; antes al contrario, en Aranjuez le oimos decir que «eso era traidor, y que era mejor, para el hombre de vergüenza, dejarse coger.»

El año 1846 asistió á las funciones reales; y de tal modo se confeccionaron los carteles y dispusieron las cuadrillas, que con ser Redondo tan moderno, ocupó el sexto lugar entre los matadores. Delante de él no hubo más que el *Morenillo* y León, Montes, *Cúchares* y Martín; detrás, algunos que tenían más antigüedad. Todos, ó casi todos, trabajaron en las corridas de prueba por la mañana; Redondo, sólo por la tarde, en presencia de los reyes, ó sea en las funciones oficiales. Y era que el airoso y elegante *Chiclanero* podía imponer entonces su voluntad como mejor le pareciera.

En la contienda ó competencia que con *Cúchares* sostuvo en Madrid el año de 1852, llamó la atención que, al paso que éste, según su costumbre, saltó, brinco, *cuarteó*, *galleó* y capeó, Redondo no se apartaba un momento de la severa escuela de Romero, y cuando más, á imitación de Montes, *galleó* con el capote al brazo. En los *quites* á los picadores nunca usó las *verónicas*, sino las largas; y al matar, lo hizo, especialmente en las seis primeras, que fueron las de competencia, con tal precisión, con tal arte, serenidad y compostura, que *Costillares* no daría mejores *volapiés*, ni Romero *recibiría* mejor los toros.

Como en esta suerte era superior á todos los matadores que se conocían, incluso Montes y cuantos le han sucedido hasta hoy, la hacía muy frecuentemente, en la seguridad de que, aunque *Cúchares* la intentase, como lo procuró, había de quedar éste deslucido. Por eso dice muy bien el autor antes citado, que Redondo «era el más igual en irse á los toros y traérselos que ha existido, después de *Curro Guillén*»; y otro inteligentísimo aficionado que «era tal la gravedad y la perfección con que vaciaba los toros en la suerte de *recibir*, que si la hoja del estoque hubiera tenido numeración, se podían haber ido contando los números á medida que fuera entrando en el sitio de la muerte, ó sea, en verdadero tecnicismo, el *paseo* desde que se desafía hasta que se consuma la suerte».

José Redondo era, además, un buen director de plaza, y á su excelente cuadrilla la tuvo siempre muy subordinada y muy atendida. De carácter altivo, y muy preciado de su persona, hasta el punto de que alguien le dijo «que el toque de las palmas y el humo del incienso adormecen el *sentío*, aun á los que le tienen perfectamente desarrollado, y produce mareos y desvanecimientos de cabeza», aludiendo en esto, sin duda, á la fascinación que su figura podría producir en las damas.

Redondo tenía un defecto, al cual debió, en nuestra humilde opinión, su encumbramiento y su

valía. Un excesivo amor propio le dominaba completamente. A veces este amor propio subía hasta el orgullo. Si al hacer un *quite* á un picador, en un *recorte*, en cualquier otro lance durante los dos primeros tercios de la lidia, no había estado tan afortunado como él quisiera, podía desde luego esperarse que en la suerte de matar había de estar á grande altura. No podía aquella altivez tolerar por mucho tiempo la más ligera muestra de desagrado del público.

Crecía un palmo al colocarse ante la fiera; y sabiendo dominar los impulsos impacientes de su corazón, aparentaba una calma, una tranquilidad y un continente tan sereno al pasarla de muleta y al herirla, que eran la admiración de los espectadores. Más que temerario arrojo (y en esto disentimos del Sr. Velázquez), demostró siempre valor frío, pero seguro. Se hubiera dejado coger, herir, y aun matar, antes que haber huído del peligro, porque precisamente en éste era más grande, más valiente, José Redondo; pero no hubiera ido imprudentemente á sufrir una cogida, por colocarse fuera de suerte. El arte era lo primero.

Contratado para las corridas que en Madrid habían de celebrarse el año de 1853, ó sea el siguiente al de la competencia con *Cúchares*, vino á cumplir su compromiso, que no pudo llenar porque, á consecuencia de una tisis tuberculosa que se inició un año antes, falleció en la habitación que ocupaba, calle del León, número 24, piso principal, á las cinco de la tarde del día 28 de Marzo de 1853. Llegó rápidamente la fatal nueva á la plaza de toros, precisamente á la misma hora en que, si hubiera estado bueno, le tocaba matar un toro; y muchos espectadores abandonaron sus asientos, profundamente afectados.

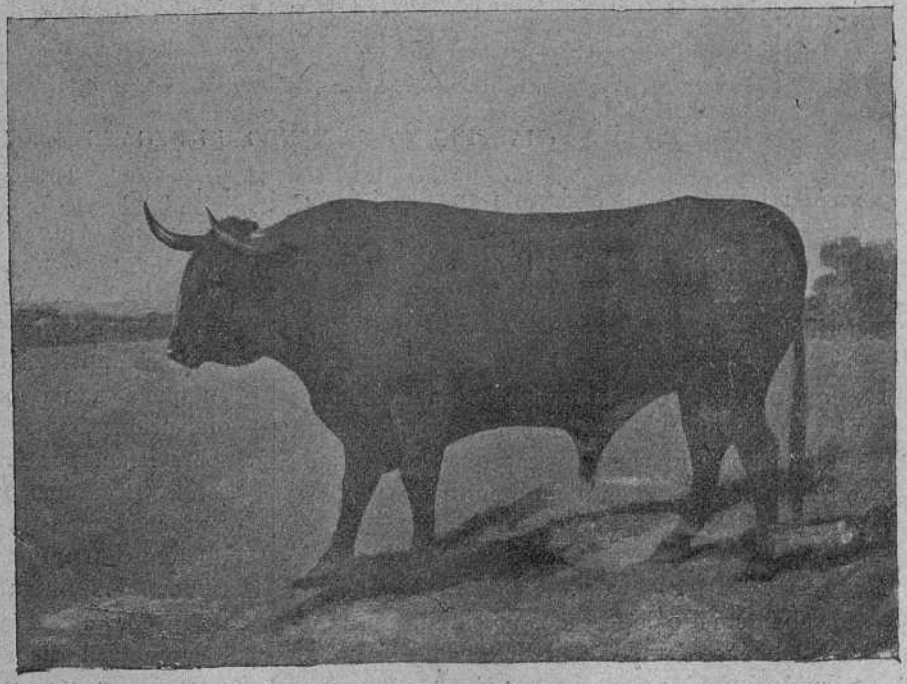
¡Treinta y cuatro años de edad! ¡Qué muerte tan prematura! ¡Qué pérdida para el toreo!

Su cadáver fué depositado en una capilla de la parroquia de San Sebastián, y desde ésta conducido, en la tarde del 30, al cementerio de la sacramental de San Luis y San Ginés, donde sus restos ocupan el nicho número 21 de la quinta galería izquierda. Las cintas del ataud las llevaban los matadores Julián Casas, Cayetano Sanz, Manuel Díaz *(Lavi)* y Manuel Jiménez *(El Caño)*, que eran los más caracterizados que había en Madrid. El gentío que inundó la iglesia de San Sebastián y sus atrios mientras estuvo allí depositado el cadáver, fué inmenso; el que obstruía las calles y llenaba completamente los balcones del tránsito al cementerio, mucho mayor, y el cortejo fúnebre se componía de todo un pueblo á pie, triste y silencioso, y de cuantos coches había en la corte, inclusos los del Gobernador civil de la provincia y muchos grandes de España.

Sobre su tumba se leyeron poesías, la prensa manifestó su dolor con sentidas frases, diciendo algún periódico que Redondo era el torero «más animoso, inteligente y mejor plantado que había en España», y las cuadrillas de toreros se presentaron en la corrida siguiente, ó sea en la del 5 de Abril, vestidas de luto por la irreparable pérdida que el arte había experimentado con la muerte de tan aventajado lidiador.

Nosotros, que para que no se atribuya á pasión el juicio que de él emitimos, hemos tenido cuidado de relacionar, copiándolas, las apreciaciones que acerca de su mérito hicieron amigos y adversarios, concluiremos diciendo: Por Redondo no tuvimos otras simpatías que las que da la afición al arte que tan perfectamente practicaba. Por amor á éste, repetiremos con Azcutia, el inteligente aficionado y respetable letrado, que de los toreros de su tiempo, el *Chiclanero* era, *«entre todos los diestros, el más diestro»*.

Regalón.—Toro de la ganadería del Duque de Veragua, último que mató el inolvidable Salvador



«REGALÓN», DEL DUQUE DE VERAGUA.—JULIÁ

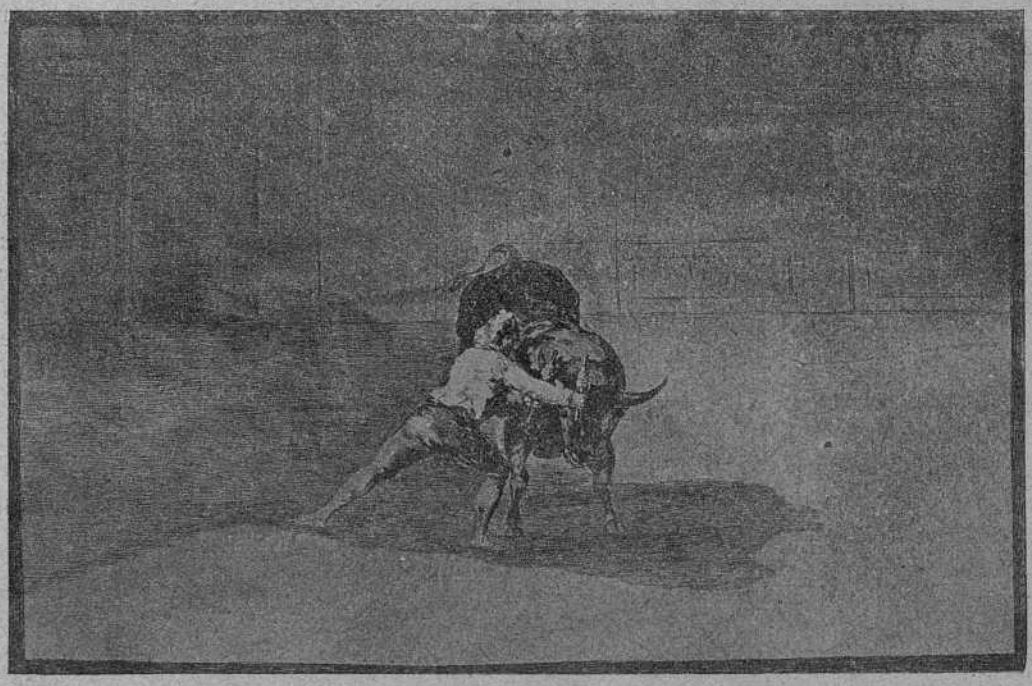
Sánchez *(Frascuelo)* en la Plaza de Madrid, el día de su despedida del toreo que fué en 12 de Mayo de 1890. Era jabonero sucio con bragas, meleno y de muchas libras, tomó con poder seis varas mató dos caballos y llegó huído á la muerte.

Regate.—Esta voz denota «el movimiento pronto que se hace hurtando el cuerpo á una parte y á otra» y precisamente este es el que se ejecuta al dar el quiebro: pero como para quebrar, exigimos como requisito indispensable que sea de cintura arriba y con los pies parados, puede usarse la voz *regate* cuando intentando el quiebro, ha tenido necesidad el diestro de huir la cabezada dando pasos atrás ó á los costados, ó cuando sin capote ni muleta ha esquivado el derrote en dicha forma esperando la res para banderillas. Goya en su famosa colección pintó en la lámina XV á Martincho haciendo un regate al toro al ir á ponerle banderillas.

Regatón.—El extremo inferior de la garrocha, por más que no tenga el casquillo ó virola que llevan las lanzas para mayor firmeza y que es de donde verdaderamente toman dicho nombre.

Regengo, Vizconde de.—Dejó en Portugal fama de valiente mozo de forcado. Vive aún, recordando sus buenos tiempos de gran aficionado no retribuído.

Reglamento.—La necesidad de un Reglamento en que se determinen clara y distintamente las obligaciones de las Empresas, lidiadores y demás dependientes de las plazas de toros, así como la dirección ó gobierno que en estos espectáculos debe tener la autoridad, es cosa que todos reconocen como importante en alto grado, y en muchas ocasiones y en distintas provincias se han dictado órdenes y formado Reglamentos, en los que, si bien aparece el deseo del buen acierto, se nota tambien gran falta del conocimiento en unos, poca expresión en otros, y en la mayor parte el defecto de no abarcar todos los casos que pueden ocurrir lo mismo antes que después de las corridas, y que forman parte integrante de ellas. Es verdad que no en todas las plazas de España puede haber un mismo Reglamento, porque la diferencia de localidad, de costumbres y hasta de medios materiales de cumplir muchas veces como se debiera, lo imposibilitan absolutamente; pero para eso está el criterio de las autoridades, que, adoptando con antelación disposiciones reglamentarias en que á cada uno se marquen sus derechos y obligaciones, evitarán conflictos que muchas veces sobrevienen por falta de precaución. Diferentes son los Reglamentos que hemos visto, tanto antiguos como modernos, que han regido y rigen en diferentes provincias de España, pero hablando con claridad, ninguno hemos logrado ver cumplido, ni por autoridades, ni toreros, ni por nadie. Solamente el célebre don Melchor Ordoñez, que para ello era un gran Gobernador, es el que hizo



«MARTINCHO» HACIENDO UN REGATE. — GOYA

observar el que promulgó, á pesar de que no era muy completo. Los desórdenes se suscitan por falta de prevenciones escritas y publicadas con antelación: los toreros faltan á sus deberes por igual motivo, y todos, todos se atemperan cuando más á las circunstancias de localidad y á las exigencias del público, que muy pocas veces tiene razón, pero á quien suelen dársela los alcaldes de monterilla y aun los que no lo son. Para obviar inconvenientes queremos conste siempre que nosotros aconsejamos á las autoridades que hayan de presidir las corridas, lo conveniente y hasta necesario que les es dictar con antelación un Reglamento para saber á qué atenerse en cuantos incidentes ocurran, y conste también que sin Reglamento no habrá buenas corridas, y podrán acaecer conflictos. No hay nadie medianamente entendido que no lo reconozca así. De buena gana haríamos mención de los muchos Reglamentos que en toda España se han dictado en diferentes fechas pero... ¡son tantos!

Rego da Fonseca Magalhaes, Luis do.—Caballero farpeador portugués, de distinguido porte y gran jinete, valiente y esforzado. Es hijo del par del reino Luis do Rego Barreto, nieto del que también lo fué y grande estadista Rodrigo da Fonseca Magalhaes, biznieto del valiente general Vizconde do Jeraz de Lima. Fué un gran amador.

Parece que ahora está retirado en sus propiedades de Almarjao (Portalegre), cuidando una importante ganadería.

Reguera, D. Blas.—Notable é inteligente aficionado que en los años de 1856 al 60 escribió con grandes conocimientos excelentes apreciaciones sobre las corridas de toros, condiciones de éstos y modo de lidiarlos. Fué socio activo de la brillante Sociedad taurómaca del Jardinillo, trabajando en ella como espada.

No hay que confundirle con su hermano don Eusebio, en quien no se despertó la afición hasta hace unos veinte años.

Rehilete.—Lo mismo que banderillas.

Reig, Miguel *(Clavel).*—Matador de toros en novilladas, de poca reputación, de algún arte, de mucha frialdad y escaso valor allá, por el año 1860. Era valenciano, regularmente apuesto y pagado de su persona.

Reina, D. Francisco.—Distinguido aficionado y notable escritor taurino, conocido por *Paco el de marras*, que es el pseudónimo por él adoptado para sus escritos. Pocos se habrán dedicado, con tanta inteligencia como él, á estudiar en documentos la historia del arte, y á conocer á fondo sus secretos; por eso su opinión es justamente respetada. Es vecino del Puerto de Santa María.

Reinante Hidalgo, D. Manuel.—Mejor que ensalzar lo mucho que vale este distinguido escritor, será conveniente hacer una relación de sus méritos y servicios. Es licenciado en Filosofía y Letras y fundador de la *Sociedad facultativa de Ciencias y Letras*, en la que ha sido vicepresidente dos veces y otra secretario; ha desempeñado el cargo de redactor-jefe de Ciencias y Letras desde que se

fundó dicha *Revista*, órgano del profesorado facultativo, y en Diciembre 1895 fundó y es en la actualidad director de dicha *Revista*, que trata de los asuntos de enseñanza. Ha merecido primeros lugares y votos en dos oposiciones de cátedras, de tres que ha hecho, y también es empleado por oposición en el Tribunal de Cuentas.

Con tales antecedentes, fácil es suponer que cuantos trabajos científicos y literarios en que ha tomado parte, han sido notables, llamando la atención los que, en unión de Echegaray, Campoamor, Castelar y otras celebridades, insertó en *El Criterio científico*, de que fué jefe de redacción, y los de la *España científica y agrícola*, dirigida por el eminente químico Sr. Torres Muñoz de Luna.

Ha escrito mucho y bien, tanto en prosa como en verso, en forma seria unas veces y satírica otras, y buena prueba dió de su talento en la revista teatral *Chorizos y polacos*, periódico satírico que se hizo célebre por sus campañas enérgicas contra empresarios que abusaban y cómicos y autores malos; en

La Escena, donde firmaba con el pseudónimo de *Don Preciso* y en *El Caballero de Gracia*. Pero donde acreditó su aptitud especial y conocimientos literarios fué en el precioso drama en tres actos y en verso titulado *La cruz del Humilladero*, que fué representado en el teatro de Novedades de Madrid durante quince noches sin interrupción, saliendo muchas de ellas al palco escénico en unión de su colaborador D. Vicente de la Cruz.

Colaborador asiduo de las principales publicaciones científicas y literarias de España y el extranjero, dedicó su atención, para probar que su ilustración á todo alcanza, á las corridas de toros. Estudió, observó, y con su claro talento comprendió los secretos del arte, y colaborando en muchos periódicos taurinos, se encargó de la dirección de *El Toreo Cómico*, firmando las revistas con el pseudónimo de *Suavidades;* por cierto que en este periódico publicó una serie de romances taurinos, á la usanza morisca, que fueron muy elogiados é hicieron efecto en la opinión pública.

Nació en Madrid el 14 de Diciembre de 1858, siendo hijo de los Sres. D. Francisco y Doña Lorenza. Todos los antedichos méritos y otros que no son de este lugar, le han acreditado de escritor elegante y fecundo en los diversos ramos de las ciencias y la literatura; pero juzgándole por lo que á la fiesta de toros se refiere, no pueden los aficionados olvidar su fuerza de lógica y de verdad que resplandecen en todas sus apreciaciones.

Reis Amado, Joaquín Augusto d'os.—Pegador portugués que ha dejado fama de valiente y entendido. Hace ya tiempo se retiró de la que arena.

Rejón ó rejoncillo es el que han usado siempre los caballeros en plaza para matar los toros desde el caballo. Debe ser de madera vidriosa para que se quiebre sin notable resistencia, y de unas siete cuartas de longitud, ó metro y medio, poco más. Su hechura en pequeño es como la de un lanzón antiguo, es decir, que desde la punta es recto hasta una tercia antes de su remate, y éste va ensanchando en forma cónica; tiene un corte arriba formando puño, que hace fácil abarcarle por aquel sitio, y además suele hacérsele una hendidura una tercia más arriba de su final inferior, con objeto de que quiebre con poco esfuerzo. La parte baja, ó sea la más inmediata á la punta, tiene un hierro ó lanza en forma de hoja de rosal prolongada, muy punzante y cortante, y

la madera suele pintarse de distintos colores y con varios dibujos. No debe confundirse el rejón con la farpa portuguesa, ni con otros rejones, más largos sus hierros que los de las lanzas, que se han usado alguna vez en América.

Rejonear ó poner rejones á los toros desde el caballo es una suerte antiquísima y la más usada por la nobleza; así que en las funciones reales de toros los caballeros en plaza no ejecutan otra. Llevan al estribo derecho un espada inteligente con la muleta en la mano izquierda, y al otro lado, pero casi á las ancas del caballo, un buen banderillero con su capa, dispuesto á acudir pronto donde fuere necesario. Preparado el caballero con el rejón en la mano derecha, tomado por la parte superior, va á colocarse paso á paso frente al toro, de manera que el pecho del caballo esté en rectitud del cuerno derecho de la res, y en tal disposición, al acudir ésta, el espada la empapa en la muleta y se la lleva por su izquierda, dejando marchar en dirección contraria al caballero, que á un mismo tiempo habrá clavado en el cerviguillo del animal, lo más alto posible, el rejoncillo, quebrándole por en medio, y habrá sacado su caballo con la mano izquierda; es decir, que cuanto más cerca pase el toro del caballo sin tocarle, más segura es la suerte y más lucida. Hay otro modo de quebrar rejoncillos, que pudiéramos llamar á caballo levantado, y que es mucho más difícil que el anterior, porque, como se ha visto, el buen éxito de aquella suerte tanto ó más depende del espada á pie que del jinete. En la que ahora explicamos, marcha solo el caballero á los tercios ó medios de la plaza en busca del toro, y cuarteando el caballo en un terreno proporcionado á los pies del mismo, va formando un arco de círculo, cuyo final es el centro de la suerte, clava y rompe el rejoncillo, y continúa su carrera. Como se ve, es propiamente esta suerte la de poner banderillas á caballo, puesto que al dirigirse á la res, al llegar á jurisdicción, y al salir del centro de la suerte, han de observarse las mismas reglas que las escritas para las banderillas al cuarteo, si bien no poniendo más que una, y siempre por la derecha. Si es indispensable que el jinete que quiebre rejoncillos esperando al toro, sea de los que sepan manejar perfectamente un caballo, es de muchísima mayor necesidad en el que los ha de quebrar al trote ó galope más ó menos vivo ó precipitado. Excusado es decir que en una y otra suerte la medida del tiempo y del terreno, y la oportunidad en meter el brazo y salirse, son cosas que ha de estudiar mucho el jinete, y que los caballos han de ser escogidos y muy á su satisfacción. En la notable colección de láminas grabadas al agua

fuerte que dibujó el inmortal Goya, se ve en la trece poner rejoncillo á caballo levantado, ó sea á la carrera, como hemos descrito, y en la del número doce se ven pintados varios moros que en tropel, á pie y con capas ó alquiceles en una mano, y rejones en la otra, atormentan á un toro de puntas. Aconsejaremos siempre que á reses sin embolar no se les claven rejones á caballo levantado, y en todo caso, si ya están muy aplomadas, únicamente á la media vuelta.

Relance.— Es cuando acaba de ejecutarse una suerte con el toro, y saliendo éste de ella, se encuentra inmediatamente con el diestro, que hace con él otra, que por lo común es de más efecto, por lo mismo que no se ha previsto por el público su ejecución. En las banderillas se llaman al relance aquellas en que, viniendo el toro unas veces rebrincando de la salida de otro par que le han puesto, otras veces siguiendo á un capote, y otras huido, pero siempre levantado, aprovecha el diestro esta carrera, le sale al encuentro, se cuadra, mete los palos y marcha por su terreno, comunmente con calma, porque el toro no suele revolverse. Es suerte muy segura cuando los toros no son de los que cortan el terreno ó se tapan; pero no debe intentarse, si el diestro no se encuentra bien situado y no tiene conocidas las condiciones de la res.

Religioso.—Toro de la ganadería de Ibarra (Sevilla), negro como todos los de la casta y de excelente trapío; fué lidiado en Alicante en las corridas de feria de 1890. Aunque de buena historia en la ganadería, presentose en los corrales poco menos que manso: acudía á la voz á los burladeros, tomaba pan y azúcar de la mano de algún atrevido aficionado que llegó á sentarse en él breves momentos. Se dejaba palpar las astas, golpear la carne y hasta que le desprendieran astillas de uno de los cuernos, que se despuntó al salir del cajón en que vino conducido; y, sin embargo, en cuanto probó el castigo se hizo bravísimo, tomó muchas varas, retiró dos ó tres picadores á la enfermería, é inutilizó siete caballos.

Relvas, Carlos.—No sabemos qué decir de este artista, ni cómo considerarle. Era un gran fotógrafo, premiado por sus notables trabajos en París, Viena, Madrid, Filadelfia, Amsterdan y Oporto; era un gran jinete, que en más de una ocasión ha ganado premios de carrera en Portugal; y era un buen torero, que en Lisboa, y mejor en Oporto, ha lucido á caballo su habilidad y en Tablada (Sevilla) ha derribado reses. Su nombre es muy conocido en el reino lusitano, donde residía, y más de una vez ha trabajado en público, picando de vara larga á la española toros sin embolar. Fué dueño del famoso caballo *Salero*, andaluz, de Miura, hijo de un caballo de Zapata, y que estando calificado como el mejor de cuantos había en Portugal para torear en él, murió repentinamente al

ir su dueño á clavar rejones en una función benéfica. Relvas ha sabido alcanzar por sus méritos los diplomas de oficial de la Legión de honor y oficial de Instrucción pública en Francia; ser nombrado miembro honorario de la Real Academia de Bellas Artes de Lisbonne, y obtener medalla de honor de la Sociedad de Caballeros Salvadores en Niza. Era un cumplido caballero de muy distinguido trato, y tan querido en todas partes, que un sólo hecho bastará para justificarlo. Celebrábase en Cintra, el día 3 de Junio de 1888, una corrida de toros de importancia; el público vió en un palco al inteligente Relvas, y pidió con entusiasmo que bajase al ruedo á rejonear; acudió el solicitado, montó en su famoso *Salero*, clavó con maestría varios rejones y cuando pedía uno corto para ponerle, desplomose sobre el suelo aquel her-

moso animal—por el cual ofrecieron varias veces muchos miles de duros—para no levantarse más. Ver el pueblo el peligro inminente en que su querido amigo se encontraba cerca del toro, y arrojarse de los tendidos á la plaza en confuso tropel, fué todo uno, y por salvarle la vida sufrieron acosones, rodaron y fueron á la enfermería muchos paisanos. Es un ejemplo palpable del cariño y del agradecimiento que á sus infinitos beneficios debe la clase popular al opulento Relvas.

Víctima de una penosa enfermedad, adquirida por el golpe que en una calle de Lisboa le dió un carro de transporte, falleció en 23 de Enero de 1894, siendo su muerte muy sentida por cuantos le conocieron.

Rematar.—Es cuando el toro, siguiendo al bulto, no para hasta llegar á él, y si éste salva las tablas, da en ellas la cornada. Es propio de los toros nobles, codiciosos y pegajosos.

Renam, José.—Aplaudido banderillero portugués. Falleció de repente en Setubal, el día 9 de Marzo de 1879. Era tío del renombrado lidiador lisbonense Rafael Peixinho.

Rendón, Manuel.—Uno de los picadores que con más frecuencia acompañaban á Joaquín Rodríguez *(Costillares)*, en las corridas de toros que éste tomaba á su cargo. Se refiere á este picador el célebre Goya al pintarle en una de sus láminas, en que dice murió ejecutando su suerte en la plaza de Madrid.

Rendón, Manuel.—Novillero, natural de Jerez de la Frontera, que no se ha abierto paso en el toreo á pesar de ser en él conocido hace más de media docena de años.

Reparado.—Se dice del toro que por efecto de algún pajazo ó pinchazo con alguna yerba en la dehesa, ó por otra causa, no ve bien con un ojo. No debe confundirse con el tuerto, aunque la lidia que á ambos debe darse es exactamente igual.

Reponerse.—Cuando el toro, después de salir de una suerte cualquiera, se para y toma colocación, reponiéndose del destronque ó daño que pueda haber sufrido. Entonces es cuando queda en estado de *parado*, y deben efectuarse con él las suertes, que son bien distintas de las de *levantado* y *aplomado*.

Repullo.—El movimiento rápido é inesperado que imprime el miedo ó el temor, al diestro, que hallándose frente á la res, ó encontrándosela en inminente peligro de cogida, se encoge asustado por huir el golpe que supone le amenaza. En verdadero tecnicismo taurómaco dícese *extraño*.

Requisitos.—Los que debe tener un toro de plaza para ser lidiado, son: proceder de casta conocida como buena, porque hay más probabilidades de que sea bueno un toro de ganadería acreditada que un cunero. Que tenga de cinco á seis años, poco más ó menos, que es cuando están los toros con toda su viveza, fuerza y vigor: más jóvenes son inciertos, más viejos son de mucha intención, y, por consiguiente, ni unos ni otros se prestan á una buena lidia. Que sea de bastantes libras, porque los flacos pueden menos, se sienten mucho al castigo y dan poco juego; pero esto no quiere decir que deba ser excesivamente gordo, pues en este caso se aploman pronto. Que sea de buen pelo, es decir, fino, sentado y lustroso, que indica estar bien cuidado, aunque hay ganaderías de pelo basto que han sobresalido mientras sus dueños no han tratado de afinarlas; pero tal vez influiría mucho en ellas la circunstancia de ser criadas en sierra y no en dehesa, dándoles el aspecto casi salvaje. Que esté sano, sin bultos, lamparones ni contraroturas que le afeen y demuestren que ha estado enfermo, pues sabido es que ni el que está malo, ni el convaleciente, pueden hacer mucho. Que se observe bien la vista de las reses, á fin de evitar en lo posible la lidia de los reparados y burriciegos y aun de los tuertos, en la mayoría de los casos; que toros así, aunque pueden lidiarse, poco pueden divertir y sí dar mucho que hacer. Y, finalmente, conviene que ningún toro haya sido lidiado de antemano, pues son peligrosos y se hacen de sentido. (Véase Toro.)

Res.—Se aplica lo mismo al toro que al buey, novillo ú otro animal cuadrúpedo de ganado vacuno y lanar, aunque no sea de especie doméstica, como quiere la Academia, sino brava y feroz como los toros de lidia.

Resiando, Manuela.—Banderillera y nada más que sepamos, que ponía pares en los novillos hace más de cincuenta años con valor y sin vergüenza.

Respingo.—Dice la Academia que «respingar es sacudirse la bestia y gruñir porque la lastima ó molesta alguna cosa, ó le hace cosquillas.» Sin que

le suceda eso, el toro abanto y cobarde da un respingo muchas veces con sólo sentir cerca de sí un capote, un golpe en las tablas ú otro ademán que le asuste y atemorice.

Retinto.—El color ó pinta de la piel más aproximado á colorado que á *castaño;* pero esta última pinta ó denominación no es propia en las toradas. La hacemos constar, sin embargo, para mejor inteligencia. (Véase COLORADO.)

Revello da Silva, Eugenio.—Fué un valiente mozo de forcado que trabajó en Portugal con aceptación.

Revello da Silva, Jorge.—Es un buen caballero que sabe mucho y un gran mozo de forcado, valiente y muy entendido. No es lidiador de profesión, pero lo parece por su rara habilidad.

Reverte y Jiménez, Antonio (1).—Todo alarde de audacia y atrevimiento ante las reses bravas se considera por el público en general como signo evidente de valentía; pero si el alarde es atolondrado, los inteligentes en las lides taurinas saben perfectamente que esa valentía no es el valor sereno que exige Montes á los que se dedican al arte de torear.

Puede aquélla, por efecto de continuados escarmientos, convertirse luego en serenidad, puesto que á un hombre valiente le es fácil dar de sí algo, y al cobarde no; puede también llegar á tiempo la reflexión, y con ella abstenerse el hombre de temeridades y tener calma y sensatez; pero suele acontecer que muchos principiantes no pasen de serlo y pierdan en un día lo adelantado en muchos.

Reverte, que nació en Alcalá del Río (Sevilla) el 28 de Abril de 1869, siendo hijo de Diego y de Pastora Jiménez, y que se presentó en Madrid á matar los toros de puntas en 1891, demostró en la corrida del 26 de Julio que era un ejemplo vivo de las verdades anteriores. Más allá que entonces llevó su arrojo, no es posible llevarle; más conatos de suicidio no los intenta el loco más rematado; puso banderillas, mató, rodó, recortó, saltó y ejecutó de tal manera la práctica del movimiento continuo, que dejó estupefactos á los espectadores, los cuales, enmedio de tal desorden, llegaron á ver en aquel chico algo excepcional, algo que se acercaba á dibujar, siquiera fuese en lontananza, los perfiles poco marcados de un hombre para quien no eran desconocidos completamente los instintos de las reses. Parecía como que en vez de empezar su aprendizaje estudiando la tauromaquia, comenzaba por aprender las condiciones del ganado; y como

tan necesario es lo uno como lo otro, admitiose de buen grado esa diferencia, y los desmedidos elogios se prodigaron, envolviendo al muchacho en una nube de humo que le produjo el mareo. Del mismo modo que el inglés del cuento seguía en su peregrinación al domador de fieras, para ver si alguna de ellas se le almorzaba un día, la gente en Madrid acudía á la plaza en cuanto veía en los carteles el nombre de Reverte, el cual, por su parte, fomentaba, á costa de su piel, la deferencia que el público le demostraba.

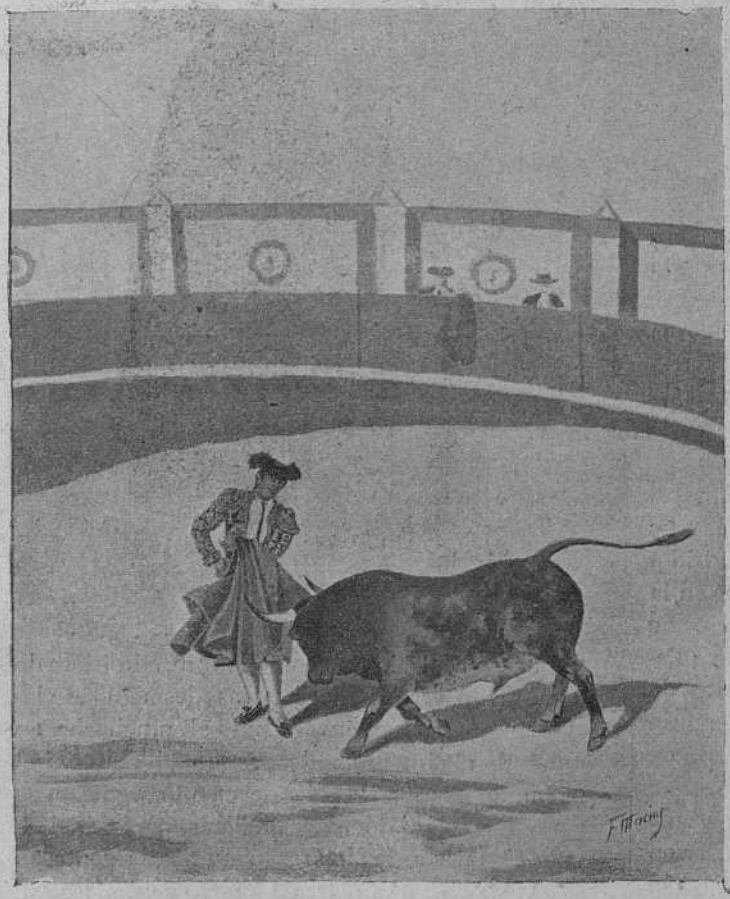
Pasó en Agosto á torear en Palencia, precedido del nombre de valiente, y allí tuvo la desgracia de

(1) Le incluimos en este sitio, que es el que le corresponde, por más que en muchos carteles aparezca antepuesto el apellido de la madre.

sufrir una terrible cogida que le puso en grave estado; y como esto no amenguaba su fama, se determinó á tomar en Madrid la alternativa, y, efectivamente, la recibió de manos de Rafael Guerra el día 16 de Septiembre de dicho año 1891. Sea porque el acto le impusiera algo, sea porque la reflexión entró en su cerebro ó porque las heridas recibidas en Palencia no estaban curadas completamente, Reverte no se presentó aquel día, ni en los demás en que luego trabajó en Madrid, tan locamente bravo como antes, sino con cierta indiferencia, cierta desilusión, que hizo trocar en desmayo el aliciente de su presentación en la arena.

¿Será Reverte un buen torero? ¿Será siquiera un buen matador de toros? El tiempo lo dirá, contestaban á esas preguntas los inteligentes, y el tiempo lo ha dicho.

No es gran mozo, pero es fuerte, moreno, simpático y agradable. Lo primero con que llamó la atención de todo el público, tanto en Madrid, como en provincias, fué en su especialidad particular de aguardar en cualquier terreno la carrera del toro y darle salida con el capote al brazo sin desliarle y



REGATE CAPOTE AL BRAZO. — **MACÍAS**

por ambos lados, sin mover los pies más que lo necesario al pase de pecho; al matar luego, entrando siempre por derecho, olvidábase frecuentemente de la mano izquierda, y en su toreo general parecía más hombre de campo que de ciudad. Poco á poco, y estudiando con gran afición, ha ido mejorando de tal modo su habilidad en el uso de la muleta, que algunas veces, y éstas son muchas, ha clavado, que no parado, los pies en la arena, y ha dado pases con verdadero arte, clásicos, exentos de desplantes y chavacanerías.

No es ya el chiquillo atolondrado que todo lo fiaba al favor del ángel que proteje á los valientes, es el torero de conciencia que sabe por donde va y conoce á donde se llega con buena voluntad y valentía; es el matador de toros al que no arredran los pitones de las reses por cerca que los vea de los alamares del chaleco, y que para la ejecución de la suerte última no ha encontrado aún—y quiera Dios no lo encuentre nunca,—ningún tranquillo, ninguna maña que ahuyente el peligro, á costa de su reputación.

Pero como todas no pueden ser alabanzas cuando se han de juzgar actos humanos diferentes, encarnados en un solo individuo, nosotros, despojándonos de toda afección en pro ó en contra de este torero, lo mismo que de todos, hemos de decir claramente los defectos y deficiencias que en su trabajo advertimos.

No es ligero y á esta falta de actividad debe gran parte de sus cogidas; parece como que se goza en esperar, mejor que en huir, y si eso es muy digno cuando se tiene la muleta en la mano, es sencillamente un alarde de temerario valor, exponerse cuando no hay necesidad.

No ha mejorado todo lo que debe su modo de entrar á herir. Va en corto y por derecho, desde la distancia conveniente, segun sus facultades, pero casi siempre sale rebozado con los toros, sin que pueda atribuirse á que se quede en la salida, ni á que haya dejado de marcársela bien á la res. ¿En qué consiste, por lo tanto, defecto tan capital que pone en sobresalto el ánimo de los espectadores?

Hijo de la verdad todo su modo de torear, cuídase más de herir como el arte manda, que de usar el engaño como el mismo exije; por eso todas, ó la mayor parte de sus estocadas son altas rectas y enteras, y hé ahí la verdad; y todas ó gran parte de sus salidas en dicho acto, son embarulladas, porque el quiebro de muleta que ordena el arte, le hace, sí, pero muy alto, consiguiendo que en vez de humillar el toro lo suficiente para descubrirse, no lo haga en la proporción necesaria á dejar desembarazado el brazo derecho y aun el cuerpo del hombre y he ahí la utilidad del engaño.

No puede negarse que Reverte se ha hecho un torero de primera fila en pocos años, ni que, vista su afición á aprender para mejorar, desechará los defectos que dejamos apuntados. Ahora es un mozo en la plenitud de sus facultades, puede, por lo mismo, ser todo si quiere, ó si no tiene una desgracia, de la que Dios le libre.

Dicen que es modesto y muy formal en sus tratos. Que no se envanezca como otros, y ganará mucho conociéndose.

Revilla, Francisco.—Figura en cartel de 1824 como picador sevillano y es la única noticia que ha dejado de su existencia taurina.

Revisteros.—Muchos y muy distinguidos escritores se han ocupado en todas épocas, y especialmente desde fines del siglo anterior, en escribir revistas de las corridas de toros celebradas en los circos de España, de Ultramar y del extranjero, haciendo gala en sus relatos de buen lenguaje, de española gracia y de conocimientos taurinos. La prensa periódica dió lugar en sus folletines, y á veces en otros sitios preferentes, á las reseñas de la fiesta nacional; muchas hojas sueltas las publicaron también separadamente, y hoy es día en que, además de acrecentar sus productos los periódicos que publican revistas de toros, se sostienen, reportando utilidades, otros especiales que ven la luz en casi todas las provincias de España. Prueba evidente de que la afición va en aumento, y de que, según hemos dicho en el curso de esta obra, los primeros talentos literarios de la Península Ibérica no se han desdeñado de poner sus plumas al servicio de la mejor de las funciones populares. Si fuera posible citaríamos los nombres de todos; pero como ya figuran en nuestro libro los que además de revistas han escrito artículos ú obras de más importancia relativas al toreo, renunciamos á verificarlo.

Podrá decirse que entre tan gran número de revisteros no todos han sido tan imparciales como debieran, y que no han tenido siempre el arte por norma; pero siendo imposible la unanimidad de pareceres, atiéndase únicamente al entusiasmo que despierta en todas las clases de la sociedad la gran fiesta que envidian las naciones extranjeras, y quédense las rencillas para los envidiosos y enemigos de nuestras glorias.

Revolcón.—El acto de derribar el toro al lidiador de á pie ó á caballo, pisoteándole ó revolviéndole sobre la arena, pero sin herirle ni lesionarle.

Revoltosos.—Los toros que siendo nobles y francos en sus acometidas, como los claros ó boyantes, se revuelven más en busca del objeto que se les ha puesto delante. Por lo mismo, las suertes que con esta clase de toros se practiquen han de ser por necesidad más lucidas que con los demás, siempre que el diestro tenga la suficiente serenidad para ejecutarlas, porque son rápidas, y ligero ha de ser en sus movimientos el torero, el cual procurará tapar bien al toro por alto para que vaya empapado en el engaño. También se les da el nombre de *celosos*.

Revuelo.—Esta voz, usada desde hace algunos años entre los aficionados y revisteros, denota el acto de matar el espada al toro cuando este no mira á aquel y teniendo la muleta sin liar; con la cual se le tapa la vista y es herido traidoramente el animal. Esto es impropio de un torero que se estime en algo, y sólo debe ejecutarse rarísimamente con los toros de sentido.

Revuelta, Cipriano.—Banderillero principiante hace quince años, á quien no conocemos ni de él se nos han dado noticias. Trabajaba en novilladas de pueblos y en corridas de plazas de segundo y tercer orden, sin haber logrado distinguirse ni que se sepa á donde ha ido á parar con sus huesos.

Revuelta, Ulpiano *(El Melaero)*.—No sabemos si será pariente del anterior. Novillero atrevido que ahora banderillea regularmente y mata toros como puede, pero siempre con valor. Así lo dicen. Cuando le veamos le juzgaremos.

Rey, D. José María.—Es de sentir que un escritor tan inteligente como este haya abandonado, por dedicarse á sus asuntos, la palestra taurina en que tanto se ha distinguido, principalmente en el periódico *El Noticiero sevillano*, cuyos artículos firmados con el seudónimo *Selipe* tanto renombre le dieron.

Reyes, Guillermo.—Tiene en México cierta aceptación como picador de vara larga, y ha trabajado en cuadrillas de matadores de alternativa.

Reyna, Francisco.—A mediados de este siglo picaba en novilladas, sin que pasase de ahí.

Riaño.—Caballero de la corte del rey Felipe IV, que con el conde de Villamediana, Sástago y otros se ejercitaba mucho en rejonear toros en plaza cerrada.

Rico, Juan.—Fué buen banderillero, á pesar de su gordura, y dejó el arte, creemos que por haber sido colocado en un empleo público. Era de la época del *Regatero*, Domingo, Muñiz y otros madrileños.

Rico, Isidro *(Culebra)*.—Banderillero aceptable por lo trabajador y modesto, que procura llenar su cometido siempre con buena voluntad. Pocos toreros han durado en su ejercicio tantos años como él.

Riel, Antonio.—Fué picador antes que mediara el presente siglo. Medianito.

Río y Jordán, Antonio del.—Sobrino del famoso banderillero Gregorio Jordán. Aprendió buena escuela en Madrid, porque alcanzó buenos tiempos del toreo. Sabía, pero no se determinaba á ejecutar, tal vez por su cortedad de vista, ó por otra causa. Alternó en Madrid con espadas de primera categoría hasta 1846 en que sufrió una cogida y se retiró. Ha muerto á la edad de setenta años en Madrid, de donde era natural, el 14 de Marzo de 1877, siendo hijo de Isidro y de Inés Jordán.

Río y Jordán, Joaquín.—Sobrino de Gregorio Jordán y hermano de Antonio. Valía menos que éste, y eso que era muy determinado para matar. No llegó á adquirir la categoría de aquél.

Río, Juan del *(Sancho)*.—Uno de los mejores toreros portugueses con el capote en la mano, y banderillero de más castigo que lucimiento. Lleva muchos años residiendo en Portugal, pero es natural de Sevilla, en cuyo Matadero tuvo las primeras nociones de tauromaquia. Es de estatura más bien baja que alta, y aprendió mucho de *Cúchares*, cuando allí toreó este maestro. En el Havre (Francia) y en varias plazas de España ha trabajado con aceptación en el año de 1872, y ahora mismo, en 1894, ha toreado en Lisboa veintiocho corridas, que han sido todas las de la temporada. Es notable con el capote, especialmente en las navarras.

Nació en 16 de Febrero de 1842 del matrimonio de Antonio Ríos y Dolores Reyes.

Ríos, José *(Sevillano)*.—Mata novillos, según dicen; esperamos verle para confirmar la noticia y saber cómo se porta. Hoy por hoy suena poco su nombre, y este es un mal para él y para el arte.

Ríos, D. Alvaro.—Noble español que fué caballero en plaza en unas fiestas reales de toros verificadas en el Perú en 1632.

Ríos, José *(Fumado)*.—Chiflado debieran llamarle. ¿Quién habrá engañado á este hombre para que se metiera á matar en Madrid en 1894 toros en novillada? Ya no es niño, ni mucho menos.

Ripoll Orozco, Juan.—Mata toros en novilladas, según nos ha comunicado la prensa taurina, pero nosotros no le hemos visto. Su campo de operaciones hasta ahora, parece limitado á poblaciones de segundo orden.

Rius, Juan Manuel.—Empezó prometiendo mucho para ser un buen picador y no cumplió lo prometido. Fué picador sin alternativa á mediados de siglo, y parece que luego se dedicó á tratante en caballerías.

Rivadavia, Marqués de.—Fué uno de los grandes de España que en 1673 rejonearon toros desde el caballo, á presencia del rey D. Carlos II y su esposa doña María.

Rivadeneira, Miguel *(Vermell)*.—Picador de toros de la cuadrilla que, con el difunto *Peroy*, fué á Montevideo por los años de 1867 á 1868, y que al volver allí en 1869, fué muerto á mano airada por un compañero suyo. Había toreado en Barcelona, donde nació en Octubre de 1843, con cuadrillas de primer orden, y era valiente y hábil caballista.

Rivas D. Angel Saavedra, duque de.—Uno de los más preciosos romances que han brotado de la elegante pluma de este eminente literato, es el de la descripción de una fiesta de toros por caballeros del siglo XVII en presencia del rey Felipe IV. No puede hacerse pintura más acabada de tan solemne fiesta que la que hace en dichos versos el inolvidable autor de *El moro expósito* y de *D. Alvaro ó la fuerza del sino*. Pérdida grande fué para las letras españolas la falta de tan ilustre poeta, que murió en Madrid el 22 Junio de 1865, y había nacido en Córdoba el 10 de Marzo de 1791.

Rivas, D. José.—Bajo la inteligente dirección de este arquitecto fué reedificada en 1829 la bonita plaza de toros de Aranjuez, que se construyó en 1796 y se estrenó en 14 de Mayo de 1797. Buenas funciones se han dado en ella, y los toreros de más fama han pisado su redondel.

Rivas, D. José.—Fué anunciado como picador de toros para las novilladas que en el año de 1851 se verificaron en la plaza de Barcelona, con la particularidad de haberle dado aquel tratamiento en el cartel, de igual modo que á otro picador y á los espadas. No recordamos haberle visto trabajar, ni siquiera hemos podido adquirir referencias acerca de él.

Riveira Grande, Conde de. — Con bastante aceptación y como amador ha rejoneado este caballero en varias plazas de Portugal. Hace tiempo dejó esa afición que tanto le cautivaba.

Riveiro, Clemente.—Unas veces como caballero rejoneador y otras como mozo de forcado, ha causado siempre entusiasmo entre sus compatriotas desde 1875 hasta el día.

Riveiro da Cunha, José.—Cuando un caballero farpeador ha llegado á adquirir las universales simpatías que este distinguido *amador* ha conquistado en Portugal, preciso es que sean muy merecidas.

Rivera, Manuel.—Picador de toros por los años de 1820 al 30, que trabajó varias veces con Antonio Ruiz *(El Sombrerero)* Estimábanle mucho en Sevilla, donde gustó su trabajo al presentarse por primera vez el día 30 de Mayo de 1826.

Rivera, Domingo *(El Tuerto.)*—Este desgraciado banderillero de novillos, recibió tan fuerte golpe al torear en Madrid una corrida de moruchos el 2 de Enero de 1859 que el día 9 falleció en el Hospital á consecuencia de grave contusión en el pecho.

Rivero, Antonio.—No ha dejado nombre este picador que se presentó por primera vez en plaza durante el mes de Mayo de 1841.

Rivero é Iglesias, D. Ricardo.—Ya le conocen nuestros lectores por las muestras de ingenio que ha dado en varios dibujos de los que ilustran esta obra. ¿Qué hemos de decir, pues, si tan á la vista está su meritorio trabajo, sino que, á pesar de ser tan brillante, sólo es producto de su entusiasta afición á las corridas de toros y de su amor á las artes, que le han hecho pintar, sin preceptos

ni lecciones de grandes maestros, figuras agradables y bellísimos paisajes, alguno de los cuales ostentó no ha mucho la Exposición pública de Bellas Artes de Madrid?

Vicisitudes y alternativas que experimentan frecuentemente las familias, le hicieron abandonar las carreras de Ingeniero de caminos y de Artillería que había abrazado con gran fe, y después de probar en periódicos políticos y literarios su aptitud para escritor, y de obtener aplausos en el teatro con producciones cómicas, sigue cultivando las letras y las artes con visibles adelantos. Hoy sirve al Estado en un centro ministerial de importancia. Nació en Madrid el 20 de Octubre de 1868 y es hijo de D. Antonio, comandante que fué de ejército y de Doña Petra Iglesias, que le dieron una educación esmeradísima.

Rivero Cuevas, Juan. — Banderillero principiante, de buenas condiciones y facultades. Aun es pronto para formar juicio sobre lo que será en el arte; pero en él consiste formarse pronto una reputación si la fortuna le ayuda.

Rivillas, Pedro.—Este picador sobresalió mucho á fines del siglo pasado, perteneciendo á la cuadrilla de Pedro Romero. Trabajó en Sevilla por primera vez el 16 de Octubre de 1784.

Rivillas, Francisco.—Tal vez fuese hijo del anterior este varilarguero que en 1799 alternaba ya con el famoso Cristobal Ortiz.

Rizo, Manuel.—En el año 1850, que es cuando creemos se dedicó á picador, era un mozo bravo y sufrido, buscado por los espadas de segundo orden y aplaudido por el público, que veía en él grande voluntad. En las provincias de Levante, especialmente, tuvo gran aceptación.

Rizo, Domingo.—No sabemos si será pariente del anterior este picador de toros en novilladas, que sabe algo, pero no quiere siempre. Cuando falta voluntad pocos pueden ser los adelantos.

Roballo, Manuel *(Mapola).* — Con Pepe Trigo trabajaba este picador de poco nombre en el año de 1834. ¿Qué fué de él?

Robert, François.—Es el que está considerado como maestro de la tauromaquia francesa, y es jefe de una cuadrilla con la que hace sus excursiones

por los departamentos de su nación, recogiendo aplausos y dinero. Sabido es que los *toreadores* se limitan en sus lides á esquivar la cabezada de las reses con regates de cuerpo y saltos gimnásticos, pero éste ha querido ir más allá, y se vino á España, se matriculó en la escuela de tauromaquia de Sevilla que regentaba el antiguo matador de toros Manuel Carmona, hizo sus prácticas con sujeción al arte conocido en nuestro país, y con un diploma en el bolsillo en que se declara su aptitud, regresó á Francia á hacer gala de sus conocimientos para matar toros con espada. Luego ha alternado por primera vez en Valencia con Fernando Gómez, *(El Gallo)*, y... está visto, *quod natura non dat..*

Roberto de Fonseca, Antonio.—Banderillero portugués que empezó á trabajar en 1818, y se creó en aquel país una buena reputación. Murió en 1882 por efecto de graves cogidas. Había nacido en 1801 en las islas Azores, siendo sus padres Roberto Jacobo y María Benedicta dos Reis.

Roberto, Vicente.—Banderillero portugués moderno de regulares condiciones, buen mozo y simpático y complaciente con el público. Es hijo del anterior y hermano de

Roberto, Luis.—Que tampoco es una notabilidad en el arte, aunque procura cumplir con su obligación con modestia y buena voluntad.

Roberto, Juan.—El nombre de los Robertos es muy conocido en Portugal entre la gente aficionada al toreo. Juan empezó su carrera de banderillero en 1845, consiguió buena fama y murió en 1860.

Hay ahora trabajando en Lisboa otro Juan Roberto, que es un buen banderillero.

Robles, Juan Manuel de.—Crítico taurino de los que han formado en primera fila. Si alguna vez era parcial ó inclinado á favor de algún diestro, al emitir su juicio sobre el trabajo del mismo no lo parecía en sus escritos, ó al menos le exponía de tal manera, que era muy difícil opinar en contrario; prueba clara del talento con que trasladaba al papel su pensamiento é impresiones. Era

elegante á la par que sencillo en la dicción, muy correcto, y en materia de toros, inteligentísimo: dejaba correr la pluma con facilidad componiendo hermosos períodos, salpicados de gracias naturales y no rebuscadas, así es que sus revistas taurinas, en el periódico *El Nacional*, han sido leídas con agrado y buscadas con empeño. Acreditó en poco tiempo el seupdónimo de *Puyazos*.

Nació en Baeza, provincia de Jaen, hace treinta y cuatro años: hizo en Córdoba sus estudios de segunda enseñanza, y allí, con la amistad del maestro *Lagartijo*, tomó tanta afición á nuestra fiesta nacional, que casi, casi estudiaba con más ahinco los preceptos de la tauromaquia, que los prolegómenos de Derecho. Sin embargo, concluyó con lucimiento su carrera, y como abogado tenía su puesto en el Ministerio de Ultramar.

Ha escrito de toros en varios periódicos y fundado alguno, antes de hacerlo en *El Nacional*, donde había sentado sus reales hace tiempo. Cuando empezaba su celebridad, falleció en Madrid el día 1.º de Diciembre de 1896, víctima de las viruelas, dejando en el mayor desconsuelo á su familia y amigos, que eran muchos.

Roca, Julián.—En el año de 1833 trabajó como espada en unas corridas de toros que se dieron en Tortosa para estrenar una plaza recién construida entonces. Nada sabemos del mérito ni demás circunstancias de este lidiador, desconocido completamente en los fastos taurinos.

Roca, Ramón *(Sabaté).*—Podrá este picador saber menos de lo necesario para brillar en su arte; podrá haber otros mejores jinetes; pero nadie le aventaja en cuanto á duro y sufrido. A cada uno lo suyo. Hace tiempo dejó el toreo, ignoramos por qué causa.

Roda, Francisco.—Dicen que era picador; dicen que montaba á caballo; pero no dicen si picaba ni si sabía montar. Nosotros le vimos en 1856, si no recordamos mal, salir vestido de moños y montado en jaco á la plaza de Albacete, y no nos hizo reparar en sus cualidades.

En carteles de Sevilla en 1852 figuraba con Juan Fuentes, y hasta le llamaban de apodo *Corchado*.

Rodas, Manuel.—Anda por ahí poniendo banderillas regularmente y figurando en buenas cuadri

llas de toreros. Es bravo y atrevido y posee la rara circunstancia, que antes no lo era ni mucho me-

nos, de clavar los palos de alto á bajo, como debe ser y fué hasta hace pocos años, en que muchos ignorantes han aplaudido á los que las ponían de lado y por consiguiente acercándose menos.

Rodas, Diego *(El Morenito)*.—Matador de toros en novilladas. Es natural de Sevilla, y en fuerza de su gran voluntad, torea con fe y entusiasmo, circunstancias que no son bastantes para hacer de él un buen torero, y menos un estoqueador aventajado. Puesto que valor tiene, adquiera calma, piense en lo que hace y estudie lo que debe hacer, según el arte, sin acudir á malas imitaciones.

Rodavalho Duro, D. Antonio.—Uno de los mejores aficionados, por su inteligencia, que existen en Portugal. Con gran claridad y especiales conocimientos escribió en 1895 un bonito libro titulado *Tauromachia*, que merece, por la abundancia de datos taurinos que contiene, el favor del público entendido. Usa el pseudónimo de *Zé-Jaleco*.

Ha tomado parte como amador, y en clase de forcado, en muchas corridas de toros: nació en Lisboa en 1857 y es hijo de D. Antonio Marcelino Duro y de doña Eufrasia Amelia Rodavalho Duro.

Rodeo.—Llámase así el terreno elegido en campo abierto para la tienta de becerros por acoso en España, y para la hierra á los mismos y á toda clase de ganado en América; y más propiamente dicho, el rodeo es el que dan los jinetes alrededor del ganado para hacer en él la separación oportuna.

Rodete.—El círculo, anillo ó mazorca que forma la delgada lámina exterior de la capa, ó corteza del asta del toro.

Rodríguez, Joaquín *(Costillares)*.—En todas las profesiones hay nombres que se hacen imperecederos. Lo mismo sucede en las artes que en las ciencias y en todos los ramos que abarcar puede el entendimiento humano.

Y cuando esto acontece, precisamente hay que atribuirlo á una de dos cosas: ó á que el que llevó aquel nombre durante su vida fué muy sobresaliente en aquella profesión, ó á que á él se debe alguna mejora en la misma. De todos modos, los nombres que pasan á la historia y no son tristemente célebres, que de éstos no queremos hablar, se perpetúan, porque los hombres que los llevaron salieron en su época de la esfera de lo común. Joaquín Rodríguez *(Costillares)* ha tenido esa fortuna.

Entre los infinitos toreros que ha habido observando reglas para la ejecución de la lidia desde hace cerca de doscientos años, su nombre suena de los primeros, no sólo como torero consumado, sino como inventor de una de las principales suertes de matar toros; y por lo tanto, justísimo es que el eco de su fama llegue á nosotros, y procuremos pase á la posteridad con la mayor aureola que da el transcurso del tiempo.

Costillares nació en Sevilla á fines del primer tercio del pasado siglo, en el barrio de San Bernardo, que ha tenido el privilegio de ser la cuna de muchos y buenos toreros en todas las épocas. Su apellido indica que tal vez en la raza de los Rodríguez esté encarnado el arte de torear, porque en él ha habido siempre quien le ha enaltecido y llevado con orgullo, tanto procediendo de Sevilla, como de Córdoba y otros puntos. El padre de *Costillares* era dependiente del matadero de Sevilla, y en cuanto vió que su hijo, por la edad, podía ayudarle en el oficio, le llevó consigo y le dedicó á las faenas del mismo; pero *Costillares*, de genio observador, valiente y atrevido, no se conformaba con ejercer un oficio grosero, en el que no había más término que al que su padre había llegado, ó lo que es lo mismo, á tener más ó menos jornal, y con resolución se acercó al notable matador de toros de aquella época, Pedro Palomo: vió éste en el chico buenas disposiciones para el toreo, le dió algunas lecciones, le ayudó y protegió mucho, y le presentó al público, formando parte de su cuadrilla, cuando Rodríguez sólo contaba diez y seis años de edad.

Como entonces, según hemos dicho en lo que llevamos publicado, no era todavía costumbre formar los espadas cuadrillas constantes de toreros auxiliares, sino que unas veces se contrataban unos por sí, otras llamados directamente por los empresarios ó corporaciones, y pocas por los matadores, *Costillares* trabajó con Palomo únicamente el tiempo preciso para perfeccionarse.

Su trabajo como banderillero, siempre fino, concienzudo y denotando valor, le hizo sobresalir entre sus compañeros contemporáneos, y siendo joven aún, muy joven, se decidió á ser espada, teniendo en cuenta que su rápida fama como peón de lidia le autorizaba para ello, y el voto de los más notables matadores que entonces había le impelía á serlo, sin que pareciese audacia ó ambición envidiosa. Manuel Bellón *(El Africano)*, el que por aquellos años marchaba al frente de los espadas, no tuvo inconveniente en dar la alternativa á Joaquín Rodríguez en la plaza de Sevilla, cuando cumplía los veinte años de edad. Esto debió ser antes de 1763, porque en esa época, el 22 de Abril, ya alternó allí con Juan Miguel y Manuel Palomo.

No sabemos si el mote de *Costillares* le adquirió desde que fué matador, ó si le tuvo ya antes. Importa poco al objeto principal de esta biografía.

La notabilidad en el modo de torear de *Costillares* no consistía precisamente en que la lidia fuese más ó menos brillante, de mejor efecto que las de otros, sino que en este hombre especial se advertía siempre mucha reflexión para ejecutar. Estudiaba detenidamente la índole de los toros, y les daba la lidia que creía convenirles; pero nunca era igual, que con unas reses era ligero, juguetón y atrevido; con otras, pausado, reflexivo y calmoso, y con todas rara vez hacia lo que los demás matadores acostumbraban. Sin acelerarse, espera ba y *aguantaba*, como ahora se dice, ó *recibía* en regla con los pies parados, según lo practicaban siempre sus contemporáneos, entre los cuales figuraban los Palomos, Juan Romero, Bellón *(El Africano)*, *Martincho* y otros de buen nombre y tan bravos como él. Primeramente estudiaba las condiciones de los toros, los tanteaba con la muleta, como su inteligencia lo marcaba, ó los *recibía* según arte, citándolos en corto y con los pies juntos, ó los esperaba sin citar, sesgándose á la izquierda como vemos en muchas láminas de aquella época.

Pero si se tiene presente que entonces las puyas de las varas de detener eran más largas y punzantes que las que después se han usado y usan, se comprenderá con facilidad que los toros, en su mayoría, habían de ir á la muerte acabados, rendidos y sin poder. ¿Qué podía hacerse entonces con un toro que, aculado á las tablas, no arrancase poco ni mucho en dirección al engaño?

JOAQUÍN RODRÍGUEZ (COSTILLARES). — **CANO Y OLMEDILLA.** — *El original en la Biblioteca y Museo Nacionales*

Matarle á desjarrete ó de cualquier manera, siempre deslucida para el espada, y repugnante para el público, ó inventar un medio que hiciese menos repulsivo el antedicho, ó matar á paso de banderillas, á media vuelta, traidoramente, á veces desde las tablas, con la seguridad de dar muchos pinchazos, y esto podía también cansar al público, y cedía en descrédito del espada.

Un hombre como Joaquín Rodríguez, que tanto se paraba en ocasiones para ver el modo de mejorar su arte, no podía ni debía continuar así, é *inventó el volapié*. Era muy notable en el *trasteo* con la muleta y en las suertes de capear: pero por nada merece tanto el título de maestro como por

la invención de dicha suerte, que vino indudablemente á llenar un vacío que en el toreo notaban los inteligentes. Explicó teórica y prácticamente á sus compañeros cómo debía ejecutarse, fijó reglas para la colocación del hombre y de la res, ordenó el modo de irse á ésta, y hasta marcó el tiempo en que debía verificarse.

Su triunfo fué completo: nadie entonces ni después ha encontrado defecto que poner á suerte tan lucida y segura, pues desde aquella época desapareció de las plazas el repugnante espectáculo de hacer morir las reses como antes hemos indicado.

Creció con esto y con su inteligencia en la lidia la celebridad adquirida. De todas partes se le llamaba, las maestranzas le reclamaban, y todos los pueblos se disputaban el placer de ver torear al famoso inventor del *vuelapiés*, como entonces se decía.

Llegó á pagarse á este notabilísimo diestro la suma de tres mil reales al día por corrida de mañana y tarde; cantidad exorbitante en aquella época, que nadie había ganado.

Hombre de una condición especial para elevarse del ordinario nivel, creyó que la organización de una buena cuadrilla, bajo su mando ó dirección, daría más unidad al trabajo de la lidia en ventaja de ésta, y poniéndolo en práctica reunió una excelente, tanto de á pie como de á caballo, de la que era conocida en provincias, y entre la que figuraron los *Malignos*, y todos le reconocieron como jefe y maestro.

Costillares guardó siempre muchas deferencias y atenciones á los matadores más antiguos que él. Nunca olvidó que Pedro Palomo fué el primero que le presentó en plaza; que asistió de media espada y de segundo á Juan Romero; que Manuel Bellón (*El Africano*) le dió la alternativa en Sevilla, y que Juan Esteller se la dió en Jerez de la Frontera; pero era altivo, sabía lo que valía, y á todo lo que él enseñaba ó de él dependía imprimió cierto sello de su autoridad. Hasta modificó los trajes de torear, reemplazando la faja al ancho cinturón de cuero, y añadiendo caireles y alamares á las chaquetillas y chupillas, que las hicieron más vistosas. Contó entre sus discípulos al luego célebre José Delgado *(Illo)*, á quien más de una vez reprendió su audacia y poca refiexión, pero al que quería extraordinariamente, tanto que por él pidió que en las funciones reales celebradas cuando la jura de Carlos IV no se corrieran toros castellanos; pretensión desestimada por la oferta de Pedro Romero de matar cuantos se presentasen de aquella procedencia.

Costillares era el sol caminando al ocaso, en la época en que Romero y *Pepe Illo* nacían entonces para el arte. A poco tiempo de ser estos maestros conocidos como tales, tuvo Joaquín Rodríguez la desgracia de que se le formase un tumor en la palma de la mano derecha, que le impidió tomar el estoque, y le hizo retirarse forzosamente del toreo. La pena que en él produjo tal enfermedad, más que los años, fué la que le hizo contraer otra, de la cual murió á poco tiempo, con gran dolor de los que le conocieron, y con gran pérdida para el arte. Pocos, muy pocos, han valido tanto como *Costillares* en el ejercicio de su profesión.

Falleció en Madrid el 27 de Enero de 1800, año anterior al de la desgraciada muerte de su predilecto discípulo *Pepe Illo*, según la afirmación del primero de sus biógrafos, de quien tomamos la noticia; pero ésta fué negada en 1884 por el Excelentísimo Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri, en un artículo, como todos los suyos, saladísimo, sosteniendo que en 1802 fué padrino de bautismo de su señora madre, Doña Petra Barbieri y Luengo, en la parroquia de San Ginés, de Madrid, el día 28 de Octubre, y que precisamente se la puso el nombre de Petra, respondiendo al primero del afamado lidiador, que consta en la partida parroquial, con los nombres de Pedro Joaquín Rodríguez, que vivía en la calle de la Flor baja, número 2, cuarto segundo. Contra esta aseveración que tiene, además de la respetabilidad del Sr. Barbieri, todos los visos de verídica, no hay más objeción que hacer que la de no sonar el primer nombre de «Pedro», en ninguno de los escritos de quienes han hablado de Joaquín Rodríguez; y el asegurar el reputado Sr. Velázquez y Sánchez, que *Costillares*, «imposibilitado de continuar su profesión por un tumor enorme en la palma de la mano derecha, se refugió á su hogar en Sevilla, poseído de negra melancolía». Dando nosotros á esta incidencia más importancia de la que tal vez tenga, hemos querido investigar cuanto nos fuera posible acerca de ella, y nuestras pesquisas han sido inútiles, como también lo han sido las del Sr. Carmena, practicadas con tal fin. Este señor visitó, al efecto, las parroquias de San Marcos y San Martín, de Madrid, y nosotros éstas y las de San Millán, San Miguel y San Justo y San Andrés, porque no faltó quien nos dijo que *Costillares* había vivido sus últimos años en una casa de la calle de Mira el Río alta, y en la de la Arganzuela, pero ante el gran número de individuos llamados Pedros y Joaquines (aunque ninguno de ambos nombres juntos) Rodríguez, sin constar el segundo apellido para comprobar lo indudable, retrocedimos en nuestra empresa, que es posible consiga aclarar algún curioso más afortunado.

Rodríguez, Antonio *(El Jorobado)*.—Tipo burlesco, natural de Sevilla, que picaba con vara larga

montado en un burro, aunque le silbase el público por su grotesca figura, y las reses le diesen algunos porrazos. Un cartel del año de 1820, dice que ejecutaba la suerte con «gran destreza». Puede... pero ni aun siendo así, debieron las autoridades permitir que la desgracia de aquella imperfección, sirviese á las turbas de mofa y escarnio.

Rodríguez, Antonio *(El Panadero)*.—Banderillero de la cuadrilla de Juan León. Dicen que era más valiente que entendido, y eso que fué uno de los primeros discípulos que hubo en la escuela de tauromaquia de Sevilla.

Rodríguez, Pedro *(Alma negra)*.—Por no sabemos qué azares de la fortuna, este hombre, que nació en Sevilla á principios de este siglo, fué á parar siendo niño á Portugal, donde pasó los primeros años y aun todos los de su vida, puesto que de allí rara vez salió para volver á España. En 1828 se dedicó al toreo y adquirió fama de buen banderillero, y más tarde de arrojado y valiente matador de toros y hombre temible. El rey don Miguel I le dispensó su amistad, y joven aún falleció en 1846.

Rodríguez, José.—Banderillero que trabajó alguna vez en las plazas de provincias con Julián Casas *(El Salamanquino)*, sin que su trabajo sobresaliese en poco ni en mucho.

Rodríguez, Antonio *(El Habanero)*.—Con otros novilleros mató en Sevilla toros en fines de 1877. Se dió poca maña, ó al menos la fortuna no quiso favorecerle.

Rodríguez de Mendonza, Christiano.—Caballero portugués que hasta ahora no ha pasado de segunda fila. Tal vez su afición, que es grande, le haga colocarse en primera, puesto que tiene valor y serenidad.

Nació en Aldegallega el 3 de Marzo de 1866, y es hijo de D. Diego Rodríguez de Mendonza y de doña María Augustá de Mendonza.

Rodríguez, Francisco.—En 1798 figuraba en las cuadrillas de Conde y de *Perucho*, como picador sevillano.

Rodríguez, Francisco de Paula.—Allá por el año de 1820 era picador de novillos de poco nombre. La circunstancia de tener este mismo é igual apellido otro picador sevillano como él, que se hizo después de los de tanda, figurando con los espadas José García *(El Platero)* y Juan Hidalgo, que tuvieron luego buen crédito, nos hace sospechar si uno y otro serían una sola persona, que aparece antepuesta á otros diestros de alguna nombradía.

Rodríguez, Francisco *(Tato)*.—Reconocido como picador de toros en Andalucía, este diestro cordobés ha sido aplaudido durante su vida pública, que duró unos veinte años, y estuvo en auge allá por los de 1840 á 1845. Recordamos haberle visto en Madrid pocos años después, y nos pareció buen caballista. Toreó en Sevilla por primera vez el 2 de Junio de 1839.

Rodríguez, Manuel *(Chauchau)*.—Formó un tiempo como banderillero en la cuadrilla de Francisco Montes; cumplió bien, y era incansable en la brega. También trabajó después con Domínguez. Alto, moreno y de grandes facultades, hubiera llegado á ser, con los conocimientos que fué adquiriendo, una gran figura en el toreo.

Rodríguez, Matías.—Picador de toros, natural de Rociana, en la provincia de Huelva. Debió ser hombre bravo y forzudo, porque, según documento que obra en mi poder de un conocido anticuario taurino de Málaga, se comprometía á picar, ayudado de otro compañero, una corrida de ocho toros seguidos y sin descanso. Ahora hay hombre que con sólo poner en toda una tarde dos puyazos de mala manera y dejándose matar otros tantos jacos, se va á casita sudando el quilo. El malogrado espada Francisco García *(Perucho)* le tuvo en su cuadrilla á fines del pasado siglo.

Rodríguez, Matías.—El hombre, aunque no sea muy torero, sirve para dirigir las mojigangas en los novillos, y en la plaza de Zaragoza es muy apreciado.

Rodríguez, Antonio *(Salerito)*.—Ha pasado á lidiar toros desde el circo de Parish de Madrid, donde ensayó sus aficiones con un becerrete de las pantomimas hasta las plazas formales. Parece ágil y animoso, pero no nos gustó en una novillada en que quiso probar fortuna.

Rodríguez, Pedro *(Perico)*.—En 1846 empezó á á torear como banderillero en las plazas de Portu-

gal; y siguió hasta que la falta de fuerzas en las piernas, le obligó á probar fortuna como caballero rejoneador. Tanto á pie como á caballo lidió bien y tuvo gran nombre; falleció en 1867.

Mató algunas veces en las plazas de Portugal y si no estamos equivocados fué tío del banderillero en aquel país, llamado Juan de la Cruz Calabaza. Al menos, este tuvo un tío de aquellos nombre y apellido.

Rodríguez, Luis.—Banderillero notable, discípulo de Antonio Ruiz *(El Sombrerero)*, y después regular matador de toros. Era tío de Juan Yust, y en Sevilla trabajó por primera vez en las funciones de feria del año de 1829.

Rodríguez del Manzano D. Antonio.—Uno de los caballeros en plaza que tomó parte en las corridas reales de 1833, cuando la jura de la princesa de Asturias.

Rodríguez, Emilio *(Guitarra)*.—Si ese mote le ha adquirido tocando bien aquel instrumento, ha hecho mal en abandonar un oficio alegre, por otro que da muchos disgustos. Se hizo anunciar como banderillero en novilladas de 1892.—No ha demostrado mala maña y se le ve que quiere adelantar.

Rodríguez, Rafael *(Meloja)*.—Natural de Córdoba, y con felices disposiciones para el toreo. Fué uno de los mejores banderilleros que tenía en su cuadrilla Antonio Ruiz *(El Sombrerero)*, de quien era discípulo, y su memoria no se ha olvidado aún por sus paisanos y admiradores.

Rodríguez, Sebastián *(Silverio)*.—Banderillero andaluz, cuya habilidad nos es desconocida. Creemos sea uno de ese apodo, á quien distinguían hace más de diez años en la Habana, considerándole buen torero. De allí pasó á México y otras repúblicas americanas, trabajando en aquellas plazas, con varia fortuna, hasta que en Febrero de 1896 se ha retirado definitivamente del toreo, abrigando el pensamiento de fundar en aquellos remotos países una escuela de tauromaquia.

Rodríguez, Diego *(Silverio chico)*.—También este mozo mata toros en novilladas, particularmente en Andalucía. Nada sabemos acerca de su mérito, ni si es pariente del anterior, pero sí que con él ha trabajado en América.

Rodríguez, José María.—Banderillero de buen nombre á principios de este siglo, y tío materno del célebre espada *Curro Guillén*. No hemos podido comprobar si es el mismo que de ese nombre toreaba ya en 1766 en la cuadrilla de Manuel Palomo.

Rodríguez, Cosme.—Tío del célebre Francisco Herrera Rodriguez *(Curro Guillén)*. Fué banderillero bastante regular á principios de este siglo, y casi siempre trabajaba en unión de su hermano José María.

Rodríguez, Carlos *(El Limeño)*.—Un banderillero que gozaba de buena reputación, pues valía como inteligente peón de brega y con los palos; Montes le admitió en su cuadrilla cuantas veces trabajó este insigne diestro en Málaga en los años 1840 á 1846 y lo recomendaba á otros para que le diesen colocación, con lo cual se hizo más conocido. Hizo sus excursiones á la Habana y á Lima de donde le provino el mote de *Limeño* y allí por último se avecindó y logró hacerse de caudal, decidiéndose por último á tomar estado. Ignórase cuando falleció.

Rodríguez, José *(El Limeño)*.—De Málaga, como su hermano Carlos y discípulo de éste. Para esquivar la quinta y teniendo catorce años se embarcó para Lima dando el adiós al oficio de coletero que estaba aprendiendo. Su hermano Carlos le explicó el toreo teórica y prácticamente y á tiempo oportuno le hizo matador en aquellas plazas americanas. Deseoso de volver á su patria regresó á los treinta y dos años de edad y diez y ocho de su destierro voluntario, no sin que un episodio casi novelesco le ocurriese y al cual debiérase sin duda su resolución de ver nuevamente á España y á su Málaga querida.

Pepe Rodríguez, como sus amigos le llamaban, habíase enamorado perdidamente de una rica y hermosa joven limeña; correspondíale ésta con la pasión de aquellas mujeres peruanas, y solo un inconveniente se presentaba invencible. La joven era huérfana de padre y madre y un tutor celoso oponíase á que le entregase su mano y sus riquezas á un torero; en estas circunstancias Rodríguez optó por una separación y expuso á la joven su decidido propósito de salir para Cádiz en el primer vapor. ¡Cuánta sería la sorpresa del enamorado malagueño al verse que ya en alta mar y cuando la campana del vapor anunciaba á los viajeros que podían entrar á comer al extenso salón destinado á este servicio, encontrábase con su amada que se le aparecía sentada á la mesa!

La limeña le refirió cómo traía consigo un caudal y estaba dispuesta á no apartarse de su amado.

Desembarcaron en Cádiz, allí se dió á conocer Rodríguez como matador de toros y con Domínguez, á quien había tratado en América, trabajó dos corridas; pero estaba escrito que á este amor novelesco le faltaba el epílogo y un día cuando llegó Rodríguez á la fonda en que se hospedaba en Cádiz, tuvo la ingrata sorpresa de ver su nido vacío. La paloma había volado y de sus investigaciones á los camareros resultó que dos señores bien portados habían llegado á la fonda, hablaron con la limeña reservadamente y después salieron para no aparecer.

El tutor había rescatado su presa y el *Limeño*, ya viendo imposible la unión, decidióse á ir á Malaga. Trabajó en 1855, un año después de su llegada á dicha capital, dos corridas en 3 y 7 de Junio alternando com los espadas *Camará* y *Pepete* sufriendo una cogida en que por fortuna, *Jaquetón*, tercero de los de Concha y Sierra, no logró inutilizarlo, presentándose con valor en el acto de matar pues rindió á la res después de cuatro estocadas cortas y un soberbio volapié, prévios nueve pases de muleta.

Retirose del toreo optando por un empleo en la administración de consumos de Málaga y merced á influencias pasó luego á ocupar un destino en Madrid en uno de los ministerios.

El Limeño tenía una figura muy simpática y llevaba con elegancia el traje torero; capeaba bien y con la muleta sabía defenderse, paraba y era, en fin, lo que se llama un diestro serio y seco; al estoquear arrancaba en corto y demostraba afección á los volapiés aunque por lo general hería con medias estocadas. En la brega poco activo. En su trato era hombre que denotaba buena educación, fino y atento con todo el mundo y no carecía de aptitudes para desempeñar los cargos públicos con que le brindaron sus padrinos y protectores.

Creemos que murió en Madrid en 1869 ó 1870.

Rodríguez, Santiago *(Pelón.)*—Novillero poco conocido que trabaja con fe y con esperanza de ser un buen torero. Así sea.

Rodríguez, Manuel *(Cantares)*. — Es un buen picador de toros cuando quiere, que no quiere siempre. Suele irse á las paletillas intencionadamente cuando pesan mucho los toros, y claro es, los maltrata fuera de ley, echándolos á perder. Como eso no lo hace más que cuando lo tiene á bien, es en las demás ocasiones fiel guardador de los preceptos del arte, y por eso le aceptan matadores de primer orden. Sabe su obligación y vale mucho.

En su casa estuvo depositado el cadáver del malogrado Manuel García *(El Espartero)* hasta que fué conducido á la última morada, sin haberle abandonado ni un momento.

Rodriguez Montero, Pedro.–Por los años 1790 y siguientes era uno de los picadores de vara larga más notables que se presentaban en el coso. Trabajó con los célebres Costillares, Romero y *Pepe-Illo*.

Rodriguez Francisco *(Caniqui)*.—Banderillero andaluz de buenas facultades que trabajó en la cuadrilla del desgraciado *Pepete* y fué compañero de *Bocanegra*, *Lagartijo* y otros espadas. Ha intentado también serlo él; pero la experiencia le ha demostrado que si como banderillero cumple bien, no es lo mismo como matador. Se retiró definitivamente del toreo el año 1866, y murió en la ciudad de Córdoba, de donde era natural. Cuadraba muy bien, pero no medía los tiempos tan perfectamente.

Rodriguez, Rafael *(Mojino)*.—Hijo de Francisco Rodríguez (*Caniqui*), notable banderillero de *Pepete*, y más tarde de *Bocanegra*, *Lagartijo* y otros diestros de merecida reputación. Cordobés como su padre, y banderillero también de excelentes condiciones, era superior clavando á derechas, sin que dejase de clavar sus pares al otro lado cuando los toros lo indicaban. Perteneció á la cuadrilla de Niños cordobeses con Guerra, *Manene* y *Torerito*, recibiendo aplausos por su modo de parear en la Plaza de los Campos Elíseos de Madrid. Manuel Molina le presentó en la plaza como banderillero de su cuadrilla el 20 de Mayo de 1883. Ha figurado además en las cuadrillas de *El Gallo*, *Cara-ancha* y Guerra, siguiendo con éste desde que tomó la alternativa. *Mojino* valía mucho más con los palos que como peón de lidia. Un día, el 31 de Mayo de 1891, al salir de banderillear al cuarto toro, llamado *Regalado*, de Udaeta, en la corrida que se celebró en Madrid, le alcanzó y en el suelo le pisoteó terriblemente, y desde entonces quedó muy resentida su salud, notándose en él un gran decaimiento al mismo tiempo que los esfuerzos hechos para cumplir su obligación. No pudo ya trabajar en 1896, el mal había ido lentamente minando su existencia, y ni baños ni medicinas de ninguna otra clase le atajaron, que falleció en su casa de Córdoba el día 17 de Agosto de 1896, á las diez y media de la mañana. Al día siguiente celebráronse con gran pom-

pa los funerales y la conducción al cementerio, en magnífica carroza, de sus restos, que fueron sepultados en el panteón de familia, é inútil es decir

que la muerte de este banderillero de primera nota fué muy sentida por los amantes del toreo y por cuantos tuvieron con Rodríguez relaciones de amistad ó profesión.

Rodríguez, Juan *(Mojino chico)*.—Empieza con valor y quiere seguir las huellas de su hermano Rafael. No lo dudamos si estudia, que buenos ejemplos tiene que imitar en la tierra en que nació. Arrímese á buen árbol y prosperará.

Rodríguez, Bernardo.—En los últimos años del precedente siglo fué conocido en Andalucía y otras provincias este torero, que era natural de Córdoba. Todavía trabajaba á principios del presente, siendo muy hábil con el capote. Protegíale mucho el vizconde de Sancho-Miranda.

Rodríguez, Juan *(El de los Gallos)*.—Picador muy aceptable que figura en buenas cuadrillas. Sabe más de lo que es menester, que á veces se le va la mano á los bajos, y en ocasiones tiene tal tino que se va al agujero abierto de antemano con otros puyazos. Más conciencia, que no hay precisión de hacer eso para defenderse.

Un hombre que vale tanto como este, no necesita apelar á marrullerías para domar la fiereza de un toro y ahormarle la cabeza.

Rodríguez, D. Ventura.—Célebre arquitecto que floreció en Madrid á mediados del siglo XVIII, y á quien se deben muchos y muy buenos edificios. Bajo su dirección se construyó la plaza de toros que á 182,40 metros del centro de la Puerta de Alcalá, y á su izquierda, formando ángulo con los caminos ó paseos de la Venta y calle de Serrano, hizo edificar Fernando VI para donarla, como lo hizo, al Hospital General de esta corte. Le acompañó en la dirección el no menos distinguido arquitecto don Fernando Moradillo. Nació en Ciempozuelos á 14 de Julio del año 1717, y murió en Madrid en el de 1785, siendo sepultado en la iglesia de San Marcos.

Rodríguez, Francisco *(Pinto)*.—No llegará á ser lo que fueron los buenos picadores que llevaron el apellido que él ha tomado por apodo. Tiene voluntad, cumple bien; pero no sobresale hasta el punto de llamar la atención por su trabajo, si bien hay que conceder que pica en el debido sitio generalmente.

Rodríguez José *(Bebe chico)*.—Lástima que este muchacho sea tan bajo de estatura. Bien se ve en él la buena madera de los toreros de vergüenza que atienden más á la verdad del arte que á las monadas que les desfiguran. Es seriecito, maneja el percal regularmente, no abusa de los pases de muleta (que no remata bien), y entra á matar con guapeza y por derecho. Pocas veces le hemos visto, y en ellas hemos formado la idea de que, á pesar de su conocimiento á pesar de su aplicación no podrá ser buen matador de toros por escasez de facultades. Nació en Córdoba en 1874, y es sobrino carnal del desgraciado José Rodríguez *(Pepete)*, muerto en la plaza de Madrid el 20 de Abril de 1862.

Rodríguez José, *(Pepete)*.—De los matadores de toros que más recientemente han tomado en Ma

drid la alternativa, este es el que presenta más condiciones de formalidad para llenar su cometido. Su larga práctica como novillero le hizo tomar un buen puesto, y puede decirse que há llegado al doctorado por sus pasos contados. Es eficaz en los quites, no se embarulla, pasa de muleta regularmente, y casi siempre afianza bien las estocadas, entrando por derecho; pero le falta

aprender las reglas exactas del volapié y de la suprema suerte y aparentar menos frialdad, ya que hoy se aplaude á la gente alegre y bullidora aunque valga poco. Promete ser algo; el tiempo dirá si abandona la frialdad que le domina.

Tomó la alternativa en Madrid el día 3 de Septiembre de 1891, es natural de San Fernando, donde nació el 14 de Mayo de 1867, y es modesto, afable y de buen trato, según nos aseguran.

Rodríguez Ayuso, D. Emilio.—Arquitecto madrileño, jóven é inteligentísimo en su noble profesión. Con su compañero Alvarez estudió y llevó á efecto la construcción de la soberbia plaza de toros de Madrid, que tanto ha enaltecido el nombre de dichos señores, y á ambos cabe por igual la gloria y plácemes que todo el mundo les ha tributado con justicia. Nació en Madrid el 28 de Septiembre de 1845, y tomó el título de arquitecto en 1869. Murió en 1890.

Rodríguez García, José *(Tabardillo).*—Este picador de toros es más conocido como rejoneador y alanceador, cuyas suertes ha practicado con notable pericia y arrojo. Nació en Sevilla en el año de 1848 siendo hijo de D. Manuel y de doña María del Carmen, parroquianos de la de Santa Cruz de aquella ciudad. Picó por primera vez en Marchena el día 16 de Agosto de 1870, alternando con Pinto, Onofre y *Bastón*; después de haber sufrido año y medio en cama, á consecuencia de una cogida que en faena de campo le causó un toro de la ganadería de D. Juan Montes, toreó en diferentes plazas, hasta que en 1881 se decidió á la compra y venta de objetos de artes y antigüedades, en que parece muy entendido, lo cual no estorbó que en las fiestas del Centenario de Calderón rejonease toros con sin igual maestría y más tarde sostuviera competencia con los rejoneadores portugueses. Tiene un trato muy distinguido.

Rodríguez Ayllón, Raimundo *(Valladolid).*—Nació en Tordesillas (Valladolid), no sabemos en qué fecha. Estudió el bachillerato hasta el tercer año, y luego trabajó como mecánico en los talleres del ferrocarril del Norte; sirvió en el ejército hasta 1877, y llevado de su afición al toreo tomó parte desde entonces en muchas novilladas, trasladándose á Madrid para más adiestrarse, como lo consiguió en la plaza de los Campos Elíseos. Cuando ha trabajado en la grande, en la de la Diputación provincial, ha demostrado valor, no escaso conocimiento, y siempre buenos deseos, tanto en banderillas, con las que ha dado bien el quiebro en la silla, como matando. No pensó en tomar la alternativa, é hizo bien, porque como matador de toros en novilladas cumplía muy á satisfacción del público, y seguramente no sucedería eso en corridas de primer orden. Era modesto, afable y bien educado. Murió en Madrid, á consecuencia de un ataque de disnea, el 25 de Abril de 1893.

Rodríguez Pérez, F.—No tenemos de este picador más noticias que la de haber visto su nombre en carteles de la plaza de Madrid del año 1795, con dicha inicial de su nombre.

Rodríguez, José María.—Fué picador con el espada Pedro Romero á fines del siglo pasado. En Madrid tomó la alternativa en 1799. No han llegado á nosotros noticias de su mérito y demás circunstancias.

Rodríguez Alegría, Francisco *(Cu de Chumbo).*—Célebre empresario de pegadores é indios bravos (?) con los cuales recorrió las plazas de Portugal, España y México, contando con algunos ca-

balleros rejoneadores, entre ellos el renombrado Antonio d'os Santos. Era sevillano, y de joven pasó, como otros, á vivir en Portugal, donde en 1823 quiso ser banderillero, *sin lograr nunca poner un par completo*, y más tarde contratista de la plaza de toros del Campo de Santa Ana, con varia fortuna. Murió en 1864.

Rodríguez, Juan Miguel.—En la mitad del siglo XVIII se conoció á este banderillero sevillano. Fué padre de los nombrados Cosme y José María, tío del célebre *Costillares* y padre político del afamado *Curro Guillén*. En 1734 le concedió el rey Felipe V una pensión vitalicia de 100 ducados; y hay noticias de que uno de sus mismos nombre y apellido mataba toros en 1775

Rodríguez la Orden, D. José.—Escritor sevillano muy distinguido, y revistero de mucho ingenio, que firma con el pseudónimo *Carrasquilla*. Las revistas que publica en el periódico *El Baluarte* rebosan gracia y son muy buscadas y comentadas por los aficionados. Como otros muchos revisteros, se fija más en la parte literaria y en los chistes que brotan de su especial talento, que en el fondo del arte taurino.

Rodríguez, Manuel (*Nona*).—Notable banderillero entre los que formaban parte de la cuadrilla que á fines del pasado siglo dirigía el célebre *Costillares*. *Nona* debió ser tan buen torero, que su nombre ha venido sonando como especialísima muestra de banderilleros; ha sido cantado en letrillas y romances; se han hecho de él retratos por grandes pintores, y hasta la escultura le ha modelado notablemente en un precioso retrato que con otros se conserva en la Alameda del duque de Osuna, situada junto á la capital de España.

Rodríguez, Andrés.—Fué natural de Córdoba este banderillero aventajado, que trabajaba á fines del siglo próximo pasado con general aceptación. Algunos le daban el apodo de *Manos de gallo*.

Rodríguez, Francisco (*Tocino*).—Era un buen banderillero cordobés de la época de los Romeros. Suena aun su nombre, pero sin detalles de ninguna clase.

Rodríguez, Antonio (*Antoñín*).—Buen mozo, y usando siempre costosos y bonitos trajes. Fué un picador aceptable, que si bien no tomaba grande empeño en buscar las suertes, no las rehuía cuando se presentaban. Trabajó por los años de 1824 en adelante, y murió en Madrid después de haberse retirado de su profesión, allá por los años de 1846 al 50.

Rodríguez, Francisco.—Uno de los picadores que componían parte de la cuadrilla de Jerónimo José Cándido á principios del siglo actual. Hizo su presentación en la plaza de Sevilla el 5 de Octubre de 1799, en la función que dió la Real Maestranza, con motivo de la fiesta de su patrona la Virgen de los Remedios.

Rodríguez, Santiago.—Banderillero cordobés, conocido en el último tercio del precedente siglo, sin que sepamos nada acerca de su mérito.

Rodríguez, Santos.—El matador Juan Núñez (*Sentimientos*), dió á conocer á este muchacho como estoqueador, alternando con él en Sevilla el 17 de Diciembre de 1820. No hizo progresos.

Rodríguez, Antonio (*El Tilis*).—Uno de tantos como en todas partes, y especialmente en Andalucía, se han arrojado á matar toros, sin más protección que su buena suerte, ni más inteligencia que su arrojo. Así salió ello: ni ha sido matador, ni siquiera torero adelantado y ya nadie habla de él más que como recuerdo.

Rodríguez, José (*Pepete*).—Siempre que ha de hacerse mención de las desgracias ocurridas en las fiestas de toros á los lidiadores que en ellas tomaron parte, cítase el nombre de *Pepete* tras el de *Pepe Illo*. Uno y otro perecieron en la arena jóvenes, fuertes, con sentimiento de cuantos lo presenciaron, y mucho más de los que frecuentaban su amistad. El primero, ó sea *Pepete*, no había llegado, sin embargo, en su arte á la altura que el célebre maestro; pero el horror de la desgracia hizo sentir por igual la pérdida de ambos hombres. Ya dejamos dicho, al hablar de *Pepe-Illo*, cuáles fueron las terribles circunstancias de su muerte; ahora nos toca referir las que ocasionaron la de Rodríguez (*Pepete*); pero antes relataremos los accidentes de su vida torera.

Nació José Rodríguez y Rodríguez en el barrio de la Merced, de la ciudad de Córdoba, el dia 11 de Diciembre de 1824. Sus padres José Rodríguez, del mismo apodo, tratante en ganados, y María del Rosario Rodríguez, procuraron educarle con arreglo á su clase y dedicarle al tráfico que les

proporcionaba su subsistencia; y en los primeros años de su vida obedeció, pero antes, mucho antes de que le apuntara el bozo, se decidió á ser torero, y á conseguir este fin se encaminaban todas sus aspiraciones.

Al que haya visto despacio lo que es el barrio de la Merced en Córdoba, no le extrañará seguramente la determinación de *Pepete*. Es aquel un centro en que la afición al toreo está tan desarrollada ó más que en cualquier otro punto de España. En él no se habla de otra cosa que de reses bravas, de lidias de toros, de becerradas, de tientas y de acosos; allí viven las familias de todos los toreros cordobeses, y puede decirse con seguridad que en aquel arrabal las castas que le pueblan tienen todas sangre torera. En el barrio de la Merced han nacido los que se llamaron Rodríguez, los Bejaranos, los Luques, los Fuentes y los Molinas, á fines del siglo anterior y á principios del presente; en el mismo barrio han nacido sus descendientes, y en él se han propagado y multiplicado las castas notables en el arte que llevan dichos apellidos, según hemos indicado. Es disculpable, por lo tanto, la inobediencia de *Pepete* á sus padres; y mucho más, si se tiene en cuenta que el 1.º de Diciembre de 1844, á los veinte años de edad, casó *Pepete* en la dicha iglesia con Rafaela Bejarano, cuyo apellido es bien conocido como perteneciente á familia de toreros de Córdoba, y por lo tanto, quedaba emancipado. Estaba, pues, entre toreros, era muy aficionado al arte, tenía valor para presentarse ante las reses; ¿por qué no había de ser torero?

Como habrán observado nuestros lectores en las biografías que preceden, en la descripción de actos particulares de cada individuo procuramos ser muy parcos: y continuando ese sistema referiremos de *Pepete* lo importante, como hemos hecho de los demás espadas.

Dedicado resueltamente al arte de torear José Rodríguez, fué un banderillero regular, y nada más, por espacio de tres ó cuatro años. *Cuarteaba* bien, *paraba* y clavaba en regla, es decir, con buen arte; pero no medía bien los tiempos, se anticipaba al tomar la suerte y retrasaba en las salidas. En 1847 mató con Antonio Luque (*El Camará*), y en tal concepto trabajó en diferentes plazas, alternando también en 1850 en Sevilla con Juan Lucas Blanco; pero su alternativa data del año 1851 en que la tomó en Madrid. Toreó, unas veces tomando plazas en arrendamiento como empresario, y otras ajustado por las Empresas, viniendo en este concepto á Madrid en 1853 y en 1856. Desde que le vimos por primera vez en 1848, siendo banderillero de Luque, comprendimos que había en él sobrado valor, mejor diremos, arrojo, muchas facultades, grandes deseos, pero escasos conocimientos. Estos últimos podía adquirirlos, y grandes fueron nuestras esperanzas cuando en 1850 le admitió en su cuadrilla como banderillero el inolvidable José Redondo (*El Chiclanero*), porque al lado de este torero excepcional mucho podía aprender *Pepete*.

Por desgracia para éste, trabajó muy poco tiempo al lado de aquél; volvió á ser espada, alternó con Lucas Blanco en el mismo año, y apareció en Madrid como matador por primera vez en 1851, recorriendo en años sucesivos otras plazas de capitales de provincias, en que fué aplaudido, más por su valor temerario que por su inteligencia en el arte. El juicio que mereció entonces á la mayoría de los inteligentes, fué el que escribió un conocido aficionado en los siguientes términos: «Alto y desgarbado, frío y descompuesto casi siempre, no le falta valor, y se para y cita como el que quiere *recibir* toros; y los *recibiría*, si diese las salidas con la muleta y no huyese el cuerpo con tanta anticipación. Es modesto, y desea complacer al público trabajando cuanto puede y sabe, si no con gran inteligencia, con sobra de voluntad.»

Continuó *Pepete* toreando en los años sucesivos, sin adelantar nada en conocimientos, aunque más parado y atrevido cada día, y en 1862, por su desgracia, fué contratado por la Empresa de Madrid.

En la primera corrida de temporada, que se celebró en 20 de Abril, el segundo toro de la tarde, llamado *Jocinero*, de la ganadería de Miura, y cuya reseña hacemos en el lugar correspondiente, se paró en los tercios de la plaza últimamente derribada, frente al tendido número 14; salió á la suerte el picador Antonio Calderón, y al poner la vara, cayó al suelo con el caballo, en que empezó á cebarse el toro; en aquel momento, advertido *Pepete* por los aficionados del tendido número 1, con quienes estaba hablando, del peligro en que se hallaba Calderón, salió con el capote arrollado al brazo en recta dirección al toro; pero éste le vió, dejó al caballo y al picador caído en tierra al descubierto, avanzó rápidamente, cortando terreno, al lidiador, y éste, que no supo ó no pudo cambiarse, lejos de esquivar la salida natural del toro, encontróse con él de frente, siendo enganchado con el cuerno derecho por la cadera derecha, en que sufrió un ligero puntazo, volteado, sin caer al suelo, sobre la *cuna*, á que procuró agarrarse, trasladado al cuerno izquierdo, que le hirió la tetilla del mismo lado, y resbalando en una costilla, penetró por bajo de ella, causando al infortunado torero una gran cornada que le destrozó el corazón, arrojándole al suelo. Levantose con trabajo, se llevó la mano á la frente y de allí al costado, y con paso incierto marchó sólo seis ú ocho metros, viniendo á caer, casi muerto, en la puerta de Madrid, llamada tambien de Alguaciles, debajo de la

Presidencia, arrojando sangre por la boca, é hiriéndose en la frente al dar con ella en el estribo de la barrera. Recogido inmediatamente y conducido á la enfermería, se le administró la Extremaunción: y al reconocerle los médicos, falleció, siendo la hora de las cinco y diez minutos de la tarde, tres minutos después de la cogida, repartiéndose los aficionados la faja hecha pedazos, y logrando después el marqués de Villaseca el chaleco en que se ve la cornada; prenda que poseyó hasta su fallecimiento el Sr. D. José Carmona.

La impresión que en Madrid hizo esta desgracia fué tan grande, que hasta en las Cortes habló entonces contra las corridas de toros el eminente orador D. Salustiano Olózaga, y en la prensa se sostuvieron polémicas acaloradas sobre el mismo tema. Verdad es que hacía muchos años que Madrid no había presenciado la muerte en el redondel de ningún lidiador que, como éste, deba á su desgraciado fin tan funesta celebridad.

Ocupan sus restos el nicho número 7 de la cuarta galería izquierda del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Ginés de Madrid, y su conducción al enterramiento merece describirse. No fué amortajado con el traje amaranto y oro que llevaba el día de la cogida.

El lunes 21 de Abril, día siguiente al de la catástrofe, fué el designado para la conducción del cadáver, desde el Hospital General, donde se hallaba depositado, al referido cementerio. Dos horas antes de la señalada, las inmediaciones de dichos locales y todas las calles del tránsito que había de llevar el féretro, estaban cuajadas de gente, á pesar de que la distancia que recorrió es muy larga. El suceso, como hemos dicho, impresionó mucho en Madrid, pueblo que á su natural deseo de *curiosear*, añade la extremada simpatía que siente por toda clase de desgraciados. En esto hay que hacer justicia á la corte: pueblo habrá tal vez con menos vicios, pero ninguno con más virtudes.

Sacaron el cadáver en hombros á las seis menos cuarto de la tarde, para colocarle en el carro mortuorio, los picadores Antonio Calderón, Bruno Azaña, Mariano Cortés y Antonio Osuna, yendo al lado Antonio Arce: presidió el duelo Cayetano Sanz, llevando á su derecha á Angel López *(Regatero)*, y á la izquierda á Gonzalo Mora; siguiéndoles cuantos espadas, picadores, banderilleros, puntilleros y chulos se hallaban en la corte, todos á pie y detrás del carro fúnebre; á los costados, llevando las cintas, iban Domingo Vázquez, Juan Yust, Francisco Rodríguez *(Caniqui)*, Pablo Herráiz, Francisco Torres y Benito Garrido; y estos mismos banderilleros fueron los que bajaron la caja del carro fúnebre; y por último, cerraban la comitiva muchos aficionados, entre los que se trasladó forzosamente á un coche al matador Antonio Luque *(El Cúchares de Córdoba)*, primo hermano del difunto, que se afectó profundamente al presenciar tanta demostración de simpatía por su pariente Rodríguez.

¡Lástima de hombre! Un descuido le costó la vida; pero no pudo perderla más noblemente: á costa de la suya, salvó la de su compañero.

¡Rasgo sublime, muy común en los toreros!

Rodríguez, Juan *(El Templao.)*—En su país (Córdoba), adquirió en muy poco tiempo fama de buen picador, más por bravo y duro que por conocedor de las reses. Esto último lo da el tiempo y la afición, pero teniendo más que la por él demostrada en muchos años. Pasó como otros muchos, sin formarse reputación.

Rodríguez, Antonio *(Moritos).* — Banderillero principiante. Corre sin tino, salta sin medida y se atolondra muy pronto. Menos viveza y más calma necesitaba, y como no ha sabido pararse á reflexionar, paró en su carrera, y se quedó muy al principio.

Rodríguez de Guzmán, D. Manuel.—Pintor de género. Murió en Madrid á fines de 1866; nació en Sevilla en 1818, y fué discípulo de aquella Escuela de Bellas Artes, y de D. José Domínguez Bequer. En 1854 pintó dos cuadros alusivos á la fiesta de toros, que pagó á buen precio el entonces embajador inglés en nuestra corte.

Rodríguez Peixinho, Rafael.—Banderillero portugués de mucha voluntad y demasiado arrojo; cuarteaba bien y no cuadraba mal, prometiendo ser un buen torero. Era sobrino del famoso Peixinho, pero no ha llegado adonde éste. Trabajó por primera vez en la plaza de Moita (Portugal) en 15 de Septiembre de 1876.

Rodríguez, Antonio *(El Nene).*—Es un picador de toros que empezó á trabajar por la tierra de María Santísima, con muchos deseos y buenas facultades, en el año de 1877. ¿De qué le han servido unos y otras?

Rodríguez, Jerónimo *(El Frutero).*—Picador moderno en novilladas, que hasta ahora no se distingue en nada que demuestre conocimientos.

Rodríguez Casanova, D. José.—No podemos recordar el título de un periódico taurino que este

buen aficionado escribía en Madrid hace más de diez años; sólo sí, que entre los entendidos que en gran número formaban tertulia en la tienda de comercio de Pellico, en la calle de Sevilla, gozaba fama de muy inteligente en cosas de tauromaquia.

Rodríguez, Timoteo.—Es conocido como matador de toros, en algunas plazas de los estados americanos. ¿Vale algo? No lo sabemos.

Rodríguez, Rafael *(Faillo).*—Antiguo banderillero, de regulares condiciones. Falleció repentinamente en la calle de Sevilla, de Madrid, el día 5 de Mayo de 1895.

Rodríguez, Antonio *(Salerito).*—En cuadrillas de segundo orden está haciendo su aprendizaje, corriendo toros y clavando banderillas, si no con acierto, al menos con buena voluntad.

Rodríguez, Francisco *(Torero de San Lorenzo).* Era cordobés, corría toros, intentaba poner banderillas y tenía conatos de matar en novilladas. ¿En qué pararon sus tentativas? En una tísis galopante que le llevó al sepulcro en el mes de Julio de 1896.

Rogel, José *(Valencia).*—Se ha hecho este muchacho un banderillero de primera en muy pocos

años. Trabaja con fe, se atreve con valor, y no ignora por dónde se va á todas partes. Algo se retrasa en las salidas al clavar los pares, entregando el costado, y aunque esto no es siempre, bueno es que lo tenga presente en todas ocasiones. Nació en Valencia, y de ahí le viene el mote, pero se crió en Madrid desde sus primeros años y á los pocos años de ejercer el oficio de pintor revocador, hízose la cuenta de que tan expuesto se está el obrero en un andamio, como el torero en la plaza, ganando el último más en menos tiempo; y alentado por el matador de novillos *Valladolid*, se acostumbró á correrlos y parearlos siendo visibles sus adelantos, por lo cual matadores de toros de primera nota han acudido á él como suplente, para casos de necesidad, hasta que definitivamente ingresó en la del reputado espada Manuel García *(El Espartero)* que comunicaba su valentía á sus cuadrillas, como el General á sus soldados. Rogel, sin embargo, debe continuar estudiando unos cuantos veranos, antes de decidirse á ser matador de toros, si es que piensa llegar á ese punto; para no quedarse en el montón, que no para aun lo suficiente, ni con el capote da lances á pie quieto, con la soltura y parsimonia que el arte requiere. Esto no se aprende en un día, pero ese mozo lo aprenderá, si reflexiona que es dispuesto para ello.

Rocher, Jerónimo *(Curro).*—Picador de novillos con más ánimo que inteligencia, que no ha adelantado gran cosa, á pesar de que algunos toreros creían se haría pronto notable. Pronto decían, y en seis años no ha dado señales de vida siquiera.

Rojas, Domingo.—Lo mismo servía este puntillero para dar el cachete, hace unos cuantos años, que para echar capas ó clavar pares de rehiletes, sin ser en todo más que una cosa regular, pero no despreciable.

Rojas, Manuel *(Añagaza).*—Torero sevillano de los que aquí llamamos de invierno, que en varios pueblos de Andalucía toreó con el *Gordito*, siendo éste niño, por el año de 1848, poco antes ó después.

No sabemos qué ha sido de él, al cabo de tantos años.

Rojas, Pedro *(Recorte).*—También llaman á este banderillero *Regaterillo* y hacen mal, que ya lleva el mote por derecho propio Luis Recatero. Quédese con *Recorte*, haga pocos de estos y aplíquese, que hacen falta buenos toreros, y hasta ahora no sobresale ni por bravo ni por entendido.

Rojas, Jerónimo *(Rojitas chico).*—Quiere ser banderillero y lo será, si un mal percance no lo im-

pide, ó no se echa atrás. Hasta ahora demuestra buenos deseos, y nada más.

Rojas, Ginés *(Minuto)*.—Mata novillos con más fortuna que arte. Uno de tantos. Ignoramos si los dos anteriores y siguiente, son parientes ó no.

Rojas, Alberto *(Colón)*.—Matador novillero, atrevidillo, sin arte, pero aplicado. De poco le servirá esta circunstancia si no tiene maestros, ni libros ni nada para formar su educación torera. Oiga los consejos de quien más sepa, que nadie nace enseñado.

Rojo.—Pinta de la piel del toro, de un color castaño muy encendido. Conócese más generalmente por colorado, y en Castilla por *jijón* á cuya voz remitimos a nuestros lectores.

Roldán, Rafael *(Quilín)*.—Muy conocido entre sus amigos. No hemos visto trabajar á este picador más que dos veces y por lo tanto nos abstenemos de calificarle, hasta que la ocasión sea propicia, si es que continúa en el oficio.

Román, Simón.—Picador de la cuadrilla de Ponciano Díaz, jinete consumado y valiente con los toros de las haciendas americanas, ha recogido aplausos en las plazas de América donde se ha presentado.

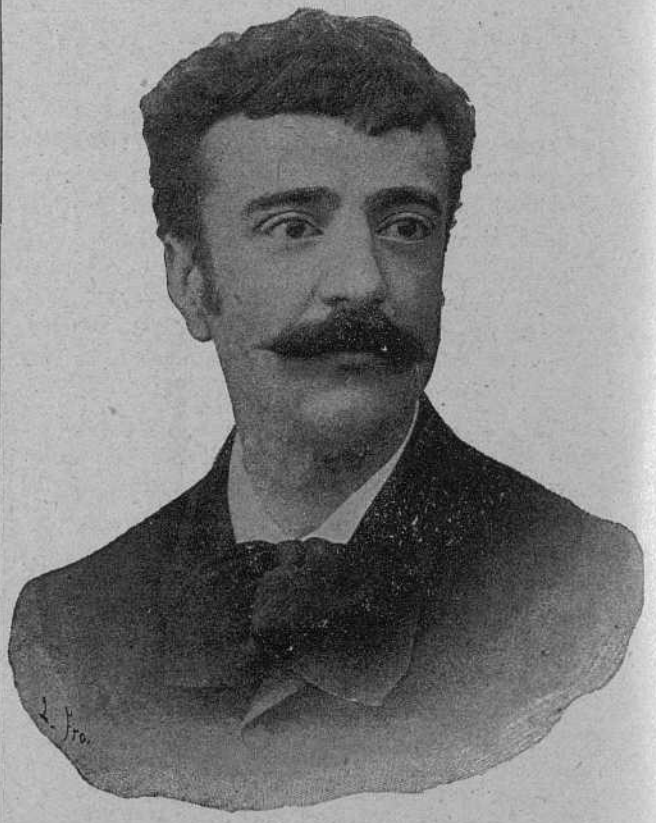
Román José.—Matador de toros en novilladas desde hace diez ó doce años. En 8 de Octubre de 1882 mató con Cineo y *Avilés* en Sevilla, siendo banderillero *El Espartero*. Este subió á los primeros puestos, aquél no pasó de los primeros escalones.

Román, Juan.—Lo mismo que el anterior, mata novillos y sigue sus mismos pasos. Tiene en su abono, que es más moderno para aprender.

Romana.—Dícese que es de poca ó mucha romana el toro flaco ó gordo, según los casos. (Véase Kilos.)

Romea, D. Julián.—Bien merece el aplaudido autor del graciosísimo sainete *El padrino de «El Nene»* figurar en este libro, puesto que, con especial talento, ha pintado magistralmente escenas taurinas de tal naturalidad y sobresaliente relieve, que no es posible acercarse más á la verdad. Gran fama tenía adquirida como actor cómico, y buen nombre como autor de obras escénicas, pero ninguna como la antedicha, le ha dado título más justo, para honrar nuestra obra.

Sobrino carnal y ahijado del gran actor, de imperecedera memoria, que enalteció la escena española, hasta el punto de que no ha habido quien después le iguale; de aquél celebérrimo actor llamado también Julián Romea que admiraremos siempre cuantos tuvimos la dicha de conocerle,



se ve, en el que con gloria lleva hoy el mismo nombre, aquel destello de ingenio y de inteligencia de que tantas muestras dieron todos los que de tal progenie descienden; que hay familias en que parecen vinculados esos dones por privilegio del Poder Supremo.

Nació en Zaragoza en 18 de Julio de 1850 del matrimonio de D. Mariano Romea y Doña Trinidad Parra; fué cadete de infantería en 1864 y estudiante de derecho hasta 1870, pero sintiendo irresistible inclinación al teatro, salió á la escena en 3 de Noviembre de 1871 acompañado de su tía Doña Matilde Díez, «la perla del arte» y del distinguido actor D. Manuel Catalina, siendo recibido con aplausos que le alentaron á continuar en una carrera en que tantos laureles le esperaban. No se contentó con los que como actor le tributa siempre el público, quiso hacer más, y aprovechando la

gran ilustración y las lecciones de harmonía que le diera el maestro D. Emilio Arrieta, ha escrito y compuesto la musica de treinta y nueve obras de verso y músicales, algunas tan celebradas como *Niña Pancha, Los Domingueros, ¡Olé Sevilla! La hija del barba* y *La segunda tiple.*

Con *El padrino de «El Nene»* ha puesto el sello grande á su reputación bien cimentada y ha acreditado su afición y conocimientos en el arte que profesaron Romero y *Costillares,* y del que es ardiente partidario.

Romero, Francisco.—En diversos sitios de la presente obra hemos dicho que cuando las lidias de toros se formalizaron en plazas cerradas, sólo los caballeros tomaban en ellas participación, ya alanceándolos y más tarde rejoneándolos á caballo, ya matándolos á golpes de espada cuando tenían necesidad de usar ó llevar á efecto el caso de compromiso, á que dieron el nombre de *empeño de á pie.* Los peones que les axiliaban suministrándoles lanzas ó rejones, llevándoles los toros; apartándoselos; en una palabra, haciendo lo que ahora hacen con las capas los banderilleros, eran gente baja, llamada entonces la plebe, que por un precio convenido sacrificaba su vida por salvar la del señor. A esta clase de gente se refieren las leyes que los infamaron, y estos hombres son los que concluían con las reses desjarretándolas, cuando no habían podido concluir con ellas los caballeros.

Pero ya en el siglo XVII hubo otra clase de hombres que, sin pertenecer á la nobleza, eran bien considerados por la misma, como honrados menestrales, solícitos labradores ó notables hijosdalgo, que no *luchaban* con los toros martirizándolos con desjarretadera, rejones, lanzas ni venablos, sino que los *lidiaban* y burlaban con rápidos *recortes,* y les daban muerte de una cuchillada, despues de haberlos *parcheado* y puesto arpones con singular destreza. Aunque los caballeros prefirieron siempre como más noble la lidia á caballo, admiráronse al ver la singular destreza de algunos hombres que, escoteros y sin auxilio de nadie, burlaban fieras tan potentes como los toros, las cansaban y rendían y concluían por matarlas diestramente, sin dar el repugnante espectáculo de oponer la fuerza á la fuerza, sino al ímpetu brutal de la fiera, la serena inteligencia del sér más privilegiado de la creación. Y esta fué la razón de que muchos caballeros principales apadrinaran y protegieran á hombres tan bravos é inteligentes.

A este número perteneció Francisco Romero, natural de Ronda, primero de los de su apellido á quienes cupo la suerte de ensalzar el arte del toreo hasta una altura como la que ha tenido y tiene en la actualidad. Fué de oficio zapatero, y tan aficionado á ver las lidias taurinas, que siempre que los caballeros daban espectáculos de esta clase procuraba presenciarlos, rogándoles permiso para la entrada, aun á trueque de servirles de escudero, paje ó auxiliador. En poco tiempo llegó, por su valentía, por su serenidad y sobre todo por su inteligencia, á captarse las simpatías de los caballeros maestrantes de Ronda, cada uno de los cuales quería siempre ser asistido por Romero en todas las ocasiones á que su valor les llevaba á lidiar toros.

Convencidos de que el joven menestral era en el toreo una notabilidad, hicieron de él un torero de tan universales simpatías y profundos conocimientos, que su nombre empezó á sonar en todos los pueblos como el más aventajado en tan difícil arte, y entonces Romero se dedicó de lleno á una profesión que tantos lauros le proporcionó durante su vida. Si diestro fué capeando reses, no lo fué menos *parcheándolas* y poniendo rehiletes.

Comprendiendo su imaginación que para muchos espectadores era repugnante ver atravesar un toro varias veces por el cuello para darle muerte, inventó el modo de matar de frente con el auxilio de la muleta y de una sola estocada.

El resultado fué felicísimo, y pocas veces, desde entonces, han abandonado los matadores la muleta.

Niegan unos, al paso que otros afirman, que Francisco Romero fuese ó haya sido el primero que diese muerte al toro cara á cara con el estoque y la muleta; y si bien es difícil conceder ó negar con verdadero conocimiento lo que haya de cierto en el particular, nosotros, contra la respetable opinión del que contradice el aserto, nos inclinamos á creer que realmente Romero fué el primero de los toreros *de oficio* (entiéndase bien) que estoqueó cara á cara *con muleta.*

Nos fundamos en que si es verdad que cuando D. Nicolás Rodrigo Novelli escribió su *Cartilla de torear* (1726) fué la época en que, según *Abenamar,* empezó á sobresalir Francisco Romero, ni los vascongados ni sevillanos de que habla un autor eran entonces toreros, ni lo podía ser Bellón, que lucía sus conocimientos cuarenta años más tarde, padeciendo en esto una equivocación de fechas, que trastrueca completamente el conocimiento de las épocas.

Para comprobarlas y sostener nuestra opinión, nos fijamos en que siendo Pedro Romero, hijo de Juan y nieto de Francisco, en el año de 1766, de doce años de edad, su padre habría de tener lo menos treinta, y su abuelo cincuenta; y de este modo se comprende que en 1726, contando veinte años el Francisco (que más serían, porque hemos fijado cortas edades á todos para mejor entendernos), se distinguiese, como dice *Abenamar,* y ma-

tase el primero cara á cara los toros con estoque y muleta (1).

Bien mirado, antes que él no hubo toreros retribuídos, propiamente dichos, que fueran inteligentes; y nada importa al objeto de impugnar la aseveración que sostenemos, el que el abuelo del célebre escritor Moratín, ni otros nobles caballeros, matasen de dicho modo los toros, porque éstos no eran *toreros*, y los que lo fueron, como Bellón, Leguregui, *Martincho* y otros, torearon más tarde que Francisco Romero; así que no es aventurado afirmar que éste fué el primer torero conocido, desde que se regularizaron estas fiestas á principios del siglo XVIII, que usase la muleta para matar toros.

Bravo siempre, conocedor cual ninguno del instinto de las reses, y con una serenidad á toda prueba para ver llegar, esperaba cara á cara, y dando salida con la muleta, hundía firmemente el estoque en la cerviz del toro, que casi nunca necesitaba para caer que se reprodujese la suerte.

Es verdad que antes que Romero mataron otros caballeros toros á pie, á veces de una sola estocada; pero no consta en parte alguna que lo hicieran con muleta; y lejos de eso, hay certeza de que lo verificaban del modo que minuciosamente describimos en la voz Empeño de á pie.

El modo de matar con el auxilio de la muleta es noble, porque al hombre, colocándose frente á frente del toro, le ayudan más su inteligencia y serenidad que las armas de que se vale; y por el contrario, la práctica anterior al invento de la muleta era en cierto modo aleve, puesto que casi siempre se procuraba tapar con capa ó ferreruelo la vista de la res para darle muerte á mansalva, lo cual además se realizaba con ancho machete tajante y punzante. Alguna vez huyendo el cuerpo, ó como ahora decimos, *libres de cacho*, mataron los caballeros, y aun los toreros de oficio, toros de una estocada, pero no esperando frente á frente, y á pie quieto, como Francisco Romero.

La vida tauromáquica de este gran hombre fué una serie no interrumpida de aplausos y de admiración; en cuantos pueblos, villas y ciudades toreó, en otros tantos consiguió de tal manera arrebatar al público, que bien puede decirse fué el fundador del toreo moderno. No hay noticia de que sufriese cogida grave, ni herida de consideración; y antes de retirarse del toreo, en cuya profesión se ocupó lo menos treinta años, enseñó las principales reglas del arte prácticamente á su hijo Juan, hombre especial para estar al frente de otros, ordenarlos y dirigirlos.

(1) Algún autor ha dicho que Francisco Romero nació en 1686. Si así fuese, tarde se dió á conocer como matador de toros. Nos inclinamos á creer como más probable su nacimiento el año de 1700.

Francisco Romero murió de edad avanzada, querido de cuantos le conocieron, y con la aureola de los bravos y de los inteligentes.

Romero, Juan.—Hijo de Francisco, natural como éste de la ciudad de Ronda. Heredó de su padre el valor y la destreza para torear, y perfeccionó mucho este arte. Siendo ya casado, empezó á alternar con aquél, sirviéndole de segundo espada, y más tarde, puesto al frente de una cuadrilla bien organizada, en que colocó á los mejores toreros de la época (segundo tercio del siglo pasado), recorrió diferentes capitales, ganando fama y dinero, especialmente en Madrid, Valencia, Zaragoza y Navarra; pues como dice muy bien un distinguido escritor, «ya no era la lid á todo trance del osado *Martincho* la que aplaudia el pueblo, sino el arte contra el instinto en toda su riqueza de recursos, y en la organización, que conduce á sucesivos ade, lantos». Madrid le distinguió tanto, que casi siempre, mientras él pudo trabajar, le tuvo ajustado hasta que su hijo Pedro, lumbrera del toreo, que empezó á brillar en el último tercio del pasado siglo, vino á sustituirle dignamente. Murió Juan Romero en su casa tranquilamente á la avanzada edad de ciento dos años.—Otro escritor asegura que este diestro apareció en Madrid por primera vez en la plaza inmediata á la casa del duque de Lerma, más abajo de la plaza de Anton Martín, cuyo toril era la que hoy se llama calle del Tinte.

Romero, Pedro.—Si con justicia se ha llamado por muchos aficionados al célebre Francisco Montes el «Napoleón de los toreros» para significar la superioridad que ha tenido sobre sus compañeros de profesión, al insigne Pedro Romero debiera considerársele en el arte como á un César ó Alejandro. Parecerá exagerada nuestra aseveración; pero de tal modo hemos oído hablar del mérito de tan aventajado lidiador, de tal modo le ha ensalzado la pluma y el buril, que no hay más que reconocer en Romero una inteligencia superior en el arte: que la fama no se adquiere en un día, aunque puede perderse en menos tiempo.

La de Romero, comparada con la de los grandes diestros que brillaron en su misma época, se mantuvo siempre á la misma altura. Comparada con la de los que después le han sucedido, no puede tampoco considerarse rebajada; porque si alguno llegó hasta él, si alguno pudo sobrepujarle, á Romero se lo debió, que fué su maestro.

Pedro Romero, que en el arte de torear llegó al límite que pocos alcanzan, nació en la ciudad de Ronda, provincia de Málaga el día 19 de Noviembre de 1754. A los quince años era ya un hombre

formado, robusto, fuerte y de elevada estatura, tan aficionado á las corridas de toros, que á cuantas podía procuraba asistir, tomando en ellas parte cuando eran novilladas; y de tal modo adelantó, que á los diez y seis años de edad fué contratado como banderillero en la plaza de Ronda, dándole desde entonces lecciones su padre Juan, que no tardó en incorporarle á su muy distinguida cuadrilla. Después de presentarle en algunas plazas, le trajo á Madrid, donde su presencia en el redondel llamó desde luego la atención, porque los inteligentes vieron en él gran serenidad, mucha ligereza y firmeza de piernas, y sobre todo, mucho arte y un especial manejo de la muleta, que era la muralla que siempre le defendía de los ataques de la fiera.

Su toreo, es decir, su modo de torear, era parado, tranquilo, sereno y ceñido, preparando á su antojo las reses para la muerte con solo la muleta, y haciendo los *quites* á los picadores oportunamente, pero con calma y sin acelerarse. Dice un autor que su privilegiada inteligencia alcanzó la forma de adherirse todo lo útil y conveniente de la tauromaquia *movida* sevillana, sin desnaturalizar con ello el carácter intrépido y mesurado de su escuela. Y añade que así dominaba á sus émulos teniendo lo suyo y lo aprendido en una combinación segura y magistral.

Todo el mundo sabe que á Pedro Romero le hacían la guerra en su arte cuantos toreros de fama había en su tiempo; que *Costillares*, *Pepe Illo*, Conde, Garcés y otros, apuraban hasta donde podían sus conocimientos taurinos, sus gracias y sus recursos para vencer á Romero; pero la inteligencia de éste, su sangre fría, dominaban completamente á los públicos de España, y en muchas ocasiones todos sus compañeros tuvieron que agradecerle les salvara la vida, y en otras, que diera muerte á las reses que ellos no pudieron estoquear.

Ha circulado por la prensa española y extranjera una carta que se supone escrita por Pedro Romero, con motivo de su competencia con *Pepe Illo*, y de la cual extractamos los siguientes párafos:

«En el año 1778 conocí y trabajé, en mi ejercicio de matador de toros, en la plaza de Cádiz, con José Delgado *(Illo)*, ó *Pepe Illo*, y habiendo llamado al maestro barbero para que me afeitara, quien también afeitaba á dicho *Illo*, me preguntó el citado maestro que si era yo el mozo que iba á matar á Cádiz; le dije que sí, y entonces me dijo: «Pues hoy en mi casa ha dicho que le ha mandado varias misas á las Animas benditas, á fin de que abone el tiempo (porque llovía), por estar deseando trabajar con la gente guapa». Yo le respondí á dicho maestro que así que llegara la hora cada uno haría lo que pudiese. Se verificó el primer día de toros, y al primero armé la espada y muleta y se la cedí; se fué al toro, le dió un pase de muleta y echó mano al sombrero de castor, que se estilaba entonces, y le mató de una estocada. Como tenía allí tanto partido y yo era desconocido, dejo á la consideración de usted el alboroto que se armó en la plaza.

»Salió el segundo toro, que era de los Padres de Santo Domingo de Jerez; llegó la hora que tocaron á la muerte, y el toro se fué y se paró en medio de la plaza; la gente estaba toda en espectación á ver qué haría yo; armé la muleta, voyme al toro, y así que llegué á una distancia regular, le cité, y así que el toro se enteró, antes de que partiera tiré la muleta, me quité la cofia y la tiré, eché mano á una peinetilla que estaba para sujetar dicha cofia, que sería como de dos dedos de ancha, dí dos ó tres pasos hacía el toro, y viéndome tan cerca, me arrancó, lo agarré bien por lo alto de los rubios, y le eché á rodar de la estocada que le dí.

»Dejo á la consideración de usted qué no se armaría en la plaza.

»Salió el tercer toro; llegó la hora de la muerte, tomó *Illo* la muleta, se fué y pasó al toro á la querencia de la puerta del toril, volvió á pasarlo para darle las tablas, se presentó á la muerte, y le dió una estocada; volvió á presentarse de segunda á la muerte y le dió un pinchazo; el toro se enteró demasiado, y cada vez que quería dejarse caer sobre el toro, le desarmaba; de manera que le dió que hacer lo muy bastante. En este estado nos mandó llamar el diputado que mandaba la plaza, D. José de Lila, y nos dijo que no volviéramos á dejar la muleta. Respuesta mía: «Señor D. José, ¿yo me he metido con el señor *Illo* en nada? Pues me ha buscado la boca como usía ha visto, y así el señor, que quería liarse con la gente guapa, ya se le logró, y así no se me estorbará que yo haga lo que quiera en la plaza; y si se me estorba, me marcharé mañana, que en Madrid me están esperando». Y allí trató de amistarnos, sin embargo que había arrojado bandera. Luego que bajamos á la plaza, ya el público estaba repartido en bandos, sonando varias voces diciendo: «Señor Delgado *(Illo)*, mal le ha salido á usted la cuenta. ¿Cómo no siguió como comenzó de tirar la muleta? Parece que al forastero no ha podido usted envolverlo». Se acabó la función de toros matando todos con la muleta; se hizo muy amigo mío. Lo más que solía decir por detrás de mí, y luego me lo decían: «Este hombre no se da al partido en nada».

»Fuí aquel mismo año con él á Sevilla, su tierra, y sin embargo de estar hechos amigos, los sevillanos siempre estaban por él, hasta que empezamos á trabajar; de sus resultas empezaron los partidos. Allí le maté un toro que no pudo matar-

lo por haberlo cogido, sin embargo de que por librarlo me puse en más riesgo que no él; por lo que todo ó parte del pueblo se hizo mi apasionado». Así dice la carta, que, muchas gentes tienen por auténtica, y en la cual, si bien respira mucha vanidad y soberbia, puede que Romero no estuviera exento de ellas como los demás mortales, aunque no hay en su vida acto alguno ostensible que las demuestren.

Sabido es también que, tanto *Costillares* como *Pepe Illo*, cuya merecida fama será eterna, pidieron al corregidor de Madrid que en las fiestas que habían de celebrarse para la jura del rey D. Carlos IV no se corrieran toros de Castilla, y que Romero contestó que se obligaba, como lo hizo, á matar cuantos se presentasen. En aquella corrida, por no seguir *Illo* el consejo de Romero, fué volteado y herido, conduciéndole éste en brazos al palco de la condesa de Benavente, duquesa de Osuna; y cuando Romero volvió al redondel, se encontró con que ningún espada había intentado matar al toro. Vieron que al bajar Romero de nuevo al redondel se disponía á dar muerte á la res, y los demás espadas, que en el primer momento no habían pensado en tal cosa, prepararon las muletas, como demostrando que ellos iban á verificarlo. ¿Hacían esto porque eran más antiguos, ó por cubrir el expediente?

Pedro Romero dispuso seriamente que todos se apartaran, se dirigió gravemente al sitio en que la fiera escarbaba el polvo, la fijó, después de dos pases naturales, la citó y la mató de una buena *recibiendo*.

Su competencia con *Pepe Illo* aumentó cada vez más la fama de Romero. Tenía este profesor una rarísima ventaja sobre aquél. Contra lo que generalmente sucede en la arena, delante de miles de espectadores, acosado, digámoslo así, por el ejemplo de otros compañeros que valían menos en todos terrenos y bullían más, Romero nunca se alteró, nunca salió de su paso, nunca intentó repetir suerte hecha por otro, jamás acudió á hacer un *quite* que á otro correspondiera, si la necesidad no lo exigía; que su temperamento le permitía tener calma, esperar.

PEDRO ROMERO. — **CANO Y OLMEDILLA.** — *El original en la Biblioteca y Museo Nacionales*

¡Si todos pudieran hacer lo mismo! ¡Cuántas veces una precipitación, un deseo de mostrar tanto valor ó inteligencia como otro, ha ocasionado desgracias!

El mérito principal de Romero consistía en saber preparar los toros con la muleta para la muerte. Era una cosa especial, en la cual llegó á hace

tanto, y á veces más, que *Costillares;* y cuanto á estocadas, era mucho más seguro que todos los que le habían precedido. Y hasta en un momento difícil, que ocurrió en una plaza en que trabajaba, demostró lo certero de su puntería. Dice un impreso de cuatro fojas, en cuarto, publicado en Madrid á fines del pasado siglo, que en una plaza (no dice, en ninguna de las quince décimas que comprende, cuál sea), saltó un toro á las gradas, cogió á un granadero, atropelló mucha gente, saltó Romero tras él con su espada, y se la metió con tal tino, que según relaciona «se notó que á un tiempo mismo fué la herida y la muerte;» y cuenta también el dicho impreso que en otra ocasión brindó un toro Romero á su hija, rompió, sin duda por dar en hueso, dos estoques, y le concluyó con gran aplauso del concurso. Esto indica que el hombre no se iba al gollete, sino que pinchaba alto y á conciencia.

Y eso que su afán dominante era siempre el de *recibir* los toros. Pero ¡de qué manera! Clavados los talones en el suelo y haciendo el *quiebro* de muleta con ésta únicamente para dar la salida, no con el cuerpo. Conocedor en extremo del instinto y condiciones de las reses, practicaba con ellas solamente las suertes que á su índole se prestaba; y claro es que nunca podía quedar desairado ante la fiera, porque ni á ésta, si le faltaban patas, le tendía el capote, ni á otra que, aculada en las tablas, rendida y sin facultades se encontrase, pensó jamás en citarla para *recibir*.

Añadiremos que, al mismo tiempo que todos le concedían un trato amable y cariñoso, se imponía y hacía respetar de las cuadrillas, sin consentir el más ligero abuso ni falta de cumplimiento á su obligación.

Ganó tanto como el que más, y Madrid, más que ningún otro punto, fué el teatro de sus grandes hazañas. Fué alto, bien formado, de mesurado continente, con una notable musculatura, desarrollada convenientemente en los primeros años de su vida con las faenas del oficio de carpintero de ribera, á que fué dedicado.

Tal era el dominio que tenía sobre sí mismo este gran matador de toros, que antes de ser viejo, antes de que los achaques pudiesen inutilizarle para la lidia, la abandonó voluntariamente, y cuando era mayor el apogeo de su gloria, á los treinta años escasos de lidia, y á los cuarenta y cinco de edad, se retiró del toreo. Celoso de su reputación, comprendería tal vez que ésta podía amenguarse en el concepto público si no continuaba trabajando con la misma actividad, con igual ligereza que veinte años antes, y como esto no era posible, porque los años no pasan en balde, prefirió retirarse á tiempo y cuando más frescos ostentaba los laureles de sus victorias. De este modo consiguió que no se marcase en él época alguna de decadencia. Fuese tranquilo á su casa, con la conciencia de haber hecho en el arte tanto como el que más, y con la satisfacción y fortuna de no haber tenido, como otros, frecuentes y graves cogidas; y eso que, según opinión de cuantos han escrito acerca de su vida, Romero, en el plazo que hemos dicho de menos de treinta años, mató *cinco mil seiscientos toros*, la mayor parte *recibiéndolos*.

¡Y cuesta ahora tanto trabajo *recibir* uno! ¡Y pasan años sin que veamos tan magnífica suerte! Al reflexionar sobre esto, hay momentos en que no sabemos decir si los matadores han adelantado ó han atrasado en su profesión. Es verdad que ahora se hacen muchas y mejores cosas que en lo antiguo; pero también lo es que se han olvidado otras que demostraban más valor y conocimientos más precisos, más exactos.

Parecía que después de retirado del toreo Pedro Romero, su misión en este mundo, respecto del mismo, había concluído; pero no fué así. Por las razones que hemos expuesto ya al principio de este libro, en el año de 1830 se fundó en Sevilla una escuela de tauromaquia. Al instalarse, fué nombrado director-profesor de la misma el célebre Jerónimo José Cándido, porque en las altas esferas se creyó sin duda que Romero no existía; pero inmediatamente que para éste se reclamó un puesto que por su mérito y antigüedad le correspondía, se revocó la real orden y se confirió á Romero dicha primera plaza; á Cándido se le confirió la de profesor también, pero en segundo lugar.

Lo que á pesar de sus años hicieron estos hombres en las aulas de tauromaquia, no es para dicho. Parece imposible que hombres de ruda educación, sin más estudios para expresarse y hacerse comprender que su perspicacia práctica, lograron hacerse entender de muchachos cuya inteligencia no se había preparado al efecto. Aunque no hubiera más ejemplos que los de Montes, Arjona *(Cúchares)* y Domínguez, bastarían estos testimonios para acreditar qué gran fruto produjeron las lecciones de unos maestros que tantos años hacía no toreaban.

Romero era lacónico, pero enérgico, en sus explicaciones. En la cátedra decía á sus oyentes:

«La honra del matador está en no huir ni correr nunca delante del toro, teniendo muleta y espada en las manos.

»El espada no debe jamás saltar la barrera después de presentarse al toro, porque esto ya es caso vergonzoso.

»El lidiador no debe contar con sus piés, sino con sus manos; y en la plaza, delante de los toros, debe matar ó morir antes que correr ó demostrar miedo.

»Parar los piés y dejarse coger, ese es el modo de que el toro se consienta y se descubra bien.»

Y otros preceptos que denotan corazón y serenidad.

No porque su suerte de matar favorita fuese la de *recibir*, dejó él de practicar, y mucho menos de explicar, la de *volapié*; al contrario, Romero siempre encargó á sus discípulos que estudiasen mucho las condiciones de las reses, porque no á todas, decía, puede dárseles muerte del mismo modo.

Disolviose la escuela de tauromaquia, y Romero volvió á su casa con más laureles de los que en el redondel recogió en la primera época de su vida: llevaba sobre los antiguos, los adquiridos de nuevo como maestro, como profesor, como catedrático. Su nombre no perecerá, y se oirá siempre con entusiasmo por los aficionados á las lides taurinas.

El gran Pedro Romero falleció en Ronda el 10 de Febrero de 1839 á los ochenta y cinco años de edad, no á los noventa y cinco, como ha dicho un apreciable escritor fijando equivocadamente dicha fecha en el año de 1849.

Otra rectificación importante creemos conveniente hacer antes de terminar esta biografía. Un distinguido literato ha dicho en una obra, no há mucho publicada, que Pedro Romero estuvo presente cuando en la plaza de Salamanca mató un toro á su hermano Antonio, y que sin licencia de la autoridad ni preparación alguna se dirigió á la fiera y la dejó tendida á sus piés de una sola estocada. En esto hay más de una equivocación, disculpable en un novelista, mayormente cuando con tan vivos colores y excelente belleza pinta el cuadro. Pedro Romero se retiró en 1799; su hermano Antonio murió en 5 de Mayo de 1802; luego aquél no asistió como torero á la corrida. Antonio Romero fué cogido y muerto en la plaza de Granada, no en la de Salamanca: en esta dícese murió su otro hermano Gaspar, vengando Pedro en el toro tal desgracia, con una sola estocada que le dió, después de arrojarse al redondel, sin permiso de la autoridad, hecho que ponemos muy en duda porque no hay pruebas ciertas de su existencia.

Conste, pues, que Pedro Romero, ni murió en 1849, ni presenció, por fortuna suya, la muerte de su hermano Antonio, como alterando fechas y lugares han dicho equivocadamente algunos autores. Nuestras afirmaciones están corroboradas con opiniones respetables, entre otras con la del señor Barcia que en su gran obra dice en la página 779 del tomo cuarto, hablando de Pedro Romero:

«De 1771 á 1799 mató más de 5.600 toros; casi todos *recibiendo* por ser poco conocida entonces la suerte del volapié.

En 1839, habiendo pasado á Ronda á restablecerse de sus dolencias, murió de muerte natural cuando hacía ya cuarenta años que había dejado su profesión. Entre los muchos rasgos de valor y serenidad que se cuentan del famosísimo diestro, merece especial mención el siguiente: lidiándose una tarde en la plaza de Madrid toros salamanquinos, uno de ellos, no solo saltó la valla, sino que metiéndose en uno de los tendidos, ganó la puerta, después de haber herido gravemente á varias personas y de haber dejado sin vida al Alcalde de Torrelodones. Fuera el toro del circo, dirigiose hacia la población, produciendo el susto consiguiente en los transeuntes. Todos quedaron sin saber qué hacer; pero Romero, comprendiendo que era preciso tomar una medida, coge estoque y muleta, monta á la grupa de uno de sus picadores y gritándole: «tío Gallardo, detrás del toro», consigue alcanzar á la res en el salón del Prado. Allí, sin la defensa de las barreras y sin el auxilio de los peones, llama la atención de la fiera con el trapo, le pasa unas cuantas veces y la tiende á sus piés de una soberbia estocada recibiendo. Puede decirse que al volver á la plaza, el pueblo de Madrid le conducía entre aclamaciones, como tributándole los honores del triunfo.»

Esta y otras hazañas hicieron que las plumas de grandes poetas se ocuparan en elogiarle en odas, sonetos y toda clase de composiciones, que todavía se leen con gusto y entusiasmo.

Romero, José.—Hijo de Juan, y por consiguiente hermano del célebre Pedro Romero. Fué como éste aprendiz de carpintero; pero muy pronto abandonó el oficio por el de torear, acompañando á aquél en clase de banderillero á las primeras corridas en que hizo de espada. Volvió, sin embargo, por voluntad expresa de su padre al oficio de carpintero, cuando Pedro, con anuencia del autor de sus días, se dedicó por completo á torear, y esto le hizo tomar con su hermano cierto resentimiento que tardó mucho en extinguirse; tanto, que cuando él pudo determinar por sí, aceptó el puesto que en su cuadrilla le ofreció el célebre José Delgado *(Illo)*; aquél *para dar en ojos* á su hermano, y Delgado, que le favoreció con gran cariño, como reconvención á su adversario Pedro Romero. *Pepe Illo* dió la alternativa como matador á José, después que Pedro la había dado á su hermano más pequeño Antonio; y esto y lo manifestado antes le tenían tan disgustado con aquél, que muchos atribuyen como una de las principales causas de la retirada del toreo de Pedro Romero las desavenencias con su hermano, y el temor, por lo tanto, de que juntos alguna vez dentro de un circo, faltase á cualquiera de ellos la prudencia necesaria en los lances arriesgados de la lidia. Sea de ello lo que quiera,

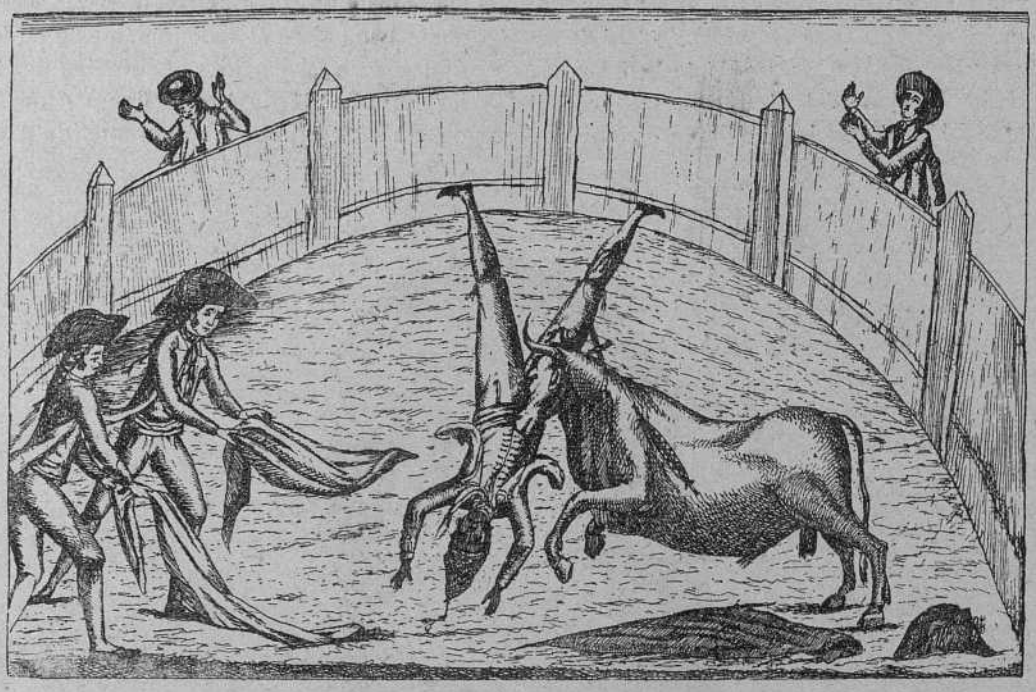
nosotros creemos que no es verdad, al menos tan en absoluto, la enemistad de ambos hermanos, fundándonos en que muchas veces y en distintas plazas trabajaron juntos con fraternal compañerismo. A la vista tenemos un cartel en que consta que en Madrid, en 1791, alternaron por mañana y tarde Pedro Romero, José Romero y Antonio Romero, y esto prueba más que nada nuestro aserto. Pero, en fin, retirado Pedro, y toreando José de segundo espada con *Pepe Illo*, tuvo éste la desgracia de morir en la tarde del 11 de Mayo de 1801, y José la precisión de concluir con el toro á quien el

JOSÉ ROMERO. — *De la galería del Excmo. Sr. Duque de Veragua (copia por Moreno Rodríguez)*

desgraciado *Illo* había ya dado una media estocada contraria, y lo consiguió de dos estocadas bien dirigidas aprovechando. Continuó en Madrid como jefe de cuadrilla un año más, y se retiró luego á Andalucía, en cuyas plazas trabajó. Dicen que era, como hombre, reservado y de pocas palabras, y como torero, de bastantes y buenas condiciones para ejercitar, como lo hizo, la buena escuela de su hermano, mejor que la de *Costillares*. No se habló mucho de él después de la última fecha citada, y hasta se aseguró que, enfermo en 1805, murió en la primavera de 1806; pero hay carteles de la Plaza de Madrid que acreditan que aun lidiaba toros como matador en 1818. En los correspondientes á aquella fecha se anunciaban, como de costumbre, el nombre del corregidor que había de presidir la función, el número de toros que serían lidiados, con expresión de las ganaderías á que pertenecían, los nombres de los picadores y espadas, y las prevenciones usuales de sacar perros de presa para los toros que no entrasen á varas, castigo á la gente que bajase al redondel, etc., y en los que se fijaron para las corridas que debían verificarse en los días 17 y 31 de Agosto figura como «director de ambas corridas, y comprometido á estoquear los cuatro toros que escoja entre los catorce del día.»

Romero, Antonio.—Hijo menor de Juan. Fué, como sus hermanos, carpintero de ribera, muy valiente y querido del público. En 1789 le dió su hermano Pedro la alternativa en Andalucía, y figuró como matador en las fiestas reales celebradas en Madrid cuando la jura del rey Carlos IV. A pesar de que su hermano José la tomó un año más tarde, Antonio le cedió siempre su antigüedad, sin duda no sólo por ser su hermano mayor, sino

porque realmente era más antiguo toreando; y además es posible tuviera en cuenta que José fué bastante tiempo media espada, y él no desempeñó nunca dicho cargo en la cuadrilla de su hermano Pedro. Retirado éste, murió desgraciadamente Antonio tres años después, ó sea el 5 de Mayo de 1802, en la plaza de Granada, citando al toro para recibirle.



MUERTE DESGRACIADA DE ANTONIO ROMERO EN LA PLAZA DE LA MAESTRANZA DE LA CIUDAD DE GRANADA EL DÍA 5 DE MAYO DE 1802. — **Lámina de la época**

Romero, Gaspar.—Hermano del célebre Pedro, que en muchas plazas de Andalucía trabajó como espada en unión de José y Antonio, y también de su cuñado Jerónimo José Cándido, notable diestro que debió su educación torera al afamado Pedro. No era como éste, ni mucho menos, el Gaspar en cuanto á inteligencia; así que la historia se ha ocupado poco de él, y faltan noticias sobre sus circunstancias. Se asegura que murió en la plaza de Salamanca en 1802; pero no hay dato formal que lo atestigüe, más que la patética relación que detallando la cogida de un hermano de Pedro Romero, sin decir su nombre, escribió D. Jose Somoza y Muñoz, refiriéndose á un dicho de su padre en cierta conversación. En contra podemos afirmar que ni en la parroquia á que pertenecía entonces y hoy también la Plaza Mayor de aquella ciudad, único punto en que, además de la de San Francisco se celebraban las corridas, pues no había circo al efecto construído, ni en esta, ni en el archivo del Hospital, se encuentra documento alguno que acredite tal defunción. Dicen algunos ancianos salamanquinos que oyeron á sus padres asegurar que una cruz existente en el suelo de la plaza mayor indica el sitio en que murió un torero llamado Romero, pero ni recuerdan detalles ni lo consideran más que como una vaga tradición, nacida tal vez de la dramática escena pintada por Somoza.

Romero, Fernando.—No sabemos si este lidiador fué ó no pariente de los célebres Romeros. Sólo consta que á mediados del pasado siglo mataba toros en Andalucía, y que alguna vez alternó con Félix Palomo.

Romero, Manuel (*Carreto*).—A fines del primer tercio de este siglo, y aun después, trabajó en Madrid este matador, que alternó con León, con Montes y otros en varias plazas. Era bien puesto y garboso, poco activo en el redondel, indeciso en la muerte de las reses, pero de estocada segura. En Sevilla, de donde creemos era natural, fué muy celebrado en una función en que estoqueó con fortuna el 18 de Julio de 1832.

Romero, D. Antonio Miguel.—Distinguido militar que como caballero en plaza en las fiestas reales de 16 de Octubre de 1846, cuando se celebró el doble matrimonio de Doña Isabel II y su

hermana con D. Francisco de Asís y el duque de Montpensier, rejoneó toros con notable acierto. Fué apadrinado por la grandeza.

Romero, Pedro *(El Habanero)*.—Buen picador, duro y de castigo. No era bonito á caballo, pero montaba admirablemente, y dicen que era una especialidad para enlazar reses. Fué su época de los años 1840 al 50, poco más, y no hay aficionado de entonces que no recuerde hoy á aquel hombre, compare con lo actual y se desanime.

Romero, Manuel (*El Mellaito*).—Mucho tiene que hacer este hombre para ser siquiera un mediano matador de toros. Debiera empezar por correrlos un año á punta de capote; luego, otro año, ejercitarse en quites y capear algo; después, y durante otros tres años, dedicarse á banderillero, y, si todo iba bien, pensar en ser matador.

Romero, Manuel (*Cartonero*).—Torerillo andaluz, de poco nombre, pero valiente y bien dispuesto. Si en vez de campar sólo en pueblos de poca importancia, formase parte de una cuadrilla regular, tal vez adelantaría con menos exposición y más aprovechamiento, pero ha dejado pasar el tiempo y ya es tarde.

Romero, Alonso.—¡Vaya un picadorcito que, con doce años de práctica, no se ha adquirido todavía un nombre!

Romero, Antonio (*Romerito*). — Banderillero principiante, que va tomando buen nombre en las novilladas en que trabaja por los pueblos y capitales de provincias. Le juzgaremos cuando le veamos.

Romero, Francisco Javier.—A mediados de siglo trabajaba este picador en algunas plazas, sin llegar á distinguirse.

Romero, José.—Había en Madrid un banderillero principiante de este nombre hace ya quince años, que, como habíamos previsto, se quedó muy atrás en su profesión. No le acompañaron la voluntad y la constancia, que tanto pueden hacer cuando hay valor.

Romero, José (*Frascuelillo*).—Es un banderillero aplaudido en las plazas de América, especialmente México y Puebla, donde tiene por lo común su campo de operaciones.

Romero, Honorio.—Otro banderillero que trabaja más en América que en España. Dicen que es bastante regular, pero hasta que le veamos, si así llega á suceder, no debemos juzgarle.

Romero, Eduardo.—Dueño de una gran fortuna, la afición le ha llevado muchas veces á presentarse en las plazas de Portugal, acreditando ser un buen banderillero. Aficionados de este rango y de este amor al arte, son dignos siempre de aplauso.

Romero Parra, José.—Novillero á caballo en los tiempos de *Antoñeja;* valía poco por todos conceptos. Tal vez conociéndose, abandonó el oficio hace ya más de veinte y cinco años.

Romero, Manuel (*Manolé*).—Empieza con deseos de poner banderillas y de correr toros. ¿Correrá mucho? ¿No caerá?

Romero, José *(Saleri)*.—Natural de Sevilla. Banderillero que cumplió siempre, teniendo como especialidad en su profesión, el salto de la garrocha, que daba maravillosamente. Murió en la Plaza de Puebla (México), el 13 de Enero de 1888, al intentar saltar á la garrocha al cuarto toro, el cual era manso, y al arrancársele, el *Saleri*, se quedó con tan mala suerte para el diestro que, no pudiendo salir, fué cogido por la ingle, resultando además con una gran herida en la cabeza; la primera, que parecía picadura de avispa, según aseguran sus compañeros, le produjo la muerte á los pocos momentos. Al ocurrir la desgracia formaba *Saleri* en la cuadrilla de *Cuatrodedos*, con *Morenito* y *Blanquito*. Le había traído *El Gallo* á Madrid, como banderillero el 11 de Octubre de 1885.

Romero, Antonio *Saleri*.—Si no es pariente del desgraciado José, no sabemos por qué este banderillero ha adoptado el apodo del infortunado *Saleri*. Es atrevidillo, sin reflexión; no ha aprendido á hacer buen uso del capote, corriendo los toros por derecho, y clava los rehiletes con más fortuna que arte. Aplíquese, que no es lerdo.

Roque, Juan.—A fines del pasado siglo brillaba en Madrid como uno de lo mejores varilargueros, y también en provincias, bajo la dirección del cé-

lebre Pedro Romero, este valiente picador que trabajó en Sevilla por primera vez el 16 de Octubre de 1784.

Roquete, Luis.—Todavía dura en Portugal el recuerdo de este valiente mozo de forcado, y eso que murió hace ya mucho tiempo.

Ros, D. Vicente.—Buen aficionado madrileño, de los que saben lo que ven y lo que dicen. Sus revistas de toros en los periódicos de provincias, de que es corresponsal, son claras, desapasionadas y bien escritas por punto general, y hace algunos años publicó un cuadro de divisas y hierros de ga-

naderías bravas, que es el más completo de cuantos han visto la luz pública.

Es colaborador en varios periódicos taurinos, donde da muestra de sus muchos conocimientos taurómacos; es con los diestros más bien benévolo que severo, llevado de su carácter afable; dispénsalos muchas faltas, y hace por algunos tanto en su pró, que hasta llega á ser su apoderado ó representante cerca de las empresas, defendiendo con tesón los intereses de los que considera sus ahijados.

Rosa, Ramón de la.—Pica toros, monta y cae regularmente, pero nada más. Parécenos que ni de ahí pasará, ni muchos días á eso llegará. ¡Ojalá nos equivoquemos! Hubo en el siglo pasado un Ramón de la Rosa que á pie picó un toro con garrocha en la Plaza de Madrid el 13 de Diciembre de 1789. ¡Si sería... bravo! También lo ha sido el primero, que se ha eclipsado hace una docena de años, sin que suene su nombre en plaza alguna.

Rosa, D. José de la.—Natural de Olvera. Retirado del ejército, en el que llegó al empleo de capitán, tuvo sin igual maestría en matar toros con estoque y muleta, contándose de él que, aficionado á la caza mayor, daba muerte á los jabalíes, saliendo á matarlos con muleta y estoque.

Sucedía esto á principios del presente siglo.

Rosadito.—De la ganadería de Ibarra fué este toro, retinto, cornalón, voluntario, aunque sin recargar en la suerte de varas, que lidiado en cuarto lugar en la plaza de San Fernando (Cádiz) el día del Carmen, 16 de Julio de 1893, recibió once puyazos, y en la suerte de banderillas causó la muerte al banderillero Antonio Lobo *(Lobito chico)* casi instantáneamente.

Rosado —Véase COLORADO.

Rosales, Agustín.—Estoqueador de toros en tiempo de Lorenzo Manuel, con quien trabajó en Madrid en 1737. Dicen que tenía gran habilidad para asistir al estribo de los rejoneadores á caballo.

Rosquete, Juan.—Era un matador de novillos granadino, allá en el año de 1826, sin que podamos decir nada acerca de su mérito y circunstancias.

Rostri-mohino.—Lo mismo que careto en sentido inverso; es decir que ha de ser negro el hocico, además del frente de la cara del toro, que en el resto tenga cualquier otro color de pinta. Voz andaluza.

Roura, Luis *(El Malagueño).*—También mata toros en novilladas de provincias este muchacho, como otros muchos. No le hemos visto, ni sentimos por ello gran deseo.

Roussetón, Mr.—Es un toreador francés de algún nombre, porque «en la tierra de los ciegos...» Allá, á su modo, suele poner banderillas, y en la cuadrilla de su maestro Robert dicen que es útil y aplaudido.

Rovira, Ramón *(El Valenciano).*—No le conocemos. Anda matando toros en novilladas por diferentes plazas de provincias, y es reciente su aparición en el toreo. Pero, Señor; si acabasen bien el oficio cuantos le emprenden, ¿á dónde iríamos á parar?

Ruano.—Diose este nombre en lo antiguo, y aun ahora le dan los pocos entendidos, al toro *rodado* de color, como los caballos para quienes está aceptada la palabra.

Rubio Gaspar, José.—Nació en Gélves, como Manuel Domínguez; quiso matar toros, pero... no siempre se puede lo que se quiere. Hace muchos años que no hemos oído hablar de él. Duró poco, hizo menos y es posible haya muerto sin sentirlo el arte. En 15 de Agosto de 1852 trabajó en Sevilla, con mala fortuna.

Rubio, Dolores.—Buenos los debió sufrir esta banderillera, en una corrida de novillos que hará cincuenta años se verificó en Madrid, y en la cual fué zarandeada de lo lindo por un buey que la sacó del cesto, la enganchó, la tiró por alto y la pisó el pecho. En mal estado fué conducida á la enfermería, y su nombre no ha vuelto á sonar. Si se curó tomaría luego otro oficio. Para muestra basta un botón.

Rubio, Manuel *(Matruco).*—Desde el año 1877 en que trabajó picando toros en Sevilla, no ha vuelto á saberse de él.

Rubios.—Llámanse así, los centros de la cruz que forman la parte superior extrema de los brazuelos del toro y la médula que desde la cabeza llega á la cola del mismo. Es el punto donde debe darse la estocada ó clavar la espada, y también las banderillas, que ni es tan atrás que pase en mucho del final del cerviguillo, ni tan adelante que quede en éste. Por eso lo llaman también la «cruz» y las «péndolas».

Rubo, Pascual.—No conocemos á este picador, ni nadie nos ha dado razón de él. Aparece, sin embargo, en carteles de plaza de segundo orden, pero no en cuadrilla de *cartel*. Es de los que hace quince años emprendieron la carrera y en el primer escalon tropezaron.

Rucio.—¿Por qué en lo antiguo usarían esta palabra para definir la pinta del toro cárdeno claro?

Rucoba y Octavio de Toledo, D. Joaquín.—A este distinguidísimo arquitecto, natural de Laredo (Santander), se deben los planos y construcción de la preciosa plaza de toros de Málaga, inaugurada en 11 de Junio de 1875, y edificada en catorce meses.

Rue, Antonio *(Nieves).*—De este banderillero sabemos que perteneció algún tiempo á la cuadrilla de Juan León, según dice un autor; que luego fué espada de poca importancia, y que en obsequio de D. Rafael Pérez de Guzmán, cuando éste inauguró su carrera taurómaca oficialmente, sirvió de puntillero en la plaza de Sevilla. En ella alternó con el *Morenillo* en 13 de Abril de 1830.

Rueda, D. Manuel Martínez.—Distinguido escritor, que en el año de 1831 dió á luz un notable folleto titulado *Elogio de las corridas de toros*, de que á muy poco tiempo escasearon muchísimo los ejemplares, y hoy es raro el que se encuentra.

Rueda, Juan José.—Notable picador de toros á principios de este siglo. Dicen que era alegre y voluntario y que vestía bien. Su nombre se pronuncia con tanto entusiasmo como el de Puyana, Gallardo y Marchena. En carteles de 1798 figuraba en buen lugar, y después en primero.

Rueda, Juan.—Natural de Jerez de la Frontera, que suponemos sea la misma persona que el anterior, porque trabajó detrás del famoso Ortega (Laureano), como aquél en las cuadrillas de *Perucho* y de Juan Conde.

Rueda, Sebastián.—A fines del siglo anterior toreó en Madrid este picador, que no sabemos si era pariente de Juan José. El 27 de Mayo de 1797 trabajó en Sevilla con grande aceptación.

Rueda, Salvador.—Autor de una preciosa descripción de corridas de toros en Madrid, que publicó en verso al inaugurarse la temporada de 1889. Es uno de esos escritores de imaginación ardiente, de conceptos elevados y de correctísima dicción, que están reputados como literatos «de excepción», entre tantos como se lo llaman.

Rueda, como buen malagueño, es el poeta que siente amor profundo hacia la madre tierra, adora cuanto bello nos rodea, rinde culto al hermoso cielo azul de nuestra España, y vive ensimismado pensando en ideales desconocidos, de que se hace eco en casi todas sus magníficas composiciones, que le han dado un puesto distinguido en nuestro Parnaso.

Rueda Andrés.—Mejor banderillero que peón de lidia; cumple allá en América como mejor pue-

de, á las órdenes del espada Camaleño, poniendo pares bien y corriendo los toros mal. Es cubano, pero de los muy adictos á España.

Ruedo.—El redondel, arena, circo ó coso donde tiene lugar la lidia en las plazas de toros. También se llama así al campo que se designa para verificar la tienta de becerros por acoso en Andalucía y América.

Rui-Pérez, Gervasio (*Tres calés*).—Con ese apellido y con ese mote, que rabian de verse juntos, se presenta este hombre en plazas principales á picar de vara larga, y si bien no es notabilidad, tampoco puede decirse que sea tan torpe que no sepa por donde anda. Está en un punto medio, y alternó en Madrid por primera vez en 1890.

Ruiz, Antonio (*El Sombrerero*).—Cuantos aficionados al arte de Romero han seguido con interés el curso de los adelantos y progreso del mismo, al menos desde que éste se redujo á reglas fijas y exactas, tienen que recordar como aventajado lidiador y matador notable á Antonio Ruiz.

Es verdad que no fué de aquellos hombres cuyo espíritu innovador les hace inventar ó hacer algo diferente á lo que los demás ejecutan; pero fué de los que procuran esmerarse de tal modo en su trabajo, que sin hacer nada nuevo, llaman sobre sí la atención por lo perfectamente acabado que suele ser casi siempre.

En el año de 1783 nació en Sevilla Antonio Ruiz. Sus padres, que vivían con el honrado producto de un modesto taller de sombrerería, dedicaron á Ruiz á aprender este oficio, en el que, á la verdad, no hizo grandes adelantos; como se dice vulgarmente, no le llamaba Dios por este camino. Era una vida demasiado tranquila y sedentaria para un joven de imaginación enérgica y de actividad notable, y por ejercer ésta frecuentó, más de lo que sus padres querían, la casa-matadero de aquella gran ciudad, y allí aprendió los primeros rudimentos del arte. Sin embargo, como en aquella época, y especialmente en ciertas familias, se observaban hasta con rigor los preceptos de los padres, Antonio siguió al lado del suyo, ayudándole en el oficio referido con la docilidad y sumisión propias de un buen hijo, hasta que cumplió la mayor edad; y como el arte del toreo le ofrecía más ancho campo que ningún otro para sobresalir en él, y aun para ganar lo suficiente á sostener una holgada subsistencia, sin los apuros y estrecheces que hasta entonces había visto en su casa, se decidió por ser torero. Mucho le impulsó á ello el consejo de los amigos y compañeros, que conociendo sus adelantos, le concedían el primer lugar como inteligente práctico; y así también lo creyó el célebre *Curro Guillén*, que en cuanto observó que Ruiz, por haber adelantado á todos sus compañeros de matadero, podía servir y ser útil en su cuadrilla, se le llevó de banderillero.

Pocos años de toreo formal en las plazas, bastaron á Ruiz para crearse una reputación. Y eso que era la mala época para el arte. *Pepe Illo* había muerto desastrosamente, lo mismo que *Perucho* y Antonio Romero; y los famosos Pedro Romero y Joaquín Rodríguez no pisaban la arena donde tantos triunfos conquistaron. Antonio Ruiz, que había visto torear á todos ellos, y más de una vez había envidiado los vítores y aplausos que recibieran, se aplicó más que ningún otro, y llegó á ser notabilidad con la capa, especialmente para acudir con presteza á los *quites* en la suerte de vara, y preparar la colocación de las reses á la muerte. Así es que su maestro, el mismo *Curro Guillén*, le dió la alternativa en el año de 1809, y desde esta fecha lidió como tal en todas las plazas de toros de España, con preferencia á la mayor parte de los espadas que entonces había.

La circunstancia de haber marchado á Portugal el *Curro*, favoreció no poco á Antonio Ruiz; *Curro Guillén* en España toreando con Ruiz, que entonces empezaba, hubiera tenido siempre más aceptación que su discípulo, y éste forzosamente habría girado como un satélite alrededor de aquél. Sabía más por sus largos años de práctica, era necesario guardarle las consideraciones de maestro, y tenía conquistadas las simpatías de todos los públicos, por su gracia y su *aquel;* precisamente al revés de lo que le sucedía á Antonio Ruiz, cuya seriedad y altivez más bien movían en su contra que á su favor. Por eso hemos dicho que la marcha á Portugal de *Curro* le fué favorable.

Quedó solo, y si no precisamente solo, en uno de los primeros puestos de la época, formó cuadrilla con los mejores jinetes y peones que entonces pudo reunir, y en ella figuró Juan León como banderillero, que luego lo fué del famoso *Curro Guillén* cuando éste regresó del vecino reino. A pesar de su adusto carácter, casi siempre conseguía aplausos, y su reputación iba en aumento de día en día, porque su toreo era excelente. Nunca su capote se soltaba fuera de tiempo; su mano izquierda era con la muleta una cosa más que regular, y siempre se mostró valiente y bravo. Concienzudo para la lidia, no permitió nunca barullo ni desorden en el redondel; y todas las cuadrillas, cuando él era director de la lidia, miraban tanto á la cara del maestro como á los cuernos del toro. Era exagerado en el cumplimiento de su deber, y esto y su inteligencia, que nadie puso en duda, le hicieron ad

quirir buen nombre, como hemos dicho, y fama de buen torero; pero á su carácter seco y poco expansivo tuvo que añadir, para su mal, la circunstancia de haberse marcado mucho y hecho pública ostentación de sus opiniones políticas exageradamente absolutistas; y claro es, en cuanto los realistas fueron de capa caida, como vulgarmente se dice, ya era imposible que Ruiz trabajase con desahogo en ninguna plaza. Verdad es que algunas veces, á pesar de la pasión, que en política no perdona, su mérito real, ó la ejecución de cualquier suerte de una manera perfecta, arrancaba por fuerza aplausos hasta á sus mismos adversarios; más como se comprende fácilmente, esto no era bastante, y Ruiz tenía el suficiente entendimiento para comprender que si él se acaloraba ó se comprometía, podría tener una desgracia; así que se dominaba perfectamente, con ceño airado, pero con actitud tranquila.

Llegó el año de 1832, y la Junta de Hospitales contrató en Madrid á Antonio Ruiz como primer espada, á su hermano Luis, y al nuevo Francisco Montes. Este fué recibido como su mérito hacía esperar, y aquél silbado sistemáticamente y sin razón, solo por sus opiniones realistas, y sin tener presente, porque en estos casos la pasión ciega, que él y sus partidarios hicieron pasar peores ratos á Juan León, á Roque Miranda y á otros, nada más que porque fueron milicianos en la época de 1820 al 23.

Resentido Antonio Ruiz de que el público no le hubiese hecho justicia una tarde en que cumplió su cometido con notable maestría y gran fortuna, antes bien continuando los silbidos, se retiró del redondel sin hablar con nadie, se fué á su casa, y á la mañana siguiente se metió en un coche y marchó á la Granja, donde estaba de jornada el rey. Fiado en que éste había siempre distinguido á Ruiz, oyéndole algunas veces con muestras de agrado, pidió una audiencia, que en seguida le fué concedida. Expuso con gran calor y vehemencia el daño que en su reputación estaban causándole los *negros* con su injusto proceder, y pidió un castigo, que, como se comprende era imposible de aplicar. Indudablemente estaba retrasado el buen Antonio Ruiz. Creyó que vivía en el año de 1824, cuando los *blancos* apaleaban á los *negros*, les quemaban las casas y cometían con ellos otras fechorías; y el año de 1832 ya no se parecía en nada á aquella ominosa época, porque ya empezaban á respirar los liberales y á ser despreciados los realistas. En una palabra, que, girando la rueda, iba subiendo lo que había estado abajo, y lo de arriba caía.

Oyole el rey con marcada atención y maliciosa sonrisa, y hasta le dió un cigarro. Concluyó su queja, y Fernando VII, cuyo sentido práctico nadie puede poner en duda, dijo en cortadas frases al torero: Retírate; yo proveeré: Y, efectivamente, proveyó en seguida. ¿Saben qué nuestros lectores?

Pues dió la providencia de que no se permitiese volver á torear en la plaza de Madrid al matador Antonio Ruiz (*El Sombrerero*)

Los que conocían bien á Fernando VII no esperaban otra cosa, era lógico el acuerdo, dadas las condiciones de aquel rey y el estado de su enfermedad. Pero Antonio Ruiz no esperaba eso ciertamente. Cuando menos, creyó encontrar palabras de consuelo en la alta persona que tanto le había distinguido cuando mandaban los realistas. Y como no sucedió esto, tan amargo desengaño hizo á Ruiz tomar una determinación extrema, muy en armonía con su altivo carácter. Se cortó la coleta.

—El que ha sido bueno veinte años para torear en la plaza de Madrid y en todas las de provincia, y se le despide de la primera por causas ajenas al arte, no debe trabajar en parte alguna—dijo á sus amigos con entereza y dignidad.—Y se volvió á Sevilla.

Desde entonces concluyó la historia de este distinguido matador de toros, que no ha tenido rival en dirigir la lidia y hacerse obedecer de los peones y jinetes. Llegó á la vejez, y con esta á la indigencia. Pasaron cerca de treinta años, y en la ciudad que le vió nacer se proyectó dar una corrida de toros á beneficio del antiguo espada. Pensamiento filantrópico, al que se asociaron de buena voluntad el célebre *Cúchares*, Lucas Blanco, el *Tato* y Manuel Carmona, entre los cuales salió formado á dar el paseo, siendo la última vez que pisó el redondel. Esto era en el año de 1859, teniendo Ruiz setenta y seis años de edad. Al año siguiente, el 20 de Junio de 1860, murió en el hospital de San Jorge, ó sea de la Caridad, de aquella ciudad andaluza que tantos y tan buenos toreros ha producido.

Fué profesor honorario de la Escuela de tauromaquia de Sevilla.

Dicen cuantos le trataron que era tan esclavo de su palabra, que, una vez dada, podía tenerse completa seguridad de que la cumpliría, si fuerza superior no lo estorbaba, y que más de una vez renunció ajustes ventajosos por haberse exigido firma de compromiso.

Si hubiera conocido á muchos empresarios de los que hay ahora, habría cambiado de opinión.

Fino en su modo de torear y con excelentes facultades, Antonio Ruiz (*El Sombrerero*), sin su intransigencia política imprudentemente manifestada, hubiera toreado muchos más años, y el arte hubiera ganado con su ejemplo.

Ruiz Pelaez, Cristóbal.—Banderillero perteneciente á la cuadrilla del famoso *Costillares* en el

siglo pasado. Era de lo más notable en aquel tiempo.

Ruiz, Emilio *(Lagartijito).*—Un desgraciado á quien hicieron creer que era torero, y ejerció como tal en algunas novilladas; mató toros sin valor ni arte. Se suicidó en Madrid dentro del café Continental, calle Ancha de San Bernardo núm. 18, el día 3 de Agosto de 1890.

Ruiz, Luis.—Banderillero durante el primer tercio del presente siglo en tiempo de Jerónimo José Cándido, se hizo matador de toros sin hacerse notabilidad. En 6 de Octubre de 1818 alternó en Sevilla con *El Panchón.*

Ruiz, Antonio.—Un picador de este nombre trabajó en Sevilla hace veinte años. — ¿Qué ha sido de él?

Ruiz, Antonio *(Corrucho).*—Promete ser un banderillero bueno; pero, ¡hay tantos que empezaron bien y se quedaron en el camino!... ¿Es este el mismo individuo que á continuación decimos?

Ruiz, Antonio *(El Sargento).*—Puntillero de ciertas pretensiones que figuraba en la cuadrilla de *El Espartero.* No hemos conseguido salir de la duda que antes va expuesta, á pesar de haberlo intentado.

Ruiz, Juan *(Lagartija).*—Matador de toros que ha tomado en Madrid la alternativa de manos de Salvador Sánchez *(Frascuelo)* el día 5 de Octubre de 1879. Nació en Murcia el 2 de Enero de 1855, siendo sus padres Domingo Ruiz y Florentina Vargas, que le dedicaron al oficio de armero, hasta que en 1872 se unió á una cuadrilla de jóvenes principiantes, con quienes toreó en diferentes plazas de España y Portugal durante tres años. Ya en 1875 formó cuadrilla propia, colocándose al frente como matador, y haciendo lo que pudo en novilladas; y en Valencia, el 15 de Septiembre de 1878, alternó con Manuel Fuentes con bastante lucimiento. Es intrépido y sereno, pasa bien y no maneja mal el capote, especialmente en las *largas;* pero le falta gramática parda para que le consideren buen matador de toros.

Hiere por derecho y desde corto, y, sin embargo, ¿por qué este hombre no torea más á menudo? En nuestra opinión, varias son las causas que á ello han contribuído. La primera su escasa actividad y fría indolencia, que le estorban bullir más en pró de sus intereses; la seguuda su delicado estado de salud, que le ha impedido adquirir fuerzas para soportar las fatigas de su profesión, y la tercera, por lo relativo á la Plaza de Madrid, la cuestión de preferencia en la antigüedad que le disputó *El Gallo* y que le quitó la continuada práctica que en Madrid se adquiere; porque si bien el espada andaluz, con suma delicadeza indicó al empresario para librarle del compromiso que tuviera, que renunciaba á trabajar, sin pedir el cumplimiento de su contrata, claro es que esto no podía ser más que por una corrida, y que la cuestión se renovará siempre. ¡Pequeñeces! Si hoy resucitara *Costillares* y torease con la gente moderna en último lugar, ¿cuál ocuparía en el ánimo de los aficionados?

Ha trabajado en varias plazas de América, en distintas épocas y con aplauso, hasta que toreando en Valladolid la tarde del 25 de Julio de 1896, trató de descabellar al tercer toro, y estando en suerte achuchole la fiera, enganchándole por la cadera.

Al caer en tierra el diestro, que había conservado el estoque, hirióse muy ligeramente la primera falange del dedo pulgar de la mano derecha.

Pasó á la enfermería á curarse, y volvió luego á la plaza, donde, desde las barreras, siguió dirigiendo la lidia.

Lagartija, cuando al día siguiente volvió á Madrid, sufría horriblemente, porque el brazo todo se le había inflamado. Sajáronsele, y tuvo desde entonces acá diversas alternativas, creyéndose fuera de peligro unas veces, ó ya desahuciado otras, pues equivalía para él la muerte á la pérdida del brazo.

Los doctores Bravo, Castillo y Cervera, requeridos por el infortunado torero, y con un desinterés que les honra, encargáronse, se puede decir que á última hora, de su curación, luchando y agotando todos los recursos de la ciencia para salvar el brazo dañado, librando así de la miseria á una familia.

Todo ha sido inútil: Ruiz perderá el brazo, y el toreo un buen adalid de excelente escuela. ¡Pobre *Lagartija*, que no ha podido conservar ahorros y se verá pobre en sus últimos años de vida!

Ruiz, Antonio *(Lagartijilla).*— ¿Será este chico principiante pariente de Juan Ruiz *(Lagartija)*, como aseguran algunos? No lo parece; porque Antonio es un banderillero basto y Juan tiene un toreo muy fino, pero comprendemos que esa no es suficiente razón para afirmar lo contrario.

Ruiz, Cayetano.—Picador compuestito y animoso, que trabajaba por los años del 50 al 60. Formó parte de la cuadrilla de Cayetano Sanz, y murió en Madrid de un ataque del cólera morbo en 1865, á los treinta y tres años de edad.

Ruiz, Juan Manuel.—Pocos años después que el anterior empezó éste el oficio, con menos compostura y con menos ánimos también. Para ser picador se necesitan muchos y muy buena voluntad.

Ruiz, Ceferino.—Fué un picador de regulares condiciones, á quien tuvo en su cuadrilla el diestro Cayetano Sanz. Se retiró, dedicándose al comercio y tráfico de vinos, si no estamos equivocados.

Ruiz y García, José *(Joseíto).*—Es un banderillero de regular apostura, y á quien se ha visto adelantar paso á paso. Le dijimos lo que el notable é inteligente aficionado D. Alejandro Latorre dijo al valiente y entendido Muñiz en el año 1845: «Aplícate, que harás falta»; y añadimos que no se ponga á matar toros sin perfeccionarse en correrlos por derecho, en lancear de capa, en poner pares por ambos lados, y en las demás suertes preliminares. Es hijo de Cayetano Ruiz. Nació en Madrid el día 8 de Enero de 1855; ha hecho su aprendizaje en el Matadero, en los Campos Elíseos y en los pueblos de la provincia, formando luego parte de las cuadrillas de José Lara y de Felipe García; ha matado toros en provincias, ha estado toreando en Montevideo y no será un matador de alterna-

tiva que se distinga, porque es frío y abandonado como buen madrileño.

Adviértense en él rasgos de inteligencia en el arte á que se ha dedicado, que envidiarían muchos más altos; es fino y hasta elegante en ocasiones, pero ignora completamente el modo de saltar, recortar y hacer piruetas, que ha elevado á otros de menos mérito. Fortuna te dé Dios, hijo...

Ruiz, Manuel *(El Gordillo).*—Fué un picador atrevido, alegre y nada más. Ni tenía mala facha, ni era tampoco notable por lo buena. Su trabajo lucía, pero valía poco; y como jinete, no era de los que más se unen al caballo. Fué su época la de mediados de este siglo.

Ruiz de Valdivia y Aguilera, D. Nicolás.—Hace pocos años no conocían á este notable cuanto modesto pintor, más que los entendidos en el divino arte de Apeles y algunos, muy pocos, aficionados al toreo. Hoy su nombre figura con justicia entre los artistas más notables. Laborioso como el que más, aplicado, concienzudo é infatigable observador de la naturaleza y de los gran-

des maestros, Valdivia ha logrado ser una especialidad, sobre todo pintando *toros bravos* y caballos, en cuyo género no le aventajó nadie durante su época. En la imposibilidad de escribir una razonada biografía de este artista, no queremos privar á nuestros lectores de los siguientes apuntes, á grandes ragos trazados.—Ruiz de Valdivia nació en Almuñécar, provincia de Granada, el día 17 de Noviembre de 1833, viniendo pocos meses después á Madrid, en donde, concluída su primera educación, empezó el dibujo en la Academia de San Fernando. Fué discípulo del pintor de cámara D. Vicente López, y demostró desde luego excelentes disposiciones para cultivar con éxito el arte que tanto le entusiasmaba. Pero, á imitación del inmortal Goya, de quien era apasionado admirador, le causaba también igual entusiasmo el arte de torear, y aprovechando la circunstancia de formarse por entonces (1850) la inolvidable Sociedad taurómaca del Jardinillo, ingresó en ella, tomando parte activa en las fiestas desde su formación hasta que fué extinguida. Los que fuimos sus compañeros, aunque pasivos, y vivimos todavía, recordamos con placer aquel mancebo de gallarda presencia, de ardiente mirada y cabeza de artista, correr por derecho á los cuatreños, y en la suerte de banderillas, cuadrando en la cabeza, salir pausadamente después de clavar los palos castigando.—Tenía en aquella época Valdivia poco más de diecisiete años; dichosa edad en que todo lo grande, todo lo bello y todo lo arriesgado es patrimonio de la juventud. Por esta razón, sin abandonar sus queridos pinceles, se entregaba con ardoroso entusiasmo al atractivo de la gran fiesta española; y si cuidado ponía en aprender las suertes taurinas, ahinco mayor demostraba en seguir y adelantar en su noble profesión.—El ilustrado señor marqués de Perales concedió al jo7en artista una modesta pensión en París, y allí, por los años 1856 al 58, fué uno de los más aventajados discípulos del reputado pintor francés Mr. Glayse.—Concluida la pensión, y no pudiendo Valdivia, falto de recursos, vivir en París, abandonó con harto sentimiento la gran ciudad, y se volvió á su patria, fijando poco después su residencia en la inmortal Zaragoza, donde, para atender á sus más apremiantes necesidades, se dedicó á pintar retratos y alguna que otra obrita de poca importancia. Esto no obstante, aún envió desde allí á la Exposición franco-española un bonito cuadro, *El Viático*, que obtuvo medalla de tercera clase (año de 1863). Pero sea por la afición que nosotros tenemos á todo cuanto se relaciona con las fiestas taurinas, ó porque el cuadro tenga un mérito indisputable, el que nos llamó más la atención, y con nosotros al Jurado de la Exposición Regional de Zaragoza de 1867, que le concedió medalla de plata con diploma del ministerio de Fomento, fué *Una torada sesteando*, de inimitable verdad y colorido. Ya nuestro joven era un hombre, y una vez empezado el camino de la gloria, no podía volver atrás sin descrédito y mengua suya, y aplicándose cada vez más, sus obras siguieron aceptándose como buenas; el Ateneo le dió nuevos premios, y el Gobierno le señaló otra pensión en París, que no tuvo efecto y fué aplazada por la penuria del Tesoro.—Otro de los lienzos que realzan la especialidad de Valdivia es el precioso titulado *La sorpresa*, que tan original y exactamente pone de manifiesto un encierro de toros en la plaza de la ciudad de Caspe. Ni más verdad, ni más más gracia, ni más expresión pueden verse en cuadros de este género. El rey D. Alfonso XII, á cuyas manos llegó anónimo, es decir, sin recomendación alguna, lo compró desde luego, encargando otros y otros á Valdivia, á quien protegió generosamente, así como S. A. la princesa de Asturias y el señor marqués de Alcañices.

Falleció en Madrid el 21 de Enero de 1880, y fué enterrado en el cementerio de la Patriarcal.

Ruiz, Enrique *(Mazantinillo).*— Juguetea con frescura ante las reses, clava pares, pone parches, capea, corre y no descansa, semejando al movimiento continuo. Veremos lo que es este muchacho el día que se le acabe la cuerda de su vertiginosa actividad.

Ruiz, Hermenegildo *(El Chaval).*—Banderillero de buenas condiciones, creemos que natural de Madrid, en cuya plaza del Puente de Vallecas hizo su aprendizaje. Hace pocos años fué á trabajar á Méjico con Mazzantini; de regreso estuvo toreando sin cuadrilla fija, y en una novillada celebrada en esta corte el día 3 de Abril de 1892, quiso dar el salto de la garrocha, y lo ejecutó con tan mala suerte que cayó delante de la cabeza de la res, la cual le causó entre otras una profunda herida en el costado izquierdo. No bien curado de ella, y por no obedecer la prescripción facultativa, fué acometido de una pulmonía aguda que le causó la muerte en la noche del 19 de dicho mes de Abril á las once y media de la misma, ocupando una cama en la sala de distinguidos del hospital Provincial de Madrid.

Ruiz, Ignacio *(El Granadino).*—Picador más conocido en la Habana y en América que en España. Trabajó en la cuadrilla de Francisco Díaz (*Paco de oro*).

Ruiz de la Herrán, D. Joaquín.—Ha escrito revistas en diversos periódicos muy acreditados, defendiendo siempre la buena escuela de toreo con sano juicio, é imparcialidad notoria, y su opinión vale y pesa bastante en cualquer asunto tauromáquico. Fué aficionado práctico, pero fué mejor teórico, hizo gala de su ingenio, después de mediado el presente siglo, en su país natal, que nos parece fué Málaga.

Ruiz, Manuel *(Blanquito)*.—Banderillero de bastante desahogo con los toros, atrevido y de buenas condiciones. Hay, sin embargo que bullir menos y ver donde se está con el capote para no estorbar. Ya que tan vistosamente anda al rededor de las reses jugueteando con descaro, párese alguna vez, mire bien el terreno que ocupa, que no siempre es el mejor ni el que indica el arte, y nos agradecerá el consejo.

Ruiz del Moral, Manuel *(El Nene)*.—Hemos visto poner banderillas á un chico de este mote, y, francamente, no recordamos nada acerca de sus condiciones artísticas. Parécenos que era natural de Jaén, en cuya provincia y limítrofes tiene su campo de operaciones.

Ruiz Capilla, Gerardo *(Frascuelito)*. —Aunmás en diminutivo debiera usar tal apodo, si apreciase la enorme distancia que hay de aquel gran hombre á este infeliz iluso, que seguramente se desengañará pronto de que no sirve para el oficio de banderillero, á no ser que transforme por completo todo su sér.

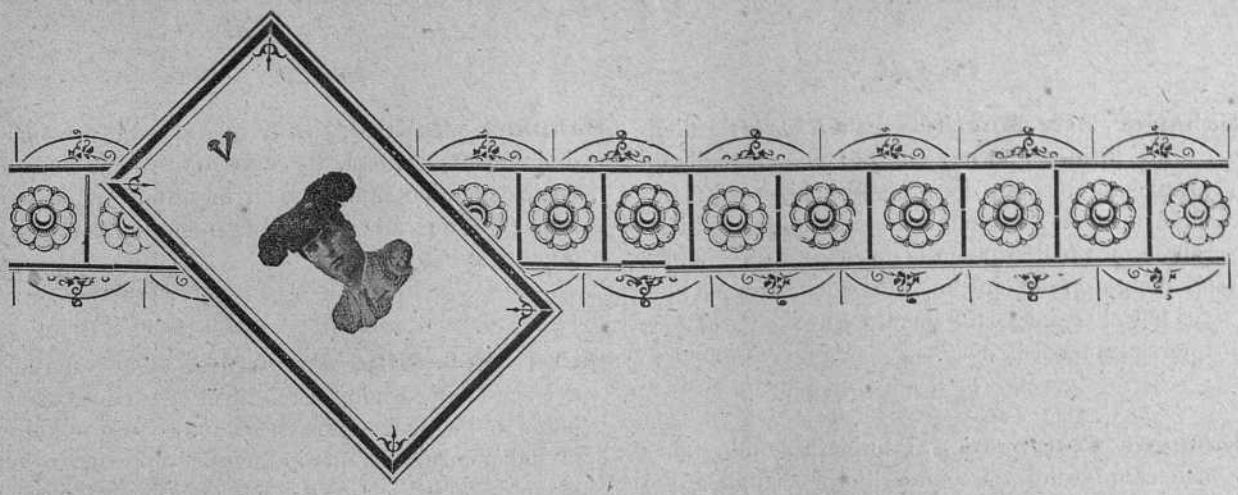
Ruiz, José *(El Espartero)*.—Si este chico llega, que no llegará, adonde subió el hombre de quién ha tomado el apodo, ha de aplicarse más de lo que hasta ahora se aplica.

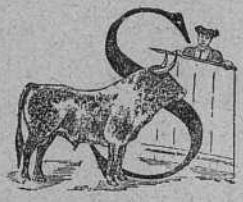
Ruiz, Nicomedes.—Parece que mata toros en las novilladas á que es llamado, no sabemos si bien ó mal. Es muy moderno.

Rumbón.—Toro de la ganadería de D. Manuel de la Torre y Rauri, vecino de Madrid, divisa encarnada y amarilla, retinto oscuro, de libras y bien armado Abanto y receloso, tomó dos varas de paso en la corrida del 21 de Julio de 1850, última en que toreó Montes. Vista la cobardía de aquél animal, fué sentenciado á banderillas de fuego, y por su condición y consecuencia de éstas, se hizo de sentido; así que, después de pasarle el célebre Montes dos veces, una al natural y otra cambiando y saliéndose de una colada, gracias á su facilidad en quebrar, intentó pasarle de nuevo al natural con la izquierda, y fué enganchado por la pantorrilla del mismo lado antes de que precaviese la colada; tal fué la rapidez con que el toro acometió. El suceso fué en Madrid, plaza vieja de la izquierda de la Puerta de Alcalá, á la derecha de los toriles, frente á los tendidos 4 y 5. José Redondo *(El Chiclanero)* mató al toro de una soberbia estocada arrancando.

TORO «RUMBÓN», DE TORRE Y RAURI. — F. DELANCE

Russo, Joaquín.—Banderillero regular y nada más, que empezó con buenos deseos, y se cansó, continuando el toreo á caballo, rejoneando. Poco valía á pie pero menos de jinete. Murió en Portugal, su país, en 1872.





Sa Branco, Juan Alves.—Tan grande es la afición á las fiestas de toros que tiene este buen portugués, que no contento con presenciar cuantas corridas puede, tanto en su país como en Badajoz, Salamanca, Valladolid y otras de España, y deseando propagar su entusiasmo por todas partes, ha construído y es dueño de una plaza de toros en Alcacer do Sal, donde se celebran funciones con frecuencia.

Sa Correia, Blas de.—Mozo de forcado, que, especialmente en Lisboa, es aplaudido por sus simpatías personales.

Sa, Zacharías *(Vasconcellos).*—Fué rico; siéndolo, fué pegador portugués por afición, se distinguió por su valor y murió pobre en Portugal, cuando vivía de limosnas en 1878.

Sabatier, Mlle. Marthe.—Esta *señorita* de allende los Pirineos, formó en 1861 una cuadrilla de jóvenes toreras, que decían eran guapas y que trabajaban bien. No tenemos noticia de que lo hicieran en otra plaza que en la de Arlés, y no sabemos si quebraron de cintura, ó las quebraron los bueyes por el espinazo. ¡Es cuanto quedaba por ver, toreras francesas!

Sabugal, Conde de.—Si hubiera tenido tanto arte como valor este banderillero portugués, que solo por afición toreaba, Dios sabe hasta donde habría llegado. Ignoramos la época de su apogeo; suponemos fué posterior á la de mediados de este siglo.

Sacanelles, Manuel —Hará unos treinta años, poco más, que este modesto artesano se empeñó en ser picador de toros, y lo fué, si no de lo más notable, cumpliendo. Dejó de torear, y después ha muerto hará veinte años de una enfermedad crónica. Tal vez en su oficio de ebanista, ocasionado á menos porrazos, hubiera vivido más tiempo.

Era una figura regular, sumamente pálido, simpático y de un trato muy aceptable.

Sacar el toro.—Es, si estando en querencia, se le lleva con el capote el lidiador, y cuando en los pases de muleta ayuda al espada otro torero, que con su capa saca de la suerte al animal y se le lleva ó vuelve por el lado contrario al de la natural salida. (Véase QUITE.)

Sacudido de carnes.—Así llama la gente de campo al buey ó toro flacos. Casi siempre en invierno hállanse los toros en dicho estado.

Saenz, Manuel Alejo.—En 1868 trabajó en Madrid como picador. ¿Lo era? El tiempo lo ha dicho. No se le volvió á ver en las plazas.

Salanova, D. Pedro.—Fué director del *Diario de Madrid* á fines del siglo último, y entre otras composiciones de poesías y artículos taurinos, publicó en aquél periódico, en el año de 1790, una «Pintura poética en octavas rimas de las doce suertes ó lances más principales que acaecen en una corrida de toros, siguiendo la idea y representación con que están grabadas en el juego de estampas de D. Antonio Carnicero». Fué Salanova decidido partidario del famoso Joaquín Rodríguez *(Costillares)*.

Salamea, Manuel.—Otro matador de novillos de la última remesa, de cuyo mérito nada puede decirse, temiéndonos que en tal estado quede su fama, porque cada día suena menos la trompeta que ha de extenderla.

Salas Barbadillo, Jerónimo.—Este escritor del siglo antepasado, al referir el modo que antes había de matar los toros en coso, dice que cuando no había caballeros que lo hiciesen, lo realizaba la plebe desde los tableros con garrochas ó lanzas. Fué natural de Madrid, compuso comedias muy aplaudidas, y en 1624 un jocoso libro llamado *Aventuras de Don Diego de Noche*.

Salas, Juan *(El Rubio)*.—Monta á caballo, se para frente, á los toros, los espera y pincha con la garrocha, y sin embargo no es picador, que para esto se necesita mucho. Como todavía no ha picado alternando, no se le puede juzgar mal, porque los hombres se aplican y toman voluntad con buenos ejemplos y buenos peones que puedan salvarles el pellejo en caso de *desavío*. Bueno es hacer constar que no ha llegado á alternar en Madrid, aunque han pasado cerca de veinte años desde que empezó el oficio, y que hace mucho tiempo no suena para nada su nombre en el toreo.

Salazar, Conde de.—Publicó en 1842 una bonita obra sobre las corridas de toros, sus ventajas y desventajas, que el anterior conde de Salazar había escrito y dedicado al maestro Pedro Romero.

Salcedo, José.—De este picador no tenemos más noticias que las de que toreó en el segundo tercio de este siglo en varias plazas de Andalucía, y que era natural de Veger de la Frontera. Se estrenó en Sevilla en la feria de 1834, pero ya había trabajado en Madrid en el año de 1832.

Saldanha de Gama, D. Antonio *(Ponte)*.—Buen banderillero portugués, retirado hace muchos años, que cosechó aplausos abundantes desde 1847 en que se presentó en diferentes plazas de aquel país. Pocos aficionados de su época le aventajaron en inteligencia.

Saldanha Marreca, José de.—Pegador portugués en 1865 que se acreditó pronto de bravo é inteligente.

Saldanha, Francisco.—Banderillero portugués que trabajaba con voluntad, pero que aun hace dudar si podrá contársele en el número de los buenos.

Sales, Emilio *(Carlo Magno).*—Así, hijos, no hay que pararse en barras para buscar apodos. Si tampoco os parárais en el camino del arte, más os valdría y más ganaríamos. Este muchacho empieza ahora picando bien y parece que no monta mal.

Tiene decidida afición y si con ella sigue, y no se cansa, podrá llegar á ser algo, dadas sus buenas condiciones; pero necesita trabajar con mucha frecuencia, que es su oficio de aquellos que si se dejan, se olvidan y cuesta trabajo emprenderlos de nuevo.

Salgado.—En Portugal y en algunos otros puntos de España, especialmente los del Noroeste, llámase salgado al toro salinero; y á veces, pero en menos poblaciones, suelen confundirlos con los sardos.

Salgado, Antonio.—Para ser rejoneador á caballo no basta saber montar, es preciso algo más. En 1876 y aún después, ha trabajado en Portugal y hoy está retirado del toreo.

Salgado, Augusto Pedro.—Marchó á la América del Sur, este valiente mozo de forcado que, no hace muchos años, causaba entre sus paisanos, los portugueses, gran entusiasmo, y adoración.

Salguero, Miguel.—Picador de toros, que dicen es voluntario, aplicado y con deseos de cumplir. Todos al empezar tienen las mismas cualidades, pero luego se paran y no hay quien les haga andar. Le hemos visto muchos días cumpliendo bien y con valor, y en otros detestable. Ya no será más, porque lo que no haya hecho en más de veinticinco años, no lo ha de hacer ahora.

Salida.—Se dice que al toro se le da salida cuando se le marca ésta con la capa ó la muleta, despidiéndole con los vuelos de las mismas. Desplegando estos más ó menos, serán las salidas largas ó cortas; es decir, que el toro se separará ó acercará más al diestro, según aquellas sean. Además de las dichas, en todas las suertes hay salidas, que debe tener el toro al terreno de afuera, y el lidiador al de dentro, salvo los casos en que se cambien por necesidad.

Salido, Quintín.—Pariente de Julián Casas y banderillero en su cuadrilla. Procuraba salir airoso, y casi siempre lo conseguía. Era delgado de cuerpo y de escasas facultades.

Salinas, Marqués de.—Caballero rejoneador que quebró más de veinte rejones con gran destreza, y sin daño alguno de su caballo, en la fiesta de toros que, para obsequiar al duque de Módena, se celebró en Madrid en Octubre de 1638. Era hijo del marqués de Velada.

Salinero.—El toro cuya piel es jaspeada de colorada y blanca, sin formar mancha alguna de un solo color. Es muy parecido este al que los caballistas dicen «azúcar y canela»; y realmente, cambiando el fondo, que en vez de negro es, como hemos dicho, colorado, la pinta es igual á la del toro cárdeno claro.

Salir por piés.—Es huir precipitadamente en la salida de cualquier suerte, consumada ó no, por temor á una cogida. En el primer caso, es más disimulable, ó al menos no causa tan mal efecto; pero si la suerte no se ha ejecutado, es digno de censura el que salga por piés, sobre todo si tiene en su mano muleta ó capote; defensas con las cuales, bien manejadas, es muy difícil una cogida parándose y viendo llegar.

Salir por la cara.—Tanto quiere la gente moderna alambicar los detalles de cada una de las suertes del toreo, inventando tantas voces é introduciendo tantas frases en el tecnicismo taurómaco, que va á llegar día en que no nos entendamos. Una de las frases nuevas, que mayores polémicas ha suscitado no há muchos años, ha sido la de «salir por la cara» sin que la pesada controversia que sostuvieron con calor autorizados escritores, fuera bastante clara para evidenciar si era defecto, ó era mérito, consumar la suerte de matar con aquella circunstancia. Todos se atribuyeron la victoria y, sin embargo, la cuestión quedó sin resolver y, lo que es peor, sin poderla entender las personas que no profundizan los misterios del toreo y los que, tal vez sabiendo de ellos tanto ó más, no conciben ni toleran otros nombres para matar, que los de *esperar* los toros ó *irse* á ellos.

Forzosamente hemos tenido que estudiar la cuestión y sobre ella vamos á emitir nuestro leal parecer. ¿Qué se entiende por «salir por la cara?» ¿Es, por ventura, cuando el matador arranca derecho en dirección al toro y al dar la estocada se queda cerca de la cabeza sin correr ni huir? Entonces mejor sería decir *quedarse*. ¿Es cuando el espada, al hacer la misma operación, sale perseguido por la fiera y tiene que huir, poniendo piés en polvorosa? Entonces salir es; pero esto no sucede, por lo general, más que cuando el toro sintiéndose con poder, ve cerca al hombre y le persigue; acto posterior al de la consumación de la suerte de matar, que en nada la desvirtúa, por más que la quite lucimiento. Admitido esto ¿qué es preferible? ¿Qué es lo que más se adapta á las buenas reglas del toreo, que mandan que nadie huya, teniendo en las manos la muleta? *¿Quedarse* ante la cara, ó *salir* por delante de ella en precipitada fuga? Parece que mejor es quedarse preparado con la muleta para dar salida al toro.

Claro es que mejor que quedarse, y todavía mejor que salir de huida, agrada y luce más, mucho más, ver al torero seguir la línea recta que se trazó al arrancarse á herir, pero esto no sucede siempre cuando quiere el torero, sino cuando lo permite el toro; cuando éste, colocado fuera de las tablas y con muchos piés y pujanza, acomete recto sin revolverse; que si se revuelve, entonces ya da la cara al torero, y éste ó *se queda* si es valiente para dar una nueva salida con el trapo, ó *sale* huyendo si no tiene otro remedio.

¿Por qué no sucede así en la suerte de recibir? Porque el espada que cita y espera no se mueve de su sitio; es el toro el que viene al del hombre, y en su carrera de fuerza, cuando quiere volver al bulto, ya ha de hacerlo desde el terreno que nuevamente ha tomado y en sentido inverso al que tenía. En esta suerte acontece realmente el cambio de los terrenos, que debiera decirse el del terreno y solo por el toro, puesto que el lidiador queda en el que primeramente tuvo, y la distancia de uno á otro es mayor que la primitiva, si ha sido grande el ímpetu de la acometida y la estocada buena y honda; que si no es más que pinchazo, el toro volverá al bulto y este perderá por fuerza el terreno en que se colocó, aunque dé algún pase de muleta en pura defensa. En nada de esto hay desdoro para el matador.

En el volapié hay ocasiones también en que es inevitable la salida por la cara, y esas son cuando hay que entrar á herir, estando el toro aculado á las tablas, porque al llegar á el, y herirle, no hay más remedio que salir huyendo por la cara, y no por la cola, puesto que de querer seguir rozando los costillares el paradero único es el olivo. Por eso Joaquín Rodríguez dió perfectamente el nombre de volapiés á la suerte de matar toros que no acuden al engaño (no á los demás), porque de ella se sale huyendo á fuerza de piés; de modo que no es volapié la en que el toro se viene, que cuando esto sucede hay que concederla más mérito, considerando que más valor se necesita, y más inteligencia para esperar á un toro con facultades que para irse á él cuando está inmovil.

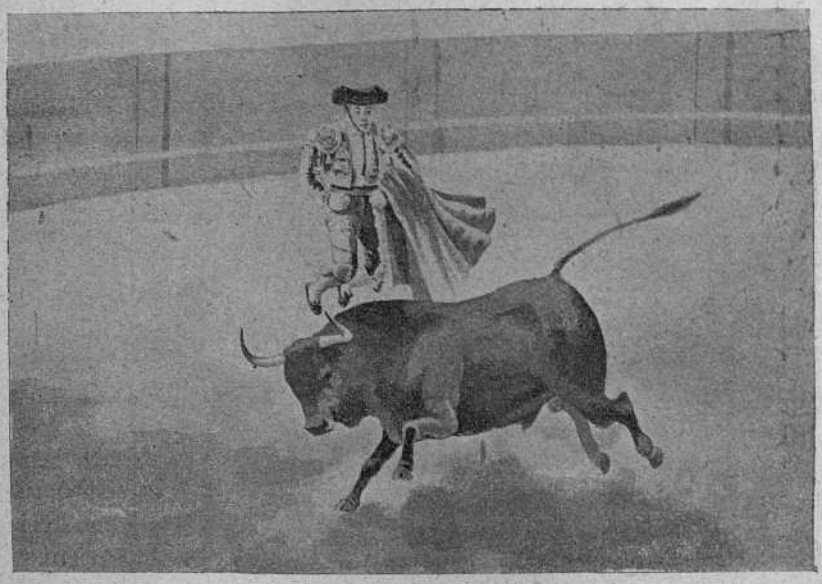
Sin embargo de lo expuesto, como puede ocurrir, y ocurre con frecuencia, que el toro herido persiga á quien le hirió, si fuerzas tiene para ello, conviene declarar que no es bochornoso para el espada ese caso, si ha entrado á matar sin cuarteo, en corto y por derecho. A lo que hay que atender principalmente es á la entrada del matador, porque esa depende de él en todas las ocasiones, y la salida no siempre.

Salpicado.—Cuando un toro de pinta muy obscura tiene cerca unos de otros varios lunares blancos, grandes para que pueda llamarse nevado, y pequeños para ser girón, suele decirse que es *salpicado*. Como se comprende bien, esta es una derivación del berrendo.

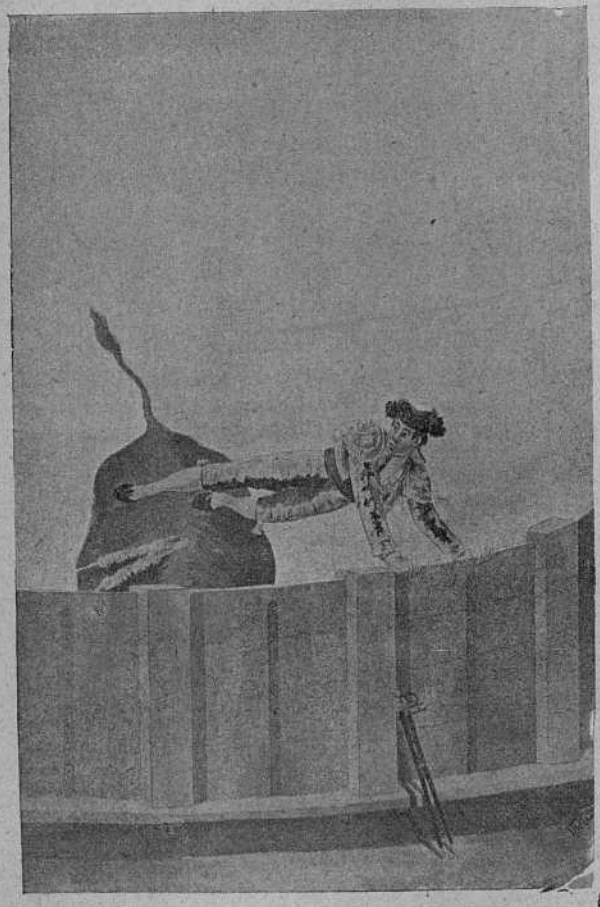
Saltador.—Toro de la ganadería del duque de Veragua que en 27 de Octubre de 1841 mató en la plaza de Madrid siete caballos y envió á la enfermería otros tantos picadores con graves lesiones. Viéndose la autoridad en tal compromiso llamó á Montes al palco presidencial para consultarle que debía hacer y cuando conferenciaban llegó noticia de que el picador *Berrinches* podría salir á la plaza como salió, con la cabeza vendada, y puso dos varas muy aliviadas, porque Montes, al iniciar el toro la acometida, le llamó con el capote, haciéndole salir de la suerte, con lo cual se salvó el conflicto,

puesto que no había disponible ningún otro picador. Este suceso motivó, que, desde la corrida siguiente á aquella, venga anunciándose siempre «que en el caso de inutilizarse los picadores señalados en el cartel, no pueda exigirse que salgan otros.»

Saltos.— No debemos mencionar aquí los saltos que da el toro alguna vez al pasar sobre un bulto, lo cual se llama rebrincar; ni decir cómo debe el torero tomar el olivo, ó sea saltar la barrera, por que esto se aprende fácilmente con la práctica. Referiremos, pues, que es lo que á nuestro objeto conduce, los diferentes modos que tiene el diestro de saltar sobre



SALTO AL TRASCUERNO. — **MACÍAS**

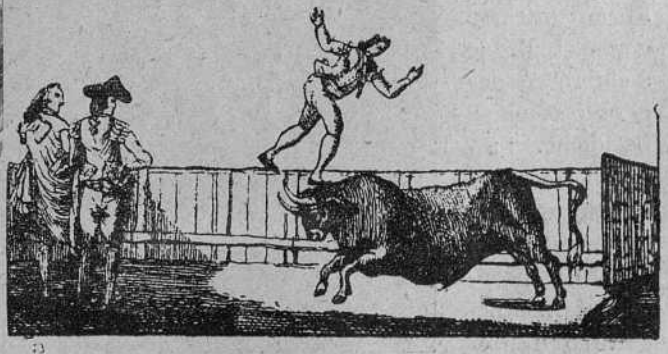


SALTANDO LA BARRERA. — **MACÍAS**

los toros; suerte lucidísima y de mérito no siempre apreciado.

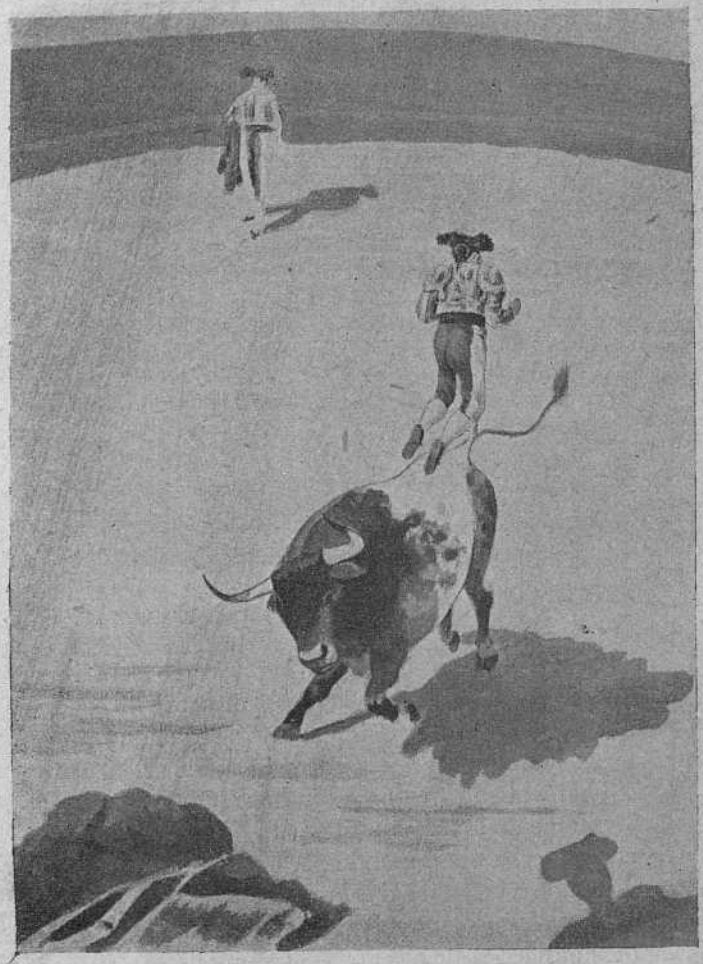
Al trascuerno. Para dar este salto, que, como el nombre indica, consiste en pasar el torero de un brinco por encima de las astas del toro, sale aquél escotero, ó cuando más, con el capote liado al brazo, en busca de la res como para hacer un recorte y llamándole la atención para que conozca la dirección ó viaje; éste debe ser sesgando y procurando que al llegar al centro de la suerte se encuentre enteramente atravesada y con la salida tapada, en cuyo momento el toro humilla para coger, se aprovecha el lidiador, salta cruzando por encima de los cuernos, y cuando el toro da la cabezada, ya está aquél libre en el suelo y en dirección opuesta á la de la carrera del animal. Puede ejecutarse, según Montes, con toda clase de toros; pero respetando su opinión, creemos que no debe hacerse con toros de sentido, ni con los que se ciñen ni van al bulto, ni con los burriciegos de segunda, y que ha de procurarse que sean ligeros y no estén parados y mucho menos aplomados.

Sobre el testuz. No hemos visto nunca ejecutar esta suerte, que no es moderna, puesto que á fines del siglo pasado la ejecutaba ya, según dicen *Pepe Illo* y Montes, el célebre *Lorencillo*, maestro del famoso José Cándido, y después éste con singular habilidad. Se hace la suerte de dos maneras: la primera, esperando



SALTO DE TESTUZ. — **Lámina de 1790**

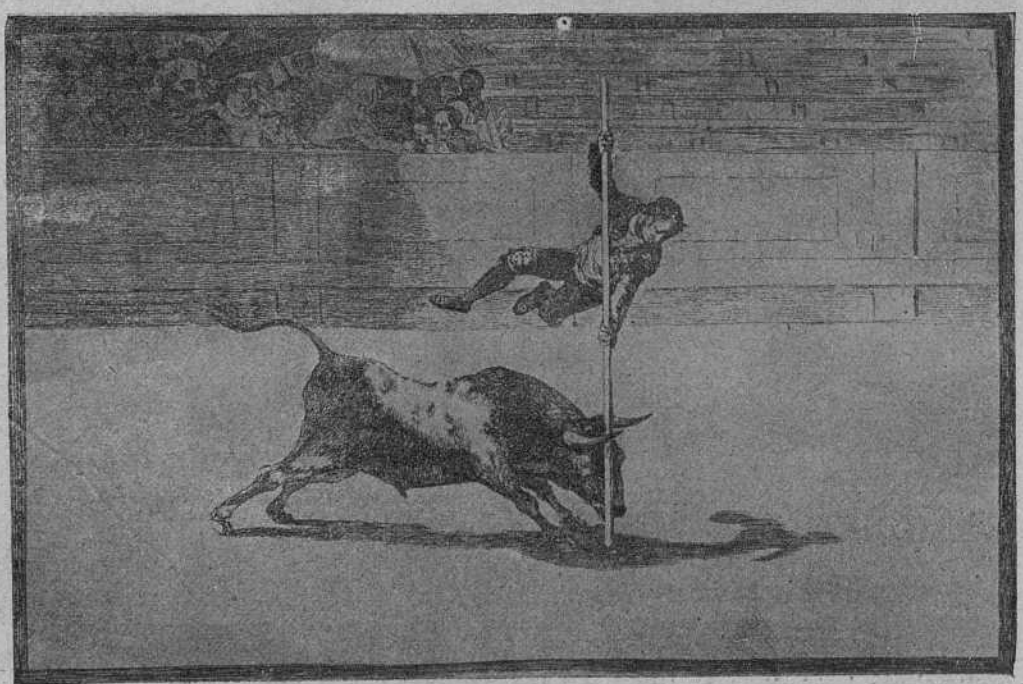
al toro á pie quieto, y al verle llegar, dejar que humille, en cuyo momento se le pone un pie en el



SALTO DE CABEZA A RABO. — **MACÍAS**

testuz ó en el centro del nacimiento de las astas, y dando de nuevo un salto, el diestro cae por la cola; y la segunda, saliéndose el toro con distinto viaje, y al encontrarse cuando se llegue á embrocar, dar el salto como se ha dicho. Tan difícil y expuesto nos parece de un modo como de otro, y encontramos más hacedero dar el salto de adelante atrás, ó sea de cabeza á cola, salvando completamente el cuerpo de la res y sin apoyar el pie en ninguna parte como lo hacen los landeses, y aquí en España lo ha realizado el matador Leandro Sánchez *(Cacheta)*. Encarga mucho Montes que no se haga la suerte del salto sobre el testuz con toros revoltosos ni con los que no tienen la cabeza bien puesta, procurando también que sean de los que conservan piernas.

De la garrocha. Para darle debe salir el torero en la misma rectitud que el toro, alegrándole para que se venga á él y marchando ambos á encontrarse en un centro. Al ocurrir esto, clava el diestro la garrocha en el suelo, se apoya en ella, se eleva (como si fuera á vadear un arroyo, según dice felizmente Montes), y cae por detrás del toro, llevándose la garrocha las menos veces, y soltándola casi siempre, en lo cual hace bien, porque si no, sería fácil que el toro con el testarazo la rompiera, y el lidiador cayera malamente y con grave exposición de quedar en las astas. No debe hacerse con toros revoltosos, y menos con los que les falten piernas. La garrocha, si tiene puya, ha de ponerse con ésta al suelo para que se asegure bien en la tierra; y si no la tiene, se hincará la parte más delgada de ella en la arena, procurando evitar un resbalón.—En todos los saltos, como en todas las suertes del toreo, es muy conveniente que estén á la mira, y bien situados, uno ó dos capotes para auxiliar en caso de necesidad. Se nos olvidaba decir que también se salta sobre



SALTO DE LA GARROCHA. — **GOYA**

un toro, colocando frente á la puerta del toril una mesa, y sobre ella el torero con grillos en los piés, y cuando sale el animal, que como no ve de pronto más objeto que la mesa, se dirige á ella, espera el lidiador la acometida, y aprovechando el momento de humillar, salta al suelo, salvando el cuerpo del toro, que continúa su viaje. Inventó esta suerte Manuel Bellón *(El Africano)*, que la ejecutó en la plaza de Madrid, situada en las afueras de la Puerta de Alcalá, á la izquierda, cuando se inauguró en 1754, y la perfeccionó Martín Barcáiztegui *(Martincho)*.

Saludo.—Es el que hace la cuadrilla al Presidente cuando se presenta en el redondel, antes de empezar la lidia, precedida de los alguaciles. No se confunda con el brindis que dirigen á la misma autoridad los espadas, ú otros toreros á diferentes personas. (Véase CORTESÍAS en el *Suplemento)*.

Salvador, José.—No le hemos visto trabajar. Ha formado parte de la cuadrilla de los Carmonas como banderillero, y su nombre no ha hecho gran eco en el mundo taurómaco. Hay ahora un puntillero de estos mismos nombre y apellido.

Sampayo é Mello, Manuel Antonio.—Caballero en plaza en las fiestas reales celebradas en Portugal por el natalicio de la princesa del Brasil, en 1735.

Sampedro, Juan *(Cazalla)*.—Torero andaluz; mató algunos toros en Andalucía á mediados del presente siglo, sin tomar alternativa; pero era allí muy conocido y estimado. Fué natural de Cazalla de la Sierra, de cuyo nombre le vino el apodo.

Sanahuja, D. Manuel.—Es el autor del precioso cuadro pintado al óleo, que representa el paseo de los caballeros en plaza y de las cuadrillas de toreros en la segunda función real de toros de 1878, y del que ha dicho la prensa que «es un trabajo acabadísimo, que honra á su autor, tanto por el gusto con que está ejecutado, cuanto por el colorido». El Ayuntamiento de Madrid adquirió dicho cuadro para sus salones.

Sanguino, Tomás.—Más bien delgado que grueso. Regulares proporciones de cuerpo, y de no malas condiciones para picar de vara larga. Trabajó mucho en la época de Sanz y el *Tato*, vencida ya la primera mitad de este siglo. Luego formó parte de la cuadrilla de *Cúchares*, cuando empezó á marcarse mucho su decadencia.

Sánchez, Pedro *(Boni)*.—A fines del último siglo era conocido como bueno este banderillero cordobés, que algunas veces estoqueaba toros.

Sánchez, Manuel *(Ojo gordo)*.—Trabajó muchos años como banderillero en la cuadrilla de José Delgado *(Illo)* y se retiró de su profesión por los años de 1812 al 1813. Negoció después en efectos usados, y en la capilla del Baratillo de Sevilla donde está la imagén de San José que regaló *Pepe Illo*, se conserva un lienzo que representa al Señor de las tres caídas, y que allí hizo colocar *Ojo gordo*, cuidándole hasta su fallecimiento, en 1854, á la edad de noventa y tres años. Cuando tenía ochenta, aseguraba que saldría á poner un par de banderllas si triunfara el rey absoluto, pues era muy partidario del Infante D. Carlos, por lo cual estuvo desterrado de Sevilla bastantes años.

Sánchez, Alonso *(Gabinete)*.—Este fué el nombre de un picador bastante conocido que trabajó diferentes veces, formando parte de la cuadrilla del famoso *Curro Guillén* en Madrid y en otras plazas, con aceptación, durante el primer tercio del presente siglo.

Sánchez, José *(Negrón)*.—Un banderillero sevillano que trabajaba en plazas andaluzas, como principiante hace más de quince años. Ha debido adelantar poco y seguir de novillero por aquellas tierras, donde tal vez conocerán su mérito.

Sánchez, Pedro *(Membrilla)*.—Picador novillero, que no salió de su paso ni se aventuró á ser torero de algun valer, prefiriendo trabajar poco ó nada. Hay oficios en que no puede hacerse eso, si se ha de comer con lo que produzcan. Era natural de Jerez, y actuaba en 1881.

Sánchez Caro, Juan.—Picador de toros, natural de Dos Hermanas, en la provincia de Sevilla, muy trabajador, que formaba parte de la cuadrilla de Antonio Carmona *(El Gordito)*, en sus mejores tiempos.

Sánchez, Antonio *(El Tato)*.—Cuando un hombre cuya profesión es la de trabajar en público para conquistar aplausos, llega á obtener éstos

constantemente, sin interrupción y universales, preciso es confesar que su trabajo ha de ser bueno, ó por lo menos de gran lucimiento; porque los aplausos que se dan durante una temporada á un torero, y se le quitan á la siguiente, convirtiéndose en demostraciones de desagrado, demuestran que, en vez de ir adelante en el ejercicio de su profesión, atrasa ó se estaciona; y á esto no debe aspirar nunca un hombre que del favor público vive.

Comprendiéndolo así el matador de quien vamos á ocuparnos, hizo siempre cuanto pudo y estuvo en sus facultades por complacer al público, consiguiendo captarse muy pronto sus simpatías. Mucho debió también á su esbelta y graciosa figura, á su bonita cabeza, y más que nada á su juventud, porque los primeros años en que usó el estoque parecía un niño animoso, que no podía con dicha arma y muchísimo menos con un toro.

Su presentación en la plaza de Madrid, que es donde se hizo torero, en nada llamó la atención al principio; trájole *Cúchares* en 1851 unido á su cuadrilla, y nada de particular se advirtió en el *chiquillo* poniendo banderillas; pero en el mismo año, al final de la temporada, la casualidad hizo que saliese un torito pequeño y clarito, que tocaba matar á *Cúchares* en una de las últimas corridas, lo cual visto por dicho espada, tan dado, como él decía, á «alegrar la gente», fué bastante para que brindase al *Tato* aquel toro tan proporcionado á las facultades del joven, que aceptó la cesión con marcado entusiasmo. Hizo con el bicho tantas monadas, le pasó de muleta tantas y de tan distintas maneras, y estuvo con él tan *fresco*, que el público le aplaudió frenéticamente, y no tuvo en cuenta el *bajonazo* que dió al toro, ni el modo de irse á él, calculando, con razón, que con el tiempo corregiría cualquier defecto. Esto fué bastante para que al año siguiente, ó sea en 1852, *Cúchares* diese la alternativa á Sánchez y le protegiese llevándole consigo, para que *viendo* aprendiese, toda vez que *explicando* no podía aquél ser maestro, según todos saben.

Sánchez se aplicó, se hizo bullidor en la arena, *galleaba* con gracia, daba vueltecitas en la cabeza del toro, y hacía otras monadas que, si no demostraban grandes conocimientos en su profesión, arrebataban al público, especialmente al que prefiere la animación del toreo siempre en movimiento, á la seriedad de la clásica escuela, que sujeta su acción al arte y le lleva á la perfección.

No queremos decir por qué en 1854 el *Tato* se separó de *Cúchares*, quitándole lo mejor de su cuadrilla en gente de á pie y á caballo; punto es éste que debe callarse, puesto que no toda la culpa fué de él, y quien la tuvo principalmente, la tuvo también del ruidoso choque con el *Gordito*, de que más adelante hablaremos; de la salida del *Regatero* á matador por los móviles que todo aficionado sabe, y de otras muchas *gitanadas* que no son para escritas.

Creciose el *Tato* con el favor que el público de todas partes dispensaba á su graciosa figura, tomó de *Cúchares* el celo porque nadie en el redondel sobresaliese por él, y en dicho año de 1854, contratado en Madrid, quitó á *Cúchares* muchos aplausos y echó los cimientos de su reputación, especialmente arrojándose como nadie en la suerte de *volapié*. Llegó el año de 1856, y volvió á Madrid escriturado, siendo muy bien recibido y juzgado entonces, como demuestra la siguiente semblanza que escribió desapasionadamente un entendido y antiguo aficionado: «Joven, muy joven, garboso; preciadito de su persona y de simpática figura, adquiere cada día más partido, que debe procurar con empeño no perder, aplicándose al ejercicio de su difícil profesión. Tenga presente, ya que tiene una facilidad asombrosa para imitar y aprender lo que otro haga, que un espada necesita más aplomo que el que le dan sus años; que en ocasiones, el torero que se estima rehuye un aplauso forzado por matar la fiera con sujeción á las reglas del toreo, y que ciertas gracias son buenas y aceptables si las hace un banderillero, pero rayan en grotescas si las hace un espada. Pare los pies, *reciba* toros, no abuse de las estocadas á *mete y saca* y confíese menos, y será un torero en toda la extensión de la palabra; á no ser que, en vez de ir adelante, imite al cangrejo. Mucho lo sentiríamos, porque es muchacho que promete.» Efectivamente el *Tato* aquel año hizo esfuerzos por competir con Cayetano Sanz, á quien no pudo alcanzar ni con mucho en ninguna de las suertes del toreo, ejecutadas casi siempre á la perfección por el último.

Pero su fama estaba ya asegurada, y desde entonces Sánchez fué buscado en todas las plazas, y en todas partes luchó con ventaja, hasta que seis años después apareció en los circos, disputando sus laureles, un notabilísimo banderillero y distinguido torero, Antonio Carmona *(El Gordito)*. Si no viviera éste, hablaríamos más de ellos, exponiendo con franqueza los defectos de cada uno, que los tenían grandes, y alabando sus buenas cualidades que no son pocas; pero no queremos recordar rivalidades que injustamente se promovieron y suscitaron por los aficionados de aquella época no remota.

Nació la enemistad del *Tato* con el *Gordito* desde que aquél se opuso en Sevilla á que éste matase gratis en una corrida de beneficencia. Se aumentó en 1864, el día de San Juan, en Cádiz, donde torearon juntos, y los amigos del *Tato* obsequiaron á éste con versos, flores y coronas, etc., tan luego como se presentó en la plaza, en lo cual tuvieron acierto, porque antes de la mitad de la corrida ya había sido herido, aunque no de consideración,

el *Tato*. En el siguiente año trabajaron ambos en Madrid bajo la presidencia de Sanz, y la opinión, tan unánime hasta entonces en favor del *Tato* (exclusión hecha de Cayetano), empezó á dividirse entre él y el *Gordito* que, aprovechando aquel mismo año en Cádiz la predilección que el público mostró por ver á *Lagartijo* matar un toro, le cedió uno suyo; cosa á que terminantemente se negó antes el *Tato*, que perdió en aquel mudable pueblo las simpatías que al parecer conquistó en el precitado año. Subieron de punto las disensiones entre

mérito merecía. La pugna en todas partes entre estos dos lidiadores ha sido terrible, llevando en Madrid siempre la mejor parte el *Tato*, y en todas las demás provincias el *Gordito*, hasta el punto de provocar conflictos la saña de sus partidarios, y de tener las autoridades en algunos puntos que poner la tropa sobre las armas, como sucedió en Cádiz en Septiembre de 1868. Esto prueba, en nuestro concepto, que ninguno tenía razón, porque del hombre público se ha de juzgar por sus hechos como tal; y eso de que antes de empezar una co-

ambos en 1867, cuando fueron ajustados en Madrid con el joven *Frascuelo*, porque ni el *Gordito* ni los de su cuadrilla podían moverse, sin que los silbidos, *fueras* y otras demostraciones, nunca conocidas en Madrid desde los tiempos de los realistas, agobiaran á aquella cuadrilla, que á duras penas podía en alguna suerte hacerse aplaudir por personas imparciales. Para ayudar á la conjuración, preparada antes de empezar la temporada, y sabida desde el mismo tiempo por cuantos de toros se ocupaban, se fundó un periódico especial y se usaron otros medios, hasta que se consiguió saliese de Madrid, rompiendo su escritura el *Gordito* que, á pesar del tiempo transcurrido, no ha logrado volver de nuevo á adquirir en la corte las simpatías que por su

rrida se vaya resuelto á silbar ó aplaudir á determinado lidiador, significa en el que lo hace poca imparcialidad y menos...

Por desgracia para el *Tato*, la cogida que sufrió en Madrid la tarde del 7 de Junio de 1869 en corrida extraordinaria, celebrada para solemnizar la jura ó promulgación de la Constitución democrática, dió fin á unos antagonismos y pugnas que nunca debieron existir, y que de seguro no hubiera habido si la prudencia se acercara á los dichos lidiadores, ó la envidia y mala fe no se hubiesen apoderado de la gente que rodeaba al *Tato*, y que todos señalaban con el dedo.

Hallábase el cuarto toro de la corrida, llamado *Peregrino* (del que hablamos en su lugar), terciado

delante de los tableros de los tendidos 5 y 6 de la plaza vieja que hubo en las afueras de la Puerta de Alcalá, con dirección al Toril, poco más ó menos en el mismo sitio en que fué muerto *Pepe Illo*, y Antonio Sánchez (*El Tato*), sin tener en cuenta la mala colocación del bicho, sin reparar en que estaba humillado, y arrojándose al *volapie* ceñido, sin *vaciar* con la muleta, vicio que le costó en su vida infinitas cogidas, fué *empuntado* por la rodilla derecha, herido y volteado. Conducido á su casa, tuvo precisión de sufrir más de una operación quirúrgica, que dió por resultado la amputación de la pierna.

Las simpatías que el joven lidiador tenía en Madrid se manifestaron tan marcadamente, que durante los días de la curación su casa estuvo invadida de día y de noche por personas de todas las clases sociales; hasta en la calle hubo necesidad de poner guardias para evitar la aglomeración de gentes: y para que todo contribuya á aumentar la fama del infortunado *Tato*, daremos dos detalles que ponen más en relieve el cariño que siempre le ha tenido el público madrileño.

Concebida la idea por un buen aficionado, á quien mucho debía el *Tato*, de dar una función á beneficio de éste, fué patrocinada con tanto entusiasmo, que los billetes se vendieron á gran precio, disputándose todos los aficionados, y aun los que no lo eran, el privilegio de adquirir uno para demostrar al *Tato* los buenos recuerdos que de él conservaba Madrid. Cuando el desgraciado espada se presentó en coche dando vuelta al redondel, vestido de paisano, con lágrimas de emoción y agradecimiento, los bravos, aplausos y vítores fueron unánimes, y tan atronadora explosión de simpatía fué acompañada de versos, palomas, coronas, regalos, tabacos y de... lágrimas también en los ojos de las señoras y de muchos hombres de pelo en pecho.

¡De tal manera conmueve la desgracia! ¡Ver fuera de la arena á quien tantos laureles recogió en ella! Tristeza y grande quedó en los corazones de todos los concurrentes á aquella fiesta cuando vieron salir de la plaza, y retirarse cabizbajo, al siempre altivo, animoso y bravo matador; al hombre que, siendo niño, poco más, había causado la admiración de las gentes, y siendo joven se había hecho dueño del corazón de todos los madrileños. Terror causó su cogida; profunda pena su desgracia; llanto su ausencia. Había muerto para el toreo uno de sus más diestros adalides, y para Madrid el más querido de los toreros: no el que valía más, que esto, cuando hay desgracia, no se mira, sino el de más extendidas simpatías.

Otro detalle, también de gran significación, fué el siguiente: la pierna amputada á Antonio Sánchez había sido llevada para colocarla en una ampolla ó vasija de cristal, con los espíritus necesarios á su conservación, á la gran farmacia que en Madrid se hallaba situada en la calle de Fuencarral, esquina á la del Desengaño. Esto lo sabían muchos amigos del *Tato* y muchos aficionados. Una noche, á primera hora, se declara un incendio en dicha casa. Cunde por Madrid la voz de que la farmacia referida está ardiendo, y aquellos amigos corren, vuelan á salvar la reliquia del que lo es suyo; llegan al sitio de la catástrofe, penetran en él, desatienden las alhajas y otros objetos de valor, expónense á los peligros del fuego, y ven con dolor que la reliquia ha desaparecido por las grandes proporciones del voraz elemento. Ejemplos son estos de amistad y cariño que estamos seguros no olvidó mientras vivió Antonio Sánchez.

Volviendo á sus hechos taurómacos, además de repetir lo ya dicho, hemos de hacer constar que, entre las buenas cualidades que le adornaban, era una la de un excesivo pundonor. Sentía más una demostración de desagrado por parte del público, que un disgusto grande por pérdida de sus intereses, y así lo decía muchas veces. Si alguna llegaba á sus oídos una crítica de su conducta en la plaza, corregía el error inmediatamente. Tanto es así, que como abusase al principio de su carrera de los *mete y saca* y se lo criticasen personas que le querían, los evitó en lo sucesivo cuanto le fué posible. En este particular, en el de deferencia para con el público, no conocía límite.

En 1850 y tantos, no hay para qué citar la fecha, estuvo ajustado el *Tato* para las corridas de Septiembre que se dieron en Albacete, y de Madrid marchamos varios amigos allí con el solo objeto de ver dichas funciones. Hablose en el viaje y en la fonda de lo que los aficionados hablan siempre, y discutiendo sobre el mérito de los espadas en juego entonces, el autor de este libro, que nunca ha visitado á ningún torero, manifestó con franqueza su opinión respecto de cada uno, sosteniendo que no es torero completo el que no practica la suerte de recibir. Llegó la hora de la corrida, y al entrar en la plaza la cuadrilla de toreros un aficionado, acercándose al *Tato*, le dijo: «Este señor es el que te he dicho». Fijose el *Tato* en nosotros, saludó y mezclose con sus compañeros para salir al redondel. Una vez en éste, trabajó con la alegría y buenos deseos que siempre tenía; llegó la hora de matar, tomó los *trastos*, y la casualidad hizo estuviese colocado cerca de la barrera que ocupábamos. Pasó dos veces nada más á un gran toro de Mazpule, se *enhiló* con él en corto, citó con la muleta y le mató *recibiendo* en toda regla de una gran estocada. Rodó el toro, cogió la divisa y nos la trajo para probar la equivocación del que había dicho que el *Tato* no era torero perfecto porque no *recibía* toros. ¿Puede haber mayor em-

peño en nadie para sobresalir? ¿Es posible mayor prueba de complacencia para con persona desconocida?

Esta conducta fué siempre la base de sus extraordinarias simpatías y de su aplicación y adelantos. ¡Qué *sal* al dar su peculiar *patadita* para irse al *volapié!*

Pero... no queremos hablar más del torero, que el recuerdo es triste.

Como hombre particular, Antonio ha sido siempre honrado, fino y amante de su familia: sus padres le dedicaron al oficio de sombrerero, en que duró pocos años.

En 1861 casó con María de la Salud Arjona y Reyes, hija del famoso *Cúchares*, y por consiguiente era cuñado de Arjona Reyes *(Currito)*. Vivía sus últimos años en aquella ciudad el simpático matador, sirviendo un empleo en la Casa-matadero público de la misma y era hijo de Fernando Sánchez y María García quienes le pusieron por nombres, al bautizarle el 13 de Febrero de 1831, los de Antonio, José María, Francisco y Doroteo. Nació en el barrio deSan Bernardo el día 6 de dicho mes, y tomó la alternativa de matador en 1852 de manos de Manuel Domínguez, en Cádiz, y luego en Madrid de *Cúchares*.

Después de una vida triste, por los recuerdos constantes de sus triunfos, falleció en Sevilla el día 7 de Febrero de 1895, con gran sentimiento de los buenos aficionados al toreo y de los muchos amigos y paisanos, que conservarán siempre en la memoria al simpático torero.

Sánchez Arjona, Hipólito.—Fué banderillero en Sevilla, de donde es natural, muy aceptable y muy aplaudido. Tomó la alternativa como espada hace bastantes años, y viendo que matando no podía sobresalir lo suficiente para ser un buen jefe de cuadrilla, volvió á tomar los palitos; resolución que demuestra inteligencia y modestia, no muy comunes en su clase. Es sobrino de *Cúchares*, quien, para darle á conocer, le presentó en Madrid el día 27 de Octubre de 1867 en una media corrida de toros extraordinaria que se celebró á beneficio del nuevo hospital de Nuestra Señora de Atocha, siendo el chico de muy corta edad. Entre el cuarto y quinto toro se corrió un becerro de dos años, que capeó, banderilleó y mató Hipólito, á quien obsequiaron las señoras de la Junta del Hospital con una bonita faja. Aquella corrida tuvo de particular que en ella tomó la alternativa el matador Salvador Sánchez (*Frascuelo*), que al dar una estocada al primer toro, fué enganchado con el asta derecha por debajo del chaleco y chaqueta del mismo lado, y arrastrado hasta que ambas prendas se rompieron. Levantado *Frascuelo*, demostró gran serenidad, descabellando con tranquilo pulso al toro á la primera vez que lo intentó. En las corridas reales de 1878 ha figurado Hipólito como banderillero.

Sánchez, Enrique (*El Albañil*).—Picador andaluz de regulares proporciones y facultades. No es precisamente notabilidad, pero tampoco despreciable su trabajo. Lo que tiene es poca suerte en el redondel. Buena figura, alegre y complaciente, lleva mucho adelantado para gustar y adquirirse simpatías, y aunque despacio, porque lleva muchos

años toreando, las ha adquirido y se le estima como bueno. ¡Cuántos sabiendo menos han lucido más! Nació en Veger de la Frontera el 7 de Junio de 1838: fué carpintero, aserrador y oficial de albañil, hasta 1858 en que se estrenó como picador, en la Isla de San Fernando. Gustaron su trabajo y su decisión; tomó alternativa en Sevilla en 1866 y ha figurado en las mejores cuadrillas ingresando en la de Mazzantini desde que éste formó la suya. Conoce perfectamente, como debieran todos conocerlas, todas las suertes del toreo, y por eso ha banderilleado y matado reses formales, aun vestido de picador.

Sánchez, Diego.—Era picador de tanda en la cuadrilla de José Cándido, padre de Jerónimo. En la misma corrida en que murió dicho José (23 de Junio de 1771) estuvo tan expuesto Sánchez, dice un escritor de entonces, que á no ser por un oportuno capote arrojado desde el andamio por Vicente Bueno, hubiera indudablemente sido herido cuando menos.

Sánchez, José *(El Carbonero)*.—Apareció en Sevilla en Agosto de 1847 un picador de toros, muy determinado, pero... no sirvió para el arte.

Sánchez, Manuel *(Poquito pan)*.—Picador de toros, estrenado en Sevilla el 19 de Mayo de 1825. Nada sabemos de su mérito, y parece, tanto por el apellido como por el mote, que debió ser pariente de

---

Sánchez, Antonio *(Poquito pan)*.—El picador más fino que hemos conocido. Su mano izquierda era envidiable, y aunque no apretaba tanto como otros, su colocación, y sobre todo su entrada á los toros parados, eran inmejorables. Fué picador con el célebre Montes, y antes con Antonio Ruiz *(El Sombrerero)*. En Sevilla trabajó por primera vez el día 22 de Agosto de 1831.

Sánchez, Antonio *(El nuevo Tato)*.—Hace diez años creyeron los aficionados que este mozo llegaría á emular las glorias de su tocayo, pero quedó muy atrás. Sus mejores campañas han sido en América.

Sánchez, Pedro *(No te veas)*.—Fué un espada de regulares condiciones, más apreciado en Madrid que en provincias, que trabajó por los años 1825 en adelante. Era padre del distinguido banderillero Juan.

Sánchez, Juan *(No te veas)*.—Hijo del matador de toros Pedro Sánchez, á quien se dió aquel sobrenombre primeramente. Fué un banderillero bastante regular y apreciado del público, en la cuadrilla de *Cúchares*. Era modesto, trabajador, y como particular, excelente persona; ha residido bastantes años en América desde el fallecimiento de *Cúchares*, y en 1878 regresó á España.

Sánchez, Tomás *(El segundo Habanero)*.—También este picador formó parte de la cuadrilla de Francisco Arjona Herrera *(Cúchares)*, cuando éste empezó á decaer en sus facultades. No fué notabilidad ni mucho menos.

Sánchez, Rafael *(Poleo)*.—Torero andaluz, matador de toros bastante aceptado, aunque no en la categoría de primero, ni mucho menos. Se quedó en la mitad del camino.

Sánchez, Lorenzo.—Uno de los mejores picadores que después del año 1840 se han presentado en la plaza de Madrid. Aunque su figura no era notable, su arte lo era, y lució mucho con la cuadrilla que dirigió el célebre *Chiclanero*. Nadie se le puso por delante en el año de 1852, último en que trabajó tan renombrado torero.

Sánchez Pastor, D. Emilio.—Hombre de letras, periodista distinguido, que con igual facilidad escribe tratando asuntos serios y trascendentales, como piezas cómicas ó artículos taurinos. Su frase es limpia, clara y oportuna; su estilo fino, á la par que enérgico, y cuando maneja la sátira es incisivo y punzante. Dígalo su *Diccionario cómico-taurino*, que rebosa gracia mezclada con hiel, y díganlo sus numerosas producciones, que tan aplaudidas son en los teatros de España por su sal y pimienta. Ha usado para los asuntos de toros del pseudónimo de *Paco media luna*, y por su talento y trabajos periodísticos, ha llegado á ocupar altos puestos en la Administración del Estado, y desempeñar el cargo de Diputado á Cortes varias veces. Nació en Madrid el 7 de Enero de 1851.

Sánchez, Salvador *(Frascuelo)*.—Cuando un hombre tiene la suficiente fuerza de voluntad para conseguir el fin que se propone, rara vez deja de llegar á él. Podrá encontrar al paso muchos estorbos, mil contrariedades que harán difícil la realización de su plan; pero salvando los unos, apartándolos y sufriendo las otras con ánimo perseverante, llegará, no hay que dudarlo, á rebasar el límite de sus aspiraciones.

La voluntad es uno de los dones más preciosos que al hombre le han sido concedidos; y si va acompañada de la paciencia, mejor dicho, de la constancia, que es una gran virtud, el hombre seguramente, fuerte con ellas, hará cuanto sus deseos le pidan, cuanto su imaginación alcance, cuanto sea posible en lo humano. Sólo Dios puede torcer aquella voluntad ó extinguirla.

Una prueba evidentísima de que estamos en lo cierto, es la personalidad del que encabeza esta biografía.

Salvador Sánchez Povedano, siendo joven, adolescente, casi un niño, soñaba en Madrid con riquezas, caballos y trenes que habían de pertenecerle, que había de poseer como suyos. No pensaba por el momento, no sabía como llegaría á adquirir tantos bienes como su imaginación acariciaba; pero tenía profundísima fe en conseguirlo, y en su pecho nunca se albergó la duda. Pasaba al lado de los potentados, envidiando sus trenes; meditaba sobre la diferencia de clases, y quejábase en secreto de su mala suerte. Si él hubiese podido estudiar, comerciar, ó de otro modo llegar á ser rico, hubiera abrazado con empeño los estudios, el comercio sería su elemento, y por todo habría atropellado hasta conseguir su objeto.

—Sin dinero, ¿qué es un hombre en el mundo? —se decía á sí mismo.—Si al menos al que no le tiene, pero es honrado, se le considerase como al *rico*, yo me contentaría con ser notable en un arte ó en un oficio cualquiera; pero eso no acontece en la actual sociedad. Quiero, pues, ser rico, no sólo por el placer de serlo, sino porque me consideren.

Desgraciadamente, el oscuro mozalbete no tenía recursos de ninguna clase, ni padrinos ni amigos con quienes poder contar; todas las puertas estaban entonces para él cerradas; su voluntad, sin embargo, las abrió; y de tal modo lo hizo, que consiguió no se cerrasen tras él, ni se las hiciesen repasar avergonzado.

Vió que los toros *dan* y *quitan*, que aplicándose podía ser torero, y abandonó el aprendizaje del oficio de papelista-decorador, que empezó al lado de su hermano, decidiéndose á lidiar toros con firmísima voluntad. Peligroso era emprender la práctica de un arte cuyo ejercicio cuesta tan caro muchas veces, y aun en el caso de lograr el fin apetecido, sin grave detrimento personal, era muy posible, desprovisto de toda protección, se quedase en obscuro lugar de la tauromaquia. Pero á un joven valiente, con fe y entusiasmo, ¿qué inconvenientes pueden arredrarle?

Empezó por correr *moruchos* de los que en confuso tropel se sueltan en las novilladas, consiguió trabajar de balde en los embolados, y alcanzó por fin torear las reses de punta en las mismas funciones. Veíase en él un muchacho atolondrado, un mozalbete que todo lo intentaba; que todo lo quería hacer y que nada sabía.

Sin embargo, los aficionados no se equivocaron. Aquella audacia, aquel valor, aquel afán de imitar, denotaban especiales dotes, y una voluntad de acero. Con dichas circunstancias, y reuniendo Salvador las dos primeras condiciones necesarias para ser torero, fácil era que alcanzase la tercera.

De tal modo dominaba en él un marcadísimo espíritu de imitación, que, como vulgarmente se dice, sin encomendarse á Dios ni al diablo, intentó y ejecutó perfectamente el difícil *quiebro en la silla* poniendo banderillas á un toro de puntas en una corrida de novillos, cuando era desconocido como torero.

El pueblo de Madrid, tan entendido como el que más, aseguró á Salvador Sánchez un gran porvenir en el toreo desde que le vió entrar á formar parte de la cuadrilla de Cayetano Sanz en el año de 1866. Con tan buen maestro, y con tan espléndidas facultades como la Naturaleza dió á Salvador, mucho debía esperarse de éste, mucho exigírsele; y efectivamente, se le vió detenerse más, pararse en las suertes y tomar el derrotero de la buena escuela. Madrid le alentaba con sus aplausos; hasta le dió carta de naturaleza, suponiendo y considerando como madrileño al que había nacido en Churriana, pueblo de menos de dos mil almas en la provincia de Granada, el día 21 de Diciembre de 1844, siendo hijo de José y de Sebastiana, nada más que porque en Chinchón, á seis leguas de la corte, pasó sus primeros años. Hízole adoptar el sobrenombre de *Frascuelo*, que pertenecía á su hermano y le elevó hasta el punto de que los espadas de temporada le cediesen algunos toros para estoquearlos. En esto fué vária su fortuna, porque al principio se *atropellaba* con los toros, y los espectadores temían por su vida.

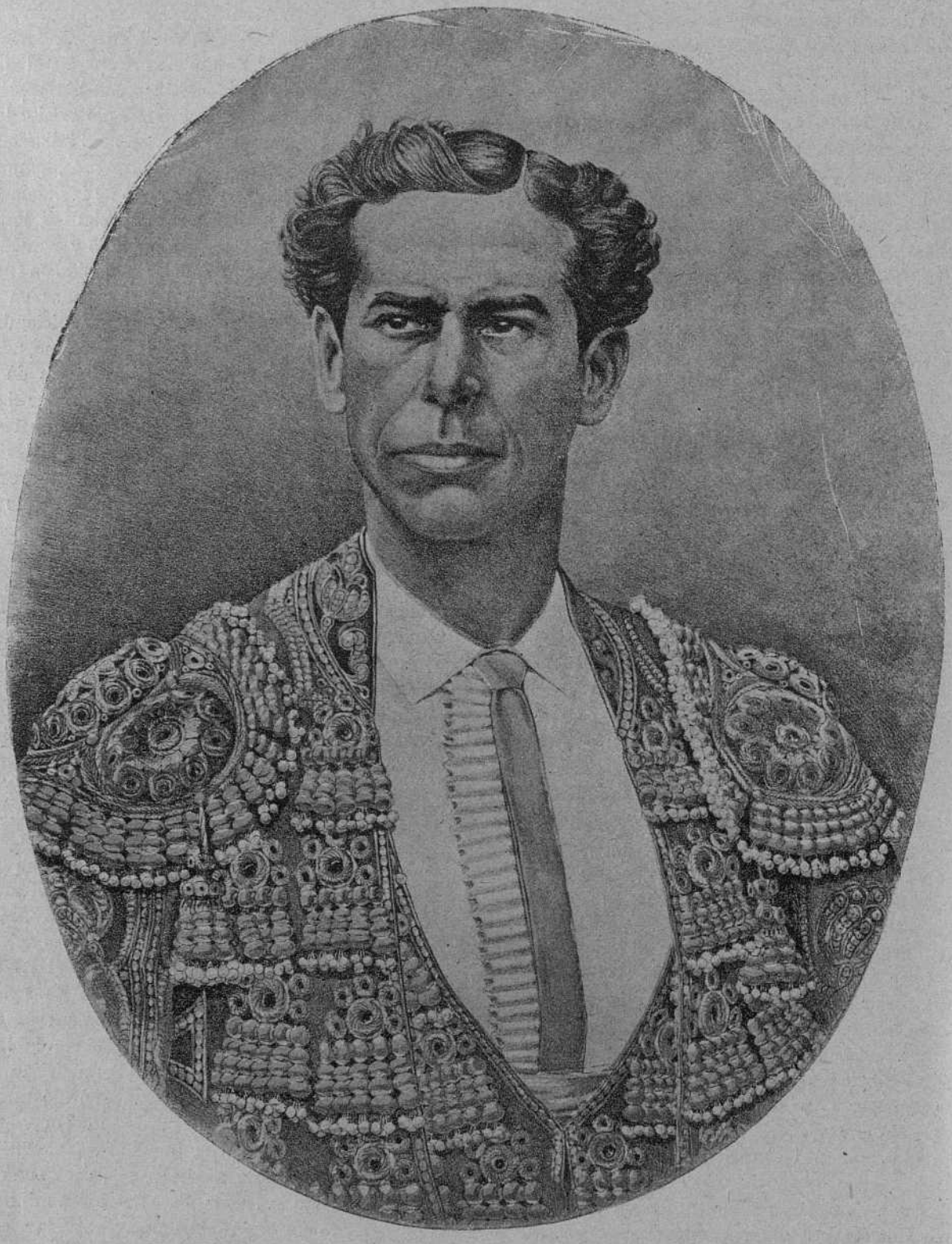
Sin embargo, no tardó mucho en dominarse, en que su decididida VOLUNTAD se impusiese á sus juveniles arrebatos, y consiguió ser matador de toros de *cartel*. Después de haber trabajado como sobresaliente ó media espada en diferentes plazas al lado de Cayetano, del *Tato* y de otros primeros matadores, recibió por fin la alternativa en la plaza de Madrid el día 27 de Octubre de 1867.

Estaban cumplidos sus deseos; el sueño de su niñez se había realizado; el mozo era un hombre, el pobre era rico. Ya podía tener alhajas y caballos, ya le era lícito entablar relaciones con una mujer sin temor á los desdenes, ya no esquivarían su trato los de alta posición social, y pensando en esto siempre, realizó á *fuerza de voluntad* y tenacidad cuanto en otro tiempo se propuso. Vistió con lujo; montó caballos de los que están de *non* en Madrid; compró fincas rústicas y urbanas; contrajo matrimonio en 1.º de Agosto de 1868 con la bella Doña Manuela Alvarez, hija del honradísimo traficante del mismo nombre; boda que dió mucho que hablar por el boato, la ostentación y gran número de limosnas con que fué celebrada; frecuentó los salones de la aristocracia, siendo en ellos bien admitido, y... hasta sentó á su mesa ministros en ejercicio y otros primeros magnates de la nación,

¡Quién lo había de decir! ¡El ignorado mozo, el obscuro pobre, frente á frente en cordial y franca amistad con altos personajes y principales damas de la nobleza! ¿Puede darse mejor prueba de lo que

es capaz de conseguir un hombre con persistente fuerza de VOLUNTAD?

Desde que *Frascuelo* (así le llamaremos, puesto



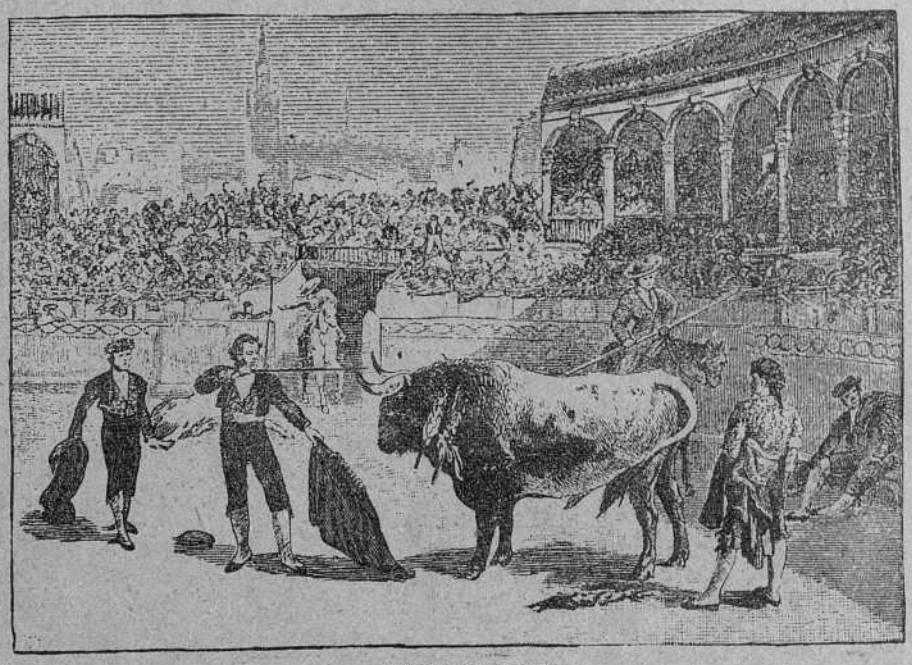
que así le llaman) tomó la alternativa, y aun antes de tomarla, ha hecho con los palos, con el cuerpo, con la capa, con la muleta y con el estoque cuanto

otros hayan ejecutado. Si una vez, dos ó más, las suertes no han salido bien hechas, no por eso ha desanimado; ha vuelto á intentarlas, y puede decirse que *todo* lo ha practicado en ocasiones á la perfección. Descuidó en sus primeros años de matador el manejo de la muleta desde que falto de

Cayetano, no tuvo ejemplos activos que imitar, y en la suerte de *recibir* no fué de tan francos movimientos como luego consiguió serlo. Si hubiese tenido de quien copiar, de quien aprender dicha suprema suerte del toreo, es indudable que la hubiera practicado desde luego con entera sujeción á las reglas del arte; pero con sólos sus buenos deseos no hizo entonces más que *recibir* de un modo especial y expuesto, no dando salida suficiente con la muleta. *Recibir* era, no hay que negarlo, y hace mal quien lo desmienta; pero se apartaba algo de lo que el arte exige, de lo que han hecho los grandes maestros. Así y todo, nos dimos por contentos, y hubieramos querido que todos los matadores procurasen *recibir* toros como Salvador, que ya perfeccionarían la suerte; todo es empezar. Ofrecía, sin embargo, una rara particularidad el especial modo de *recibir* toros de este matador, que nos ha llamado la atención. Hemos dicho que es expuesto, porque no da suficiente salida con la muleta; y esto que todo el mundo conoce, y aun él mismo estamos seguros que no lo ignoraba, era lo que debiera proporcionarle frecuentes cogidas indudablemente: pues á pesar de ello, en las muchas veces que le hemos visto intentar, y otras *recibir* toros, nunca salió enganchado, como parece forzoso cuando no se da salida amplia á la res. Sufría el fuerte encontronazo á pie quieto, como debe ser, cuando cogía huesos; salía balanceándose de la cabeza de la res cuando tomaba los *blandos*, y el no se movía y dando poca salida; era raro que no fuese cogido. La explicación vamos á darla como nosotros la comprendemos. Salvador se colocaba perfectamente *enhilado*, corto y en buena postura; con valor, citaba y esperaba, arrancaba el toro, le guiaba bien con la muleta, quebrando lo suficiente (1), pero no adelantaba el brazo del estoque para herir en tiempo oportuno, sino que aguardaba que el toro se encontrase con la punta, y entonces consumaba la suerte. Sucedía con esto, que el matador llevaba el encontronazo, y á veces perdería terreno si sus piernas de acero no pudieran resistirle; y acontecía tambien que se creía mal ejecutada una suerte en que, si algo ha habido para hacerla, ha sido exceso de confianza y valor, siempre dignos aplauso.

Arrancando, y sobre todo *encontrándose*, era *Frascuelo* mucho más seguro que con los toros faltos de patas, á quienes él iba; pero desde el año de 1880, adelantó tanto que bien puede decirse que la suerte de recibir, la del volapié y todas las demás han sido ejecutadas por él á la perfección, en la mayor parte de las ocasiones.

Por consecuencia de su valentía y temerario arrojo, han sido varias las cogidas que ha sufrido en distintas ocasiones; pero ninguna tan grave como la que sufrió en la plaza de Madrid en la tarde del 15 de Abril de 1877 por el toro *Gindaleto*, que llamaron *Lagartijo*, de la ganadería de Adalid, que va explicada en el lugar correspondiente. Pudo costarle la vida el haber salvado la de Hermosilla; pero la verdad es que Salvador recibió entonces por dicho motivo tan universales muestras de aprecio y cariño de toda España y aun del extranjero, que creemos no las olvidará en su vida. Las inmediaciones de su casa, mientras estuvo enfermo, estuvieron literalmente llenas de aficionados y de gente interesada en saber de su estado: En las listas de visitantes figuraban por miles los vecinos de Madrid altos y bajos, obreros y títulos de Castilla, señoras y caballeros, mujeres y hombres artesanos que se agolpaban á inscribir se: todos los periódicos daban parte por mañana y tarde del estado del enfermo; el telégrafo jugó

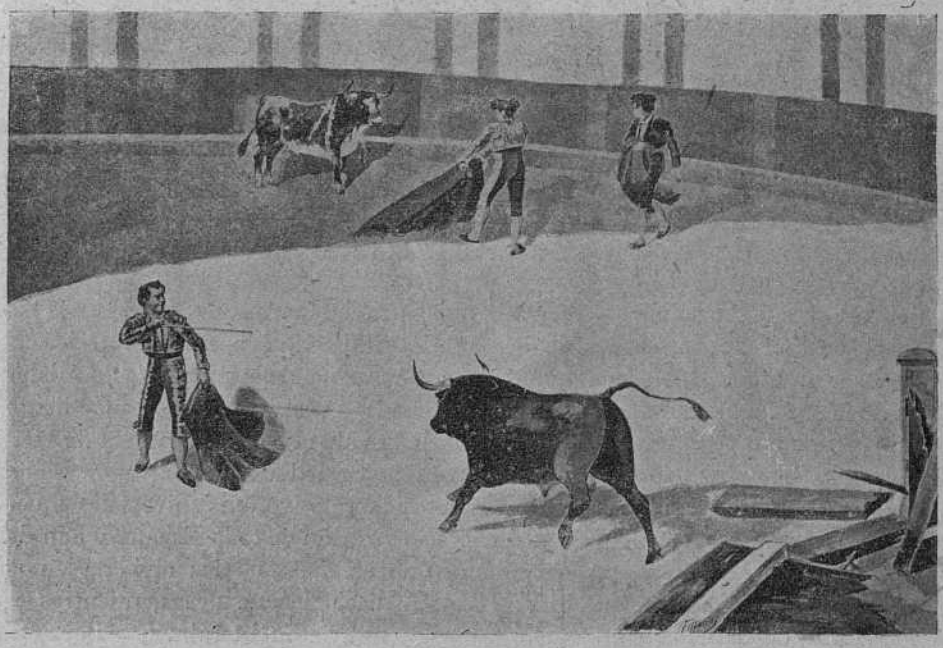


ANTES DE LIAR

(1) José Redondo decía que para evitar las estocadas atravesadas en la suerte de *recibir*, el cuerno derecho del toro debía rozar la guarnición del calzón del mismo lado.

para España y el extranjero con el mismo fin, y Madrid entero no hablaba de otra cosa que de la cogida y estado de *Frascuelo*.

Pero lo que más llamó la atención, lo que demuestra que el hacer bien siempre tiene su recompensa, fué la conducta del noble pueblo de Chinchón, en esta provincia. Hemos antes indicado que Salvador pasó algunos años de su primera edad en dicho pueblo; pero lo que no hemos referido, y sí debemos hacerlo, es que desde el momento en que mejoró de posición, Salvador ha sido para muchos pobres de aquel vecindario el verdadero *salvador* de sus vidas. Llegó á la referida villa en la noche del mismo día la fatal noticia de la cogida de *Frascuelo*, y antes de que se divulgase, los pocos que de ella tuvieron conocimiento tomaron en el acto el camino de Madrid. Al día siguiente, que corrió por todas partes tan triste nueva, cuantos vecinos pudieron abandonaron sus casas, y á caballo ó á pie á Madrid se encaminaron. No eran sólo los pobres, los agradecidos, los que venían; eran también los que, aunque no sea para ellos precisamente el importe material de la limosna, recogen el fruto de la misma. El párroco, el alcalde y todo el ayuntamiento de Chinchón quisieron ver al que muchas veces había socorrido indigencias y aliviado penas, y el testimonio del cariño de todo un pueblo debe enorgullecer á *Frascuelo* más



que todos los aplausos que en el redondel conquiste, porque éstos, aunque merecidos, se tributan por el placer ó agrado que al espectador proporcionan, y aquel cariño, aquel amor, es hijo de la caridad, que es la primera de las virtudes.

Salvador es honrado, buen esposo y mejor padre de familia. Dicen algunos que tuvo mucho *jumo* en la cabeza; pero como nunca le hemos tratado, nada podemos decir de esto, ni realmente nos importa: juzgamos al torero, no al hombre.

Amigos y adversarios sienten hoy la nostalgia de los buenos tiempos en que el solo nombre de *Frascuelo* llenaba el mundo de la tauromaquia; todos hoy hacen justicia á sus excepcionales méritos como matador de toros, á sus prendas de valor é inteligencia, que colocan su nombre al lado de los de Romero, Montes y el *Chiclanero*.

Circunstancia rara en la vida pública de este hombre excepcional, es la analogía que existe entre algunos hechos suyos y los de los maestros referidos. Romero matando un toro en las afueras de la plaza, Montes en un tendido de la plaza vieja de Calatayud y Redondo en una calleja de Santander, marcaron respectivamente un suceso extraordinario en su vida torera; pero el que realizó *Frascuelo* antes de ser matador de alternativa, en 25 de Junio de 1866 y en la plaza de Tolosa, no es de menor mérito ni compromiso que aquéllos. Mataba Salvador el quinto toro de la corrida, navarro por más señas, que se querenció en un caballo después de algún pinchazo, y ya estaba el mozo impaciente por descabellarle ó para prepararle á otra estocada, cuando de pronto oye á su espalda un estrépito grande que el público aumentó con imponente grito; era que otro toro, rompiendo las puertas del chiquero y salvando la barrera, se encontraba en el redondel furioso, erguido, encampanado y buscando á quién hacer víctima de su fiereza. Verle Salvador, dejar al toro herido al lado del caballo y dirigirse á los medios de la plaza, muleta y estoque en mano, fué obra de un momento: alegró al toro con el rojo trapo haciéndole fijarse en él, se acercó resueltamente, y sin dejarle llegar, vínosele la fiera encima rápidamente, y el muchacho, que entonces tenía veintiún años, esperó la acometida á pie firme, y al llegar al centro de la suerte hundió la espada en el cuello del animal, la sacó rápidamente, y enseñando al público su víctima rodando por la arena, dirigióse despacio al otro bicho, al que remató descabellando entre los frenéticos vítores de la multitud. También entre las páginas más brillantes de la historia

de este célebre matador de toros, y son muchas las que en su libro tiene, cuéntase la inolvidable corrida de seis hermosos bichos de la ganadería del duque de Veragua que se verificó en Madrid el día 26 de Mayo de 1887. En ella trabajó solo *Frascuelo* como espada, haciendo quites admirables, é imprimiendo á toda la lidia un carácter de formalidad tan artístico, que hizo recordar los buenos tiempos de Francisco Montes: y en la hora de la muerte estoqueó los seis toros con tal aplomo, con tal seguridad, con tan pausado clasicismo, que sus faenas, por sí solas eran bastantes para elevarle á uno de los primeros puestos del toreo, si ya no le hubiese tenido conquistado, y las siete estocadas con que despachó aquella media docena de reses bravas, le acreditaron de primer matador de toros de la época.

Demostró allí un conocimiento profundo del arte de torear y de las condiciones del ganado, dándole la lidia adecuada á las mismas, e hiriéndole ya á volapie neto, ya arrancando, á un tiempo, recibiendo y aguantando: de todos los modos que el arte enseña menos los que como el volapié se conocen como de recurso, que son: á paso de banderillas, á la carrera, á la media vuelta, etc., no siempre indispensables.

Jamás lidiador alguno, de los conocidos en el presente siglo, tuvo la suerte de matar en una misma tarde, uno tras otro, sin interrupción, seis toros de tan brillante manera: así lo reconocieron cuantos presenciaron el suceso, lo mismo los amigos que los adversarios, llegando el más significado entre éstos á escribir, después de mil elogios, que aquel hombre, puesto á matar, con la aptitud que en aquella tarde puso en evidencia, hubiera estoqueado con igual desenvoltura toda una torada.

Ya no era, pues, Frascuelo el matador de toros discutible: ya se reconocía su mérito sin ponerle en duda: y aunque siempre hay partidarios de unos y otros toreros, aunque cada aficionado encuentra en el lidiador que más le gusta, supremacía en su favor, llegó una época en que se respetaba y á veces se aplaudía por todos el trabajo de tan gran torero.

Llegó Salvador, por la fuerza de su voluntad nunca enervada ni desfallecida, á la cumbre del toreo, á la meta de su carrera; allí se mantuvo sin bajar ni un milímetro de tan magnífico pedestal, trabajó en los últimos años con más empeño que cuando empezó, con la misma afición, con igual deseo y sin reservarse nada, absolutamente nada; y ya con la conciencia segurísima de haber cumplido para el arte con la misión que á el le trajo, decidió retirarse y abandonarle.

Podría acontecer que las facultades físicas escaseasen, (que al fin los 45 años ya estaban cumplidos y en el toreo pesan mucho) y entonces la injuria de los tiempos le arrojase del teatro de sus grandes hazañas: él no quería ni en sueños siquiera, pensar en que pudieran marchitarse los laureles tan legítimamente conquistados, y quiso disfrutar de la tranquilidad que podían proporcionarle, con las caricias de sus hijos, los bienes y caudal que con tanto esfuerzo supo adquirirse.

Para un hombre rodeado de consideraciones, envidiado de todos sus compañeros, colmado de aplausos que tanto adormecen el sentido, lleno de entusiasmo por su profesión con la cual gozaba cada vez más, como goza un padre con sus hijos, aquel paso era terrible y había de producir en su alma grandísima sensación. Pero su *voluntad* era más fuerte que el acero: se resolvió á verificarlo y lo realizó sin dudar un momento.

Su retirada debía ser excepcional, como lo había sido su vida torera. El público de Madrid, que le había visto nacer para el arte, era quien debía darle el último adios y así fué en efecto. Ofreciole la empresa por su trabajo en la corrida de despedida, la respetable suma de treinta mil pesetas, y en la tarde del 13 de Mayo de 1890 dando la alternativa á Antonio Moreno *(Lagartijillo)*, concluyó para el arte el bravo entre los bravos, el entendido y pundonoroso Salvador Sánchez, acreditando con este acto, que tan gran vacío ha dejado en el toreo, la fuerza de su voluntad que fué siempre el distintivo de su caracter. *No habiendo que vencer, venciose el mismo.*

Sánchez de Neira, D. Gonzalo.—Natural de Madrid, Licenciado en una carrera científica y escritor público. Su afición á las corridas de toros le llevó á hacer en 1883 las revistas de las celebradas en esta corte y que firmó con el pseudónimo *Joselito* en el *Diario Oficial de Avisos*. Ha

colaborado en otros periódicos políticos y taurinos de Madrid y provincias y en la novela *La chaquetilla azul* que fué parto de casi todos los revisteros de Madrid.

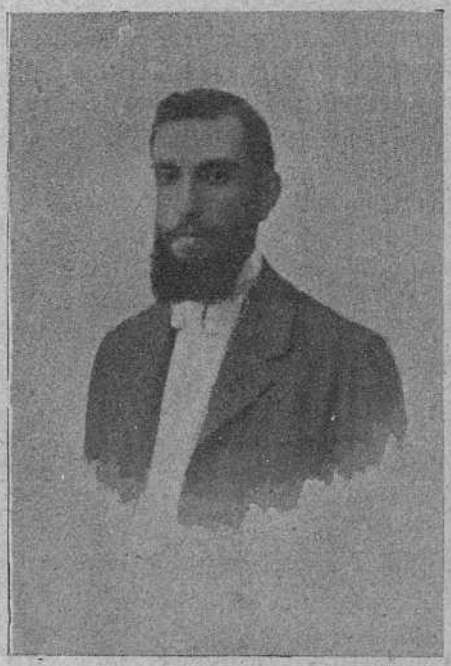
La circunstancia de ser hijo del autor de esta obra, impide hacer relación de más detalles.

Sánchez, Lázaro.—Hace unos veinte años hubo un matador de toros, que decían era gaditano, y que trabajó bastantes corridas en la Habana con alguna aceptación. Después nada hemos sabido de tal diestro.

Sánchez, Manuel *(El Pintor)*.—Natural de Sevilla. Matador de más deseos que saber, pero trabajador y dócil á las insinuaciones de los maestros. Fué un media cuchara regularcito, cuya época empezó en 1834 y duró pocos años.

Sánchez, Antonio.—¡Dios quiera que este matatoros no encuentre uno que le mate á él! Sirve de poco ser valiente si no hay arte y si no se pone cuidado en aprender; y el que empieza debe escuchar consejos y advertencias. Conociéndolo así cejó en sus aspiraciones, consiguiendo la conservación del individuo, á costa de ejercer el arte despacio, muy despacio y con grandes interrupciones.

Sánchez Garrigós, D. José.—Es un concienzudo escritor taurino, que á pesar de sus pocos años reflexiona con madurez y entiende perfectamente lo que debe decir con verdad. El pseudónimo *Regatón* conque firma sus revistas de toros, le ha dado un buen nombre de inteligente aficionado: es redactor de *La Correspondencia de Alicante* y antes de *La Tarde*, y nació en dicha ciudad en Febrero de 1871.



Sánchez, Antonio.—Picador de medianas facultades, de pocas pretensiones y de menos nombradía, que trabajó en algunas plazas antes del año 1860. En el de 1859 le vimos en Madrid, y demostró buenos deseos de agradar. Después Dios sabe lo que habrá sido de él.

Sánchez de Castro, Juan *(Negrete)*.—Torero gaditano poco conocido fuera de Andalucía donde tiene simpatías. No le hemos visto trabajar, ni los periódicos hablan dé él, ni referencias particulares, que hemos buscado, indican si vive ó no.

Sánchez, Julián.—Buen banderillero, sobrino de *Cúchares*; parea bien, gracias á sus facultades de piernas. Es infatigable con la capa y oportuno con ella casi siempre. Conociendo lo que puede y hasta donde llega, no ha pensado en ser matador, y ha hecho bien, que mejor es ser buen banderillero que mal espada. Tiene mucha gracia y mucha plaza, á pesar de que ya no es niño.

Sánchez, Francisco.—Es un banderillero sevillano bastante regular, aunque fué demasiado inquieto en el redondel cuando empezó. No es torpe, ni mucho menos, y se le ve que imita mucho á su hermano Julián. Vale el chico, y bien lo conocen los jefes de cuadrillas principales á cuyas órdenes ha trabajado.

Sánchez, Francisco *(El Barbero)*.—Hubo un picador de este nombre que en 1835 vino de Andalucía y del cual conservamos escasísimos recuerdos. Ya en 1827 trabajaba con Manuel Lucas y con Juan León.

Sánchez, Francisco *(El Semolero)*.—En 1.º de Septiembre de 1878 trabajó en Sevilla, y luego ¿dónde?

Sánchez Pacheco, Tomás.—Director del acreditado periódico taurino *La Puntilla* que defiende con calor los buenos principios del arte en notables artículos que manifiestan gran conocimiento de su aplicación á la práctica. Es serio y claro en sus escritos fácil en la exposición y lógico en las conclusiones, demostrando siempre que sus apreciaciones son excelentes y atinadas.

Es natural de Sevilla, donde estudió siguiendo luego la carrera militar. Vino después á Madrid donde se dedicó á enseñar la asignatura de Aritmética en una academia preparatoria para el

cuerpo administrativo del ejército, fundando luego con el director de dicha academia, un semanario taurino titulado *El Látigo*.

Pasó más tarde á Gijón donde escribió en el *Musel* periódico político, y cuando volvió á la corte, tanto en *El Tío Jindama* como en dicho periódico *La Puntilla*, de que hoy es propietario, ha escrito de toros acreditando su inteligencia en la materia.

Sánchez, Dolores *(La Fragosa)*.—Emula de la célebre Martina García Se presentó en estos últimos años en las plazas de España á torear y matar becerros. No vestía como aquella faldas cortas sino taleguilla como los hombres, y después de dar con su cuerpo en tierra muchas veces, contrajo matrimonio hace cuatro ó cinco años con un matador de novillos.

Sánchez, José *(El Moreno)*.—Hay en el toreo más Morenos que Blancos, y de unos y otros muchos malos, ó medianos cuando menos. Empieza ahora á parear en novilladas, y es pronto para saber si es de los unos ó de los otros.

Sánchez del Campo, José *(Cara ancha)*.—¿Qué hemos de decir acerca de este simpático matador de toros? ¿Que es bien parecido, demasiado guapo tal vez? ¿Que cifra toda su ventura en agradar al público? Pues esto ya lo saben cuantos le han visto en todas las plazas de España y Portugal, que es un mozo que en pocos años de matador, adquirió pronto renombre.

Nació en la ciudad de Algeciras, importante y populosa población de la provincia de Cádiz, el día 8 de Mayo de 1850, siendo hijo de D. Juan Sánchez del Campo y de Doña Trinidad Boullosa, y apadrinado en la pila por el Jefe de Administración civil, comisario de Guerra honorario, Don José Sánchez y por Doña María de las Mercedes Sánchez del Campo. La distinguida posición en que sus padres se encontraban permitió á los mismos dar á su hijo una esmerada educación, y cuando fué oportuno, hiciéronle estudiar lo necesario para prepararse á ingresar en la carrera de las armas. No le disgustaba al joven ser militar; todo lo contrario Agradábale en extremo el brillo de los uniformes, la actividad del soldado, la ostentación del ejército y la vida azarosa unas veces, tranquila otras, del oficial en campaña cuando hay guerra, y en las ciudades ó pueblos en tiempo de paz; pero la Providencia no quiso que el mozalbete vistiese uniforme militar. Destinábale, sin duda, á gastar trajes de más entorchados, con más oro y más plata que los de cualquier generalísimo del más lujoso ejército del mejor imperio del mundo. No le dispuso para matar hombres; le señaló en sus altos designios para matar fieras.

Cuando cumplía los doce años de edad, ó sea en el de 1862, murió su padre, dejando á la desdichada madre con tres hijos, de los que el mayor era José. Obrando previsoramente, se trasladó con ellos á Sevilla para vivir con su cuñado D. Rafael Sánchez del Campo antes de que, concluidos sus recursos, pudiese verse reducida á más lamentable situación, y una vez en aquella gran ciudad, se pensó en familia suspender los estudios de José y dedicarle á un oficio decente que ayudase á mantener las obligaciones de la casa. El muchacho se decidió desde luego por el de pintor y dorador: adelantó mucho en poco tiempo, trabajaba con buena voluntad y tenía disposición para ello; pero en Sevilla, aunque en toda España sucede poco menos, no pueden reunirse en un taller, en un café, en una oficina, en ninguna parte, tres personas sin hablar de toros. De aquí se pasa á quererlos ver, y de esto, si es gente joven y animosa, á quererlos sortear, y así le sucedió á nuestro mozo. Con amigos de su edad y compañeros aficionados marchábase los días festivos á la renombrada dehesa de Tablada, veía á algunos muchachos capear reses, y le entró gana de hacer otro tanto. ¿Por qué no? El no conocía el miedo, era ligero y tenía afición; luego estaba en condiciones para hacer lo que

otros hacían con aplauso general. Viendo que de un día de fiesta á otro pasaba demasiado tiempo para gozar de una afición que con tanto entusiasmo se despertó en él, robaba á su descanso las primeras horas para acudir á la dehesa, correr y capear novillos, llevar algunos revolcones, y volverse á trabajar á su taller: porque José, á pesar de todo, no pensó nunca en faltar á su obligación, y mucho menos á los deberes de buen hijo. Su instrucción taurómaca fué aumentándose con la práctica; su jornal le permitía ahorrar algo para trasladarse algunos días de fiesta á los pueblos inmediatos en que se corrían novillos, y ya empezó á conocérsele por su valor, bonita figura y asombrosa confianza con las reses. Esta última circunstancia le hizo sufrir en 1865, el día de San Eustaquio, en Sanlúcar la Mayor, una terrible cogida que puso gravemente en peligro su existencia, pero este penoso bautismo de sangre no enfrió su entusiasmo: en cuanto se curó, siguió toreando por los pueblos; y al fin, en el año de 1868, consiguió pisar por primera vez el redondel de la plaza de Sevilla en algunas novilladas.

Entre los buenos aficionados se habló con cierto calor de las buenas cualidades de José, á quien ya por entonces empezó á llamársele *Cara ancha*, y el Excmo. Sr. Marqués de Arbentus, entre otros, se propuso protegerle: para ello era preciso darle á conocer en alguna corrida de toros formal, y aprovechando la ocasión de celebrarse en Sevilla el año 1869 una función á beneficio de los mozos á quienes cupo la suerte de soldados, se logró presentar á *Cara ancha* como banderillero en la cuadrilla de Antonio Carmona. Tuvo el chico la suerte de llamar mucho la atención, se le aplaudió con exceso, y desde aquel momento recibió de un inmenso público la credencial de torero bravo, atrevido y sereno. En seguida se le llevó ajustado por dos corridas en Lisboa el espada José Lara *(Chicorro)*, y á su vuelta de allí quedó incorporado definitivamente á la cuadrilla del *Gordito*.

Mucho aprendió con éste, llegando sus visibles adelantos hasta tal punto, que en la suerte de banderillas se hizo notable, aun al lado de aquél, que no puede dudarse era en ella un maestro aventajado. Así siguió tres años, al cabo de los cuales formó parte de la cuadrilla del matador cordobés Fuentes *(Bocanegra)*, que le cedió algunos toros para estoquearlos, sirviéndole esto de aprendizaje para tan difícil suerte.

Cara ancha no podía olvidar el obsequioso recibimiento, las muchas muestras de simpatía que cuatro años antes le había tributado el pueblo portugués, y habiéndosele ofrecido ajuste en el año de 1873, pasó á Lisboa como jefe de cuadrilla.

Hay en Portugal muchos más aficionados al arte de *Pepe Illo* que en cualquier otra parte del mundo, y aunque allí tienen muy buenos lidiadores de á pié, excelentes pegadores y notabilísimos jinetes toreadores á caballo, admiten nuestros vecinos de buen grado á los toreros españoles que en su arte sobresalen, dandoles preferente puesto, y á esta galante conducta responden los de España con su proverbial agradecimiento. En este particular como en otros muchos, los portugueses y los españoles piensan del mismo modo. Iguales son sus aficiones, sus virtudes, sus defectos y sus costumbres: como que compusieron por mucho tiempo una misma nación los hijos de la Península ibérica.

José Campos, aprovechando las favorables simpatías que le mostró el noble pueblo lusitano, se esforzó durante su estancia en Lisboa para cumplir con su deber y aun procuró excederse en él: prodigó los lances de capa, clavó rehiletes á *porta de gayola*, quebrando, en la silla y de todos modos y pasó de muleta lo mejor que supo. Siempre incansable, siempre deseando agradar, era corta la tarde para su trabajo; y estos buenos deseos nunca interrumpidos, jamás amenguados, los premió constantemente aquel pueblo con unánimes y continuos aplausos y entusiastas manifestaciones de cariño, que el torero español no ol-

vidará fácilmente. Colmáronle de regalos, diéronle el sobrenombre de *el Pollo*, con el cual allí se le distingue, se le elogió mucho en la prensa, y hasta en la misma se estamparon retratos suyos, que se adquirieron con empeño.

A su regreso á España siguió trabajando en las principales plazas en clase de banderillero con general aceptación. En esta suerte de banderillas es fino, sereno, y sabe entrar á tiempo y salir tranquilo, distinguiéndose más *quebrando* que *cuarteando*, y mucho más de esta última manera que *sesgando*.

Recibió por fin la alternativa en la plaza de Sevilla el día 27 de Septiembre de 1874 de manos del reputado diestro Manuel Domínguez, y se la confirmó en Madrid Rafael Molina el 23 de Mayo de 1875. Desde entonces ha tenido muchos y buenos ajustes para la mayor parte de las plazas de España, sin que algunas cogidas, no muchas en verdad, que en diferentes ocasiones ha sufrido con carácter de graves, hayan debilitado su valor y arrogancia. Luego, en 1878, ha contraído matrimonio en Sevilla con una distinguida joven. Pero este es punto perteneciente á la vida privada, de que no debemos hablar más que para desear á los cónyuges largos años de ventura. *Cara ancha* se hizo un torero de los más aventajados en el arte. Elegante con el capote, que manejó como nadie puede hacerlo mejor en verónicas y navarras; pasó de muleta generalmente bien y con lucimiento.

Es el único de los matadores de su época que ha *recibido* toros á la perfección, aunque lo ha realizado pocas veces, y Madrid entero al presenciar suerte tan olvidada, le colmó de justos elogios que él nunca podrá olvidar.

Ultimamente por efecto del tiempo, porque su corpulencia no le permitía hacer esos jugueteos, tan de moda como ajenos al arte, se reservaba algo, pero, en el puesto de peligro que era necesario ocupar para salvar á un compañero, en la ejecución de suertes difíciles y comprometidas, como la de banderillas quebrando, que ha ejecutado con primor, y en casos de vergüenza torera, allí estaba nuestro hombre pronto y eficaz, valiente y con inteligencia.

Cuando se retiró del toreo en Sevilla en 1895, los inteligentes dijeron á una voz que desde entonces falta en la arena uno de los mejores toreros que la han pisado. Intentó antes despedirse del pueblo de Madrid con una buena corrida, que por informalidad de otra persona que en ella ofreció tomar parte, hubo necesidad de suspender.

Sánchez del Campo, Pedro.—Este banderillero, de Sevilla, es hermano del espada José (*Cara ancha*). Parea con gracia y frescura, va bien á la cabeza y no sale mal. Sin embargo, se confía demasiado con los toros. Este y Manuel quieren tanto á su hermano mayor José, que es seguro se dejarían

coger por un toro antes que desamparar á aquél en un lance crítico. Dicen públicamente que á su hermano le deben mucho, y no ocultan que él fué quien redimió á metálico la suerte que á ambos tocó en la quinta de 1873. Semejante conducta honra á todos.

Sánchez del Campo, Manuel.—Hermano del espada José, conocido por *Cara ancha*. Es un banderillero que como su hermano Pedro, es valiente y atrevido, parea bien, pero le falta calma. Nació en Algeciras el 17 de Julio de 1852. Dedicóse con su hermano al oficio de pintor; con él iba á las *capeas* de los pueblos, y siguiéndole en todas ocasiones, con él toreó en novilladas; por cierto que un toro del Saltillo le dió una gran cornada que le tuvo á la muerte. No le vimos en Madrid hasta 1877, donde se distinguió notablemente. Hoy reside en Sevilla dedicado al comercio y retirado completamente del toreo.

Sánchez Laborda, José.—Matador andaluz de regulares condiciones. Procuraba cumplir agradando. Por ese afán de ser matador sin ser antes buen torero, no ha pasado de ser mediano, pudiendo haber sido bueno, como había derecho á esperar de su aptitud. Falleció en Sevilla hace pocos años.

Sánchez, Manuel *(El Mellizo).*—Es banderillero que cubre su puesto con buena voluntad, y aunque lleva algunos años ejerciendo el arte, no es una notabilidad ni por lo malo ni por lo bueno. Le suponemos retirado ya del toreo activo.

Sánchez, Juan.—Picaba toros antes de mediar el siglo presente. Nada nos han dicho de su aptitud ni demás circunstancias.

Sánchez Povedano, Francisco.—Este matador de toros es hijo de los mismos padres que Salvador Sánchez *(Frascuelo)*. Nació como éste en el mismo pueblo de Churriana de la Vega, y tiene unos catorce meses de edad más que él, puesto que vino al mundo el día 4 de Octubre de 1843. Cuando á la edad de siete años abandonó el pueblo de su nacimiento, le dedicó su buena madre á cursar la primera enseñanza, y más tarde al aprendizaje de un oficio mecánico en que no hizo grandes progresos, porque desde la edad de catorce años ya empezó á torear en las novilladas de los pueblos inmediatos á la corte, donde adquirió el mote de *Frascuelo*. Tal fué desde muy temprano su afición al arte de los Romeros.

Teniendo diez y ocho años de edad, poco más ó menos, trabajó ya en corridas de toros á las órdenes de *Cúchares*, y cuando murió Mateo López, suplió su puesto en la cuadrilla de Cayetano Sanz, aunque no formó como banderillero de número hasta que su hermano Salvador tomó la alternativa de espada en 1867 y le hizo trabajar á su lado; pero llegó el año de 1869, y se le hicieron muy ventajosas proposiciones para ir á torear á América en clase de media espada del matador catalán Pedro Aixelà *(Peroy)*, y quiso ver mundo y aprovechar la ocasión.

Emprendió el viaje; la cuadrilla gustó en Montevideo, y Sánchez más que otros por su decisión y arrojo, y sobre todo por su deseo de agradar. Una circunstancia le favoreció para ello. *Peroy* se lastimó, á consecuencia de una cogida, y Sánchez tuvo que matar solo, cuatro corridas de toros, en las que fundó su reputación en aquel apartado país. De qué manera sería estimado su trabajo lo demuestra el hecho de haber sido allí ajustado para torear en Lima doce corridas por la respetable cantidad de trece mil duros libres: algo verían en él los limeños cuando le aplaudieron frenéticamente, á pesar de que toreaba ocupando puesto después de Vicente García Villaverde y al lado del torero peruano Angel Valdés, que, como es natural, tenía las simpatías de sus paisanos.

Sin embargo, aquellas muestras de entusiasmo por Sánchez pudieron costarle muy caras por una fatal coincidencia.

El Perú sostenía entonces contra España una guerra que puso de relieve el valor de los españoles

y su heroicidad en el Callao, que inmortalizó el nombre de Méndez Núñez. El gobierno de Lima, para allegar recursos con que atender á los grandes gastos que la guerra le ocasionaba, acudió, como sucede en todas partes, á exigir contribuciones, á inventar nuevos tributos, y hasta á disponer funciones y espectáculos públicos con el fin de destinar sus productos á aquel objeto. Allí, como aquí, hay algunos que hablan contra las corridas de toros, poniendo el grito en el cielo; pero en ambos puntos, cuando se necesita socorrer á los desvalidos y no hay fondos, en lo primero que se piensa es en celebrar corridas de toros para sacar dinero suficiente á cubrir aquellas urgentes atenciones.

Ordenóse, pues, en Lima una gran corrida extraordinaria, y para tomar parte en ella se contó con el matador Francisco Sánchez. Inútil fué que éste hiciera presente que su carácter de extranjero le libraba de compromisos nacionales; no se le oyó cuando expuso que él era español y no podía, sin menoscabo de su honra, contribuir de manera alguna á favorecer intereses que á su nación perjudicaban, y con graves amenazas se le hizo consentir que su nombre figurase en el cartel de aquella fiesta. Temía Sánchez, más que á las autoridades aquéllas, no muy escrupulosas por cierto en el cumplimiento del derecho internacional, á las iras del populacho, sobrexcitado por la pasión política, y preveía que las simpatías que toreando había conquistado, se iban á trocar en furiosos arrebatos contra su persona. Por otro lado, sin cónsul ni representante alguno español que apoyase sus protestas, ¿á quién acudir? Consintió, pues, aunque con reservas mentales, en lo que se le exigía, y dijo para sus adentros: «Ningún español se arredra por cosas de poca monta»; y concibió un plan que le salió á las mil maravillas. Llegó la hora de la corrida; inmenso gentío llenó las localidades de la plaza; acudieron las autoridades momentos antes, y se enteraron de que la cuadrilla estaba presente esperando la señal para salir al redondel, pero que el jefe de la misma, el matador Sánchez, no parecía: buscáronle y no le encontraron. Ordenó el presidente que si era hallado se le condujese entre bayonetas; corrió la voz de que había ido al puerto, dirigiéronse allí en su persecución los más exaltados, y cuando llegaron á la playa, vieron sobre cubierta del vapor inglés *Payta* al joven Sánchez haciendo uno de esos ademanes característicos de los hijos de España, que no por ser mudos dejan de ser muy elocuentes. Un español no podía obrar de otro modo. ¡No faltaba más que expusiese, no ya su vida, sino su honra, que vale mucho más, por favorecer á los enemigos de su patria!

Llegó felizmente á Panamá, y desde allí, en el vapor *Emperatriz*, arribó á Saint-Nazaire (Francia), desde donde se dirigió á Madrid. El hecho referido habla muy alto en favor del patriotismo de Francisco Sánchez.. Pero lo mismo que él hubiera hecho todo español valiente. Sin embargo, en una ocasión dijo con entereza que si no hubiese encontrado pasaje en el puerto, si tampoco le hubiera servido de excusa fingirse enfermo, estaba resuelto á dejarse coger por el primer toro que saliese al circo, antes que desplegar el capote trabajando en favor de sus contrarios.

Pasaron cuatro años, durante los cuales trabajó como banderillero, alternando con Pablo, el *Cuco* y *Armilla*, y en 1875, fué contratado de nuevo como matador para Montevideo. No habían olvidado los aficionados de aquel punto el mérito de nuestro hombre. Conquistó nuevos laureles, y pasó en busca de otros al Brasil, y si mucho había gustado su esmerado trabajo en las repúblicas americanas, aún tuvo mayor aceptación en el Imperio brasileño, que concedió á Sánchez una medalla; alta distinción que da unicamente á los artistas que en su profesión descuellan.

Habiendo regresado definitivamente á España, tomó la alternativa de matador en la plaza de Madrid el día 14 de Octubre de 1877. Desde entonces viene alternando con todos los principales espadas en las plazas del reino, esmerándose cada vez más en agradar al público. A instancias de su hermano, dejó el estoque y tomó de nuevo las banderillas un poco de tiempo, pero volvió á estoquear toros con varia fortuna.

Sánchez es una especialidad en los galleos, capea bien de todos modos, y no maneja mal la muleta, aunque á veces se precipita: Tiene sin embargo un gran defecto: fáltale maña para herir, y esto ya no lo corregirá. Nadie le aventaja en su buen comportamiento como particular; es alegre, dadivoso y fiel cumplidor de su palabra.

La alternativa de este matador debe entenderse desde 11 de Octubre de 1885 pues la tenía perdida por haber ingresado de banderillero en la cuadrilla de su hermano Salvador.

Sanchez, Rafael.—De Sevillla donde nació fué á la Habana á picar toros, y los picó, en la cuadrilla del matador Silverio, como lo hubiera hecho un valiente que no supiera más que tenerse á caballo.

Sánchez Mula, Mariano.—De tenor cómico de zarzuela ha pasado á ser matador de toros, ó por lo menos á querer estoquear como los toreros de verdad. Zapatero, á tus zapatos, que si no fué más que una humorada querer remedar á Mazzantini basta de bromas que pueden costar caras.

Sánchez Lozano, D. Juan.—Distinguido aficionado y buen escritor.

Es autor de la obra titulada *Manual de tauromaquia*, impresa en Sevilla en 1882, en que se colecciona cuanto hay escrito sobre las suertes del toreo, y todo lo relacionado con el espectáculo, anotándolo con gran número de curiosos datos y opiniones particulares, que prueban su competencia y sobrados conocimientos.

Entregado últimamente por completo á la política, con las ocupaciones propias del Diputado provincial que fué en Sevilla, abandonó los escritos taurinos que publicaba en el periódico *El Progre-*

so de que era director, y los buenos aficionados sienten su ausencia del palenque literario-taurino que tanto honró con su talento.

Sánchez, Rafael *(El Bebe)*.—Valiente banderillero é inteligente peón de lidia, que el día 5 de Agosto de 1888 quiso en la plaza de Cartagena dar el cambio en rodillas al toro *Cimbareto*, quinto de la tarde, el cual, sin darle tiempo para movimiento alguno, enganchó al diestro por el tercio medio y parte interna del muslo izquierdo, ocasionándole una gran herida, y otra en la parte inferior de

la pierna. Trasladado de allí á Córdoba, pueblo de su naturaleza, sufrió la amputación de la pierna quedando de este modo inútil para el toreo un muchacho que había hecho concebir las más lisonjeras esperanzas por sus rápidos adelantos. Para aliviar en parte su desgracia, los famosos *Lagartijo*, *Frascuelo* y *Guerrita*, dieron en Madrid una corrida de toros el día 12 de Noviembre de aquel año, en la cual todos los lidiadores trabajaron de balde y los ganaderos dieron reses sin retribución alguna. En esa función se presentó el muchacho en coche descubierto y con lágrimas en los ojos, saludando al público que le tributó una gran ovación.

Sánchez Postigo, Ramón.—No es moderno: no le pesa la garrocha ni desatiende la mano izquierda. Es preciso que castigue más y caerá menos, pero ya, haga lo que quiera, no pasará de medianía.

Sánchez, Dionisio *(Moreno)*.—Es un banderillero que quiere trabajar, pero como la intención no es bastante, acierta unas veces y otras no. Seguramente, á no ocurrirle algún percance ó variar de rumbo, el chico se hará un buen torerito, porque es bravo y aplicado.

Sánchez, Juan *(Bombita)*.—Matador de novillos, natural de Algeciras, que empezó hace unos catorce años, metiendo algun ruído, allá por Andalucía. Se quedó en la estacada: es decir, cesó el ruído muy pronto, la Bombita desapareció y el toreo se quedó desahogado con su ausencia.

Sánchez, Leandro *(Cacheta)*.—Tomó la alternativa de matador de toros en Madrid de manos de Curro Arjona Reyes, el día 14 de Octubre 1888. Habíase distinguido como valiente en las corridas de novillos y era una especialidad para dar el salto de cabeza á rabo, como hacen los *écarteurs*. No gustó en aquella corrida de investidura, y á poco de ser curado de las heridas que en ella recibió, marchó á América y en aquellas repúblicas parece que ha obtenido buena reputación, puesto que más de una vez ha ido allá y ha tomado parte en muchas corridas.

Sánchez, Justo *(Zurini)*.—Hay valor irreflexivo y esto no basta. Quiere, adelanta y mata con valentía; fáltale arte que va aprendiendo poco á poco. Es natural de Brihuega, provincia de Guadalajara, hijo de D. Basilio, y Doña Ceferina del Cerro, quienes le dedicaron al oficio de vidriero, pero él desde la edad de 19 años se dedicó al arte del toreo, trabajando en varias plazas en cuantas novilladas ha podido, y partiendo el producto de sus utilida-

des con su buena madre que reside en el pueblo de Fuente el Saz de Jarama, donde es muy apreciado por su buena conducta. En Madrid en las

temporadas de otoño á primavera en que ha trabajado, se ha visto en él un muchacho de facultades, activo y humilde.

Sánchez, Joaquín *(León)*.—Anda matando toros por esos pueblos, haciendo más de lo que debe exigirse al que torea sin preparación conveniente en cuadrillas donde se aprende.

Sandino.—Por el año de 1852 empezó á trabajar en Madrid este picador con mucha voluntad, pero con poco poder; así que sus adelantos no han sido grandes. No recordamos su nombre con exactitud, aunque nos parece era el de Tomás.

Sangre torera llaman los aficionados á la bravura del lidiador pundonoroso, que pone cuanto puede de su parte para cumplir bien, agradando al público. No hay que confundir este valor, que es frío y sereno, con la temeridad y el atolondramiento.

Sancho, Miguel.—No sabemos por qué figura como espada en carteles de mediados de este siglo; solo sí que no ha sido matador de alternativa. Allá por los años de 1849 trabajó alguna vez con Cayetano Sanz. Este llegó adonde todos saben; aquel no pasó...

Sancho-Miranda, Vizconde de.—Uno de los más diestros aficionados que en Córdoba existían á principios del presente siglo, y cuya fama de habilidad en el toreo ha llegado hasta nuestros días.

Sancho Jiménez, D. Juan.—Periodista malagueño que en el *Triquitraque* de su propiedad y dirección y en el importante diario *El Mediodía* defendió el arte de torear revistando corridas y escribiendo brillantes artículos. Tuvo el seudónimo de *Guanico*.

Sánchez, Francisco *(Barajitas)*.—Para ser picador de toros, ¿basta montar á caballo, coger una garrocha y ponerse delante de un toro? Luego que lleve un poco de tiempo toreando, puesto que ahora es muy nuevo, nos dará la contestación.

Sánchez, Joaquín *(León)*.—Es un murciano que quiere ser torero, banderillero y matador y por serlo todo no es nada. Podría serlo si estudiase y se parase.

Sano.— Los toros que no estén completamente sanos no sirven para la lidia, porque su enfermedad influye naturalmente en su bravura. Algunas veces estando bueno un toro, le hemos visto en la plaza con un bulto en el anca, efecto de cornada en el campo, á la que llaman *sobresano*, y hemos advertido que el público lo ve con disgusto, y tiene razón, porque en plazas de primer orden deben siempre correrse toros sin defecto de ninguna clase.

Santa Ana, D. Manuel María.—Trabajando asiduamente y ayudado por la suerte llegó desde modesto creador de las *Hojas autógrafas* á adquirir una buena fortuna con su periódico *La Correspondencia de España* y como consecuencia natural, á ser Senador y obtener justamente un título de Castilla que es el de Marqués de Santa Ana y Vizconde de los Asilos. Se ha distinguido siempre por su caridad é ideas benéficas en favor de los pobres, socorriendolos pródigamente, fundando y sosteniendo asilos y refugios á sus espensas; y ha manifestado en todas ocasiones un espa-

ñolismo marcado y buena afición á las corridas de toros.. Es autor del proyecto de ley presentado á la alta cámara en 17 de Febrero de 1880, pidiendo la creación de dos escuelas de tauromaquia en Madrid y Sevilla, en el cual se establecían premios, pensiones, viudedades y enseñanzas obligatorias para ilustrar á los ignorantes y enseñar al que no supiese leer ni escribir. Era cuanto en esa proposición se indicaba noble, humanitario y benéfico, y *por eso* no se votó, que es una vergüenza para ciertas gentes que haya corridas de toros, pero no lo es el lucrarse de sus productos en determinados casos. Nació en Sevilla en 1818 y después de escribir en el *Diario de Sevilla* y de componer alguna comedia, se hizo progresista cuando el pronunciamiento de 1840; vino á Madrid á estudiar medicina en 1842, y continuó escribiendo para el público en diferentes periódicos, hasta que, como al principio va dicho, fundó sus *Hojas autó grafas*, base de su fortuna. Como recuerdo que le honra conserva en su casa, en sitio preferente, la pequeña máquina y piedra que para la tirada le sirvieron. Dice de Santa Ana el distinguido escritor Conrado Solsona, que «es el único hombre público, que debiéndole mucho á su generación, se lo ha pagado todo, convirtiendo el periodismo en información, haciendo carrera y porvenir de su ejercicio, devolviendo sus caudales adquiridos á la industria nacional y precipitándose constantemente en las obras de caridad y de consuelo» y ciertamente no exagera Solsona al hacer tales afirmaciones que están en la conciencia de cuantos conocían las altas prendas de tan excelente caballero. Falleció en Madrid de anemia cerebral el día 11 de Octubre de 1894 y su entierro fué una verdadera manifestación de duelo de todas las clases sociales.

Santa Anna, Manuel.—Buen banderillero lusitano que empezó á darse á conocer en 1873, en las plazas portuguesas. Creemos que ha fallecido, ó tal vez se haya retirado del toreo, porque hace años no oímos hablar de él.

Santa Engracia.—Cumplía como banderillero hace ya más de treinta años, colocando los palos siempre por un lado y cuarteando demasiado. Era obediente y no estorbaba en el ruedo. Creemos se llamaba Toribio; pero no lo recordamos bien.

Santa Coloma, D. José.—Autor de un reglamento para corridas de toros, y fundador del periódico taurino llamado *El Tábano*. Ha escrito otras obritas relativas al toreo, y era mejor aficionado que escritor. Pocas personas aficionadas en Madrid, donde ordinariamente residía, serán las que no se hayan entretenido algún rato oyéndole explicar, con toda seriedad, las suertes del toreo. Falleció hace pocos años.

Santa Martha, Ignacio Augusto.—Ha sido uno de los buenos mozos de forcado que ha habido en el vecino reino, desde hace más de cuarenta años. Tuvo siempre una *afición* desmedida al toreo.

Santana, Francisco.—Matador de toros en novilladas que alternó con Juan Pastor *(El Barbero)*, José Redondo y Antonio Luque *(El Camará)* en diversas corridas efectuadas en los años 1844, 1845 y por última vez en 1847. Era hijo de Málaga y en ella estaba avecindado; su concurrencia al matadero público y alternar con aquella gente del bronce, le hizo aficionado á toros y por último torero. Primeramente mataba en novilladas y luego en corridas formales y hay reseña de una corrida en Granada en 1.º de Junio de 1845 en que hizo de primer espada, estoqueando reses de D. Manuel Osuna, vecino de Brenes (Sevilla) y demostrando su innegable valentía en una buena *recibiendo* que dió al primer toro, y un excelente volapié á su tercero.

Como hombre, era lo que se llama un terne y por esto le respetaban, y en sus tratos de carnes y otros artículos era persona que se daba buen lugar por sus formalidades, obteniendo por ello medios para vivir con cierta holgura y no pensar más en vestir la taleguilla. Creemos que desde 1847 no tereó más, porque no se encuentra su nombre ni en carteles ni en cuadros estadísticos antiguos.

Se formó con Manuel Alvarado, segundo espada, y los hermanos *Canuto* y Castaño banderilleros, su cuadrilla de á pié, y puede decirse que con este personal y adición de picadores de la tierra baja, iba á cumplir sus compromisos. Era alto, nervudo y valiente sin jactancias, y ante los toros más bien que diestro de arte, aparecía temerario, pausado y seco, como hombre de vergüenza que iba á cumplir con lo que sabía, que era poco, en atención á que falto de buena educación taurómaca y practicada no frecuentemente, tenía que echarse de menos en él esa inteligencia y elasticidad que da el continuo roce con las reses y las advertencias de *maestros* teóricos y prácticos.

Cuéntase que en el año 1839, día 12 de Septiembre, se verificó la primera de las cuatro corridas de novillos, para solemnizar el Convenio de Vergara. En la Plaza de la Constitución se taparon las bocacalles y se construyeron tablados. Cuando salía del chiquero el primer novillo se undió el blado

donde antes se había efectuado una función de títeres no pudiendo soportar tanto peso de gente y aplastando á diferentes personas, que bajo él y por los claros de las tablas, veían la corrida. Este tablado estaba situado en la esquina de la calle de Santa María; y Santana al presenciar aquella catástrofe y en evitación de mayores daños, requirió estoque y muleta y aguardando decidido al novillo, asestole una estocada que lo rindió sin vida, terminando así en breve el mayor conflicto, si la res hubiese acudido sobre el grupo de personas heridas y los que corrían desalentados. Esta acción, prudente y valerosa, fué muy aplaudida. Del hundimiento resultaron un hombre muerto y una mujer, y once heridos y contusos. Santana trabajó en dicha plaza pública, en la que construyó en el sitio que hoy ocupa el Parador de San Rafael, y en la magnífica de D. Antonio María Alvarez.

Retirado del toreo, acreció su negocio comercial que comprendía varios artículos, aparte de su carnicería, y no se recuerda cuándo falleció.

Su hijo heredó su afición, pero jamás toreó por precio, pues estudiaba la carrera de artillería.

Santana, Francisco.—Estudiaba en el colegio de Artillería y se hizo tan aficionado solo porque valor no le faltaba y había oído contar las proezas de su padre, valeroso matador de toros. En la célebre sociedad taurina malagueña que se denominó *La Verdad* se hizo anunciar de banderillero, demostrando en la brega y con los palos que le acompañaba la valentía al arte. Cuando no había terminado su carrera, que seguía con aprovechamiento, una tisis le condujo al sepulcro en 1870.

Santander, Juan.—El rey D. Felipe V premió con una pensión de 200 ducados anuales á este picador por lo bien que trabajó en 1734 en una corrida celebrada en la plaza del mar de Ontígola (Aranjuez) el día 9 de Mayo. Dicha pensión vitalicia había de ser pagada con cargo á las rentas generales del reino de Sevilla.

Santaolaria, Ricardo.—Es un valenciano valiente que posee más afición que arte y aquella le ha bastado, hasta ahora, para matar novillos en los pueblos con varia fortuna. Dios se la de siempre.

Santiago, Isidro *(Barragán).*—Nació en Madrid el 23 de Febrero de 1811, y hasta el año de 1840 no tomó la alternativa como espada, á pesar de llevar lidiando como peón más de una docena de años; lo cual prueba, ó que Santiago se distinguía poco, ó que le faltaba protección. No era sin embargo, un vulgar mata toros; compuestito, airoso y buena figura, hacía algunas suertes de capa con lucimiento, y no manejaba mal la muleta; pero todo esto con toros claros, porque le faltaban conocimientos para otra cosa. Si en vez de nacer en Madrid nace en Sevilla, donde tanto bombo se da á los toreros que allí empiezan, su fama hubiera sido más alta; pero en la corte no se ensalza nunca á sus hijos, tal vez porque en ella hay siempre mucho menor número de estos que de forasteros. A pesar de todo, y siendo nuestro hombre regular nada más, como va dicho, trabajaba mucho mejor que tantos como hoy ocupan segundo lugar con tantas pretensiones. Alternó con los primeros espadas de su época, y murió en 4 de Abril de 1851, á consecuencia de una cornada que recibió en un muslo matando en una novillada, de Madrid. Fué casado con Lorenza Rincón; y el 7 de Abril de dicho año fué conducido su cadáver desde Hospital General al cementerio de la sacramental de San Luis y San Ginés, y enterrado en la sepultura número 24, galería primera izquierda.

Santos, Antonio de los.—Fué uno de los mejores banderilleros que componían la brillante cuadrilla que á fines del siglo anterior dirigía Joaquín Rodríguez *(Costillares).* Más tarde mató ya como espada, alternando con Pedro y José Romero y Jerónimo José Cándido. Cuando la desgraciada muerte del célebre José Delgado *(Illo)*, su inseparable compañero en banderillas y discípulo en la en la suerte de matar, Antonio de los Santos dispuso el enterramiento y conducción del cadáver, desde el Hospital General hasta el atrio de la Iglesia de San Ginés, con la mayor ostentación que en aquellos tiempos podía usarse, costeando el pago del numeroso clero que con cruz y ciriales acompañó el féretro y todos los demás gastos que se originaron.

Santos, José María de los.—Buen banderillero y regular matador de toros en el primer tercio del presente siglo. Alternó con León, Montes y Lucas Blanco, si bien en el último lugar allá por los años de 1835 y 36; pero ya había alternado con otros desde el año de 1823. A consecuencia de una herida que se causó con la espada en un muslo, murió en Valencia. Le apodaron *Illo* algunas gentes de Sevilla.

Santos, Francisco de los.—Regular matador de toros que nunca figuró en primera línea. Cumplía con voluntad, y Antonio Ruiz *(El Sombrerero)* le tuvo á su lado como segundo en diferentes plazas.

Santos, Clemente dos.—Este doctor portugués ha sido uno de los más importantes periodistas taurinos en aquel reino No en estos periódicos solamente, si no también en todos los más acreditados políticos y literarios, escribió admirables artículos críticos que le dieron una merecida reputación. Gran partidario del celebrado cavalheiro Monrisca, elogió su mérito, apoyándose en su gran conocimiento del arte, con frases enérgicas pero cultas, y de una lógica irresistible. Dirigió con sus consejos y observaciones la construcción de la plaza de toros de Villafranca de Xira, punto de su residencia actual, donde es muy estimado por sus compatriotas.

Este distinguido hombre de ciencias y letras, amante como el que más de las fiestas de toros, es hijo de los barones de San Clemente, y nació en Lisboa el 13 de Abril de 1847.

Santos, Rafael. — Este banderillero sevillano pudo aprender mucho de su maestro el *Gordito*, y no supo aprovecharse de sus lecciones. Nadie perdió tanto como él. Hay carteles en que figura como novillero y natural de Córdoba.

Santos, Enrique (*Tortero*).—Nació en Sevilla en 1861 y es hijo de Manuel y de Josefa Pérez, confiteros y pasteleros en la calle de Alcalá de dicha

ciudad donde le hicieron bautizar en la parroquia de Todos los Santos. Fué estudiante del bachillerato; aprendiz de platero, y más tarde taponero, sin sobresalir en nada, porque eran para el más gratas las faenas taurinas que las ventajas de dichos oficios; y eso que á la edad de 14 años fué ya herido en la plaza de Guillena, toreando con *Currito Avilés*. Sirvió más tarde en el tercer regimiento de ingenieros, al cual hizo patente su buena disposición para torear lidiando un becerro á puerta cerrada, un día de la fiesta de San Fernando. Obtenida su licencia ilimitada, regresó á Sevilla, formando en las cuadrillas de *Chicorro* y el *Gordito*, y dedicándose ya en 1884 á matar toros en novilladas, pasando con dicho fin á América al año siguiente. Se le conoció como tal matador de novillos en Madrid el 15 de Agosto de 1886 y el célebre matador *Frascuelo* le confirió la alternativa de espada el 7 de Julio de 1889. Su toreo es algo deficiente: bastante modesto procura cumplir sin ostentación, ni alardes de exagerada valentía, pero sin huir nunca ante el peligro. Tiene mucha más aceptación que en España en Montevideo, México, Uruguay, la Habana y Cienfuegos, donde ha toreado repetidas veces obteniendo aplausos y dinero.

No consiguiendo en España las contratas necesarias para cubrir sus atenciones, prescindió de su alternativa de matador y volvió á ser banderillero en la cuadrilla de Mazzantini, sin perjuicio de estoquear en cualquier otro sitio en que fuese llamado. ¿Hizo bien ó mal? Su suerte lo ha de decir.

Santos, Juan Pedro dos.—Válganle todos los de la corte celestial, y que le den poder para ser buen rejoneador, porque si no...

Santos, Enrique (*El Loquillo*).—Realmente parece un loco cuando sale á poner banderillas en las novilladas. ¡Qué correr! ¡qué ir y venir! Más calma hombre, más calma y más estudio y menos carreras.

Santos, Eduardo dos (*Varino*). —Más de una docena de años trabajando como banderillero en su país (Portugal) y sucediéndole lo que al herrero de Arganda en España. Así no se va á ninguna parte.

Santos, Manuel de los —En la categoría de segundos figura este picador, que ha trabajado en algunas plazas de Andalucía. No le podemos juzgar, porque no le hemos visto ni oído hablar acerca de su mérito. Es posible que sea hijo de un

---

Santos, Juan María.—Picador de poco nombre que tomó la alternativa en 30 de Septiembre de

1838, y de cuyo mèrito y demás circunstancias hay completo silencio en los anales taurinos.

Santos, José dos.—Sin que pueda llamarse á este banderillero portugués un gran torero, hay que notar que siempre cumple bien y á satisfacción del público, desde que en 1872 se dedicó á tan difícil arte.

Es hijo de D. Francisco Henríquez, y tendrá ahora poco más de cuarenta años de edad.

Santos, José.—Uno de los muchos que así en Portugal como en España, les lleva la afición á ser toreros y no pasan de una medianía. Le ha dado por desempeñar funciones de mozo de forcado.

Santos, Mariano.—Banderillero en novilladas que no tiene más nombre porque no ha querido estudiar y trabajar con más fe. En su oficio no hay más remedio que «herrar ó quitar el banco».

Santos, Roque dos.—Popular torero portugués, trabajador, valiente y con deseos de agradar. Hace veinte años gustaba mucho á sus paisanos. Nació en 1846, fué un regular banderillero que trabajó en provincias y en la plaza do Campo de Santa Ana y hubiera llegado á ser un torero completo, si siendo aun joven, no hubiera fallecido víctima de la tisis en 28 de Septiembre de 1874.

Santos Junior, Juan *(Santonillo)*.—Es un buen aficionado é inteligente revistero portugués que escribe en el periódico *O Día* usando el pseudónimo *Santonillo* con el cual ha colaborado en los periódicos de Lisboa *A Vanguardia, O Gabinete de Reporters, A Tarde* y *Sol é Sombra*.

Cuenta á lo sumo treinta y un años de edad datando su afición desde los doce. Es entusiasta por las corridas de toros á la usanza española y con este objeto ha escrito varios y muy notables artículos en pro de la muerte de toros en Portugal.

Santos, Joaquín dos.—Buen mozo de forcado portugués, valiente y animoso. No toma el oficio por la utilidad que pudiera reportarle, si no por afición, como *amador*, que es el nombre que allí tienen los que la profesan desinteresadamente.

Sanz, Joaquín *(Punteret)*.—Joven guapo bien puesto y de esperanzas cuando empezó, pues se presentó en las plazas haciendo alarde de valor y aptitud para el toreo como pocos se presentan, trabajó en clase de banderillero en la cuadrilla de Angel Pastor y en alguna otra, y se empeñó en tomar la alternativa de matador de toros, mucho antes de que sus conocimientos fuesen bastantes para desempeñar bien tal cometido. Recibió la investidura de doctor en tauromaquia en la plaza de Madrid el día 10 de Octubre de 1886 confirmando de esta manera la que le dió en Sevilla Luis Mazzantini el dia 3 de Enero del mismo año.

No obtuvo en España la aceptación que él se

prometía y marchando á América en busca de mejor suerte, encontró en aquel remoto país un fin desastroso.

En la plaza de toros de Montevideo, conocida por el nombre de la Unión, intentó el día 26 de Febrero de 1889, poner banderillas dando el quiebro en la silla á un toro llamado *Cocinero*, que le causó una herida en la parte superior y anterior del muslo como de unos siete centímetros de extensión y dirección de derecha á izquierda, de abajo arriba, interesándole el peritoneo de cuyas resultas falleció al día siguiente 27.

Todavía se recuerda con sentimiento en España el desgraciado fin del *Punteret* que había nacido en Játiva (Valencia) en 1856.

Sanz, Santiago *(El Segoviano)*.—Mata toros en los pueblos que le llaman para ello; cumple como mejor puede y el valor suple al arte, hasta donde la Providencia lo consiente.

Sanz, Eugenio *(Niño Bonito)*.—¡Válgate Dios por el apodo! Aprende á picar toros, ya que te has puesto á ello, fijate en lo que hacen los que en el arte descuellan, no huyas el cuerpo en ninguna ocasión, y dejate de usar motes de mal gusto.

Sanz, Cayetano.—Hay en Madrid una calle de primer orden, denominada de Toledo, en la cual y en sus inmediatas han nacido todos los toreros que la corte ha suministrado á la tauromaquia. Sea por su proximidad á la Casa-Matadero de reses que para el abasto del vecindario costea el Municipio, ó porque las gentes de aquel populoso barrio tengan más afición á la fiesta de toros que la del centro de la villa, lo cierto es que los toreros madrileños han tenido allí su cuna, y allí han pasado los primeros años de su juventud.

En una modesta casa de la calle del Bastero, que desemboca en la antedicha de Toledo, vivía en 1821 la viuda recientemente del honrado Luis Sanz, llamada Regina Pozas, que tuvo de su legítima unión un hijo que nació el día 7 de Agosto de dicho año. Pusiéronle por nombres, al bautizarle el día 10 del mismo mes, los de Cayetano Justo, y luego que aprendió educación primaria con notable despejo y reflexión precoz, fué dedicado al oficio de zapatero.

Era aquella una época en que seguían carrera literaria ó científica muchos menos jóvenes que ahora, y en que por lo tanto las clases humildes, acordándose del refrán castellano que dice: «El que tiene oficio, tiene beneficio», aplicaban á sus hijos á profesiones mecánicas, que más adelante les proporcionasen decorosa subsistencia. Había más artesanos, más industriales, más labradores que hoy, y por consiguiente menos que quisieran aprender el oficio de *sabios*. ¿Era esta línea de conducta mejor para la nación que la que actualmente seguimos? Tal vez fuese más acertada; pero no es este sitio el más á proposito para discutir tan trascendental asunto. Sigamos, pues, nuestro relato.

Dócil y obediente Cayetano Sanz al precepto de su madre, tomó el oficio sin entusiasmo, friamente, como quien cumple un deber y nada más. Trabajaba, adelantaba lentamente, y el corto jornal que ganaba iba á parar religiosamente á manos de su buena madre los domingos por la mañana; y en cambio esta señora, que quería entrañablemente á su hijo, le daba algunos reales, que él aplicaba siempre al pago de la entrada en la plaza de toros, ya en novilladas, ya en corridas formales. Así empezó en Sanz la afición y el amor al arte en que tantos lauros había de recoger.

Poco á poco fué apartándose de su oficio y acercándose al de torero. Era la época en que asombraba al mundo taurómaco el genio del arte, el inolvidable Francisco Montes: todas las clases sociales mostraban decidido empeño en asistir á las corridas de toros, para presenciar, mejor dicho, para admirar la extraordinaria habilidad de aquel coloso: en todas las tertulias, en todos los círculos, en todos los talleres, era la conversación obligada la destreza de Montes; y por lo mismo, la afición á la fiesta nacional tomó nuevo incremento.

Siendo así, á nadie puede extrañar que Cayetano, joven y en la edad de las pasiones, mostrase grandísimo asombro al ver á aquel ser excepcional, y se aficionase más y más al espectáculo. En sus sueños de gloria, pensaba en el brillante y esplendoroso porvenir que podría alcanzar si llegaba á ser un torero como Montes, y ya se oía aplaudir y vitorear, enternecido de agradecimiento á tantas distinciones: otras veces escuchaba lecciones de toreo de grandes maestros, y atendía con marcado empeño á la explicación que le hacían. Y muchas más se figuraba hallarse frente á un toro, estoque y muleta en mano, parado, en elegante postura y preparado á pasarle despacio y en redondo. Todo esto estimulaba, aguijoneaba su afición.

Tenía diez y seis años, y desde entonces, en cuantas novilladas se celebraron en los pueblos inmediatos á Madrid tomó parte á la ventura sin dirección de nadie; sus compañeros advirtieron en él siempre una cosa rara, atendida la edad de Cayetano y el barullo que en los pueblos hay siempre en las corridas de novillos; que no era de los que echan la capa y corren con más ó menos acierto y precipitación á guarecerse en las vallas, carros ó refugios que al efecto hay preparados, cuando la fiera los persigue, al contrario; era de los que extendian el capote con ambas manos, y esperaba la *acometida*, dando salida fácil por derecha é izquierda, según los casos; y si el animal se revolvía cargando la suerte, según arte, dábale salida larga y quedaba él quieto y sosegado.

Su afición le llevó no sólo á los pueblos, al Matadero, á la plaza de Madrid, y á todos los puntos en que había corridas. Donde se lidiaban reses bravas, allí acudía Sanz con verdadero entusiasmo, hasta el punto de llamar la atención entre los inteligentes por su modosa educación, fina figura y buena traza que se daba en las suertes que ejecuba ó intentaba. Se veía en él algo de torero, pero que le faltaba aprendizaje, que tenía necesidad de maestro; y comprendiéndolo así, muchos aficionados, que ya le habían visto estoquear algun novillo en 1844, le recomendaron al entendido maestro y célebre banderillero José Antonio Calderón (*Capita*).

Pocos discípulos aprovechan tan bien las lecciones como este lo hizo en poco tiempo.

Conoció el maestro que Sanz serviría más para matador que para banderillero, y aunque sus explicaciones y ejemplos prácticos no se limitaron á suerte determinada, sino que, como es natural á todas abarcaban, la de matar fué la de su particular atención. Había visto especialísimas cualidades en el discípulo, para que llegase á ser un matador de *punta*, y trató de aprovecharlas.

Los aficionados de Madrid, en todas épocas, han tenido gran empeño, como dice muy bien el notable escritor señor Velázquez, en conseguir que un paisano suyo descollase, sobresaliese entre los matadores de toros; porque, á la verdad, ninguno de los que habían seguido ésta profesión podían aspirar á un primer puesto en el arte, por más que demostrasen valor y conocimientos. Ingenuamente reconocían que los más celebres espadas nacieron en Andalucía, y sentían decir que Madrid, que siempre ha dado tan buenos ó mejores banderilleros que los de toda España, no había logrado esa ventaja en cuanto á matadores.

Llegó el año 1844. El maestro *Capita* estaba impaciente por hacer público alarde de los adelantos de su discípulo, y de acuerdo con otros distinguidos aficionados, fué anunciada una corrida de toros, que en Aranjuez debía celebrarse, para que en ella matase cuatro bichos el principiante Cayetano Sanz. La buena maña, la suerte y fortuna con que toreó en aquella corrida excede á toda ponderación. *Recibió* dos toros tan perfectamente, *trasteó* con la muleta de un modo tan admirable, y capeó con tal gracia y soltura, que los madrileños, locos de contento, dijeron unánimes: Ya tenemos lo que deseamos: á este chico no hay quien se le ponga por delante. Y tanto creció la fama del novel torero, que José Redondo le admitió en su cuadrilla como banderillero. Por una de esas cosas que no se explican, y á las cuales no se encuentra razón, Cayetano hizo aquí una parada en su vida artística. Como nada agrada al hombre que es bueno tanto como la verdad, nosotros diremos la verdadera palabra que aquí debe usarse. Cayetano atrasó en vez de adelantar. Contra su costumbre, hizo entonces lo mismo que todos los que empiezan: pensaba más en librarse por piés que parándolos; tanto que un notabilísimo aficionado le llamó entonces *galgo de buena traza*, y le apostrofó diciéndole: *Para y repárate*. No hubo precisión de repetirle esto. Al poco tiempo era Cayetano un banderillero fino, más útil é inteligente en plaza con el capote en la mano y con su colocación siempre acertada y oportuna, que con los rehiletes, en que nunca sobresalió, por más que cubriera su puesto sin desdecir notablemente de sus compañeros. Su afición, sin embargo, sus deseos y la educación torera que *Capita* le dió, le inclinaban á ser espada, y á esto tendían todos sus esfuerzos.

Y aquí debemos hacer un alto.

Se ha supuesto por algunos, y así está escrito en una obra notable, que con la enseñanza de *Capita* perdió Cayetano el arrojo y decisión de sus primeras aventuras por adquirir perfección en las suertes, dando con esto, sin duda, á entender que necesitaba más atrevimiento, más audacia. Si esto era verdad no hacía el discípulo más que obedecer ciegamente los preceptos del maestro, que muy á menudo le decía: «Ninguna cosa hecha de prisa puede salir bien; tú has corrido mucho y es preciso que pares; vale más dejar de

hacer una suerte, que ejecutarla mal; no es valiente el temerario, sino el que espera tranquilo el peligro»; y otras máximas y consejos que cambiaron completamente el modo de ser del atolondrado peón haciendo de él un mesurado y concienzudo matador de toros. Así lo demostró antes de tomar la alternativa en la plaza de Madrid, luciéndose muchísimo en la temporada de novillos de 1848 á 49, en que mató cuatro y cinco toros cada tarde, la mayor parte de ellos *recibiendo*.

Por fin tomó categoría de espada de cartel á mediados de 1849, en que *Cúchares* y el *Salamanquino* le dieron la alternativa. Ya estaban realizados en parte sus deseos tanto tiempo ansiados, y con razón. Hasta los veintiocho años de edad no pudo figurar entre los matadores un hombre que tanto valía, y cuyo mérito se reconocía por todos: otros mocitos de veinte años han tomado la alternativa antes de tiempo, teniendo que aprender después lo que no sabían ó sufriendo las consecuencias de la anticipación.

En 1850, y aun antes, el distinguido apoderado del célebre Montes escribió á éste acerca de las cualidades de Cayetano, elogiando su habilidad y destreza; así es que cuando aquella eminencia vino en dicho año contratada á Madrid ya conocía de nombre al novel espada. Mató este los toros de puntas en las novilladas del mismo, y viéronle desde los palcos Montes y Redondo con gran complacencia, deseando tenerle á su lado en las corridas de temporada. Don Justo Hernández, inteligente empresario de la plaza de Madrid, comprendió lo mucho que ganaría Sanz toreando con aquellos dos maestros y le ajustó de tercero.

De aquí data la consolidación de la fama de Cayetano: para él llegó la época verdadera y necesaria para poner en práctica las lecciones de su maestro, y la aprovechó dignamente á la vista de los grandes hombres Montes y Redondo, con quienes alternó, y observando y aun obedeciendo materialmente preceptos de aquél, acreditó ya ser un matador de primera nota, fino, elegante y de buena escuela. En Andalucía, adonde pasó al año siguiente, gustó mucho y fué muy obsequiado «por su buena dirección de la gente, su oportunidad y aplomo en *quites* y lances, y más que todo esto su manejo de muleta, en el cual, si Cayetano carece de la inventiva inagotable de León y Arjona, puede pasar, como Jerónimo José Cándido en su época, por un *modelo clásico* en todos los usos á que corresponde este resguardo del matador de toros.» En todas las plazas en que se presentó obtuvo acogidas tanto más lisonjeras, cuanto que Cayetano, lejos de ser bullicioso, alegre y campechano, era modesto, formal y juicioso.

Pero cuando Cayetano acreditó ser un torero consumado, fué en Madrid el año de 1856, en cuya plaza, además de dirigirla bien, respondió á dos cosas importantísimas, que algunos malquerientes propalaban. Era una: la de que aseguraban que, si bien era hombre que puesto delante del toro estaba inimitable, no *mataba* sin echarse fuera de la suerte; y la otra: que no tenía valor suficiente para acercarse á la *cuna*, si no veía al toro en condiciones de cansancio tales que no pudiera seguirle. A unos y otros contestó prácticamente, haciendo lo que *nadie*, absolutamente nadie ha hecho hasta ahora: irse al toro con la muleta y el estoque, después de ordenar que todos los lidiadores, tanto de á pie como de á caballo, se retirasen del ruedo, y allí, solo, en los medios ó en las tablas, *trastear* admirablemente sin mover los talones, dando alguna vez en esta postura, y sin moverse, hasta seis *pases* en redondo, armarse, citar y *recibir*, ó arrancarse al *volapié* sobre corto y según todas las reglas del arte.

Desde entonces, y muertos ya Montes y Redondo, quedó designado por el voto unánime de todos los inteligentes como el maestro y profesor de la buena escuela, es decir, del *toreo verdad*, del que pudiéramos llamar clásico. No ha habido quien le aventaje en los lances de capa *á la verónica*, *navarras*, *de tijera*, y sobre todo, de frente por detrás, ni en los *pases* de muleta al natural y de pecho; y en cuanto á la ejecución de la suerte de matar, le fueron comunes todas tal cual están escritas, distinguiéndose mucho en la de *recibir*, que nadie, después del *Chiclanero*, ha ejecutado con tanto arte, aunque la hayan hecho con más valor.

Cayetano, sin embargo, tenía, como toda persona, graves defectos, y uno de ellos, que no era el más pequeño, fué el de ser tardío en ejecutar. Nacía esto de que recordaba perfectamente que, para hacer una suerte mal, es mejor no hacerla, y si el toro no se coloca bien, ó está muy aplomado, ó se acuesta á un lado, mientras no se le coloque, se le tercie á las tablas ó se le componga la cabeza, no debe irse á él un espada aun cuando se le eche la plaza encima. Según el arte, tenía razón: pero el público atribuye á miedo lo que supone incertidumbre, y si de algún modo demostraba su disgusto, Sanz, que era pundonoroso y con vergüenza como el que más, se lanzaba á la fiera con el ímpetu de su juventud, sin reparar que cuantos percances ha tenido en su carrera fueron precisamente por hacer abstracción de las reglas que tan bién practicaba.

Y ya que de defectos hablamos, porque á fuer de imparciales, ni en este diestro ni en ninguno hemos de decir más que verdad, Cayetano, como Montes, tenía el de ser hombre que pocas veces mataba de una sola estocada, sin que acertemos á explicarnos en qué consista esto, porque él llegaba con fe y la mayor parte de las veces por de-

recho. Tal vez fuese falta de fuerza en el brazo.

Era hombre de buena estatura, simpático, fino en sus modales y de excelente conducta, atento siempre con sus compañeros, y consecuente con todos: empezó algo tarde según sus deseos, y á tiempo según nuestra opinión, á ser matador de toros; pero su elevación fué rapidísima como la de pocos.

Las principales ciudades de Andalucía abrieron en seguida las puertas de sus plazas de toros á Cayetano. Sevilla, Cádiz, Jerez, el Puerto, San Roque y Algeciras, fueron testimonio de sus triunfos; y en menos de tres años se vió figurando en cartel de temporada en la plaza de Madrid, primera del mundo, como primer espada director de la lidia, antepuesto á otros más antiguos.

Muchos hechos notables de su vida torera podríamos citar pero... ¿á qué? Ni con su referencia ganaría más en su reputación Cayetano, ni nos gusta relatar casos aislados que parecen escogidos para ensalzar apasionadamente, vengan ó no á cuento, sean ó no justos: bueno y malo va dicho de tan excelente diestro, y, recíbase con agrado ó desdeñosamente, nuestra apreciación es la que imparcialmente va referida. Sólo añadiremos que ha alternado en su larga carrera con Montes, el *Morenillo*, *Cúchares*, el *Chiclanero*, la *Santera*, Casas, el *Cano*, los *Lavis*, *Pepete*, el *Tato*, Domínguez, los Carmonas, Lucas, Gil, Gonzalo, *Regatero*, Ponce, *Lagartijo*, *Currito*, *Frascuelo*, los Machíos y los Luques.

Con todos ha guardado y á él han tenido las mayores consideraciones, y á su lado se han hecho toreros hombres que de él han aprendido algo y otros olvidado mucho.

A pesar de sus años, le sucedía lo que á los renombrados León y *Morenillo*, que mataban toros siendo sexagenarios, bien es verdad que para esto hay que tener presente que era torero de inteligencia, y que no ha fiado nunca á los piés lo que deben hacer las manos, que al fin se cansan menos que aquellos.

Sin embargo, deseando el hombre descansar y conociendo que en su profesión no es posible mantener el buen nombre adquirido, cuando ya avanzan los años, se retiró del toreo procurando el goce que sus ahorros le permitían, en una hacienda adquirida por él, años antes, en el pueblo de Villamantilla, de la provincia de Madrid. Allí vivió por espacio de quince ó veinte años, desahogadamente con el producto de las fincas que componían dicha hacienda, pero entregado completamente á sus apoderados, puesto que á él le faltó voluntad y acaso inteligencia para gobernar un caudal. Por esto una fortuna que bien valdría doce ó quince mil duros, fue mermando poco á poco y antes de fallecer tuvo necesidad de vender su finca predilecta, un monte llamado Valdeciervos, en que durante muchos años satisfizo su afición favorita á la caza; y desde entonces su tristeza, la desgracia de haberse roto un brazo, y su poca disposición para administrar, según hemos dicho, labraron en él una especie de hastío de la vida que tuvo fatal término el día 24 de Septiembre de 1891, dejando á su viuda doña Blasa Gil, una fortuna de seis mil duros poco más ó menos.

El pueblo entero de Villamantilla, los vecinos principales de los pueblos inmediatos, los muchos amigos que en Madrid dejó tan aventajado torero, sintieron amargamente su pérdida por las envidiables cualidades morales que le adornaban y por haber sido el último representante de la escuela fina, elegante y clásica del toreo.

Sanz Fernández, José.—Novel diestro muy conocido en Extremadura, donde se halla por ahora su campo de operaciones. Tiene como otros la manía de querer empezar el oficio matando toros y por mucha que sea su voluntad y grande su valor, se quedará en muy poco.

Nació en Badajoz el 8 de Julio de 1869 y es hijo de Sacramento y de Manuela.

Sanz y Terroba, D. Manuel.—Autor de la música de varias canciones andaluzas, entre ellas «El Chiclanero», «El Torero», «En los toros», «Los toros de Sevilla», etc. Ha sido tal vez el mejor tenor de zarzuela seria que ha habido en España. Nació en la villa de Cutrena (Logroño), el día 4 de Abril de 1829; á los doce años murió su padre don

Manuel Rafael Sanz, maestro de escuela, y fué recogido por un convecino, en cuya casa y sin maes-

tro alguno aprendió á tocar la bandurria, guitarra, violín, la flauta y la cítara. Vino á Madrid en 1844, aprendió el canto con el maestro Iradier, durante un año, y á los diecisiete de edad pasó á Barcelona, donde dió lecciones de guitarra y pandereta y después se contrató de partiquino en el teatro. Marchó á Italia, estudió con buenos maestros, volvió á España y cantó en provincias ópera italiana, hasta que en 1854 fue contratado para la zarzuela en el Teatro del Circo. Lo que desde entonces hizo Sanz en pro del arte español no es para contado, ni propio de este lugar. Fué un gran aficionado á las corridas de toros.

Sarasúa, Francisco *(Charol)*.—Empieza ahora á picar toros en novilladas y á saber caer. Parece mozo dispuesto á todo; así sea, que va escaseando lo bueno.

Sardo.—El toro que en manchas más ó menos grandes, pero juntas unas con otras, tiene los tres colores de negro, blanco y colorado, aunque cualquiera de ellos domine más que los otros.

Sarmento, Juan.—Conocido y aplaudido torero lusitano, que se ha adquirido buen nombre como inteligente aficionado, hace ya tiempo que no se oye hablar de él; sin duda por que no tomó por oficio el arte, sino por pura afición. Fué un pegador bueno que se estrenó en 14 de Agosto de 1873 en Lisboa, en una corrida promovida por el Marqués de Castelho Melhor y luego en otras corridas. Nació en la villa de Madeira en 18 de Diciembre de 1849.

Sástago.—Algunos escritores dicen que en tiempo de Felipe IV era aquel caballero uno de sus mejores servidores y muy diestro rejoneando toros. No expresan si era el entonces conde de dicho título, ni su nombre.

Sbarbi, D. José María.—Este distinguido escritor y eminente bibliófilo, no es partidario de nuestras corridas de toros y, sin embargo, hemos considerado de justicia incluir su nombre en nuestro libro, aunque no le agrade, porque en muchos escritos suyos hemos visto cantares, letrillas, descripciones y bosquejos de tipos toreros, en que á vuelta de algunas chanzas burlonas descubre ser buen español. Sufra, pues, las consecuencias de su imprevisión ya que sin querer tal vez, propaga la afición más de lo que cree, pues contando tan buenas cosas de toros, sucede lo mismo que dice un célebre doctor «más me buscan cuanto más de mí se habla, sea bien ó mal».

Seco, Alejandro.—Picador novillero de reciente entrada en el arte. No le falta más que aprenderle.

Seco.—Se dice que un toro lo es, cuando de una sola cornada derriba al caballo y se queda de nuevo en suerte esperando otro objeto á que acometer.

Sedeven, Antonio.—Caballero rejoneador portugués, que vino á trabajar en varias plazas de España, cuando el empresario Alegría trajo cuadrillas de pegadores é indios. Era desigual en su trabajo, según el estado de ánimo en que se encontraba. Duró su vida torera desde 1842 á 1871 en que falleció.

Sedeven, Pedro.—Después de una vida larga de caballero rejoneador en Portugal (35 años), ha muerto con fama de valiente 1871.

Sedeven, Juan dos Santos.—Uno de los mejores caballeros rejoneadores que ha habido en Portugal, por su inteligencia y su elegancia. Fué uno de los protegidos por el rey D. Miguel I desde que empezó en 1824, y falleció en Lisboa en 1874 retirado del toreo hacía bastante tiempo.

Segovia, D. Luis.—Autor de un folleto publicado en 1891 con el título de *Toros y toreros*, escrito en verso con bastante facilidad. Es hijo de Madrid, si no estamos equivocados, de afable trato y fina educación.

Segura, José *(Ligero)*.—Banderillero de los que se arriman á los toros y que cumple bien dentro de lo que puede exigírsele, puesto que no tiene de quien aprender, por no haber pertenecido á cuadrillas de importancia. Nació en Alicante aun no hace treinta años, y lleva una docena de ellos toreando. Milagro será que adelante más del punto á que ha llegado.

Selva Lisboa, José da.—En 1875 se lanzó á la arena, por afición, y cada día se aprecia más su trabajo en Portugal, como mozo de forcado. Creemos que ya se ha retirado del toreo.

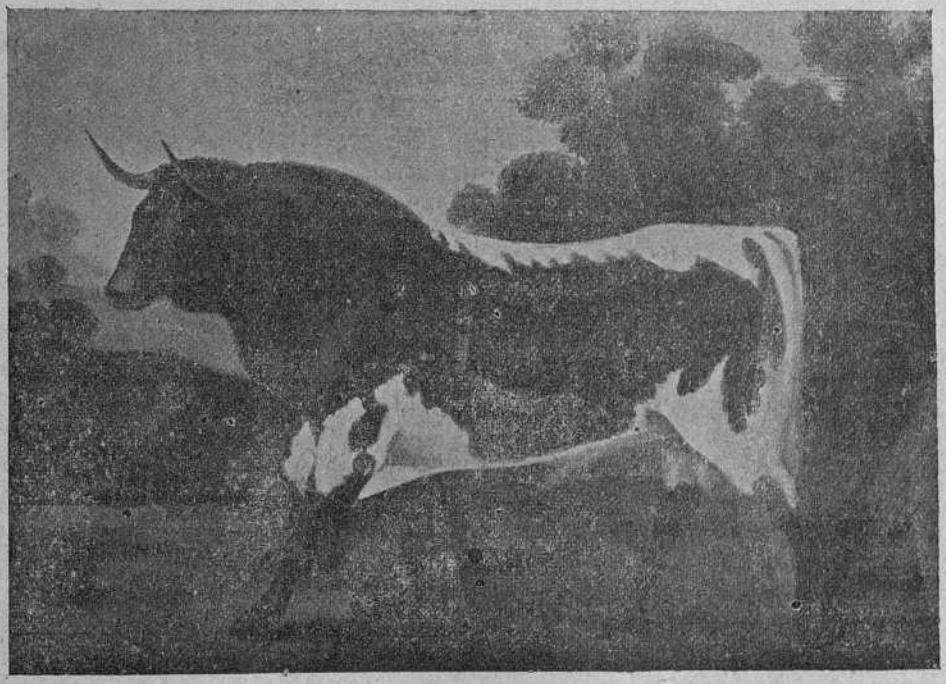
Sencillo.—(Véase Boyante.)

Sentido.—Llámase toro de sentido al que, despreciando casi siempre el engaño, se dirige y acomete al diestro, rematando frecuentemente en el bulto. *Pepe Illo* en su *Tauromaquia* dice que bajo la misma denominación se comprenden los que, atendiendo á todos cuantos objetos se les presentan, no se deciden fijamente por ninguno; pero Montes encuentra contradicción el que se considere toro de sentido al que en las suertes es claro, siendo así que el instinto de aquellos es la malicia en ellas. Autorizada es la opinión de ambos maestros, y difícil inclinarse á una ú otra en absoluto, si no se explica, aunque no sea más que ligeramente, cómo un toro de sentido puede no serlo en algunas suertes, y cómo un toro de condiciones nobles puede hacerse de sentido en otras. Si al toro de sentido se le presenta un sólo objeto delante, ó sea un diestro con capote ó muleta, empapándole bien en ella, cerca y con salida larga, es seguro que la res tomará la suerte como los toros claros, y á estos debió referirse en nuestro concepto *Pepe Illo*. Pero si á un toro sencillo, mal castigado por los picadores y peor por los banderilleros, se le colocan alrededor varios objetos ó personas que le llamen la atención, si se le aburre á capotazos, si con la muleta se le cita de largo y por consiguiente sin empaparle y descubriéndose el diestro, entonces la res impelida naturalmente á embestir, lo hará sin fijarse bien en los objetos, hará por el torero, rematará en el bulto y, en una palabra, de toro sencillo pasará á ser de sentido, mucho más si á lo dicho se añade que tenga ó tome inclinación á alguna querencia casual. Pueden por lo tanto, en nuestro concepto, considerarse toros de sentido á los de las dos clases que expresa *Pepe Illo*; y como nosotros opina también el señor Corrales, alegando otras razones, en su obra dada á luz en el año 1856, edición de la Imprenta Nacional.

Sentirse.—Dícese que un toro se siente al hierro, cuando saliendo del toril bravo y duro, le pinchan con la puya y á pocos garrochazos se escupe de la suerte sin rematar. Casi siempre sucede esto si los picadores le desgarran ó se van á las paletillas, en vez de picarle alto como deben, consiguiendo hacer de un toro sencillo y noble, un animal receloso y á veces de sentido. Llámanse blandos al hierro los que se sienten de éste, como va dicho.

Señas.—Las que hace el presidente desde el momento en que va á dar principio la corrida. Las más comunes son hechas con un pañuelo blanco, y sirven, primero, para que los alguaciles á caballo salgan á hacer el despejo del redondel y vayan después á buscar á las cuadrillas, para que se dé salida á los toros del chiquero, para poner banderillas comunes, para matar y para que salgan las mulas á arrastrar al toro. Las que hace con pañuelo encarnado son para que pongan banderillas de fuego, y también flameaba el pañuelo para que el clarín anunciase la salida de la medialuna. Cuando se echaban perros á los toros que no entraban á varas, el presidente llevaba la mano á su oreja, y con los dedos indicaba cuantos habían de salir. Hoy se comunican las órdenes directamente por la presidencia á sus subalternos por medio de un cordón acústico, sin perjuicio de hacer con los pañuelos encarnado y blanco las señas que dejamos indicadas.

Señorito.—Nombre del toro que luchó con un tigre real de Bengala, venciéndole y matándole, en la plaza de toros de Madrid en la tarde del 12 de Mayo de 1849. Era berrendo en negro, capirote,



«SEÑORITO», DE BENJUMEA.—E. DELANCE

botinero, astifino; bien armado y pertenecía á la ganadería de D. José María Benjumea, vecino de Sevilla, que usaba para ella divisa azul y rosa.

Sepúlveda, D. Enrique.—Fecundo y chispeante escritor que más de una vez ha empleado su pluma en tratar cuestiones de toros y describir nuestra fiesta favorita, con elegante frase y atinado juicio. Alguna vez no ha podido disimular su predilección por un torero, como si estimase en más la gracia que el arte; pero bien ha cantado en otras ocasiones que el buen toreo exije que se paren los piés y el arranque sea en corto y por derecho; esto significa que sabe lo que es la verdad, pero que la pasión quita conocimiento. Es uno de los literatos actuales cuyas obras se leen con más gusto.

Sequeira, Eduardo.—Mediano en todo es, rejoneando á caballo, en Portugal y en cualquier parte. De ahí no pasará, si no cambia de rumbo.

Sereno, José.—Banderillero nuevo en Madrid en 1803, que figuró en la cuadrilla de Antonio de los Santos en las funciones reales celebradas aquel año. No dejó nombre.

Serna, Salvador *(Paquiro).*—Este banderillero principiante y casi desconocido, no ha encontrado otro apodo más adecuado para sus méritos que el mismo que usó Francisco Montes. ¡Viva la modestia!

Serna, Manuel.—En 27 de Junio de 1831 fué picador en la plaza de Sevilla; á Madrid no vino, que sepamos, y á otras partes tampoco. ¿Adonde fué?

Serna Spinola, D. Antonio de la.—Fué alcaide del castillo de Medina Sidonia, y en Julio de 1690, en las fiestas reales que en el Buen Retiro de Madrid se celebraron cuando las bodas del rey D. Carlos II con doña Mariana de Neoburg, lució en ellas su habilidad como caballero en plaza, matando tres toros con tres rejones. Premio de tal hazaña fué la concesión de hábito de una de las tres órdenes militares, sin exceptuar la de Santiago, para uno de sus hijos ó hijas, el que nombrase, cuya merced le otorgó el rey en 13 de Julio de dicho año. Nació en Chiclana en 1645. No hemos podido comprobar si fué en esas fiestas ó en otras celebradas con el mismo motivo en 24 de Mayo anterior, se corrieron tres toros encohetados, y uno de los cohetes fué á dar en un castillo de fuegos artificiales que había preparado para la noche, y al arder se armó tal desorden y confusión que hubo muertos y heridos en abundancia, especialmente de estos últimos.

Seromenho, Diego José.—No solamente por ser un entusiasta aficionado á nuestra fiesta nacional, de esos que observan y atienden al mérito del lidiador sin marcarse con sus gritos y ademanes entre los concurrentes, incluimos en nuestro *Diccionario* á tan distinguido caballero portugués, sino porque, en unión de su gran amigo, el buen torero de aquel país José Joaquín Peixinho, y otros individuos fundó la «Caja de pensiones y

cooperativa de los artistas tauromáquicos» que tan brillantemente funciona con las bases de prestar dinero á crédito á los socios, conservar en depósito cualquier cuantía, establecer una biblioteca, un museo taurómaco, pensiones á los que se imposibilitan en su difícil profesión y otras no menos benéficas é importantes, que no han podido arraigarse en España, á pesar de los esfuerzos hechos al intento en distintas ocasiones por buenos aficionados.

Esa filantropía del Sr. Seromenho, acreditada en pró del arte taurino, la tiene muy extendida en aquel reino con actos de igual clase, fundando otras análogas asociaciones caritativas y de beneficios innegables, y salvando personalmente de una muerte cierta á tres personas que en 7 de Julio

de 1872, estuvieron expuestas en un formidable incendio, por cuyo hecho se le concedió la medalla de plata concedida al mérito.

Es socio del Gremio literario portugués de Pará, y como escritor tiene gran crédito adquirido en muchos trabajos periodísticos, y en un sin número de producciones dramáticas, aplaudidas en los teatros con entusiasmo. Posee una magnífica biblioteca, una educación esmerada y una caballerosidad y distinción envidiables.

Nació en Lisboa en 4 de Junio de 1849 y es hijo de D.ª Isabel María Vilhena Costa y de don José Pedro Seromenho, emparentado con muy principales familias de la buena sociedad lusitana.

Serra, Mr. Juan Miguel de la.—En los carteles de la plaza de Madrid del 12 de Octubre de 1789 se anunció que este individuo natural de Pausa, una de las principales provincias de Francia (?), animado de su gallardía y valiente espíritu, ofrecía contribuir á la mayor diversión de los concurrentes saliendo á picar los dos primeros toros con vara de detener. No cumplió aquel día su compromiso porque llovió, pero si el 19 del mismo mes, si no con inteligencia, con voluntad; los toros eran embolados.

Serrano García-Vao, D. Manuel.—Parece imposible que un hombre sin más estudios que las primeras nociones de latinidad, escriba con tanta facilidad y corrección, en prosa y verso, como este

distinguido aficionado al arte del toreo. Sus semblanzas tituladas *Toreros, toreritos y torerazos*, y otras muchas composiciones que tiene publicadas en periódicos taurinos son pruebas evidentes que demuestran que en tauromaquia es entendido.

Nació en Manzanares, provincia de Ciudad Real, el día 1.° de Enero de 1863, y á los 12 años por escasez de recursos de sus padres, que mantenían á diez hijos, fué dedicado al oficio de confitero que ejerció en Madrid, hasta que *engolosinado* más con las fiestas de toros que con los merengues y caramelos, abandonó aquel estudió y aprendió bien lo que muchos saben mal. De carácter franco, estudioso, y siempre inclinado al bien, juzga á los toreros con benevolencia, quiere á sus amigos con constancia y aprende en poco tiempo lo que otros no llegan á entender en toda su vida.

Serrano, Víctor *(Castañitas)*.—A mediados de siglo fué banderillero en la cuadrilla de Antonio Luque, de Córdoba. Nada podemos decir acerca de su mérito; pero sí que ninguna relación le unía con el picador del mismo apodo llamado Manuel Martín.

Sevacas, D. Martín.—El ilustrado bibliófilo D. Francisco R. de Uhagón, nos dió á conocer en un bonito folleto que dedicó al célebre *Doctor Thebussem* en 1888, unos *Preceptos para aprender á caer*, que aunque se refieren exclusivamente á los lances de rejonear toros, son curiosos.

No dice la fecha en que fué escrito por Sevacas y nos inclinamos á creer que lo fuera en el siglo XVII.

Exige á los caballeros como primera obligación la de socorrer á los peones, á todo trance, ya sea con garrochón ó con cualquier otra cosa. Si cayese un caballero se le debe asistir *metiéndose entre el toro y el caido* guardándole sin desviarse; y luego indica los casos en que están obligados los caballeros al empeño de á pie. De modo que, más que aprender á caer, enseñan dichos preceptos á hacer lo que ahora llamamos *quites*, y á expresar los motivos porque debía sacar la espada el caballero.

Sevilla, Francisco.—Uno de los picadores de más poder que se han conocido. Moreno y muy robusto, aunque no de gran estatura, lucía por su valor y fuerza más que por sus cualidades de jinete, habiendo habido ocasión en que clavó la garrocha en lo alto del cerviguillo, introduciéndola más de una tercia, y otra en que, caido al suelo, derribó á un toro agarrándole de un asta. Murió en un pueblo inmediato á esta corte de enfermedad crónica, y la época de su apogeo fué por los años de 1831 al 38. En Sevilla le apodaban *El Troni*.

Luchó en buena lid con los célebres *Hormigos* y Sánchez, aventajándolos en voluntad y poder, pero no en inteligencia: así es que para el vulgo

era aquél más aceptado, puesto que los no inteligentes se dejan llevar del atrevimiento y todos aprecian en mucho el deseo de complacer y cumplir á conciencia.

Sevilla, José.—Fué hermano del célebre Francisco; pero, aunque valiente, no tenía sus condiciones. Murió desgraciadamente en Madrid en un acceso de enajenación mental en 1871, á la edad de cuarenta y siete años, y ocupan sus restos la sepultura número 122, galería quinta derecha, del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Ginés de esta corte.

Sevilla, Francisco *(Currito)*.—Hijo, según creemos, del picador José, que fué hermano del célebre Francisco Sevilla. Es este joven un banderillero que aun no ha aprendido lo bastante para considerarse diestro. Es valiente, apañadito y fino; le falta ejercitarse mucho para perfeccionarse, y porque promete, quisiéramos lo consiguiera, aunque lo dudamos, por haber pasado mucho tiempo sin aprovecharle.

Sevilla, José.—Dicen que este picador es hijo del que lo fué del mismo nombre lo cual ponemos en duda cotejando edades. No tiene mala facha, se tiene bien á caballo, pero le falta hacer mucho para ser un torero de arte. Le vimos en Madrid en Septiembre de 1887 alternando con *Badila*, y después se ha eclipsado.

Sevillano, Manuel.—Va este chico en busca del arte, corriendo los toros y poniéndolos pares con cierta frescura. ¿Llegará á encontrarle? No sabemos porque se nos antoja que no subirá muy alto.

Sicilia y Arenzana, D. Francisco.—Autor de un curioso trabajo sobre las fiestas de toros, su origen y vicisitudes, que contiene noticias bastante detalladas de la vida de muchos espadas, y excelentes apreciaciones acerca del toreo antiguo y moderno.

Falleció en Madrid en 1892 y fué un cumplido caballero de desahogada posición social.

Sierra, Antonio *(Morenito)*.—De mono sabio si no estamos mal informados, pisó el redondel con valentía: observó, procuró aprender y hoy, que está al principio de la carrera pone ya banderillas con bastante limpieza y no corre mal los toros.

Sierra, Juan de.—Era un matador de toros granadino de muchas pretensiones y poco mérito, que trabajaba alla por los años veinte y tantos de este siglo.

Silbán, Sebastián *(Chispa)*.—Novillero moderno, matador que empieza con valor y sobra de ignorancia. Sus buenos deseos le harán aprender. Es natural de Almorox, en la provincia de Toledo, donde nació en 20 de Enero de 1869: ha trabajado en varias plazas de España, Portugal y el Brasil en diferentes cuadrillas, y es muy formal y pundonoroso.

Merece el hombre que se le aliente en su carrera por los grandes deseos que tiene de complacer

al público. Siente en el alma cualquier manifestación de desagrado, y procura esmerarse para evitarlo.

Silva, P. da.—Es autor de un tratado de tauromaquia portuguesa, que contiene reglas claras y precisas para ejecutar toda clase de suertes de las que en el mismo reino se practican. Está muy bien escrito, y se conoce que el autor es aficionado entendido.

Silva, Libanio da.—Escribe en *O Paiz* las reseñas de las corridas de toros, firmándolas con el mote de *Ze Gordo*. Antes había escrito algunas composiciones poéticas sobre tauromaquia en la revista *A Trincheira* con el seudónimo de *A dao*. Es fácil en el decir y lógico en sus apreciaciones este distinguido escritor portugués.

Silva, Carlos.—Uno de los mejores toreros que hay en Portugal actualmente. Es ligero y desenvuelto, valiente y de inteligencia, y lo mismo capea que *quiebra* á cuerpo limpio, ó da á la perfección el salto de la garrocha. Empezó en 1888, y es lástima de que, por no permitirse en aquel país la suerte de matar, haya de quedarse donde está mozo tan aventajado.

Silva Mendez Leal, José da.—En sus mocedades la afición taurina le hizo ser banderillero, pero más que en este ejercicio se distinguió en el de escritor público de vigorosa expresión y notable talento. Fué luego un buen ministro en el vecino reino de Portugal y hace ya tiempo que murió.

Silva, Manuel Caetano.—No es gran cosa en su arte este banderillero portugués, según nos han informado: ni sabemos si es amador ó torero retribuido.

Silva, Francisco.—Tampoco este picador español es de aquellos que se recuerdan con entusiasmo. En 1875 se estrenó en Sevilla el día de San Antonio, que tuvo compasión de él.

Siman D. Joaquín.—Erudito escritor que publicó algunas obritas relativas á las fiestas de toros, con riqueza de datos y razones en defensa de este espectáculo. Es autor de una biografía de Juan León, y fué socio de la del *Jurdinillo*, que tan gratos recuerdos dejó en Madrid. Falleció en Alcalá de Henares hace muy pocos años.

Simao da Veiga, Luis.—Joven portugués, fanático por la lidia de toros y aventajado lidiador. Toreó á los catorce años de edad por primera vez, en la plaza de Figueira da Foz con muy buen éxito, y después en las de Santarém, Evora, Salvaterra de Magós, Setubal, Alcohete, Cascaes, Algés y

alguna otra, que han sido testigos de su valor y atrevimiento. En ocasiones ha sufrido grandes golpes, que en nada han amenguado su valor, y tanto capeando, en lo cual es diestro, como poniendo banderillas, alguna vez á *porta de gayola*, ha sido aplaudido con repetición. Nació en Lavre, concejo de Montemor el nuevo, el día 8 de Julio de 1879 y es hijo de Luis y de la señora Emilia Jesús da Veiga.

Simas, Augusto.—Conserva buen nombre de mozo de forcado en Portugal, á pesar de los diez y siete años que hace practica el arte, que no son pocos en ejercicio tan peligroso.

Simó, José *(Chatín).*—Promete ser un buen banderillero si continua aplicándose, pero una cosa es prometer y otra dar. Hay muchos que empiezan *tragándose* los toros vivos y luego... se les indigestan.

Simoes Serra, Francisco.—Empezó á torear como caballero en las plazas portuguesas en 1871, demostrando ser mejor caballista que torero. Actualmente es picador de la Real casa lusitana.

Siqueira Freire, D. Antonio.—Hijo del Conde de Sao Martinho, de la primera nobleza de Portugal y de las más antiguas, es gallardo y de buena presencia. Cuando se presentó en la plaza del Campo de Santa Ana elegantemente vestido, y montando con distinción y gran pericia un precioso caballo negro se inició en la concurrencia un movimiento de simpatía, que bien pronto, al

verle lidiar, se tornó en frenético entusiasmo. Ha tomado parte en muchas corridas siempre con buen éxito y consolidando envidiable reputación de lidiador elegante, primoroso y arrojado, porque su trabajo al mismo tiempo que es fino y sereno, tiene un punto de alegre que dista mucho de ser chavacano; y cuando en la arena se le ve manejar alguno de sus magníficos caballos de combate cautiva el ánimo por la sencillez de sus movimientos, que no apresura, aun teniendo á los toros cara á cara. Es en suma D. Antonio de Siqueira, un *sportman* moderno con toda la gravedad y distinción de los aristócratas antiguos: un torero muy valiente y entendido, y un cumplido caballero, noble, afable y de trato esmeradísimo.

Sobaquillo.—Se llaman de sobaquillo los pares de banderillas puestos generalmente al cuarteo, sin cuadrarse el diestro y dejando pasar la cabeza, ó sea libre de cacho, y siempre saliendo por piés. Son pares poco lucidos pero muy seguros.

Sobrero.—Llaman así al toro que, además de los escogidos para la lidia en cada corrida, llevan con los mismos á las plazas para sustituir á algunos de ellos en los casos de necesidad por inutilización ó de conveniencia.

Sobresaliente.—Es un banderillero de los más adelantados (al menos debe serlo), que cuando uno de los espadas de cartel se inutiliza, y por consiguiente recae mayor trabajo en el otro ú otros anunciados, mata el último toro, si el espada á quien le toca verificarlo pide esta gracia al Presidente y le es concedida. Más frecuente es aún que lo realice cuando la autoridad concede al público un toro de gracia, ó sea á más de los anunciados, pero en este caso y en todos debe el espada jefe de cuadrilla pedir permiso á la Presidencia para que le sustituya el sobresaliente. Lo mismo éste que el media espada tienen obligación de auxiliar constantemente á los espadas en los quites con el capote, tanto á la gente de á caballo como á la de á pie. Pudiera suscitarse alguna cuestión ó al menos duda de cuál de los dos tiene mayor categoría, por eso creemos conveniente hacer constar, que en carteles antiguos hemos visto anunciados para una misma corrida, un sobresaliente de espada primero, y un medio-espada después, lo cual hace creer que la categoría de aquél es mayor que la del último. Hoy no se acostumbra usar el nombre de medio-espada.

Sobretodos.—Toro negro de Adalid, antes Barrero, de quien nos ocupamos en la palabra Coriano.

Sociedades taurómacas.—No han contribuido poco á difundir y ensanchar la afición á la fiesta española las sociedades que en todas épocas, pero especialmente de cincuenta años acá, se han formado en muchas capitales para dar funciones en que, tomando parte como lidiadores gente joven de cierta clase, corriendo becerros y demostrando prácticamente sus conocimientos taurinos, han proporcionado ratos muy agradables á sus amigos y familias. Es imposible, como fácilmente se comprende, hacer mención siquiera de las muchas sociedades que ha habido y hay en España, formadas con dicho fin, compuestas de personas de elevada cuna, de más ó menos posición social, ó de modestos artistas, comerciantes ó industriales. Nos limitaremos, pues, á reseñar muy ligeramente las más principales asociaciones de que tenemos noticia, citando algunos nombres de los aficionados que en sus fiestas han tomado parte, sobresaliendo entre sus compañeros, y sintiendo no ser todo lo extensos que quisiéramos. Hace más de cincuenta años se corrieron becerros en la Moncloa de Madrid bajo la dirección del gran maestro Francisco Montes, y en ellas tomaba parte una persona de la real familia, que no se desdeñaba de coger el estoque y las banderillas al lado de compañeros de lidia de mucha menor jerarquía. Poco después, en una placita del inmediato pueblo de Carabanchel, y luego en la huerta de Fagoaga, junto á las Ventas de Alcorcón, se dieron becerradas en que lidiaron grandes de España, banqueros, literatos y otras personas, presididas alguna vez por la que luego fué emperatriz de Francia, entonces condesa de Teba, por la duquesa de la Victoria, por el infante D. Francisco y por otros personajes. En 1850 fundaban en Madrid la elegante y sin igual sociedad taurómaca aficionados títulos de Castilla, propietarios, banqueros, comerciantes y artistas de primera nota, rivalizando en buenos deseos, construyendo á su costa y sin escasear gastos una bonita plaza en el Jardinillo, posesión que existía donde hoy está edificado el barrio de Salamanca. Allí sobresalieron en la lidia de becerros los señores D. José López, D. Blas Reguera, D. Antonio Gil, D. José Cuesta, D. Mariano Domingo de la Peña, D. José Besuguillo, D. Pedro Zaldos, D. Nicolás Ruiz de Valdivia, D. José Eraña, D. Carlos Cueto y otros buenos aficionados. Un año después levantaba la sociedad *Lid Taurómaca* una nueva y espaciosa plaza en el sitio que después han ocupado los Campos Elíseos, y sus funciones eran muy celebradas y concurridas, descollando entre otros, como buenos aficionados prácticos, los señores Loarte, Vega y Alcón. Diez años más tarde, en la Venta de la Tuerta, carretera de Extramadura, lidiaron becerros ante aristocrática concurrencia el marqués de Villaseca, Rafael Huertos, el marqués del Sobroso y otros jóvenes aventajados, que en Aranjuez, á presencia de la reina Doña Isabel II, dieron una gran corrida de cuatreños que formó época en los fastos tauromáquicos; y no ha mucho el marqués del Castrillo, Sanabria, Monares, Salcedo y otros, bien conocidos en la buena sociedad madrileña, han distraído sus ocios lidiando becerros en los Campos Elíseos. De tal manera está arraigada la afición en Madrid, que rara es la semana en que por distintas sociedades de jóvenes de diversas clases no se celebran dos ó más corridas de becerros. Y si de Madrid pasamos á las provincias, ahí están Valencia, donde se formó una sociedad titulada *Círculo Taurómaco*, que ni en organización, ni en otros elementos, tiene que envidiar á ninguna otra. Sevilla, Málaga, Barcelona, Córdoba, donde tanto lucieron su afición los señores Ceballos, López y el marqués de los Castellones; Murcia, Santander, Alicante, Avila y otras muchas, casi todas las de España, que con diferentes alternativas celebran y han celebrado funciones de becerros bien lidiados, y especialmente Almería, que con el título de *Filotauro* fundó en 17 de Junio de 1877 una brillante sociedad compuesta de los jóvenes más distinguidos de aquella capital, que en sus frecuentes novilladas, á que asistía lo más selecto de la población, demostraron ser consumados matadores de utreros y cuatreños D. José María Yebra y D. Angel María Castañede, y diestros en las demás suertes D. José de Acosta y Don Simón Benavides. Otra de las que más se han distinguido por la notoria afición de sus socios y los buenos elementos con que se formó fué la que con el título *El toreo moderno* fundaron en Sevilla los señores D. Angel Sigler, D. Manuel Pineda, Don Felipe Pardo, D. Eduardo de la Fuente, D. José Manzano, D. Antonio Salvador, y otros muchos, que formaron un reglamento aprobado por la autoridad gubernativa en 14 de Septiembre de 1889, y dieron becerradas en que unos y otros señores Socios demostraron inteligencia y valor. La afición, pues, se extiende por todas partes; inútil es atajarla con palabrerías; los altos personajes, los ricos, los pobres, todo el mundo se asocia para olvidar penas y proporcionarse alegrías lidiando becerros. Siga la propaganda formando sociedades donde no las haya, y clamen en desierto los detractores de la mejor de las fiestas nacionales y extranjeras.

Socorro.—Cuando en los antiguos tiempos la lidia de toros estaba solamente autorizada para los nobles y caballeros, era costumbre y tenían estos obligación de socorrerse en los trances del peligro. Así que si un caballero caía al suelo con su

caballo, y no bastaban á llevarse de allí el toro sus criados, los demás caballeros debían acudir inmediatamente, rejón en mano, y clavársele á la fiera hasta sacarla de aquel sitio; y si el rejón no bastaba, con la espada, acuchillándola por cualquier parte; en términos de que en grave caso, caído un caballero ó un peón de auxilio, era obligación atravesarse con el caballo entre el toro y el hombre derribado, á trueque de caer también. No era como ahora el quite con el engaño, sin lastimar á la fiera; todo lo contrario: ésta era acuchillada bárbaramente hasta por los criados plebeyos en el caso de ver á sus amos en peligro, y así comprendemos efectivamente la repulsión que Isabel la Católica y otros tuvieron á las corridas de toros de entonces, puesto que todo en ellas era confusión, desorden y peligro evidente.

Sol, Juan *(Colilla).*—Torero *según* dicen, que mata toros *según* hemos leído y pone banderillas *según* parece.

Solano d' Almeida, Joaquín.—Notable mozo de forcado portugués, que creemos haya fallecido en estos últimos años. Era muy estimado su trabajo en aquel país.

Solís, Andrés.—Buen picador de vara larga en fines del precedente siglo. En Madrid trabajó con Joaquín Rodríguez *(Costillares)* varias temporadas.

Soria, Nicasio.—Bueno es que la compostura acompañe al picador de toros, y que la gente joven demuestre valor, pero esto no basta. Hay que aplicarse: y ya que este chico demuestra condiciones excepcionales para el arte procure observar lo que hacen los más aventajados, tomando por modelo á los de verdadero renombre. Alternó por primera vez en Madrid el 25 de Septiembre de 1892.

Sorteador.—El que lidia los toros con habilidad, especialmente á pie y de capa. Así dice la Academia y no dice mal, pero dice poco; porque hoy muchos lidian sin habilidad, aunque sorteando las reses, y otros las sortean á caballo en campo abierto, acosándolas ó derribándolas.

Sorteos.—Desde hace unos cuantos años han hecho algunos espadas figurar entre las condiciones de sus contratas la cláusula de que los toros que hayan de ser lidiados en las corridas en que tomen parte, han de ser sorteados entre sus compañeros, sin duda con el fin de evitar abusos de las empresas, que se inclinan á favorecer á determinados diestros escogiendo para ellos reses de poco respeto por su escasa corpulencia y menos armas, con perjuicio de los demás lidiadores. Hay un fondo de justicia en esa cláusula, pero no debe admitirse, que el espada tiene obligación de matar los toros que en su puesto le correspondan, sin atender á condiciones físicas, porque de otro modo dará lugar á que los maldicientes supongan exceso de precaución ó prudencia que pueda traducirse en ausencia de valor. Aparte de eso, no sabemos hasta qué punto es lícito vulnerar los derechos de los ganaderos, que, por costumbre inmemorial, que por lo mismo hace ya fuerza de ley, tienen acción á designar por sí, ó por medio de sus representantes, el lugar de presentación en el redondel de los toros de sus ganaderías. Ya sabemos que en este caso y en todos puede haber abusos, porque el compadrazgo y las simpatías entran por mucho en el asunto, como en todos los de la vida; pero al lidiador, aceptando las responsabilidades de su cargo, con todas las eventualidades que de él dimanen, le es mejor aparecer como valiente sin preocupaciones, que como desconfiado ó pusilánime. Demasiado ve el público cuándo hay injusticia en el reparto de las reses para lidia, y harto se entera de cuál es el diestro á quien le sobra corazón, ó le tiene muy pequeño.

Corre como cierto en la tradición el hecho de que los célebres maestros *Costillares* y *Pepe Illo*, pidieron, cuando las corridas Reales de 1789, que no se lidiaran toros castellanos, al paso que Pedro Romero se obligó á matar cuantos se presentaran procedentes de aquella tierra. En esto no se trataba de sorteo, sino de excluir determinadas ganaderías, y, sin embargo, Romero quedó á mayor altura que sus compañeros, y aun se asegura que este arranque del bravo matador influyó no poco en que se fingiese que un sorteo le había dado preferencia para ocupar el puesto de primer espada que le disputaba *Pepe Illo*, el cual, á pesar de todo, continuó toreando reses salamanquinas, hasta que una de ellas le ocasionó la muerte en la Plaza de Madrid.

De ser cierto cuanto la tradición expresa, ya consta que en el siglo pasado hubo un sorteo, no de toros, sino de lidiadores, para preferencia de puestos; y en el mismo sentido y con igual fin, aparece reproducida la cuestión en el año de 1833. En efecto, con motivo de las fiestas Reales celebradas para solemnizar la jura de la Princesa de Asturias Doña Isabel, debieron alegar derechos de preferencia ó antigüedad los espadas Manuel Lucas Blanco y Luis Ruiz, y Manuel Romero Carreto con Roque Miranda, porque así se desprende de un prospecto ó programa oficial que tenemos á la vista, titulado «Lista aprobada por S. M. de los

caballeros rejoneadores, picadores de vara de detener y toreros de á pie, etc.» En esta lista, al mencionar los espadas, dice:

Manuel Lucas Blanco.... / Luis Ruiz.....	Alternando: se sorteó.
Manuel Romero Carreto . / Roque Miranda.....	Alternando: id. También se sorteó.

No hay noticia de que después se hayan sorteado los puestos de antelación entre los toreros, pero no hay que perder la esperanza de verlo en adelante. Tomando hoy lo que algunos llaman alternativa lo mismo en Sevilla que en Porcuna, en Madrid que en Trijueque, en Ronda que en Betanzos, llegará día en que no se entiendan ni sepan á qué atenerse, y por necesidad tengan que recurrir al sorteo. Es cuanto queda que ver.

Sorrilla, Pablo *(El Mexicano)*.—Buen jinete, como todos los de aquel país, fué picador de toros que se lució bastante en la Habana hace ocho años. No sabemos si se volvería á Méjico ó qué ha sido de él.

Sotelo, Manuel.—Fué un banderillero de pocos conocimientos. El desgraciado tuvo una cogida terrible en la plaza de Sevilla el día 13 de Septiembre de 1874, de resultas de la cual falleció en la misma ciudad el día 24 del mismo mes.

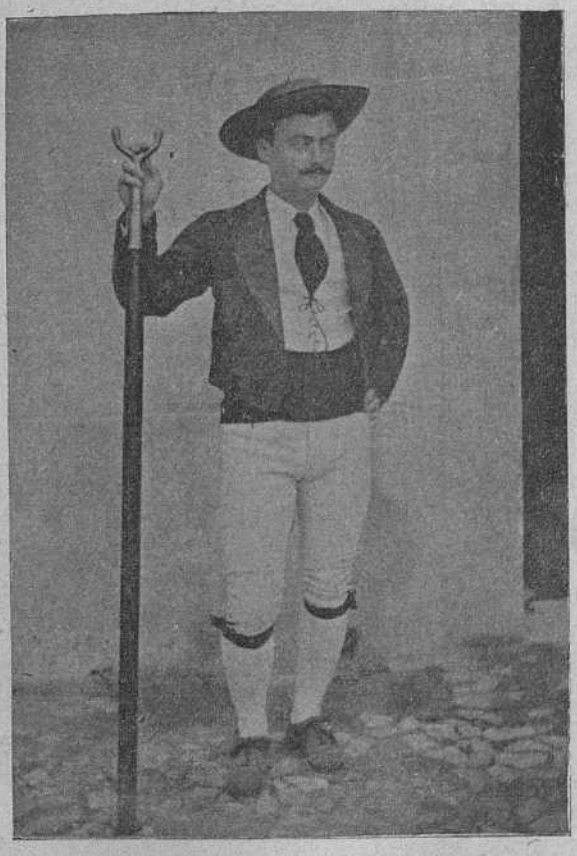
Soto, D. Francisco *(Sotillo)*.—Notable aficionado zaragozano, escritor taurino de los más distinguidos y amigo de la verdad sin mistificaciones. Nació en 2 de Mayo de 1872; á los dieciséis años de edad era ya maestro superior de enseñanza, luego siguió otros estudios, y continúa con su perseverante afán á los libros que algo enseñan.

Tal estudio le ha hecho colocarse en primera fila de los buenos aficionados, y en un lugar envidiable entre los escritores taurinos, distinguiéndose por la limpieza de la frase, la energía de sus justas apreciaciones y la independencia de su carácter.

Soto, Isidro *(Moyanito)*.—Atrevidito banderillero, y principiante lidiador. Si no estudia más y todo lo fía á la audacia, mal fin ha de tener. Párese y reflexione, si puede y sabe.

Souto del Rey, Conde de Villa Nova.—Arrogante figura á caballo dicen tenía este caballero rejoneador de toros en Portugal, y concedíanle al mismo tiempo gran inteligencia. Creemos que sólo trabajó por afición.

Souza Coutinho, D. Simão *(Redondo)*.—La primera vez que se presentó en 1888 este distinguido aficionado, perteneciente á la nobleza portuguesa,



á ejercer las funciones de mozo de forcado, cautivó á todos los concurrentes por su gallardía, su valor y su fuerza, y así ha continuado aumentando con

la práctica sus conocimientos, en términos de que coleando las reses las *posa*, las para, que aquí decimos. Es tenido en mucho por su distinguido comportamiento con todas las clases de la sociedad.

Souza Coutinho, D. José Luis *(Redondo)*.—Caballero rejoneador bastante aceptable hará unos veinte años. Está retirado de la afición.

Souza Poser, Juan.—Aunque realmente no es más que mayoral de ganadería brava, ha demostrado práticamente en Portugal que es un buen torero. Varias suertes del toreo le son fáciles, y en algunas se ha distinguido.

Souza Cadete, José de.—Fué uno de los toreros de á pie más renombrados en Portugal. Hijo de Jorge Avillez de Souza y de Ana de Souza, nació en Lisboa en 1816, y en el de 1828 ya toreaba

novillos y vacas en el matadero. Cuando cumplió los veinte años hízose mozo de forcado, y más tarde banderillero, en cuya suerte descolló tanto como el que más, así como en los saltos de la garrocha y al trascuerno. Murió en 22 de Noviembre de 1877.

Souza Botelho, D. Alexandro *(Villarreal)*.—Pocos mozos de forcado han podido competir en Portugal con tan bravo é inteligente noble, que es hermano del Conde de Villarreal. En cuantas corridas tomó parte demostró que por sus venas corre la sangre de los valientes de su casta, causando envidia sus conocimientos. Hace algunos años que se ha retirado del toreo.

Souza, José de *(O Preto)*.—Natural de Isla Tercera, antiguo banderillero de cierta reputación en Portugal, que á sus buenas cualidades reune la de ser ambidiestro. A pesar de su edad todavía trabaja en algunas funciones.

Suárez, José Antonio.—Este matador de toros era natural de Oviedo, en Asturias; pero en Madrid ha pasado sus mejores años. Trabajó, toreando de muleta y capa, paradito y con algún arte; y si en 1868 no se hubiese retirado del toreo para dedicarse á sus asuntos, mucho habría adelantado y aprendido, á juzgar por sus deseos. Era hijo de Gabriel y de Ramona Iglesias. Tomó la alternativa en Madrid en 17 de Septiembre de 1860; pero como para las corridas reales de 1878 ha ocupado el sexto lugar, hemos señalado en otro sitio de este libro la época en que adquirió aquélla, fuera de Madrid, anteponiéndose á otros espadas, contra toda razón en nuestro concepto. Falléció en Madrid de aguda enfermedad el día 22 de Enero de 1889, siendo sentida su muerte, y acompañado al cementerio por gran número de correligionarios políticos. Había contribuído personalmente al triunfo de la revolución de 1868.

Suárez, Juan.—Banderillero bastante acreditado en el último tercio del precedente siglo. Trabajó en las cuadrillas de los Romeros.

Suárez, Antonio *(El Santón)*.—En 1878 se estrenó en Sevilla, y no sabemos qué ha sido de él. A Madrid no llegó.

Suárez, Antonio *(El Rubio)*.—Picador regular, que trabaja con fe, aunque es frío en la faena. El *Gordito* le presentó en Madrid en 1874. Es natural de Sevilla, tiene buen brazo y es muy modesto; pero desde 1867, en que se estrenó en Sevilla, ha podido adquirir nombre de bueno y no ha querido buscarle.

Suárez, José.—Tampoco este ha querido que la historia le coloque en alto lugar. Ya era tiempo, después de veinticuatro años que hace se estrenó en Sevilla.

Suárez, Antonio.—Torerito de la última remesa, que ha venido de no sabemos dónde, ni cuándo trabaja, ni en qué plazas. Ya lo sabremos, si el tiempo lo permite.

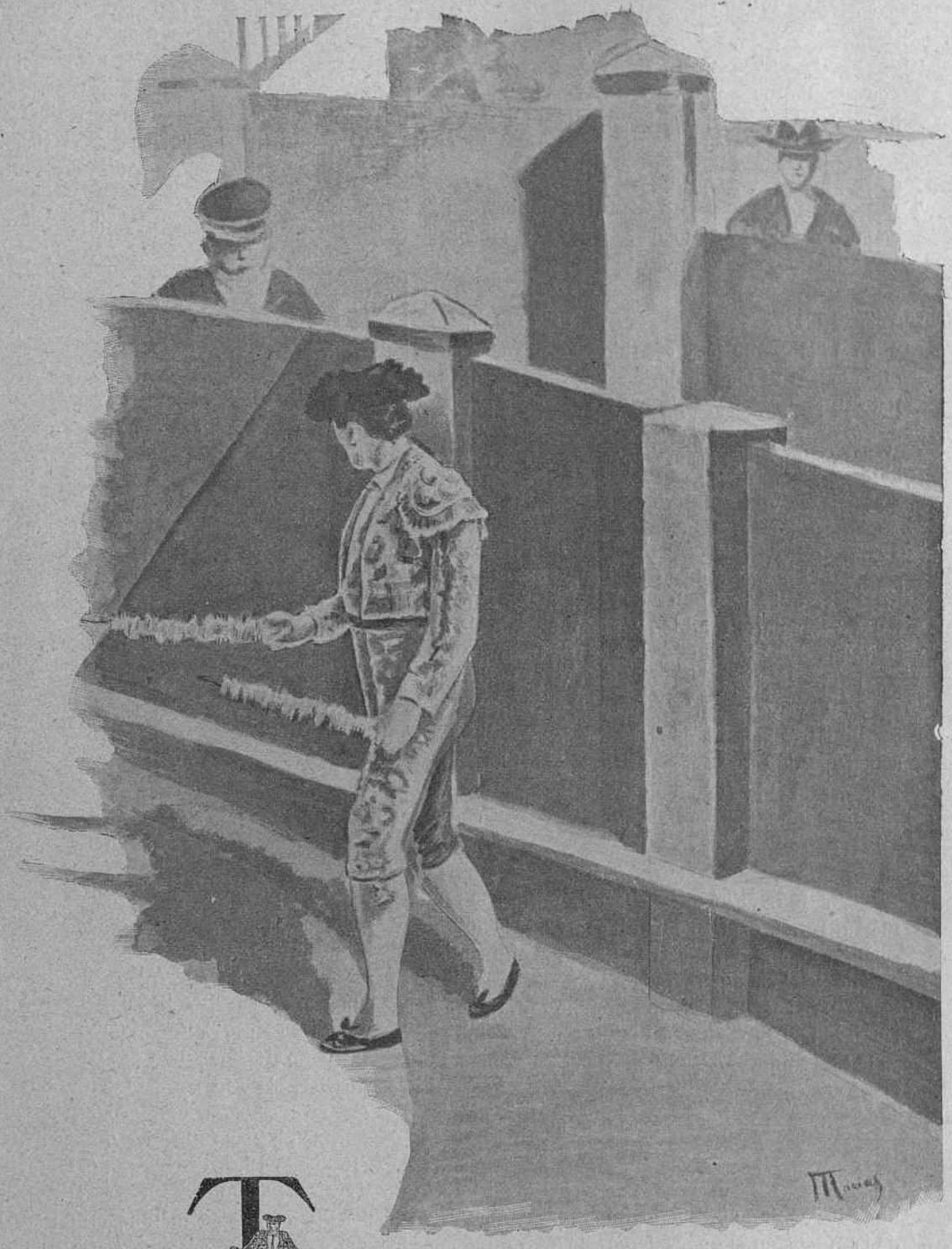
Suárez, Isidro *(El Montañés).*—En Sevilla quiso ser picador hace más de veinte años, y por lo visto no lo ha conseguido.

Suárez Rodríguez, Francisco *(Curro).*—Es valiente, es joven, es decidido, y quería ser torero, sin reparar que recorriendo pueblos y aldeas se atrasa más que se gana. Tenía ya perdido el miedo en ellas, y era conocido en toda la provincia de Badajoz, de donde es natural, y la patria le ha llamado á defenderla en Cuba, formando en el ejército español.

Suazo.—Caballero noble del siglo XVII, que rejoneaba toros con singular destreza, y según dice el poeta Tafalla, fué muy aplaudido en Zaragoza, cuando lo verificó en unas fiestas dadas en honor de D. Juan de Austria.

Subogoza, Marqués de.—Hace muchos años dejó de trabajar como banderillero en varias plazas de Portugal. Empezó en 1847. Tuvo fama de entendido.

Suerte.—En las fiestas de toros es cualquiera de los lances escritos que comprende la tauromaquia, y no los que salen al azar de pronto y sin meditarse. Puede burlar la fiereza de un toro cualquier peón, por medio de un regate ó de una casualidad no prevista, pero aceptada en el instante, por miedo del peligro, como arrojarse al suelo para que la res salte por encima, y esto no es suerte de toreo, como fácilmente se comprende, por más que se haya librado el lidiador con habilidad y ligereza de una acometida imprevista.



Tableros.—Son los que forma la valla ó barrera que cierra el redondel ó coso en que se verifican las funciones de toros. Lo mismo se llaman los que cerca de los corrales de las plazas se colocan para formar calle los días de encierro del ganado.

Talanquera.—Llámase así en muchas provincias de España á la barrera ó valla que separa el redondel del resto de las localidades de la plaza, es decir, á la que divide el tendido del callejón, no á la que está más inmediata á la arena.

Tamaguino, Tosmé.—Mozo de forcado portugués, bastante regular. Se retiró hace tiempo y no ha vuelto á sonar su nombre en plaza alguna.

Tamaguino, Fernando.—No pasó de regular en su trabajo este mozo de forcado portugués.

Tamariz, D. Miguel Marcelo.—En Salamanca y en 1771 compuso y escribio en octavas reales, que dedicó al Duque de Medina Sídonia, un folleto titulado *Ensayos del valor y Reglas de la prudencia para el coso. Arte de rejonear, con que el noble aliento hará posibles las más extrañas suertes.*

Taparse.—Es cuando un toro humilla tanto que, sacando el hocico, echa atrás el testuz y queda cubierto el sitio donde ha de pinchársele con los palos ó espada; y también cuando levanta demasiado la cabeza impidiendo meter los brazos. Debe presentársele siempre el engaño muy bajo; y en la suerte de varas, picarle en la delantera del cerviguillo. El espada no debe nunca intentar el descabello de un toro tapado, y aun el puntillero hará bien dando el cachete de atrás adelante y no perpendicularmente.

Tapia, José.—Fué picador ágil, aunque no de fuerza. Empezó el oficio en las novilladas que se celebraron en Madrid en 1848, y fué el primero que desde el caballo mató con la *chispa fulminante*, ensayada el 12 de Diciembre. Si no hubiese dado resultado el *trueno* que así le llamaron entonces, se había comprometido á matar el toro á pié por el procedimiento ordinario.

Tapia y Salcedo, D. Gregorio.—Escribió y dió á luz en el año de 1643 un libro de ejercicios de la Jineta, en el que, además de citar á muchos caballeros y personajes ilustres, diestros en el toreo, se hallan reglas para torear á caballo, que en aquel tiempo era uno de los ejercicios más esenciales del arte.

Tapia, Francisco.—Picador excelente, de nombre, natural de Tarifa, que perteneció á la cuadrilla de Francisco Montes por los años de 1833 al 40. No era bonito á caballo, ni siquiera buen mozo; pero sabía, callaba y trabajaba con voluntad. Picó en Madrid por primera vez el lunes 19 de Mayo de 1834.

Taylor, Felipe.—Es uno de los mejores pegadores que hay en Portugal, siendo admirado por su valentía delante de los toros. Ha tomado parte en gran número de corridas, á condición de que los productos de estas fuesen á favor de la Beneficencia.

Las plazas de Cintra, donde se estrenó con gran

aplauso en 1889, y luego las de Almada, Villafranca de Xira, Setubal, Barreiro, Algés y Campo Pequeño (Lisboa), han sido testigos de su arrojo, inteligencia y fuerza verdaderamente hercúlea de que ha hecho alarde, no sólo pegando toros sino también en las funciones organizadas por el Real Gimnasio Club de Lisboa, del cual es uno de los socios principales.

Guiado por su inclinación á la caridad, ha trabajado también en circos ecuestres y gimnásticos en funciones organizadas por dicho Club, levantando en peso con una sola mano una barra de ochenta y cinco kilogramos. Tanto es su prestigio ante el público, por su modestia y por el verdadero mérito que tiene su esmerado trabajo, que sienten todos los aficionados que una vez le han visto no presenciar con más frecuencia sus arriesgados ejercicios.

Taurino.—Bien haría la Academia en ampliar la definición que da de esta voz. «Lo perteneciente al toro,» se contenta con decir, y más latamen-

te la aplicamos los aficionados, la emplean los escritores y la usan los españoles.

Por ejemplo; puede decirse aficionado taurino, Reglamento taurino, circo taurino y otras muchas voces, sin que ninguna de ellas *pertenezca* al toro, rigurosamento hablando.

Tauromaquia.—«Arte de torear ó lidiar toros, tanto á pie como á caballo.»—Libro en que se dan reglas para llevar á efecto y practicar las diferentes suertes que se conocen en el toreo. Son varios los que se han escrito con dicho fin y en distintas épocas, considerándose como el más completo hoy y de más autoridad el de Francisco Montes, que amplía, explica y perfecciona el que autorizó con su nombre José Delgado *(Illo)*.

Tavara, Marqués de.—Fué uno de los caballeros en plaza que más se distinguieron en Portugal el año 1735, cuando se celebraron las fiestas reales por el nacimiento de la Princesa del Brasil.

Taveiro, José, Vizconde de. — Desde que en 1873 se lanzó éste hidalgo á la arena taurina portuguesa, unas veces como caballero rejoneador y otras como mozo de forcado, demostró valor con exceso y gran conocimiento del arte de Montes. Dió fin á su afición pública, en una corrida que organizó el conocido ganadero José Pereira Palha Blanco en su tentadero de la *Quinta das Arcias*, á beneficio de los pobres de Villafranca de Xira, y en la cual Taveiro mató con arte y valentía un toro, que ya quisieran haber matado muchos toreros de fama.

Teixeira, Antonio Manuel.—Hoy es un negociante muy acreditado en el reino de Portugal: antes fué un mozo de forcado de gran valentía y afición.

Teixeira, Joaquín Henrique.—Como banderillero es regular; como mozo de forcado es bueno, y en todos los casos valiente, por lo cual es bastante apreciado en el vecino reino de Portugal.

Tela.—Llamábase en lo antiguo de este modo, al sitio cerrado con tablas ó de otro modo que disponían para celebrar corridas de toros y novillos y otros espectáculos. Ahora generalmente es el paraje donde paran por poco tiempo los ganados trashumantes; y hasta hace pocos años se ha conocido en Madrid, para dicho uso, un sitio llamado la *Tela*, que estaba precisamente al pie del muro de la Almudena, ó sea donde colocó el célebre Moratín, en sus incomparables quintillas, la plaza en que el Cid alanceó toros por el nacimiento de Alimenón de Toledo.

Telles, Arthur.—Puede decirse que es uno de los primeros revisteros taurinos de Portugal. Firma sus críticas con el pseudónimo de *Don Severo*, y ha escrito y colaborado en los periódicos *O Jornal da Norte*, *O Toureiro* y en *Sol é Sombra*, que fundó con Segismundo da Costa. Formó parte de

la empresa que inauguró la plaza de Campo Pequeño; siendo más tarde, en vista de sus conocimientos taurinos, encargado de redactar el reglamento interior de dicha plaza. Es gran entusiasta de los toros de muerte, y con tal motivo ha visitado en muchas ocasiones nuestras plazas.

Su carácter imparcial y serio le han dado gran notoriedad; y si en Portugal hubiese media docena de críticos como Telles, es seguro que el arte estaría más adelantado en el vecino reino.

Téllez de Gama, D. Manuel *(Niza)*. — Hijo del alto personaje portugués, marqués de Niza, ha tomado parte en aquel país en muchas corridas de toros benéficas como mozo de forcado amador, probando con su valor que no desmiente la paternidad de quien le dió el sér.

Tello, Antonio.—Picador de toros que empezó toreando en Sevilla el 25 de Noviembre de 1877, y no se sabe cuándo concluyó, porque nadie le recuerda de cuantas personas por él hemos preguntado.

Telón.—Pases de muleta por encima de la cabeza, de que hacemos descripción en el sitio correspondiente al hablar de pases.

Temeroso.—Este es el nombre que da *Pepe Illo* al toro abanto que hace poco por el objeto ó bulto, según hemos dicho al hablar de las reses de dicha condición.

Nosotros añadimos que también merece ese nombre el toro cobarde ó demasiado castigado que se coloca en defensa, sin querer acometer, aunque se le obligue, y escarba la arena retrocediendo paso á paso ó huyendo de todo bulto.

Templador.—Es un burladero formado por cuatro maderos estrechos, que en algunas plazas de América, especialmente en la de Lima, está colocado en el centro del redondel, y sirve de gran refugio para los diestros, pues que formando el burladero cuatro alas, permite el paso interior de una á otra sin persecución alguna. Nada nos dice acerca de si hay en aquella plaza barreras el Sr. Perillán y Buxó, que allí estuvo emigrado muchos años, y que luego murió en la Habana en 1885, y eso que escribió con extensión unos detallados artículos en el acreditado periódico taurino de Madrid titulado *Los Mengues* (1881) sobre las costumbres de aquel país y sus fiestas de toros.

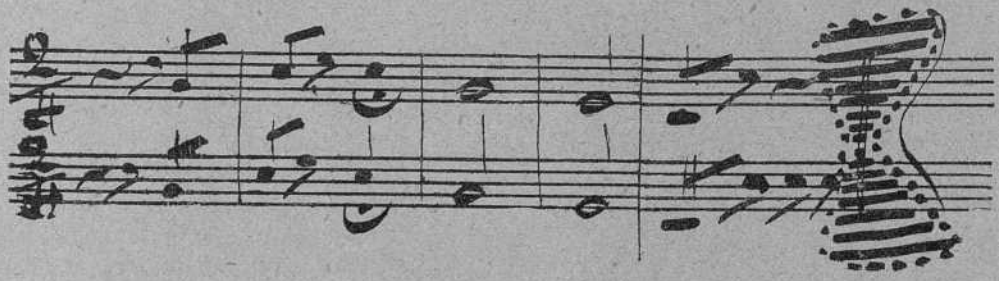
Algunas cuadrillas españolas, creemos fué la primera la de Angel Fernández *(Valdemoro)* han hecho desaparecer el *templador* mientras allí han toreado; pero otras, especialmente las del país, le conservan.

Temporal.—Mucha gente de campo y matadero llama así al derrote de los toros después de engendrar la cabezada. Es voz poco usada.

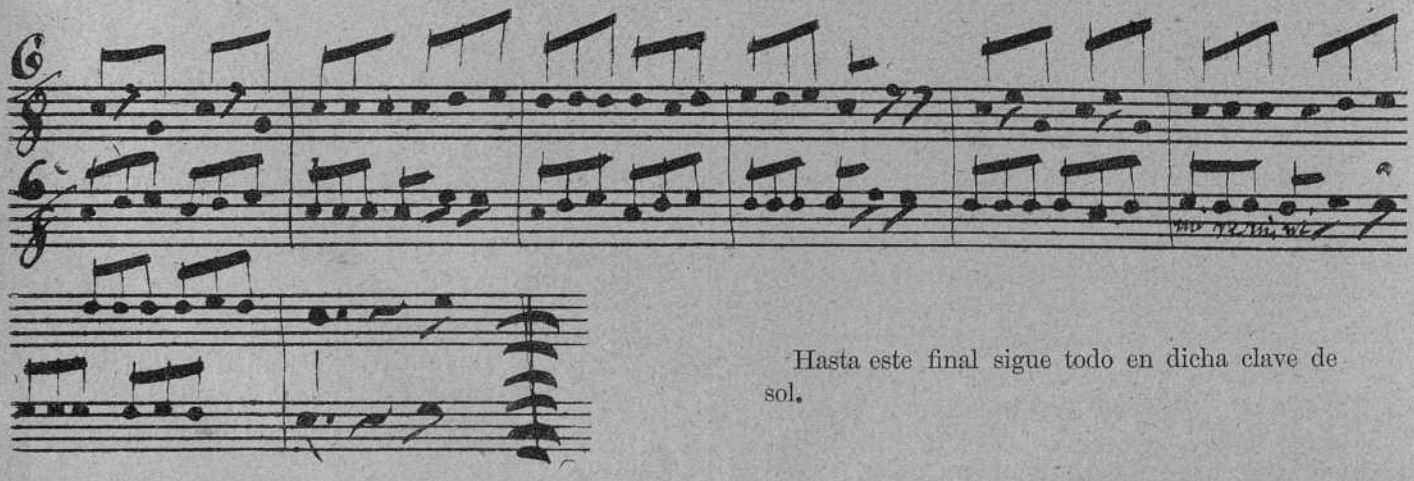
Timbales y clarines.—Con estos instrumentos musicales, usados desde tiempos muy remotos, se dan las señales en las plazas de toros para las salidas de cuadrillas, cambio de suertes, etc., obedeciendo las órdenes que por medio de pañuelos da la Presidencia, según va referido en el lugar correspondiente de este libro.

No en todas las plazas se usan dichos instrumentos; pues tanto en algunas provincias de España como en América, hacen las señales á veces con solo clarines ó cornetas, á veces con tambor y aun con tamboril y gaita, según el estilo de cada región. Lo clásico, si así puede llamarse, es el toque de clarines y timbales, como se acostumbra en Madrid, y que nos parece útil ó cuando menos curioso, dar á conocer. Hé aquí los diferentes tonos que se emplean, según los casos, y que conocen con exactitud los buenos aficionados, aunque no entiendan las notas musicales:

SALIDA DE ALGUACILES Y DESPEJO

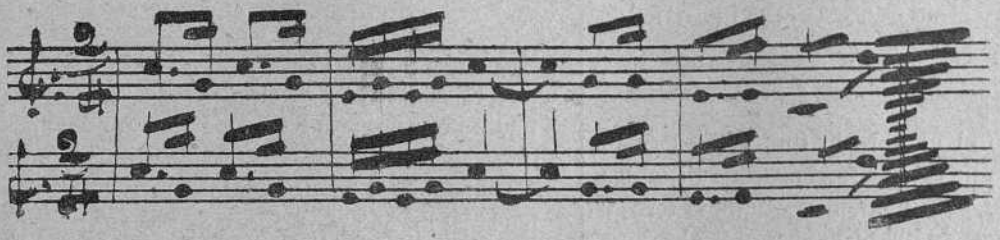


Depués de éste toque, y sin parar nada, continúa el siguiente hasta su final. (Todo en clave de sol.)

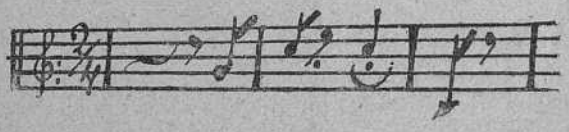


Hasta este final sigue todo en dicha clave de sol.

Salida del toro.—Este toque es igual para la muerte.



Á BANDERILLAS



Hay que advertir que cuando las banderillas son de fuego, es el toque enteramente igual al ordinario y común, y que para retirar al toro á los corrales, cuando el espada no ha podido darle muerte dentro del plazo reglamentario, no tocan los timbales ni clarines, como no tocaban antes para sacar los perros ni la media luna.

En sitio visible y frente al palco presidencial se colocan estos modestos funcionarios, acaso los únicos que en la plaza no son objeto de burlas ni censuras. El timbalero actual heredó de su abuelo el puesto y se llama Luis Cuesta; el primer clarín, León Blázquez, lleva más de catorce años desempeñando su puesto y también es muy antiguo en el suyo, el otro, Faustino Aparicio.

No podemos fijar con exactitud la fecha ó al menos la época en que empezaron á usarse los timbales y clarines en las plazas de toros, aunque nos inclinamos á creer que data lo menos del siglo XVI. En un romance del siglo XVII, que tal vez sea de D. Jerónimo Salas Barbadillo, recordamos haber leido:

> Redoblaron los timbales,
> y sonaron los clarines,
> se dió suelta al primer toro...»

Juan de Arguijo en su *Descripción de fiestas*, dice literalmente: «dió la ciudad doce toros para este regocijo y vistió sus trompetas ministriles y atabales» y sabido es que este buen poeta sevillano, contemporáneo de Lope de Vega, murió en 1620.

D. Nicolás Fernández Moratín, en sus famosas quintillas, tantas veces celebradas, describiendo la fiesta antigua de toros, menciona que

> Añafiles y atabales
> con militar armonía,
> hicieron salva y señales
> de mostrar su valentía
> los moros más principales.»

Covarrubias, en su *Tesoro*, dijo que «con los atabales andan juntas las trompetas, como con los atambores los pífanos» y el mismo autor menciona que los añafiles eran un género de trompeta de metal, pero que las de la casa Real eran de plata.

Y más recientes que esas autoridades, son las *Reglas ú Ordenanzas de la R. Maestranza de Sevilla*, en cuyo capítulo XI de la edición hecha en dicha ciudad en 1731 por el impresor Juan Francisco Blas de Quesada, se encomienda al *Diputado de timbales y clarines* que «cuide de prevenir en ellas (las plazas) aquellos marciales instrumentos que rompiendo con sus voces el aire, publican el sitio de la función.»

No titubeamos pues, con tales testimonios, en afirmar que los timbales y clarines, en las plazas de toros, son muy antiguos y tal vez anteriores al siglo XVI: pudiendo también asegurar que los toques que hoy se dan en la plaza de Madrid y que van antes indicados, son los mismos que se usan desde primeros de siglo ó tal vez antes.

Tender la suerte.—Es en el capeo y trasteo el acto de acercar al toro el trapo y extenderle para que llegue á jurisdicción, ó, lo que es lo mismo, el momento preliminar al de cargar la suerte.

Tenajero, Francisco.—En 1787 alternó como picador por primera vez en la plaza de Madrid á las órdenes de *Pepe Illo*. Nada hemos descubierto acerca de su mérito y demás circunstancias.

Tendido.—Es el sitio destinado al público en las plazas de toros, que, empezando en la barrera, sube en gradería ó escalones, siempre al descubierto, hasta las gradas cubiertas ó palcos que encima están situados. Suele llamarse al primer escalón más inmediato á la plaza ó callejón de la barrera, talanquera en unos pueblos y barrera en otros; al segundo, contrabarrera, y al más alto tabloncillo. Sobre este, y aun en algunas á su nivel, hay un ancho espacio que dicen rellano.

Tendilla, Conde de.—En la mayor parte de los libros de tauromaquia se hace mención de este caballero como muy diestro en la lidia de toros á caballo. Debió vivir en la época de Felipe IV.

Tenreiro, Francisco.—Al lado de buenos banderilleros llegará este chico á serlo, porque se ve en él buena disposición, voluntad y observación detenida y atenta. Con eso, y conque luego nos dé chasco...

Tercios.—Como el nombre lo indica, se llaman así los terrenos que están situados á una distancia de los tableros, próximamente igual á la tercera parte del diámetro de la plaza. Los picadores no deben avanzar de este sitio para ejecutar su suerte, porque el salir á los medios es muy expuesto y temerario, y á veces ahuyenta á los toros, especialmente si son abantos. Para poner banderillas es el mejor terreno, y bueno es también para la suerte de matar.

Terreno.—El del toro lo es siempre el de afuera, ó sea el que hay desde donde esté colocado hasta los medios de la plaza; el del torero, por el contrario, es el que media desde donde se halla el toro hasta los tableros. De manera que el sitio donde se ejecutan las suertes es el del centro de los terrenos; y sucede muchas veces que, habiéndose colado el toro, no tiene el torero más remedio, para librarse de una cogida, que cambiar los terrenos, haciendo un quiebro de cuerpo, ó con el engaño. Ocasiones hay, en que el torero sabiendo lo que se hace, cambia los terrenos en las suertes de banderillear y de matar, pero esto, que el diestro inteligente puede hacer con toros nobles y bravos, debe evitarlo con los de sentido y con los que cortan el terreno.

ESTOCADA Á UN TIEMPO. — MACÍAS

Terrón, José.—Es picador moderno, voluntario para el trabajo que no escatima, según afirman los que le han visto. Ya formaremos juicio cuando le veamos torear más de dos veces.

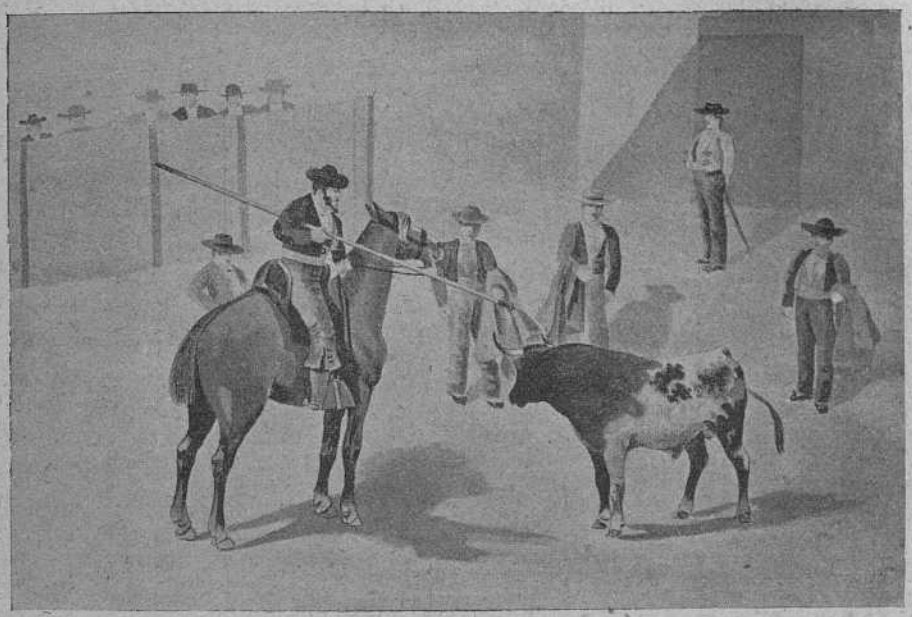
Teruel, José *(El Murciano).*—Todavía no es picador de toros de alternativa, pero trabaja en provincias y aun en Madrid alguna vez, con matadores novilleros de buena nota y no hace mal papel. Hay que apretar más.

Tévar, Manuel *(El Gordo).*—Es un espada granadino que empezó hace más de quince años, y que, según informes, era atrevido como el que más. No sabemos, si ha aprendido algo, al lado de quien ha sido; lo que si es cierto, que el mozo se quedó en embrión y que ya nadie se acuerda de él.

Tiempo (á un).—Este es uno de los nuevos nombres dados al modo de matar modernamente. Consiste en arrancar el torero y el toro, uno hacia el otro, precisamente al mismo tiempo, es decir, en el mismo instante; y como se comprende desde luego esto siempre tiene que suceder sin prepararlo ni pensarlo. Por lo demás, la suerte es *arrancando,* y á esta palabra remitimos á nuestros lectores; aunque conocemos que, siendo *á un tiempo,* el torero ha demostrado buenas dotes, sobre todo de serenidad, si no se ha echado fuera.

Tienta.—Llámase así á la prueba que de su bravura se hace en los becerros utreros y vacas de igual edad en las principales y mejor cuidadas ganaderías. Al efecto se les encierra en un local como en los herraderos, y luego se suelta uno al corral, que debe estar inmediato, donde hay un vaquero ó picador á caballo con garrocha ó vara de detener de puya corta, y un peón inteligente con capote

para defender al jinete y llamar hacia este á la res. Si por el número de varas que toma, porque recarga, ó porque de otro modo denota su bravura, queda el dueño satisfecho de él, le aparta para la lidia; si no, para el Matadero; y lo mismo se hace con las vacas, que no se reservan para madres más que á las bravas y de buen trapío. En Andalucía como en otros puntos así se verifica y también se suele hacer la tienta por *acoso*, en el campo sacando las reses del *rodeo*, acosándolas y



LA TIENTA. — MACÍAS

derribándoles las parejas ó *colleras*, y esperándola el tentador con garrocha y contra querencia, le pone una, dos ó más varas, según la bravura que el animal demuestra. Sucede muy frecuentemente que al ser pinchado por primera vez el becerro, vuelve la cara, y en este caso se le llama de nuevo á la suerte por algun capote, hasta ver si toma con coraje dos ó tres varas, en cuyo caso se ve que es suficiente su bravura. La res que toma todos los puyazos sin volverse huyendo, puede calificarse de primera clase, y la que no acude al cite ninguna vez, ó aunque tome el primer puyazo no quiere arrimarse más y huye constantemente, es tenida por mansa, no se la marca, y en muchas ganaderías se le corta una oreja, apartándola para servicios agrícolas, ó con destino al Matadero.

Tijera.—La suerte de capear de tijera, tijerilla ó á lo chatre, que de los tres modos se nombra, es sencilla y se practica colocándose el torero frente á la res, segun las reglas que hemos dicho para la verónica, pero cogida la capa con los brazos cruzados, de modo que si el toro ha de salir por el costado derecho, debe colocar aquél su brazo izquierdo sobre el otro, y si le da salida por la izquierda, es el brazo derecho el que debe estar encima. Se usa poco. El último que la ejecutó en Madrid fué Julián Casas.

Tinajero, Francisco *(El Granadino)*.—Este tenía fama de buen mozo y de buen jinete allá por los años de 1790 en adelante. Creemos trabajó con la cuadrilla dirigida por Pedro Romero.

Tinao.—Así llaman en Andalucía, á los corrales y establos cubiertos en donde recogen los bueyes, cabestros y ganado manso en determinadas ocasiones. No debe confundirse con los corrales cubiertos que hay en muchas plazas de toros para el ganado bravo destinado á la lidia.

Tinoco, José Vicente. — Banderillero portugués á principios de siglo, que cumplía y nada más. Murió en 1839.

Tinoco, Alfredo.—La biografía de tan notable caballero no es difícil hacerla porque su vida artística está llena de datos curiosos en gran número.

Para conocer que Tinoco es el torero más completo de cuantos han nacido en Portugal, bastaría decir que es el único que comenzó por donde el verdadero torero debe empezar.

Fué mozo de curro, forcado, neto, banderillero y cabalheiro Para completar su carrera artística le faltaba ser rejoneador de verdad y esa suerte la ejecutó en España ante el rey D. Alfonso XII como se verá más adelante.

Es, pues, un torero portugués *completo* y tiene las simpatías de todo el público lusitano, no solo por su inmejorable trabajo artístico, como por su modestia y brillante educación, que le vale ser recibido en casas de la primera sociedad de Lisboa.

Su elegancia natural, la manera en que cae á

caballo, su perfección en montar y su aspecto simpático, llenan la plaza y Tinoco recibe gran cosecha de aplausos siempre que trabaja.

Alfredo Tinoco recibió buena educación y sus padres, que eran ricos, le sujetaron los primeros años y le hicieron estudiar, pero el joven Alfredo dió muy temprano muestras de que le corría por las venas la verdadera sangre torera y siempre que podía salir de la escuela iba á las corridas de toros.

El marqués de Castello Melhor, conociendo la afición de Tinoco, le invitó á tomar parte en una corrida promovida por la «Comunissao Tauromachica Permanente» de que era presidente el marqués. Tinoco aceptó con gusto y apareció por primera vez en público en la plaza Campo de Santa Ana el día 14 de Agosto de 1873 actuando de *neto*

y el marqués de caballero. Terminada la corrida, el público y el propio marqués, aplaudieron al joven Alfredo por la manera valiente como estuvo en la plaza toda la tarde, porque el *neto* está siempre en el redondel á caballo y aguardando la orden del *Inteligente*.

Famoso estuvo después en una corrida en Cascaes como *mozo de forcado*, en 9 de Octubre de 1873 á favor de los pobres de aquella villa.

En 24 de Mayo de 1874 como banderillero en Campo de Santa Ana, corrida á favor de los heridos de la guerra de España, en la que también trabajó el marqués como caballero, la última vez.

En 1875 en Salvaterra de Magos, en beneficio de los pobres, como *mozo de forcado*.

En el mismo año en Lisboa en otro beneficio.

En el año siguiente debutó como caballero también en otro beneficio. Hasta 1880 tomó parte en todas las corridas de beneficencia, siempre con los primeros aficionados: unas veces como mozo de curro, otras como forcado y otras como caballero y banderillero.

Algunas tardes hubo, en que rejoneó, banderilleó y pegó ó hizo pegas á los toros.

En 1880 y mes de Mayo, estando en Madrid fué invitado para una corrida de convite para la aristocracia en los Campos Elíseos, en la cual presidía la duquesa de Huesca, hoy duquesa de Alba, corrida que fué gratuita y á la que asistió el representante portugués Sr. Conde de Casal Ribeiro, fallecido en Madrid en Julio de 1896. En esa corrida toreó Tinoco dos toros de Veragua, matando al primero al segundo rejón, lo que le valió una gran ovación y que el mismo día le invitase á comer á su casa el conde de Casal Ribeiro, banquete á que asistieron los demás representantes extranjeros En esta comida, el inteligente aficionado D. José Luis Albareda invitó á Tinoco á rejonear en la plaza grande de Madrid, pues S. M. D. Alfonso XII desconocía esta suerte; accedió gustoso y delante de muchos aficionados madrileños, rejoneó un veragüeño de cuatro años con singular acierto, lo que le valió grandes ovaciones y una rica petaca de oro con la corona real, con que le obsequió D. Alfonso y cuyo obsequio conserva en gran estima

Vuelto á Lisboa, toreó en el beneficio del fallecido caballero Antonio Monteiro, recibiendo muchos aplausos y no pocos regalos.

En la temporada de 1881, en 29 de Junio, la empresa de la plaza de Campo Santa Ana, agradecida á Tinoco por haber toreado en varias corridas en la plaza de Lisboa, organizó una en beneficio de Alfredo, en la que tomaron parte siete caballeros y se lidiaron catorce toros de Roquete, saliendo todos bravos; se distinguió el buen Alfredo por su valentía, arte y elegancia, lo mismo que al año siguiente cuando rejoneó en Badajoz un toro de la ganadería portuguesa de Roberto y hermano, recibiendo grandes aplausos de españoles y portugueses. En el misno año, entre otras, toreó en una corrida organizada por el *Tato* en Sevilla toreando un toro de Benjumea, con gran éxito.

Tinoco, entusiasmado con las ovaciones del pueblo español, organizó una corrida en Madrid en 4 de Noviembre de 1883, donde toreó con don Luis do Rego dos toros de Palha Blanco, ganadería hasta entonces desconocida en Madrid. *La Lidia* y otros periódicos, al reseñar la corrida, hicieron grandes y merecidos elogios de Tinoco y do Rego.

Más tarde toreó en Badajoz un toro de D. Caetano de Braganza y otro de Sheruy, recibiendo grandes ovaciones.

Tomó parte en la corrida organizada en Madrid por la Sociedad del «Gran Pensamiento» el año de 1887, rejoneando un toro de Hernández y otro de Benjumea, y en cuya fiesta fué herido gravemente el célebre é inolvidable *Frascuelo*.

En Agosto del siguiente año toreó en Badajoz toros salamanquinos de Carreros con igual éxito.

La fama de Tinoco se extendía por todas partes y siendo ya estrechos los límites de la Península ibérica, pasó á Francia, donde en la plaza de la Rue de Pergolesse, en París, fué contratado con motivo de la Exposición de 1889. Empezó su campaña taurina en 8 de Agosto y terminó en 1.º de Noviembre, toreando nada menos de 28 corridas, en las que consolidó su justa fama de excelente rejoneador y gran caballista, en términos que al año siguiente toreó en la misma plaza todas las corridas, en número de 43, toreando en ellas con gran aplauso enunión de *Lagartijo*, *Cara ancha*, Angel, Mazzantini y todas las notabilidades de toreros españoles.

Toreó después en la plaza de Lisboa y en la de Cintra donde recibió grande ovación de los portugueses, que llenaron la plaza para ver torear á su paisano.

Más tarde toreó en beneficio suyo un toro de Aleas, en compañía de do Rego, Fernando de Oliveira y Manuel Casimiro en la plaza de Lisboa y en Madrid en 1893 y poco después en Barcelona, obteniendo nuevos triunfos.

Tinoco, que sigue toreando con gran aceptación en Lisboa, ha inaugurado las plazas de Campo Pequeño (Lisboa), Rue de Pergolesse (París), Serra do Delas (Porto), Cintra, Portalegre y Figueira da Foz, y ávido de ovaciones y en condiciones ventajosísimas ha marchado en 1896 al Brasil y Montevideo.

Ha tenido siempre magníficos caballos de lidia y posee valiosos regalos de los reyes de España y Portugal, así como de sus muchos admiradores y amigos, en justo premio á su nunca bien ponderado trabajo.

Tinoco de Meneses, José.—Parece se ha retido ya del toreo, que abrazó con afición en 1876, este bravo banderillero portugués, cuya destreza era notable.

Tinza, Guiao Joaquín.—Excelente caballero rejoneador portugués, de los más inteligentes, y á quien el valor siempre acompaña. La cortedad de vista le perjudica en algunas ocasiones.

Tirado, Vicente.—Matador de toros que ejercía su profesión á principios del presente siglo en América. La plaza de Lima le vió torear en 1806. Era nacido en España.

Tirarse.—Luego que el espada, dados los pases convenientes, y armado con el estoque en puntería al sitio en que quiere clavarle, parte ó arranca á dar la estocada, se dice que *se tira*. Compréndese bien que esto no sucede nunca ni recibiendo ni aguantando.

Tirso de Molina.—No podemos resistir á la tentación de incluir en nuestro libro á tan distinguido autor, que en varias obras, y especialmente en *Marta la Piadosa*, hace brillantes descripciones de algunas suertes de toros. Usó el pseudónimo antedicho el P. Mercenario F. Gabriel Téllez, nació en Madrid en 1585. Filósofo, teólogo, historiador y poeta, entró en el claustro antes de 1620 y en 1645 fué elegido Comendador del convento de Soria, donde parece falleció en 1648.

Todo y Herrero, D. Mariano del.—De clara inteligencia, observador profundo, y modesto en mayor grado de lo que debiera, sabe siempre lo que dice y nunca dice más que lo que quiere. Concluída la carrera de jurisprudencia en Madrid,

donde nació (parroquia de San Sebastián) el 26 de Septiembre de 1855, marchó á Albacete y allí inauguró su carrera literaria fundando el periódico satírico *La Mar*; y luego en la corte ha colaborado en muchas publicaciones, al lado de firmas de primera nota, cultivando con gran éxito varios generos literarios, y sin desmerecer un punto de

los demás. Hasta en el *El clamor de la Patria* escribió muy concienzudamente las críticas musicales, llevado de su afición al arte de Orfeo. Usando unas veces el pseudónimo de *D. Cándido* otras el de *El tío Suave* y algunas el anagrama *Teodomiro Nadal*, desde el año de 1886, en que se dió á conocer en el periodismo taurino, ha adquirido un buen nombre como aficionado, y de ello son testigos cuantos han leído despacio las revistas y artículos que han insertado en sus columnas *La Lidia*, *El Toreo Cómico* y *El Sinapismo*. Su estilo es claro, su entonación vigorosa y su dicción correcta y delicada, sobresaliendo en la descripción de los sucesos y en las consideraciones acerca de los mismos.

Presta en el día sus servicios al Estado en uno de los más altos centros de la Administracion civil, con inteligencia y probidad desde hace más de catorce años: y es un formal y cumplido caballero, de reputación intachable.

Tojal, Vizconde do.—Buena figura y distinguidas maneras las de este caballero rejoneador portugués, que solo trabajaba por afición. La que á él sobra necesitan muchos del arte.

Toledano, D. José.—Caballero en plaza en las fiestas reales de 1833 cuando se juró en Madrid, como princesa de Asturias, á la reina doña Isabel II. Fué apadrinado por el Ayuntamiento.

Toledo Golfín, D. Nicolás.—Caballero español que en la plaza de Sevilla rejoneó toros en el año de 1830 delante de la corte del rey Felipe V, que le nombró su caballerizo.

Tolón, Francisco.—Un picador que murió hace bastantes años; que había nacido en Badajoz y allí, lo mismo que en Sevilla y Cáceres, tenía gran partido. Esto dice, poco más ó menos, el Sr. Cabañas en su libro *Badajoz taurino*.

Tomar.—Se dice cuando el torero, con la vara, capote ó muleta, espera y llama muy de cerca al toro, en cuyo caso se dirá que le «tomó muy corto»; y por el contrario, si se le llama á más distancia, se dirá que le «tomó de largo». También cuando el toro coge á un torero ó bulto embrocado, es decir, sin engancharle con los pitones, y le levanta en alto, se dice que le «tomó en la cabeza».

Tomás, José *(Lagares)*.—Desgraciado fué el banderillero de este mote; Dios quiera que no lo sea este muchacho que empieza á parear con más afición que arte, y más atrevimiento que inteligencia.

Topetada.—El golpe que con su testuz da el toro, sin herir ni tropezar con las astas. Se comprende que al objeto sobre que dé la topetada, ha de tomarle encunado forzosamente.

Torada.—La reuión en una dehesa ó sitio determinado de diferentes toros de más ó menos edad, pero de una misma ganadería, apacentados con los bueyes ó cabestros que les sirven de guía. Para conseguir la formación de una buena torada, ó sea la cria de toros de casta y de sangre, se necesitan reunir muchas circunstancias, siendo las principales inteligencia y desprendimiento; porque, como diceun escritor taurino, «el tener ganado bravo, más que negocio, es un lujo». Al mencionar en la palabra Divisa los colores que usan ó han usado las diferentes ganaderías y al designar éstas hemos hecho mención de los nombres de los ganaderos; todavía hay algunos de éstos no incluidos allí por ignorar los distintivos que para las mismas usaron, pero no se nos culpe por no haberlos incluído puesto que ha sido imposible obtener las noticias que les hemos reclamado. Después de todo, no son, las no incluidas, de tanta importancia por su crédito.

Toreador.—Segun el *Diccionario* de la Academia Española, se llama así al torero de á caballo. Podrá ser; pero nosotros hemos oido llamar siempre toreros á todos los lidiadores, tanto de á pie como de á caballo, y solo á los franceses hemos visto usar dicha palabra en sus escritos. Parécenos, con permiso de aquella ilustre Corporación, que torea dor podría llamarse al aficionado práctico que lidia toros por gusto, lo mismo á pie que á caballo, para distinguirle del torero de oficio; aun para este caso nos parece afrancesado el vocablo.

Torear.—Lidiar los toros en plaza ó sitio cerrado, corriéndolos para hacer con ellos suertes ya de capa y demás que se conocen de las de á pie, ya á caballo con rejón ó pica.

Toreo.—El ejercicio ó arte de torear, según la Academia. (Véase Arte.)

Torero.—«El que por oficio ó precio torea en las plazas», dice el *Diccionario* de la lengua Castellana.

—El lidiador de toros en coso ó plaza cerrada, con arreglo al arte. Debe tener indispensablemente *valor* sin temeridad, y ser prudente, tranquilo, confiado; *ligereza*, pero no aturdimiento ni vivacidad, que le impidan parar los piés cuando sea necesario; y un *perfecto conocimiento del arte*, que se adquiere estudiando prácticamente sus reglas al lado de diestros acreditados y experimentados. Cuando el torero es de buena estatura, bien formado y con bastantes fuerzas, tiene mucho adelantado, en igualdad de circunstancias, para sobresalir por el que carezca de aquellas dotes naturales. En los antiguos tiempos de barbarie fué considerado este oficio como vil. La Ley 10, título XVI, partida 3.ª, rechaza en juicio el testimonio de los que lidian por dinero con fieras bravas; la 4.ª, título VI, partida 7.ª, los cuenta entre los infames; y la 5.ª, título VII, partida 6.ª, señala como una de las causas de desheredamiento la de ser lidiador de reses bravas sin autorización de sus padres. La Iglesia tambien quiso inclinar la balanza de su peso contra los valientes lidiadores, y en 20 de Noviembre de 1567 el Papa San Pío V, fraile dominico italiano, que atizó los fuegos de la Inquisición, lanzó excomunión mayor contra los lidiadores, privándoles de sepultura eclesiástica en el caso de que muriesen toreando. Pero á pesar del miedo que tales penas imponian, aun á los menos timoratos, la afición prevaleció, los caballeros de Ordenes militares, todos los seglares y aun los clérigos, mostraban cada día mayor afición á aquel espectáculo; y viendo que algunos maestros de teología en Salamanca enseñaban que los clérigos, aunque fuesen de orden mayor, podían lícitamente concurrir á la fiesta de toros, el mismo Papa, obligado por la fuerza de la opinión, se vió en la precisión de volverse atrás, tolerando lo que no podía evitar. Poco después, en 1575, el Papa Gregorio XIII, que antes de serlo enseñó en Bolonia, su patria, jurisprudencia, compuso el Calendario que hoy tenemos, amaba las artes y embelleció á Roma con muchos y magníficos edificios, todo lo cual justifica su ilustración, levantó aquella excomunión solamente á los seglares y caballeros. Y por fin Clemente VIII, en 1596, lo alzó también para los clérigos no religiosos. Más tarde, el Papa Benedicto XIV, á instancia del rey Don Fernando VI, autorizó las corridas de toros, siempre que no se ejecutasen en días festivos y que se precaviese todo peligro de muerte ó vulneración, según consta en el libro XIII, capítulo XVII del *Sínodo Diocesano*. Desde entonces, y conforme la civilización ha ido abriéndose paso á través de tantas contrariedades y obstáculos como los que ha vencido y aún tiene que vencer, el lidiador ha ido ganando terreno en la consideración de todos sus conciudadanos, llegando el caso de buscar su amistad y compañía los más aristocráticos caballeros. Y no puede ser otra cosa, porque las rancias y ridículas preocupaciones caducaron, y hoy sólo se aprecia al hombre por sus buenas cualidades, sin atender á su origen. No crean nuestros lectores que solo el torero fué tratado antiguamente por las leyes como dejamos citado, que lo fueron, entre otras muchas clases dignas de consideración, la de los juglares y cómicos, á quienes se llamó farsantes, comprendiéndoles la Ley de desheredamiento 5.ª, título VII, partida 6.ª, la de los comerciantes que denominaron en varios casos otras leyes usureros, vagos y ladrones, y algunas más que, viles entonces, son hoy nobles y premiadas.

El torero es, generalmente hablando, valiente y esforzado, como buen español. Tiene excelentes cualidades y muchos defectos, como los tiene todo hombre, que nada es perfecto en lo humano: pero si el torero en sus primeros años ha tenido descuidada su educación, por haber quedado huérfano, por carácter díscolo, ó por otra causa de las que por lo común impulsan al hombre á seguir un mal camino, reforma notablemente sus inclinaciones, marchando hacia el bien, tan luego como llega á ser lidiador de toros. Es una larga experiencia la que demuestra la verdad de nuestra afirmación.

En ninguna clase de la sociedad, especialmente de las que salen de las más humildes, como sucede á la mayor parte de los toreros, hay menos delitos que penar, menos crímenes que castigar. Poquísimos lidiadores de toros se han visto procesados por robos, hurtos, estafas y demás que causan afrenta; y en cambio, ¡cuántas personas de mayor instrucción y de clase más elevada han ocupado plaza en los presidios! (1). Es verdad que los toreros sufren muchas veces ligeras correcciones por faltas leves, á que dan lugar su carácter, su genio y su temperamento, pero es que siendo por naturaleza bravos, no pueden consentir el más ligero insulto. No faltan á nadie, y no quieren que les falten; y en esto hacen bien: como el incienso, que en su alabanza queman sus apasionados aduladores, les marea, suelen ensoberbecerse, y muchas veces una crítica justa de sus actos les parece grave ofensa y atroz injuria.

La vanidad y el amor propio ciegan á cualquiera. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo á los toreros?

A pesar de eso, aunque son los menos, los hay dóciles y prudentes que sufren los desdenes del

(1) De quince mil nuevecientos sesenta y tres penados existentes en los presidios de España en Septiembre de 1878, solo se cuentan CINCO toreros; componiendo el resto hombres de ciencia, eclesiásticos, militares, jornaleros, etc.—(*Gaceta* del 26 de Octubre de 1878.)

público, y que con su excelente conducta y notable aplicación se abren paso y figuran al frente de los que ejercen su arte.

El torero es alegre, decidor y jaranero. Si es andaluz, se entusiasma oyendo una *soleá* ó cualquier canto *flamenco;* si madrileño, las *playeras* ó las *malagueñas* causan su mayor deleite. Y todos, olvidando sus azares y sus penas, se *jasen tiestos* por los incitantes pasos y actitudes de una *bailaora*, «retrepada y echada para atrás, con sus dares y tomares, altibajos en el cuerpo, cintura de anillo, pie de mentirijilla, pantorrilla de mucha verdad y de allí á los cielos», como dijo *El Solitario.*

Gusta el torero de montar buenos caballos, de bromas y francachelas, y por lo general de exhibirse mucho. Quiere que, al verle parado en una esquina diga la gente: «aquél es torero». Su deseo está más satisfecho si oye decir: «allí está Fulano»; porque entonces se supone, y así es, que ya es conocido como lidiador. Viste siempre con esmero y hasta con lujo. Su traje de diario es gracioso, esbelto, y hace al hombre simpático. Pantalón ajustado, chaqueta corta, pechera bordada, ricos botones y redondo calañés; bonito conjunto. Antes los picadores usaban calzón corto y botines bordados; hoy... se ha casi olvidado esta prenda característica, y aun aquel lujo.

En invierno, y puede decirse que la mayor parte del año, excepción hecha del riguroso calor, no suelta la capa. Capa rica, de costosos embozos y bordados, corta, escotada, á la andaluza, mejor dicho á la española, que, como hemos oido no sabemos donde, apenas les muerde los hombros, y la llevan tan segura como con dos escarpias, siguiendo todos sus movimientos con tanto desembarazo como la sombra al cuerpo.

Envidia la tienen los extranjeros, y con razón. No se parece la capa en nada al ferreruelo, talma, albornoz, carrik, ni otra prenda venida de *extranjis.* Es puramente española, que no saben llevar los de allende los Pirineos, y que, de los españoles, lleva mejor que nadie el torero. Donde este se presenta, adonde va, nadie paga *cañas* antes que el; su bolsillo es el primero que se abre y el último que se cierra; y si es jefe de cuadrilla, sus muchachos nunca pagan. Esto ha sucedido siempre, salvas poquísimas excepciones; y la verdad es que al torero que no ha sido así, no se le ha tenido por torero completo. Le ha faltado el *sic,* que dicen los franceses; la *sal,* que decimos los españoles.

Hoy, sin embargo, y sentimos decirlo, ese tipo va desapareciendo merced al influjo que las costumbres modernas, la mayor ilustración, el deseo de hacer fortuna y otras circunstancias harto conocidas han despertado en el torero. Desde que la sociedad, olvidando antiguas preocupaciones, se ha acercado á él considerándole, él se ha entrado en ella, adquiriendo sus vicios y virtudes, sus más refinados gustos y sus marcadísimos defectos. Hay ya toreros que pueden dar lecciones de cultura, y otros que, sin cuidarse del esmero en vestir que siempre tuvo *la clase,* son avarientos por el dinero para realizar una fortuna. Digna es de alabanza esa conducta, mientras se encierra dentro de los límites de la prudencia; pero nos vamos á permitir una pregunta: ¿no podrá influir en la buena ejecución de las suertes del toreo? El hombre culto, es decir, aquel que posee conocimientos de muy distinta índole á los de la tauromaquia, ¿hará por amor á ésta abstracción de aquellos en los momentos supremos de la lidia? Posible es que el pundonor, más desarrollado en la gente instruída, le lleve á ser valiente con la misma serenidad que á tomar una batería marcha el capitán de un ejército á quien se encomiende tan difícil misión; pero también su inteligencia clara ha de hacerle comprender hasta dónde llega el peligro; y lo mismo el instruído que el ignorante, si van á lidiar sólo por llenar sus arcas y sin entusiasmo, poco han de esmerarse en la lidia, á no ser que la emulación los aliente, los vítores les enciendan la sangre ó el bochorno excite su ira, que entonces no hay español alguno que tenga calma para el sufrimiento pasivo.

Es la difícil profesión del toreo la única tal vez que no se puede ejercer por obligación, ó sea por cumplimiento de un deber; se desempeña por afición, por amor, por el deseo innato en el hombre de hacer lo que otro no haga, por demostrar el valor que le conduce á desafiar el peligro, y cuando estos elementos unidos no acompañan al lidiador, no llega éste á la meta que el arte le marca, y se queda en medianía.

... .

El torero se apasiona fácilmente; es leal, y por lo mismo celoso y en algún tanto desconfiado; ama con delirio á su familia, y nunca pospone á ésta por amores pasajeros ni conquistas obligadas. Dicen por ahí, y no sabemos si es verdad, que á veces suelen verse compelidos á aceptar favores de elevadas damas, y ciertos públicos indicios así lo han hecho sospechar; pero la verdad, ¿quién la sabe?

Efecto de sus bromas y alegrías, han ocurrido con los toreros escenas graciosísimas y originales, y también alguna tristísima y de fatales consecuencias. No queremos citar más que muy ligeramente dos de estas últimas, y para ello trasladamos al lector á que busque en nuestro *Diccionario* los nombres de Ulloa y de Blanco (Manuel.)

De lances chistosos podríamos llenar un abultado volumen. Pero, ¿á qué decirlos, si no hay español que no haya oído, aunque sea por referencia, infinidad de casos graciosísimos, escenas deliciosas y dichos oportunísimos, que se atribuyen á los

toreros? Perderían indudablemente la gracia al referirlos nosotros; además de que no es adecuado á la índole de nuestro libro el relato de chascarrillos más ó menos inverosímiles.

Su genio, su carácter y la sociedad que frecuenta le hacen alegre y decidor. Nunca piensa en que el mismo día de su mejor francachela puede ser el último de su vida. Pero esto es raro, rarísimo, casi nunca sucede. La estadística arroja un dato irreprochable, contra el cual se estrellan las alharacas de nuestros contrarios. Cuarenta mil toros lidiados en la plaza vieja de Madrid no han causado más que ocho muertes de toreros. Es decir, uno por cada cinco mil. Sobran los comentarios.

Porque el arte le enseña á esquivar el peligro, el torero mira tranquilo cerca de sí al toro más feroz y de más pujanza que España cría. No conoce el miedo: Sorprende y admira que un hombre, jinete en un mal caballo, sin más arma que una vara cuyo remate lleva un hierro punzante de menos de una pulgada; y sin más defensa que su valor é inteligencia, espere tranquilo al animal de más potente fuerza y de más terribles armas, le incite, le obligue á acometer, y practicando bien la suerte, le *eche por delante;* y, como dice Zorrilla, la fiera entonces,

> herida en la cerviz, húyele y brama,
> y en grito universal rompe la gente.

Más aún.

¿Qué diría el que nunca hubiese presenciado una corrida y viese á un hombre delante del toro; solo, absolutamente solo, vistiendo ajustado traje de ligera seda, sin armadura que le preservase, únicamente con una capa al brazo, que al extenderla y llevarla de un lado á otro, buscada por la fiera, estando él

> ..... quieto, parado,
> con ánimo sereno, cual atleta
> seguro de vencer, y que esforzado
> con solo su saber, hiciese al toro
> morder la arena, débil, jadeante,
> rendido y sin poder y vacilante?

¿No se asombraría entusiasmado, sin darse cuenta de aquella sensación? ¿Es posible que haya quien vea esto sin sentir un estremecimiento de completo gozo, de terror, si se quiere, pero de admiración hacia el hombre que, sin preocuparse en lo más mínimo, casi indiferente, ha capeado ó pasado de muleta al toro, desafiando su ira, su pujanza y su coraje?

Pues bien, todavía esto no basta. Ni aun es suficiente que el torero sin capa, y solo, se vaya con dos cortos palos en las manos, se coloque frente al toro, ya de pie, ya *sentado en una silla,* le alegre con su voz y su actitud, parta la fiera de repente, se encuentren ambos precisamente en un mismo centro, y de este encuentro resulte que la inteligencia venza, como siempre, á la fuerza bruta, burlándola con solo un movimiento de cuerpo, y dejando clavados aquellos palos en la cerviz del toro, que sale rebramando en señal del dominio del hombre sobre el de los demás seres de la creación.

No basta, decimos; hay más aún. Hay la suerte suprema del toreo, la de matar un toro *recibiendo.* Veámosla. El valiente diestro se ha colocado frente al toro; cerca, muy cerca, á tres pasos de distancia á dos, á menos si es preciso. Ha pasado de muleta al toro en redondo tres ó cuatro veces, ha permanecido quieto, sin separar un pie de otro, girando sobre los talones lo puramente preciso para dar siempre la cara á la fiera, y esta ha pasado alrededor de aquel impávido lidiador, buscando con furia un objeto que destrozar, tras del rojo trapo que le engaña. En los círculos que describe el paño, húmedo por el resoplido del toro, hay algún flúido que electriza; aquellos pliegues despiden un vapor que se sube á la cabeza. El espectador que por primera vez lo ve, no puede apartar la vista, está asombrado, ensimismado.

El toro se para por fin sin acometer. El hombre se acerca más al toro; crece y se eleva su estatura en aquel momento, conociendo que le contempla un gentío inmenso, mudo al ver tal arrogancia, tiende la muleta, la lía, se perfila frente al testuz de la fiera, coloca su espada en recta dirección al punto en que quiere clavarla, junta sus pies y espera... Adelanta todavía un pie, alarga el brazo izquierdo en que ostenta el rojo trapo ya liado, provoca con su voz al toro, parte este rápido como un rayo, y al inclinar su cuello para herir con sus formidables armas, el hombre, inmóvil y sereno, deja que se le acerque, le hace torcer su ruta á favor de la muleta, clava en él su acerado estoque y el bravo animal se encoge, se tambalea y se desploma...

¡Que respire ya tranquilo el novel espectador, cuyo corazón no latía, oprimido por el terror! ¡Que diga si recuerda algún espectáculo que pueda emocionar, entusiasmar arrebatar tanto, con peligro más remoto que el de las corridas de toros, dadas las condiciones del lidiador! ¡Que manifieste el enemigo de estas donde hay hombre más bravo, más valiente y más inteligente, con su privilegiado instinto que el torero!

.....

El torero es noble en su comportamiento como el que más, demostrando en mil ocasiones que

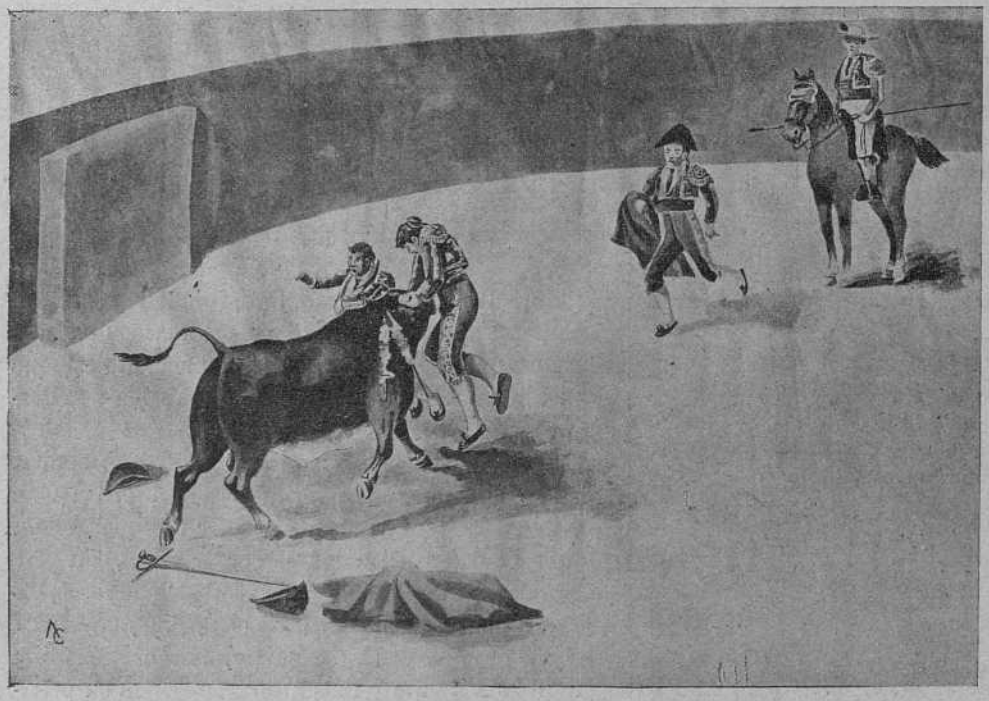
> no es noble quien noble nace,
> sino quien lo sabe ser.

¿Puede haber mayor nobleza que la de exponer

frecuentemente su vida en favor de sus semejantes.

Pues esto lo vemos todos los días. Infinitos casos pudiéramos referir de ello. No hay aficionado que ignore la memorable cogida que tuvo en la plaza de Madrid el célebre José Delgado *(Illo)*, el querido del pueblo, su ídolo entonces, el émulo, en fin, del gran Pedro Romero, el día 14 de Junio de 1788. Todos saben que *Pepe Illo*, desdeñando una advertencia de Romero arrancó á dar *volapié* á un toro de la ganadería de la condesa de Peñafiel, tuerto, de *sentido*, y con el hocico en tierra en aquel momento, en que sucedió lo que no podía menos de suceder. El simpático mozo fué enganchado y volteado, y, gracias al auxilio de su competidor Romero, no fué recogido. Romero no se contentó con desviar al toro del bulto, sino que, tomando en sus brazos al herido, le llevó inmediatamente al palco de la duquesa de Benavente para que le atendieran, y volviendo al redondel, se encaró con la fiera y la mató de una buena *recibiendo*.

El conocido matador Juan León, siendo discípulo y banderillero del aventajado *Curro Guillén*, ¿no se arrojó *materialmente* sobre las astas del toro que había cogido á este y le ocasionó la muerte,



HAZAÑA DE JUAN LEON.—**MACÍAS**

dándose el caso heróico, y sin ejemplo, de salir en su viaje la fiera con un hombre en cada cuerno?

Los picadores Sevilla, *Poquitopan*, Pinto y todos los de su época, ¿á quien deben su vida en muchos casos, más que á Francisco Montes? Y los de hoy, en su mayoría, ¿no fian más en el auxilio de los peones que en sus propias fuerzas?

¿Puede darse mayor prueba de hidalguía y nobleza que la demostrada por *Cúchares* y el *Chiclanero*, cuando, después de la célebre corrida en que ambos como enemigos se arrojaron al redondel estoque en mano á dar muerte á un toro, se auxiliaron pocos meses después mutuamente, con empeño, y concluyeron por abrazarse y darse la mano de amigos?

La cogida y muerte del desgraciado José Rodríguez *(Pepete)*, ¿no fué debida á la precipitación con que acudió á salvar del inminente riesgo en que se hallaba el picador Calderón? Despues, en la plaza de Valencia, al ser enganchado por un muslo un matador de los que figuraban como primeros, ¿no fué salvado de ser recogido de nuevo por otro primero también y más antiguo? ¿Puede olvidarse que aquel mismo espada, á su vez y por salvar á un compañero, sufrió gravísimas heridas que le tuvieron á las puertas de la muerte?

Pero, ¿á qué cansarnos, si está en la conciencia de todos cuanto llevamos dicho?

La historia, la novela y hasta la zarzuela se han encargado de divulgar el caritativo comportamiento del célebre *Pepe Illo*, que apadrinó y cuidó como hija propia á una niña abandonada por sus padres, y en nuestros días otro matador notabilísimo hizo lo mismo en el barrio de San Bernardo, de Sevilla, con otra criatura que, de igual modo abandonada, se encontró á la puerta de su casa. Por más que se diga en contra, actos tan caritativos y elevados enaltecen mucho á los toreros; y muchos personajes, llenos de pergaminos, no los practicarían tal vez, contentándose con pagar á un criado que llevase al expósito á la casa de Caridad ó asilo de los mismos.

No puede negarse, pues, que el torero posee en alto grado excelentes condiciones de honradez y nobleza. No es, como suponen los impugnadores de las corridas de toros, un sér despreciable en la sociedad. Cuando menos, como hombre, vale tanto como el que le vitupera: como honrado y generoso, vale más, mucho más.

Sus defectos, que ya hemos dicho que los tiene

y no pocos, son comunes á todos los hombres. Lo que le falta de instrucción, lo suple en parte el trato con personas de buena educación que frecuenta, y con cuya conversación aprende. ¡Si pudiera prescindir de la vanidad!

Toriles.—El espacio cerrado que existe entre los corrales y los chiqueros, y en el cual se hace la separación de los toros para encerrarlos en los chiqueros ó toriles por el orden en que han de ser lidiados. Debe estar rodeado y atravesado en su parte alta, de balconcillos, desde donde no sólo los aficionados presencian el apartado del ganado, sino que es desde donde también verifican aquella operación los vaqueros. Llámanse asimismo jaulones, y sus dimensiones deben ser de cinco á seis metros en cuadro, más bien más que menos.

Tornero, Mariano.—Natural de Madrid, donde nació, en el año de 1849. Murió en la plaza de San Roque el 3 de Agosto de 1885, á consecuencia de la cornada que le infirió el quinto toro de los seis que se lidiaron en la citada plaza y que pertenecían á D. Anastasio Martín. Este desgraciado accidente ocurrió al intentar Mariano sacar al toro de las tablas para que lo banderillease su compañero y paisano Galindo; el pobre Mariano se enredó en el capote, cayendo delante de la res, que haciendo por él, le introdujo el asta por debajo de la última costilla falsa del lado izquierdo, de cuyas resultas murió al día siguiente, en aguas de Algeciras y abordo del vapor inglés *James Haynes*, que le conducía á Cádiz.

El diestro que nos ocupa, banderilleó al toro de Veragua, llamado *Miranda*, último lidiado en la plaza de Madrid vieja, el 16 de Agosto de 1874.

Figuró sin puesto fijo en algunas cuadrillas, cumpliendo bien su cometido.

Al ocurrir su muerte figuraba ya, de asiento, en la de Juan Ruiz *(Lagartija)*.

En la vida particular tenía excelente trato. Era muy aficionado á la música y asiduo concurrente al paraíso del teatro Real.

Toro, D. Fernando. — Era á fines del siglo pasado uno de los más diestros aficionados al toreo, que se distinguía en picar toros con garrocha. Goya le dibujó en su famosa colección de láminas grabadas al agua fuerte.

Toro.—Animal cuadrúpedo, mamífero, correspondiente al orden de los rumiantes: vive de yerbas y forrajes de toda clase, y su corpulencia, lo mismo que su fuerza muscular, son muy grandes. Su carne es muy buena para la alimentación, y su vida no pasa generalmente de quince años, estando en todo el rigor de su fuerza de cuatro á ocho de edad. Para la lidia no deben emplearse toros de menos de cuatro años ni de más de siete, advirtiendo que sólo una vez deben lidiarse, porque si no aprenden mucho, hacen por el bulto y suelen ser de sentido. Ha de procurarse que no tengan defectos los destinados á las plazas, admitiéndose únicamente en algunos casos á los tuertos y á los mal armados; que, á ser posible, sean de ganadería acreditada, tentados á su tiempo, y se hallen en buen estado de carnes. Lo mismo que á otros cuadrúpedos, se puede conocer la edad de los toros por los dientes, porque cumplidos los nueve meses mudan los de delante, echando otros más grandes y blancos; seis meses después se les caen los de los lados, y cuando tienen tres años se les caen los incisivos y echan otros que igualan á los blancos y largos que ya tienen, los cuales se les ponen amarillos y feos á los seis años. Conócese también la edad del toro en sus astas, de las que se separa á los tres años, por la parte del pitón ó punta, una delgada lámina que se hiende en toda su longitud y cae á la menor frotación, sucediendo que cerca del nacimiento del cuerno se forma una especie de rodete ó anillo; y como esto ocurre en cada uno de los años sucesivos, las astas marcan la edad perfectamente, puesto que, á contar desde el primer anillo, que representa tres años, tantos cuantos sean los anillos, otros tantos años tendrá el toro. Cuando tienen un año se llama á los becerros *añojos*, *erales* á los de dos, *utreros* á los de tres, *cuatreño* al de cuatro y *quinqueño* al de cinco; siendo costumbre muy admitida entre ganaderos y gente de campo contar la edad por los años de yerbas en que los toros han pastado.

El *toro de lidia* ha de tener cabeza medianamente voluminosa; algo acarnerada, pero no estrecha; antes al contrario, debe ser ancho el testuz en proporción á la misma; hocico pequeño; ojo saliente, vivo y brillante; cuernos bien colocados, ni muy altos ni muy bajos, ni estrechos ni anchos en demasía; verdinegros y *no blancos*; oreja pequeña y muy movible; cuello flexible corto y redondo; pecho no muy ancho y profundo; vientre *recogido*; ancas ligeramente elevadas; dorso marcado pero lleno; lomos rectos; cola alta, fina y prolongada hasta pasar los corvejones; extremidades anteriores, ó sean los brazos rectos y *delgados*; las posteriores casi rectas; los *corvejones bien pronunciados*; las cuartillas de los cuatro remos más bien largas que cortas; pezuñas casi redondas, *recogidas*, bien hendidas, elásticas y del color de los cuernos *muy oscuros ó negras*, buenos aplomos y los órganos de la generación normalmente constituídos y bien desarrollados, y en cuanto al color de la piel ó capa,

siempre aparecerá más agradable á la vista el obscuro que el claro, y el berrendo que el sardo, salinero, etc.

Un toro de esas condiciones en completa libertad dentro del circo, donde los rayos del sol sobre su piel la hagan aparecer fina y brillante como la de un buen caballo limpio con bruza y cepillo, rara vez es manso; un toro así, de movimientos rápidos, enérgicos y muy desenvueltos, con los órganos de sus sentidos muy desarrollados, especialmente los de la *vista* y *el oído*, es un ejemplar magnífico cuya presencia en el redondel excita la admiración de los espectadores, haciéndoles concebir desde el primer momento esperanzas de su bravura. Hasta los más refractarios á nuestra incomparable fiesta no pueden ocultar su asombro al contemplarle, al observar su gallardía y arrogancia y al considerar que sólo en España y nada más que en nuestro privilegiado suelo se crían al aire libre esos ejemplares tan hermosos, tan fieros y tan valientes como nobles.

El toro es la fiera más noble que se conoce.

Su valentía, su bravura y el conocimiento que tiene de su poder, son los que le impelen á embestir; pero no tiene la traidora intención del tigre, ni el sanguinario instinto de panteras, chacales y hienas, ni acomete á su contrario por devorarle.

El toro, sea pequeño ó grande el objeto que se le ponga delante, bien aturda como la locomotora con su silbido, bien se mueva lenta ó rápidamente como el elefante ó el caballo lo ejecutan, arremete sin tener para nada en cuenta el peligro que para él pueda existir, porque lo ignora.

Las demás fieras se ocultan, se encorvan, saltan y, si pueden, acometen por detrás ó por donde menos peligro creen hay para ellas.

Por eso al toro es fácil lidiarle: siempre ejecuta, con corta diferencia, los mismos movimientos, embistiendo de frente. El hombre los ha estudiado y ha comprendido que, siendo tan valiente como el toro y venciendo á éste en inteligencia, podía burlar su fiereza y dominarle.

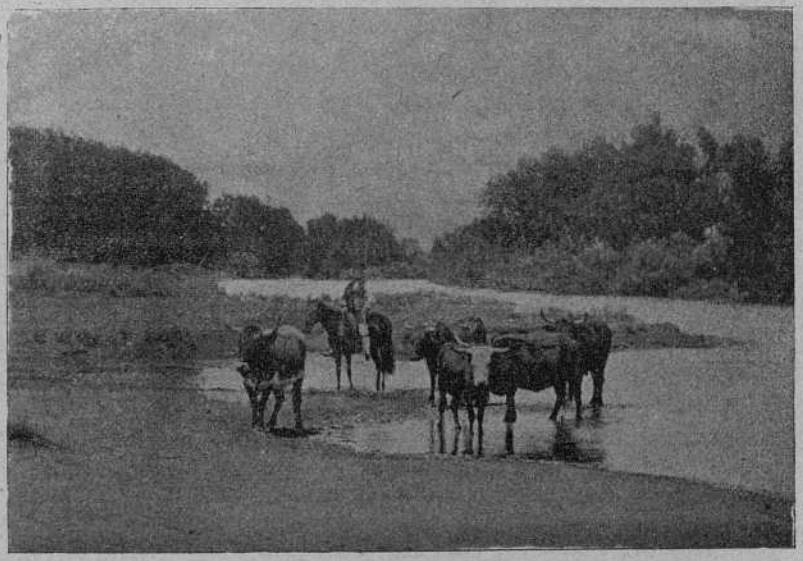
Es tan noble y tan sencillo el toro, que con sólo un objeto que se le interponga entre el bulto á quien se dirige, acude á aquél y deja libre al último. Un ligero movimiento de cuerpo, llámese *cuarteo*, *quiebro*, etc., basta para que el hombre se salve, evitando la cabezada: para esto no es bastante querer, es necesario poder, y este poder sólo puede adquirirse por el que tenga valor á toda prueba y una gran dosis de serenidad.

Y aquí vuelve á observarse la sencillez noble del toro. El hombre le trae y lleva á su antojo por donde quiere, sin atarle, sin encerrarle ni sujetarle de ningún modo. Cualquier otra clase de fiera, por domesticada que estuviera, habría necesidad de amarrarla ó meterla en fuerte jaula.

Desde que nace el toro hasta que muere goza de completa libertad; pero el ganadero tiene que gastar buenas sumas en atenderle para su alimentación y crianza, á no ser que le destine al matadero, porque, inútil para la lidia, tenga que renunciar á sacar de él un producto que en otro caso sería quintuplicado. Todo cuidado es poco para con él.

No basta proporcionarle buenos pastos; necesita además otras muchas cosas, y no es la menor la de una buena dirección por parte del mayoral y pastores, para apartarle á tiempo de otras reses mayores ó picadas que puedan perjudicarle, de malos terrenos, de aguas nocivas, etc., etc.

Hay que separar á tiempo á los becerros de las madres; hay que ejecutar en la dehesa con el ganado faenas para cuya ejecución tienen época determinada, pues nadie mejor para disponerla que el hombre de campo, el mayoral, que ni siquiera un día ha perdido de vista la torada. Él ordena perfectamente cuanto conduce al fin apetecido. En su puesto está cada uno de los vaqueros, los zagales ocupan el suyo, y los cabestreros reparten y guían el cabestraje como debe ser, y todo esto cuesta mucho.



No es posible calcular los malos ratos, los disgustos y los contratiempos que experimenta un ganadero criador de toros cuando forma empeño en presentar reses bravas, de buen trapío y pinta. Desde luego estas contrariedades llegan á hacerse poco menos que imposibles de vencer, si el dueño de la vacada es hombre de pocos recursos relati-

vamente, puesto que, además de los inconvenientes, gabelas y tributos que pesan sobre toda clase de ganados, y teniendo en cuenta el poco apoyo, casi diríamos ninguna protección, que se presta á tan importante ramo de la riqueza pública, puede tener por seguro que una gran parte, más de la mitad, de los becerros que al año tenga, ó han de ser inútiles para la lidia desde luego, ó han de quedarlo más tarde, cuando verifique la tienta y consiguiente herradero.

Unos becerros nacen defectuosos; otros pierden á poco tiempo la vista por efecto de pajazos, ó sea herida que se causan con cualquier maleza en el campo. Otros, que tal vez serían por su bravura de buenas condiciones para la lidia, salen *cubetos,* ó de otro modo, mal encornados. Otros, de buenas circunstancias al parecer, resultan en la tienta huidos ó cobardes, y hay que desecharlos. Otros, ya escogidos y apartados como buenos y como bravos, son corneados, lisiados y á veces muertos por sus hermanos. Otros, por fin, enferman, se *despitorran* ó quedan mogones. Y además de las expresadas hay otras infinitas causas que merman considerablemente la cría anual. De modo que hasta llegar á cierta altura, hasta conseguir hacer la ganadería de alguna importancia, más bien cuesta gastos y desembolsos que produce utilidades.

Siempre se ha tenido, por lo tanto, como axioma evidente que no debe ser dueño de torada el que no sea rico. Los conocedores que están al frente de las vacadas, los mayorales, los pastores, esa gente de campo, en fin, de la que han salido sin disputa los mejores picadores de toros que se han conocido en España, tienen por precisión que estar bien pagados (y no lo están tanto como debieran), porque, además del trabajo personal que prestan y del conocimiento de las reses que debe adornarles, llegan á encariñarse de tal manera con ellas, que á veces un toro bravo ha acudido mansamente á la llamada del mayoral, y hasta se ha dejado acariciar por él.

Ahora bien: ¿son preferibles los toros de ganaderías bastas, á los que han llegado á ser afinados por el cuidado y el esmero en ellos empleado? O de otro modo: ¿tienen mejores condiciones para la lidia los primeros que los segundos?

Cuestión es ésta que ha ocasionado más de una vez fuertes polémicas entre los aficionados, y que ha quedado sin resolver, porque cada uno ha insistido en su opinión, apasionada siempre, como lo son todas las de los taurómacos intransigentes.

Es indudable, y en esto se apoyan algunos, que el toro criado en un bosque ó en una sierra conserva más fiereza, aunque no tenga tanta pujanza, que el que pasta en buenas dehesas. Casos ha habido en que esta clase de toros, que pudiéramos llamar salvajes, ha puesto en grave aprieto á los lidiadores. Sus movimientos son más rápidos, se revuelven sobre los cuartos traseros con gran facilidad y mayor prontitud, y su carrera es muy veloz. Excusado es decir que todo esto contribuye á causar mayor espanto, y precisamente por esto mismo creemos nosotros que son preferibles los toros que, además de ser de casta conocida, están perfectamente cuidados y atendidos.

Verdad es que no son tan ligeros ni saltarines como los otros, pero tienen agilidad más que suficiente para la lidia: son menos furiosos, pero no menos bravos; su fuerza y su poder son mayores, y no hay que poner en duda que su nobleza al acometer no tiene punto de comparación con la de aquéllos.

Todo en el supuesto de que en la dehesa, cerca ó soto donde se alimentan, no se les enseñe á embestir á objeto determinado con que se les engañe y sobre el cual aprendan lo que no deben saber. Porque, si hemos de dar crédito á lo que hace muchos años hemos oído, ganadero hubo que para que sus toros sobresalieran en los circos, los enseñaba antes en el campo á acometer peleles ó dominguillos. Hoy nos complacemos en asegurar que no hay nadie que observe tan criminal conducta, que no hay palabras con que vituperar.

Es, pues, indudable que el toro de casta acreditada, el toro para con el cual el dueño ha gastado dinero, tanto procurándole buenos pastos, como dándole la crianza que la práctica aconseja, es preferible al que ni ha tenido semejantes cuidados, ni se ha criado con el regalo que el otro.

En lo que sí tienen especial esmero muchos ganaderos, y en ello hacen muy bien, es en el cruzamiento de las castas, de lo cual tratamos en la palabra Crianza.

Torralva, Mariano *(Dientes).*— Ese apodo le llevó el buen picador de toros Pepe Calderón. Podríamos darnos por muy contentos con que imitase á éste en unirse bien al caballo y en apretar dónde y como se debe. Para algo tienen morrillo los toros.

Torre, Juan José de la.—Notable banderillero hace ya más de cien años, contemporáneo de los Romeros y *Pepe Illo.* También mató toros en diferentes plazas, tanto que en 1790 estuvo ajustado en Madrid de media espada.

Torre, Atenógenes de la.—Creemos que este picador de toros es americano. Allí trabaja en buenas cuadrillas, pero en España no es conocido.

Torrecuella, Marqués de.—Uno de los más distinguidos aficionados prácticos que en Andalucía se han conocido en la segunda mitad del presente siglo.

Torres, José *(Torrecilla.)*—Banderillero notable, discípulo de la escuela de tauromaquia de Sevilla. Qué se hizo de él después de marchar á Montevideo en 1836 con Manuel Domínguez, no hemos podido averiguarlo.

Torres, D. Diego de.—Distinguido caballero que durante el reinado de Carlos II escribió de toros con acierto, dando reglas para lidiarlos á caballo. Su libro no parece, aunque se dice era de los mejores, atendida la época.

Torres, Silvestre *(El Fraile.)*—Lució bastante como banderillero y buen peón en el pasado siglo; no sabemos positivamente, aunque nos inclinamos á creerlo así, que es el llamado *el Fraile del Rastro* de quien habla *Pepe-Illo* en su *Tauromaquia*.

Torres, Juan Antonio *(El Pescadero.)*—Por afición, más que por otra cosa, fué picador de toros, y cumplió bastante regularmente. Después de retirarse fundó, con otros inteligentes aficionados en 1850 la brillante Sociedad taurómaca de Madrid llamada *del Jardinillo*. Fué hombre serio y muy formal en sus tratos.

Torres, Francisco *(El Loro)*—Banderillero de la cuadrilla de Francisco Arjona Herrera *(Cúchares)*, que cumplía y tenía buenos deseos, pero nada más.

Torres, Francisco *(Toncinho)*.—Valía poco este banderillero portugués, que después de torear por espacio de veinticuatro años, murió en 1889.

Torres, Francisco *(Chesín)*.—Natural de Madrid, en cuya parroquia de San Ginés fue bautizado el año de 1838. Era uno de los mejorcitos banderilleros que se presentan en el redondel. Compuesto y fino en su arte, tomó bien las lecciones de Muñiz, y hubiera sido uno de los más buscados, si una grave enfermedad no le hubiese privado de la existencia el viernes 7 de Julio de 1872 á las seis de la tarde. Está enterrado, con su esposa, en el cementerio de la sacramental de San Justo y San Miguel, patio primero, sepultura número 410.

Torres, Roque.—Fue un banderillero regular, sabiendo más que practicando, pero nunca tan fino como su hermano el *Chesín*. Dejó de ser torero para volver á su oficio de sastre; por cierto que una de las prendas que estrenó el desgraciado José Rodríguez *(Pepete)* el día de su muerte, la había construído Roque, y la poseía el distinguido aficionado don José Carmona, al cual se la había cedido el marqués de Villaseca.

Torres, Francisco.—Banderillero sevillano á quien no hemos conocido y que despues de torear en varias plazas de América, y en la llamada de Colón, con el *Mestizo*, fué muerto á consecuencia de la cogida que tuvo el 27 de Mayo de 1888 en la plaza de México por el cuarto toro de la hacienda de la Canaleja, al prepararse á matarle y antes de desliar la muleta, sufriendo una herida que le produjo la muerte el día 30 del mismo mes.

Torres, D. J. V.—Distinguido aficionado mexicano, que, con el pseudónimo de *D. Gertrudis*, ha escrito de asuntos taurinos, con notable conocimiento de ellos, en el periódico *El Estandarte* de San Luis de Potosí. Su lenguaje es fácil y correcto, y en él hace gala frecuentemente de su viva imaginación y talento.

Torres, Andrés *(Tragabalas)*.—Hace unos cuarenta años trabajó en Madrid este muchacho en clase de banderillero con muy buena voluntad. Era ágil y quería ser algo, pero murió antes de conquistarse un nombre.

Torres, Emilio *(Bombita)*.—Nació en Tomares, pueblo de la provincia de Sevilla, el día 28 de Noviembre de 1874, y es hijo de los propietarios en aquel D. Manuel Torres Navarro y Doña Rosalía Reina Campomanes.

Decir cómo se desarrolló en él la afición al toreo, sería repetir lo que de tantos otros se ha referido, porque en todos los hijos de España es innata: y mucho más en los que han tenido la suerte de nacer en la tierra de María Santísima, donde hombres y mujeres, desde que empiezan á articular palabras no hablan más que de toros, acosos, tientas, encierros y capeas. Así que, asistiendo el muchacho frecuentemente á esas diversiones y entusiasmado con el buen éxito que en ellas tuvo, hízose torero cuando aún no le apuntaba el bozo, y asombró á los sevillanos, que, pródigos como son en elogios á sus paisanos, vieron en él un valiente, que ni temía ni debía ante los toros y

no era completamente un ignorante de los muchos que hay, que fían á la Providencia el éxito de las suertes. Corrió su fama y llegó á Madrid: y en el invierno de 1892, cuando se presentó en una novillada por primera vez (¡tenía 18 años!) nos dejó perplejos, sin atrevernos á formar juicio, ni siquiera esperanzas de que llegase á vivir muchos años; tal era su descarado atrevimiento. Hubo quien le tachó de loco, de suicida y aun de envidioso, porque á nadie dejaba hacer, en todo se metía, todo lo imitaba fuese bueno, fuese malo; y el constante movimiento de su persona, su infatigable actividad, su viveza y sus buenos deseos, fueron objeto de fuertes censuras unas veces y de aplausos inconscientes otras, puesto que eran tributados *al efecto* que producía su temerario valor.

Pasó el tiempo; lejos de abandonarse trabajó cada vez con más ahinco, remedió sus defectos y fué adelantando hasta el punto de llamar la atención de los inteligentes su constante espíritu de observación y de imitación, en que siempre ha tenido el buen criterio de asemejarse á lo mejor de los demás lidiadores de fama. Tomó de Mazzantini el difícil y artístico modo de entrar á los quites con desprecio de su vida; de Guerra la manera de esquivar la cabezada de los toros valiéndose de su agilidad serena; de Reverte la quietud de piés, y de otros lo que cada uno tiene como especialidad; y cuando llegó á tomar la alternativa en la *Universidad* madrileña de manos de Rafael Guerra, el día 27 de Junio de 1894, contaba ya con el beneplácito y aceptación de todos los entendidos, que vieron con gusto los visibles adelantos del mancebo.

Ahora, lo mismo que antes, cada vez que oye los aplausos que se dan á cualquier compañero se siente estimulado á hacer lo que otro hizo, y lo intenta y lo concluye bien, casi siempre, distinguiéndose en el trasteo y preparación de las reses para la última suerte, que practica con verdadero arte, quieto, parado, con mucha vista y oportunidad.

¿Es esto decir que la suerte de matar á volapié ó arrancando, la practique á la perfección? No; que en el momento de entrar á herir *da miedo*, porque no da tan bien como quisiéramos la salida con la mano izquierda á los toros; y á los matadores, que como él, van muy por derecho, sin despegarse bien con la muleta á la fiera, suele esta despegarlos con fatales consecuencias. Ha adelantado algo en este juego de quiebro del trapo rojo y hace la cruz de brazos indispensable á dicho fin, pero *no baja* la siniestra mano todo lo suficiente á conseguir la completa humillación de la cabeza de la res, que no guiada al terreno de abajo, sino al de fuera nada más, lleva la cabeza más alta de lo conveniente, y de ahí que muchas veces se lleve en las astas los cordoncillos y alamares de la chaquetilla, y haya temor de mayores desavíos. Defecto es ese que puede corregir fácilmente, al mismo tiempo que adquiera en algunos momentos la seriedad que sus años no le permiten todavía.

Bombita no pasará por el toreo como un meteoro; dejará nombre. ¡Quiera el cielo concedérsele como á Pedro Romero y no como á *Pepe Illo!*

En su mano está no buscar aciagos accidentes. Mejor que el estilo del segundo, siga la escuela del primero, y si quiere sobreponerse á cuantos hoy torean, ya que su voluntad es grande, practique la hermosa y suprema suerte de recibir, sin ejecutar la cual no hay matador de toros completo en el arte. En otro caso, será menos, mucho menos, que Redondo, Cayetano, *Frascuelo* y algún otro lidiador, de los que desde mediados de este siglo han esperado á las reses á pie quieto, y quedará al ni-

vel de esas celebridades á quienes siempre podrá ponérseles esa tacha.

Dicen que este muchacho es dócil y escucha con atención los consejos de sus amigos; si así es, á estos toca imbuirle esa idea, con persistencia, hasta que la realice, y entonces bien podrá decir *Bombita* ¿hay alguien que tan alto raye?

Torres, Ricardo.—No es fácil juzgar acerca de lo que no se ha visto. Dicen que maneja bien la mano izquierda, que se adorna mucho, que parea con gracia y que mata valientemente. Si eso es cierto no hay duda de que podrá llegar, cuando menos, adonde ha llegado su hermano Emilio; y eso ya es algo, que él debe hacer se cumpla, estudiando sobre el terreno y no desmayando por muchas que sean las contrariedades que se le presenten.

Torres, Miguel *(Colorín).*—Es un matador de toros en novilladas que ha actuado durante bastante tiempo en cuadrillas de niños.

Torres, Branco.—Banderillero portugués muy adelantado, que si corrige el vicio de precipitarse será de los que aprecian de veras los aficionados.

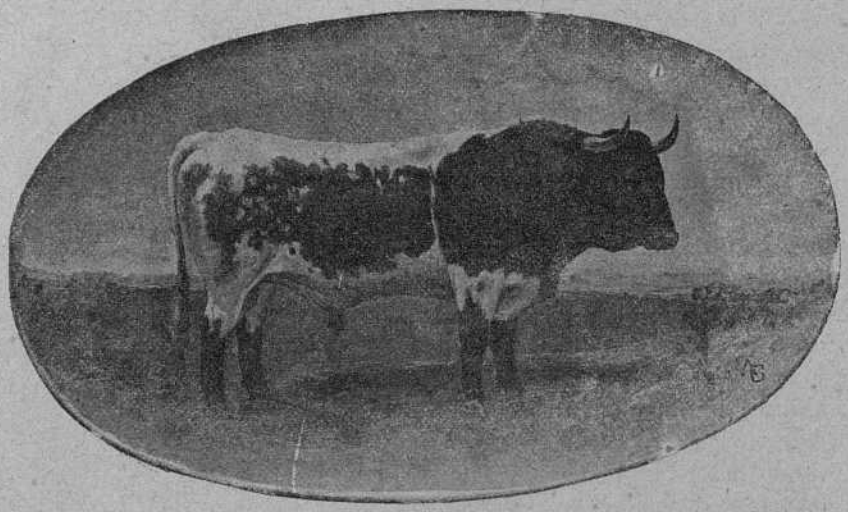
Torrijos, José *(Pepín).*—Regular banderillero y mejor puntillero que otros que trabajan más á menudo. Fresco y muy aprovechado, descuella entre sus compañeros de segundo orden. Ha ido adelantando paso á paso, hasta llegar á formar parte, como cachetero, en la cuadrilla de Rafael Molina *(Lagartijo).*

Torrijos, Diego *(Pepín chico).*—Hijo del anterior, que también se dedica á puntillero, y no sabemos si de ahí pasará á ser torero, que tiene mucha afición, aunque es muy joven. Alguna vez ha matado en plazas de tercer orden y dicen que lo ha hecho bien. No le hemos visto.

Torrijos, Francisco.—Hermano del anterior, También se dedica al arte de torear. Hace lo que puede con el capote y las banderillas, y no decimos lo que sabe, porque sabe poco, pero tiene mucho tiempo por delante y grande afición.

Torrijos, Luis.—Picador de toros, de pocas pretensiones y también de pocas facultades. Ha fallecido el pobre hace unos veinte años, y esto nos excusa hablar más de un torero de tan escasa significación.

Toruno.—Fué el primer toro que estrenó la plaz nueva de Madrid el 4 de Septiembre de 1874 en que se inauguró. Pertenecía á la ganadería del Excelentísimo señor duque de Veragua, vecino de esta corte, divisa encarnada y blanca, y era berrendo en negro, botinero buen mozo y bien armado. Villaverde fué el primero que le echó la capa, el *Chuchi* el que puso la primera vara, Curro Calderon el que cayó al suelo en primer lugar, Mariano Antón clavó el primer par de banderillas, y Fuentes *(Bocanegra)* el que primero mató en dicha plaza. *Lagartijo* fue de los de á pie el que primero rodó por el suelo; y dicho toro fué, por fin, el primero que saltó la barrera.



«TORUNO», DE VERAGUA

Tostado.—Usaron esta voz, á principios de siglo, algunos ganaderos para calificar la pinta del toro castaño obscuro más que la del retinto obscuro.

Totobío.—Toro de la ganadería de D. José Ginés, vecino de Santa Elena, provincia de Jaén, que fué corrido en la plaza de Valdepeñas el día 15 de Junio de 1876. Era retinto, aldinegro, bien armado y muy ligero; tanto, que saltó al tendido de sombra, donde causó mil destrozos; volvió á la plaza, y segunda vez saltó al tendido, y de allí pasó á los palcos, rompiendo barandillas y asientos, y causando la alarma y pánico que pueden presumirse. Dicen que mató á un niño, hirió á dos dependien-

tes de la autoridad, rompió muchos brazos y piernas, y causó muchas descalabraduras, habiendo sido sangradas más de doscientas personas.

Traidor.—Un toro llamado así mató, hará unos 25 años en la plaza del Ronquillo, pueblo pequeño del partido de Sanlúcar la Mayor, en la provincia de Sevilla, al banderillero y matador sin alternativa Ricardo Osed *(El Madrileño)*, hermano de Agustín, de quien nos ocupamos en el lugar correspondiente. Ricardo fué valiente y atrevido, llegando á adquirir bastantes conocimientos cuando figuró en la cuadrilla de Manuel Carmona.

Tranquillo.—«Se dice así para expresar que no sabe esta ó la otra suerte; v. g., ha cogido el tranquillo á la capa, á los recortes etc.» Esa es la definición que á la palabra da *Pepe Illo* y vamos á explicarla porque bien lo necesita. Ni en el *Diccionario* de la Academia ni en otros se ve esa voz y sí la de *tranquilla*, que significa especie artificiosa ó engañosa, que se pone á alguno para que caiga en ella, etc., y ampliándola, ó tomándola en género masculino, el *tranquillo* parece puede explicarse diciendo que es un artificio ó engaño de que cualquiera se vale, para que aparezca una cosa bien hecha, sin observar para ello las reglas del arte. Más claro: cuando, por ejemplo, para matar un toro, ha usado el diestro de un ardid, no admitido en los preceptos taurinos escritos y practicados por los buenos maestros, se dice que el torero ha matado de *trampita*, y se le ha criticado con justicia al torero mañoso, astuto, artero—que todo es lo mismo,—que de tal modo ha salido del paso, colocándose *fuera de cacho* para cumplir su cometido. Eso es el tranquillo. Así, pues, la definición que damos á esa palabra es la siguiente: Tomar en una suerte la maña de ejecutarla, ya por sorpresa, ya por ardid astucia, ú otra manera especial, que se apartan tanto de la verdad como de las reglas del arte, nunca desmentidas.»

Trapío.—La lámina ó estampa que tiene el toro es la que determina el bueno ó mal trapío del mismo. Para que se le tenga y conozca como de buen trapío ha de ser de libras, de buen pelo; ó sea luciente, espeso, sentado, fino y limpio; las piernas secas y nerviosas, como las articulaciones bien pronunciadas y movibles; la pezuña, pequeña, corta y redonda; los cuernos, fuertes, pequeños, bien colocados y negros ó muy oscuros; la cola, larga, espesa y fina; los ojos negros y vivos, y las orejas, vellosas y movibles. El color del pelo ó sea la pinta, importa poco; pero siempre presenta mejor lámina un toro obscuro ó berrendo que un ensabanao ó jabonero, en igualdad de circunstancias. Cada provincia, y aun cada casta, tienen un trapío particular, que los aficionados inteligentes distinguen perfectamente. (Véase Toro).

Trapo.—Así se acostumbra á decir de la muleta ó capote cuando se usan para empapar en ellos á las reses en cualquiera de las suertes del toreo; pero es más común llamar como va dicho, á la muleta que á las capas.

Trasero.—El par de rehiletes que va colocado más atrás de la cruz del toro; sólo verle demuestra que el torero le ha puesto dejando pasar la cabeza. También se llama trasera la estocada señalada en dicho sitio, y el puyazo del picador que, marcado en el mismo lugar, es más digno de censura que de alabanza.

Trasformación.—Se llama así la que es muy común experimenten los toros en cada uno de los tres estados que tienen en la plaza. Toro hay que se presenta noble y sencillo, y por el castigo ú otras causas se *trasforma* y hace receloso y de sentido; otros salen blandos y se crecen luego, y muchos que al principio son duros y pegajosos concluyen por huirse.

Trastear.—Es lo que comunmente se llama capear ó sea hacer con la capa diferentes suertes al toro, que se nombran verónicas, navarras; de frente por detrás ó aragonesas, de farol, de tijerilla ó á lo chatre, entre dos, galleando ó recortando, de cada uno de cuyos modos nos ocupamos en el lugar correspondiente á dichas palabras. Nosotros, sin embargo de lo dicho, somos de opinión de que la palabra *trastear*, ó *trasteo*, está mejor aplicada que en los casos anteriores, cuando se trata del juego de muleta que el matador éjecuta para preparar el toro á la muerte, y no cuando el torero capea.

Trejo, D. Luis de.—Escribió durante el reinado de Felipe IV un libro que fijaba diferentes reglas para alancear toros desde el caballo, titulándole *Obligaciones y duelo del toreo*. Fué sobrino del cardenal Trejo, y hombre valiente, que murió en desafío el 23 de Abril de 1641.

Tres-picos.—En los fastos taurinos no se encuentra un caso igual ni parecido á las hazañas del fenomenal *Tres-picos*. Lidiado con cuatro años cumplidos en la plaza de Sevilla, en una de las corridas de la segunda temporada de 1848, mató diez caba-

os, inutilizando á un banderillero y á nueve picadores de tanda y produciendo el terror en los reservas, pues era tan pronto, bravo y poderoso este cuatreño, fenómeno en todo por su corpulencia, acierto para herir y cuantas condiciones puede exigirse á un toro de plaza, que á pesar de que se ofrecieron 3.000 reales á cada uno de los célebres picadores Hormigo, Briones y Alvarez, que presenciaban la corrida desde los andamios, se negaron á salir si no recibían mayor suma; Juan Martín *(La Santera)*, á quien correspondía dar muerte á *Tres-picos*, lo efectuó, después de haberle capeado para quitarle pies, con una soberbia estocada á paso de banderillas. *La Santera*, hombre expansivo y de gracejo, se envanecía siempre que se le recordaba este trance sublime de su arte, poniendo por comentario esta frase que se hizo célebre entre sus amigos íntimos:—¡Quinientas tres y media! ¡sin cabeza!

Esas fueron las libras carniceras que en limpio pesó en la romana del matadero el sin igual por lo famoso *Tres-picos*, barroso, de la célebre ganadería de D. Joaquín de la Concha Sierra.

Trigo, Manuel.—Fué un regular matador de toros, de buena escuela y aplicado. Natural de Sevilla, aprendió el oficio de sombrerero, que dejó á los dieciseis años de edad, para dedicarse al arte de torear con decidida vocación, y en el cual no fué muy bien recibido por sus paisanos, ignoramos por qué causa. En el año de 1838 entró á servir en el ejército como soldado procedente de la célebre quinta de Mendizábal, siendo licenciado en 1840, á la conclusión de la guerra, y en seguida se dedicó nuevamente á torear en plazas de segundo orden, y en la de Sevilla en 14 de Mayo de 1843, pasando más tarde á Portugal, hasta que en 1845 se presentó en la plaza de Madrid, donde se le calificó como el mejor de los medias cucharas, reconociendo en él que valía, había disposición, afición, deseo de lucir y que trabajaba con voluntad. Formó luego cuadrilla, y trabajó en algunas plazas de España y Portugal, especialmente en los años 1852 á 1854 con bastante aceptación, hasta que, hallándose gravemente herido en Sevilla, atravesado por un estoque, fuera de la plaza, le acometió el cólera morbo, y falleció en el mes de Agosto de aquel año. Su padre, que no fué torero, murió también atravesado por un estoque, y su abuelo de un tiro que le disparó un guarda de campo. Era Trigo muy formal, y si bien no fué buen mozo, llevaba muy bien la ropa; y los trastos de matar, con aire y desenvoltura.

Trigo, José.—Excelente picador de toros en todos conceptos, y bravo como el que más. En cierta ocasión apostó con varios aficionados á que picaba con el regatón de la vara los toros de la más acreditada ganadería de Madrid, y sabido por el dueño, le escogió seis bichos magníficos. Esto no impidió que aquél cumpliera su promesa, á pesar de la amonestación de la autoridad. Era natural de Sevilla, y en su tiempo figuraba entre los primeros. Cuando á los dieciocho años de edad empezó á torear, en Marchena una corrida y otra en Sevilla, le pagaron su trabajo en cuartos, ó sea en calderilla, y al verla, dijo: «Hoy tomo la moneda que me quieren dar; antes de dos años habrán de darme lo que yo quiera exigir». Y así fué. Tan sobresaliente era su trabajo Murió á los cincuenta y ocho años de edad, y se dió á conocer en Sevilla el 10 de Octubre de 1834, con el apodo del *Lechero*.

Trigo, José.—Hijo del anterior, y picador que empezó con aplausos, y con ellos continuó. Nació en el barrio de San Bernardo, de Sevilla, siguió y concluyó con aprovechamiento una carrera científica, y cuando empezaba á reportarle utilidades, la dejó, abrazando la de picador. «De tal palo, tal astilla», dice el refrán. El chico lleva en sus venas sangre torera, y no quiere desdecir de la casta. Es más joven que su hermano

---

Trigo y Pino, José.—Guapo mozo, hijo del célebre José. Era un buen picador, sabía dónde y cuándo debía apretar, pero era adusto y poco complaciente con el público. Su padre sabía más *gramática*, y tenía más conocimiento del mundo. Nació en Madrid el 7 de Julio de 1844, viviendo sus padres en la calle de las Huertas; por lo cual está bautizado en la parroquia de San Sebastián, lo mismo que el célebre *Cúchares*. Juan Trigo formó, como su padre, en la primera fila de los mejores picadores; su escuela era fina y de más verdad que apariencia, y el brazo derecho, que era muy bueno, llevaba poca ventaja al izquierdo. Murió en Sevilla de aguda enfermedad, el 9 de Noviembre de 1888.

Cuéntase de él que en la plaza de Jerez de la Frontera puso, hallándose en los medios, hasta catorce varas seguidas á un gran toro de Laffite, sin perder el caballo.

Trigo, José. Si este picador es descendiente del célebre José y del notable Juan, tiene que andar más deprisa en sus adelantos, para no desairar aquel apellido, no sea que le apliquen el refrán ó máxima, de que «nunca segundas partes fueron buenas».

Trigo, José.—Es moderno este picador. Su apellido le obliga á ser de los buenos. Peor para él si no lo consigue. Trabajó en Sevilla por primera vez el 9 de Noviembre de 1884.

Trigo, José *(Triguito).*—Banderillero nuevo que hasta ahora no ha dado muestras de ser bueno ni malo. No sabemos si procede de la familia torera de ese apellido.

Trocar.—Es lo mismo que cambiar. Se usa mucho al designar los terrenos, que se dicen «trocó el de fuera por el de dentro».

Trompicar.—Cuando el toro da con el hocico ó testuz al torero sin arrojarle al suelo, al tiempo de salir aquél de cualquiera de las suertes que haya ejecutado, se dice que sale *trompicado*. Así, pues, el toro no trompica, hace trompicar.

Tronera.—Toro berrendo en colorado, bien puesto, de la ganadería de D. Juan López Cordero, después Adalid, que, en trece puyas, mató doce caballos; y á petición del público le perdonaron la vida en la plaza de Cádiz, pasado el año de 1862. Una vez curado de las heridas y al ser conducido á la dehesa, penetró en una choza donde dormía un niño; la madre, al ver en peligro á su hijo, cogió una barra de hierro y dió al toro tan fuerte golpe en el testuz, que rodó muerto á sus piés. Así lo dijeron los periódicos; de nuestra cuenta nada hemos puesto en la noticia.

Troyano, José.—Picador de toros bastante conocido en la segunda mitad del siglo precedente. Trabajó con los Romeros, con *Costillares* y *Pepe Illo*; pero cuando estaba en el pleno de sus facultades era en 1760. Era notable en el modo de sacar el caballo de la suerte completamente ileso, en la mayor parte de los casos, lo cual prueba que era muy entendido, por más que su brazo derecho no fuese tan bueno como su mano izquierda.

Truxillo, Francisco.—Fué un picador, natural de Chiclana, que en fines del siglo anterior ejercía de sobresaliente en cuadrillas de importancia.

Tuerto.—La tauromaquia tiene sus reglas para torear con seguridad los toros faltos de un ojo; y al hablar en el lugar correspondiente á cada una de las suertes del modo de practicarla, indicamos cómo debe hacerse con los toros tuertos. Sin embargo, no está demás advertir aquí que éstos se ciñen mucho en todas las suertes por el lado del ojo sano, y se revuelven por el mismo con grande ahinco y celeridad. Son toros de plaza que los empresarios pueden reprochar ó comprar más baratos, pero los toreros no deben rechazarlos.

Turno.—El que deben tener los lidiadores en el redondel ha de ser conservando siempre el lugar de antigüedad. Ha de colocar, pues, la primera vara el picador más moderno, y esperar en toda ocasión á que el antiguo ponga la suya para volver á tomar turno; sin perjuicio de que cuando quede alguno desmontado continúe solo el que esté á caballo picando al toro hasta que aquél monte de nuevo ó salga en su lugar un reserva, el cual alternará en la misma forma. Nunca debe tolerarse que dos picadores vayan á un tiempo al toro, porque además de significar esto poco compañerismo y falta de consideración al público y de respeto á la Presidencia, contribuye á recelar las reses y hacerlas huirse. Los banderilleros han de parear tambien, dejando al más moderno el primer par de rehiletes; pero es costumbre que si á los mismos banderilleros les toca clavar pares á otro toro de la misma corrida, empiece en éste el más antiguo. En muchas ocasiones sucede que un

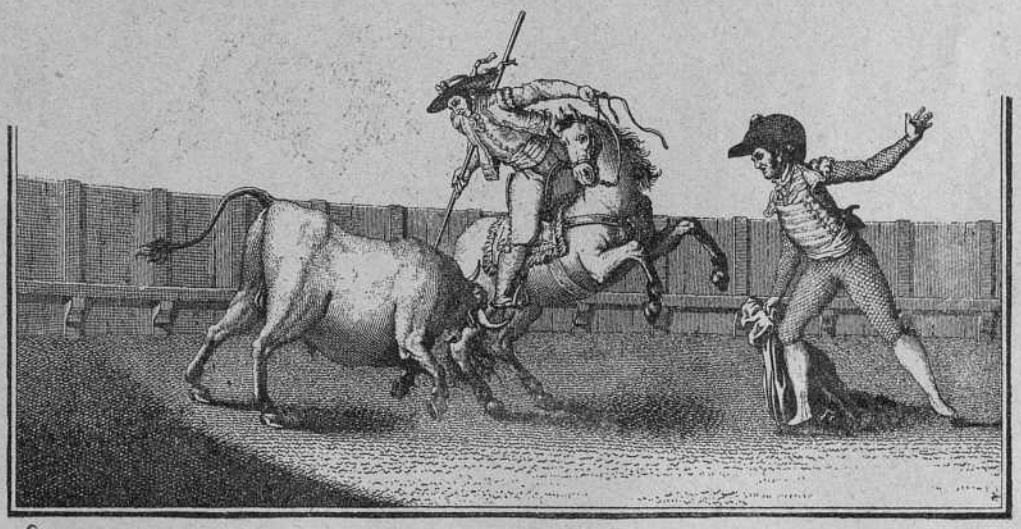
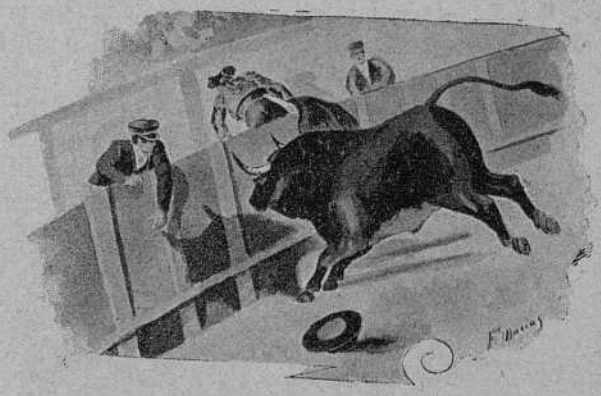


LÁMINA DE LA ÉPOCA. — NOSERET

banderillero se *pasa* dos y más veces sin clavar los palos, y el otro está quieto esperando á que lo verifique; y aunque eso demuestra buena amistad, nosotros opinamos que no debe consentirse, pues no ha de estar el público impasible, observando la poca pericia del lidiador, ó su escaso atrevimiento. Por eso creemos que cuando un banderillero se *pase* dos ó más veces, su compañero debe procurar aprovechar, si es posible, la situación ó salida de la fiera para hincar los palos, sin esperar turno; lo cual no quita para continuarlo en la forma antedicha. Bueno que alguna vez se cedan las banderillas de mutua conformidad, si uno de ellos ha tenido la desgracia de clavarlas mal; pero esto ha de ser sin aburrir al público ni enseñar á la fiera, que suele aprender en este tercio de la lidia más de lo necesario para el siguiente. Para los matadores, el turno ha de ser por rigurosa antigüedad de alternativa; y vamos al punto que, no hallándose fijado en ningún reglamento, conviene tratarle con despacio. Es opinión general entre todos los aficionados que de inteligentes se precian, de que todo toro que el redondel pisa debe morir y salir arrastrado, sea blando ó huído, tome ó no tome varas; pero cuando hay alguno que al salir del chiquero se le ve cojo ó de tal manera inutilizado que con él es *imposible toda lidia*, y el Presidente manda retirarle á los corrales, en este rarísimo caso es nuestra opinión que no debe pasar turno para el espada, á pesar de que hemos visto lo contrario en varias ocasiones. Se dirá que estando designados ya desde la hora del apartado los toros que á cada espada corresponden, se altera el orden, y sus distintas condiciones pueden influir, cuando menos, á que un espada se desgracie en toro que no era suyo, sin tener en cuenta que tal vez por la misma razón puede lograr ser aplaudido si la fiera es noble. Lo hemos dicho varias veces en el curso de esta obra: el matador que se tenga en algo no debe pensar en otra cosa que en matar con arreglo al arte cuantos toros salgan por las puertas del chiquero, sean las que quieran sus condiciones y sin atender preferencias ni mirar preocupaciones; que el que piensa que tal ó cuál toro es mejor para la muerte y se azora porque aquél es grande, cornalón ó de sentido, tiene poco conocimiento de su profesión y no le sobra valor. Además de que, soltándose otro toro en equivalencia del retirado, claro es que como suceso imprevisto, no estaba destinado de antemano á determinado espada el nuevamente echado al circo. No es lo mismo cuando la fiera se inutiliza en el redondel, porque habiendo tenido *poca ó mucha lidia* y trabajado con ella, debe pasar turno para el espada y para los banderilleros que con la misma han bregado, como pasaba cuando echaban perros. Por último, es obligación del primer espada rematar la fiera que haya inutilizado á otro matador, continuando en los demás el turno ordinario que al principio hemos expuesto; y esto se entiende, aunque el matador inutilizado sea media espada ó sobresaliente, que por serlo no tienen alternativa.



Uceda, Bernardo *(Andalucillo).*—Mucha compostura, muchas precauciones y poca inteligencia demostró este muchacho poniendo banderillas en Madrid el año de 1863. Después... nada.

Uceda, León.—Joven y de arrogante figura, tiene fama de valiente; pero no todos los que son guapos con los hombres lo son con los toros, ni todos los

que quieren ser toreros llegan á serlo. Trabaja poco y por eso su nombre suena menos.

Uceta, Juan.—Picador de segunda fila, que trabajó en Madrid por los años de 1850 en adelante. Tenía poco poder. Por equivocación aparece con el nombre de Manuel en algún cartel de provincias; que es muy común cuidarse poco de la exactitud en los detalles de anuncios, que una vez hechos hay que dejarlos correr sin enmiendas, á no ser de gran importancia la alteración.

Uceta, Matías *(Colita).*—No sabemos si este picador era hijo del que lo fué, llamado Juan. Creemos que no; y los que le hemos visto trabajar, tanto en Madrid como en provincias, habíamos formado idea de que sería un buen picador. Era buen jinete, y eso vale mucho, así es que adelantó bastante. Falleció en Madrid hace pocos años.

Uceta, Rafael *(Colita).*—Tambien este chico ha entrado en el gremio de los picadores de toros en novilladas, como su pariente próximo el antes mencionado. Monta bien y hay coraje en él, lo demás lo dirá el tiempo, si quiere aplicarse.

Ulloa, José *(Tragabuches).*—Heredó de su padre el apodo. Era gitano, y fué discípulo del gran Pedro Romero, que advirtió en él disposiciones muy especiales para la lidia. A los veinte años entró á formar parte, como banderillero, de las cuadrillas de José y de Gaspar Romero, y á poco tiempo tomó de este último la alternativa como espada en el año de 1802. Era un buen mozo, muy valiente y práctico en la escuela que desde principios aprendió. Como casi todos los gitanos, tenía afición á la trata de compras y ventas de géneros, dedicándose algo al contrabando, especialmente en las épocas en que no toreaba; y cuando llamado á trabajar en Málaga por su compañero *Panchón*, el año 1814, descubrió casualmente ciertos amores de su mujer, célebre *cantaora*, con *Pepe el Listillo*, acólito de una parroquia, él los concluyó degollando al último y arrojando á aquélla por el balcón á la calle, donde quedó estrellada. Desde entonces no volvió jamás á saberse el paradero de Ulloa, suponiéndose con algún fundamento que formó parte de la célebre cuadrilla de bandoleros llamada *Los Niños de Écija*, que desde el año de 1815 tantos crímenes cometió en Andalucía; pero esta es cosa que no ha podido comprobarse.

Hemos oído, no recordamos cuando, que este torero había dado muerte en la plaza de Madrid en 1816, á un toro raro del que se hicieron y publicaron entonces unas estampas malamente grabadas á cuyo pie se lee: «Estampa Nueba del toro Enano q.e Nació en Estremadura, se correrá en la décimaquarta Fiesta de Toros=cosa nunca Vista en España.» Lo ponemos muy en duda porque si en el año 1814 le ocurrió el lance que le hizo desaparecer del toreo, mal pudo realizar después aquella *hazaña*, además de que Ulloa no trabajó como espada en la corte.

Se ha dicho también que el referido toro enano fué estoqueado por, el entonces principiante, Roque Miranda en una novillada que en Madrid se dió en 26 de Agosto de 1817, y nos permitimos dudar igualmente esta afirmación; pues aunque por su edad, entonces, bien pudiera haberlo verificado, el traje con que se pinta al torero en dicha estampa nos parece de época más antigua; y tambien era natural que los carteles hubieran anunciado tal suceso.

Tenemos que confesar que cuantas averiguaciones hemos hecho para saber á punto fijo cuándo y por quién fué lidiado el toro á que hacemos referencia han sido inútiles: pero sentimos mucho más no haber podido comprobar hasta qué punto fuese cierto el dicho de un autor moderno que afirma que cuando Gaspar Romero murió desgraciadamente en la plaza de Salamanca, Ulloa, que

era su segundo, concluyó la lidia en lugar de aquél. Sobre este punto ya hemos dado nuestra opinión al hablar del hermano del gran Romero, y corrobora nuestro aserto la anterior afirmación que de ser exacta probaría que Pedro no presenció la muerte de su hermano, y mucho menos remató al toro que le hirió.

Unceta, Manuel.—Picador de bastantes condiciones para serlo bueno, que se dió á conocer ventajosamente en 1876, y, sin embargo, no llegó á la meta.

Unceta y López, D. Marcelino.—Distinguido pintor, natural de Zaragoza, discípulo de la Academia de San Luis, del célebre D. Carlos Luis de Rivera, y de la Escuela Superior de Pintura. Profesor que fué de dibujo en el Ateneo de dicha ciudad, donde creemos reside ordinariamente. Es autor de muchos y buenos cuadros, que desde 1858 hasta el día ha presentado en diferentes Exposiciones, obteniendo medallas y menciones honoríficas, entre otras por dos preciosas «Corridas de toros», que son la admiración de los inteligentes. También publicó una notabilísima colección de láminas alegóricas á nuestra fiesta nacional, é infinitos dibujos en carteles de lujo, que siempre han llamado la atención por la pureza de líneas, originalidad del asunto, acabado del contorno y delicada entonación del colorido. Es una notabilidad que honra á su patria.

Uraño.—En 1874 se lidiaban cuatro toros grandes el día de la patrona del Batallón Cazadores de Colón, en la plaza del Ayuntamiento, en la ciudad de Santi-Espíritus (Isla de Cuba); y cuando estaban matando á uno de ellos, negro, feo y bien armado, llamado *Uraño*, saltó por entre unos barriles rellenos de arena, que cerraban la salida á la calle principal; después de haber matado dos caballos recorrió parte de la población, y al llegar á una guardia arremetió contra el centinela, que caló la bayoneta, é hirió al toro con tan buena suerte, que le dejó muerto á sus pies.

Ureña, Marcelo.—Banderillero mediano que ha trabajado en varias plazas, hasta que en 1868 se retiró del toreo. Hombre muy compuestito y formal, ha sido consecuente en sus compromisos y apreciado por su trato particular.

Murió en Madrid á los 65 años de edad el 12 de Agosto de 1866, siendo portero de los Viveros de la Villa.

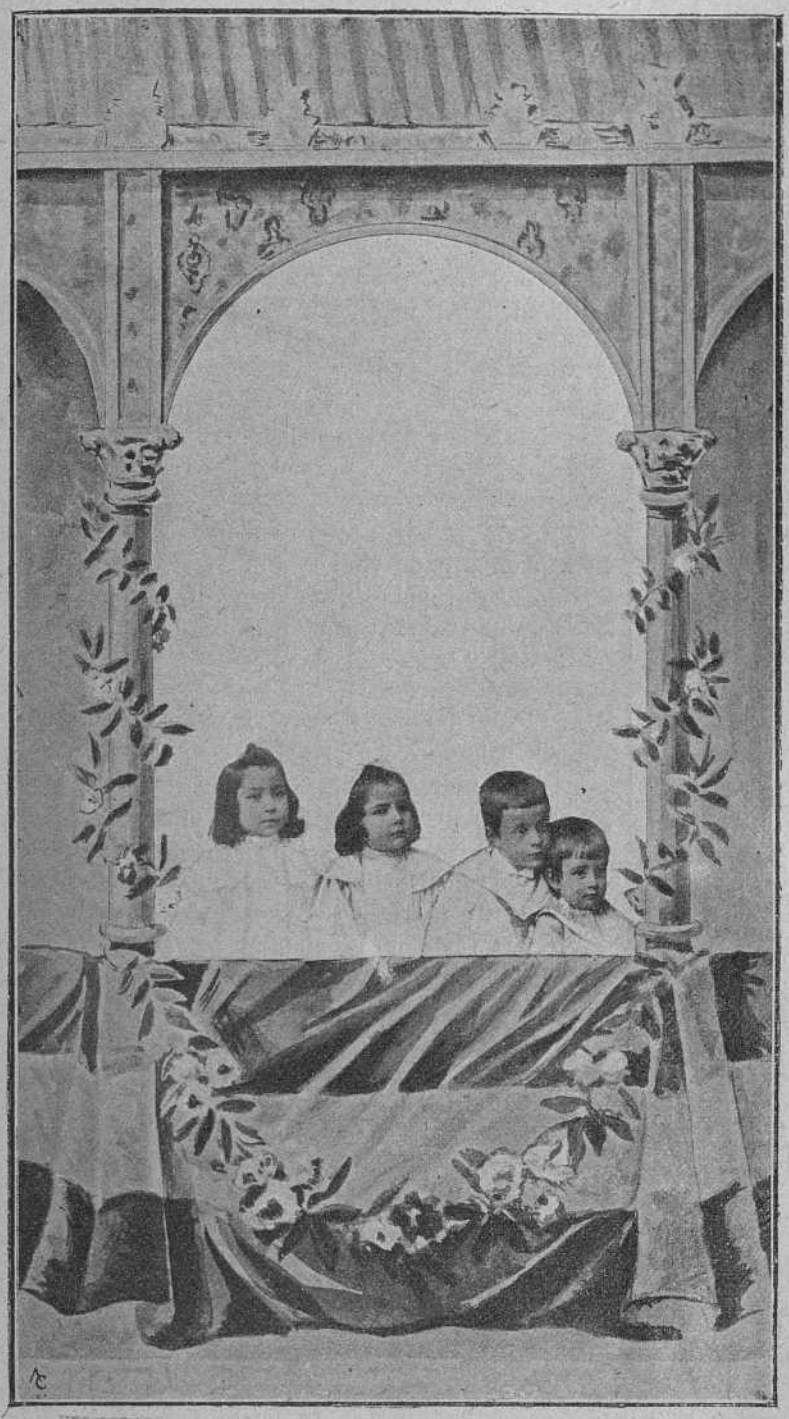
Ureña, Marqués de.—En Cádiz han conocido los amantes del toreo á este distinguido y práctico aficionado, que tanto á caballo como á pié lidiaba becerros muy adelantados, propagando con su ejemplo el amor á la tauromaquia.

Urquía, Serafín.—Natural de Yepes, provincia de Toledo, donde nació en el año de 1832. Era un picador de buena presencia, que ajustado en 1873 para torear en la Habana, tuvo la desgracia de fallecer en esta ciudad, á consecuencia del vómito, el día 5 de Octubre del mismo año. El jefe de la cuadrilla era Angel Fernández *(Valdemoro)*.

Usa, José *(El Galleguito)*.—Era natural de Madrid, muy entendido torero y aprovechado banderillero, que, primero con Montes y luego con *Cúchares*, demostró que valía mucho. Su oportunidad con el capote era notable. Tenía las marrullerías que la experiencia da á los viejos.

Usa, Felipe *(El Pandito)*.—Fué un regular banderillero, pundonoroso y procurando siempre cumplir bien. Era natural de Madrid y hermano del notable torero de su apellido, conocido por *el Galleguito*. Se retiró á tiempo dedicándose al comercio de carnes. Murió en Madrid y en el hospital de los Paules, el día 22 de Octubre de 1868.

Utrero.—Es el becerro cuya edad no llega á tres años y medio. (Véase Toro.)



Vaciar.—Significa dar salida con la muleta á los toros. (Véase ESCUPIRSE.)

Val, Demetrio del.—Banderillero en novilladas de la plaza de Madrid, y de toros de respeto cuando se ofrece; quiere y no puede, porque no se para, ni reflexiona que el correr no es ligereza, ni el ser atrevido es tener valor. Ha dado poco de sí.

Valdés, Angel.—Peruano, natural de Lima, que con gente de aquél país ha formado cuadrilla de

toreros, y lidia y mata toros á estilo de España como buenamente puede. Es bravo y temerón, según dicen, fresco y parado; pero tiene poco conocimiento del arte. A Madrid llegó en el año de 1883, vimos que era negro y que pasó la pena negra para matar; hizo como que toreaba y tuvo que marchar á su país, porque aquí no demostró ni siquiera los más pequeños conocimientos del arte.

Valdés, D. Bernardino F.—Escribió en 1562 el ceremonial sagrado y político de la Universidad de Salamanca, para la celebración de la toma del grado de Doctor (grado mayor) y entre las fiestas que con tal motivo menciona es una la de las corridas de toros. Para organizarlas era de rúbrica el nombramiento de «Dos comisarios de toros», que tal vez algunos de nuestros lectores, al verlos así designados se habrán quedado en la duda de si es-

tos personajes serían gente de coleta, ó qué intervención pudieran desempeñar en acto tan serio como el de la investidura del Doctorado. Pues, bien: á diferencia de lo que ahora sucede cuando una familia celebra uno de esos actos, que forman época en el seno de las mismas, á puerta cerrada, encastillándose en su casa con unos cuantos amigos para comer, bailar ú obsequiarse como mejor les parece, entonces, de todos esos actos, se hacía partícipe al pueblo, verificándolos á toda luz, á casa abierta, en el campo y en la iglesia, lo mismo en el claustro universitario ó en la Plaza del Mercado. Necesariamente hubo precisión de *reglamentar* aquellas funciones, que, como en las bodas ó bautizos de los señores, en las procesiones, en los grados de las Universidades, en la toma de hábitos de los conventos, concesiones de títulos y honores, exigían atención de parte de los agraciados, y siendo la función de toros la obligada en todos aquellos faustos acontecimientos, era forzoso elegir para prepararlas, ordenarlas y dirigirlas, personas aptas y entendidas que descargasen del peso de tales atenciones á los que las costeaban.

Para ese fin, la Universidad de Salamanca, lo mismo que otras corporaciones, nombraban al efecto Comisarios de toros cuando el caso lo requería, y otro tanto hicieron las Reales Maestranzas para sus fiestas hípicas y taurinas, cumpliendo de ese modo diferentes artículos de sus Constituciones ú ordenanzas. A tal punto llegaba la minuciosidad en los detalles de la preparación de las corridas de toros, que no sólo se ocupaban los ceremoniales de lo que á ellas estrictamente hacía referencia en cuanto á la lidia, sino que establecían reglas claras y precisas sobre cada uno de los puestos que habían de ocupar las autoridades, convidados y personajes que eran espectadores; la forma en que había de recibírseles; quiénes debían, con el acompañamiento de rigor, componer el séquito de la autoridad superior que hubiera de presidir, y otros saludos, cumplidos y etiquetas que dejan muy atrás á las que hoy se usan en las fiestas palatinas, y que ponen de manifiesto la extraordinaria importancia que se daba á la principal función pública de España entera.

Para probar que en esto nada exageramos, extractaremos á continuación el «Ceremonial de las asistencias y funciones de los muy Ilustres Señores Jurados, Racional, Síndicos y otros Oficiales de la muy Ilustre, Egregia, Magnífica, Coronada y dos veces Leal Ciudad de Valencia», libro manuscrito á fines del siglo XVII, de orden del Consejo general que se conserva en el Archivo del Ayuntamiento de Valencia. Dice así en la página 22:

«La mañana del día de los toros va el Sub-síndico 1.º, ó cualquier otro en su ausencia, á tomar la hora que el Excmo. Sr. Virrey señalare, para que pueda asistir puntualmente á ella la ciudad, acompañando á S. E. en cumplimiento de su obligación, y participándola la ciudad acuden puntuales.

La tarde de los toros prevenida la ciudad, media hora antes de la asignada por el Sr. Virrey, sale puntual á la dicha hora de la casa de la ciudad, á cavallo, por la Plaza de la Seo, Almodín, calle de la Alcudia hasta el Patio del Real, de este modo:

Timbales.
Trompetas.
Menestriles.

Vergueros. { 1 2 3 } { 1 2 3 } Vergueros.

Jurado en cap de ciud.º—Jurado 2.º de ciud.º—Jurado 4.º de ciud.º—Jurado en cap de cavall.º—Jurado 2.º de cavall.º—Jurado 3.º de ciud.º

Síndico 2.º Racional. Síndico 1.º

Quando empieza á entrar la ciudad en el Patio Real, baja S. E. y se pone á cavallo, recibiéndole los dos Jurados en cap, en medio, como los demás Oficiales reales en medio de los otros Jurados; si no está la Excma. Sra. Virreyna, pueden salir por la misma puerta que entraron, aunque lo más regular es entrar por la una y salir por la otra; y según el decreto del Excmo. Sr. Arzobispo y Virrey D. Fr. Pedro de Urtuia, casi en todo acordado por la ciudad, es en esta forma:

Timbales.
Trompetas.
Menestriles.

Archeros. Archeros.

Capitán de la Guardia.

Síndico 2.º Racional. Síndico 1.º

Vergueros. { 1 2 3 } { 1 2 3 } Vergueros

Jurado 4.º ciud.º—Baile.—Jurado 3.º ciud.º—Jurado 2.º ciud.º—Gobernador.—Jurado 2.º cavall.º—Jurado en cap ciud.º—El Sr. Virrey.—Jurado en cap cavall.º

Compañías de Corazas.

Carrozas de S. E.

Graduados en la referida orden, vuelven por el mismo camino á la calle de Cavalleros, Bolsería y entran en la Plaza del Mercado, tomando á mano derecha; hacen las cortesías de tránsito, y los Tribunales, correspondiendo, se ponen en pie, llegan á la puerta del tablado del Sr. Virrey, y doblando á mano izquierda los que van delante, deteniéndose un poco Racional y Síndicos y Jurados segundos y últimos, para esperar á los dos como salieran de la Sala para el Real, en cuya form-

van hasta el tablado de la ciudad, graduándose en él en esta forma con lo restante de sus oficiales.»

Y aquí contiene el libro mencionado un dibujo que marca los asientos de la plaza y personas que deben ocuparlos, entre ellos los prohombres del Brazo Militar y del Brazo Real, escribanos, abogados, el regente del Manual de tabla y fuerza de tabla, el capellán de San Vicente y el capellán de las Rocas, que eran los últimos, á excepción de los clarines, menestriles y vergueros.

Expresa luego el mencionado ceremonial la forma de los saludos, y dice: «que una vez hecho el despejo de la plaza, mientras la ciudad envía á S. E. un recado por medio del Sub-síndico primero y otro con dos vergueros delante, para saber si quiere se empiece la fiesta, se publica el pregón ordinario de penas y premios, y después, obtenida la venia, el Jurado en cap de ciudadanos, tira la llave de los toriles al verguero que está en la plaza, recibiéndola ante el escribano de la Sala, y el verguero saca el toro y administra la puerta toda la tarde. A unos cuatro ó cinco toros muertos envía la ciudad al dicho Sub-síndico en la misma forma que antes con recado á S. E., para que dé el permiso, salga la guardia á matar un toro, y concedida, la executan, y se les libra para ellos.»

Habla luego de nuevo recado para concluir la fiesta; del orden de volver al mismo hasta dejarle la ciudad bajo del solio, acompañándole con antorchas; y que, «si alguno con su antorcha y criados quisiera volverse á su casa á cavallo con la gramalla, podrá hazerlo.»

El segundo día de toros, asistía la ciudad como en el primero, sólo que ponía celosías hasta el punto de empezar la fiesta; al tiempo de arrojar la llave el Jurado, en cap de ciudadanos; y en el tercero ya no asistía la ciudad «sino por algún buen suceso que quiera acompañar al pueblo en el regocijo; y de esto no hay muchos exemplares, ni valdrá el voluntario del año 1595, pero en caso de axistir, se executa lo mesmo que el segundo día, si bien no se echa la llave, porque ya no es fiesta de la ciudad, sino alargada por el señor Virrey; pero si la ciudad publicase en el pregón los tres días de toros, echaría siempre la llave.»

Y, por último, señala á continuación el modo de recibir, conducir y colocar á la Virreyna cuando asiste á la fiesta de toros, que es lo mismo el ceremonial que el del Virrey, sólo que detrás de éste y antes de la Compañía de Corazas iba su carroza.

Cuanto va copiado y extractado justifica plenamente lo que al principio afirmamos, y lo que siempre hemos dicho acerca de nuestra fiesta nacional: Que es la primera de todas; que es la que de buen grado unas veces y otras por fuerza aceptan los poderes públicos, porque, obligados por la necesidad, llena más que ninguna el carácter de diversión interesante; y que su importancia es y ha sido tal, que á despecho de cuatro encogidos afeminados, las ciudades, los Gobiernos y las naciones se han ocupado en ella y sus detalles, dictando para reglamentarla órdenes, decretos, leyes, pragmáticas, y hasta bulas pontificias.

Valdés Luis *(Nanico)*.—Matador de toros en la Habana, de donde es natural. Ni de allí ha salido él, ni su fama, y si ha salido su nombre, débelo á los carteles de hace siete años.

Valdés, D. Facundo.—Con el seudónimo de *Facundo* escribe revistas de toros, en que manifiesta grande afición, dicción correcta y especial aptitud para versificar fácilmente. Poco á poco ha ido adquiriendo conocimiento del arte de torear, y dado su entusiasmo por el mismo, no es difícil presumir que ha de ser uno de los más caracterizados escritores taurinos en cuanto penetre en los secretos de la tauromaquia, que son muchos y difíciles.

Es uno de los que más han contribuido con su pluma y con su actividad é iniciativa á dar vida á las fiestas de toros en Asturias, cuya región cuenta con varias plazas de toros, según hemos indicado en el lugar correspondiente.

Valdez, José.—Es un regular mozo de forcado portugués, que puede llegar á ser algo con el tiempo.

Valdivieso, Ambrosio.—Fué banderillero del célebre *Costillares*, y después matador, al mismo tiempo que su compañero José Delgado *(Illo)*, si bien éste tomó antes que aquél la alternativa, y aprendió más y obtuvo más renombre, aun antes de su desgraciada muerte.

Valencia, D. Juan de.—Según dicen varios autores, escribió en 1639 un libro acerca «del modo de alancear toros desde el caballo», con notable inteligencia, titulándole *Advertencias para torear*. ¿Sería este señor el mismo que, con igual nombre, y en la ciudad del Perú, rejoneó toros diestramente en unas funciones reales allí celebradas en 1632?

Valencia, Manuel.—Hubo un picador de toros antes del año de 1840, que hizo concebir esperan-

zas á muchos aficionados sevillanos. Las defraudó por completo.

Valencia, Manuel.—Bastante apañadito y con buena voluntad empieza á correr toros y poner banderillas regularmente. Más calma necesita, que le sobra aceleramiento, y debe parar y reflexionar para aprender.

Valenciano.—Toro de la ganadería de D. Donato Palomino, vecino de Chozas de la Sierra, en la provincia de Madrid, divisa amarilla, retinto, aldinegro, meleno, ligero y de poder, bien armado y corpulento, causó la muerte el día 15 de Agosto de 1880 en la plaza de Madrid al banderillero Nicolás Fuertes *(El Pollo)*; dejó fuera de combate y retirados á la enfermería al picador Pedro Ortega y al banderillero Vicente Carbonell; despachó cuatro caballos en cinco varas que tomó; no se le pudieron poner más que tres banderillas sueltas, y á petición del público fué mandado retirar al corral, porque intentó saltar dos veces á los tendidos, y tenía esparcido el pánico entre los espectadores. Su cabeza, disecada, la adquirió el distinguido aficionado D. Luis Maquieira.

Valenzuela, D. Luis.—En el mes de Junio de 1578 llegó á la bahía de Cádiz el famoso rey de Portugal D. Sebastián, y se hospedó con su corte en la casa del caballero D. Luis de Valenzuela. Este, que era concejal—como ahora decimos,—y el capitán general, duque de Medina-Sidonia, trataron de obsequiarle y dispusieron unos festejos, entre los cuales fué el más principal una corrida de toros donde lució su habilidad Valenzuela matando un toro desde el caballo, con espada y de un solo golpe.

Valenzuela, D. Fernando.—Es autor de unas «Advertencias y reglas que se estilan y observan en la plaza de Madrid para los caballeros que gustan de entrar en ella á torear á vista de Sus Majestades.»

Hace pocos años hizo de esas «Advertencias,» una corta edición á su costa el Sr. Carmena y Millán.

Valero, Plácido.—Banderillero zaragozano de pocos conocimientos, que empezaba por el año 1856, y no sabemos que adelantase gran cosa. Verdad es que hace muchos años nadie habla de tal torero.

Valero, Antonio *(El Papelero)*.—Hace bastantes años vimos trabajar á este banderillero en Barcelona, y no nos pareció mal. Algo precipitado al entrar se corregía mejorando el terreno y cuarteando bien; parecía aprovechadito; pero en una corrida, y no completa (porque un toro le alcanzó al saltar la barrera y le lanzó violentamente contra la pared del tendido, imposibilitándole continuar la lidia), no puede formarse juicio. Retirado del arte, y viviendo en dicha ciudad, se suicidó, arrojándose á la calle desde un quinto piso, el día 14 de Marzo de 1891.

Valor.—La primera de las cualidades que debe tener el torero, y sin la cual no podrá nunca ser diestro. Entiéndase valor prudente, no temerario, que permita estar cerca del toro y verle con sangre fría.

Vallecruz, Salvador.—Principió el arte de *Pepe Illo*, hace veinticinco años, viéndose en él voluntad; pero lo demás no se vió, ni á el tampoco ha vuelto á vérsele.

Vallejo y Galeazo, D. José.—Pintor y dibujante que se dedicó más especialmente á la ilustración de obras.

Dibujó con notable maestría las diversas suertes de una corrida de toros; nació en Málaga en 15 de Agosto de 1821, é ingresó por oposición en el profesorado de Bellas Artes en 1857. Murió en Madrid en 19 de Febrero de 1882.

Valverde, José *(Joquillo)*.—Para matar toros se necesitan más requisitos y conocimientos de los que ha adquirido hasta ahora este muchacho. Tiene gran voluntad y eso vale, y puede serle útil para adelantar en su carrera, pero no basta.

Vanhalen, D. Francisco de P.—Hijo del teniente general D. Juan, de nación belga, que con su hermano el conde de Peracamps, afiliado al partido que por entonces se llamaba progresista, tanta parte tomó en la guerra civil de los siete años.

Fué natural de Vich y discípulo de D. José Aparicio y de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, que le nombró su Académico supernumerario, en 3 de Diciembre de 1843.

En diferentes obras que le dieron reputación, se encuentran «Una torada en las orillas del Jarama» y «Un grupo de toros entre los que se halla el cabestro Vinagre» que vivió treinta y tres años.

Vaqueros.—Hombres encargados de cuidar las ganaderías en el campo, que, por lo mismo y por

no perder de vista á las reses, son grandes conocedores de las cualidades ó condiciones de ellas. Generalmente son buenos picadores á caballo y buenos capas á pié; saben mancornar una res, y tienen tal tino en la honda y en la mano, que rara es la vez que no aciertan á dar en las astas con una piedra á los animales que quieren ahuyentar de paraje determinado. De esta clase han salido notables picadores de plaza.

Vaquero, Antonio *(Vaquerito)*.—Parece que este muchacho promete ser algo en la difícil profesión que ha tomado con tanta afición y empeño. No estorba con el capote en la plaza y pone banderillas bastante acertadamente, sin llamar la atención ni por bien ni por mal. ¿Qué más puede pedirse á un joven principiante?

Vara.—Véase Garrocha. De ahí viene el nombre de varilargueros que se dió á los picadores en el pasado siglo.

Varea, Martín.—Hace más de treinta años que era este mozo banderillero, y en tanto tiempo no ha conseguido que su nombre suene. Esto da idea de su mérito. Hay quien asegura que se cortó la coleta hace años, y si es verdad, hizo bien.

Varela y Ulloa, D. Federico.—Caballero en plaza que rejoneó toros en las funciones reales celebradas en Madrid en 1846, cuando las bodas de Doña Isabel II y su hermana Doña Luisa Fernanda. Fué apadrinado por la grandeza en 16 de Octubre, ó sea en la función de corte.

Varetazo.—La contusión ó golpe, no herida, que causa el toro con la pala, ó sea el grueso del asta, en el cuerpo del diestro.

Vargas, Felipe.—Banderillero en la cuadrilla de *Pepe Illo* á fines del pasado siglo. No ha llegado á nosotros noticia alguna acerca de su mérito, y suponemos sea el mismo que otros llaman Fernando Vargas.

Vargas, Sebastián de.—Este banderillero, de la cuadrilla de *Pepe Illo* á fines del siglo anterior, conocido con el sobrenombre de *el Flamenco*, creemos fué hermano de Felipe. Pareaba diestramente de ambos lados, lo cual no era entonces muy común, y aun ahora son pocos los que lo hacen bien.

Vargas, Juan Antonio.—Picador de poco nombre y cuyas campañas las hizo casi siempre en Andalucía. Falleció en Sevilla en fines de Septiembre de 1891. No hemos podido comprobar si fué este el Juan Vargas, que picó en Sevilla por primera vez el 25 de Julio de 1837, ó si es Juan María Vargas *(Meloja)* que se estrenó en 15 de Julio de 1877.

Vargas, Francisco.—Natural de Alcalá de Guadaira; aunque no mucho, ha trabajado en tanda en algunas capitales de Andalucía. Nosotros no le hemos visto picar, ni oído hablar de él hace más de veinte años.

Vargas, Manuel.—Mejor torero que banderillero, falleció en su país (Portugal) en 1858. Había dado los primeros pasos en el arte en 1837.

Vargas, Pedro de.—A principios de este siglo y antes del año de 1820 trabajaba este picador con regular aceptación. Fué natural de Jerez de la Frontera.

Vargas, D. Andrés.—Natural de Madrid. Es un aficionado de los más populares que hay en la corte, y conocido en toda España como inteligente. Es aquí lo que el Sr. Lecompte fué en Sevilla, apoderado de varios matadores; sus consejos han sido y son muy escuchados y atendidos por diestros y aficionados, á quienes ha educado en sus consejos, serias consideraciones y juicios severos: quizá en esto se parezca mucho al Sr. Latorre, apoderado de Montes, hombre de clara inteligencia y aficionado de tal naturaleza, que casi fué exclusivamente dedicado al arte. En Andalucía y fuera de Madrid no hay un torero que al venir á trabajar por primera vez no traiga una recomendación para él; hace muchos años está empleado en el negociado de Contabilidad del Ayuntamiento de de Madrid, y en sus costumbres es un madrileño puro. Pocos han propagado tanto como él las corridas de toros, predicando en todas partes en su favor, organizando becerradas, facilitando datos y contribuyendo personalmente al ensalzamiento del arte.

Vargas, José *(Corifi)*.—Más de treinta años de práctica constante hicieron de este torero portugués un banderillero muy aceptable. Murió en el año 1872.

Vargas, Enrique *(Minuto)*.—Matador de toros atrevidillo y no falto de arte, que empezó á funcionar desde pequeño en esas cuadrillas de niños toreros, donde hacen muchos su aprendizaje. El chico llegó á ser hombre y quiso ser matador de toros, y lo fué, funcionando como tal en diferentes plazas. En Madrid estuvo anunciado que mataría alternando con Fernando Gómez el 19 de Abril de 1891, pero como eso no llegó á suceder porque Gómez no le cedió los trastos en el primer toro y en el suyo tuvo la desgracia de herirse con el estoque antes de presentarse ante el toro, se quedó sin alternativa en Madrid, dando esto ocasión á la duda de algunos acerca de si tienen derecho á mayor antigüedad *Bonarillo, Pepete* y Reverte, que alternaron en Madrid real y efectivamente el mismo año 1891. Para nosotros está fuera de toda duda. El que no ha dado siquiera un pase ejerciendo funciones de matador con estoque en mano, ¿cómo puede sostener que ha alternado? Si un cartel bastase, ¡cuántos se harían anunciar! El hecho es el que da el derecho; así es que le consideramos matador de alternativa desde 17 de Mayo de 1892 en que la tomó de *Lagartijo* en la plaza de Madrid. Nació en Sevilla el 21 de Diciembre de

1870, y es lástima que su corta estatura le impida ejecutar algunas suertes que, siendo más alto, practicaría sin buscar ventajas. A ellas tiene que apelar y al sistema de brincos y saltos, recortes y desplantes, que están desnaturalizando el toreo; pero no es suya la culpa, que la estatura no se compra, y ya que el hombre no puede brillar de otro modo, agárrase á ese estilo que se adquiere en las cuadrillas infantiles y que una vez aprendido no se olvida.

Vargas, José *(Noteveas)*.—¿Tiene algo que ver este mozo con la familia de los *Noteveas?* No lo sabemos. Es un banderillero de po nombre hasta

ahora, que no ha dado muestras de que llegará á ser una celebridad. ¡Ah! Si Enrique tuviese la estatura de éste, que, sin ser excesiva, es regular, otro gallo le cantara.

Vargas, Manuel *(Tornero)*.—Un picador que en provincias suele trabajar, aunque no con frecuencia. Los que están en su caso tienen que apretar mucho si quieren darse á conocer, si no, todo se le volverá dar vueltas al torno.

Vargas Machuca, D. Bernardo.—Natural de Simancas, en Castilla la Vieja, dedicó en el año 1600, al conde Alberto Fúcar, un libro de ejercicios de la jineta, dividido en cinco partes, con preceptos, en ellas, para torear á caballo. Fué militar que permaneció en América bastante tiempo, particularmente en Nueva Granada, y escribió además alguna otra obra sobre la descripción de la India.

Vargas Machuca, D. José.—Impreso en Córdoba en 1731, dedicó á S. A. (no dice cuál) un *Memorial que dan los caballos á la inteligencia del hom-*

bre, y que no es otra cosa de la primera á la última página que un tratado completo de toreo.

Vargas Zabaleta de Oliveira, doña Matilde.—Joven de buena estatura y ánimo varonil, que montada á horcajadas y vistiendo calzón y casaca á la Federica, rejoneó, mejor dicho, clavó farpas á un toro de puntas, en Madrid el 14 de Febrero de 1892. Maneja el caballo con destreza y es serena en el peligro. Trabaja con general aceptación en toda España y en el extranjero.

Vargas, Manuel *(Perdigón)*.—Conocido banderillero de segundo orden en la república mexicana.

Varilargueros.—Así se empezó á llamar en el siglo anterior á los picadores de vara larga ó garrocha de detener que se usa por los de á caballo en todas las plazas. Todavía se conserva ese nombre, aunque no tanto como antes.

Varnés, José *(Joseíto)*.—Pero hombre ¿á que ponerse motes del oficio antes de entrar en él? Se hizo anunciar como banderillero en una novillada de Madrid del año 1892.

Varo, Sebastián.—Hasta nuestros días ha llegado la fama del gran picador de toros, perteneciente á la notable cuadrilla de *Costillares*, que era la admiración del público en el último tercio del siglo anterior. Ejecutaba con sin igual acierto la suerte de derribar los toros desde el caballo en su más rápida carrera: reformó el traje que usaban en aquel tiempo, y que consistía en casaquillas ó capotillos de mangas perdidas ó sueltas, mal cortadas y peor guarnecidas é introdujo el uso de la redecilla para sugetar el cabello.

Varzea, Vizconde de.—Es señor y poseedor de las más nobles y opulentas casas del norte de Portugal, donde desde hace siglos el nombre de los valientes Silveiras fué y es tan justamente respetado, y de quien la historia contemporánea de aquél país se ocupa largamente al referir los hechos de la guerra civil con el rey D. Miguel y del reinado de don Juan VI. Entre sus ascendientes cuenta á los ilustres marqueses de Chaves y condes de Amarante, y por su casamiento con la heredera de la casa Castelho Melhor, posee las magníficas fincas de Riva Tejo, en la Extremadura; y allí, entusiasmado con la vida que hacen generalmente los hidalgos, acosando reses, *pegándolas*, etc.; aficionose á ella, mejoró su ganadería apurándola y afinándola con gran esmero, y en Junio de 1889 toreó á caballo con gran valor en una corrida benéfica dispuesta por el conocido ganadero Palha Blanco. Desde entonces

ha toreado muchas veces con aplauso, viéndosele adelantar de día en día, y estimándosele ya, como uno de los mejores caballeros rejoneadores. Con los restos de la plaza del Campo de Santa Ana de Lisboa, que compró en subasta, ha construido en su quinta de Carregado otra bonita plaza donde frecuentemente ejerce sus aficiones taurómacas. Es en la actualidad dueño de la ganadería que ha comprado á D. Angel González Naudín, de Sevilla, cuya procedencia va explicada en el lugar correspondiente, la cual cuida con gran esmero y diligencia.

Vasalho, José.—Empezó como caballero rejoneador en su país (Portugal) en el año de 1852 demostrando valentía, pero sin marcar actos por los cuales pudiera considerársele sobresaliente. Es en la actualidad uno de los dueños de la plaza de toros de la ciudad de Evora.

Vasconcellos é Souza, D. José.—Valiente mozo de forcado portugués que hace tiempo no trabaja.—Se recuerda con admiración á tan distinguido amador.

Vasconcellos, Mariano d'.—Mejor podría ser de lo que es como mozo de forcado, según afirman sus paisanos los portugueses. Facultades tiene para ello.

Vasconcellos, Vasco d'.—Trabaja regularmente de mozo de forcado en varias plazas de Portugal, sin distinguirse por bueno ni por malo. Cumple como buen aficionado.

Vaz, Francisco *(Forte ó Caixinhas)*.—Torero portugués de algún renombre en su país. Ha tomado parte en la lidia, acompañando casi siempre á las mejores celebridades, y esto nos hace creer que tiene indisputable mérito. Era notable en los quiebros que, más de una vez, le aplaudió el maestro sevillano Antonio Carmona *(El Gordito)*. Saltaba perfectamente con la garrocha y al trascuerno.

Nació en 19 de Agosto de 1837 y murió pobre en Lisboa hace ya muchos años.

Vaz de Carvalho, D. José.—Fué un gran mozo de forcado y banderillero de afición que empezó en 1850, siempre aplaudido por su inteligencia y valor. Hace muchos años que no frecuenta las plazas y hoy es presidente del hospital de San José de Lisboa.

Vaz Martins da Cruz, Antonio.—¿Qué más puede pedirse á un mozo de forcado que valentía é inteligencia? Esas dos cualidades las posee en alto grado. Es lástima que la extremada obesidad le perjudique para la lidia.

Nació éste distinguido amador en Azeitao (Portugal) el 4 de Enero de 1864 del matrimonio de D. Manuel María de Cruz y Doña María Alfonso Vaz Martins.

Vázquez, Alejandro.—Notable torero á mediados del siglo pasado, que tenía fama de ser uno de los mejores banderilleros de su época. Casi siempre trabajaba con los Palomos.

Vázquez, Felipe.—Novillero en el último tercio del pasado siglo que en las mojigangas mataba toros algunas veces.

Vázquez y González, José *(Muselina)*.—Banderillero que no se distinguía mucho por su inteligencia. Se cuenta de él que, habiendo tenido que emigrar á Inglaterra en 1823 porque en 1820 se puso al frente de la gente del barrio del Perchel, secundando el grito que dió Riego en Cabezas de San Juan, acudió á inscribirse en las listas de expatriados á quienes el gobierno inglés socorría, según sus clases y categorías; y preguntándole en que sección se le incluía, contestó sin titubear: «Pues como literato». «Bien,—le dijeron,—firme usted aquí»; y replicó, mirando á todos: «¿Es preciso saber escribir para ser literato?»

La vida torera de este hombre está muy enlazada con la del célebre *Curro Guillén* que le protegió hasta su fallecimiento.

Vázquez, José *(Parreta)*.—Fué un matador á quien querían mucho en su pueblo natal (Valencia), en cuya plaza sufrió antes de 1847 algunas cogidas. Era bravo y ligero, supliendo en parte con estas cualidades su falta de conocimientos en el arte. No llegó á tomar alternativa.

Vázquez, Domingo.—Veterano banderillero en la cuadrilla de Cayetano Sanz, á quien ha guardado siempre una cariñosa consecuencia. Sin monadas ni pantomimas ha colocado bien sus pares y ha sido oportuno con la capa; pero sabe más de lo que ha hecho. Hoy está retirado y dedicado á la industria comercial.

Vázquez, D. Leopoldo.—Uno de los escritores taurinos de mayor asiduidad que hemos conocido. Ha sido director-fundador de diferentes publicaciones, ha colaborado en muchos periódicos y ha escrito varias obras dramáticas. Es realmente un buen aficionado, que sabe lo que escribe y entiende de funciones de toros mucho más que otros que

pasan por inteligentes. Es natural de la Puebla de Sanabria (Zamora) donde nació el 17 de Agosto de 1844.

Ha sido tal la afición de este hombre al trabajo

de bufete que se relaciona con el toreo, que ha coleccionado y posee un sinnúmero de apuntes, noticias, documentos, libros y folletos, que sería difícil relatar, si no fuese por el esmero con que los tiene coleccionados: tiene una memoria privilegiada, es buen amigo y trabajador como el que más y sus escritos se distinguen por la clara manifestación de su inteligencia en asuntos taurómacos.

No sabemos si es ciego partidario de algun diestro; parécenos que no.

Vázquez, Enrique *(Montelirio).*—Banderillero americano que trabaja frecuentemente en las plazas de México, con bastante aceptación. Ha figurado no solo en cuadrillas de gente del país, sino también en las de toreros españoles que allí han actuado.

Vázquez, Andrés *(Lagarto).*—Matador de toros en novilladas, gaditano, y de buenas condiciones, según dicen los que le vieron torear hace seis años. Después se ha hablado de él tan poco, que de seguir así, antes de mucho, su nombre estará olvidado.

Vechi, Lucio de.—Recuérdase en Portugal, como bueno, á este valiente mozo de forcado, que ya no trabaja.

Vega, Manuel de la.—Peón banderillero de la cuadrilla de *Costillares* á fines del último siglo. Sonaba mucho su nombre como entendido, aunque la circunstancia de figurar luego en la cuadrilla de Francisco García *(Perucho)* y en último lugar, atenúe en algún tanto su mérito.

Vega, Joaquín *(El Chato).*—Dicen los que le vieron hace años, que tenía buena facha, y que el espada *Cúchares* le llevó consigo alguna vez á torear como banderillero. A nosotros no nos ha parecido nunca tan bien puesto; aunque le conocimos parear regularmente y nada más. Falleció en el hospital clínico de San Carlos de Madrid, el 18 de Abril de 1881.

Vega, D. José.—Era uno de los escritores de toros más concienzudos é imparciales. Fijábase en los hechos y no en las personas, lo cual, por desgracia, no es muy común. Observador con excelente criterio, llegó á ser uno de los más entendidos aficionados sevillanos, y desde hace algunos años venía publicando artículos y revistas de toros, en periódicos andaluces y madrileños, con los pseudónimos *P. Pito, Claridades, Equis y Giraldillo,* que es el que adoptó últimamente. Harto modesto, prefirió siempre á dar su nombre, ocultarle en sus publicaciones, leídas con placer por los inteligentes, que desde luego descubrían en los primeros renglones la docta pluma que los señalaba. *La Muleta,* periódico taurino sevillano que dirigió con singular acierto, fué el último en que dió muestras de su inteligencia. ¡Pobre Vega! Murió joven en Sevilla en Febrero de 1894.

Vega, Fernando de la *(El Castañero).*—Picador moderno, voluntario y de no escaso poder. Hay que hacer más para lograr un buen puesto, que los años no pasan en balde y para hacerse notar han transcurrido más de media docena. Allá en México le han recibido bien y sido aplaudido su trabajo.

Vega, Vicente.—Cuando haya pasado algún tiempo, podrá decirse si este novel banderillero, sirve ó no para el arte á que se ha dedicado.

Velada.—No sabemos el nombre de este caballero español, que, según refieren varios autores, era muy diestro en rejonear y alancear toros. Tampoco nos consta con exactitud la fecha en que lo hiciera; pero nos inclinamos á creer lo fué durante el reinado de Felipe IV.

Velas.—Dícese veleto al toro alto de cuerna, como describimos ó hemos explicado en el lugar correspondiente; y por lo mismo llámase sin duda *velas* á las astas, por los revisteros y gente del arte, cuando son demasiado largas y altas. No estará bien aplicada la voz si el toro es gacho ó cornivuelto, porque el nombre es para las más rectas y enderezadas.

Velarde, D. José.—Excelente poeta, de imaginación viva y ardiente y notable imitador del gran Zorrilla. Con suma gracia, con indisputable talento y con una sátira abrumadora, publicó en 1886 unas cartas tituladas *Toros y chimborazos* contestando al folleto impugnando las corridas de toros de D. José Navarrete, en las cuales confundió á este de tal modo que no ha vuelto á levantar cabeza, ni á decir esta boca es mía, hasta que á los diez años de aquella lucubración, quiso volver á las andadas y ya ni Velarde ni nadie le han hecho caso, contentándose alguno con dirigirle cuatro chirigotas despreciativas. Velarde tiene gran reputación entre los hombres de letras.

Velasco, D. Juan.—El 6 de Noviembre de 1697 hubo en el Retiro de Madrid una gran fiesta de toros para solemnizar los cumpleaños del rey Don Carlos II. Perecieron en ella cinco personas entre ellas el caballero rejoneador Velasco, que estaba nombrado gobernador de Buenos Aires. A su hijo se le dió un título de Castilla y á su hija se la nombró dama de la reina.

Velasco Izquierdo, D. José.—En 1803, cuando los desposorios del príncipe de Asturias D. Fernando, se celebró en Madrid una función real de toros y en ella rejoneó con bastante acierto este caballero en plaza.

Velasco, Félix.—Nuevo matador de novillos, tan nuevo que muchos ignoran su existencia. Se ha dado á conocer únicamente en Andalucía.

Velasco, D. Regino.—No hay nada que enaltezca más al hombre que el trabajo, dijo no se qué sabio publicista, y aunque no lo hubiese dicho, esa verdad está en la conciencia de todo el mundo. Regino Velasco, impelido por una fuerza ingénita, que constituye una parte muy esencial de su modo de ser, ha acudido siempre con fe, siempre con indomable voluntad, á esa fuente inagotable que proporciona el mayor goce de la vida, el bienestar de la familia.

Por ella ha trabajado con ahinco desde la clase de aprendiz y dependiente en buenos establecimientos de la corte, sufriendo los tratamientos que en el principio de toda profesión se experimentan; por ella ha sacrificado su reposo, atreviéndose, con ciega confianza, á fundar un establecimiento de primer orden en el que, no siempre fueron satisfacciones las que logró, pero donde las venció con decidida constancia é inteligencia; y gracias á estas envidiables dotes, se ha conquistado una posición desahogada y lo que es mejor, la consideración y aprecio de sus conciudadanos.

¿Hay en Madrid alguien que pregunte quién es Regino Velasco? ¿Sí? Pues no será ni aficionado á las corridas de toros, ni frecuentará los teatros, ni sabrá cual es el movimiento progresivo del arte tipógrafico, ni vivirá en el centro de España, ni se asomará siquiera á las puertas de los cafes ó sitios de mediana concurrencia.

El está en todas partes, á todas horas, siempre cortés, siempre alegre, siempre servicial; cuenta por miles los amigos, y no habrá seguramente nadie que le haya saludado una vez siquiera, que no se sienta inclinado á reincidir: y no es que por buen mozo, ni elegante, se lleve tras sí las gentes sino porque... *tiene ángel.* Trátanle familiarmente cuantos le conocen, y con igual sencillez sostiene sus diálogos con toda clase de personas; vive de su trabajo con holgura y no conoce la envidia, ni gasta el tiempo abasteciendo con la maledicencia el alimento de los desocupados.

Quien le ve á las siete de la mañana al frente de los talleres de su gran establecimiento tipógrafico, dando órdenes para organizar los trabajos, examinando las máquinas, reconociendo las cajas y todas las dependencias, y al mismo tiempo, atendiendo encargos, satisfaciéndolos y haciendo observaciones que siempre redundan en pro del buen gusto y de la elegancia y perfección de las labores; quién observe que antes de mediar la tarde, se halla lejos de su casa, ajustando la confección de carteles, billetes y programas para corridas de toros, novillos y teatros, luchando con empresarios, arreglando diferencias y enterándoles de ciertos detalles que la mayor parte ignoran, y los que advierten su presencia en los cafés principales, y casi al mismo tiempo, á última hora, en los teatros, se preguntan todos admirados, pero ¿á qué hora come Regino? ¿á qué hora duerme? Y no dicen, ¿cuándo trabaja? porque harto saben la puntualidad y exactitud con que cumple sus compromisos. ¿Descansará los Domingos y días de fiesta como todos los industriales? Mucho menos que en los demás días. En su casa hay labor hasta las doce; antes de esa hora ha pagado por sí mismo á todos los dependientes que en ella ocupa y que no son pocos; de allí va á la plaza de toros, asiste al apartado con el entusiasmo de un buen aficionado á nuestra gratísima fiesta, revista cerca de doscientos hombres que componen la servidumbre de la plaza, los distribuye proporcionalmente en todas las localidades, porque es su Jefe hace muchos años, como si fueran para él pocas sus ocupaciones habituales, y los vigila y á todo está atento sin descansar un instante, volviendo á hacer de noche, la misma vida antes mencionada.

Como su crédito es tan grande en cuanto al arte taurino se refiere, tiene el monopolio, si así puede llamarse, de la confección y numeración de los carteles y billetes necesarios para las funciones de Madrid y de la mayor parte de las plazas de toros, sin que nunca se haya advertido duplicidades ni deficiencias.

A pesar de todo, dirá alguno de esos que siempre tienen el gesto avinagrado:—Ese hombre que con tanta clase de personas trata, que tiene á sus órdenes tan gran número de operarios y dependientes, ¿no se incomoda nunca? ¿no muestra alguna vez su mal humor?

¡Vaya si le manifiesta! y en términos enérgicos: granizada de improperios y voces descompuestas, como las que salen de su boca, en ocasiones de-

terminadas, no se oyen más que en los *Clubs* donde se trata de cuestiones trascendentales para el estómago. ¡Vaya! y pasa tiempo y la cólera no se aplaca lo menos, lo menos hasta que transcurren... cinco minutos, intervalo suficiente para volver á su estado de tranquilidad y cara placentera; que su memoria, en ese caso, es tan débil que olvida por completo la falta ajena y si la recuerda la perdona. Tiene *un pronto*, y nada más, pero que no sea en cuestión que afecte á su reputación particular ni artística, que entonces se muestra intolerante.

Es, pues, Regino, que así le llaman con cariñosa franqueza sus amigos, un digno ciudadano, un excelente padre de familia y un celosísimo industrial entregado en cuerpo y alma á la tauromaquia y á cuanto de ella se deriva. ¿No son estos suficientes títulos para figurar en nuestro *Diccionario*, en cuya edición tanto esmero ha puesto y tan exquisito gusto ha demostrado? Pues aun hay que hacer mención de otra especialísima circunstancia. Sobre las indicadas, tiene Regino una cualidad inapreciable: no puede oir la relación de una lástima. En cuanto llega á su conocimiento cualquier desgracia, allí está él á remediarla hasta donde sus fuerzas alcancen: ¿se trata de una función de toros, ó de otra clase, á favor de un pueblo desgraciado, de las víctimas de una catástrofe, del socorro á los desvalidos? pues allí va con todos los medios de que puede disponer, y sin precio alguno, pagando de su bolsillo todos los gastos, costea el papel, la impresión, tirada, numeración y distribución de billetes, carteles, programas y demás necesario á la propaganda, contribuye á la obra de caridad, añadiendo de su peculio sumas no despreciables para acrecentar el donativo.

Se inclina al bien porque *le sale de adentro*, pero... no transige con los holgazanes. Que no le pida limosna quien no tenga amor al trabajo si no quiere verle fruncir el ceño y que le vuelva la espalda, ó acaso, acaso le enseñe con malos modos la puerta de salida.

Con tales condiciones no tiene nada de particular que su familia le adore, sus amigos le aprecien en alto grado y los aficionados á toros le consideren como un propagandista de que, hoy por hoy, no puede prescindirse en ciertos casos.

La honradez, el trabajo y la caridad, tienen siempre recompensa.

Velázquez y Sánchez, D. José.—Elegante escritor andaluz que ha publicado últimamente una lujosa edición de su obra *Anales del toreo*, impresa en Sevilla por los señores Hijos de Fe, digna de figurar por todos conceptos entre las mejores de su clase.

Velázquez de Molina, Diego.—Este notable picador trabajó por primera vez en Madrid el año de 1787. No sabemos si era hermano ó padre de

---

Velázquez Molina, Miguel.—Era un picador muy compuesto y con mucho partido en Madrid en la época posterior á la muerte de José Delgado. Trabajó con el espada Agustín Aroca.

Veleto.—Toro de la ganadería de D. Diego Barquero, vecino de Sevilla, divisa blanca y negra, que en 1850 obtuvo en Madrid, dada por un Jurado, la calificación de más sobresaliente entre otros de ganaderías también andaluzas que se lidiaron en competencia.—Llámase tambien veleto al toro cuyas astas son prolongadas y altas, como decimos en la palabra Corniveleto.

Veleto.—En 3 de Octubre de 1850 y en una corrida extraordinaria verificada en Madrid, mató este toro, de le ganadería de Aleas, Colmenar Viejo, diez caballos, tomando veintiseis puyazos y enviando á la enfermería á los picadores Muñoz y el *Pelón*. Cuando arrastraron las mulas á *Veleto*, recibió el ganadero, que ocupaba un asiento de grada, los plácemes y aplausos de la concurrencia.

Vélez Caldeira, Antonio.—Hemos oido hablar ventajosamente de este torero portugués como gran conocedor de la lidia que conviene á cada una de las reses. Ya no suena su nombre como hace veinte años, que el tiempo todo lo borra- pero no puede olvidarse que, á pesar de no tener por oficio la lidia, fué un mozo de forcado valiente, algunas veces banderillero y tambien cavalheiro, que solo tomó parte en corridas de beneficencia, ganando en ellas muchos regalos.

Nació en 16 de Septiembre de 1850 y se estrenó en 1870, como *Neto*, en la plaza de Cintra.

Velo, José.—Se presentó como picador en Madrid el año de 1788 alternando con los *Corderos* y *Colchoncillo*. Debía valer menos que ellos, porque de estos ha quedado y dura buen recuerdo, y de aquél no.

Velo, José.—Discípulo de la Escuela de tauromaquia de Sevilla, contemporáneo de *Cúchares*, pero que no dió ruido, poco ni mucho, después de cerrada aquella.

Velo, Antonio.—Fué un banderillero regular con muchas facultades, y luego un matador de toros menos que regular. ¡Cuánto ha perjudicado á muchos toreros querer subir antes de tiempo! Trabajó con el célebre *Cúchares* de media espada, y no desdecía notablemente del aventajado *Illo* y otras celebridades de la época, en la suerte de banderillas. En 16 de Mayo de 1844 trabajó en Sevilla por primera vez como espada, y debió conocer que no le ayudaba el arte porque continuó banderilleando.

Vellido, Ignacio.—Torero americano de poco valor y menos inteligencia, que antes de mediados de siglo, hacía como que toreaba en Montevideo y otras plazas de aquel remoto país.

Velloso da Horta, José C.—Uno de los grandes pegadores portugueses que allí se han conocido, por su valor y su inteligencia en ganado. Fué dueño, en sociedad con el marqués de Bellas, de una buena vacada.

Vencedor.—Toro de la ganadería de Ibarra, cárdeno oscuro, bragao, bien armado y de muchas libras, corrido en quinto lugar en la plaza de Murcia el 8 de Septiembre de 1886. Bravo y de poder, noble y codicioso, tomó diez varas; y más hubiera tomado si hubiese habido picadores, porque envió á la enfermería á dos, de tres que comprendía el cartel, y mató cinco caballos. Le banderilleó *Lagartijo* con un par, un medio y otro entero y le mató el mismo de un golletazo. El ganadero fué aplaudido y vitoreado repetidas veces.

Venegas, Julián *(Berrinches).*—Banderillero aplicado que, sin ser notabilidad, cubre su puesto, sin temores ni sobresaltos. Se acelera al entrar y esas precipitaciones suelen traer malas consecuencias; por eso conviene medir bien los terrenos. Otro tanto le decimos cuando toma el estoque y la muleta para matar reses por los pueblos y capitales donde le llaman, que el chico no desperdicia nada y cree servir para todo. Presumir es.

Veneno.—Toro castaño, ojinegro, que luchó hace pocos años en la plaza de la Habana con un elefante, á quien, á pesar de estar destrozado por la potente trompa del paquidermo, arremetió diferentes veces. Murió de resultas de la lucha. Ignoramos la ganadería á que perteneció.

Venezuela, D. Lope.—Hace más de dos siglos que escribió acerca de la lidia de toros á caballo, criticando á los caballeros que no se dedicaban con empeño á estudiar y aprender las reglas de torear que ya estaban publicadas por entonces, y á los que, sabiéndolas y habiéndolas puesto en práctica, las habían olvidado.

Ventosa, Fernando *(Sigüenza).*—El que por derecho no corre desde un principio, ó estorba con la capa en el redondel, nunca será buen torero. Este que empezó hace unos veinte años á presentarse con cierto desahogo en las plazas, desapareció muy pronto sin dejar huellas de su inteligencia

---

Verde, Antonio *(Tato).*—Este matador no tiene del célebre *Tato* más que el nombre y el apodo. Su apellido dice lo que la zorra dijo á las uvas; y aunque es trabajador y procura quedar bien, es seguro que no llegará, ni con mucho, adonde llegó Antonio Sánchez: hasta creemos que ya no ejerce el oficio, al menos en España.

Verde, Luis.—Poco puede decirse de este banderillero que era hermano del anterior. Se *apañaba* bien y demostraba afición, pero debió retirarse del toreo hace lo menos doce años, porque su nombre no se ha oido después en los círculos taurinos.

Verdes, Antonio *(Chilailas).*—Banderillero de medianas condiciones que en 1857, fué muerto en la plaza de Vitoria por un toro perteneciente á la ganadería de Carriquiri, primero de los que debían ser lidiados. La cogida fué el primer lance de la tarde, puesto que ocurrió en seguida que salió el bicho del toril.

Verdugo ó averdugado.—Se llama al pelo ó pinta del toro que sobre un color dado, como negro, cárdeno ó retinto, tiene líneas coloradas más obscuras, verticales ó trasversales. La mayor parte de los toros de esta pinta son de ganaderías portuguesas.

No falta quien diga que debe ser la palabra *B*erdugo, dando para ello razones muy atendibles, pero nosotros seguiremos usando la que es común entre todos los aficionados, y comprenden los Diccionarios españoles.

Verduguillo.—Espada ó estoque más largo que éstos comunmente usados por los matadores de toros. Son de la misma forma, algo más estrechos

de hoja, y de unos ochenta y cinco centímetros de largo, y con ellos pocas veces descabellan las reses, porque así como para las primeras estocadas suelen los matadores usar la espada fuerte y pesada, que es más común, para descabellar usan otra más corta y ancha, sin que esto sea negar que indistintamente aprovechan la que mejor les parece. (Véase ESTOQUE.)

Verga blanca.—Llamose así en lo antiguo, y no por mucho tiempo ni en todas partas, la pinta del toro *meano*. Aquel calificativo le usaron en carteles de 1803.

Vergara, D. Guillermo.—Autor de un folleto sobre tauromaquia, que hizo imprimir en Málaga en 1867, titulándole *Compendio del arte de torear á pie* Dicen que es una obrita apreciable. No la hemos visto.

Ver llegar.—Dícese cuando el torero fija su vista en la del toro, observa el momento en que éste arremete y da la cabezada, para librarse de ella oportunamente y ejecutar la suerte en corto y con limpieza. El que no se pare tranquilo y sereno para ver llegar al toro, no puede ser buen torero, por mucha que sea su afición ó inteligencia.

Verónica.—Cuando el toro está en suerte, ó lo que es lo mismo, se encuentra paralelo á las tablas y á una distancia de ellas de más de cuatro metros, se dice que están divididos por igual los terrenos. Entonces se coloca tambien el torero en suerte, es decir, frente al animal, y preparado con el capote, abre éste á poca distancia, tomando sólo alguna más si el toro tiene muchos piés, le llama al extenderle, y si preciso fuere, acercándose más, le deja venir, sin mover los piés. Cuando llega á jurisdicción, carga el torero la suerte, y como inclina ó guía la capa á derecha ó izquierda, sale la res después de dar la cabezada, debiendo quedar derecha al revolverse para repetir la suerte, que, como hemos indicado, se llama *verónica*, ó sea de frente, y el diestro, girando un poco, dando cara á la fiera. A los toros revoltosos debe dárseles salida larga, lo cual se consigue alzando más los brazos; y aunque Montes aconseja que tambien se den tres ó cuatro pasos de espalda, no los conceptuamos indispensables si el diestro sabe lo que trae entre manos y no se embarulla, porque él mismo, el célebre *Capita* y el más aventajado de los discípulos de éste, Cayetano Sanz, han hecho con la capa, sin moverse, tales prodigios, que lo mismo á los toros revoltosos que á los demás de cualquier condición les han cortado las patas, los han rendido y los han *parado*, que es, en nuestro concepto, el fin principal para que se les capea. A los que se ciñen, á los que ganan terreno, á los bravucones y á los abantos se les capea á la *verónica*, empapándolos mucho en el engaño, y cuidando, lo mismo que con los demás, de no sacarle ni descubrirse hasta que den la cabezada. Si esto es preciso con todos, lo es más con los de sentido, á los que aconsejamos no se capee; y si alguna vez se hace, se prepare bien el diestro á cambiar rápidamente los terrenos en caso de apuro, teniendo á su espalda, á distancia proporcionada, otro torero que pueda acudir en su auxilio. Lo mismo decimos respecto de los burriciegos y tuertos, que aunque pueden capearse observando las reglas que para pasarlos de muleta hemos dado, deslucen completamente á cualquier torero, y tal vez no se consigue el objeto de *pararlos*, que debe ser el principal del capeo. El torero que vea llegar bien los toros y tenga valor sereno, ó sea sangre fría, tiene mucho adelantado para ser notabilidad en capear, porque parará los piés, y jugará los brazos de manera que al dar la salida á la fiera la recogerá, digámoslo así, con los vuelos de la capa, y la obligará á tomar la suerte cuantas veces quiera, hasta rendirla. Sin saber capear á la *verónica*, que no intente ninguno los demás modos que hay de practicar el capeo, porque es imposible lo hagan ni medianamente; y tengan presente las reglas que para ésta dió *Pepe Illo*: «Situarse en línea recta al toro; proporcionar la más precisa distancia con respecto á la agilidad y entereza que se note en él; no mover el cuerpo ni piés antes del tiempo prevenido; procurar que la res quede de cuadrado en el remate de cada suerte para emprender la siguiente». No debe capearse á los toros faltos de piernas, por la misma razón de que no debe recortárseles, y no hay que confundir la *verónica* con el capeo de costado, pues aunque se parecen, este es de poco mérito, toda vez que el torero no da su frente al toro sino el lado, extendiendo los brazos por delante y por consiguiente separándose al toro con facilidad. El *efecto* es el mismo, pero con la *verónica* se consigue cortar patas á las reses, y con la suerte de costado, no.

Viaje.—Se llama, no precisamente á la carrera que lleven el torero ó el toro en el redondel cuando corren, sino á la ruta ó dirección que desde que arrancan parece van á seguir; y por eso se dice muchas veces «cambio de viaje» cuando no siguen el mismo camino al principio indicado.

Vianna, Jerónimo.—Era bastante regular rejoneando á caballo, este valiente amador portugués.

Montaba bien, y esta es ya la mitad del camino que recorrió con gloria antes de retirarse de las faenas taurinas.

Vicente, Joaquín *(Galones).*— Un picador de buena voluntad, en novilladas, que aprieta bien, cuando se le da mejor la suerte, pero que no aprieta á tiempo los ijares del caballo, y cae más veces de las que debiera, y pierde más jacos que los que el quisiera. Esto les sucede á muchos de más pretensiones que éste.

Vicente, Raimundo.—Puntillero de poco mérito, que alguna vez se atrevía á poner banderillas. Creemos que el desgraciado *Punteret* le llevó á América, pero desde aquella época no hemos oído hablar de él á nadie.

Vicente, Florencio *(Frascuelito).*—En una corrida de becerrotes celebrada en Vergara el 25 de Julio de 1896, tuvo la desgracia este banderillero aragonés de recibir una cornada gravísima que le desarrolló una peritonitis, de que falleció antes de las veinticuatro horas. Era el toro procedente de la disuelta ganadería de D. Pedro Galo Elorz, de Tudela, llamábase *Perdigón* (como el que mató al *Espartero)*, colorado, flaco y bien armado: quiso el chico pararle con algunos lances de capa, resbaló, cayó al suelo, y al levantarse fué enganchado sufriendo la cornada que le ocasionó la muerte. Había nacido en Zaragoza, estudiado las primeras letras en aquellas Escuelas Pías, dedicándose antes de ser torero al oficio de hojalatero que abandonó por aquél, y había contraido matrimonio en el mes de Mayo del mismo año con Doña Mercedes Echegoyen.

Fué tan sentida su muerte en Zaragoza, que lo más importante de la afición taurina hizo celebrar pocos días después del lamentable suceso, en la iglesia de San Pablo, unas solemnes exequias por su eterno descanso.

Florencio Vicente (a) Frascuelito

Vicente, Julio *(Cerrajas).*—Picador moderno en toros de novilladas. Necesita más afición de la que hasta ahora demuestra, más calor, más actividad, más deseos de aplausos.

Victorino, Antonio.—Pegador portugués de gran fuerza y agilidad, que se distinguió muy especialmente en las pegas de frente ó cara. Tuvo su época de gran renombre hace unos quince ó veinte años, y falleció hace más de doce.

Vidal, Antonio *(Vidalito).*—No há mucho se ha presentando á matar toros en novilladas en algunas plazas andaluzas. Dios le dé suerte.

Vidaurre, Javiera.—Otra mujer que formó parte de la cuadrilla de la Martina, y que lo mismo montaba en burros, que picaba en cestos, que hacía otras cosas impropias de personas regulares. Toreó en la última corrida que se celebró en la plaza vieja de Madrid el 16 de Agosto de 1874, figurando que ponía banderillas en silla, quebrando, y siendo quebrada.

Vidigueira, Conde da.—Hijo del magnate portugués Marqués de Niza; bonita figura, cumplido caballero y entusiasta de nuestra fiesta nacional, tomó parte en muchas corridas, tanto á pie como á caballo. Ponía banderillas con destreza, manejaba la muleta con arte y

desenvoltura, y para rejonear, era ya costumbre en él presentarse vestido de majo andaluz con traje costosísimo, y enjaezado también el caballo á la andaluza. No cosechó más que aplausos y vítores mientras toreó, por su puesto sin retribución alguna.

Vidre, José.—Matador de toros de segundo orden que á mediados del presente siglo trabajaba en provincias con alguna aceptación. No le vimos; y como no nos han dado noticias de su mérito, nos abstenemos de juzgarle.

Vieco, Elías.—Le recordamos confusamente. Era picador en novilladas, y nos parece que tambien en corridas de toros, aunque fuera como reserva. Era alto, delgado y acompañaba frecuentemente al banderillero Gregorio Jordán, que era gordo en demasía.

Vieira Monteiro, José.—Es un banderillero portugués de lo mejorcito que hay en su país. Por eso allí le estiman ahora tanto y además por su sencillez y modestia.

Vieira, Juan *(Brazileiro).*—Gran fuerza de piernas, mucha afición, pero poca inteligencia para torear, tiene este banderillero portugués que recorre algunas plazas de su país, después de volver de Rio Janeiro, en 1887, á cuyo punto fué con la cuadrilla del conocido Pontes.

Vieyra, Tomás.—Le conocen como buen banderillero en las plazas del interior de la República mexicana.

Vierge, D. Daniel.—Es autor del cuadro titulado «Toros en Salamanca», que representa un buey enmaromado persiguiendo á una vieja, y varios mozos que se suben á una reja, en calle estrecha de aquella población. Su primer apellido es el de Urrabieta, reside en París, hace muchos años y habiendo sido atacado de parálisis en el brazo derecho, logró á fuerza de constancia seguir trabajando con la izquierda.

Vila, Enrique *(Chato de Tarragona).*—Era un banderillero de medianas condiciones, que falleció repentinamente en Barcelona, en Febrero de 1896. Nada perdió el arte con tal desgracia.

Vilches, Francisco *(El Llilli).*—Matador granadino que en un pincipio hizo concebir grandes esperanzas á sus paisanos, pero se quedó más atrás de lo que ellos y él mismo quisieran. Es de mediados de este siglo su época, y creemos no llegó á tomar alternativa.

Villas, José.—Banderillero casi ignorado, que marchó con *Cúchares* á la Habana y allí murió del vómito el 9 de Diciembre 1868.

Hay otro torero de este nombre, del que no hay más noticias que algún cartel reciente.

Villa, Carmelo *(Villita chico).*—El mal ejemplo cunde. Quiere ser banderillero y quién sabe si algo más. Es hermano menor de

---

Villa, Nicanor *(Villita).*—No es de los que menos nombre tienen adquirido como matador de toros en novilladas. Por de pronto hay que concederle valor y alguna maña: torea bastante bien y no suenan sus cogidas. Mientras no le veamos pararse no le juzgamos, por más que nos han hecho, respecto de su aptitud, buenas referencias, por supuesto dentro de su categoría. Le encontramos

basto en su trabajo, muy valiente, capaz de imitar lo que otro haga, y deseoso de palmas sin de-

tenerse á ver cómo se adquieren con verdad. Nació en Zaragoza el 10 de Enero de 1869 y sus padres, Hermenegildo y Teodora Arilla, le dedicaron al oficio de molendero de chocolate, que abandonó sin hacer en él progresos. Como éstos fueron rápidos en el toreo, tomó en Madrid la alternativa el 29 de Septiembre de 1895, y justo es confesar que harán pocos lo que él ha hecho en tan poco tiempo.

Villafranca, Marqués de.—El que poseía este título á mediados del siglo XV tenía fama de gran lidiador de toros, y rejoneó muchas veces en la Plaza Mayor de Madrid y en otras.

Villalba, Conde de.—Refiere la historia que don Bernardino de Ayala, noble de los primeros, que llevaba ese título con gran dignidad, era en su tiempo uno de los más distinguidos caballeros en torneos, cañas y lidias de toros. Como oficial de las tropas españolas, hizo prodigios de valor en la célebre batalla de Rocroy, donde fué mortalmente herido.

Villalvilla, N.—Fué un mata-toros que estaba encargado de despachar los que luchaban con los pegadores portugueses en 1853, cuando éstos se presentaron en la plaza de Madrid. Como banderillero, cubría bien su puesto. No recordamos su nombre.

Villamediana, Conde de.—El gran caballero de la corte de Felipe IV, D. Juan de Tarsis, puso rejoncillos á caballo en la Plaza Mayor de Madrid una vez en que se festejaban los días de aquel rey con una gran corrida de toros. Así lo dice el señor duque de Rivas en uno de sus mejores romances. Murió asesinado, como todos saben, muy cerca de las gradas del convento de San Felipe el Real. El pintor Castellanos representó admirablemente esa escena en su magnífico cuadro que adquirió el Estado y existe en los salones del Real Museo de Madrid.

Villamor.—Sentimos ignorar el nombre de este caballero y época en que se distinguió rejoneando toros, aunque, según el escritor Sicilia, debió ser durante el primer tercio del siglo XVIII.

Villaplana, José.—Novillero murciano, de poco nombre, sin duda por ser moderno. Hay quien le llama inteligente y bravo: esto último podrá ser, pero aquello... falta verlo, que no se aprende el arte tan deprisa, ni es tan fácil.

Villar, Angel *(Villarillo).*—Audaz y valiente hasta la temeridad se dedicó á matar toros en novilladas, sin los conocimientos precisos y con menos estatura de la necesaria para dominar las reses. Falleció en Jovellanos, pueblo de la provincia de Matanzas (Isla de Cuba), en 4 de Septiembre de 1894.

Villarreal, Manuel *(Nuevo Bebe).*—Banderillero malagueño que empieza con bríos y tiene facultades. No es para formar de él exacto juicio, haberle visto una vez, pero nos gustó su decisión y arrojo.

Villarreal, Fernando *(Villita).*—Picador que hace pocos años ha ido á México á probar fortuna. Más le conocen allí que en España.

Villasante y Laso de la Vega, D. Jerónimo.—Caballero del hábito de Santiago que escribió en 1659 é hizo imprimir en Valladolid unas advertencias para torear con el rejón, que dedicó á D. Rodrigo de Silva, Conde de Salinas y de Rivadeo, Duque de Híjar, etc.

Villaseca, Marqués de.—A principios de la segunda mitad del presente siglo era en Madrid proverbial la afición de este caballero á la lidia de toros, y organizó una cuadrilla de amigos de la nobleza que en la plaza de Aranjuez dió una corrida en honor de la reina Doña Isabel II, á que asistió lo mejor de la corte, y que dejó gratísimos recuerdos entre los aficionados. No le era desconocido el manejo de la muleta ni del estoque.

Villegas y Cordero, D. José.—El eminente pintor de este nombre, gloria del arte y honra de Sevilla, que le vió nacer en 1844, hizo sus primeros estudios con D. Eduardo Cano y D. José Romero, fué luego discípulo del célebre Rosales, y reside ordinariamente en Roma.

Reconocido universalmente como una celebridad, ¿á qué hemos de detenernos en señalar detalles de asuntos á que con su pincel ha dado vida? Sin embargo, para justificar su merecida inclusión en este libro, citaremos entre sus cuadros de otro carácter: «El descanso de la cuadrilla,» «Un picador,» que expuso en Madrid en 1877,» «Fiesta de toreros,» que en 1879 presentó en Lisboa, y, «Ultimos momentos de un torero,» que vendió en alto precio. Otro cuadro que representaba «La capilla de los toreros,» unos sentados y otros de rodillas en la capilla de la antigua Plaza de Madrid momentos antes de la corrida, obtuvo éxito com-

pleto en París y en Roma, y le adquirió el rico americano Sr. Stuard, pagando por él muy buen precio.

Villegas, Sebastián.—Banderillero andaluz que trabajaba ordinariamente en su tierra, según hemos oído, con bastante aceptación. No se ha difundido su fama por parte alguna, y eso que estuvo al lado del matador *Chicorro* bastante tiempo, formando parte de su cuadrilla. Es padre de

---

Villegas, Juan *(El Loco).*—Matador de toros allá en las plazas de América, adonde fué hace unos cuantos años en busca de mejora de clase desde Andalucía, en que adquirió el mote por su atolondramiento. A juzgar por los periódicos de aquellos remotos países, sigue con el mismo defecto, pero no puede negársele la cualidad de valiente. Creemos que es hermano de

---

Villegas, José *(Potoco).*—En novilladas mata toros, y en funciones formales de toros pone banderillas, según se le proporciona. Le hemos visto trabajar poco, tiene afición, valentía y buenas

condiciones para matador, aunque algo desgarbado. Nació en Cádiz en 1869; es hijo de Inés Perea y de Sebastián Villegas *(El Chano)*. Por su modestia en el ruedo se hace simpático y digno de que las empresas le contraten más frecuentemente.

Villegas, Francisco.—Joven picador que empezó en el año 1892, y desde entonces ha trabajado en el Puerto, Jerez, Cádiz, San Fernando y otras plazas con aceptación notoria: tiene pujanza y muchos deseos de agradar; aunque no se tenía bien á caballo ha ido mejorando poco á poco; castiga al ganado, pero sufre muchas más caídas que debiera, efecto de no hacer uso de la mano izquierda á su debido tiempo.

Villero de Amorín, Antonio Máximo.—En 1856, ó sea á los veinticuatro años de haber empezado á torear, murió en Portugal este valiente y aplaudido caballero farpeador natural de aquel país.

Vimioso, Conde de.—Célebre maestro de tauromaquia portugués antes de 1850, que con sus lecciones formó distinguidos toreros en su país, donde por los aficionados se pronuncia su nombre siempre con respeto y admiración. Este distinguido hidalgo enseñó á torear á pie y á caballo, é inventó la suerte de rejonear *cara á cara*. Se llamó don Francisco de Paula Portugal y Castro, y era 13.º Conde de Vimioso; había nacido en 28 de Julio de 1817, y falleció en 9 de Julio de 1865.

Así como en España, hablando del toreo, se dice el arte de Montes, *Pepe Illo*, etc., en Portugal suele decirse el arte de Vimioso, porque dicho Conde fué quizás el más notable rejoneador de sus tiempos.

Vinatero.—Toro de la famosa ganadería de don Antonio Hernández, vecino de Madrid, lidiado en Valencia el 23 de Julio de 1876. Fué conducido encajonado por el ferrocarril, y al sacarle del tren rompió el cajón, salió de él, entró en la estación, mató un caballo, estropeó otro, revolcó á varios paisanos, hirió á uno, y no causó más desgracias porque, hallándose cerca el matador de toros Antonio Carmona *(El Gordito)* acudió en seguida, y con el chaquet que llevaba puesto, quitándosele y colocándole en un bastón, le dió algunos pases y recortes, con los que consiguió entretener el tiempo hasta que llegaron los cabestros y vaqueros. Era el animal buen mozo, corniapretado, de libras y muy bravo, y en la lidia tomó catorce varas en regla y mató seis caballos, llevó tres pares de rehiletes, y le mató el *Gordito* de un gran volapié, después de una brillante faena.

Viniegra, D. Salvador.—Pintor contemporáneo. Sus cuadros «La boda del torero,» en que llaman la atención tanto las figuras como las rejas del fondo, de estilo plateresco, y «La muerte del torero» y «El adiós del picador,» son notables y de indisputable mérito. El magnífico lienzo «La bendición de los campos» ha puesto el sello á su reputación de artista de primer orden.

Viño, Manuel (*El Inglés*).—De todo tiene traza este picador menos de extranjero. Castiga con dureza y no monta mal; pero no es fino en los movimientos que imprime al jaco, sino brusco. Veremos qué da de sí, aunque no esperamos mucho. Tomó la alternativa en Madrid el año de 1891.

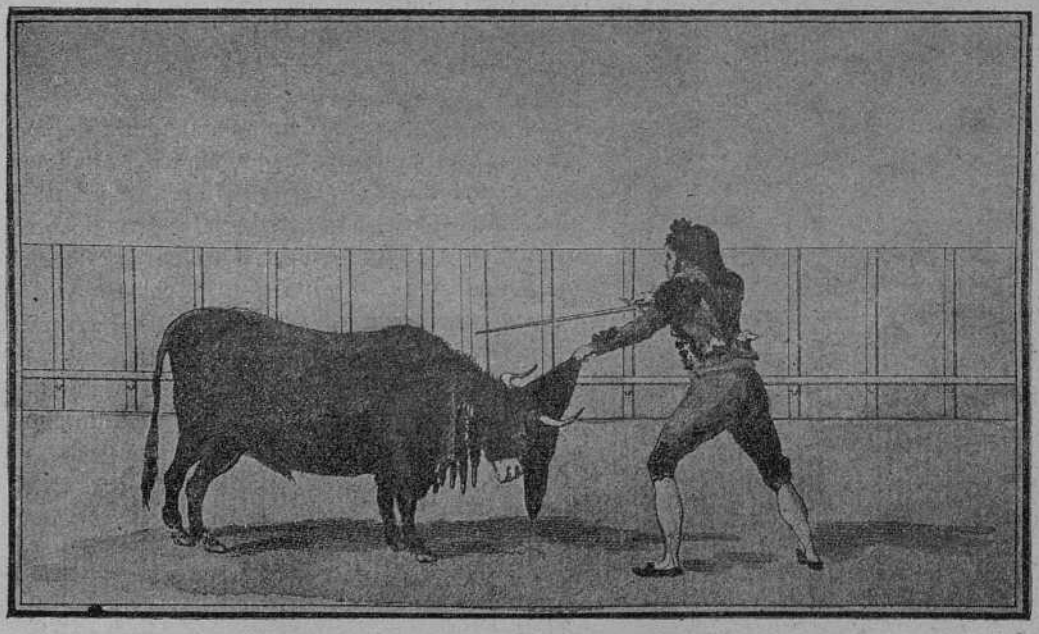
Vistoso.—Último toro de los lidiados en Madrid en la tarde del 21 de Agosto de 1848, y que fué ocasión de un gran escándalo. Habíanse corrido tres toros tuertos, uno cojo y dos casi cubetos, de los cuales uno de ellos, que era *Vistoso,* fué retirado al corral, y cuando al final pidió el público otro toro de gracia, concedido que fué, se dió suelta otra vez al animal antes retirado, por no haber otro ó por equivocación. El escándalo se desarrolló entonces en términos alarmantes; el presidente, conde de Vistahermosa, llamó á su palco al empresario, D. Antonio Palacios, y después de breve plática le hizo salir rodeado de guardias por la puerta de alguaciles y cruzar la plaza hasta entrar por la de la enfermería, estando el bicho aun vivo en el redondel. Produjo en el público gran reacción aquel acto arbitrario; Palacios enfermó y murió á los pocos meses, no sin haber llevado antes á los tribunales al corregidor Vistahermosa, y éste dejó su puesto oficial, sin volver á desempeñar ningún cargo popular.

Viudez, Luis (*Vives*).—Si *vives* en *viudez* mal andarás. Cásate con los toros ya que el diablo te llama por ese camino, estudia sus condiciones y aprende las reglas del arte, que, si bien las practicas y tienes valor y eres sereno, ya verás cuánto vives; si no... vuelve á tu viudez.

Vizcaya, Joaquín.—Monta bien, hay voluntad, pero se atraviesa al esperar al toro casi siempre. Por eso pierde tantos caballos y cae tantas veces. Hay que corregir esos defectos para valer y tener contratas. Alternó en Madrid por primera vez el 23 de Septiembre de 1883, es decir, hace trece años. ¿Enmendó aquellos vicios? No lo sabemos.

Volantes.—En las plazas de América, y muy especialmente en las de la Habana, llaman así los naturales del país á los mozos encargados de arrear los caballos de los picadores. En Madrid se les llama con menos propiedad «monos sabios,» porque su uniforme raro de blusa encarnada, cuando se estrenó, coincidió con el que ponían á una colección de aquellos animales que exhibieron en el tatro de Cervantes, calle de Alcalá, inmediato al que ahora se titula de Apolo, como ya hemos dicho en otros puntos de esta obra.

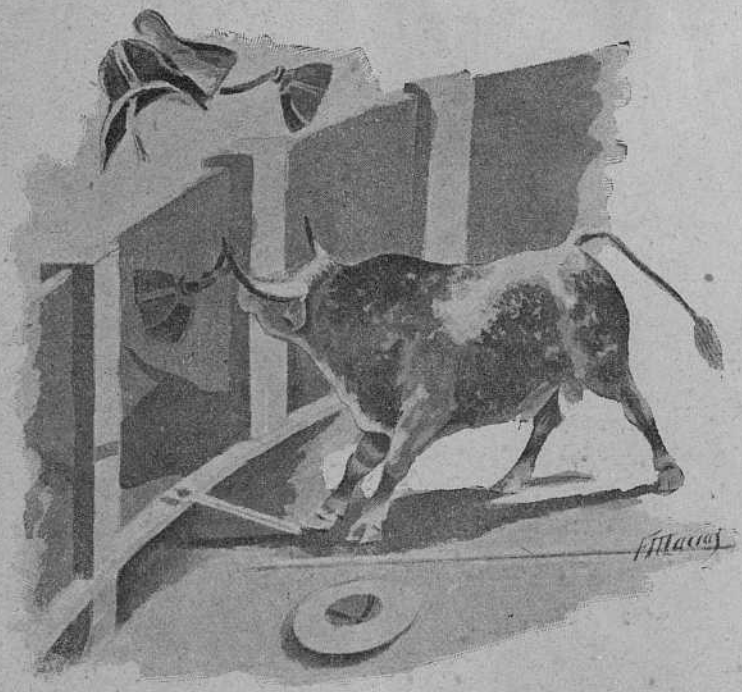
Volapié ó vuelapié.—Es una de las mejores suertes de matar toros, indispensable y necesaria cuando las reses, rendidas y sin patas por el mucho castigo que han tenido, se aploman y carecen del poder preciso para embestir. Su autor, el célebre Joaquín Rodríguez (*Costillares*), la inventó por los años de 1770 á 1780, y de ella se han derivado todas las que hoy conocemos



SUERTE DEL VOLAPIÉ.—**Tauromaquia de «Pepe Illo».**—1804

con distintos nombres y que tienen su fundamento en el arranque del torero al toro. Su ejecución en sí es sencilla, pues se reduce á armarse el espada muy en corto, arrancar lo más derecho posible, ó sea cuarteando muy poco, y al llegar á la cabeza, bajar la muleta tocando el hocico del toro con ella; entonces, cuando humilla, se descubre naturalmente y se le mete el estoque, saliendo el matador por piés. Pero hay que tener presentes varias reglas, què son precisas para que la suerte pueda consumarse bien, y á fin de evitar desgracias. Es la primera, que el toro ha de estar completamente aplomado y sin piernas; porque si sale al matador, como éste se arroja ó tira muy en corto y no le queda tiempo ni terreno para cambiarse, la cogida es inminente, á no ser que *viendo llegar*, y por haber arrancado más lejos de lo regular, resulte la estocada *á un tiempo*, como ahora se dice. Es la segunda, que el animal tenga los cuatro piés iguales, porque si no, indica que no está completamente aplomado, que tiene ya hecho el punto de apoyo para arrancar, y que adelantado ya en un paso, le es fácil á poco esfuerzo partir. Conviene además atender á la vista del animal y estudiar los movimientos y arranques que haya hecho antes al ser pasado de muleta, sin olvidar lo que tenemos dicho respecto de las querencias, y si se tapa al acercársele.

Voluntario— Se llama así al toro que acude á todas las suertes, y especialmente á las de vara, sin necesidad de que se le obligue. Importa poco para que tenga este nombre, que sea más ó menos bravo, codicioso, de poder, etc., porque muy bien puede ser voluntario con ó sin dichas condiciones.



Yagüe, Juan de.—Afirma este escritor de principios del siglo XVIII que en las plazas se mataba á los toros desde los tableros con garrochas ó lanzas cuando no había caballeros que lo verificasen en regla. Siendo esto así, no tiene nada de particular que al espectáculo se le llamase bárbaro; pero ¿se parece en algo al que hoy tenemos? Conteste por nosotros el más tenaz opositor á nuestras fiestas de toros, y con gusto nos sometemos á su voto sin réplica de ninguna clase.

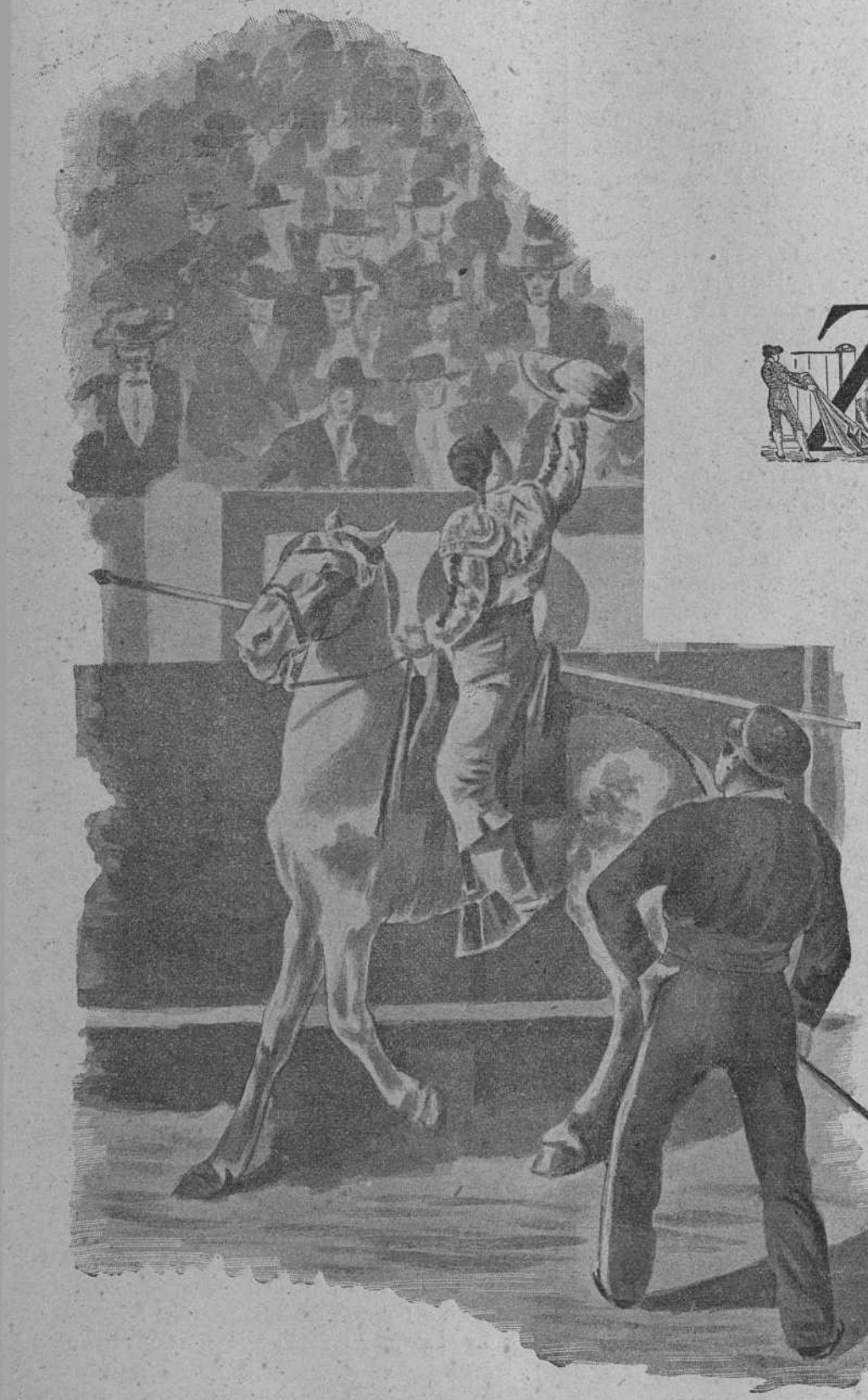
Yañez, Juan.—Hará unos cincuenta años era conocido en Andalucía este picador de toros, que no extendió su nombre para poderle considerar como notable. No recordamos haberle visto trabajar en Madrid, aunque nos aseguran que se presentó en alguna corrida en 1842, como reserva ó suplente.

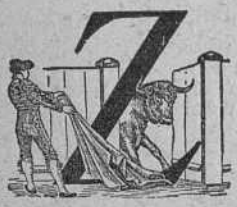
Yedro, Antonio *(Ostioncito).*—Empezó toreando en las cuadrillas de niños y en ellas tomó confianza con las reses. Sabe entrar á la suerte de banderillas, saliendo algo precipitado y de no sufrir un percance, adelantará porque es listo y voluntario para el trabajo. Figura ya en cuadrillas formales, brega como pocos, aunque con ese toreo moderno, que destronca las reses; rara vez estorba en el ruedo y es un buen auxiliar para cualquier espada. Que se apresure menos y valdrá más.

Yordi, Eustaquio.—Puntillero de mano certera y de buena vista que es cuanto puede pedirse al que ejerce sus funciones. ¡Ah! también es valiente.

Yust, Juan.—Este notable y distinguido matador de toros nació en Sevilla en 1807, y desde pequeño demostró tener grande afición á la lidia, asistiendo frecuentemente al Matadero y tomando algunas lecciones de su tío el espada Luis Rodríguez, que antes fué banderillero de los diestros León y el *Sombrerero*. Era alto y fornido, con unos músculos de acero, ligero en demasía, airoso y arrogante sin presunción. Cuando ya sabía algo del arte, siquiera fuese imperfectamente, Juan León le admitió en su cuadrilla, donde hizo progresos notables, en términos de que, como es costumbre en diferentes plazas de segundo orden, mató algún toro que su maestro le cedió, con varia fortuna; pero comprendiendo él que su aprendizaje había de ser mucho más sólido y rápido en la Escuela oficial de Sevilla, se retiró por entonces de la lidia en las plazas y se matriculó como alumno del gran Pedro Romero. Allí estuvo dos temporadas, adelantando cada vez más, pero sin poder corregir por completo el gravísimo defecto de mover mucho los piés. Trabajó de segundo espada con su tío Rodríguez y con León en los años de 1832 al 35, y en este último ya se decidió á trabajar sin dependencia de nadie, consiguiendo ser aplaudido en muchas plazas de Andalucía y luego en Madrid, «donde los aficionados son más inteligentes que los del resto de España», en los años de 1841 y 1842, hasta que en 5 de Septiembre de este último falleció en pocas horas de resultas de un violento cólico. Su muerte fué muy sentida entre los verdaderos inteligentes, que solo en Montes reconocían entonces un torero que, siguiendo la verdadera escuela del arte, recibiese toros; y como vieron que Yust, lejos ya de saltar y brincar para arrancar efectos, se paraba perfilándose, y hasta donde le era posible practicaba la suprema suerte, según la escuela de Ronda, «acompasada, serena y arrogante», temieron que al faltar él, desapareciese del coso tan principal y notable suerte. Por fortuna vino en seguida Redondo á reanimar la esperanza de los aficionados, y á ejecutar, como nadie lo ha hecho antes ni después, con gracia, precisión y desenvoltura, toda clase de juegos con las fieras, ateniéndose estrictamente á las reglas del arte.

Yust, Juan.—Hijo del matador de toros del mismo nombre. Fué un banderillero notable en las cuadrillas de *Pepete, Gordito* y *Lagartijo* sucesivamente, habiendo alguna vez servido de media espada ó sobresaliente. Nació en Sevilla el año de 1836, y murió en Córdoba de enfermedad pertinaz, el lunes 16 de Febrero de 1874, dejando mujer é hijos, á quienes favoreció generosamente *Lagartijo*, después de costear todos los gastos ocasionados por la defunción. Pareaba perfectamente y castigando, sabía su obligación y era valiente sin exagerados alardes. Todos los que le conocieron recuerdan los pares de castigo, y los que, aprovechando al relance, como ahora se dice, ponía con notable frescura, y la facilidad con que saltaba la barrera, poniendo en ella una sola mano, y quedando formando plancha un breve rato. Más de una vez le vimos tendido en el suelo, cara á la fiera, entre los piés del matador, esperando tranquilo al toro que había de ser banderilleado al quiebro, y levantándose despacio, tomar el capote y cumplir su obligación, como buen torero, al lado del espada.





Zabala, Valentín.— Matador de toros mexicano, de poco nombre hasta ahora, que trabaja en diferentes plazas de las ciudades de aquel país.

Zafra, Francisco.— Picador de toros mediano, caballista regular y no mala figura, aunque es feo. Su afición sigue como ha empezado, haciendo progresos en el arte tauromaco. Creemos que es andaluz,

porque en carteles de las plazas de aquella tierra es donde más sonó, cuando tomó en sus manos la garrocha. En Sevilla se presentó por primera vez el 2 de Septiembre de 1877; luego en Madrid fué aceptado regularmente y nada más; y por lances personales fuera del ruedo, se verá alejado del mismo más tiempo del que le conviene. América ha sido su refugio.

Zahonero.—Explica Montes en su *Tauromaquia* la suerte de picar toros que parece inventó ó practicó dicho señor. De ella nos ocupamos en el lugar correspondiente del presente libro.

Zaino.—Se llama negro zaino en muchos puntos de Andalucía al toro que, teniendo la pinta de dicho color negro, es de pelo hosco, feo, sin brillo, pero no completamente mate ó sin lustre. Entiéndase por hosco el tinte de la piel del indio americano llamado mulato.

Zalamea, Mariano *(El Herrero).*—Dejó su oficio por el de matador, y no ha conseguido serlo más que en novilladas. ¿Se quedará sin ser torero ni herrero? Es muy posible, porque hombres tan valientes y con tantos deseos como él, aunque no valgan para toreros, se lo creen y no quieren volver al trabajo mecánico por cuanto hay en el mundo.

Zalamero.—Toro de la ganadería de D. Elías Gómez, vecino de Colmenar Viejo, divisa turquí y blanca, que en Madrid, el 24 Junio de 1850, fué calificado por un Jurado como el más sobresaliente de los que aquella tarde se lidiaron, pertenecientes á seis ganaderías distintas de la provincia de Madrid.

Zaldivar, José.—Espada novillero, natural de Puerto Real, que vino de la Habana en 1881, con muchas pretensiones que no logró ver realizadas. Se quedó en flor y su nombre casi ignorado.

Zambrano, Plácido *(Pimienta).*—Parece que su apodo le obligaba á ser vivo y activo para el trabajo, pero él quiere ir por sus pasos contados sin acelerarse demasiado. Pica toros cumpliendo y nada más.

Zamorano, José *(El Torerito).*—Un chico gaditano que va para ser torero, según dicen en su tierra. Parece muy dispuesto á ello y creemos que, de no encontrar en España suficiente campo á fin de darse á conocer, marchará con rumbo á América á la primer ocasión que se le presente. Así nos lo han asegurado.

Zancajoso.—Toro de la ganadería de D. Anastasio Martín, de Coria del Río, divisa encarnada y verde (en Madrid, entonces, celeste y rosa), que por su bravura mereció ser relevado de la muerte en la corrida celebrada el 3 de Mayo de 1861 en la plaza de toros de Sevilla. Había matado once caballos; y curado de sus heridas, se le condujo de nuevo á la dehesa, donde padreó tres años después. Ya dejamos dicho en el lugar correspondiente que esta ganadería es de las más acreditadas de Andalucía.

Zapata, Joaquín.—Buen picador y buen jinete, muy estimado, según dicen, del célebre Francisco Herrera Rodríguez *(Curro Guillén).* Fué su época mejor á principios del presente siglo.

Zapata, Diego.—Banderillero que trabajaba en la cuadrilla de Manuel Palomo en 1766, sin que su nombre haya adquirido celebridad.

Zapata, José.—Arrogante figura y con su poquito de presunción, miraba más á las jembras de lo regular. Cumplía bien, sin embargo; y se cuenta de él que, habiéndole mandado el corregidor de Madrid en una función que se retirase del redondel para arrestarle por no sabemos qué falta, tomó la puerta, y vestido de moños se encaminó al Pardo, donde estaba el rey Fernando VII, y le pidió indulto, que obtuvo naturalmente en el acto, puesto que se trataba de una ligerísima falta. Fué buen picador, suegro de Manuel Martín *(Castañita),* que lució veinte años después.

Zapatero.—Toro jabonero de la ganadería de don Joaquín Pérez de la Concha, lidiado en la plaza de Sevilla el 19 de Mayo de 1887. Cogió al espada Luis Mazzantini en el momento de estarle pasando de muleta, infiriéndole una herida de gravedad en el vientre y otra en el escroto. Mazzantini posee, en su galería, un precioso cuadro al óleo, pintado por Chaves, representando al toro mencionado.

Zaracondegui.—Matador de toros natural de Navarra, anterior á su paisano Leguregui, de quien no tenemos noticias circunstanciadas. Su época fué en el segundo tercio del próximo pasado siglo.

Zárate.—Gran jinete y valiente rejoneador de toros, ensalzado por varios escritores del siglo XVII y posteriores, y cuyo nombre sentimos ignorar.

Han sido inútiles cuantas diligencias hemos hecho para conseguirlo.

Zamudio, N. *(El Mellao).*—Hay un torero de este nombre que es conocido en Venezuela, en cuya plaza ha banderilleado, ha dado el salto de la garrocha y ha matado: todo ello no sabemos si bien ó mal. Dicen que ha venido á España recientemente; si le vemos le juzgaremos.

Zarco da Cámara, D. Alejandro *(Riveira grande).*—Valiente mozo de forcado, portugués, que no trabaja hace tiempo. Entre la afición lusitana era muy considerado.

Zarco da Cámara, D. Luis *(Riveira grande).*—De iguales condiciones que el anterior, en todo y para todo; admiraron su valentía los aficionados, elogiándole como merecía.

Zarco da Cámara, D. Antonio *(Riveira grande).*—Aunque ya se ha apartado de faena tan peligrosa, tiene fama de haber sido, en Portugal, un buen mozo de forcado. *Pegaba* de frente y de costado como pocos.

Zayas, Antonio.—Conocido banderillero en Andalucía y otros puntos de España, por su actividad y buenos deseos. Va despacio en sus adelantos, que no por ser activo en los movimientos corre más la inteligencia.

Zayas, Alberto *(Zayitas).*—Precedido de excelente reputación, llegó á Madrid, desde México, este picador americano; y efectivamente, á estilo de aquel país, pica bien, pero no como el arte de Montes quiere. Gran ginete, como casi todos los de aquella tierra.

Zorrilla, D. José.—Este eminente é incomparable poeta, cuya fama ha de durar tanto cuanto el mundo viva, ha contribuído también con su talento á celebrar las fiestas de toros en varias composiciones de inapreciable valor. El soneto en que describe la suerte de picar, y la fiesta de toros en Toledo, son, como todas las suyas, de un gusto literario especialísimo, que pocos imitan, pero que ninguno iguala, ni en Europa ni en América, donde su nombre será siempre inmortal. Nació en Valladolid á 21 de Febrero de 1817, siendo hijo de D. José Zorrilla y de doña Nicomedes del Moral, y falleció en Madrid el día 22 de Enero de 1893. Las Academias, los Ateneos, todas las sociedades literarias, científicas de Madrid, de España y de Europa entera, sintieron su muerte y dedicaron á su memoria largos artículos, folletos y hasta

libros de estudio elogiando su privilegiado talento y sus inimitables poesías; los funerales que se le hicieron fueron oficiales á nombre de la Nación, y costeados por la Real Academia de la Lengua. Zorrilla durará siempre como una gloria de España.

Hemos sido muy parcos en insertar muestras del ingenio de grandes poetas y escritores que con su talento han celebrado nuestra fiesta nacional, pero, por excepción, que bien la merece, nos permitimos copiar á continuación su famosísimo

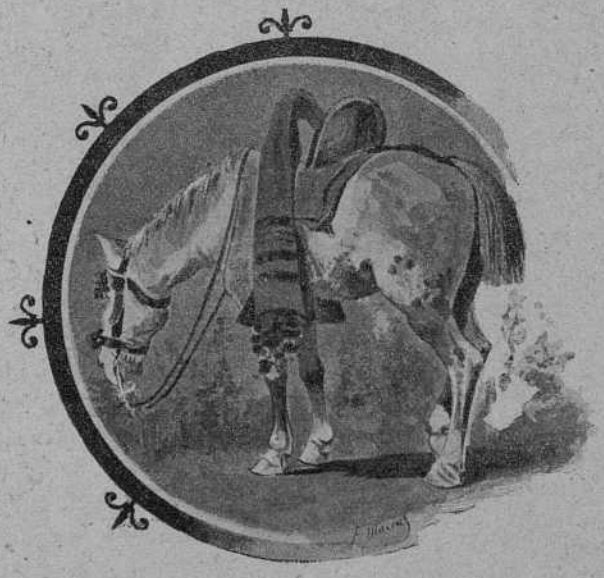
SONETO

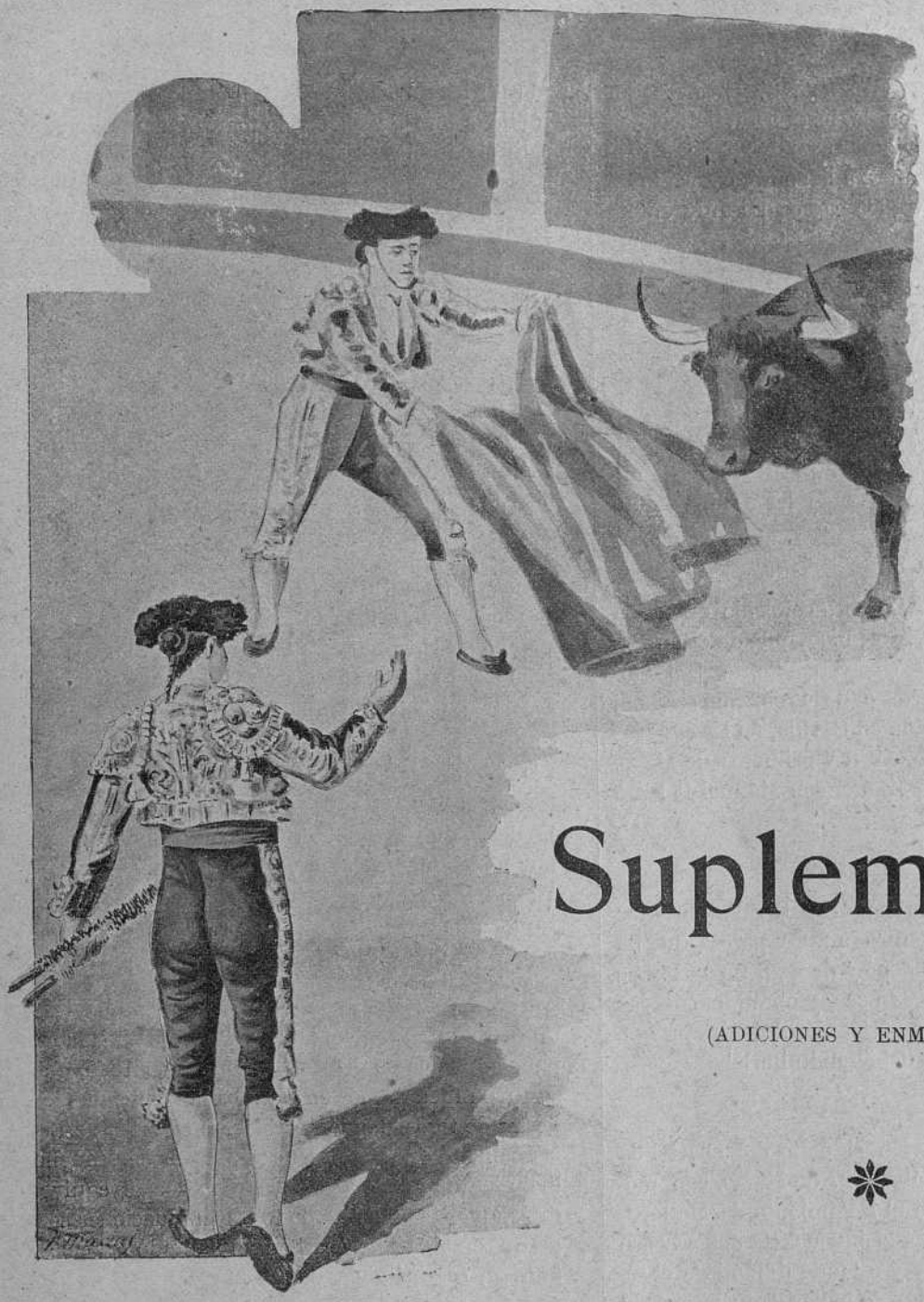
Con el hirviente resoplido moja
el ronco toro la tostada arena;
la vista en el jinete, alta y serena,
ancho espacio buscando al asta roja.
Su arranque audaz á recibir se arroja
pálida de valor la faz morena,
é hincha en la frente la robusta vena
el picador, á quien el tiempo enoja.
Duda la fiera, el español la llama:
sacude el toro su enastada frente,
la tierra escarba, sopla y desparrama:
le obliga el hombre, parte de repente
y herido en la cerviz, húyele y brama,
y en grito universal rompe la gente.

Los restos de tan inmortal poeta irán á parar al mausoleo que en Valladolid le ha dedicado el pueblo que le vió nacer.

Zulema.—Moro noble de Toledo, que antes del siglo X parece era notable en la lidia de toros, tanto á pié como á caballo. En Avila mató uno á pié y con alfange, y los romances antiguos lo celebran con preciosos versos, que los hombres de letras recitan con placer.

Zúñiga, Manuel.—Banderillero de invierno: uno de tantos que procuran adelantar en el arte. Atrevido, como el que más, quería intentarlo todo, y no comprendiendo que el que mucho abarca poco aprieta, se quedó sin llegar á parte alguna. Como éste hay muchos.





Suplemento

(ADICIONES Y ENMIENDAS)

A

Acuña, Ramón.—Picador de toros, allá por las tierras de México, valiente y bastante práctico en el modo de picar que usan los de aquellos países. Buen jinete. Es natural de Zacatecas.

Agachaíto.—Toro de la vacada de Núñez de Prado, lidiado en Madrid en 9 de Mayo de 1880; fué causa del fallecimiento del picador Luque Arcas, que al picarle, cayó del caballo, clavándosele el borrel delantero de la silla en el pecho, y de este golpe murió á los tres días de una peritonitis por traumatismo.

Aguilar, D. Francisco.—Bulló mucho hace años en círculos taurinos y escribió en *El Avisador Malagueño* revistas, adoptando el pseudónimo de *Menda*. Después se ha retirado de la afición, cesando en sus batallas á diario porque, eso sí, defendía la verdad, pero con intransigencia.

Alaban, Francisco *(Veintiundit)*.—Este picador de quién hablamos en la página 71, falleció en Valencia el 28 de Noviembre de 1896. Se dedicaba, en los últimos años, á la compra y venta de caballerías, en cuyo tráfico parece era muy entendido.

Alarcón, D. José.—Es autor de la *Lección de toreo*, cuadro que figuró en la exposición de Escritores y Artistas de 1885; representa un torero enseñando la suerte de recibir á una mujer del pueblo, en Andalucía. Trasladó al lienzo con gran verdad y malicia asunto tan picaresco, haciendo resaltar con brillante colorido las figuras de tan bonito cuadro.

Albano, Antonio.—Lo poco conocido que es en el toreo este diestro, nos hizo que de él no nos ocupáramos en el sitio corespondiente. Sin embargo, consta en carteles de 1763, que sirvió el puesto de cuarto espada en Sevilla, en las corridas celebradas en fin de Abril y primeros de Mayo. En ellas trabajó Juan Miguel con Manuel Palomo y Joaquín Rodríguez.

Albasán, Eduardo *(Bonifa)*.—Banderillero que lleva de práctica algunos años, y parece que ha dicho: «hasta aquí llegué y de aquí no paso.» Se ha conocido, que no es poco, y obrando cuerdamente, quiere ser buen banderillero mejor que mal espada. ¡Cuántos debieran imitarle!

Alcalde, D. Juan.—En el patio del cuartel de Leganés en 1886, el sábado 27 de Marzo, con motivo de una fiesta que el Regimiento de Mallorca número 13 celebraba á consecuencia del ascenso á general del coronel, y estando lidiándose el segundo becerro, después de haber dado muerte al primero el capitán D. José García Belsué, el teniente D. Juan Alcalde, que figuraba en la cuadrilla como sobresaliente de espada, clavó al primer becerro una banderilla sentado en la silla, y pocos momentos después cayó al suelo, y al llevarlo á la enfermería estaba muerto. No tenía herida alguna, ni al parecer sufrió varetazo. Tal vez una congestión causada por la agitada faena que, llevado por su afición, hizo en aquella fiesta, le ocasionó la muerte.

Algareño.—Toro célebre en la ganadería de Hidalgo Barquero, por haber matado en el redondel de la plaza de Jerez de la Frontera diecinueve caballos, y porque habiéndosele perdonado la vida, al salir los cabestros para conducirle al corral, acometió á uno de ellos y le mató. Solamente para salir obedeció á la voz de su mayoral.

Alicantiño, José.—En un cartel de 1826 figura este individuo como picador, discípulo del famoso Corchado. No creemos hiciera milagros.

Almeida, Luis d'.—Al final de la página 78 de este libro, va mencionado este distinguido escritor portugués. Posteriormente hemos averiguado que fué un buen poeta, teniente de artillería del ejército de su nación, y que falleció en Mayo de 1877.

Alonso, Francisco *(El Redondillo)*.—Banderillero moderno, que no tiene mala facha ni se da mala maña, considerado como principiante. Parece valiente, pero de estos chicos atrevidos no se puede formar juicio, hasta que reciben el bautismo de sangre.

Alonso, Atanasio *(El Rata)*.—Novillero en 1886. Es decir, que mataba toros hace diez años, y que hoy no los mata, y si lo verifica es tan en secreto, que por los círculos taurinos no se le oye nombrar. No recordamos haberle visto torear.

Alonso Avecilla y Soler, D. Ernesto.—Fué un distinguido teniente de navío de la Armada española, nacido en 31 de Diciembre de 1845, que sostuvo muchos años en la Habana la afición á las fiestas de toros, dando corridas en la Plaza de Belascoain, en que mataba toros del país con mucho lucimiento. Puede decirse, sin temor de equivocarse, que los *militares* de todas graduaciones son los que en toda América han implantado la afición taurina, arraigándola de tal modo, que desde su época en adelante es cuando han ido allá en mayor número los toros y toreros españoles.

Murió en la Habana en 4 de Marzo de 1876.

Alvarado, Manuel.—Malagueño y segundo espada de la cuadrilla del matador Santana, por los años del 37 al 47 del presente siglo. Retirado del toreo dicho espada, quedó Alvarado al frente de los coletas malagueños, y en muchas novilladas tomó parte, sin excederse á procurar mayor categoría.

Era valiente, impetuoso para herir, y aunque menos torero que Santana, hacía temeridades. La cualidad de ser zurdo le facilitaba matar con la mano izquierda. Se retiró definitivamente del toreo en 1852.

Alvarez Moya, D. Pedro.—El distinguido comandante del arma de caballería que falleció en Granada el 22 de Julio de 1891, fué un notable aficionado práctico que en distintas ocasiones y plazas tomó parte como matador con general aplauso de sus amigos y admiradores. Alvarez Moya, poseedor de buena fortuna y propietario en Málaga donde había nacido, siendo sus padres don Antonio María Alvarez y doña Purificación Moya, hallábase de guarnición en Granada, en 1879, y viendo que todos los proyectos habían fracasado para erigir una nueva plaza de toros en reemplazo de la antigua de la Real Maestranza de Caballería, que un incendio consumió en 1876, determinó llevar á cabo la obra, ya juzgada imposible, dotando á Granada de un buen *circo*. Las felicitaciones que por su desinterés recibió Alvarez Moya aun se recuerdan, faltando poco para que los granadinos le elevasen una estatua.

Desgraciadamente y á pesar de la ayuda que le prestaron aquel Ayuntamiento, cediéndole extenso terreno inmediato á la Alameda del Triunfo, así como varios particulares que facilitaron materiales con gran bonificación en los precios, el negocio no resultó bueno y Alvarez Moya perdía, como empresa, un dineral hasta que convencido de la fatalidad ó de la poca afición de los granadinos, determinose á arrendar el circo, que por otra parte se desmejoraba visiblemente, hasta el punto que un ciclón, en 1890, arrancó todo el cuerpo del segundo piso, sepultando en revuelto haz columnas de hierro, barandillas, techumbres, asientos de gradas y palcos en el centro del redondel. Por consecuencia de esta importantísima desmejora hubo que desmontar los basamentos del citado segundo cuerpo de plaza y prescindir de él en absoluto, dejando reducido á un solo cuerpo la parte superior á los tendidos.

Por este accidente ha disminuido la cabida total del *circo* que hoy solo puede ofrecer á lo sumo, asientos para 9.000 personas.

Alvarez Moya que adquirió en arrendamiento la famosa dehesa *La Caldera*, del Sr. Marqués de Romero-Toro, en jurisdicción de Alcaudete, tuvo también una punta de vacas y novillos de la ganadería brava de D. Pedro Moreno Rodríguez, de Arcos de la Frontera, pero vicisitudes de los malos años y pérdidas importantes, hicieron desaparecer dicha naciente ganadería.

La plaza de toros de Granada es hoy de la propiedad de los hijos de D. Pedro Alvarez Moya á quien siempre le recordaremos por un cumplido caballero y excelente aficionado. Granada le debe tener plaza, sin cuyo motivo la feria de aquella población y sus festejos del Corpus, no tendrían la resonancia que en justicia hay que concederle.

El estreno de dicha plaza se verificó con dos corridas en los días 3 y 4 de Abril de 1880, lidiándose ganado de Miura y Laffitte y Castro, por las cuadrillas de *Lagartijo*, *Frascuelo* y *Cara-ancha*.

Alvarez, D. Luis.—Pintor contemporáneo, natural de Madrid, discípulo de la Escuela Especial de Pintura y de las Academias de Italia, residente en Roma y corresponsal en dicho punto de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre otros muchos trabajos que le han dado gran reputación y numerosos premios, se cuenta el que tituló *Costumbres españolas*, en que figuran varios toreros con trajes de luces y con varias mujeres del pueblo, en una tienda de Andalucía; lienzo de admirable efecto, luz brillante, y de grandes dimensiones.

Alvarez, José (*El Chaira*).—Fué un banderillero que vivió y murió en Badajoz, en cuya plaza toreaba siempre que en ella había corridas y también si se le proporcionaba en algún otro punto. Durante el invierno volvía á su oficio de zapatero, que dejaba en verano por el de torero. Es posible que hiciese más prodigios ante la suela que ante los toros; pero, en fin, el hombre cumplía bien y era muy querido por su modestia y honradez. Su época fué anterior al año de 1885.

Anfiteatro.—Monumento que los romanos destinaron á espectáculos públicos, principalmente al combate de hombres, y al de éstos con las fieras; consistía en un espacioso edificio circular ó elíptico, compuesto de gradas, con galerías y pórticos para la entrada del público; en el centro una gran plaza que llamaban «Arena», y con fachada exterior, á que daban con frecuencia carácter monumental.

Indudablemente, del recuerdo de tales edificios se ha tomado la imitación y conocimientos necesarios para la construcción de nuestras plazas de toros, y los estudios de los arquitectos modernos sobre la *antigüedad clásica*, han debido servirles de modelo para realizarlo, puesto que se diferencian muy poco en su distribución, excepción hecha de los compartimientos interiores.

A pesar de que en la voz Plazas hemos dado extensas noticias acerca de su construcción, solidez, época y cabida, no creemos inútil añadir algunas otras, que complementen ramo tan importante de la arqueología.

Ya dijimos que César fué el primero que hizo construir en Roma un circo de madera para las luchas sangrientas, y añadiremos, que en su tiempo, Cayo Escribonio Curio, para solemnizar los funerales de su padre, edificó otro más pequeño,

también de tablas. Después, el primero de piedra que tuvo Roma, fué el de *Statilius Taurus*, en tiempos de Augusto, en el año 734 de la fundación de la gran ciudad, y el más célebre y soberbio, el *coliseo*, de que hemos dado extensa razón, y que fué edificado en el mismo lugar que ocuparon los jardines del palacio de Nerón. Más noticias pudiéramos dar acerca de tan grandioso monumento, pero no queremos se nos tache de prolijos. Diremos, sin embargo, para completar las que tenemos dadas, que aun existen, más ó menos deteriorados, los anfiteatros construídos por los romanos en Capua, Itálica, Verona, Tysdro, Pola, Pompeya y Pozzuoli, además de los antes mencionados en este libro, que si no estuviese dedicado exclusivamente á cuanto á las lidias de toros se concreta, nos ocuparíamos con detención, porque ciertamente lo merecen, de las consideraciones que el Sr. Castelar hace en su precioso libro *Recuerdos de Italia*, acerca del famoso anfiteatro, de las muy notables del Sr. Catalina, y del detenido y concienzudo estudio que sobre el asunto ha hecho nuestro distinguido amigo D. Ricardo García.

Anchavía.—Toro de la ganadería de D. Joaquín Pérez de la Concha, vecino de Sevilla, que en la villa de Zafra fué tan bravo, que en las varas mató siete caballos, y habiendo saltado la barrera en persecución de un peón, hirió gravemente á un soldado y á un vendedor de quincalla, que falleció de resultas de las heridas. Consecuencias de haber entre barreras gente inútil.

Antas, Fernando.—Fué uno de los mejores mozos de forcado en Portugal; de familia noble, y que obtuvo el título de Conde das Antas. Tomó parte en varias corridas de hidalgos y de beneficencia, y á él nos referimos en la página 91.

Murió tísico, hará próximamente unos dos años.

Arana, D. José.—¿Por qué figura este señor en el *Diccionario taurómaco*? ¿Es, acaso, escritor, pintor ó artista de los que se supone versados en el arte de *Pepe Illo*? Nada de eso. Arana es un industrial activo, inteligente y honrado que trabaja con ahinco para obtener la debida recompensa, y aunque es muy aficionado á la fiesta nacional, de ahí no pasa su participación en la materia. Pero tiene un mérito especialísimo que posee cual ninguno. Es el primer *propagandista* de nuestra fiesta nacional y á su iniciativa y aptitud se debe que sea conocida, con todo su esplendor, por la nación vecina. Con las corridas de primer órden que hace celebrar en su plaza de San Sebastián (Guipúzcoa) y para las cuales no omite medio ni sacrificio de ninguna clase por costoso que sea, ha conseguido que vengan á España, á presenciarlas, miles de extranjeros que, entusiasmados con tan brillante espectáculo, han transportado á su país, si bien

con toreros nuestros, corridas de toros á la española, construyendo circos en los principales puntos del Mediodía de Francia. Mejor que con predicaciones, libros y folletos, ha logrado prácticamente, enseñándoles las bellezas de la fiesta, extenderla y propagarla de tal modo, que no se concibe el veraneo en San Sebastián, ni la frenética alegría de los franceses, sin las célebres funciones de Agosto, que organiza, á veces, con un año de anticipación, espléndidamente y con notable acierto. No hay nadie que con más razón pueda ostentar el título de *propagandista* que Arana el campechano, el francote, como le llaman los aficionados.

Arana, Antonio *(Jarana).*—No fué *Frascuelo*, como nos hicieron decir en la página 97, primera columna, línea 15, el maestro que dió la alternativa, en Madrid, á este lidiador de toros, sino Luis Mazzantini y Eguía.

Fácilmente se comprende la equivocación, con solo recordar que antes de la fecha en que se realizó, habíase ya retirado del toreo el inolvidable Salvador Sánchez.

Argelino.—Becerro, procedente de Africa, que en 15 de Junio de 1881, en una becerrada cele-

brada por varios aficionados en Barcelona, causó la muerte á D. Pablo Weyler, hijo de un médico alemán, al poner banderillas.

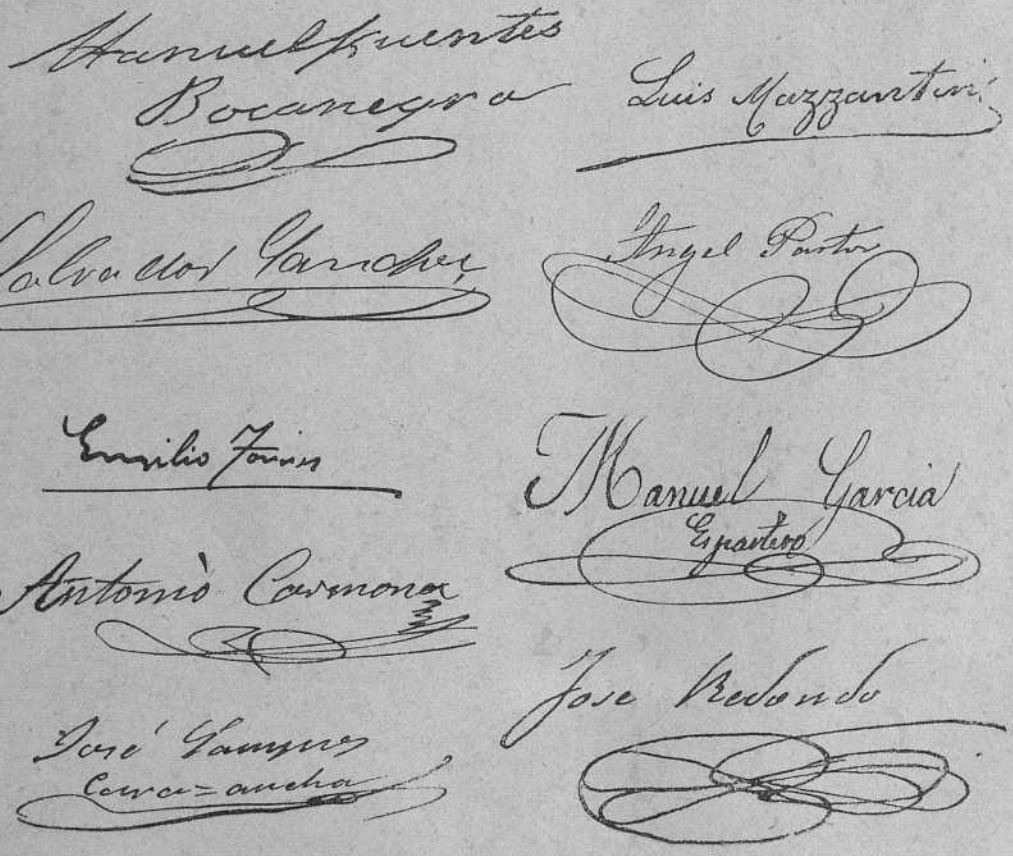
Ariza, José.—Dicen que en Granada ejercía el oficio de cortador de carnes, y quizás por esto se hizo espada novillero, como si tuviera relación lo uno con lo otro. En Málaga trabajó tres corridas que dió el Excmo. Ayuntamiento, en la plaza pública nombrada de la Constitución, con motivo de haberse hecho el convenio de Vergara. En las citadas tardes de los días 6, 13 y 14 de Octubre de 1839, quedó el hombre malamente, pues á más de tener mucho miedo, se hizo antipático al público por lo feo que era, con lo cual le abuchearon de lo lindo.

Asesino —Toro de la ganadería de Carriquiri, que hoy posee el Conde de Espoz y Mina; fué encajonado en Noviembre de 1882 para ser lidiado en Madrid y murió dentro del cajón destrozándose los cuernos y manos al verse encerrado.

Augusto, Cesáreo *(O Gargalhadas).*—Este pegador portugués, referido en la página 112, ha fallecido según noticias que de aquel reino han participado.

Autógrafos.—Aunque no pertenecemos al número de los que quieren conocer á los hombres, por las líneas que trazan en el papel, creemos conveniente para que nada útil falte en nuestro *Diccionario*, dar en él clara y distintamente las firmas que unos usaron y otros usan en el día, aquellos que han tenido y tienen relación directa ó indirecta con el arte de torear. Claro es que ese trabajo sería interminable, si hubieramos de incluir en él, á todos los toreros, ganaderos, escritores, artistas y aficionados que realmente lo merecen, y esa es la razón de que limitemos á muy pocas de las notabilidades más salientes, la reproducción de sus firmas autógrafas. Algunos también de los que son acreedores á esta mención especial, faltarán en ella, por no habernos sido posible obtener los originales, ó porque ha habido toreros sin saber leer ni escribir...

Toreros



Geronimo Jose Candido

Joseph, illo

Jose Romero

Manuel Hermosilla

Pedro Romero

Juan Jph. de Rueda

Josef Maria Rodriguez

Antonio Gil

Laureano de ortega y Lopez

Fran.co Montes

Antonio de los S.tos

Juan Martin

Rafael Molina

Lagartijo

Manuel Dominguez

Fernando Gomez

Juan Ruiz Laga

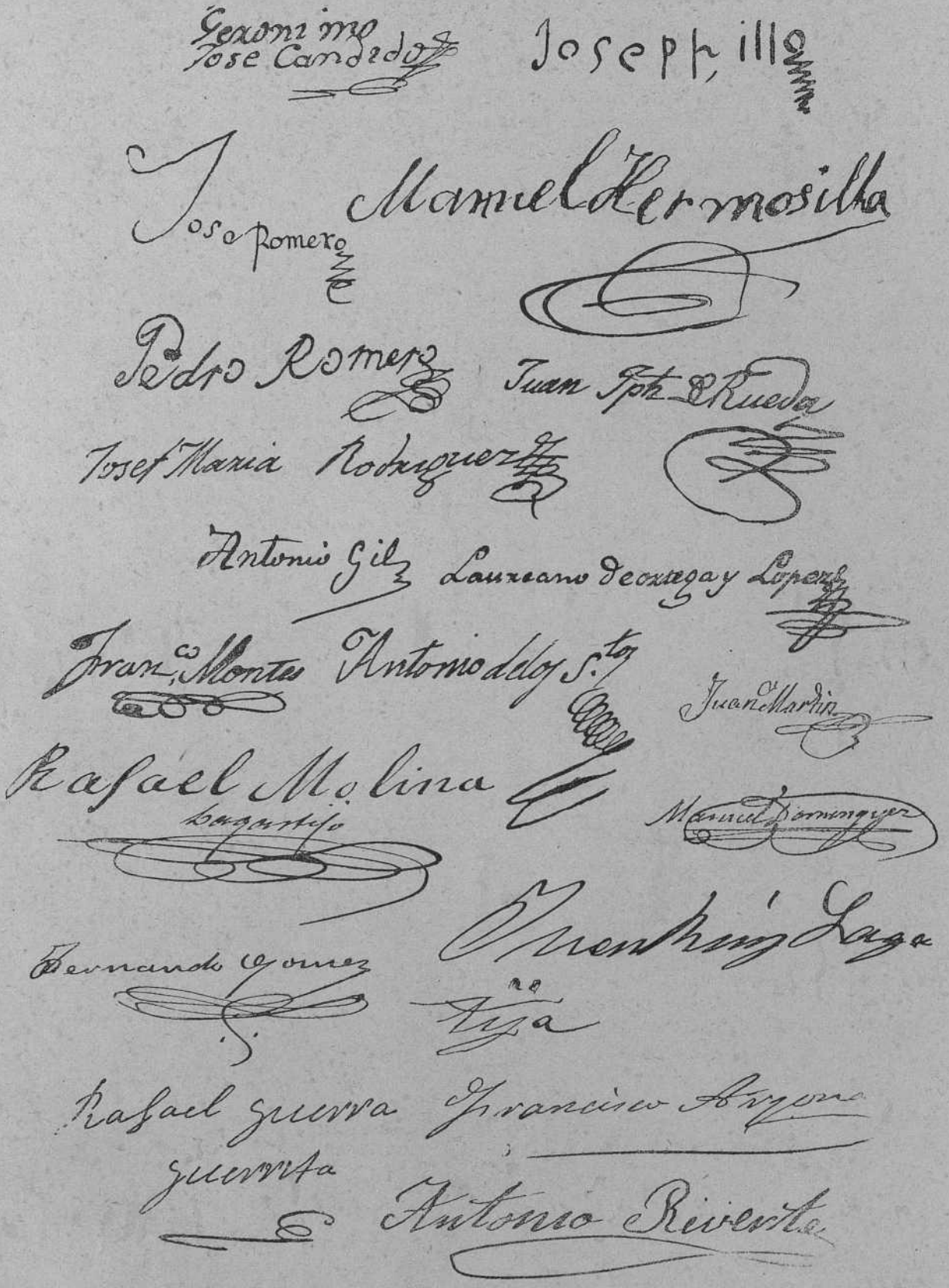
Tija

Rafael guerra

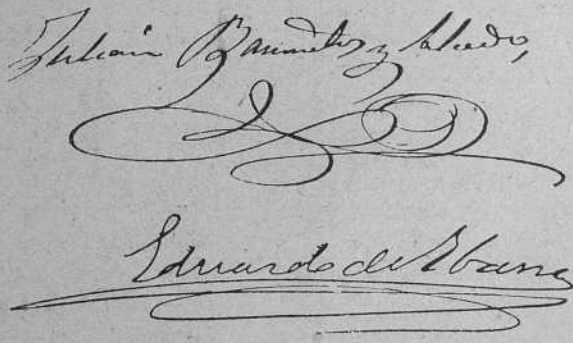
guerrita

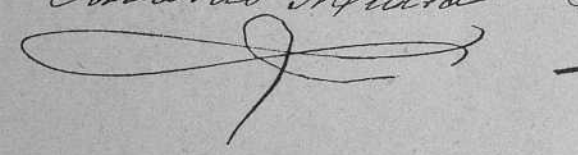
Francisco Arzona

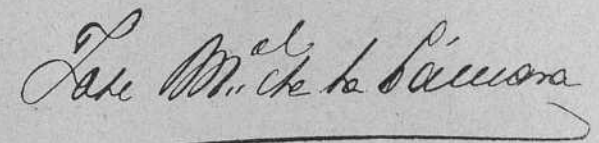
Antonio Riverte

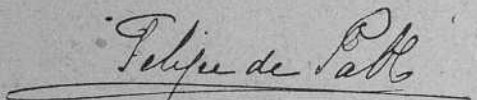


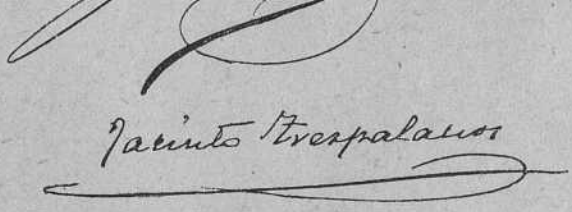
Ganaderos

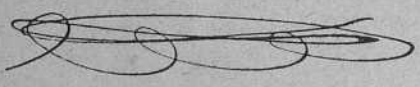


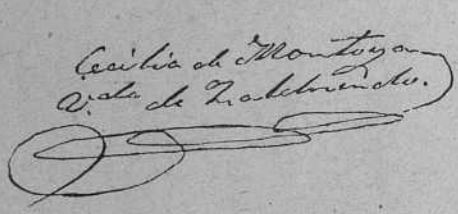


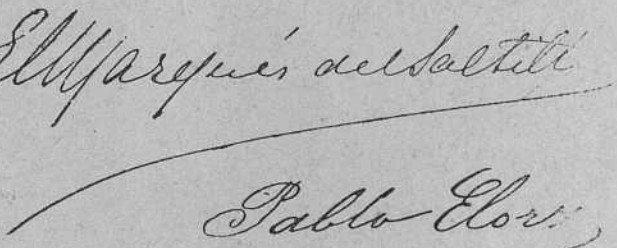


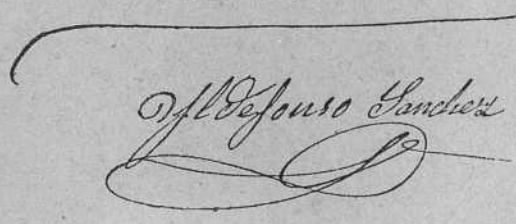


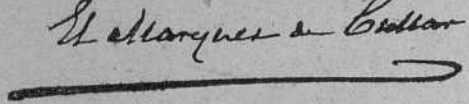


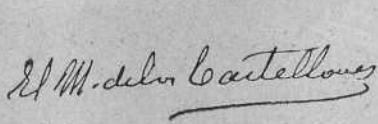


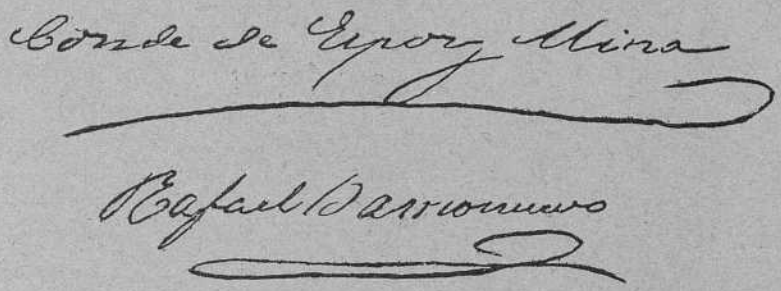


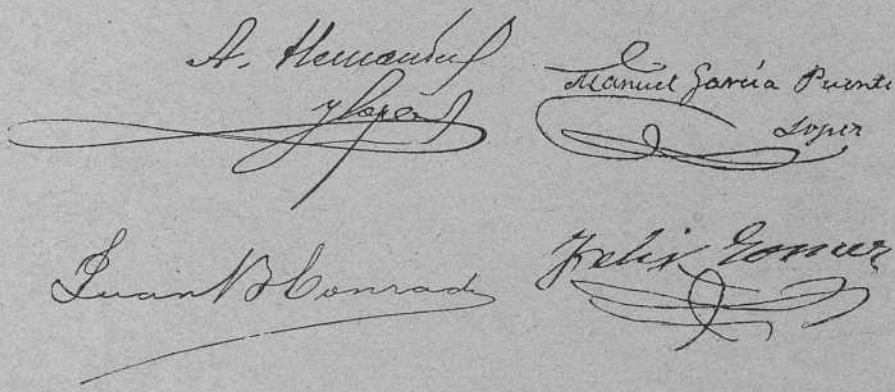




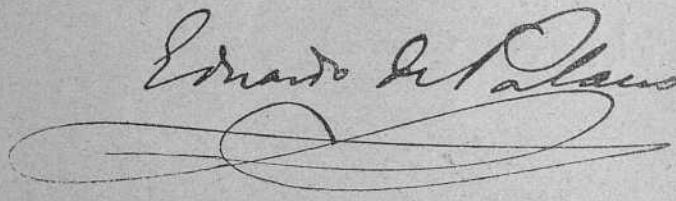


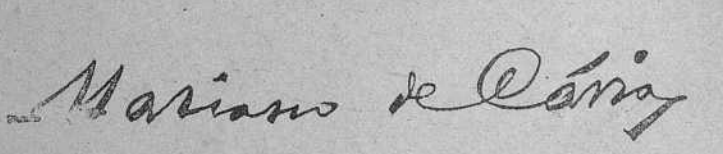


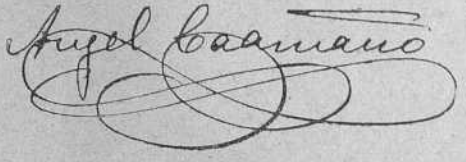


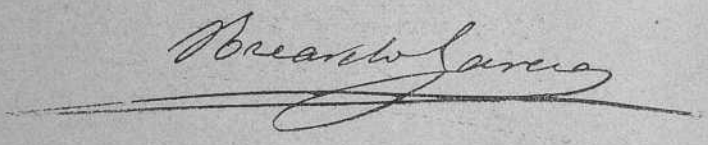


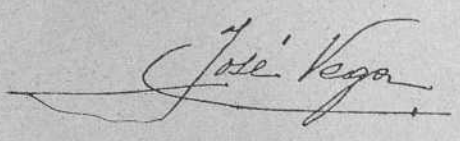
Escritores

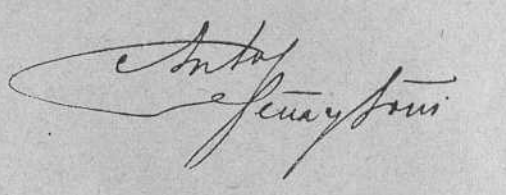


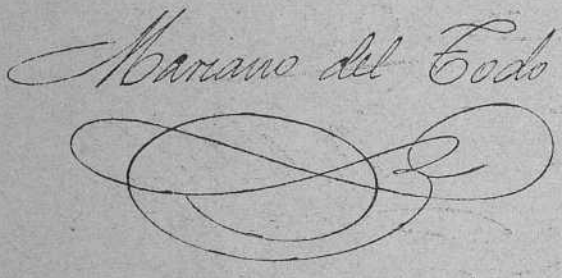


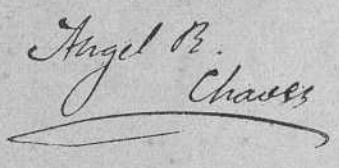


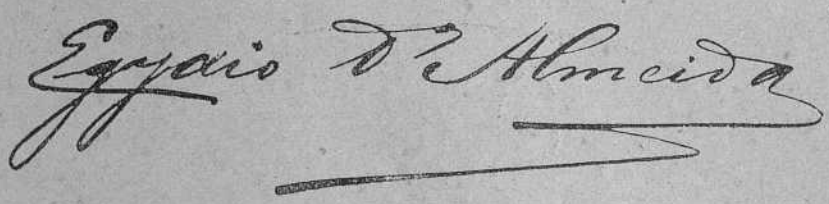


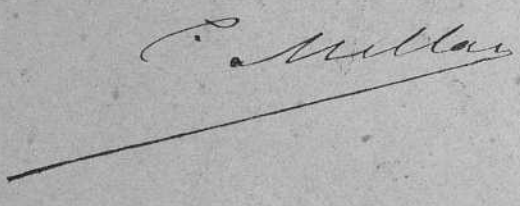


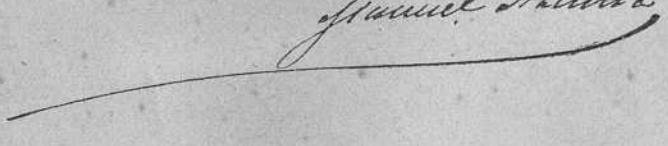




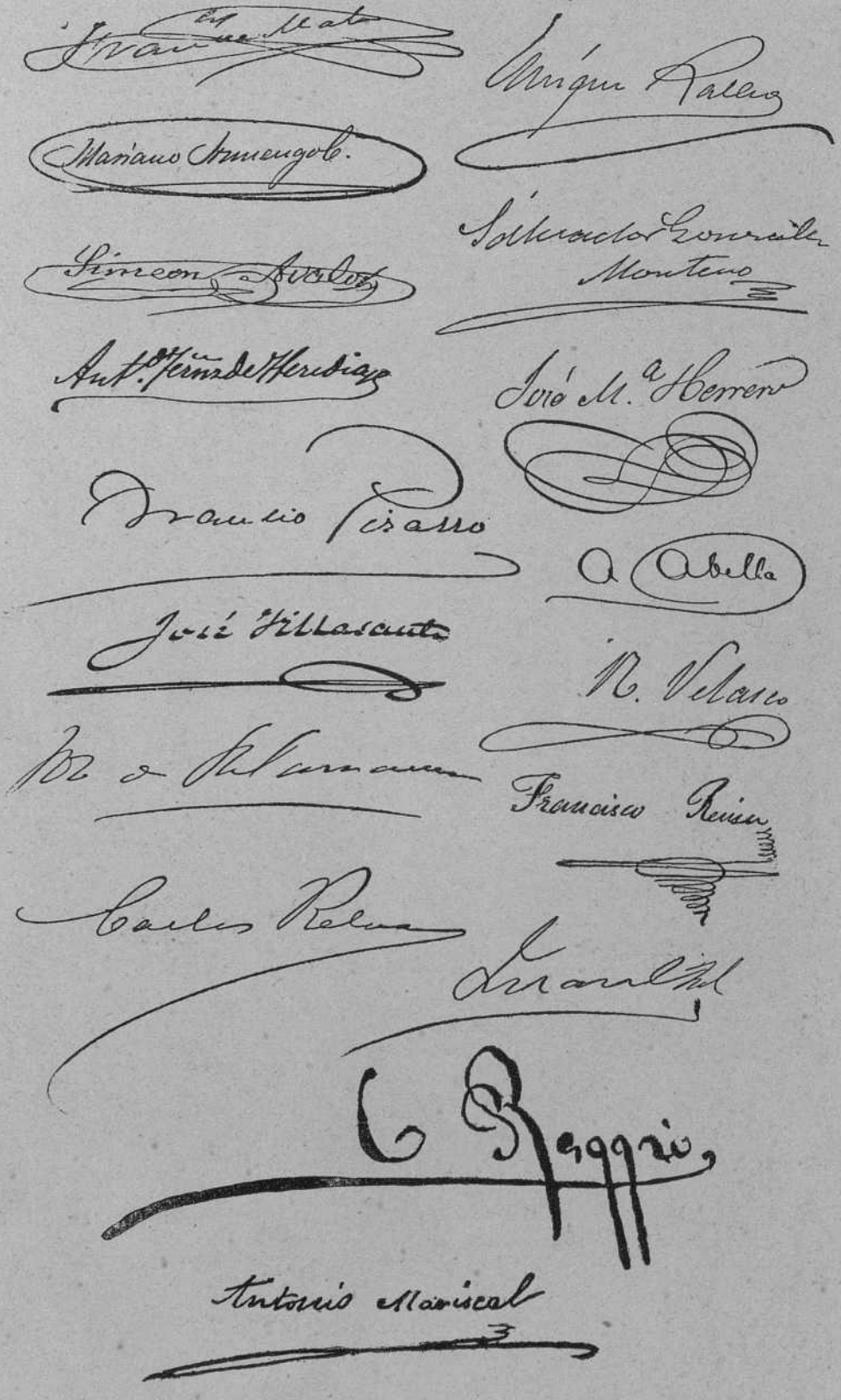




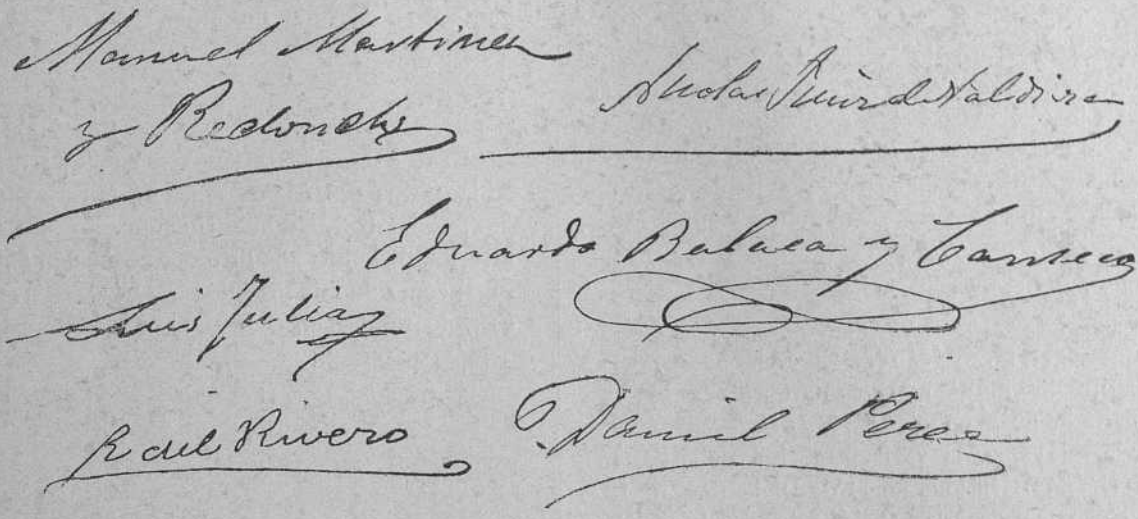




Aficionados



Artistas



Avinagrado.—Esta calificación dieron á la pinta de un toro llamado *Jabonero*, de la ganadería de D. Ramón Sierra y á otro de la misma vacada que nombraron el *Zorrica*, en las Corridas Reales que se verificaron en la plaza Mayor de Madrid el año 1803, con motivo del doble matrimonio del entonces príncipe Fernando con la princesa María Antonia, y de la infanta Isabel con el príncipe heredero de Nápoles.

No hemos hallado papel alguno que indique, ni nadie de cuantos han sido preguntados por nosotros ha sabido darnos razón, de cuál pudo ser el color de la piel de dichos toros, porque llamarla *avinagrada* nada dice, si se comprende que se refiera á otra cosa que á la condición de las reses, pero no á su pinta.

Tal vez sería lo que hoy llamamos *jabonero*.

Avisos.—Son varios los que envían los Presidentes de las corridas de toros, por medio de los alguaciles de servicio, á los toreros que se retrasan en el cumplimiento de su obligación con la presteza que exigen los reglamentos. Después de los avisos ó amonestaciones que se dirigen á los picadores son los más importantes los que se dan á los matadores, cuando tienen al toro penando y sin concluir con él más de un cuarto de hora. Se les envía el primero, que equivale á un apercibimiento, á los trece minutos de haber tomado la muleta; á los dos minutos después, se les da por el Alguacil el segundo y en seguida, si no ha muerto el toro, ábrense las puertas de los corrales, salen los cabestros y llévanse á la res.

No siempre en los avisos hay justa exactitud ni prudencia.

Azafranero.—Toro retinto listón, de gran romana, perteneciente á la ganadería de la Sra. Viuda de Gota, vecina de Tudela, lidiado en Tarazona de Aragón en lugar preferente el día 28 de Agosto de 1888. Infirió una grave herida al infortunado *Espartero*, inutilizó al sobresaliente *Loco* y acobardó á toda la cuadrilla, teniendo que suspender por estos motivos la función en medio de un gran escándalo.

Azcona.—En tiempos antiguos llamaban así á una lanzuela de que los montañeses usaban. Covarrubias dice que era arma arrojadiza, como dardo y azagaya, de lo que deducimos que de ahí viene el origen de las actuales banderillas. El concienzudo escritor D. Pascual Millán, en su precioso libro *Los toros en Madrid*, menciona, que en el siglo XIII, los matadores «después de bohordar á las reses bravas, y dispararlas dardos y azconas, los alanceaban y si la lanzada era insuficiente para acabar con el toro, se acudía al venablo» y añade que Vargas Ponce afirma que, todavía en el siglo XIII referido, eran los dardos arrojadizos las principales armas del coso. Lo que no sabemos es cómo los pondrían, aunque sí es de creer que fuese, tanto á pie como á caballo, esperándolos ó persiguiéndolos.

En las cuentas de D. Sancho El Bravo, que se guardan en la Biblioteca Real, hay razón de quince azconas *quebradas* en los toros lidiados en Molina, el año 1294. ¿No parece esto indicar que eran armas parecidas al rejoncillo, que se *quiebra* al clavarle?

B

Bailador.—Toro de la ganadería de D. Andrés Fontecilla, que el 25 de Agosto de 1883, en la plaza de Linares, mató catorce caballos en diecisiete varas; tan certero fué al herir. Ya en la ganadería había inutilizado cinco toros y había padreado. Causó gran entusiasmo su bravura y fué disecada su cabeza.

Balaguer, D. Víctor.—El esclarecido poeta y distinguido político de este nombre escribía hace cuarenta años en el *Diario de Barcelona*, á veces toda en verso, la revista taurina de la semana. Nació en Barcelona en 11 de Diciembre de 1823 y cursó la carrera de jurisprudencia. Su afición á los estudios históricos, de que dió claras muestras en su juventud desde el periódico la *Crónica de Cataluña*, hizo que el Ayuntamiento de Barcelona le nombrase su cronista en 1851 cargo vacante desde el año 1716. Afiliado al partido progresista, obtuvo después de las vicisitudes consiguientes, el cargo de Ministro de la corona, y pertenece á las Reales Academias de la Historia y de la Lengua. Ha colaborado en muchísimos periódicos literarios y artísticos, ha escrito diferentes novelas, ha dado al teatro varias producciones, y por último ha fundado en Villanueva y Geltrú una Biblioteca-Museo que lleva su nombre. Véase como no se han desdeñado de ocuparse en la fiesta nacional los hombres más eminentes.

Baratero.—Célebre toro, negro lombardo, listón, meleno y cornibrocho de la ganadería de Doña Dolores Monge, viuda de Muruve, lidiado en quinto lugar en la primera de las cuatro corridas de estreno de la nueva plaza de Málaga el 11 de Junio de 1876. Muy duro al hierro, gran poder, certero y seco hiriendo, recibió diecisiete varas por seis caídas á los picadores y siete caballos muertos. Hizo la pelea en un tercio del redondel, le coleó tres veces el *Gordito*, que le mato. La cabeza de este toro fué disecada por un doctor alemán que se la llevó á la exposición de Viena.

Batalha, Francisco Cárlos.—Hicimos mención de este lidiador portugués, en la página 128 pero no dijimos que había nacido en Lisboa en 18 de Febrero de 1841 y falleció en 7 de Abril de 1882 Se dedicó primeramente al comercio y luego fué empleado en la escuela de equitación del Marqués de Castelho Melhor. Se estrenó como lidiador en la plaza de Almada en 1863 y en 12 de Junio del mismo año debutó en la plaza de Campo de Santa Ana, pasando después á torear á casi todas las plazas portuguesas Era un jinete muy notable.

Batalha, Juan Cipriano—A lo que dijimos en la página 128, acerca de las brillantes cualidades de este distinguido aficionado á nuestra fiesta favorita, podemos añadir que es conocido en Portugal como uno de los mejores revisteros de toros: escribió reseñas en *O Reporter*, *Cúchares*, *Naçao* y

Economista. Fué propietario con Salvador Marqués de la revista *O Toureiro*; socio fundador de la Empresa tauromáquica lisbonense, propietaria de la plaza de Campo Pequeño, y administrador de la misma cuando se inauguró. En el periódico *Sol é Sombra*, redactó reseñas con el pseudónimo *Tío Franquezas*, y es sensible que, por decir en él verdades, haya dejado la pluma que tan alto puso su nombre en el periodismo taurino.

Bejarano, Antonio *(Pegote)*.—Los cajistas omitieron en la página 131, segunda columna, línea 10, al imprimir el nombre de este picador, la palabra primo, que debe ir antepuesta á la de hermano. Son, pues, primos hermanos este diestro y Rafael Bejarano.

Beneyto, José *(Chato)*.—Picador de toros, modesto, voluntario y de regulares condiciones. Precísale trabajar con más frecuencia, para que no se

enmohezcan las armas y entorpezcan los sentidos. Creemos que es natural de Alicante.

Bengoechea, Artimodoro *(Pedrós)*.— Picador en novilladas muy moderno. Parece voluntarioso y atrevido: así se empieza. Que no ceje en su empeño y estudie dentro y fuera del redondel, teniendo entendido que al principio son las penalidades y que estas aumentan en proporción á las energías ó decaimientos.

Benitez, Francisco.—Mataba novillos y toros, pero si es el mismo que en 1818 lo verificaba, y el que, según cartel de 1830, trabajó en la plaza del Puerto de Santa María en clase de sobresaliente de espada, bien atrasada llevaba la carrera. Era natural de dicha ciudad y le llamaban *el Panadero*.

Benitez, Francisco *(El Panadero)*.—Era natural del Puerto de Santa María y según un cartel de corrida en 1830, en la ciudad citada, se anunció como sobresaliente de espada por delante de Francisco Montes *(Paquiro)*, lo cual contradice la opinión, generalmente creida, de que éste famoso diestro no fué banderillero; juzgamos oportuno con este motivo, decir que Montes, aunque no sintiese predilección por las banderillas, dada su seriedad, tuvo que hacer lo mismo que otros, más ó menos tiempo, y que algo se vería en él para concederle puesto de matador cuando en esta corrida, que se efectuó en el año 1830, día 1.º de Junio figuró de sobresaliente de espada, en segundo término, como llevamos dicho.

El Panadero puede que fuese el que ya en 1818 mataba novillos, del cual hemos hecho mención baja el nombre de Francisco Benitez, sin alias y natural del Puerto de Santa María.

Bento d' Araujo, José.—Ampliando las noticias que, respecto de este valiente rejoneador portugués, dimos en la segunda columna de la página 138 y que no hemos podido obtener oportunamente, diremos: que este popularísimo en Portugal, torero excepcional, por su buen trabajo y excelente carácter, nació en Lisboa en 1852 y desde muy joven demostró gran afición á las corridas de toros, hasta que en 1871 tomó parte en una corrida, como mozo de forcado, siguiendo después por afición *pegando* toros, hasta que en 1874 hizo su presentación como caballero en plaza en la de Junqueira, siguiendo luego toreando en todas las de su país, en muchas de de las de España y Francia con general aplauso. En 1896 ha marcha-

do al Brasil con excelente contrata. El tipo de farpeador que ocupa la página 287, equivocó el nombre de la figura que representa, atribuyéndosele á Bento d'Araujo.

Bien parado.—De esa manera calificaron á algún toro de los corridos en las fiestas Reales de 1803, como significación del color ó pinta de su piel. Parécenos que omitieron esta circunstancia y se contentaron con aludir al trapío de la res, porque como color nunca han sonado aquellas palabras.

Bizet, Mr. George.—Si hemos incluído en esta obra á los autores de la música de preciosas zarzuelas españolas que más ó menos directamente aluden á nuestra fiesta nacional, con mayor razón debemos mencionar al célebre músico, autor de la única ópera *torera* que se ha escrito, reproducción hermosísima, con mucho color y calor de nuestras costumbres. *Carmen*, que así titula á su preciosa partitura, es un tipo puramente español, lo mismo que el torero Escamillo, que aunque matador fingido, ó de creación artística, vale más que muchos auténticos, ó sea de carne y hueso.

Alguna vez los franceses habían de ocuparse, sin desdorarnos con mentidas frases, en asuntos españoles.

Blanco Eduardo *(Riñones)*.—El hombre podrá ser más ó menos entendido en el arte de picar toros, pero á montar á caballo y á demostrar valor hay pocos que le ganen.

Bocangel Unçueta, D. Gabriel.—Este señor que se titulaba contador de resultas de S. M., escribió y publicó en Madrid, en 1 648, un largo romance dedicado á los cuatro Excmos. Sres. que lidiaron toros en la tarde del día 6 de Julio de aquel año en una fiesta real y *votiva* que celebró Madrid á honor de San Juan Bautista. Se desprende del relato que hace el autor, que los lidiadores fueron Enríquez, Uceda, Gómez, Meneses y Padilla, en cuyo elogio apura todos los encomios imaginables.

Bol y Buyolo, D. Juan.—Autor, en colaboración, del Reglamento para las corridas de toros que rige actualmente en la plaza de Málaga. Está escrito con tal claridad y con tal conocimiento de

lo que son las lidias taurinas, que bien se conoce la pluma de quien le redactó, á pesar de haberlo tenido que verificar en breves horas.

Posee dicho señor un precioso museo de objetos pertenecientes al arte de torear: le ha formado á fuerza de constancia y de gastos, en cerca de cuarenta años, dando ejemplo de excelente aficionado. Allí, aparte de muchos y muy interesantes documentos taurinos, de mérito extraordinario, se encuentran maniquíes en abundancia, ostentando vistosos trajes de toreros de á pie y de á caballo; infinidad de prendas de vestir para la la lidia, inclusas las de monos sabios consérvalas cuidadosamente: una docena y media de estoques, son parte de la riqueza de aquella colección, figurando entre ellos uno que perteneció al gran Pedro Romero, otro al célebre Francisco Montes otro de *Cúchares*, otro del famoso *Chiclanero*, que perteneció sucesivamente al *Gordito* y á *Cara-ancha*, otro de Domínguez, con puño de plata, que le fué regalado por el Ayuntamiento de Sevilla, y además la espada que el Gran Duque Nicolás de Rusia regaló al renombrado Rafael Guerra. Coronan tan preciado museo más de una docena de cabezas de toros célebres perfectamente disecadas.

Puede el Sr. Bol vanagloriarse de ser el mejor coleccionador de objetos tauriños que conocemos los aficionados modernos y antiguos.

Boquirrubio.—Llamaban así á principios de siglo, al toro que tenía de un color más claro el hocico que el resto de su cuerpo; pero entendiéndose que debía ser aquella parte anteada, ó jabonera como ahora decimos, y en la misma forma que los toros jocineros ó rebarbos.

Borrás y Bayonés, José.—Periodista distinguido que hace pocos años escribía en *El Nuevo Diario de Badajoz* preciosas revistas de toros, tanto en prosa como en verso.

Botas, Manuel.—Hijo de Antonio Manuel Botas y de Ana María, nació en Lisboa en 1825 y debutó en la plaza de Alhandra en 1841, siendo contratado en 1843 en la de Campo de Santa Ana y trabajó como banderillero en muchas provincias de aquel reino. Escaso ya de facultades, hace bastantes años que ocupa el lugar de *Inteligente* en la Plaza de Campo Pequeño, de Lisboa. Sirvan estos apuntes de adición á lo dicho en la página 146 acerca de este lidiador lusitano.

Boticario.—Cabestro de la ganadería de D. José Sánchez Molina, vecino de las Navas de San Juan (Jaén), que en la mañana del día 4 de Agosto de 1878 causó la muerte al picador José Pérez *(Bigornia)* en un pasillo de los corrales de la Plaza de Málaga. Consecuencias de no tener bueyes amaestrados ciertas vacadas.

Bracamonte, Antonio *(El Barberillo).*—Un torero de pocas pretensiones, natural de Badajoz, que, como otros muchos empezó pegando en novilladas de convite y ha concluído por dedicarse al toreo. No es conocido más que en Extremadura y Portugal y eso no en todas las plazas, ni en todas bien.

Burgos, D. Javier.—Autor con D. Tomás Luceño de la letra de *Fiesta Nacional* y de otras piezas cómicas en que se encomian las funciones de toros. Es feliz en la imitación del género que inició en sus sainetes el célebre D. Ramón de la Cruz, es fecundísimo y cada día más celebradas sus com-

posiciones literarias, escritas todas ellas con una corrección, con una espontanidad y un ingenio tales que seducen al menos aficionado á la literatura.

Bustamante, Juan José.—Banderillero sevillano y muy distinguido á quien se le designaba con el alias de *Pichoco padre*.

En 1845 picó novillos con el que luego fué famoso matador Juan Lucas Blanco en una corrida en Sevilla, invirtiendo los papeles ó funciones de torero de á pié por de á caballo.

C

Caballero, Joaquín.—Delgadito, alto y... uno de los del montón, que en 1871 se hizo matador de toros en novilladas, quizá porque lo era su hermano Gerardo.

Cabañas Ventura, D. Felipe.—Excelente aficionado y escritor que en 1896 ha publicado con el pseudónimo de *Primores* unos apuntes para la historia del toreo en Extremadura, que llevan por título *Badajoz Taurino*. Con gran conocimiento de datos está redactado y con noticias que no por ser de localidad, dejan de tener gran interés y atractivo. A cien kilómetros se distingue el entusiasmo que por el arte de Montes siente este escritor de recomendables circunstancias.

Cachirulo.—Esta voz puramente taurina, aunque muy anticuada, se usa todavía en algunas provincias de España, en equivalencia de la palabra «Moña». En el siglo XIV ya era conocida, puesto que Vargas Ponce escribió: «En las fiestas dadas por el Rey de Castilla en 1302 para solemnizar la derrota agarena, se corrieron toros con muy vistosos *cachirulos*».

En Soria, cada distrito ó barrio de los que cuenta la población, costea y regala el *cachirulo* que ha de lucir su toro en las fiestas de San Juan; porque hay que advertir, que en estas se corren, primero en la plaza y luego por las calles, tantos toros como barrios tiene el pueblo, y al ser lidiados en la plaza ostentan en el testuz, no en el morrillo, el cachirulo respectivo, hecho por las mozas, que se esmeran en presentarlo muy lujoso.

Después de la lidia (capea y banderillas) que se hace á los toros durante las tardes de Jueves y Viernes, que son de fiesta, se les quita el cachirulo y se les corre enmaromados por las calles en la mañana del Sábado, matándolos en corrales particulares, aunque ya están reventados los pobres animalitos; su carne es repartida entre el vecindario, y con ella, adicionada por los pudientes con pollos, gallinas, etc., condimentan un abundante almuerzo que van á comer al sitio denominado «La Dehesa» el Domingo por la mañana.

Los cachirulos han servido, desde la víspera para adornar las guitarras de los mozos más señalados, y ostentarlos en las serenatas que han dado á los señores principales de los barrios respectivos.

Aun dura en ese punto y otros esa costumbre, y aun llaman á la moña *cachirulo*.

Cachucho.—Un fenómeno de bravura; el mejor toro lidiado hasta hoy en la plaza de Málaga. Lleváronle de reserva y se jugó en séptimo lugar en la tarde del 16 de Junio de 1878; era negro lombardo, pequeño y bizco del derecho; durísimo al hierro, recargando, pegajoso, de gran poder y sabiendo herir, aguantó dieciseis varas en su abultado morrillo, dando nueve caídas y matando ocho jacos. Se quedaba dormido en cada vara, corneando á veces con las dos astas y le metieron el palo de tal modo que al abrirle en el matadero, tenía desecha toda la carne del cerviguillo. Lo quiso matar *Lagartijo* y no pudo lucirse porque *Cachucho* estaba exánime y no se tenía en pie.

Perteneció á la ganadería del Excmo. Sr. Duque de Veragua.

Cachurro.—Toro, que, en la ciudad de Guadalajara, el 15 de Octubre de 1896, causó la muerte al espada Juan Gómez de Lesaca, al saltar éste la barrera. Fué corrido en primer lugar, era buen mozo, retinto, albardao, bien armado y de muchos pies. Le picaron, el *Inglés* y el *Calesero*, y después de banderilleado, lo mató bastante bien, como á los cinco restantes, el valiente Emilio Torres *(Bombita)*.

Camaleño, Leopoldo.—Matador de toros de cierta nombradía en América y de quien hicimos una ligera mención en la página 161. Con nuevos datos, y haciendo caso de la prensa de aquel país, referiremos sucintamente los hechos más relacionados con su vida torera.

Nació en Rioseco, provincia de Valladolid, el 24 de Junio de 1868, siendo hijo de D. Gabriel y de Doña Jacoba Obregón. Estudió el bachillerato, y á los quince años marchó á América con su hermano César en busca de fortuna. Este se colocó en una hacienda y Leopoldo en una tienda de telas

que luego trasladó desde México á Zacatecas, de donde volvió á ser cajero en una casa de comercio. Aficionado como el que más á nuestra fiesta nacional, le dió la idea de tomar un día las banderillas en la mano y salió con ellas á la plaza de Colón, en una corrida de beneficio que organizó el Casino Español.

De aquí parte la vida torera de este jóven, que dejando resueltamente el comercio y toda otra

ocupación, entró de lleno á estudiar el arte que tanto le entusiasma. De segundo espada figuró ya en 14 de Julio de 1889 y desde entonces las plazas de Colón, San Luis, Pachuca, Puebla, Veracruz, Mérida, Guadalajara y otras, pueden dar testimonio de su valor y de sus adelantos. Es de los que más trabajan por allá; está considerado como un excelente matador, de mucha vergüenza, y arrojado, pero no como torero, sin embargo de que dicen que cada día adelanta más.

Caminero.—Al hacer mención de este toro en la página 162, dijimos equivocadamente que usó divisa morada y blanca en vez de azul y verde. Aunque el error le subsanará el lector al saber que el toro perteneció á la ganadería de D. Esteban Hernández, creemos conveniente hacerlo constar, toda vez que dicho señor tenía ganado de tres distintas procedencias, y con otras tantas divisas, y de ahí nació la equivocación que queda subsanada.

Campuzano, D. Tomás.—«Novillos en Villaviciosa» tituló á un bonito dibujo, de gran tamaño, reproducido en la *Ilustración Española y Americana* de 1893, que representa una capea en la plaza del citado pueblo. Es notable su composición. Nació Campuzano en Santander y es discípulo de don Carlos de Haes.

Cañaveral, D. Isaías.—Natural de Sevilla, discípulo de su hermano D. José. En la exposición de 1892 presentó un cuadro que tituló, «Un picador» que figuró con gran aceptación por la pureza del dibujo y colorido.

Capitalistas.—En son de burla y desprecio se da este nombre á la plebe que sale á la plaza en las corridas de novillos á sufrir los revolcones ó algo más que les dan los moruchos embolados. Son muchachos jóvenes en su gran mayoría.

Cardenal, Manuel.—Ha hecho sus ensayos en la plaza del Puente de Vallecas y se ha decidido á poner banderillas, trabajando en alguna novillada en la plaza grande.Es muy pronto para calcular si valdrá ó no, aunque su valentía predispone en su favor.

La circunstancia de no habérsele vuelto á ver en el ruedo y la semejanza de apellido, nos hace sospechar si este y el siguiente será un solo individuo, á quién, por equivocación, cambiarían su nombre en los carteles.

Cardenal, Miguel *(Verduras).*—Banderillero de buenas condiciones, pero que ignoraba en absoluto las reglas del arte. El defecto más principal que tenía era el de retrasarse en la salida de la suerte; y fácil es comprender que todos los toros, y especialmente los muy ligeros, habían de engancharle, como ya le sucedió en 15 de Agosto de 1896, pareando en la plaza de toros de Madrid. De resultas de esa cogida, ha sufrido la amputación de una pierna en el Hospital Provincial, en Febrero de 1897, falleciendo, después, el 10 de Marzo siguiente.

Varios toreros, á cuyo frente figuró el espada Antonio Moreno *(Lagartijillo)*, le acompañaron á la última morada, con otras varias personas, costeando el enterramiento.

¡Lo que es la suerte! Pasará este pobre muchacho á la historia con un nombre que se olvidará pronto, y otros por haberse encumbrado más, aun teniendo igual desgracia, vivirán en la memoria de los aficionados muchos años; que hasta en eso se dejan sentir las jerarquías.

Carral, Antonio *(Carralito).*—Entre el infinito número de matadores de novillos que actualmen-

te pululan en España, cuéntase este, á quien conceden, los que le han visto, valor, mucho valor, pero nada más hasta ahora.

Casado del Alisal, D. José.—Natural de Palencia, premiado con dos primeras medallas y la gran cruz de Isabel la Católica, exdirector de la Academia de Bellas Artes de Roma; en la Exposición de París de 1878 presentó el cuadro *Escenas de la vida torera*, y en la de Bellas Artes de Madrid de 1894, presentó otro cuadro que tituló *El regalo del torero, después de la corrida*. Con decir que es el autor del soberbio lienzo *La rendición de Bailén* y de *La campana de Huesca*, y de otros muchos de indiscutible mérito que se conservan en el Congreso de Diputados, en el Ayuntamiento, en el Ateneo, en el local de Bibliotecas y Museos, donde se han colocado los contemporáneos, es decir, desde Goya en adelante, está dicho todo cuanto pudiera mencionarse en elogio de tan gran artista.

Cáseres, Manuel.—Figura en carteles de 1881, como banderillero en novilladas, natural de Puerto Real y á las órdenes del espada José Zaldívar.

Castaño, Francisco.—Malagueño y el mejor de los banderilleros del espada Santana. Lo mismo ponía palos que tocaba el tambor cuando había que reunir á la Milicia nacional para armar bronca ó lucirse en una parada.

Castelho-Melhor, Marqués de.—Al hablar en la página 188, de este distinguido magnate del vecino reino de Portugal, no había llegado á nuestra noticia que falleció en 11 de Enero de 1888. Conste pues; y conste también que cuantas noticias van allí expuestas son exactas y sin sujeción á ser rectificadas.

Castillo, Manuel *(Laborda).*—Picador en novilladas, de quien poco puede decirse aún, por ser muy reciente su ingreso en la profesión torera.

Castillo, D. Juan.—En la colección de sainetes de este escritor, que ha sido reimpresa en 1845 y encomiada por D. Adolfo de Castro, hay dos que tituló *El aprendiz de torero* y *El día de toros* que no dejan de tener alguna gracia.

Cavalleiro.—Así debe ser escrito el nombre con que se distingue á los farpeadores portugueses, y no cabalheiros, como alguna vez hemos dicho. De aquel modo se entiende al rejoneador á caballo y *cabalheiro* dicen allí, cuando se habla de un hombre muy formal, muy honrado y de acciones generosas.

Cecilia, Domingo.—Banderillero extremeño al que hizo retirarse del redondel un suceso triste que relata el escritor señor Cabañas, en los siguientes términos. «Fué zapatero, pero al dedicarse á la lidia de reses bravas, abandonó el oficio casi por completo durante gran número de años: recorrió con Juan Acosta muchas plazas. En la de Cáceres tuvo la desgracia el año 67 de matar á un compañero con una banderilla. El triste suceso ocurrió según hemos oído decir á testigos presenciales, del siguiente modo: Cecilia había hecho dos salidas sin conseguir colgar un solo rehilete al toro, porque este era más blando que un merengue, y tomaba las de Villadiego, tan pronto como lo miraban los muchachos. El bicho no había tomado varas y las banderillas de fuego ardían que era un gusto enmedio del ruedo, pues los rehileteros tenían que arrojarlas por no poderlas clavar en la piel del cornúpeta. Domingo desesperado ya, hizola tercera salida con tan mala suerte que el toro, huyendo obligó á correr á otro muchacho en dirección á Cecilia, clavándose aquel en el pecho una de las banderillas de fuego que llevaba éste en las manos. Cecilia, que no pudo evitar el lance, vió morir en sus brazos al compañero. Domingo fué preso, pero aclarado que él había sido inocente, aunque autor de aquella desgracia, fué puesto en libertad. Desde entonces se le cantó á Cecilia, la siguiente copla, cuya literatura deja mucho que desear..

El torero chuchumeco,
con banderillas de fuego,
por ponérselas al toro
se las puso á un compañero.

Creemos que después de este suceso no volvió á lidiar reses Cecilia.»

Cecilia, Manuel.—Hermano del anterior, de mayor edad que él, zapatero como él y también banderillero de poco mérito. En el libro *Badajoz Taurino*, se dice que este banderillero en cierta ocasión, mató un toro con *una especie de abanico eléctrico*, procedimiento especial de su invención que no puede detallar, etc. Probablemente sería lo que se conoce en todas las plazas con el nombre de «Chispa fulminante».

Celís, Francisco de.—Banderillero, natural del Puerto de Santa María, que trabajó en 1878 con reputados matadores.

Ciervo.—Toro de la ganadería de Veragua que en la plaza de Madrid, y en la tarde del 8 de Septiembre de 1895 alcanzó, al saltar la barrera, al torero Ramírez *(El Guipozcoano)* causándole dos heridas, una en la región glútea derecha y otra en la femoral del mismo lado, de cuyas resultas falleció pasado algún tiempo.

Era el toro colorado, ojinegro, abierto de armas, cornipaso, ligero y de poco respeto; tomó seis varas y tres pares de banderillas; mató dos caballos y *Villita* le despachó de una gran estocada.

Cimbareto.—Toro de la ganadería del Sr. Duque de Veragua, que como dijimos en el lugar correspondiente, inutilizó en la plaza de Cartagena al desgraciado Rafael Sánchez *(El Bebe)*, el día 5 de Agosto de 1888. Fué corrido en quinto lugar y era negro, bragado y de condición receloso.

Codagora, Bibiano.—Pintor napolitano. Tiene en el museo del Prado de Madrid un cuadro de bastante mérito que representa la «Perspectiva de un anfiteatro romano.» En él aparece con toda claridad la extructura del gran coliseo de Vespasiano, y con su vista explica, escenográficamente, hasta los menores detalles de estas construcciones, destinadas, como es sabido, á la lucha de hombres y de fieras.

Comeche, Manuel *(El Espartero)*.—Nos ocupamos de este desgraciado, con poco encomio ciertamente, en la página 200, pero sin presumir que habríamos de tener precisión de referir tan pronto su desgraciado fin.

Lidiando toros de puntas en la plaza de Nimes (Francia) el día 4 de Octubre de 1896, tuvo la mala suerte de ser cogido por uno de ellos, que le dió una terrible cornada de cuyas resultas falleció el día 7 del mismo mes. Fué sentida su muerte en aquél gran pueblo, y le condujo al cementerio numerosa concurrencia. A la cabeza del cortejo figuraban ocho coronas, llevadas la mayor parte por la cuadrilla de Niños Nimeses. Dichas coronas habían sido ofrecidas: por la dirección y personal de la plaza, por la colonia española de Nimes, por los amigos y toreros de Marsella (las tres de exquisito gusto), por el *Toreo Franco-Español* (de siemprevivas, con una corbata de los colores rojo y gualdo, cubierta de crespón), por los amigos de Nimes (de siemprevivas), por los Niños Nimeses, por D. Manuel García y el picador Amaré (de flores artificiales). Seguía el paño fúnebre, sostenido por D. Manuel García, Mr. Millaud, director del *Toreo Franco-Español*, Mr. Cassagne, de *L' Ecair* y Mr. Parent, del *Petit Meridional*. Los toreros Amaré, Metralla, Guadalajara y Carbonell, condujeron el ataud hasta el coche fúnebre, formándole enseguida guardia de honor. Presidieron el duelo, Mr. Carlos Mathieu, teniente de alcalde y el vicecónsul de España. La Comitiva marchó al cementerio, entre dos filas de curiosos que se descubrían respetuosamente. Una vez en la mansión de los muertos, se pronunciaron discursos ante la tumba del malogrado diestro por los señores Cassagne, Crouzat (vice-consul de España) y Millaud, elogiando las prendas que como particular y como artista, poseyó el finado.

La falta de arte le condujo á ese fin. ¡Pobre chico!

Cordero, José—Picador, natural de Villalba del Alcor, que mucho debía valer cuando lo empleaba *Pepe Illo* para sus ajustes. Así aparece de un cartel de 1775.

Cordero, D. José.—Gran aficionado al arte de torear y amigo particular de *Cara-ancha* y del no menos aficionado D. Eusebio Mendoza, famoso sastre que vistió, en Madrid, á los toreros de más nombre con ricos trajes de luces, de campo y de calle.

Fué Cordero el fundador del periódico *El Toreo* en 1868, en unión del Sr. Ayustante que colaboró con él, y hombre muy entendido en todas las materias concernientes á toros.

Cordero, Alberto.—Debió ser hermano de José porque, como éste, era natural de Villalba y trabajó al lado de *Pepe Illo* en 1778.

Córdoba, Francisco de.—Banderillero, natural de Utrera, que acompañaba á *Guillén* en 1778. Hay de él pocas noticias.

Corona y Pece, D. Miguel.—Eminente jurisconsulto del foro sevillano, ex-diputado á Cortes, concejal y persona apreciabilísima por su trato ameno y áticas frases de que siembra su conversación, siendo el encanto de cuantos le oyen, pues dice admirablemente y con un gracejo tan especial que sus frases corren de boca en boca.

En sus mocedades tuvo sus aficiones á la literatura, escribiendo, en versos, revistas taurinas, y como aficionado inteligente alcanza gran boga en Sevilla, donde tiene verdadera popularidad, pudiendo decirse que su amistad y padrinazgo ha sido siempre solicitado de todos los buenos diestros y de los que empiezan su carrera.

Ultimamente ha hecho un nuevo Reglamento taurino para aquella plaza, que aunque mereció la sanción de la Autoridad que le encomendara tal trabajo, no ha sido interpretado debidamente, con lo que ha venido á probarse, una vez más, que nuestras autoridades tienen á bien el dispensar favores á empresas, ganaderos y á diestros, mejor que defender los intereses de la afición que sostiene el espectáculo, ni del público en general.

Corrales, Manuel.—Sevillano y banderillero, en 1778, cuyos méritos se desconocen, aunque llegó á trabajar en buenas cuadrillas.

Corrida.—Véase Paseo, en cuya voz va explicado el modo con que se verifican actualmente: por cierto que allí omitimos decir, que después de la colocación de los picadores en sus puestos, el Presidente arroja, desde su palco, al alguacil que á caballo la espera en el sombrero, *una llave* adornada con rico lazo de seda y plata ú oro, y que se supone ha de servir para abrir la puerta del toril, á cuyo fin la entrega al chulo encargado de descorrer el cerrojo de los toriles.

Correr la llave, es siempre una de las aspiraciones de los buenos jinetes, porque atravesando dos veces la arena, tienen ocasión de lucirse con un buen caballo, si saben manejarle.

También olvidamos añadir, que solo en los días de corrida ondea la bandera nacional en lo alto del edificio que constituye la plaza de toros, y eso no en todas: y que, en cumplimiento de lo que disponen los Reglamentos y contratos, tienen asiento preferente en el circo y obligación de asistir al mismo un arquitecto, dos médicos, un farmacéutico, con un buen botiquín, dos veterinarios y el cura con un acólito y los Santos Óleos. (Véase Enfermería.)

Cortesías.—Sin que pueda decirse que los españoles somos tan extremados en hacer reverencias, como los portugueses, ni tan cumplidos en exterioridades como los franceses, ni tan delicadamente finos como los italianos, somos, sin embargo tan aficionados á ser galantes, atentos y corteses, que consideramos falta imperdonable cualquiera de aquellas que pueda presumirse ausencia de esmerada educación en todos los actos de la vida. No hablemos de los particulares en que la sociedad exige á cada uno demostraciones diversas de atención, según sea mayor ó menor la franqueza ó intimidad de relaciones que aquellos sostengan entre sí; refirámonos tan sólo á los que en público se ejercen por personas contratadas para darle divertimiento, ciñéndonos á los que se relacionan con nuestra fiesta nacional.

Desde que se lidiaron toros en Plaza cerrada, fué costumbre ó ley, entre los caballeros que habían de alancear y rejonear, apearse del caballo ante la autoridad real, saludándola rodilla en tierra y cabeza descubierta, en cuya aseveración están conformes todos los autores antiguos que de tal asunto escribieron. A tal punto se llevaba este acto de cortesía, que cuando algún rey salía á quebrar rejoncillo ó alancear, saludaba—desde el caballo—á la reina que presidía, antes de colocarse en sitio conveniente para ejecutar la suerte. En muchas de las *Reglas para torear*, que se han escrito de tres siglos á esta parte se hace mención de dicho acto como obligatorio, llegándose á añadir en alguna, como en las que en 1652 dió á luz en Burgos D. Antonio Terán, Dean de aquella santa iglesia, diferentes frases preceptivas hasta del modo, postura y ademanes con que debían entrar los caballeros en el coso.

En nuestros días hemos visto, al celebrarse las corridas llamadas reales, que los caballeros rejoneadores han descendido con sus padrinos de la carroza que los conducía, y juntos se han inclinado, rodilla en tierra, ante la presidencia de los reyes; y no hace aún 40 años que los toreros de profesión, al ir á *brindar* la muerte del toro al rey ó reina, hincaban la rodilla en tierra, saludando humildemente.

Esta vieja costumbre, que venía observándose desde los tiempos del despotismo y de los reyes absolutos, desapareció en Madrid el año de 1854, no por atreverse los matadores á brindar ó saludar en pié, sino por las protestas y silbidos del público, que no consintió más aquel acto de servilismo. El útimo que la practicó fué José Muñoz *(Pucheta)*, cuando aún tenía el prestigio de Jefe de las barricadas del distrito de la Latina de Madrid. Sin embargo, algún espada en las funciones reales de 1877, y después en otra presidida por los reyes, ha observado aquella conducta.

Y como lo cortés no quita á lo valiente, síguense haciendo en las plazas de toros por los que en la fiesta tienen participación, sea en el concepto que quiera, las siguientes cortesías, que aplaudimos y deseamos no se olviden por lo que de atentas y urbanas tienen, sin desdoro ni daño de la dignidad de las personas.

El primer saludo es y debe ser el que hace al público el presidente cuando se presenta en el palco de la autoridad. Puede considerarse como justo tributo de consideración al pueblo.

Acordado el despejo de la plaza, los alguaciles encargados de verificarle, colócanse debajo del palco presidencial, cara al mismo, y saludan sombrero en mano, marchando después á cumplir su

cometido. Esto en el cumplimiento de la obligación que impone el servicio que desempeñan respecto á sus superiores.

Cuando los mismos alguaciles, concluído el despejo, vienen al ruedo al frente de las cuadrillas, todos los que componen estas saludan á la presidencia, descubriéndose la cabeza, y marchan á cambiar los capotes de lujo por los de faena, los de á pié, y á tomar las garrochas y ocupar sus puestos los de á caballo, para disponerse á la lidia. Al mismo tiempo que un acto de cortesía hacia el pueblo, representado allí por la autoridad presidencial, es un deber que satisface la Empresa presentando en la arena los lidiadores anunciados y el servicio conveniente. Hasta los perros de presa para los toros que no entrasen á varas formaban antes en el lugar conveniente de las cuadrillas.

Retirada del redondel la gente inútil, vuelve el alguacil que «corre la llave» á descubrirse ante la autoridad, esperando de su mano aquél objeto; y luego que la recibe, marca la ruta del caballo con dirección al toril, saliéndole al encuentro el chulo encargado de abrir los chiqueros que á su vez se descubre ante el ministril, volviendo cada cual por su camino. Al final de este, saluda de nuevo el alguacilillo al Presidente y se retira. En estas tres cortesías se demuestra en el dependiente de la autoridad, obediencia á la misma, y en el Chulo la satisfacción de lo que estima indispensable.

Van más de media docena de saludos y aún no ha empezado la corrida. Si en ella toma la alternativa algún espada, las primeras cortesías son las que se cambian entre los banderilleros del matador que la da y del que la recibe. Lo mismo estas que la que se verifica después entre ambos matadores, significa la reválida ó concesión del grado en la facultad, y la enhorabuena que dan los compañeros antiguos á los modernos. Si leyésemos el pensamiento de algunos, en determinadas ocasiones, posible es que viéramos escrito aquello del portugués, que decía: «Estos cumprementos d'os castesaos me reventan.»

Ya con los trastos en la mano, el matador va derecho á saludar al Presidente, no como pidiéndole venia, sino en son de alarde de valor que ofrece y brinda al representante del pueblo, á éste, al esplendor del toreo, á la gracia del bello sexo, etcétera, y cuando ha llenado su cometido vuelve á saludar cortesmente, enorgullecido con los vítores del concurso ó amostazado si las cosas no han salido á medida de su deseo. Estas dos últimas cortesías se repiten tantas veces cuantos espadas tomen parte en la función al matar su primer toro.

Y desde hace algunos años se ha suprimido la que hacían los picadores al concluir su trabajo en el último toro, parándose juntos los de tanda frente á la presidencia, soltando al suelo las garrochas y quitándose los sombreros. Era la petición de permiso para retirarse, que no se consideraba concedido mientras el Presidente no correspondía al saludo con igual formalidad.

El que preside es el último que debe saludar al público, al retirarse, concluida la función.

Tantas cortesías y saludos, demuestran que al par del valor y entereza que ponen de manifiesto siempre los españoles, nunca olvidan los deberes de atención y galantería que la sociedad impone, y que su caballeresca imaginación les exige.

Cortito.—Sobresaliente toro de la ganadería de D. Manuel Suárez. Fué lidiado en primer lugar en la corrida del 6 de Septiembre de 1857, celebrada en Málaga; tenía seis años y era negro bragado. Recargando tomó veintidós varas, puso fuera de combate á un picador é hirió diez caballos, y le mató el célebre Manuel Domínguez, á los sesenta y seis días de la cogida en que perdió el ojo derecho, demostrando arte y valor.

Cremades, Antonio *(Tiriti)*.—O cambia este chico de modo de torear ó debe dejar el oficio, que no es prudente arriesgar la vida por exceso de valor y pundonor. Que estudie el modo de ir á la suerte los banderilleros acreditados y que los imite, que bien puede.

Cuadrilla.—Las de toreros perfectamente organizadas, no lo fueron así, hasta que en realidad ejercieron el oficio hombres pagados al efecto, y nos fundamos para creerlo así, en que si bien hubo lidiadores caballeros, ya moros, ya cristianos, en los siglos VIII y IX, que juntos se presentaban en los cosos á lidiar toros, lo hacían unos á pie y la mayor parte jineteando, independientemente unos de otros, sin formar asociación, ni reconocer entre ellos jefatura de ninguna clase.

Aun entre los hombres pagados por lidiar toros, á los que indudablemente se refieren las leyes 4.ª, 5.ª y 10, títulos 6, 7 y 16 de las partidas 7.ª, 6.ª y 3.ª y la Bula de 20 de Noviembre de 1567, imponiendoles severísimas penas civiles y eclesiásticas, dudamos mucho hubiera uno entre ellos que hiciese de maestro ó jefe superior, porque reducida entonces la lidia, más que á lidia, á lucha con las reses bravas, entre gente desordenada y en grandes pelotones, aquello debía tener más carácter de brutal atrevimiento que de formal espectáculo sujeto á las disposiciones de un director; y lo prueba la acometida que los hombres armados de chuzos, lanzas cortas y otras armas arrojadizas, hacían contra los toros sin orden ni concierto, sien-

do imposible que en tal confusión atendiese ninguno las indicaciones de otro. Podría entre todos haber alguno pagado para torear de la mejor manera que pudiera y supiera, pero ni hay datos para creerlo así, ni esa circunstancia sería suficiente aunque se probase, para suponer que aquél hombre fuese, por el mero hecho de ser retribuído, jefe ó cabeza de los demás que en la lucha tomaban parte.

Hay más, y de esto rogamos á nuestros lectores tomen nota para añadirla á cuanto hemos dicho acerca del «Orígen de las corridas de toros», si como se cree por la gente que entiende de arqueología, el *Cenobio*, ó gran monasterio de Ripoll, en la provincia de Gerona, cuya soberbia arquitectura es admiración de propios y extraños, fué construido en tiempos de Wifredo el Velloso, á fines del siglo VII, hay que afirmar que en los juegos de toros, conocíanse ya, si no, jefes de cuadrilla, por lo menos á uno de los combatientes como preferente á los demás, toda vez que en la magnífica portada de aquél hermoso edificio, destinado á P. P. Benedictinos, se ve al costado derecho de la portada principal, esculpido en el tercer cuartel ó espacio de los que contiene, contando de abajo arriba, un grupo de hombres vestidos como los antiguos celtíberos y con rodela en la mano izquierda y espada en la derecha, de los cuales *uno* de ellos, por cierto el más gallardo y el que más sobresale entre todos, colocado frente á frente de un toro, esperándole para herirle.

Ese precioso dato histórico, que prueba cumplidamente que la fiesta de toros era conocida y practicada en España en el año 874, ó sea hace *doce siglos*, no es bastante, sin embargo, á convencernos de que aquel luchador fuese quien mandase en los demás, pues que su colocación preferente pudo ser muy bien cuestión de estética, ó capricho ó necesidad del artista. Bueno es advertir, para que no se nos tache de poco veraces, que no falta quien atribuya la construcción del Cenobio, á los artífices del siglo XII, pero consultando, entre otros libros que nos han dado poca luz, el magnífico *Diccionario Geográfico* etc. de Madoz, vemos, en él, que el conde Wifredo el Velloso, se le indica expresamente como el que dotó á Ripoll de aquel monasterio y sabido es que dicho soberano mandó allí en 874 y siguientes años. De todos modos esa piedra, allí grabada y que se conserva bastante bien, da patente testimonio de que en tiempos de los celtíberos se corrían toros en España, como hemos sostenido siempre contendiendo con los que quieren dar á Grecia, Roma ó al Africa la primacía en tales juegos.

Volviendo al asunto principal de este ligero estudio, somos de opinión, como Pascual Millán, de que antes del siglo XIII no hubo asociación de personas al mando de otra con objeto de lidiar toros. ¿Puede afirmarse que existía esa asociación, compañía ó cuadrilla en el siguiente siglo XIV? Creemos fundadamente estar en lo cierto al responder en sentido afirmativo, si bien dudando aún sobre la jefatura de tales cuadrillas; porque si en los finales del siglo antedicho, en primer lugar, y luego durante el que empezó en 1300, los caballeros que alanceaban y rejoneaban toros, tenían á su servicio hombres prácticos, que por un estipendio, sueldo ó salario, les servían á pié para preparar las suertes y librarlos en las caídas, á fin de que pudiesen realizar el *empeño de á pie*, no consta que se entendiesen con uno de ellos, como cabeza de aquella agrupación, si no que más bien no consentirían los magnates que allí hubiese otro jefe que ellos mismos. Ya dijimos, en la página 10, que cuando el rey Carlos II mandó celebrar en Pamplona una corrida de toros sueltos en el año de 1385 hizo venir de Aragón dos lidiadores, que eran uno moro y otro cristiano, para que los lidiasen, pagándolos cincuenta libras por su trabajo; tal suceso nos inclina á creer que si la asociación ó compañía existía ya, no la jefatura, puesto que por igual se les pagó; y otro tanto pasó cuando á los *hombres de lidia* se les pagaron sesenta libras por asistir á una corrida con que en el mismo año obsequió dicho rey, en la referida plaza de Pamplona, á la duquesa de Lancaster á su paso para Castilla. Pero después, en relaciones de fecha posterior á las de esas fiestas, se habla del moro Alcayad, que residía en Zaragoza y con el que se entendían los jurados de Tudela para contratar las corridas y los *homes* que las jugasen; y esto nos hace conocer con certeza, que había entonces cuadrillas organizadas y dispuestas á acudir al sitio á que se las llamase. Ahora, si el moro Alcayad era jefe activo de alguna de ellas, ó si sus funciones se limitaron á las de un contratista, ó á las de un apoderado ó representante (como ahora se dice) eso no consta, ni hemos hallado documento alguno que indique siquiera quién fuera el maestro ó director de los lidiadores.

Lógico es creer que desde entonces contarían las agrupaciones de tales hombres con uno que, por más valiente, más relacionado ó de mayores conocimientos, le estimarían como superior en gerarquía, ya le llamasen capitán, jefe ó maestro: en todas partes, sociedades ó corporaciones que se componen de más de dos individuos, hay uno que por su mérito, por su edad ó por otra causa ejerce las funciones de jefe ó presidente, y claro es que cuando ya se celebraban corridas de toros por toreros de profesión y en plazas cerradas construídas al efecto, más de tres y de cuatro lidiadores habría en ellas, y por consiguiente alguno tendría la investidura de *cabeza* de cuadrilla. De suponer es también que este fuese el que convocase

á otros compañeros en las ocasiones en que él fuese llamado, ejerciendo por lo tanto sobre ellos, si no verdadero imperio, segura autoridad.

Este es, en nuestro concepto, el principio de la formación de la torería en cuadrillas.

Pasados años, separados de la arena taurina los hidalgos y los nobles, y apoderados de ella los plebeyos, siguieron en la misma forma toreando, juntos sí, pero con ajustes separados, Francisco Romero y sus sucesores desde el primer tercio del siglo XVIII, continuando esta costumbre por muchos años, al menos en Madrid, donde han cobrado por nómina individual cada uno de los picadores, matadores, banderilleros, cacheteros, etc. Recomendaciones particulares de personas distinguidas y de diestros célebres—alguna de las cuales poseemos—se dirigían á la Real Junta de Hospitales en favor de diestros determinados para que los admitiesen á trabajar, y esto indica que de haberse subordinado á la voluntad de un jefe, á éste hubiéranse dirigido las recomendaciones, puesto que él sería el que pudiera dar trabajo á los solicitantes, y no los dueños ó arrendatarios de las plazas. A pesar de ello, hay fundadas presunciones de que en la época de Juan Romero y los Palomos, los toreros de á pie componían sociedad ó cuadrilla, puesto que en casi todas las funciones en que trabajaban dichos matadores figuran unos mismos peones, con escasas diferencias, por más que cada uno de por sí cobrase su haber separadamente. Tan fundada es tal opinión, que por lo menos desde la época de *Pepe Illo* ya no cabe duda de que los diestros de á pie (no los de á caballo) formaban cuadrilla á las órdenes de un jefe. Dígalo si no el contrato original —que hemos visto y sido los primeros en publicar en la prensa madrileña—que de mala manera y como él sabía, firmó dicho desgraciado matador en Madrid á 19 de Agosto de 1777, comprometiéndose á matar y banderillear diez y seis toros *con su cuadrilla* (textual) en la villa de Talavera de la Reina, en la Plaza de Nuestra Señora del Prado, y cuyo documento conserva cuidadosamente el Ayuntamiento de dicha villa en su archivo. En él resulta de un modo claro y evidente que ya había cuadrillas sujetas ó dirigidas por un jefe, y así ha seguido luego hasta nuestros días, con la circunstancia atendible de que los picadores, que siempre formaron rancho aparte, contratándose por sí, y aparte de los matadores, entraron en las cuadrillas de éstos á sus órdenes y elección, como los peones, y con sueldo señalado á cada uno de ellos, desde principios del presente siglo.

Hasta la célebre Martina García formó *cuadrilla* de mujeres *desimpresionables* para torear en novilladas; y los diestros Ortega, Mora, Caniqui y muchos más, siguieron igual camino, educando para el toreo jovenzuelos de corta edad. ¿Qué más? hoy mismo se hallan constituidas en maestras del arte de torear dos chiquillas catalanas, Lola y Angela, que con su cuadrilla de señoritas andan cosechando aplausos por España y el extranjero, y no serán los últimos que se dediquen al arte, esos hombres y esas mujeres, de quien no hubiéramos hablado ni hecho mención si no nos creyésemos obligados á incluir en este libro cuando de toros trate.

El estado en que hoy están constituidas las cuadrillas de toreros, y que es el mismo, poco más ó menos, que se observa desde Francisco Montes, exige en los picadores y banderilleros una sumisión completa en todo cuanto se refiere al toreo, á la autoridad del espada que los dirige. El se ajusta con las empresas por un tanto alzado y él paga, como le parece ó se conviene, á los individuos de la cuadrilla, tanto de á pie como de á caballo, sin intervención de persona alguna: él los admite y los despide de su compañía cuando tiene por conveniente, y él los tiene de «escolta» la mayor parte de las horas del día y de la noche en los pueblos donde trabajan.

Las atribuciones de estos maestros—así llaman á los matadores de alternativa—dentro del redondel, son y *deben ser* aun más rígidas y severas, y allí tiene facultades tan omnímodas, que desde cualquier punto de la Plaza puede mandar á un picador ó á un peon al sitio que le marque á encontrarse con el toro, á picarle, capearle, etc., sin derecho alguno a replicar por parte de éstos, aunque no sea el jefe de su cuadrilla quien lo ordene y sí el de otra más antiguo y por consiguiente el director de la lidia.

Por desgracia no hay siempre la subordinación debida en la gente de las cuadrillas, dimanando este gran inconveniente del carácter díscolo de los subordinados ó del carácter blando de los jefes, que han llegado á serlo, tal vez sin los merecimientos necesarios y con el escaso prestigio que dan los pocos años para mandar á otros cuyos cabellos empiezan á encanecer. No contribuye poco á esa indisciplina pasiva—que directa y descarada no la hemos visto—la circunstancia de haber ahora, como nunca, tantas funciones de toros, y por consiguiente tan gran número de cuadrillas en que poder ingresar los que de otra salen.

Con todos sus inconvenientes, aceptamos como mejor para el buen resultado de las fiestas, la existencia de cuadrillas al mando del espada, porque es indudable que cuanto mejor y de más mérito sea éste, se agruparán á su lado los peones más notables, y aprenderán con mayor facilidad, por la práctica continuada, los secretos del arte que ha inmortalizado á los grandes maestros.

Cuervo Paso, Juan.—Nació en Badajoz el 23 de Junio de 1827, y desde joven se dió á conocer entre las cuadrillas de aficionados como uno de los más inteligentes en tauromaquia. Formó una tropa de otros muchachos, con los cuales toreó en público muchas novilladas, y desde que *Cúchares*, en Olivenza el 29 de Junio de 1868, le cedió un toro, al que tuvo la suerte de matar bien, se creyó un buen estoqueador y tuvo cierta fama en su país.

Anduvo trabajando como pudo, hasta que en Alburquerque el 29 de Septiembre de 1883, un toro de los que causan respeto por lo grandes, cornalones y no proceder de casta conocida, le cogió al tender la muleta para darle un pase, le volteó, y á consecuencia de los porrazos falleció en el hospital el 24 del mismo mes. Ya en los últimos años de su vida era el que abría en Badajoz la puerta del chiquero; atrevimiento fué dejar la llave por el estoque á los cincuenta y seis años de edad.

Cusachs, D. José.—Expuso en el Salón-París de Barcelona en 1892 un precioso cuadro de grandes dimensiones, denominado «Regreso de la Tienta,» en el que figuran retratados garrochistas, ganaderos y varias personas en carruajes, con una animación, riqueza de detalles y entonación tan vigorosa que cautivan. El paisaje es la dehesa de Tablada en Sevilla.

Este notable artista, que empezó por afición, se ha dedicado á pintar asuntos militares, y sus cuadros de este género se cotizan á gran precio. Es el único que hoy con Unceta pinta caballos, verdaderas maravillas de verdad y colorido. Reside en Barcelona, y fué capitán de artillería del ejército español. Ha obtenido varias medallas en distintas Exposiciones.

CH

Chavarría, Antonio *(El Aragonés.)*—Banderillero bastante adelantado, que en unión de Luis García Villaverde pasó á América, donde torearon ambos en diferentes plazas, y á su regreso á España perecieron en el naufragio del vapor *Apolo*, en que se habían embarcado, gozosos del buen resultado de su campaña taurina. Era un muchacho muy valiente.

Chavez, Romualdo.—Natural de San Luis de Potosí, bravo y valiente, es un picador de toros al estilo mexicano, que adquirió buena reputación en todas las plazas de aquella república y en otras donde aún estiman como bueno su trabajo.

Checa, N.—No ha sido posible comprobar el nombre de este torero, que sólo llegó á jugar con novillos embolados. Falleció en la plaza de Málaga, que se construyó en el sitio que hoy ocupa la cárcel pública, allá por el año 34 al 36, de resultas de un golpe que le dió una res embolada, quedando en el acto casi muerto.

Era hijo de dicha ciudad de Málaga, y vecino de la misma.

Chueca, D. Federico.—El músico más popular de los que en zarzuelas y juguetes del gusto moderno han escrito música para el teatro. Aprovechando el gran caudal que suministra esa masa anómina que se llama pueblo con sus canciones populares, que conoce como pocos, é inspirándose en ellas, así como en la originalidad de su imaginación, ha dado á todas sus composiciones un sello tan especial que no puede confundirlas con otra alguna. En la zarzuela de Luceño y Burgos titula-

da *Fiesta nacional*, y en otras en que se enaltecen las corridas de toros, ha hecho alarde de su gran afición al arte de Montes, colocando números preciosos en los principales pasajes y parlamentos; y nadie ignora que es autor de la famosa marcha de *Cádiz*, que es el moderno himno nacional, y en premio del que, á petición unánime de la prensa, el gobierno acaba de concederle en 1896 la cruz blanca del mérito militar.

D

Dávila y Palomares, D. Martín.—Es autor de un romance que dedicó, titulándose su criado, á la Majestad cristianísima del invictísimo señor Luis XIV, rey de Francia, y en él describe con entusiasmo «la fiesta de los toros y demás festejos, y la ida á dar gracias á Nuestra Señora de Atocha que ejecutó el rey nuestro señor Felipe V (que Dios guarde) el sábado después de su entrada».

Suponemos que la fecha, que no dice, se refiera al 18 de Febrero de 1700 en que entró en Madrid dicho rey en cuyo honor se celebraron las fiestas que duraron hasta mediados de Abril.

Díaz, Ponciano.—No fué en el año de 1859 sino en 1879 cuando este diestro mexicano se presentó en su país por primera vez como jefe de cuadrilla. Sirva de rectificación al error cometido en la línea 5.ª primera columna, de la página 235.

Durán, Julio.—Tanto alaban á este banderillero los periódicos y correspondencias mexicanas, que de ser cierto cuando dicen de él, su mérito debe ser extraordinario. Quisiéramos verle, pero que no hubiese luego necesidad de rebajar nada.

E

Enríquez de Cabrera, D. Juan Gaspar.—Almirante de Castilla que á instancias del Deán de Burgos, escribió en 1652 *Las Reglas para torear* que volvieron á imprimirse en 1668 y 1683 del libro *Fragmentos del ocio* que recogió una marcada atención.

Esteban y Vicente, D. Enrique.—Discípulo de la escuela especial de pintura y natural de Salamanca. Como los Sres. Cusachs y Unceta, se dedica con especialidad á tratar asuntos militares, que ejecuta con gran conocimiento, y á los de toros. El último cartel de las corridas de San Sebastián de 1896 y muchas acuarelas, tablas al óleo trasladándose á la época de principios de siglo, son sus trabajos más notables y modelos de dibujos. Para D. Carlos de Borbón pintó dos cuadros representando la «Acción de Montejurra y la de San Pedro Abanto», que fueron muy elogiados por los diarios absolutistas.

F

Fajardo Córdoba, Vicente.—Su afición á los ejercicios de equitación le ha hecho ser picador de toros. Hallábase en Alicante en Agosto de 1890 y en una de las corridas allí celebradas, como faltasen picadores, porque el día anterior habían enviado á la enfermería los toros de Ibarra á los contratados, se vistió de moños en lugar de Joaquín Trigo

y salió á picar en la cuadrilla del *Espartero*. Desde entonces, adelantando cada día más, trabaja con afán, monta bien y va derecho á la cabeza de las reses. Que apriete más y tal vez el naipe se le dé en adelante con fortuna para ingresar en una buena cuadrilla.

Es natural de Orihuela, donde nació en 24 de Abril de 1866.

Faria Manuel, D. José.—Escritor portugués del siglo XVII, que publicó en Lisboa, en 1661,

una descripción de las fiestas allí celebradas con motivo del casamiento de los Reyes de la Gran Bretaña Carlos y Catalina, y en las que se corrieron toros en el «Terreiro do Paço» durante el mes de Octubre.

Fernández, Miguel.—Era banderillero en 1884, toreando en cuadrillas de novilleros. Ha debido adelantar poco, ó dedicarse á otro oficio, porque su paradero, como lidiador, está ignorado completamente.

Fernández de Andrada, D. Pedro.—En 1616 imprimió y dirigió á D. Felipe Manrique un libro, que tituló «Nuevos discursos de la Gineta de España sobre el uso del cabezón», ocupándose en la tercera parte, de las cuatro en que se divide la obra, de la lidia de los toros.

Fernández Moratín, D. Nicolás.—Por una equivocación inexplicable, que no acertamos á comprender, hemos incluído en la página 289 el nombre «Fernández Moratín, *D. Leandro*» en vez de

referirnos á su padre D. Nicolás, autor de las célebres quintillas que tituló «Fiesta antigua de toros en Madrid», de que allí hicimos mención, de la famosa oda «A Pedro Romero, torero insigne», que empieza con aquel verso

Cítara áurea de Apolo á quien los Dioses

y otras más en que demostró su talento y afición á las lides taurinas.

Indudablemente, la ilustración del mayor número de nuestros lectores, al advertir la equivocación la habrá subsanado cambiando el nombre de D. Leandro por el de D. Nicolás, que es á quien quisimos referirnos.

Fernández Caballero, D. Manuel.—Nadie en el mundo ignora que este celebérrimo maestro es el autor de la música de más de ciento cincuenta zarzuelas españolas aplaudidas hasta el delirio. Todos saben que, en su larga vida musical, ha compuesto infinidad de piezas sueltas, arreglos de trozos de ópera, valses, polkas, marchas, pasos dobles y cantos religiosos; y los muy entendidos en música conocen que Fernández Caballero es un autor

distinguidísimo, de genio, de inspiración, y de los que con más éxito han cultivado el canto popular, dándole importancia excepcional. Pero lo que no había llegado á ser comprendido, es que al llegar á una edad avanzada y casi ciego, pudiese componer tan adecuada música á un libro cuya base, cuya esencia, es genuinamente taurina, que con su talento admirable ha compenetrado en su cerebro, recordando, sin duda, aquellos años de su existencia en que siendo estudiante y obteniendo en el Conservatorio de Madrid el primer premio de composición era un buen aficionado á nuestra fiesta nacional y aplaudía con frenesí la gentileza y elegancia de Cayetano, y la graciosa figura del *Tato*. Solo entendiendo bien lo que son las corridas de toros—de cuya vista está privado por desgracia á causa de su ceguera—pueden amoldarse, como él lo ha hecho oportunísimamente, las brillantes notas que ha colocado, en colaboración con el maestro Hermoso, en el precioso sainete de Romea titulado *El Padrino del Nene*. Sentíamos en el alma no poder incluir en nuestro *Diccionario* al eximio autor de la música de *El Salto del Pasiego*, de *La Marsellesa*, *El loco de la guardilla*, *Las nueve de la noche*, *El duo de la Africana*, y otras cien producciones, porque no se referían al espectáculo taurino, pero al ver empleado su prodigioso talento en la obrita antedicha que contiene cuadros acabadísimos de una corrida de toros, no podemos menos de felicitarnos al tener ocasión de rendir un tributo de entusiasmo al maestro compositor de más bríos en la moderna escuela del arte que inmortalizó á Beethoven. ¡Lástima que la índole de este libro no nos permita extendernos

mencionando las piezas de música, por él compuestas, de primer orden, que causan envidia á los más eminentes maestros!

Nació en Murcia el 14 de Marzo de 1835, y puede decirse que nació músico, puesto que antes de los siete años cantó como niño de coro; estudió piano, violín y flautín, y tocó en orquesta y banda; sin profesor aprendió el cornetín, figle, oboe, trompa, etc., y á los doce años compuso ya diferentes piezas musicales que fueron la admiración de los inteligentes. No es posible en un libro como éste, abarcar como quisiéramos todos los puntos que para una biografía son necesarios, y esa es la razón que tenemos para no hablar de sus brillantes triunfos, siempre constantes, en América y en España, ni de las muchas sociedades y corporaciones nacionales y extranjeras que tienen la honra de contarle en su seno, ni de las merecidas condecoraciones que su pecho adornan, ni de la especialísima circunstancia de que Fernández Caballero ha vivido siempre alejado de todos los círculos y reuniones en que suele dispensarse la protección por simpatías. Unicamente diremos que una sola obra de las suyas—*El duo de la Africana*,—cuenta el fabuloso número en España de más de *cuatro mil* representaciones; y que iguales trazas lleva su obra *taurómaca*, al principio mencionada.

Finci, Leopoldo.—Toma parte en varias corridas de toros en Portugal, como mozo de forcado, y es aplaudido por su valentía y conocimientos. Hijo de Francisco y natural de Lisboa, donde nació en 1862, pertenecía últimamente al grupo de forcados del amador Simao Ferreira.

Flores, Andrés *(Barberillo Olivares)*. — Es más conocido en Andalucía que en el resto de España.

De figura simpática por su juventud, mata en novilladas como puede, con valentía y voluntad, y es lástima que no ingrese en buenas cuadrillas para aprender con el ejemplo. Ténganse estas palabras como adición á las que expusimos en la página 297, segunda columna.

Francisco, Alfonso *(Redondillo)*.—Poco puede decirse de un principiante á quien no se ha visto más que una vez en el ruedo. No es mala figura, ni parece que se da mala traza para banderillear.

Franco Fernández, D. Fernando.—Tal vez en la provincia de Albacete no haya un aficionado más entusiasta por las corridas de toros que este escritor público, corresponsal de diferentes periódicos de Madrid, Barcelona, Sevilla y otros puntos, donde, por sus acreditadas revistas, se ha conquistado un buen nombre.

G

Gadea, Felipe.—En 1874 trabajó en la Habana cuando el gaditano Lázaro Sánchez, en clase de matador. Se atrevió á hacer competencia á Fernando Gómez. No nos consta su mérito.

Galofre, D. Baldomero.—Entre los muchos y buenos cuadros que se deben al distinguido pincel de este renombrado pintor, figura uno titulado «El vaquero», dibujo original de grandes dimensiones, reproducido varias veces. Es natural de Reus, y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

Gallegos, D. José.—Pintó un cuadro al óleo, «La Salve antes de la lidia», en 1894, que mereció el elogio de los inteligentes.

Ganaderías.—Con posterioridad á la publicación de esta *palabra*, hemos obtenido datos auténticos que modifican, respecto de algunas, sus condiciones de orígen.

En uno de ellos, aparece que la vacada de D. Fernando de la Concha y Sierra, hoy de su viuda Doña Celsa Fontfrede, fué formada en 1878 con reses de Andrade y de Castrillón, que adquirió aquél del negociante D. Bartolomé Muñoz: y que la ganadería formada por D. Joaquín de la Concha y Sierra, cuya lidia data desde 1840 en toda España, y que se distingue con el hierro C^{a}. en el costillar derecho, señal de horqueta en la oreja izquierda y ra

bisaco y mosca en la derecha, y divisa celeste y rosa, vino á ser propiedad del actual dueño de ella *D. Joaquín Pérez de la Concha*, cuando falleció su tío el dicho J. Concha y Sierra en 1862. Heredada en totalidad, ni la ha desmembrado, ni nadie tiene participación en ella, poca ni mucha.

A los datos ciertos que respecto á la del señor *Marqués de Cullar de Baza*, dimos en el lugar correspondiente, hemos de añadir que para hacer más numerosa su ganadería compró al célebre espada *Lagartijo* ochenta y tres vacas, y que en estos tres últimos años las sirve como semental un toro de Muruve, notable por su finura y antecedentes: de modo que la vacada consta hoy de ciento quince vacas de tres yerbas ó más, ciento diez becerros de menos edad, unos treinta toros y catorce cabestros.

García, Juan *(Migas)*.—Picador de toros en novilladas que sufre cada porrazo que canta el credo. Es duro, y quiere ser torero, y lo será, si aprende lo que le falta, que no es poco.

García Suero, Julio.—Natural de Sevilla, macero del Ayuntamiento de Madrid, que algunas veces asesoró á los presidentes en las corridas: su opinión es muy autorizada entre los inteligentes; ha escrito alguna revista en el *Toreo Cómico*, de Madrid, y es de los aficionados á quienes se debe oir, porque enseña.

García y García, Modesto *(Serranito)*.—Banderillero no muy conocido en España.

Lidiando en la plaza de Lima, Perú, el día 20 de Julio de 1896 á las órdenes de un espada llamado el *Moreno*, le alcanzó un toro nombrado *Verdugo* y le infirió una herida en la ingle derecha que le causó la muerte en seguida.

García, Manuel *(Revertito)*.—Es nada menos que jefe de cuadrilla: de una cuadrilla de niños sevillanos que lidia becerros erales con bastante desenvoltura. Como no nos gustan esas faenas que á nada conducen, á no ser á desvirtuar el verdadero arte, adquiriendo resabios difíciles de olvidar después; como la experiencia ha demostrado que todos los que así empezaron no saben luego torear más que *libres de cacho*, no queremos hacer mención de esas criaturas que, guiadas por su afición y tal vez por el interés, emprenden prematuramente una carrera tan expuesta y arriesgada; pero algo diremos acerca de este jovenzuelo por sus especiales circunstancias.

Es valiente y sereno como su tío Antonio Reverte Jiménez; pára más de lo que á su edad puede exigirse, no maneja mal el capote, parea cuadrando bien, y no es en sus manos un estorbo la muleta, y á pesar de todo estoquea mal. Si se va por derecho, irremisiblemente es arrollado, y si cuartea, claro es, atraviesa la espada, porque aún es joven para

tener el alcance necesario á tal tranquillo; añádase á esto la falta de fuerza en el brazo, y se conocerá su deficiencia.

Posible es que, dada su afición y condiciones, sea un buen torero dentro de ocho á diez años.

Gómez de Lesaca, Juan.—Al incluir en la página 366 la semblanza biográfica de este infortunado lidiador, no pensábamos ciertamente en que tendríamos necesidad de ocuparnos de nuevo de hombre tan simpático, á quien la muerte privó de una existencia preciosa. Su mala estrella le trajo á Madrid en ocasión de que su compañero *Lagartijillo* caía herido, no de gravedad, en Granada, pero sí imposibilitado de acudir al compromiso de estoquear seis toros alternando con Emilio Torres *(Bombita)* en Guadalajara el 15 de Octubre de 1896; y designado para reemplazarle Gómez de Lesaca, marchó allá, animoso como siempre, en la mañana del mismo día, en que se verificó la corrida. Al principio de ésta, y cuando se lidiaba el primer toro, llamado *Cachurro*, al caer en la tercera suerte de vara el picador apodado el *Calesero*, acudió al encuentro el *Bombita* por encontrarse en el suelo el picador, y el toro, que se quedó en los tercios del redondel, á pocos metros de la izquierda de la puerta del toril y cerca de Lesaca, al volver éste la cabeza para avisar al otro picador que entrase en suerte, se arrancó derecho á él, ganándole terreno y si-

guiéndole hasta la barrera, donde, queriendo saltarla el diestro, se le fué el pie del estribo. Todavía pudo ganar éste, pero ya era tarde; en aquel instante el animal clavó su asta en la parte posterior del muslo derecho del lidiador, sacándole á la arena, en la que fué librado de nueva acometida por el auxilio de *Bombita*. Se levantó por su pie, traspuso la barrera, llevándose la mano al sitio de la lesión, y conducido á la enfermería se vió que la herida tenía quince centímetros de extensión por cinco de profundidad, con abundante hemorragia. Le hizo la primera cura el médico Sr. Franco, durante la cual sufrió el diestro un colapso que asustó á todos los allí presentes. Pasó, se restableció la normalidad, y á ruegos y repetidas instancias del infeliz, al concluir la corrida, su amigo y apoderado D. Luis del Castillo, de acuerdo con *Bombita*, convinieron su traslación á Madrid, siendo conducido á la estación del ferrocarril en una camilla de la Asociación de la Cruz Roja; pero en vista de que el enfermo empeoraba por momentos, hasta el punto de hacer necesarios los auxilios de los médicos de la Compañía ferroviaria, Sres. Verdejo y Flores, se pidió, para no sacar al infeliz de la camilla, un furgón á la cola del tren mixto donde colocarla, lo que se consiguió ayudando la petición el gobernador de la provincia, Sr. Betegón. El último de los tres citados médicos, el Sr. Flores, acompañando la triste expedición y viendo sumamente postrado al herido, temió que antes de llegar á Alcalá terminara su existencia, pero con los auxilios científicos consiguió llegar á la estación central de Madrid y trasladar la camilla desde allí á la calle de Carretas núm. 4, Hotel de Castilla, donde el desgraciado tenía de ordinario su hospedaje. Aquí ya, al colocarle en el lecho, perdió la vida (que realmente le faltaba desde mucho antes) y cuando al día siguiente hizo el doctor Isasa, en presencia de su compañero Castillo, la autopsia del cadáver, quedó comprobado que la herida era mortal de necesidad, alcanzando una profundidad de veinticinco centímetros.

¡Cuánta gente de todas las clases de la sociedad acudió á ver y llorar al simpático y joven torero, que cuarenta y ocho horas antes era objeto de cariñosas demostraciones en el teatro de Apolo de Madrid! ¡Cuánta pena experimentó su amigo Castillo y otros más al contemplar en cama imperial lujosísima y en la capilla ardiente del Hotel al joven Lesaca, tan entrañable para ellos, tan discreto siempre, tan caballero en sus acciones!

El día 17 de Octubre de 1896, á las cuatro y media de la tarde, fué enterrado el cadáver en el cementerio de la Sacramental de San José y San Lorenzo, nicho núm. 585 del patio de Nuestra Señora de la Portería. La conducción del finado á dicho cementerio fué una verdadera manifestación de duelo del gran número de aficionados que Madrid encierra. Más de diez mil almas asistieron á su entierro, y en todo el trayecto, desde la calle de Carretas, Puerta del Sol, calle Mayor, plaza Mayor, calle y puente de Toledo, la concurrencia fué extraordinaria y el sentimiento veíase retratado en todos los semblantes. Sus compañeros todos dedicáronle coronas, ofreciéronse á la desamparada madre y á la angustiada esposa del finado para aliviar su suerte y la de tres pequeñísimas criaturas que dejó en triste situación, y los aficionados todos, con el mismo interés, demostraron el deseo de atender las necesidades perentorias que la falta del pobre Gómez de Lesaca ha de causar en familia tan desgraciada.

¡Pobre Lesaca!

González, Rafael *(Gonzalito)*.—Es un muchacho nuevo, animoso y natural de Córdoba, que ha ido á probar fortuna y á ensayar sus fuerzas, picando toros en las plazas de Ultramar.

González Fiori, D. Joaquín.—No vamos á juzgarle como escritor, porque en su periódico *La Izquierda Dinástica*, que viene publicando sin interrupción desde el año 1882, demostró cómo pudo organizarse aquel gran partido político, y muchos son los artículos que podríamos citar, debidos á su pluma, que han causado verdadera sensación y dado lugar á encomiásticos comentarios.

Tampoco hemos de juzgarle como jurisconsulto, pues reconocidos son sus repetidos triunfos forenses y su innegable competencia en las cuestiones jurídicas.

Nada hemos de decir tampoco en cuanto á su carrera parlamentaria, porque diputado á Cortes desde 1872, y siempre por el distrito de Hoyos (Cáceres), aún se recuerdan con aplauso sus campañas. Ha llegado á segundo vicepresidente de la Cámara popular, el que tantos títulos reune para haber ocupado otros puestos, á donde muchos llegaron con más escasos méritos.

Nuestra misión, atendido el objeto de este libro, es mucho más modesta, pues se reduce tan solo á dar cuenta de un suceso que pocas personas conocen, y que demuestra hasta qué extremo llegan el desprendimiento y la generosidad del Sr. Fiori, antiguo abonado á las fiestas taurinas. Cuando se celebró el Centenario de Colón, existía en esta corte una Sociedad benéfica, denominada *Dispensario nacional de Alfonso XIII*, y cuyo objeto no era otro sino el atender al amparo y protección de niños pobres y enfermos con las cuotas que abonaban los socios, y con los productos que se obtenían organizando espectáculos públicos.

Para contribuir á la celebración del Centenario, acordó dicha Sociedad nombrar una numerosa comisión organizadora de varios festejos, cuyos productos se aplicarían al socorro del *Dispensario*. De dicha comisión formaban parte más de cuarenta distinguidas personas, entre las que figuraban banqueros, títulos, directores de periódicos, catedráticos, etc., y todas ellas eligieron presidente, por unanimidad, al Sr. González Fiori, el cual tardó más de cinco meses en aceptar el cargo, porque comprendía cuán arriesgado era organizar festejos que habían de ocasionar cuantiosos gastos, sin antes reunir los necesarios fondos para ello, y fiados tan solo en la aventura de un favorable éxito.

Aceptada, por fin, dicha presidencia, se organizó para el viernes 11 y sábado 12 de Noviembre de 1892, una gran corrida histórica ó exposición del arte taurino, en la que habían de lidiarse ocho toros de Miura y otros ocho de González Nandín, en la siguiente forma:

Primer día.—Gran cabalgata histórico-taurina, en que tomaron parte más de 300 personas lujosamente vestidas, representando todas las épocas del toreo, desde el principio de la Edad media hasta nuestros días, ordenada en la forma siguiente:

Heraldos á caballo, trompeteros, timbaleros, jinetes y peones moros, caballeros, pecheros, el Cid Campeador con sus pajes, guerreros, alguaciles, Guardia amarilla, palafreneros, Tercios de Flandes, pregonero, cuadrilla de *Costillares* con perros y medias lunas, Caballeros en Plaza y carrozas, y las cuadrillas de actualidad, con todo el acompañamiento de servicio de plaza de las funciones extraordinarias.

Cuatro toros de D. Angel Nandín, por el orden siguiente:

Primer toro (siglo IX.) Lidiado, azconeado y enchuzado por jinetes y peones, en trajes de moros, no debiendo extrañar al público la índole del espectáculo, por ser de riguroso carácter histórico y esencialmente primitivo.

Segundo toro (tiempos del Cid.) Alanceado por D. José Rodríguez, representando al Cid Campeador.

Tercero y cuarto toros (siglo XVIII.) Lidiados por una cuadrilla con trajes de la época de *Costillares*, á cargo de Francisco Piñero y Gavira, compuesta del citado matador, cuatro varilargueros, cuatro arponeros y un sobresaliente de espada, ejecutándose las suertes acostumbradas en aquel tiempo.

Al empezar esta lidia, el voz pública, acompañado de dos corchetes, leyó el bando que era de rúbrica en aquella época.

Entre las suertes que se practicaron, una de ellas fué la de parchear, y también hubo dominguillos, muy en boga entonces.

En el primero de los toros se pusieron arpones uno á uno, y en el segundo se reprodujo el invento de parear.

Cuatro toros de la ganadería del Excmo. Señor D. Antonio Miura, lidiados á la moderna por las cuadrillas de los reputados matadores José Sánchez del Campo *(Cara-ancha)* y Luis Mazzantini, las que ejecutaron todas las suertes del toreo moderno, compatibles con las condiciones del ganado, como banderillas al quiebro, capeo de diferentes clases, salto de la garrocha, etc.

Espadas, José Sánchez del Campo *(Cara-ancha)* y Luis Mazzantini.

Picadores, José Trigo, Francisco Parente, Manuel Pérez *(El Sastre)*, Rafael Alonso *(El Chato)* y un reserva.

Banderileros, Pedro Campos, Antonio Fuentes, Francisco de Diego *(El Corito)*, José Galea, Tomás Mazzantini y Luis Recatero *(Regaterillo)*.

Puntilleros, Jerónimo Gómez *(Currinche)* y Manuel García *(Jaro)*.

Sobresaliente de espada, Antonio Fuentes.

Segundo día.—Dos toros de la ganadería del señor Nandín, lidiados á la Jineta, por los afamados caballeros D. José Rodríguez y D. Mariano Ledesma.

Se advirtió de que, en caso de que hubiera motivo *á un empeño de honor*, el caballero D. José Rodríguez lo cumpliría dando muerte al toro con la tizona.

Seis toros, cuatro del Excmo. Sr. D. Antonio Miura y dos de D. Angel González Nandín, en lidia ordinaria, por los aplaudidos espadas *Cara-ancha*, Mazzantini, Enrique Santos *(El Tortero)* y Antonio Fuentes, sobresaliente de espada, con sus correspondientes cuadrillas, ejecutándose las suertes del toreo moderno, á que se prestaron las condiciones del ganado, y formada la última de dichas cuadrillas por los siguientes lidiadores:

Espada, Enrique Santos *(El Tortero)*.

Picadores, Francisco Fernández *(El Calesero)* y Angel Herrero.

Banderilleros, Bernardo Hierro, Joaquín Menasalvas *(El Barberillo)* y José González *(Gonzalito)*.

Puntillero, Juan Antonio Mejía.

La plaza estuvo vistosamente adornada con colgaduras y flores y por lo tanto con más brillantez y esplendor que en las corridas extraordinarias. Las banderillas fueron de verdadero lujo, saliendo de ellas pájaros, plumeros, cintas, guirnaldas y otros vistosos adornos.

Para mayor propiedad, salieron perros de presa con las cuadrillas del siglo XVIII. Las más nobles damas de esta Corte regalaron preciosas moñas para todos los toros. El vestuario para la exposición histórica y todo el atrezzo, corrió á cargo del sastre del Teatro Real, Sr. París, y además de la

música del Hospicio asistió, á ambos espectáculos, la notable banda mexicana, por gracia especial del digno embajador Sr. General Riva Palacio.

Según se ve nada se escaseó para tan brillante y variado espectáculo, cuya organización y orden corrió á cargo de una sub-comisión especial de la que formaron parte D. Pascual Millán, D. Luis Carmena y otros ilustrados escritores y críticos taurinos y el antiguo diestro D. Antonio Gil, que fué á Sevilla con el encargo especial de escoger los toros.

Se habían señalado para la fiesta los citados días, porque todas las demás diversiones anunciadas debían verificarse antes, pero el haberse trasladado, para el sábado 12, la cabalgata del Círculo de la Unión Mercantil y de la Cámara de Comercio, que estaba anunciada para el jueves anterior, obligó á suspender dichas dos corridas trasladándolas, cuando ya estaban las reses en Madrid, para el viernes y sábado de la semana siguiente, lo cual ocasionó perjuicios incalculables y el muy importante de que lo avanzado de la estación y lo bajo de la temperatura, alejaran al público de la plaza y solo se recaudaran cerca de catorce mil duros, cuando los gastos ascendían á más de veinte mil.

Ante desenlace tan inesperado, como ruinoso, todos se apresuraron á presentar sus cuentas, el mismo día de la corrida, al Sr. González Fiori, el cual, deseando sacar á salvo, ante todo, su honor y su buen nombre, así como el de todos sus demás compañeros de comisión, se apresuró á pagar puntual y religiosamente todas las cuentas, esperando que se resarciría, ya por donaciones espontáneas, ya con los productos de otros festejos que con el concurso de todos hubieran podido organizarse; pero habiendo convocado diferentes veces á junta y viendo que solo concurrían dos ó tres individuos de la comisión, renunció á toda reclamación particular y judicial, así como también á aceptar presidencias que puedan ocasionar gasto, mientras cada cual no anticipe la cantidad que le corresponda.

El único recuerdo que guarda el Sr. González Fiori de estas corridas, es la cabeza de uno de los toros de Miura.

Sin su gran afición al espectáculo nacional, es muy posible que no quisiera acordarse de él, y zumbara constantemente en sus oídos aquello de que «el que más pone más pierde.»

Gimeno, José *(Chiguito)*.—Los espadas novilleros, que ahora empiezan, suelen echar mano de este muchacho, que pone banderillas regularmente, para que corra los toros y bregue, ayudándolos. Así se empieza.

H

Haza y Astiero, D. José de la.—Natural de Madrid, discípulo de D. Alejandro Ferrant; es autor del cuadro al óleo que tituló *Después de la cogida* y que llamó, en una Exposición nacional, la atención de los inteligentes.

Hermoso Palacios, D. Mariano.—Al hombre estudioso, al que tiene suficiente fuerza de voluntad para penetrar en los secretos de los diferentes ramos del saber humano, nada le está vedado: y esta verdad la acredita palpablemente el Sr. Hermoso Palacios, que, habiendo nacido en Madrid en 1858, no se contentó con seguir las carreras de ingeniero y de abogado, sino que quiso ser, y lo es, perito mercantil, y ha sido muchos años profesor de matemáticas. Eran pocos tantos y tan variados conocimientos para un temperamento tan ávido de instrucción, y por sí solo estudió

música, perfeccionándose en ella al lado del maestro Fernández Caballero. Sus adelantos fueron grandes en poco tiempo, y de ellos dió pruebas en un buen número de zarzuelas, entre ellas *Los Africanistas*, *Campanero y Sacristán* y la célebre *El Padrino del Nene*, que, en colaboración con dicho su maestro, ha justificado la grande afición que tiene á nuestras fiestas de toros, y el conocimiento exacto de los menores detalles de las mismas. Sin saberlos bien á fondo no es posible escribir música tan adecuada.

Su vario talento no se ha circunscrito á los estudios mencionados: se ha fijado con esmero en el que requiere el de *la voz* teórico-práctico, y es profesor de canto, de quien son discípulos muchos de los artistas que más aplausos han alcanzado en el género de zarzuela.

Vale mucho en todos conceptos.

Herrero y Alfaro, D. Pedro Benito.—Natural de la villa de Laguna de Cameros, en Logroño, donde nació en 3 de Abril de 1849; es vecino de la ciudad de Málaga desde los diez años de edad. Allí adquirió afición á la tauromaquia y se dedicó á escribir revistas hace más de diez años

en diferentes periódicos taurinos de provincias y de Madrid, con buen estilo é inteligencia.

Fué uno de los fundadores del «Centro taurino», famosa Sociedad malagueña: ha tenido gusto y se complace aún, en el trato de toreros, por su genio alegre, jaranero y franco, y está reconocida por todos su actividad y honradez.

Horta Branco, Evaristo da.—Fué en Portugal un buen cavalleiro, que tomó parte en muchas corridas de toros, creemos que como aficionado no retribuido.

Horta, José.—Forcado portugués, de gran inteligencia, que tomó parte como aficionado en muchas corridas, demostrando sus muchos conocimientos.

Huracán.—Toro de la ganadería del conde de Patilla, lidiado en la Plaza de Alicante el día 3 de Agosto de 1879, que recibió con fiereza dieciocho puyazos, matando siete caballos, dió dieciocho caídas á los picadores, mandó á la enfermería á Curro Calderón y al puntillero Buendía, y mató en los corrales á un operario. Era negro azabache astifino y hondo.

I

Industriales.—Son tantos los que en distintas profesiones viven y buscan su subsistencia en la utilidad que de un modo ú otro pueden reportarles las funciones de toros, que sería prolijo hacer mención detallada de sus nombres, siquiera fuese menos extensa de la que algunos apetecerán seguramente.

Para obrar así tenemos en cuenta que si bien los industriales á que nos referimos contribuyen en cierto modo al fomento del espectáculo, tal vez no obrasen de igual manera si en ello no fuese envuelta la idea, muy justa por otra parte, de adquirir utilidades para sí que deben figurar en primer término; además de que parecería en nos otros un deseo de encomiar personalidades que está muy lejos de nuestro propósito y mucho más del carácter de este libro, circunscrito á dar á conocer cuanto se refiera al arte de torear, tanto en los antiguos como en los modernos tiempos, sin procurar ni aun remotamente beneficios para los particulares que pudieran creerse interesados.

Hemos, pues, de limitarnos á indicar cuáles son las principales industrias que se alimentan en gran parte con los beneficios que obtienen de la celebración de corridas de toros, cuidando intencionadamente de no citar nombres, por más que muchos sean dignos de ellos por su afición y entusiasmo taurinos.

Desde los *empresarios* de las plazas de toros, que cuando los dueños no administran por sí las toman en arrendamiento bajo ciertas condiciones para explotarlas por su cuenta, cumpliendo unos bien y otros mal con el público, según sea su inteligencia en el negocio ó su ambición de adquirir utilidades, hasta los *contratistas* que suministran los caballos para dichas fiestas, que casi siempre son muy entendidos en la compra y venta de tales animales, todos mantienen un gran número de empleados, dependientes, mozos y corredores, tan idóneos y capaces para dichos fines que sería difícil encontrar de pronto reemplazo útil en determinadas ocasiones.

No dan poca utilidad al comercio y fabricantes de telas ricas, de cordonería, pasamanería, y tiradores de oro y plata, los *sastres*, que, más que en ninguna otra parte, en Madrid y en Sevilla, confeccionan esos magníficos y costosos trajes de luces (llamados así por el brillante reflejo que las

lentejuelas despiden al ser heridas por los rayos del sol), que son modelo de buen gusto; ni los *guarnicioneros* que construyen las monturas y arreos especiales para mulas y caballos, ni los *forjadores* que particularmente en Valencia fabrican los estoques, ni los que en Madrid y Zaragoza hacen las puyas de las garrochas y las banderillas. Más modestos y en menor escala los *zapateros*, que los hay especiales al efecto, hacen en varias ciudades de España el calzado de los toreros que no todos saben fabricar por sus condiciones de comodidad y resistencia; y son tantos, en fin, como al principio va dicho, los industriales que, aparte de los tipógrafos, carpinteros y jornaleros de todas clases, viven con el producto de las fiestas de toros, que les proporciona una decente y honrada subsistencia, que el día en que fuesen suprimidas habían de notar muchas familias su falta con detrimento de su bienestar. Pero eso no sucederá en mucho tiempo, y es posible que mientras haya España subsistan las corridas de toros que tantos beneficios reportan á los pueblos en general y á los Hospitales y gente trabajadora particularmente.

Isla, José Francisco.—En un libro editado en Madrid, en la imprenta de D. Antonio Espinosa, titulado «Descripción de la máscara ó mojiganga que hicieron los jóvenes teólogos, en la ciudad de Salamanca, con motivo de la canonización de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka», y firmado por José Francisco Isla, escritor satírico español, más conocido por el P. Isla, resulta revistero taurino tan célebre jesuita —Los padres

de la Compañía—dice en uno de los principales párrafos—organizaron grandes festejos literarios, pero los promovedores del taurino fueron los estudiantes, y para que los padres pusieran el visto bueno en este número del programa, tuvieron que acreditar su destreza, reconocida en otras corridas, y que los novillos no hubieran sido corridos con anterioridad.

En la mañana del 17 de Abril de 1727 se lidiaron cuatro novillos por el pueblo, según costumbre. Por la tarde lidiáronse ocho, de los cuales, siete fueron banderilleados—con un palo solo, según usanza antigua—y muertos por los estudiantes, y el último se dejó al pueblo. Hay que advertir que el público ayudaba desde los tablados con alfanjes y chuzos á cumplir su cometido á los diestros. En el sexto, los estudiantes esperaron con picas ó lanzas al toro. Este embistió dos veces y otras tantas fué rechazado, y por tercera vez se arrojó con gran coraje y quedó muerto á lanzadas.

Así lo refiere, ni más ni menos, el distinguido y célebre jesuita, autor de la famosa sátira Fray Gerundio de Campazas, que nació el día 25 de Abril de 1703 en la pequeña aldea de Vidanes (ya no existe), por la rara casualidad de pasar por allí su madre cuando se dirigía á un santuario, cerca de la Villa de Valderas, en la provincia de León, donde se establecieron sus padres. Luego que ingresó en la orden, desempeñó varias cátedras, y entre lo mucho y bueno que escribió, no hemos hallado nada en contra de nuestra fiesta nacional.

J

Jiménez, D. Demetrio.—Natural de la isla de San Fernando, Cádiz. Siendo ya teniente coronel de infantería de Marina, se suicidó en Manila hace tres años; fué vicepresidente de la Sociedad Unión Recreativa de la Habana en que tanta afición al toreo demostraron sus individuos, y además de ser un buen estoqueador, demostrado en un sinnúmero de corridas en América, puede atribuírsele que en unión del comandante D. Jose Maquieira y Piñeiro contribuyó, de modo muy poderoso y eficaz, á dar á conocer la afición á toros en el Archipiélago Filipino y á la construcción de las plazas de Manila y otras.

Jimeno y Haces, D. Jacinto.—El modo de ser de este gran aficionado á las lides de toros, le hace en extremo simpático y digno de figurar en nuestro libro; porque no se limita al papel de simple espectador, en que pueden formarse juicios del trabajo ajeno con más ó menos inteligencia y discreción, sino que, adquiriendo con toda clase de

personas en tientas, acosos, becerradas, reuniones y círculos elegantes, sus notables conocimientos, y aprovechándolos, admitió la representación de D. Bartolomé Muñoz, que desde el año 1871 viene siendo empresario de diferentes plazas, donde ha acreditado que puede muy bien hermanarse el interés del público con el del asentista, si se entiende el negocio y no se escatiman gastos. Verdad es que, por su comportamiento, su actividad y su

buena estrella, que le ha acompañado en todos sus asuntos, puede considerársele como indispensable para la gestión acertada de los de cualquier clase, y así lo prueba la que tuvo durante muchos años de todos los teatros de Sevilla.

Es altamente franco, fino y de tan esmerado trato, que cautiva con su palabra y con sus acciones el ánimo de las autoridades, de los asentistas, de los ganaderos, de los lidiadores y de todos los que con él se relacionan por cualquier concepto. Vale mucho, y bien lo conoció desde luego el astuto D. Bartolomé Muñoz al traerle á su lado y comprender hasta dónde raya Jimeno en lealtad, inteligencia y perseverancia.

Nació en Sevilla el 11 de Febrero de 1844.

Juarranz, D. Eduardo. L.—Notable músico español, Jefe director de la sin igual banda del Real Cuerpo de Alabarderos. Como todos los profesores de música que valen algo, era gran aficionado á las corridas de toros, y ha compuesto, entre otras piezas de indisputable mérito, los famosos pasos dobles y pasa-calles *Frascuelo*, *La Giralda*, *Viva Sevilla*, *La Torre del Oro* y otras varias que se aplauden siembre en los circos taurinos y en todas partes con frenético entusiasmo.

Siendo músico mayor del primer regimiento de Ingenieros y hallándose de guarnición en San Sebastián, concurrió á un célebre certamen verificado en Bayona, en el cual obtuvo los primeros premios, varios extraordinarios y la medalla que algunos de nuestros músicos militares ostentan en su pecho concedida por el Gobierno de la vecina República.

Víctima de una afección cardíaca falleció en Madrid, de donde era natural, el 16 de Enero de 1897, siendo enterrado en el primer patio del cementerio de Santa María y acompañado por todos los músicos y aficionados más notables de la corte, donde gozaba de universales simpatías.

Fué discípulo de Arrieta y estaba condecorado con las cruces de Isabel la Católica y del Mérito Militar.

L

Laborda, Juan.—Fué un picador regular y nada más, y también un farpeador menos que mediano, que trabajaba hace quince ó veinte años, generalmente en novilladas ó corridas mixtas.

Lancho, Juan *(Candelario)*.—Su decidida afición al toreo ha hecho que este vecino y natural de Badajoz, se dedique de lleno á una profesión tan peligrosa. No hace muchos años que se dejó la coleta, y en principios de 1896 ha toreado en aquella plaza con aceptación. Parece valiente.

Lay, Francisco *(El Rubio)*.—Picador moderno y, por lo tanto, desconocido aun en el mundo tauromaco. Dicen que monta bien y tiene grandes deseos.

Linares, Eugenio.—Es un torerito de quien poco puede decirse todavía, y sentiremos que pase el tiempo sin que se dé á conocer como bueno. Parece que es sobrino de Gabriel López *(Mateito)*, de quien debiera aprender los buenos principios del arte.

López Pelegrín, D. Santos *(Abenamar)*.—La circunstancia de ser conocido por el seudónimo referido entre los aficionados á nuestra fiesta nacional este distinguido literato, nos hizo incluir sus apuntes biográficos en la página 56; pero el deseo manifestado por muchas personas de poseer su retrato nos obliga á publicarle en este sitio, añadiendo, acerca de su personalidad, los siguientes detalles.

Con decir que su principal éxito literario—al menos para los taurófilos—le debió al precioso

folleto *Filosofía de los toros,* que encabeza una completa edición de la tauromaquia de Montes, está probada su afición á dicho arte, que venía estudiando de algunos años atrás, y que trasmitió á nuestro

queridísimo amigo D. Eduardo López Pelegrín, magistrado más tarde en las Audiencias de Ultramar, de quien ha heredado igual inclinación el bravo jefe del ejército español, D. Santos, honra del Cuerpo de ingenieros.

Abenamar fué persona de distinguido trato, relacionado con altos funcionarios que más de una vez oyeron sus consejos, y estimáronle en cuanto valía Martínez de la Rosa, Istúriz y Alcalá Galiano, así como otros hombres políticos de gran talla y literatos de primer nombre.

López, D. Joaquín.—Notable escritor satírico que con el seudónimo *Tío Pepe* ha escrito, con chispeante gracia, preciosos artículos taurinos criticando la labor de muchos diestros sin apelar á frases incultas ó malsonantes.

Podrá alguna vez aparecer apasionado en sus juicios, pero nunca con desdoro de las cualidades personales de los individuos criticados. Tan *saladas* han sido sus frases, que hasta los toreros contra quienes iban dirigidas han celebrado con risas y bromas la picante intención con que se las dirigía

---

López, Tancredo *(Rey del toreo cómico).*—A todo hay quien gane. No podía menos de suceder que al ver ensalzada la lidia bufa de reses bravas, bailando á su alrededor, saltando, brincando y haciendo mil payasadas, saliese al ruedo un hombre que, abarcando todos esos vicios, los pusiese de relieve caricaturándolos. Ese hombre es el buen Tancredo, que se titula como va dicho, y se anuncia como valiente picador y banderillero, arrojado matador de novillos en zancos (¿él ó los novillos?) y célebre rejoneador en bicicleta.

Bien puede llamarse á este modo de torear e de fin de siglo.

M

Marín, D. Rafael.—Pocos escritores taurinos habrán propagado con tanto empeño y constancia como este la afición á nuestra fiesta nacional. Tanto en el periódico *La Puntilla,* de la Habana, de que fué director, como en otros varios, trabajó hace ya cerca de treinta años, y después en defensa de las corridas de toros, estimulando á todos para que en ellas tomaran parte, encomiando sus ventajas y consiguiendo con su constante predicación que en nuestras posesiones ultramarinas se haya aclimatado tan soberbio espectáculo.

Reside actualmente en España, y en la ciudad de Córdoba, si no nos es infiel la memoria.

Debemos hacer mención de que este escritor fué el primero, y tal vez el único, que se valió de *palomas mensajeras* para enviar desde la plaza á la redacción de su periódico las cuartillas escritas de los acontecimientos de la lidia. Llevaba al efecto seis hermosas palomas belgas de buena casta, y una á una después de la muerte de cada toro, las iba soltando desde el palco que ocupaba, consiguiendo de este modo que su periódico se publicase inmediatamente después de verificada la corrida.

Martín Galindo, D. Rodolfo.—Entre los aficionados á nuestras corridas de toros goza este joven escritor taurino de un crédito justo como entendido en todo lo que se refiere á la fiesta nacional. Cierto es que alcanzó, para formar buen criterio, la célebre época en que el gran torero Rafael Molina y el sin igual matador Salvador Sánchez hacían las delicias del público, arrebatando el ánimo del más indiferente espectador. Martín, que desde un principio vió bien y con cuidado, aprendió pronto los secretos del arte de *Pepe Illo,* y de ello dió muestras notables dirigiendo en Madrid el acreditado periódico *El Sinapismo* y fundando luego otro de gran prestigio titulado *Pan y Toros* y después otro ilustrado que llama *El Arte de los Toros,* en que colaboran plumas de primer orden.

Con el entusiasmo propio de la juventud, pues Rodolfo nació en 26 de Abril de 1860, tiene un apasionamiento tal por las corridas de toros, que más piensa en ellas que en asuntos propios, y hasta

se ocupa en representar á los diestros Francisco Bonal *(Bonarillo)* y Domingo del Campo *(Dominguín)* con verdadero cariño, sacrificando su reposo y obligaciones en bien de tan simpáticos toreros.

De la generación moderna que ha empujado á la de mediados del siglo, Martín es de los más aventajados aficionados, uniendo á su inteligencia una caballerosidad que le conquista la distinción y aprecio de cuantos le conocen.

Martínez Pacheco, Manuel *(Mirlo)*.—Más entendidos que este chico podrá haber otros, y no pocos; pero más atrevidos, no. Una sola vez le hemos visto matar un toro, y nos asustó, á pesar de que la Providencia le protegió visiblemente.

Mateo, Rafael *(Pica)*.—Quiere picar y no hace mucho que se ha dado á conocer en toros de novilladas, demostrando afición y facultades, que debe aprovechar estudiando el arte del toreo.

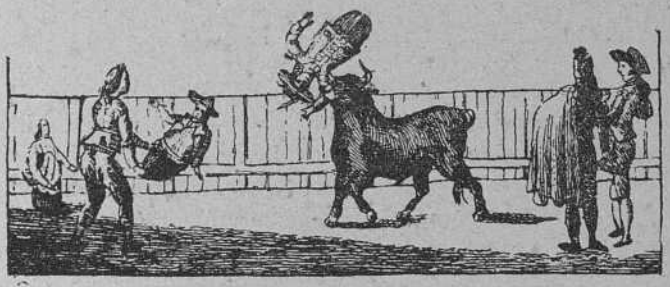
Maura Montaner, D. Francisco.— Natural de Palma de Mallorca, hermano del ex-ministro del mismo apellido y de D. Bartolomé, notabilísimo grabador oficial del Banco de España y de la Casa de la Moneda, discípulo de la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado, premiado con medalla de segunda clase en la Exposición de 1890; es autor de un cuadro que llamó *La calle de Alcalá después de una corrida*, en el cual demostró sus grandes dotes de artista.

Mellado, Emilio *(Manteca.)*—Regular banderillero en los toros de novilladas. ¿Dará algo de sí? Parece que tiene afición y valor, facultades no le faltan, con que á serenarse y á aprender. Por de pronto hay que decidirse entre ser puntillero ó clavar banderillas, que puede estorbar un oficio al otro.

Michelena, Arturo.—En la Exposición del salón de París de Barcelona en 1892, presentó un precioso cuadro que tituló *Una vara rota*, en el cual hay tal verdad y tanta belleza de ejecución, que causó generalmente impresión agradable, entre los que han tenido el placer de contemplar tan hermoso lienzo.

Mojiganga.—A las noticias que, respecto á lo que significa en términos taurinos esa palabra, dimos en la página 501 y siguiente, podemos añadir, como curiosidad, los títulos de las más principales que en la Plaza de Madrid y en algunas otras se han verificado en diferentes fechas del presente siglo, con grande aceptación de cierta clase de gente, y especialmente de niños de corta edad. «El doctor y el enfermo» fué muy aceptada, consistiendo en colocar una cama, con un hombre en ella, frente á la puerta del toril, y cuando el médico se sentaba al lado, daban suelta al novillo, que tiraba los trastos por el aire, y le lidiaban aquéllos y otros zánganos aprendices. «La Pata de Cabra ó las fraguas de Vulcano» data de hace más de sesenta años, y no era otra cosa que el martilleo que daban los cíclopes ante Vulcano hasta que se soltaba el novillo. «La Redoma encantada» figuraba el ataque á un castillo por una cuadrillas de monos ridículos al mando del conde de la Viznaga, que después de hacer fuego huian con la gente de dentro al salir el novillo. «Escenas en Chamberí» divertía mucho por el peligro aparente en que se veía á los mozos que se colocaban en cestos de mimbres pendientes de unas balanzas que subían ó bajaban á impulso de las embestidas del morucho. «El sultán y las odaliscas», en que durante la lidia por moros, permanecían éstas con aquél en un tablado que figuraba un trono, hasta que tocaban á matar; y entonces el sultán tomaba muleta y estoque y daba la muerte al novillo. En esta mojiganga ó pantomima, usó po

primera vez en su vida los trastos de matar el nunca bien ponderado Salvador Sanchez *(Frascuelo)*. «La Becerrita y el cencerro» y «Los Do-



minguillos», de que en aquel artículo hicimos mérito por su antigüedad, se ha repetido con aplauso muchas veces. «Jorobados y panzudos» no consistía más que en la lidia por hombres vestidos ridículamente como el título indica. «El robo de la diligencia», «Los bandidos de Sierra Morena» y hasta «Bu-Amema», el célebre argelino que aun no hace veinte años sembró el terror en la provincia de Orán, han sido convertidos en mojigangas para ser representadas con dudosa fidelidad en la Plaza de Toros. Por cierto que en esta última, un día en que se verificó á beneficio de la Cruz Roja, se hizo figurar en la lucha entre moros y cristianos al célebre *perro Paco*, que aun recuerda todo Madrid, y del que hablaremos siquiera sea incidentalmente, porque *su afición* á la fiesta nacional fué marcadísima. Era este un perro de singular instinto, que no reconoció nunca servidumbre, ni quería situarse al lado de personas mal vestidas: su domicilio más frecuente era en los cafés Suizo ó Fornos, donde se colocaba cerca de la gente más distinguida, sin molestarla ni importunarla de modo alguno. Si cualquier parroquiano le daba terrones de azúcar ó le arrojaba un hueso ó un pedazo de carne, lo agradecía hasta el punto de acompañarle á su casa, por lejos que estuviese y así lloviese ó nevase, pero sin querer entrar en ninguna parte, aunque le hiciesen muchos alhagos. Asistía á las funciones de teatros, prefiriendo el Real á los demás, sin que se diese nunca el caso de gruñir ó ladrar durante la representación; en las carreras de caballos y en el paseo principal se hacía conocer de sus amigos de café, volviéndose de allí á Madrid indefectiblemente al anochecer, y en las corridas de toros su puesto ordinario era el tendido número seis, desde el cual saltaba al ruedo cuando enganchaban el último toro, antes no, y acompañaba hasta el coche al diestro victoreado. Tomaba parte con los *capitalistas* en los moruchos de las novilladas, ladrando á las reses y haciendo regates, que muchos seres llamados racionales envidiaban: esto le perdió, pues en una corrida de becerros lidiados á puerta cerrada anduvo como los aficionados corriendo por el redondel, y como estorbase al espada, éste, en un momento de ofuscación, hirió al pobre perro tan gravemente que le causó la muerte á los dos días. Un buen aficionado al toreo le hizo disecar y lo colocó en su establecimiento, situado en la calle de Alcalá, cerca de la Plaza de Toros.

Además de las mojigangas ya referidas se han puesto en pantomima otras varias, consistentes casi todas en concluirlas por la dispersión en que el novillo ponía á los toreros, que, como se deja comprender, han sido siempre principiantes de escasa valía.

Montalvo, Angel.—Picador en novilladas, valiente y de regular apariencia. Es nuevo en el oficio, y poco puede exigírsele como no sea más voluntad.

Monturas.—Ya que en la voz INDUMENTARIA y en otros puntos de la presente obra hemos relacionado los trajes de los toreros, parécenos conveniente hacer otro tanto respecto de las *monturas* que se usan para los caballos de los picadores, vaqueros, garrochistas, encerradores de ganado bravo, empleados de los mataderos, aficionados y gente de campo en Andalucía y América.

La cabezada se compone de frontalera, testero, ahogadero, carrilleras derecha é izquierda, muserola y porta mozos; en Andalucía se acostumbra á llevar mosquitero sujeto á la frontalera ó sobrepuesto, hecho de cerdas de colores para espantar las moscas que molestan en los ojos, cabezón de cerda ó collares para soltar los caballos en el campo.

La montura debe ser, en nuestra opinión, recuerdo de la primitiva silla española, alta, de borrenes delantero y trasero, á la que se da el nombre de silla de abanico; vaquera ó albarda, bien cubierto el baste con una funda de piel en verano y de carnero en invierno, los estribos que tiene penden de correas de cuero, y son de acero; hierro, metal dorado y de madera, cubiertos de cuero en Centro América; en Castilla algunos afectan la forma de un zapato, y todos están cubiertos por delante para preservar el pie de los golpes de las zarzas y de la humedad; las monturas mexicanas suelen adornarse con plata, y llevan adosada á la cruz del baste una perilla en forma de plato, á la que va sujeto el lazo, y, por último, el bocado que se usa es de acero, sin anillo para la falsa rienda, que sirve de ayuda en las bridas. De los españoles, el autor actual más nombrado, es el *armero Lozano*, de Sevilla, que pone en las barras su sello de fábrica.

Mora, Gonzalo.—Nuestros lectores habrán subsanado el error de imprenta cometido en la columna primera, línea 14 de la página 517, al decir que las funciones reales celebradas con motivo de las bodas de D. Alfonso XII fueron en 1879, en vez de expresar que se verificaron en 1878.

Moreno Godino, D. Florencio.—Gran aficionado en otros tiempos á presenciar las corridas de toros, y distinguido literato compañero de los célebres Alarcón, Becquer, Cazurro, Correa, Inza y otros.

Ha escrito, con notable acierto, muchos artículos acerca de los toreros y sus costumbres, del toreo antiguo y moderno y de otros asuntos relacionados con ese arte, con tan atinadas observaciones, que bien merecían ser coleccionados en un libro que sería de grato solaz y de curiosidad importante.

Cuando los hombres de letras se comunicaban entre sí con más franqueza y menos pretensiones que ahora, todos trataban á este buen escritor llamándole *Floro Moro Godo*, seudónimo que él adoptó y fué muy celebrado.

Creemos que es natural de Madrid.

Muñoz y Pedrardo, D. Bartolomé.—De muchos empresarios de plazas de toros hemos hecho mención en este libro, no por su cualidad de tales, que esta circunstancia no hubiera sido suficiente para ello, puesto que puede emprender el negocio cualquiera que no sea aficionado siquiera á nuestra fiesta nacional, sino porque, aparte de su interés particular, han mostrado deseos de propagar esa afición, estimulando á los principiantes en el arte á que, dándose á conocer, pusiesen de manifiesto su aptitud.

Entre los empresarios más notables en este concepto debe contarse al de la plaza de Madrid y otras del reino, D. Bartolomé Muñoz, que ha tenido la suerte de que en su tiempo, y por sus alientos, hayan subido hasta donde están los renombrados diestros Reverte, Torres, Fuentes, Bonal, García y otros, que, cada uno en su esfera, llaman hoy la atención del público inteligente. Mucho le ha favorecido, y á manos llenas, la fortuna; pero ¿por qué no ha de concederse algo á su inteligencia y á su actividad? Si se hubiese contentado con presentar en nuestro circo lidiadores ya conocidos de antiguo, con más ó menos fama, no hubieran despuntado y hecho concebir esperanzas, casi realizadas, los diestros citados, que se han *cuajado* en esta Corte, hasta el punto de excitar rivalidades y emulaciones con otros de incontrovertible mérito. Una larga práctica y un conocimiento especial de estos asuntos, le ha convencido de que para ganar mucho se necesita arriesgar más, y que es base principal para emprenderlos tener afición á las lides taurinas, propagarlas y extenderlas.

Avecindado en Sevilla hace más de veinticinco años, es natural de Escacena del Campo, provincia de Huelva, donde radica su fortuna consistente en muchas y buenas fincas rústicas, y desde 1871 se dedicó al negocio de Empresas taurinas, haciéndose arrendatario de las plazas de Antequera, Málaga, Algeciras, Cádiz, Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera, Cáceres, Badajoz, Córdoba, Sevilla, Zaragoza y Madrid, sucesivamente, y siendo en la actualidad empresario de las dos últimas. Tiene gran crédito entre ganaderos y lidiadores. Podrá en alguna ocasión habérsele tachado de muy apegado á sus intereses, pero ¿quién es el que obrando cuerdamente no observa igual conducta?

Músicas.—Hasta mediados del presente siglo no se introdujo en Madrid la costumbre de que al espectáculo nacional concurra una banda de música que amenice el espectáculo tocando preciosas piezas y aires nacionales antes de empezar la corrida; pasos dobles y pasacalles al hacer las cuadrillas su presentación en el ruedo, y trozos de zarzuelas en los intervalos de arrastre de toros y caballos. Las bandas de música son unas veces militares y otras de asilados por la Beneficencia y últimamente se ha introducido la costumbre, importada de las plazas de provincias, de tocar también cuando algún matador ó banderillero ejecuta la suerte á satisfacción de los concurrentes.

N

Novás, D. Rosendo.— Es autor del «Torero moribundo», estatua en yeso, de tamaño natural, que figuró en la Exposición Universal de Barcelona en 1891. Esta obra fué premiada en la Exposición Nacional de 1871, con el título que lleva esculpido al pie «El siglo XIX». La expresión de la fisonomía del torero y su actitud en el suelo, sujetándose el pecho, donde parece ha sido herido, es admirable. Este malogrado artista obtuvo medallas en las Exposiciones de Viena y Filadelfia. La estatua fué adquirida por el duque de Fernán Núñez, en cuyo palacio se ostenta. Novás es también autor de una corrida de toros en barro cocido.

Núñez de Cela, D. José.—He aquí un joven más serio de lo que su edad concede para apreciar desapasionadamente el trabajo de los diestros en el redondel. De familia bien acomodada, y por lo

mismo dueño de sí para no torcer sus impresiones por intereses ajenos, lleva en todos sus escritos una imparcialidad, que á muchos vendría bien, y una claridad de lenguaje metódica y atinada, casi dudosa en un muchacho de dieciseis años, que es cuando empezó á escribir para el público de asuntos taurinos. De ello, y de su entusiasta afición á las corridas de toros, dan testimonio los muchos periódicos de Madrid, Barcelona y Portugal en que la firma de *Bruno Ceilán* es tan conocida. Nació en Madrid el 11 de Octubre de 1876, sigue la carrera de Derecho, huye de las juergas flamencas y ve toros sin gritar, como otros, á tontas y á locas.

O

Oliver Aznar, D. Mariano.—De este pintor es el cuadro «Lagartijo», en que figura el diestro sentado en el estribo de la barrera, con la muleta en la mano, después de haber dado la estocada á un toro, que aparece arrodillado á sus piés; por su aspecto parece referirse á la última época del matador citado. Es notable la corrección del dibujo.

Ortiz, D. José.—Escultor cordobés, que otros dicen ser sevillano, autor de un hermoso barro cocido representando en tamaño grande al toro *Pandereto*, último que mató *Lagartijo* el día de su despedida en Madrid el día 1.º de Junio de 1893. Ya en 1879 había presentado en la Exposición «Un manolo del siglo XVIII» y otras obras notables.

P

Pauro, Cayetano *(Peterete).*— Eramos pocos y nació este matadorcito de toros en novilladas con grandes alientos, pero sin reflexión ni discernimiento. Dada su gran afición, puede que llegue á ser algo, si piensa más en lo que es el arte de torear.

Pérez, D. Pedro.—Distinguido oficial primero de Administración militar que durante tres años sostuvo en la Habana la afición á la lidia de toros, matando los de aquel país sin retribución alguna, pero cobrando al público los precios de entrada en la plaza de Regla, siempre para destinarlos al beneficio de las Sociedades de asturianos, gallegos, catalanes, vascongados y otras.

Era notable por su valor y conocimientos, y no bajará de cincuenta el número de reses que mató á estoque con maestría. A él y al Sr. Avecilla se debe que en aquella isla se fomentase la afición al toreo, puesto que en la época en que lidiaban, no iban toreros de profesión á sostenerla.

Plazas.—En la relación que de las existentes en España hemos publicado, dejó de mencionarse la de *Tafalla*. Es de ladrillo y piedra: no tiene más que veintiocho palcos y el presidencial, que son los de sombra, terminando en la parte de sol con la última fila de tendido. Tiene la forma, y así la llaman por allí, de una gorra con visera puesta al revés. La estrenó Tomás Parrondo *(El Manchao)* en 16 de Agosto de 1888; caben en ella unas 6.000 personas, y es propiedad del Ayuntamiento de dicha villa.

También debemos hacer mención de la de *Bayona*, en Francia, nuevamente construída, que, sin disputa de ningún género, es la que en el extranjero tiene más carácter español por su forma, y la sola donde se pueden ver corridas como las de nuestro país, sin esas mamarrachadas á que, por desgracia, se prestan nuestros más famosos diestros, con menoscabo de su reputación artística.

Está situada junto á Capuchinos, cerca *des allées marines*, y en su construcción no se ha escaseado ciertamente el buen material. Según consta en un libro del Sr. D. Pascual Millán titulado *Biarritz y sus cercanías*, que ha de ver muy pronto la luz pública, se formó, para edificar esta plaza, una sociedad de la que fué alma y vida Mr. Iribarnegaray, el mismo que lo fué de la federación de las ciudades *du midi* en pró de las corridas de toros, duramente combatidas por la desdichada madame Severine y algunos folicularios de su tertulia. *Les arenes Bayonnaise* están cubiertas en una sola parte, con cincuenta y seis palcos, además del principal, y en todo el circuito tendidos con barrera, contrabarrera, delantera, tabloncillo y diez filas numeradas, y gradas con balconcillo, tabloncillo y seis filas también con numeración. No falta, como es consiguiente, la meseta del toril; el diámetro del redondel es de 42 metros, y en la plaza caben unos 9.000 espectadores. Hay dos corrales, buenos toriles, enfermería, y todo lo necesario en una buena plaza: dirigió las obras el arquitecto bayonés Mr. Vannetzel, y fué contratista general Mr. Dufourg. Debió inaugurarla Luis Mazzantini con Valentín Martín, pero lastimado aquel en otra corrida, fueron Martín, *Jarana* y *Fabrilo* los que la estrenaron. Un detalle: en cuantas funciones allí se celebran, casi todo el personal del servicio de plaza es español.

Puntilla.—Cuando en la página 639 hicimos la descripción de lo que es ese instrumento del toreo, olvidamos decir que no en todas las plazas americanas se usa todavía, al menos por los toreros de aquel país, siendo costumbre degollar por delante á las reses con facas ó cuchillos marinos, de uso corriente entre aquella gente del pueblo.

R

Ramírez, Emilio (*Plantaito*).—Matador de toros muy moderno que, á pesar de ser cordobés, se presenta y trabaja con cierta seriedad muy apreciable, según dicen los que le han visto trabajar en la Habana. Es valiente.

Roberto, Vicente.—Este inteligente torero portugués á quien, por referirnos á datos añejos, llamamos joven en la página 668, ha fallecido en 1.º de Junio del pasado año de 1896. Era hermano de Roberto da Fonseca, otro banderillero antiguo de quien hemos hablado en el lugar correspondiente y los dos han sido en los últimos tiempos los más notables banderilleros lusitanos, á quienes el público quería tanto como á Peixinho (padre).

Había nacido en Salvaterra de Magos el año de 1836, siendo hijo de Antonio y de María Gertrudis, y murió en su casa de dicho pueblo después de una larga y penosa enfermedad, cuando ya estaba retirado del toreo, en que dejó tan grato nombre como el que en España adquirieron los indiscutibles maestros de la tauromaquia.

Difícilmente encontrarán los portugueses en mucho tiempo toreros tan bravos y finos como los hermanos Roberto, gloria de la tauromaquia lusitana.

Rodríguez, Tomás.—Picador que figura en carteles de 1882 á 1884, y que rejoneó toros en las corridas celebradas con motivo del Centenario de Colón. Es hermano de José (*Tabardillo*).

Roque, José.—Banderillero moderno cuyo campo de operaciones en la actualidad es en la Habana. Es hermano de

---

Roque, Pablo.—También banderillero que en la Habana, como aquél, recoge aplausos trabajando con buena voluntad, según afirman los que les han visto.

S

Sánchez Pastor, D. Emilio.—No dijimos en la pagina 712, al hacer mención de este inteligente aficionado y distinguido escritor público, que cuando se suscitó en España la célebre cuestión con Alemania sobre posesión de las islas Carolinas, y pensaron muchos toreros, ganaderos y particulares patriotas entusiastas también por nuestra fiesta nacional, adquirir un barco torpedero para regalárselo al Gobierno español, el Sr. Sánchez Pastor fué nombrado presidente de la Junta nombrada á dicho fin. Su actividad é inteligencia, ayudadas con empeño por todos los socios y particularmente por D. Ricardo García, hicieron que en breve tiempo se ofreciesen muchos toreros á lidiar gratis en corridas organizadas al objeto de recaudar fondos;

que se celebrase alguna función; que se pidieran y obtuvieran planos, diseños, precios y proposiciones de la casa inglesa Tomphsom y otras, del proyectado buque y hasta que en los corrales de la plaza grande de Madrid fuesen encerrados los toros que

se destinaban como de regalo á la corrida que en la Habana había de torear el espada *Lagartija* con otras varias y buenas cuadrillas. Por haberse dado por terminada aquella cuestión política y por otras causas que no son de este lugar, la Junta creyó concluida su misión sin ver logrados sus deseos, el ganado fué devuelto á los ganaderos y el barco no se adquirió, no por falta de diligencia y hasta formal empeño del presidente, de la Junta y de la asociación, sino por... lo que dejamos apuntado. A pesar de las graves atenciones que el elevado puesto político que entonces ocupaba el Sr. Sánchez Pastor exigía de él, no faltó ni á una sola junta, no dejó de acordar lo más conveniente, y ya que no consiguió el logro de los deseos que á todos nos animaban, obtuvo la satisfacción de que no se reclamase nada ni por nadie en contra de los asociados.

Es tan importante el servicio que en aquella ocasión prestaron los aficionados á toros, por más que no diese el resultado apetecido su proyecto (ajeno, por otra parte, á las cuestiones del toreo, y esta es la razón de no extendernos en el asunto), que no hemos querido pasarla en silencio, y mucho menos ocultar el interés esencialísimo que en todo tuvo el Sr. Sánchez Pastor, guiado evidentemente por su amor á la patria, tanto como por el que de muy antiguo tiene al espectáculo nacional.

Podrían escribirse doscientas páginas relacionando los trabajos que se hicieron entonces para satisfacer el deseo de los aficionados á toros de regalar á España el referido barco torpedero.

Sánchez, Domingo *(Tejada)*.—Nuevo matador-novillero que quiere y puede, pero que no sabe nada del oficio á que se dedica. Aplíquese, estudiando cuanto pueda la teoría del arte y practicándole continuamente, que es una profesión en que son pocos todos los ensayos.

Sanjurjo, Diego *(Lagarito)*.—Mata novillos donde puede y con buena voluntad. Esta suple á la falta de arte casi siempre, aunque también el valor forma en este muchacho parte muy esencial de su vida torera, que ha abrazado con verdadera vocación.

Santiago, Manuel *(Masenga)*.—Veremos cómo se porta este novel picador novillero, que los que le han visto dicen que ha de dejar nombre en el toreo; pero no expresan si por bien ó por mal. En él consiste adquirir fama.

Santos, Ricardo de los *(Santitos)*.—Banderillero muy desenvuelto, activo y trabajador, que tiene gran aceptación, como peón de lidia, en las plazas americanas en que trabaja al lado del matador de toros Antonio Ortega *(El Marinero)*.

Sebastián Castellanos, D. Basilio.—A este escritor se atribuye el artículo «Corridas de toros», que aparece en el *Diccionario Enciclopédico Hispano-americano*, obra en publicación y que alcanza hoy tan solo al tomo 17. En el quinto describe, prolijamente, la historia y orígenes de la fiesta de toros; cita á casi todos los que se han ocupado de ella y al autor de este libro, señalando, al final del artículo, un párrafo largo, refiriéndose al capítulo VI del Diccionario *El Toreo*, que es en lo que termina su estudio, en el cual no hay nada nuevo que no sea ya conocido.

Silva, Carlos.—El famoso banderillero portugués de este nombre, mencionado en la página 739, falleció en la ciudad de Porto, de donde era natural, el 6 de Febrero de 1897, víctima de una enfermedad adquirida después de torear en Río Janeiro, á donde fué contratado el año anterior por José Bento.

Suárez, José *(Gacha)*.—Ha alternado como picador en Madrid por primera vez el 21 de Marzo de 1897: por consiguiente, no puede formarse juicio acerca de sus condiciones é inteligencia, toda vez que con el estilo moderno de trabajar solo en un par de toros no se ve lo que cada uno puede valer, sino pasado algún tiempo.

No hay que confundirle con el que de iguales nombre y apellido, incluimos al final de la página 744.

T

Torres Reina, José. — Es nuevo en el arte, pero trae grandes deseos de ser un picador de nombre. En las novilladas en que le hemos visto, ha montado bien y no ha picado mal, aunque agarra poco y no siempre en lo alto.

Creemos sea pariente muy próximo de los que llevan el apodo de *Bombita*.

V

Villahermosa, Mariano *(El Peinao)*.—Empieza á sonar entre los aficionados al toreo el nombre de este joven matador de toros en novilladas, sin que hasta ahora se le conceda otra cosa que excesivo valor y mucha voluntad. Algo es algo.

Tercera parte

ARTÍCULOS CORTOS, CRÍTICOS Y TEÓRICOS

Al Señor Don

Francisco Javier Pablo Mínguez

Querido Paco: los artículos que ya conoces y que incluyo á continuación dando remate á este libro, contienen, en su mayor parte, varios consejos y opiniones acerca de la buena lidia de toros, según las reglas fijas que escribieron grandes autoridades y practicaron maestros célebres que tú y yo conocimos hace más de cincuenta años. Son esos artículos el complemento necesario á la buena inteligencia de mi Diccionario Taurino, y como gratísimo recuerdo de nuestra antigua y nunca interrumpida amistad, te dedico estas teorías que responden al espíritu de cada una de las voces de esta obra, en que he procurado explicar ó interpretar los preceptos que van olvidándose por desgracia. Mucho digo en ellos, pero ¡cuánto queda por decir! Ya lo suplirás con tu buen criterio, que siempre ha sido conforme con el de tu fraternal amigo

Pepe

I

LA CARRERA DEL TORERO

CUANDO de la escuela salen sabiendo leer, escribir y contar, los chiquillos que allí han ido, que no son todos, encuéntranse los padres pobres sin saber qué hacer con ellos. Acuérdanse de aquel adagio que dice: *quien tiene oficio, tiene beneficio*, y sin más consulta dedican á menestrales á sus vástagos: aplícanse estos lo menos que pueden, pocos llegan á oficiales, ninguno á maestro. Dicen á quien lo quiere oir que *van para toreros,* según sus inclinaciones desde la infancia. Por eso hacen tantos *novillos* al taller y tantas *rabonas* en su casa, que los maestros los despiden y los padres los castigan sin conseguir la enmienda. Algunos padres, durante mucho tiempo, no saben del paradero de sus hijos: también hay hijos que no saben de sus padres.

Reúnense algunos de esos mozalbetes en el café Imperial, mejor dicho, en la puerta de él, ó en otros peores lugares, á oir proezas de toreros que se encuentran en estado de canuto. Con la boca abierta y las manos atrás, escuchan diálogos en que la mentira y la exageración entran por mucho, y des-

piertan hablando de toros, los que hablando de lo mismo quedan rendidos, que no dormidos. Sueñan con los brillantes y cadenas que ostentan los jefes del toreo, los matadores de alternativa; y tal incentivo los estimula á emprender la carrera ó profesión de Montes, sin acordarse del fin de *Pepe Illo*. La esperanza de tener dinero algún día, mucho dinero, aguijonea su inclinación y nunca se les ocurre que antes que aquel suele venir la muerte ó la pérdida de algún remo importante de su cuerpo.

Son valientes como buenos españoles, atrévense á llevar porrazos en los embolados, y sin comer más que pan, si se lo dan, andan caminos de cuatro ó seis leguas para llegar á un pueblecillo en que hay capea. Celébrase esta con motivo de la fiesta del Santo Patrón: y allí son de ver los trastazos, revolcones, golpes y algo más que reciben con la resignación de un mártir. ¡Mayor vocación por el arte no puede pedirse!

Andando el tiempo y arrimándose unos á otros van contratados media docena de los más grandullones para correr todo un día sin más descanso que un par de horas. Treinta ó cuarenta moruchos *pregonados*, corridos ya veinte veces en otros tantos pueblos son los destinados á «romper el bautismo» á aquellos destinados torerillos. Págalos el Ayuntamiento con cien reales, que quinientos más se han gastado en refrescos alcohólicos para los cofrades del Santo y no quedan fondos.

Por rara casualidad, de los seis mozos vuelven dos ilesos, es decir, sin más rotura en la piel que alguna descalabradura. De los otros puede saberse cuando vienen curados. De los que no curan no vuelve á haber noticias, ¿para qué? el censo de población no sufre mucho en sus cifras.

Ya les conocen los del oficio. Suena su nombre en carteles de villorrios, luego en los de ciudades y muéstranse con ellos vanidosos y enorgullecidos, calculando que tanto vale sonar como bueno que como malo, si suenan mucho. De más lejos se oye el figle que la flauta y el rebuzno del burro, que el gorgeo del canario. Valor haya y barbaridades se hagan, que el arte ya vendrá; y si cuesta caro, la letra con sangre entra: y en todo caso, dicen ellos, para lo que servimos en el mundo la vida tanto nos da.

Y tienen razón.

Por arte de birlibirloque ó por pícaras recomendaciones entra cualquiera de esos chicos en cuadrilla de toreros de alternativa, y deja de ser cuadrillero anónimo. Ya se lava y afeita y hasta es limpio, de todo lo cual no daba señales poco antes. Se peina la coleta con esmero y varía de costumbres: es comedido, atento y hasta hombre de bien; generoso y espléndido sin acordarse de antiguos ayunos, y si logra un par de años de buenas corridas cumpliendo bien, considera asegurado su porvenir y se casa *in faciæ Ecclesiæ*. Luego el que alcanza la alternativa de matador llegó á la meta de sus deseos, y da por bien empleados doce años, lo menos de aprendizaje. Y como el buen soldado y el buen marino, ni teme al enemigo ni le asustan los temporales.

. . . . . .

En esos términos, aunque con mejor pluma, escribiría hoy la vida del torero, el famoso cronista de Felipe IV, Juan de Zabaleta, si por fortuna viviera. ¡Cómo hubiera recargado el cuadro al pintar al hombre que, sin recursos y sin más apoyo que su afición y su audacia, tiene fe en su porvenir, ó bastante filosofía para apreciar su vida en lo que vale!

¿Y luego, qué? De cien hombres que se dediquen al difícil arte de torear, diez se inutilizan al principiar: diez se cansan y se retiran: cuarenta se quedan sin desarrollarse nunca: veinte son banderilleros que ganan para comer y nada más: otros diez toman la alternativa de espadas, tal vez para ganar menos que como peones: y de los diez que quedan, cinco entran en el número de los que viven holgadamente: cuatro en el de los que pueden dejar herencia, y UNO, *uno solo*, que descuella entre todos y por excepción se hace rico.

Con menos trabajos personales, con menos tiempo de estudios, aunque con más gastos y tributo de inteligencia, hacen su carrera los ingenieros, los arquitectos, abogados, etc. etc., y sucédeles poco más ó menos lo que á los toreros, lo que á todos los de todas las profesiones en este mundo. El que se distingue por listo sube: el que no es tonto, se estaciona si es corto, y el que no se atreve ó vale poco, no llega jamás á nada.

Pero el oficio de torero, al que no se atreve, le estorba: al que se estaciona le empujan los cuernos, y al que es listo le anda siempre rondando la muerte, lo cual no acontece en ningún otro, y los hay peligrosos.

¡Y aun hay quien envidia á los toreros! ¡Y toda vía se oye decir con frecuencia que no hay más carreras que la de cantante y la de torero!

¡Como si todos fuesen Gayarres ó Frascuelos

II

VOCACIÓN

En todas las ciencias, artes y profesiones á que el hombre dedica su preferente atención para cultivarlas, debe exigirse un decidido empeño, una completa voluntad y una abnegación sin límites en el que trata de ejercerla, á fin de apoderarse de los secretos que encierran, dominarlos, y una vez esto conseguido, familiarizarse y de tal modo acostumbrarse á cuanto con ellas se relacione, que parezca fácil lo difícil, factible lo impracticable, y natural y sencillo lo extraordinario.

Sin ese amor á la ciencia ó arte, sin entusiasmo, no hay, no puede haber nada: queda reducido todo á haber aprendido, cuando más, la parte exterior de los mismos, sin profundizarlos, y el que debiera ser, por ejemplo, aventajado artista, limitado á simple artesano, que no sabrá nunca vencer dificultades, sin darse razón de las causas á que se pueda atribuir cualquier entorpecimiento ó contrariedad. Si en los tiempos modernos, Edisson hubiérase contentado con el resultado de sus primeros descubrimientos, dejando de hacer cada día nuevos experimentos, la ciencia sufriría aún lamentable retraso; y si en lo antiguo los grandes descubridores del Nuevo Mundo no hubiesen fijado su atención en cálculos matemáticos, estudiando con

ahincó dificilísimos problemas, y ensanchando la esfera de lo sabido hasta entonces, con sus prolijas y detenidas investigaciones, aquella preciosa parte del globo hubiera permanecido ignorada, muchos años, del antiguo continente; lo cual comprueba que, sin tener el hombre por punto principal objetivo de sus deseos, el estudiar ampliamente y á fondo cualquier ciencia ó arte, en todos sus detalles, con todas sus ramificaciones, y calculando y experimentando las ventajas conocidas para apreciarla, y los inconvenientes para salvarlos y vencerlos, no cumple la misión que él mismo debe imponerse para rebasar la línea trazada de antemano, ó al menos para demostrar un exacto conocimiento de lo que es la profesión que abrace.

Razones tan claras y extendidas como las que van expuestas no necesitan mayores fundamentos para ser consideradas como base firme del presente artículo, que ha de tratar de las condiciones esenciales y precisas para ejercer la difícil y arriesgada profesión de lidiador de toros: cuanto va dicho le es aplicable en sumo grado, porque en ello se juega la vida y aun la honra, si se tiene en cuenta que la muchedumbre, al que sufra la desgracia de ser herido ó muerto en la arena, llámale bárbaro, ignorante. Detrás de la terrible angustia, el estigma denigrante y despreciativo; así es nuestra pobre humanidad.

No le basta al hombre, para ser torero, la voluntad, ni el valor, ni la aptitud física, si no *goza* en el ejercicio del arte, olvidándose por completo en el coso de todo cuanto en el mundo y fuera de allí le rodee y forme parte de su vida social é íntima.

Ante las fieras no ha de recordar absolutamente disgustos particulares, ni alegrías de familia ni nada, en fin, que le distraiga por un instante de la observación atenta que le indique, según su inteligencia, el modo de esquivar con lucimiento la acometida del toro; y de tal manera ha de lidiarle, que en ello ha de poner sus cinco sentidos, como vulgarmente se dice en España. Desgraciado el torero que al ejecutar cualquier suerte con la fiera recuerde amores, contrariedades, venganzas ofrecidas ó cariños de familia. En unos casos la ira, que es mala consejera, le llevará á arriesgarse más de lo necesario; en otros, las tiernas afecciones le harán retraerse y demostrar ausencia de valentía, y en todos, la preocupación natural de quien en otra cosa está pensando ha de originarle más daño que provecho. ¡Quién sabe! Tal vez esas diferencias, esas desigualdades, que se notan en determinados y muy acreditados diestros, animándose con toros difíciles y rehuyendo el trabajo con otros sencillos y boyantes, sean efecto de ideas ó recuerdos que crucen por su mente en los momentos más críticos para descuidarse.

Por estas razones, sin gran entusiasmo por el arte, y, si se quiere, por un *fanatismo* por él, tan grande como el que debe inspirar la religión ó la patria, la voluntad y el valor no son suficientes, por sí, para ser lidiador de toros, como debieran ser todos los que pisan el redondel; por eso se ve que en la juventud, en los años de la vida en que todo sonríe al hombre, y en nada piensa más que en hacer que en él fijen todas las miradas, en esa edad en que los sueños de gloria alegran sus deseos, y el pundonor y la audacia y todas las pasiones tienen su mayor desarrollo y se manifiestan más pujantes, el torero marca más rápidamente sus adelantos, pero también sufre de continuo mayores percances, efecto de su irreflexión y falta de estudio y práctica; y gracias á que á los veinticinco años aun no se ha desarrollado en él esa avaricia que en tal clase, como en todas, viene siendo signo característico del último tercio del presente siglo, que de ser así, ¿cómo ha de intentar suertes de mérito ni estar en completa tranquilidad desafiando el peligro el torero á quien sobran billetes de Banco y adora el becerro de oro con preferencia á otro culto?

Son muy dignas también de que se tomen en consideración las contingencias á que se exponen los que se dedican al ejercicio de lidiar toros. Prescinden de la familia, de la amistad, de cuantas afecciones tienen en este mundo para lanzarse al palenque donde tal vez les espera un fin desgraciado, en cuyo caso

que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

Hacen completa abstracción de su personalidad desde el momento en que se someten á las veleidades del público, y si fueran todos como debían ser y va dicho, las virtudes más altas, como el pundonor, la vergüenza, el afán de gloria, la afición al estudio y el sacrificio de su vida, les llevaría á la inmortalidad, cuyo templo habitan Romero, Montes, Redondo y otros, que por un sentimiento interior fueron llamados hacia tal género de vida, desde el momento que se inclinaron hacia él, ávidos de fama y de imperecedero recuerdo.

Ese movimiento interno del espíritu que ha de significarse muy de veras en el ánimo del torero, se llama *Vocación*. Sin ésta, pocos brillan.

III

EL MIEDO

BIEN se comprende que en la lidia de toros bravos entra como condición indispensable la de que el hombre posea la cualidad del valor en alto grado, en términos de que siempre se ha dicho que de un torero valiente puede esperarse mucho. Pero entendámonos.

El valor no se adquiere por la sola voluntad del individuo en todas ocasiones. Siendo la posesión de un ánimo fuerte para arrostrar el peligro, con la misma tranquilidad que si no existiera y sin titubear un instante, esa posesión puede darla, ó la más completa ignorancia, ó la segura confianza de vencerle por medio de la inteligencia. El valor en sí, la valentía, están demostrados desde el momento en que un hombre se presenta sin temblar ante la fiera y la incita y obliga á acometer para burlar sus bárbaros instintos. Del mismo modo que el miedo se apodera de nosotros en las circunstancias en que menos quisiéramos viniera á aconsejarnos, el valor no responde siempre á nuestro deseo, y suele suceder con frecuencia en las corridas de toros que á los ojos del espectador aparece

valiente el que no lo es, y de quien solo Dios sabe lo que en su pecho pasa. A algunos se les moteja de miedosos ó irresolutos, y, sin embargo, ni la calificación es justa ni puede haber nadie más que el mismo interesado que sea capaz de reconocer con certeza cuáles y cuántos son los latidos que da su corazón en un rápido momento, ni á qué obedece su anhelosa respiración.

Por regla general—y no se ofendan algunos lidiadores por lo que vamos á decir—los más ignorantes, aquellos cuyas facultades intelectuales son más escasas, aparecen más valientes. ¿Por qué? Porque ignorando el peligro á que se exponen, fian el éxito de las suertes al atrevimiento, confiando en sus facultades físicas, ya que de las otras carezcan en absoluto. El valor, que ya se ha dicho muchas veces ha de ser frío y sereno, sin arrebatos ni obcecaciones, debe tambien ser reflexivo, y el torero no puede ni debe tener confianza en la lidia más que estudiando las condiciones del ganado, que sabiéndolas y conociendo el arte, tranquilo tendrá su pecho. ¡En cuántas ocasiones por prescindir de ese estudio y por no querer aparecer demasiado prudentes, han sufrido cogidas los toreros!

No vamos á defender á los matadores, que son las principales figuras en el ruedo, más que en lo que realmente merecen. Ya hemos dicho que el solo hecho de presentarse ante las reses, es señal de indudable valor, y éste se demostrará mejor y más patente cuanto mayor rato toree solo ó con poca gente al lado, toros de algún respeto.

La debilidad de espíritu en los que se apartan de la cabeza de las reses, para que los peones los trasteen con sus capotes, no decimos que haga ostensible el miedo, pero sí una manifestación de él, que cuando menos puede llamarse apatía y falta de voluntad para permanecer ante el peligro. Parece como que se busca la reposición de fuerzas, y la manera de que, pasando tiempo, se normalicen las funciones respiratorias, cuya agitación siente fuertemente, aunque no se ven por el público, al mismo tiempo que se procura la debilidad del enemigo por el cansancio y el aburrimiento. Esta es ya demasiada *prudencia*, que contrasta con el atrevimiento ignorante de que antes hemos hablado.

El público quiere que á todos los toros se les mate pronto y bien, y eso en absoluto es imposible. Nosotros mismos, que como regla general, predicamos con insistencia que se les dé muerte en corto y por derecho, no dejamos de conocer que esto no es siempre practicable. Hay toros que no paran, viendo cerca el bulto, y á éstos es imposible arrancarse ni esperarlos en corto terreno, hay que tomar más; en otros, aunque no son muchos, es indispensable el cuarteo, porque suelen acostarse del lado derecho, ya por inclinación particular, ya porque las salidas falsas le hayan enseñado ese camino, ó ya porque los rehiletes se hallen colocados todos en ese lado: hay alguno á quien no es posible hacer que levante la cabeza, viendo un objeto cerca de sí, y con él hay que aprovechar, yéndose á él como mejor se pueda, y en tales casos no atribuimos al miedo la realización de las suertes en dichas formas. Eso sí, queremos que el torero dé la cara y no mate al revuelo, ni de trampa, porque en ese caso álguien puede haber que le considere dominado por el terror.

Claro es que para matar unas veces en corto y por derecho, otras esperando, otras arrancando de largo y alguna á paso de banderilla, se necesita, si se ha de hacer bien, saber lo que se hace, que no basta hacer lo que se sepa, puesto que el matador de alternativa no debe tomarla sin los conocimientos necesarios. Estos, como preliminares indispensables, han de ser los de conocer el terreno que se pisa, cuál es el de la jurisdicción propia y cuál la del toro; si las querencias naturales ó accidentales pueden perjudicar al diestro ó favorecerle, saber perfectamente el manejo del capote y de la muleta: y como complemento de esos preliminares, apreciar con clara inteligencia las condiciones y facultades de las reses y las transformaciones que haya experimentado en cada uno de los tercios de la lidia. Por no acostumbrarse á matar más que de un solo modo, han ocurrido desgracias irreparables á espadas de primera y bien adquirida nota. Especialidades fueron en la suerte del volapié Roque Miranda y Antonio Sánchez *(Tato)*, y por no tener presentes les condiciones de los toros, ambos sufrieron cogidas que les impidieron tomar luego en sus manos los trastos de matar, y el mismo Manuel Domínguez por igual causa perdió el ojo derecho en la Plaza del Puerto de Santa María, y no dejó allí la vida gracias á su robusta constitución. ¿Fué por miedo el olvido de las condiciones de aquéllos? Creemos que no; á otras causas hay que atribuirlo.

Es voz constante, entre todos los que de toros hablan, que en el redondel nunca se ven dos completamente iguales; y si esto es verdad, ¿cómo es posible matar del mismo modo á reses de distintas condiciones? ¿Por qué se ha de atribuir á

miedo el que un espada se arranque de más lejos en un toro que en otro si la necesidad lo requiere? ¿Por qué se ha de tener por hombre de poco corazón al que, para llevar al toro al punto que más le conviene, le trastea en mayor espacio de tiempo que á otro que desde luego se le colocó bien? ¿De cuándo acá es mayor señal de valentía enseñar el *polissón* á un toro después de un forzado recorte que el acto de pasarle de muleta ó capearle con los piés quietos?

Las suertes del toreo tienen más mérito cuanto más expuestas son y más arte se demuestra al ejecutarlas. La de recibir, que es la suprema, se tiene en más alto grado que ninguna, porque exige no se muevan los piés, y aunque pierda el color de la cara el que la ejecute en toda su pureza menos miedo tendrá que el que mate las reses con trampa y aparente alegría y bravura. Si pudiera á un mismo tiempo ponerse la mano en el pecho de ambos matadores, ¡qué pronto nos convenceríamos de que no es oro todo lo que reluce!

Haciendo constar que salvo algún ser excepcional en el toreo, que todos hemos conocido y en cuyo pecho no cupo nunca el miedo, no hay lidiador, por valiente que sea, á quien no se le haya encogido el ánimo, temiendo sin razón; nosotros fijamos como regla general para conocer exteriormente en los lidiadores esa... falta de confianza, la de la mayor ó menor quietud en las suertes; el que más para, ese es el más valiente.

IV

LA IGNORANCIA

En la suerte de matar, al que no hace la cruz se le lleva el diablo

FERNANDO GÓMEZ *(El Gallo)*

VAN saliendo al redondel tantos y tantos espadas con pretensiones de matadores de alternativa, que ya hemos olvidado la cuenta de los que en este número se hallan: y no es lo peor que nos falte memoria para acordarnos del número que en el escalafón ocupan, si no que el público los olvide de tal modo que le cueste luego trabajo recordar sus nombres, ó siquiera sus apodos.

No deben culpar á nadie de la indiferencia que respecto de ellos guarden los aficionados: tuvieran más paciencia para obtener ascensos, estudiaran más, si es que algo estudian, y no serían olvidados. Conociéranse, midieran sus fuerzas, y muchos volverían sin desdoro á tomar las banderillas, abandonando el estoque, y el público no sería tan severo en sus juicios y aplaudiría, por el contrario, al hombre que, no

por falta de valor, sino de aptitud, dejaba los trastos, que no acertaba á manejar con la soltura y desembarazo que el arte exige. Varios ejemplos hay de toreros acreditados que intentaron ser matadores, tomaron la alternativa y se quedaron obscurecidos y sin contratas; y de otros que después de ensayar su aptitud para estoquear conocieron que no servían para ello, y obrando cuerdamente, continuaron manejando con acierto el capote y poniendo banderillas con verdadera destreza. No por eso perdieron en la estimación del público, que constantemente les colmó de aplausos en su larga carrera.

Porque no es suficiente tener valor y serenidad para emprender la carrera de matador de toros: se necesita algo más, y para tomar la alternativa mucho más que ser temerario y atrevido. Precisa conocer las condiciones de las reses desde que salen del chiquero, en cada uno de los estados que en la plaza tienen hasta que llegan á la muerte, para darles la lidia adecuada que requieran, lo cual es importantísimo y tan esencial, que por no atender y estudiar con verdadero espíritu de observación la índole, facultades é inclinaciones de los toros, hay muchos matadores que siendo prácticos en el manejo del capote y la muleta deslúcense al estoquear, porque á todas las reses las dan igual trasteo y á todas hieren de igual manera. De ahí la desigualdad que se nota en gran número de toreros; en ocasiones, cuando obedece el animal con nobleza y bravura, y con él hacen el juego natural y sencillo que se aprende como rudimento del arte, es realmente agradable apreciar aquel trabajo, que resulta poco menos que perfecto; pero otras veces, cuando ejecutan ese mismo trabajo con un manso ó con un toro que se ciña y se revuelva rápidamente en poco terreno, aquel espada se coloca al nivel de los aprendices más ignorantes. El trabajo de muleta y aun el de pinchar que en esos casos intentan, es idéntico, es el mismo tan aplaudido antes; pero como no debe serlo, claro es que para acertar una vez se equivocan en veinte; por eso hay matadores de buen nombre, de quienes se dice que valen y saben mucho *cuando quieren*, y de los cuales no faltará quien poniendo en duda ese valor y saber, atribuya el buen éxito en la muerte de algún toro, á que, respecto de él, fueron bien conocidas sus condiciones por el espada, al paso que en otros no vió lo que en sí traían; porque eso de «cuando quieren» estaría mejor dicho «cuando pueden, saben ó se atreven», que los buenos deseos por quedar bien á todos les son comunes.

Jóvenes matadores de toros hay ahora con alternativa y *todo*, en los que se ven esos deseos, que unidos á la valentía que les da la irreflexión propia de la edad, casi producen admiración al verlos matar algunos toros; y se nota en ellos que quieren aprender, y trabajan y bullen, y tambien imitan—aunque no sea bueno—lo que han visto aplaudido en otro; y se ve algunas veces que á las reses que humillan las pasan por alto, como es debido, y á las que se tapan las trastean por bajo y en redondo como manda el arte, y hasta se ha visto empapar bien y en corto, dando poca salida y consintiéndolas á las recelosas ó que se ciernen en el engaño produciendo esas faenas en el inteligente aficionado grata esperanza de que el buen toreo no se pierda.

Pero esa esperanza se desvanece muy frecuentemente al llegar el momento supremo de herir. Unos se colocan bien perfilados y en línea recta con el testuz del animal y *sin liar*, arrancándose rápidamente á clavar el estoque «á golpe» fiando á los pies su salvación. Otros, á más distancia, empiezan desde largo su cuarteo, y si hieren en lo alto no falta quien llama volapié á aquella suerte en que tanto corrió el toro como el hombre. Otros *lían* y dan la inclinación de muleta tan alta, es decir, bajan tan poco el brazo que el varetazo en él es seguro, cuando no el enganche en la chaquetilla ó en el sobaco. Y otros que también *lían*, se colocan bien, en corto y por derecho, atendiendo sólo al punto en que quieren clavar la espada; olvídanse de la mano izquierda, y, claro es, la cogida es inevitable, sobre todo si no apela, como los otros de quienes antes hablamos, á dar vapor á la máquina pedestre. Atendiendo sin duda á estos últimos, dijo Fernando Gómez las ciertísimas palabras que encabezan este artículo y que no cesaremos de recomendar siempre á los matadores de toros.

Por vaciar, ó según decía *Pepe Illo* por hacer el quiebro de muleta demasiado inclinado á la parte de afuera, no eran siempre buenas las estocadas de Montes, aunque era inmejorable su postura y colocación; por dar inclinación baja y recta al costado derecho, sin mover los pies, Redondo y Domíngez mataron, *recibiendo* á la perfección, tantos toros; por su inmejorable mano izquierda fué Cayetano un matador con quien no pudieron los de sus buenos tiempos; y por su especialísima dirección de muleta y haciendo tocar la mano izquierda que la guiaba en la parte superior del muslo derecho, dió arrancando sobre corto el ini-

mitable Salvador aquellas soberbias estocadas que pasarán á la historia con el nombre de *frascuelinas*.

Todos esos maestros y otros que no citamos fiaron á las manos lo que ahora se encomienda á los pies; todos, desde *Costillares* hasta ahora, han *liado* la muleta para esperar ó entrar á herir con el doble objeto, dicen las tauromaquias, de reducir al toro al extremo de afuera, que es el desliado, y de que no se pise; y siempre ha sido axioma en el toreo que el acto de la muerte del toro se debe considerar como un verdadero pase de pecho en cuanto á la colocación del torero para herir y el juego de la mano izquierda.

¿No se quieren observar esos preceptos? Adelante; y cuando falten pies á los que sin liar tapan la cara de las reses para herirlas á mansalva; cuando por falta de poder tengan que apelar á algún *tranquillo*, si saben buscarle, y cuando, aunque no se acuerden de hacer la cruz bien y con arte salgan rodando ó volando de la cabeza del toro, no se culpe á estos, considerándolos marrajos, de sentido, ladrones, etcétera, no, cúlpese á la ignorancia.

V

MILAGROS

QUIEN no crea en la Divina Providencia, véngase á presenciar una corridita de novillos de las que se verifican en la plaza de Madrid de pocos años acá, y seguro es que de allí ha de salir plenamente convencido de su error y confesándole con ingenuidad.

Allí verá toros grandes y cornalones, como no los dan en las corridas de abono, y contemplará lidiadores gigantes de estatura y también liliputienses, que no tienen más conocimiento del arte de Montes que el de saber por los retratos antiguos que usaba moña y coleta. Verá también figuras que parecen de hombres á caballo, que tanto entienden de jinetear como *Cúchares* de literatura: y verá, por fin, tales y tantas cosazas, que si á ellas no está acostumbrado han de ponerle los pelos de punta, y me quedo corto.

Pero no: nada hay que asuste en cuanto se va uno *jasiendo*, y en una tarde se *jase* cualquiera á ver derribar títeres que caen y se levantan con más frecuencia de la que quisieran, aunque no lo dan á entender.

Joven inexperto hay que, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se atreve á lo que nadie se ha atrevido, que es á entregar su cuerpo al furioso empuje de un astado jarameño de siete años, sin importarle un ardite sus fieras embestidas: y mozo jacarandoso de los que en la calle de Sevilla escupen por el colmillo, que montado en un jamelgo más flaco que esqueleto de sardina, y con una lanza en la diestra, más larga que la de Longinos, se resigna á que los monos le coloquen frente al bruto, para rodar por la arena á cada acometida, después de sufrir cada costalada de latiguillo que canta el credo, magullándole sus míseros huesos, que de cauchout resultan casi siempre. Si esos infelices, por lo que experimentan repetidas veces, no se hallaran convencidos de que los toros no matan, cómo habían de atreverse á cometer tantas barbaridades, desafiando la fiereza de otro bruto? ¡Con cuánta razón se dice que no hay nada más atrevido que la ignorancia!

Y realmente: si á los resultados se atienen, ánimos han de adquirir al observar que las *cogidas* por los toros traen mejores consecuencias que *otras*. Testarazo de órdago, volteo chino, talegazo en la arena, arriba otra vez y aplauso seguro, son las derivaciones de las cogidas por toros, que no parece sino que tienen cuernos de caracoles, tan sensibles, que al menor contacto los esconden. ¿Que no sale el milagro á pedir de boca? Otra vez será: y por de pronto el sastre gana y mantiene su taller con la compostura de taleguillas, chupas, chaquetillas, fajas, moñas y monteras que han sufrido deterioro, salvando con su interposición entre ambos seres el pellejo del más débil. ¿Que por una serie de lamentables equivocaciones tardan algunos individuos de la raza cornuda en encoger las astas, porque están desprevenidos cuando un mozo viene á echarse sobre ellas, y por esa causa sale éste pinchado? Pues para esos casos ahí está «Villa Gloria,» famoso hospital, á cuya creación tanto ha contribuído mi buen amigo D. Eduardo Rebollo; y si el arañazo se cura en pocos días, nuevos bríos para volver á la palestra, á ver si puede convertirse el rasguño en cornada, que la letra con sangre entra, y la fama marcha hoy en razón directa con el mayor número de puntazos y heridas que sufren los bravucones.

Estos, que por lo general tienen más pretensiones que Pedro Romero y Francisco Montes, y que en la práctica de su oficio no andan hacia adelante, van de costado como el cangrejo, y huyendo del toro se le encuentran siempre encima. Entonces vienen los lances raros, incomprensibles y extraordinarios: los capotazos y los pases de muleta dados en cuclillas y aun á gatas; las arrancadas en semicírculo, saliéndose al herir por el lado contrario al de la entrada, si es que el toro lo consiente y no se desembaraza del enemigo enviándole á volar como un dominguillo, y hasta ¡caso inverosímil, pero cierto! el acto de que un banderillero clave de frente un par y salga del embroque agachándose y por debajo del hocico de la res, como hemos visto hace pocos días á un aplaudido banderillero.

Si estos no son milagros, ¿para cuándo dejamos el uso de esa palabra? Si esta no es patente muestra del amparo que la corte celestial presta á esa incipiente torería, ¿á que cosa llamaremos protección?

Hechos tan continuados y repetidos, siendo tan estupendos, no acontecen por obra de varón, sino milagrosamente. El antiguo é inteligente aficionado madrileño D. Joaquín Marracci, á quien todo Madrid conoció hace cincuenta años, decía, cuando se hablaba del peligro á que se exponían los maletas de entonces lidiando toros de gran respeto: «No hay que tener cuidado, volteo más ó menos; Dios da el frío según la ropa.» A lo cual contestaba indefectiblemente el excéptico Santibáñez: «Sí, fíate en la Virgen y no corras.» Y esos refranes ó dichos dan á entender claramente que, por mucho que entre la fortuna en la suerte de cualquiera que se expone al peligro, bueno es ser cauto y precavido, y sobre todo, tener conciencia de lo que se hace, y saber cómo se hace y por qué y para qué.

Bien está el valor en el hombre que ha de lidiar toros, puesto que es la primera cualidad que debe adornarle; pero debe acompañarle la serenidad prudente que da el conocimiento exacto de tan peligrosa profesión. No siempre se repiten los milagros, aunque son harto frecuentes en nuestras plazas; y á lo peor llega un día aciago en que se pagan todas juntas, lamentándonos entonces los espectadores de haber aplaudido los desplantes peligrosos, ó de haber silbado la mala ejecución de suerte determinada. Ahí está bien reciente la desgracia del infortunado Antonio Lobo *(Lobito chico)*, acaecida en San Fernando, que no puede atribuirse

más que á la intemperancia del público, á falta de prudencia del muchacho y á sobra de pundonor.

No son esos actos de osadía y audacia los que constituyen el verdadero torero, por más que para cometerlos sean los atrevidos impulsados por la ignorancia, que tiene albergue en casi todas las localidades de la plaza, lo cual les disculpa hasta cierto punto: no es así como ha de sostenerse el arte de torear, sino observando sus reglas y preceptos; sin salirse de ellos por hacer alardes inoportunos: ni es torero de verdad ni de conciencia el que pospone á la buena ejecución de una suerte escrita, uno de esos actos *efectistas*, pero bárbaros, en que sin provecho alguno para el arte, la exposición aumenta en proporción á la barbaridad que se comete.

A las plazas de toros vamos á recrearnos admirando la valerosa inteligencia del hombre, no á presenciar bárbaros arrojos que siempre concluyen por originar desgracias.

VI

SUBORDINACIÓN

La importancia de las funciones que desempeña en las corridas de toros el primer espada, como jefe de las cuadrillas y director de la lidia, está universalmente reconocida, y se tiene por indiscutible la autoridad de mando que dentro del ruedo ejerce. Es una justa compensación á la responsabilidad del cargo.

Desde que hay cuadrillas de toreros, organizadas hace más de siglo y medio, ni una sola vez en ninguna ocasión, ni en parte alguna, se ha puesto en duda lo que dejamos afirmado: las autoridades, en sus antiguos y modernos bandos, reglamentos y disposiciones gubernativas, así lo han hecho constar, hasta el punto de que con nadie se entienden mas que con el jefe de las cuadrillas, á nadie amonestan mas que á él y á nadie (fuera de los actos puramente personales por otros ejecutados) castigan con multas ó de otro modo, si no al primer espada: el público á nadie hace

responsable del desorden que reine en el coso más que á ese Director, haciéndole frecuentemente duros cargos de una manera enérgica, si no se muestra activo, inteligente y severo con la gente que está á sus órdenes: y ésta ha admitido siempre con gusto esa imposición de mando jerárquico, en primer lugar, porque es forzoso haya entre todos los que se reunan con cualquier fin, sean de la clase ó profesión que quieran, uno que los presida, que los dirija y, en una palabra, que los mande; y además porque han reconocido que aquél que llega á ocupar el puesto de primer espada tiene más categoría y de derecho le corresponde, lo que de hecho nadie pone en duda. Podrá haber en las cuadrillas, y algnna vez se ha dado el caso de ello, algún picador, algún banderillero que entienda del arte de torear, tanto ó más que aquel espada, pero su deber allí donde ejerce cargo subalterno, le obliga á acatar las órdenes que se le den por su superior á semejanza de lo que sucede en la milicia, donde el General manda á veces un disparate, y hay que cumplirle aunque cueste la vida á cien infelices.

La idea de la subordinación debe estar de tal manera arraigada en el ánimo del que en el circo taurino ocupe segundo lugar, que, aparte de la manera de ejecutar la suerte que le está encomendada, lo cual es peculiar y exclusivo de su inteligencia y aptitud, en nada, absolutamente en nada ha de dar á conocer su disgusto, si le tiene por ser contrariada su voluntad. Que se le manda ir al toro no hallándose éste en sitio conveniente para la ejecución de una suerte lucida, no importa; allí debe ir y sacar, aconsejado por su entendimiento y capacidad, todo el partido posible de su difícil situación; que se le impide la práctica de una suerte que presumía había de proporcionarle justos aplausos, tampoco debe importarle; pues debe creer, aunque su amor propio se vea lastimado en cualquier sentido, que el jefe ha visto con más inteligencia lo que á él se le ha ocultado. Precisamente, tanto para la gente de á pie como para la de á caballo, tiene el arte del toreo reglas tan fijas é invariables, que practicándolas bien es casi imposible salir mal de ellas. Ha podido prohibirse á un picador, que salga á los medios ó á la parte de fuera de los tercios de la Plaza, cuando él creía que allí, dadas las condiciones de la res, obtendría gran cosecha de aplausos; pero, ¿quién impide que luego en otra vara, en sitio adecuado, clave con fuerza la puya en el principio del morrillo y terciando al mismo tiempo el caballo á la izquierda salve á éste y despida al toro, echándosele por delante, al tiempo que resuenan los aplausos que á porfía le tributen ovación muy merecida? ¿Qué ha de importarle á un banderillero que no le dejen correr un toro á sitio determinado, ó hacer con él cualquier jugueteo, si al tomar los palos é irse á la cabeza, logra colocarlos con arte y valentía?

De todos modos la obediencia al jefe es indispensable, porque en otro caso, el redondel se convertiría en seguida en lo que generalmente se califica de «merienda de negros.» Conque ahora, con esa obediencia (relativa hasta cierto punto) que por lo general existe entre los que de toreros se precian, hay ocasiones en que parece la Plaza un herradero; ¿qué llegaría á ser si cada uno hiciese lo que le acomodara?

No puede, ni debe resentirse el amor propio de ningún lidiador, porque el director del redondel le aparte de sitio determinado ó le ordene la salida en busca de la fiera, puesto que por algo y para algo es allí jefe responsable moralmente de cuanto ocurra. Toreros de fama hemos visto castigados unos y amonestados otros, que han obedecido ciegamente al primer espada y pasado algún tiempo han recordado con agradecimiento el hecho que por el pronto parecía rebajar su dignidad. Cien veces se ha recordado aquella reprensión del célebre Montes al inolvidable *Chiclanero*, cuando aquél mandó á este retirarse al callejón de la barrera porque al ir á poner banderillas se pasó una vez, solo una vez, sin clavarlas, y los que vivíamos en Madrid el año 1850 recordamos con alegría aquel arranque de Montes, cuando después de pasar de muleta Cayetano Sanz, como él sabía hacerlo, á un buen toro de Veragua, se armó á la muerte y en aquel momento le cogió el gran maestro por la cintura y empujándole al lado derecho le hizo perfilarse más perfectamente con el testuz de la fiera, diciéndole: *¡ahora! cítale y recíbele*, como así sucedió. Juan Gallardo, aquel bravo picador de toros, para quien José Redondo era un ídolo, sostenía una tarde competencia con el renombrado Trigo, apostando los partidarios de uno y otro sobre cuál pondría mayor número de varas á ley, matando menos caballos, y viendo en dos ocasiones que el toro no entraba á la suerte, á pesar de obligarle en regla, llegó al extremo de atar á la garrocha un pañuelo, á modo de banderola, para incitar á la res, pero Redondo tomo las riendas del jaco la segunda vez y le apartó, reprendiendo á Gallardo contra el gusto de sus amigos.

Reconocemos de buen grado que de entonces

acá se ha relajado mucho la disciplina, por efecto de diferentes causas, entre las que pueden citarse, como principales, la de la poca autoridad que tienen, por falta de carácter y otras *cosas*, los modernos jefes para imponerse, y el ningún apoyo que la Presidencia les presta para que sus órdenes se cumplan. Sin embargo, el que se precie de buen director de plaza, ó aspire á serlo, no debe dejar nunca de solicitar del Presidente que le apoye en su derecho para mandar en los demás lidiadores: para desechar caballos que ya heridos no pueden moverse: para retirar al callejón á los monos sabios, y para todo, en fin, cuanto acontezca en el ruedo, dentro del cual, es el dictador más absoluto que puede existir; que no habrá, así queremos creerlo, alcalde alguno que niegue pretensión tan justa, y deje de ordenar á los alguaciles y demás dependientes suyos, que den auxilio al director del redondel hasta usando de la fuerza, caso necesario; como que de otro modo resulta la lidia desordenada, el ganado no luce lo que debe, y hasta los areneros y monos sabios se suban á las barbas del primer espada, sin que haya un ministril que echándoles mano en el acto, los encierre hasta que al día siguiente los presente en la alcaldía para que los imponga el debido correctivo.

Ha llegado la desobediencia al extremo y en la Plaza es necesaria mucha subordinación. A la autoridad toca castigar severamente las faltas de disciplina como los demás abusos que se han introducido en daño de las corridas de toros; pero ¿á que no hace nada?

VII

CONOCIMIENTO QUE DE LOS TOROS DEBEN TENER LOS LIDIADORES

E tal necesidad es en los toreros tener un perfecto conocimiento de la inclinación, instinto y cualidades de las reses destinadas á la lidia, que en poseerle y comprenderle consiste casi siempre el buen resultado de la ejecución de todas las suertes. Si faltando aquel, alguna de éstas sale bien hecha y consumada, efecto será de la casualidad, y bien se alcanza que la casualidad no preside más que en poquísimas ocasiones á la mayor parte de las acciones de la vida, y que nunca debe confiársela el buen éxito de ellas, sobre todo tratándose de la existencia de un hombre. Puede éste, siendo valiente, ver el peligro y evadirse de él, fiado en su ligereza ó facultades físicas: pero ¡cuántas veces puede equivocar su ruta, su salida ó inclinación, retrasar ó adelantar su entrada y sufrir una cogida! Porque una suerte bien estudiada, perfectamente sabida y valientemente intentada, puede resultar deslucida y mal hecha, si el toro con que ha de ejecutarse no reune condiciones necesarias para practicarla.

No es mi intento en este artículo fijar reglas para torear, que esas ya están escritas en las tau-

romaquias con cuanta precisión y exactitud son necesarias; llévame solo el deseo de inculcar en el ánimo de los diestros la precisión que tienen de observar, desde el momento en que el toro sale al redondel, cuáles son las condiciones que muestra en los tres estados en que generalmente se presenta durante la lidia—y digo generalmente porque no siempre son iguales en todos.—Toro hay que pisa el ruedo *levantado*, y así llega á la muerte, sin haberse *parado*, y menos *aplomado*, al paso que otros salen parados y nada los saca de semejante estado, si bien refiriéndome á los últimos son pocos los que así empiezan, á no ser que estén enfermos, porque dicha cualidad responde y procede del cansancio y del castigo.

Un toro franco, noble, que por aparecer en plaza levantado quiera perseguir todo sin pararse ante ningún objeto, bien merece que un espada de conciencia extienda el capote, y con unas cuantas verónicas y navarras le pare los pies, para que sin perder gran parte de su poder vaya á los picadores y tome varas en regla: á otro incierto que por efecto de su codicia desparrame la vista y acuda donde menos se piense, bueno será que todos los lidiadores procuren presentarle los menos bultos posibles, y éstos muy de cerca, para que se acostumbre á acometer á un solo objeto y pierda inclinación tan peligrosa: y al que en las primeras suertes *se queda* sin salir del centro de ellas, procúrese castigarle duro y con hierro, aun á riesgo de que á la muerte llegue aplomado y con él no pueda efectuarse otra suerte que la del volapié. Si el torero llega á conocer bien la índole de las reses, tiene muchísimo adelantado para que cuantas suertes intente le salgan bien; sabrá el picador, por ejemplo, que para un toro que se le venga *suelto*, hallándose en los tableros, ha de sacar más palo que para otro que tome la suerte de frente, estando bien colocado; y que según la rapidez con que se vea acometido, á mayor ó menor distancia y observando si hiere más con un cuerno que con el otro, así podrá sacar el caballo ladeándole totalmente á la izquierda si de él usa, ó con un paso atrás en la misma dirección, si el cuerno derecho es el *maestro*.

Comprenderá el banderillero que á las reses que cortan el terreno ha de marcarles poco el cuarteo, para no verse obligado á hacer salida falsa; bien es verdad que si mucho sabe y tiene valor y facultades podrá *cambiarse* en su ruta al contrario de la que llevaba—aunque esto hay pocos que lo hagan,—y en cuanto á los espadas... mucho pudiera aconsejarles, pero son contados los que creen que de tauromaquia entienda el que no sea práctico. ¡Como si muchísimos hombres de letras no supieran más de arte escénico que gran parte de los actores, y los músicos por afición no entendieran á veces mejor que los cantantes el tono, aire ó matiz que deba darse á una frase, á una nota, ó á toda una partitura!

¡La falta de conocimiento en el espada acerca de las condiciones de las reses puede acarrearles disgustos y deslucimiento. Frecuentemente un toro noble, boyante, muy apropósito para ser *recibido*, es muerto de una estocada á paso de banderillas, arrancando ó al volapié: para el primer modo, para el de paso de banderillas, no es preciso trastearle mucho, basta practicar el cuarteo, poniéndose fuera de cacho: para el segundo, abusar más del trapo, y para el volapié, como hay que quitar al toro facultades que conserva, se usan muchos capotazos, muchos pases, mucho baile, mucha zaragata, para *marear*, no aplomar á las reses, que es el estado en que requieren aquel modo de ser muertas. Y esto consiste en una de dos cosas: ó en que los matadores que tal hacen no estudian la índole del ganado, ó en que, si saben, no tienen valor para matarlas frente á frente, por derecho y con arreglo al arte; porque eso de matar todos los toros de igual modo, siempre á paso de banderillas, siempre á volapié, ó aunque fuera siempre recibiendo, denota poco conocimiento en el espada, y si lo ejecuta muy acompañado de auxiliares... otra cosa que no quiero decir.

No se aprende lo necesario en poco tiempo, hay que estudiar y observar sobre el terreno; pero el que tiene voluntad, poca soberbia y mediano criterio, adquiere fácilmente en dos años lo que no consigue en diez ó más el que carece de aquellas dotes. Suponiendo que el lidiador que llega á ser espada posee las cualidades de entendido diestro, no puede atribuir á lo que llaman negra fortuna el mal cumplimiento de su cometido, si no á la falta de conocimiento de lo que la res indica en sus querencias, en sus acometidas y en el estado de sus facultades: porque si además de *ser torero* llega á comprender bien lo que es, puede y quiere un toro, seguro es que obtendrá aplausos, sobresaldrá por muchos y estará más libre de peligros que sus compañeros que de tales requisitos carezcan.

La perfección en el toreo la constituyen, en iguales condiciones de poder, valor y serenidad, el conocimiento de las suertes, unido al de las condiciones de las reses.

VIII

LOS MAESTROS

Si el torero ha de ser *completo*, para llevar con justicia el título de *diestro*, y mucho más para ser considerado como *maestro*, debe saber á la perfección todas, absolutamente todas las suertes del toreo, tal y como fueron escritas por Montes y practicadas por él mismo.

Tanto da para ello que se encuentre en la clase de picadores, como en la de banderilleros, que en la de espadas, porque en todas puede hacerse patente demostración de los conocimientos que ha de poseer el que quiera ser considerado con los calificativos mencionados; es decir—ampliando nuestra afirmación para mayor claridad—que el picador no ha de contentarse con saber picar, ni el banderillero con saber clavar los palos, ni el espada con trastear y hundir el estoque en el morrillo de las reses, sino que cada uno de ellos debe conocer al dedillo las suertes que los otros están encargados de ejecutar.

Y la conveniencia y la necesidad de que así se entienda por todos los lidiadores, no hay para qué encomiarlas, que á la vista saltan. Empezando por los picadores, hay que reconocer las ventajas que llevan los que saben cómo la gente de á pie debe prac-

ticar las suertes, sobre los que no comprenden más que la suya, ó sea tenerse á caballo, entrar á picar y salir, si pueden, ó caer, fiando su salvación á mano ajena. El que tiene la fortuna de haber puesto una vara echándose el toro por delante, y está atento al juego que el espada hace en ese quite ó en otros determinados, comprende desde luego, si el arte le es conocido, que el torero de á pie se le vuelve, ya sea con larga, ya con recorte, para que repita la suerte; y como lo conoce, como sabe el giro que la res toma en el nuevo viaje que la han marcado, se apercibe con tiempo, mejora su colocación si es preciso y sale airoso del trance; al paso que el picador que no atienda más que á su especialidad á caballo, sin cuidarse de lo que hacen los demás, puede sufrir un desavío por falta de precaución. El mismo puede, en caso de apuro, salvar á un peón que venga perseguido de cerca, llamando la atención del toro arrojándole el castoreño, ó emprendiendo acelerado viaje que corte el terreno del animal; y hoy ya no es posible, porque las modernas prácticas exigen que el picador no esté en el ruedo concluída la suerte de vara; pero antes, cuando sucedía lo contrario, en varias ocasiones acudieron los de á caballo en auxilio de los peones cuando éstos se hallaban en inminente peligro. Escrito está por un testigo ocular, y no hay aficionado verdadero que lo ignore, que cuando sucedió la desgraciada muerte del famoso *Pepe Illo* en el coso de Madrid el 11 de Mayo de 1801, el entendido picador Juan López procuró poner al toro una vara, yéndose á él resueltamente á caballo levantado; y Antonio Pinto, Manuel Lerma *(El Coriano)*, y en nuestros días Pepe Bayard *(Badila)*, viéndose alguna vez en peligro, ó con pocos ó malos peones á su lado para estar libres de un percance, han arrebatado á cualquiera un capote, y con él, y buenos lances, ó con el sombrero únicamente, han dado á la res salida larga y han conseguido quedar ilesos y obtener aplausos.

Pues si en los picadores hay conveniencia de que les sean conocidas todas las suertes del toreo, mucho más necesaria es en la gente de á pie, que con demasiada y criticable frecuencia corren los toros sin reparar por donde van, echándolos encima de los picadores, que al verlos llegar sueltos, difícilmente pueden librarse de la impetuosa acometida de la fiera, ó sobre un grupo de peones que tienen que salir por piés en atropellado desorden; todo por no saber que la suerte de varas es imposible que se haga bien, sin previa preparación, y por ignorar que la colocación de los lidiadores en la plaza, debe responder siempre á un plan preconcebido, que tenga por base el auxilio mutuo entre ellos sin estorbarse los unos á los otros. Por vicio y mala costumbre corren á todos lados en la suerte de banderillas, á preparar los toros, como si en tal caso fuese necesario preparación; y si supiesen bien lo que es el arte, dejarían á sus compañeros que buscasen las reses por sí mismos y á ellas se fueran en derechura, y cuidarían de estudiar la salida, no la entrada de los banderilleros, para estar al quite y acudir pronto, caso de necesidad. En este crítico momento de salvación, no hay ni ha habido entre los toreros modernos, quien aventaje, ni aun llegue al incomparable *Frascuelo* y al renombrado Mazzantini.

La importancia de un buen peón de lidia que en todos los trances se manifiesta, es de un relieve inapreciable en la ayuda que pueden prestar á los matadores, y para eso precisa que sepan tanto como ellos lo que es el arte. Un capote á tiempo, una vuelta oportuna, valen al espada tanto como su trabajo: del mismo modo que si se colocan mal cuando el matador se prepara para herir, pueden hacer que el toro desparrame la vista y manifieste incertidumbre. *Capita* para Montes, Muñiz para el *Tato*, Blayé para *Cúchares*, Juanillo para *Lagartijo* y Pablito para *Frascuelo*, han sido verdaderos auxiliares que les han servido de mucho y nunca les estorbaron, porque sabían el modo de matar los toros, tan bien como sus jefes de cuadrilla.

No queremos decir con lo manifestado que los picadores pongan banderillas, ni que los banderilleros monten á caballo, ni mucho menos quieran todos ser matadores: cada uno debe tener la especialidad á que más aptitud demuestre; pero debe también saber perfectamente la manera de ejecutar, con arte, todas las demas del toreo, del mismo modo que un abogado, v. gr., descuella en pleitos civiles más que en causas criminales, sin que haya dejado por ello de estudiar ampliamente y con igual extensión, el derecho civil y penal y hasta el canónico. Los picadores que antes van citados, Pinto, Lerma y Bayard, así como algunos otros, y los banderilleros también mencionados por sus nombres, han sido y son tan maestros en tauromaquia, como otros muchos, á quienes se ha dado ese título por ejercer mal ó bien—que sobre eso hay mucho que hablar—el cargo de matadores de toros: de esos lidiadores, de los que aún viven, deben aprender los muchachos que empiezan: no es preciso ser matador para adquirir con justicia el título de MAESTRO.

IX

LOS DIRECTORES DE PLAZAS

GENERALMENTE cuantas personas asisten á las corridas de toros lamentan el punible descuido que en la dirección de la plaza observan los jefes de cuadrillas. Unos por indolencia, otros por meterse en todo, algunos por falta de autoridad y muchos por sobra de ignorancia, *dejan hacer* á los banderilleros y picadores, que en su mayoría desconocen sus obligaciones y creen que con los toros pueden jugar cuanto quieran, según y como les plazca, á capricho y voluntad libres. No calculan los matadores el daño que, tal conducta les causa, el perjuicio que los ganaderos sufren, ni el que experimenta el público, que en último resultado, es el que paga y se fastidia. Lejos de colocar un peón, ó colocarse ellos mismos (los espadas) al estribo izquierdo de los picadores, permiten y autorizan que los peones, al ser abierta la puerta del toril, si sitúen enfrente con los capotes extendidos y agitándolos, para que acudiendo allí las reses se evite el encuentro con los piqueros

hasta que hayan dado dos ó tres vueltas en el ruedo en distintas direcciones, con viajes interrumpidos, destroncados por los recortes y recelosos y descompuestos hasta más no poder.

No hay ganado que con tal lidia pueda tomar el número de varas que indudablemente tomaría —á pesar de las malas condiciones que hoy reune, —y si á esto se añaden los puyazos en lo bajo, los garrochazos *zurcidos*, ó sea entre cuero y carne, y las picas rotas y clavadas, aunque sea en buen sitio, dígasenos claramente si es posible que haya toros, que siendo nobles de condición, no cambien ésta desde luego, pasando en el primer tercio á la condición de recelosos. Podría tal vez mejorarse dicha condición en el segundo tercio si los banderilleros supieran cumplir con su deber, pero sucede siempre lo contrario. En los tiempos del verdadero toreo la pareja de banderilleros salía sola desde los tableros en busca de la fiera, y sin que ningún capote se la preparase, ellos se colocaban si aquélla no lo hacía, y clavaban los palos sin pasarse, sino muy rara vez. En todas partes había toro. Hoy, desde los tiempos del *Gordito*, que para hacer quiebros tenía necesidad de ello, al sonar el clarín salen los banderilleros, acompañados nada menos que de un espada, á situarse en el centro del ruedo, y empiezan á correr á un lado y otro media docena de peones, arrojando capotes y recortando al toro, hasta que éste, rendido y cansado, se queda en los tercios colocado á placer y hasta completamente cuadrado. Entonces le llama el banderillero, y si acude pronto, el torero huye; si se retrasa aquél éste sale á buscarle, no se da el caso en ninguna corrida de que se hayan colocado los palos sin previas salidas falsas; y sabido es que las salidas falsas desengañan á las reses y las hacen aprender lo inconveniente. De aquí las *coladas* al pasarlos, los *extraños* y los *acostamientos* sobre un lado: de aquí los *encampanamientos* y *las humillaciones* insistentes, y de aquí los infinitos resabios que las reses adquieren y que tanto dificultan la lidia en su último tercio.

No es objeto de este artículo apreciar el mérito de los matadores en el trance supremo en que ejercen su profesión: es, como al principio va dicho, el de hacer que se fije su imaginación en la imprescindible necesidad que hay de modificar pronto, pronto, pronto, la enmarañada lidia que se da á las reses con tanto capotazo, tanta media verónica, tanto recorte y tantas idas y venidas, que llenan de confusión el ruedo y hacen que los toreros más parezcan mozos inexpertos de capeas en villorrio, que diestros contratados en la primer plaza del mundo. Preciso es que los matadores se convenzan de que faena tan mala como la que consienten no puede acarrear otra cosa que el descrédito de las ganaderías y el suyo propio: que perdiendo los toros poder y adquiriendo resabios, la lidia se hace difícil, y que están obligados á hacer entender á los peones que su misión con los capotes consiste *únicamente* en obedecer las órdenes del Jefe de las cuadrillas, sin soltar uno, ni por casualidad, cuando á ellos se les antoje—salvo el caso de acudir en socorro de un compañero.—El peón allí no es más que un auxiliar, sujeto á la voluntad del espada en todo y para todo, concediéndosele tan solo que en la suerte de banderillas vaya, entre y salga como su valor y conocimiento le dicten, pero procurando siempre no hacer salidas falsas, que tanto enseñan al toro. Los toreros atendían en lo antiguo con igual cuidado á todas las suertes de la lidia desde que se abrian las puertas del toril hasta que se cerraban las del arrastradero. Eso de estar auxiliando y mareando á los toros cuatro, seis y más capotes, particularmente á la hora de la muerte, no se conoció nunca, en Madrid al menos, hasta que toleró la zaragata el renombrado *Cúchares*, en la época de su decadencia y no antes, y ¡cosa singular! hoy no intervienen eficazmente los peones en auxilio de los espadas más que cuando éstos no tienen confianza en sí mismos.

Destierren, pues, los jefes de cuadrilla tan perjudicial corruptela, que nadie ha de ganar en esto más que ellos mismos, puesto que más fácil es matar un toro noble y boyante que otro resabiado, querencioso y en defensa. Los toros nobles si no están corridos antes, como no deben estarlo, los hacen de sentido los toreros con sus abusos en la lidia. Evítense éstos, y tal vez vuelvan á ser las corridas de toros lo que fueron á mediados del presente siglo, de lo contrario el arte de torear está perdido.

X

CÓMO SON Y COMO FUERON LOS INSTRUMENTOS DEL TOREO

REFERIREMOS cuáles son los instrumentos que se usan en el toreo y los que se usaban hace cincuenta años. De la comparación podrá sacarse alguna provechosa enseñanza, y tal vez facilite la averiguación de los motivos que hayan contribuído á desnaturalizar la lidia en unos casos y á variarla en otros casi por completo.

Empezaremos por la puya de las garrochas.

Desde el siglo pasado ha venido usándose por los picadores la pica ó pincho de la puya de igual forma á la actual, ó sea en forma cónica, de tres lados limados, pero no vaciados, y próximamente de la misma medida de escantillón; en lo que ha habido muchas variaciones, según las épocas y circunstancias, ha sido en los topes, cuya forma ha cambiado frecuentemente. Según la *Tauromàquia* de *Pepe Illo*, edición con láminas de 1804, los topes de la pica de acero tenían la forma alimonada que hoy conservan y que fué restablecida en Madrid

por el gobernador D. Juan Moreno Benítez, en una junta por él convocada de ganaderos, toreros y aficionados. Venían quejándose los picadores, *Curro* Calderón uno de ellos, de que la forma redonda, ó de naranja, que poco á poco fué introduciéndose en las Plazas desde la época en que fué Corregidor en la corte D. Pedro Alcántara Colón, duque de Veragua, les daba poca defensa, porque les impedía herir de otro modo que de alto á bajo y, por consiguiente, sufriendo inevitable caída; al paso que de ser el tope alimonado les era posible echarse los toros por delante sin rasgarlos, y sin que en el morrillo tocase antes la pelota de estopa que la puya; y oídas las observaciones que todos hicieron, quedó adoptada, como hemos dicho, la garrocha con tope alimonado, con puya de tres cantos, sacados á lima, no vaciados y de igual tamaño al que hoy tienen las que en nuestra Plaza se usan. En esto no hay variación y se respeta lo acordado; sin embargo, hay una circunstancia, un detalle especial que altera esencialmente la principal base del acuerdo aquél; los filos del acero son sacados á lima efectivamente, pero no á lima basta, que deja rayas en el hierro y la consiguiente aspereza para que se corra por la piel con poco impulso que se la dé, sino á lima finísima y algunas veces pulimentada con esmeril, cuyo rastro no se nota y que convierte cada uno de los lados del triángulo en un corte como de navaja de afeitar. De esto á vaciarlas no hay distancia alguna, el procedimiento será distinto, el resultado es igual; por eso las garrochas quedan clavadas y se ahondan con tanta facilidad en los agujeros que, con intención, hacen los picadores en el morrillo ó en peor sitio, y por eso los tales piqueros zurcen sin compasión á los pobres animales; lo cual no podrían hacer si el pincho fuese áspero, trabajoso para entrarle; porque la pica, como su nombre expresa, es para picar, pinchar, clavar si se quiere, no para rasgar ni aun para pasarla más allá de los topes, que para este fin se la colocan. Debe, pues, continuar la garrocha siendo lo que es hoy, alimonada en sus topes para facilitar la defensa de los picadores, pero afilada con lima ordinaria que raye el hierro, para que el ganadero sufra menos que hoy las consecuencias de los abusos.

«La banderilla es un palo de dos cuartas y media de largo con un hierro á la punta á manera de arpón.» Si viese *Pepe Illo*, que así las describió, las que hoy se usan, ¿qué diría? Desde un tamaño de 45 á 50 centímetros que tuvieron al de 75 ú 80 que hoy tienen, han crecido poco menos que otro tanto. Así sucede, que pocas, muy pocas veces, las veamos clavar de arriba abajo alzando los codos; ¡si son tan largas! Más fácilmente se clavan de costado soslayándolas con menos exposición y á veces con más aplausos; en particular si antes de entrar á la suerte hace el diestro un par de saliditas falsas con «danza de vientre» y al salir, otra filigrana churrigueresca que causen la admiración de los imbéciles. El tamaño de las actuales banderillas debe reducirse lo menos 12 centímetros, que las suertes del toreo, para ser buenas, para tener mérito, han de ejecutarse *estrechándose* el hombre con el toro cuanto más mejor.

Algo también han alargado los estoques los matadores de estos tiempos, no mucho en honor de la verdad, pues si en lo antiguo fueron de tres cuartas y media la hoja y de unos seis dedos la empuñadura, ahora rara vez exceden de una vara, no llegando nunca al metro. Eso puede pasar, pero no la muleta ó muletaza que usan actualmente. Cuando la inventó Francisco Romero, la dió el nombre de muletilla: cerca de un siglo después se la llamó muleta, y hoy debiera llamársela toldo de garabito. Fué pequeña, de media vara por el lado del palo y de una vara de largo; continuó lo mismo, con corta diferencia, aunque Julián Casas la dió más vuelo, pero no mayor tamaño; creció bastante en manos del *Gordito* y la aumentaron sus discípulos de tal modo, que á nadie, por ignorante que fuese en la materia, se le ocultaba que aquel rojo trapo se ponía de pantalla contra el miedo más que de auxiliar poderoso en pró del arte. Se ha dado el escándalo de presentarse en el ruedo de Madrid más de un matador con una muleta de dos varas de larga, cinco de vuelo y una de largo del palo; y porque con ella ha dado un cambio al toro á dos varas de distancia, se le ha aplaudido frenéticamente como á una acción de gran mérito. A tal público, tales toreros. Ese instrumento de que hablamos debe volver á su primitivo origen, á lo que fué cuando no se conocía á doña Cerotipia, única para quien son buenos tales refajos.

Cuanto á la capa de faena, salvo que la de los peones, era de holandilla de hilo fuerte y no de seda cruda como ahora, poca alteración ha sufrido. El modo de usarla es el que ha tenido desgraciadas modificaciones, que nunca se tomó á dos manos sin tener los pies parados.

XI

LOS GANADEROS

OSEFN vacadas de reses bravas, que dedican á la lidia, algunos señores que no dan señales de conocer á fondo sus verdaderos intereses. De igual manera, y observando igual conducta que el dueño de la gallina de los huevos de oro, ponen especial empeño en sacar hoy el mayor producto posible á su ganadería, aunque mañana quede reducida á escasos rendimientos.

Si con esa conducta no saliéramos perjudicados los aficionados á la fiesta nacional, guardaríamos silencio, porque en realidad cada uno es dueño de administrar sus bienes según mejor le parezca; pero es que con los intereses del ganadero se confunden primeramente los de las empresas y después los de los diestros y los del público, que es quien paga siempre los vidrios rotos, en resumidas cuentas.

El gran consumo que se hace de reses bravas, lo mismo en España que en el extranjero, puesto que hasta las repúblicas

americanas, se surten de las que en nuestra nación se crían, con motivo del gran número de plazas nuevas y el aumento de funciones que en todas se verifican de algunos años á esta parte, justifican en cierto modo el exhorbitante precio que alcanza el ganado de lidia; el mayor arrendamiento, ó mejor dicho, el mayor precio de la renta que por cuestión de pastos—el que no los tenga propios—ha de satisfacer con relación al que los prados y dehesas tenían hace algunos años, también favorecen sus pretensiones, que reconocemos y hacemos extensivas á los que no llevando alquilados dichos terrenos, por ser de su propiedad particular, han de tener en cuenta la renta que en otro caso habían de redituar.

Pero si todo eso abona la exigencia de cobrar alto precio por cada toro, hasta el punto de hacerse difícil á las empresas presentar buen ganado y de nombre, no se justifica de ningún modo, cuando las reses carecen de los requisitos más precisos para ser presentadas en plazas de primer orden. ¿A qué repetir las traidas y llevadas frases de falta de edad, mal trapío, defectuosos, etc., que con razón extiende todo el mundo, cuando juzga del ganado que hoy se lidia? Por sabidas las callamos y como ciertas las acatamos.

No diremos que todos, pero sí que la mayor parte de los ganaderos actuales guardan y crían como toros de casta, y hierran como de casa, becerros que ni aun para cabestros podrían ser más tarde destinados, y que, sin embargo, á los cuatro años y cuando más al cumplir cinco yerbas, ostentan la divisa que en tiempos anteriores dió renombre á la vacada. No se crea, como es voz general maliciosamente extendida, que los toros de poca edad son lidiados porque no pueden atender los dueños de las ganaderías á los pedidos y se les concluyen los que realmente son toros de reglamento, viéndose precisados á venderlos de cuatro años y aun utreros, no: alguna vez, en determinada vacada poco numerosa, podría acontecer, pero la causa no es esa. Se echan á los circos toros jóvenes, porque se cobran á igual precio que los de cinco años ó más, y es un ahorro de gran consideración el alimento, cuidado y contingencias que cada año representa; van á la lidia toros jóvenes porque el extragado gusto del público, y el vicioso toreo que hoy se estila, exigen ligereza en las reses, poca ponderación en sus carnes y mucha blandura en los huesos, que un toro hecho de más de cinco años y bien criado, se cansa y fatiga con los recortes continuados, y concluye por recelarse y ponerse en defensa, y claro es, hace más un cuatreño que un toro de edad reglamentaria. Si por un lado se ahorran gastos y por otro ven que cumplen mejor los bichos jóvenes, si no en poder y buenas condiciones en ligereza y aptitud para algunos toreros, hacen bien, vendiendo lo que más les vale; pero han de permitir que se les diga, que con esa conciencia «al freir será el reir».

Por causas que todos conocemos y que no hemos de reproducir, puesto que antes de ahora las hemos expuesto, las corridas de toros *van bajando*, tal ha sido el abuso que con ellas se ha hecho, repitiéndolas hasta la saciedad: de tal manera se verifica la lidia, que en nada se diferencian la de un día, y la de otro y otro, pareciendo la repetición de esas *piececitas* de á dos reales acto, que aplaude siempre la *misma* gente, y no otra, salga bien ó salga mal; y á tal precio y de tales condiciones son las reses que los ganaderos dan. Pero eso no durará, ha empezado á caer y caerá, y no son los ganaderos los que menos culpa tienen.

Si por una de esas complicaciones que tan fácilmente sobrevienen en toda clase de asuntos, cualqnier empresa de la plaza de toros (hablamos en hipótesis), la de Sevilla, donde se matan más de cien toros al año; la de Barcelona, que no consume menos; la de Madrid, en que pasan de doscientos los que son sacrificados anualmente, creyese un día ventajoso á sus intereses, adquirir toros de ganaderos lusitanos ó suspender las corridas, ¿qué harían los dueños de vacadas españolas? ¿Podrían todos soportar por más de un año la falta de venta de ganado? Algunos puede que sí, otros seguramente no; que alentados por el éxito y aguijoneados por la codicia, han admitido en las tientas, por buenos, los becerros que debieran ser bueyes; es grande el número de los que han de mantener y no todos los pastos arrendados son de suficiente cabida para toros, aunque la tengan para becerros.

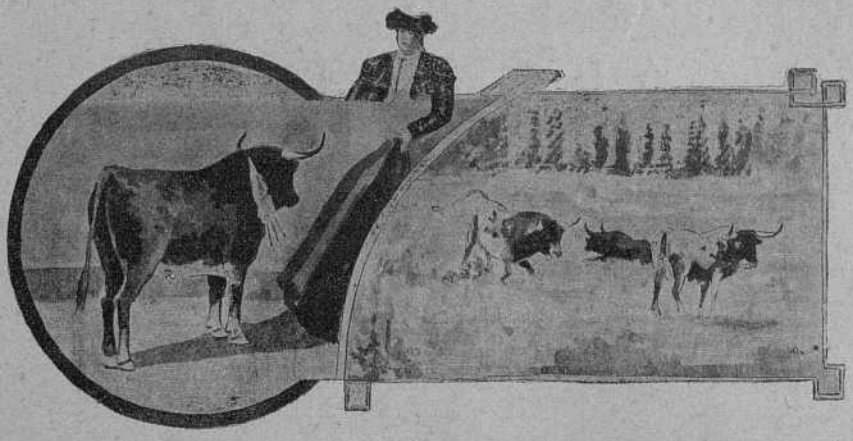
Todos los inconvenientes referidos y otros que por sabidos se callan, pudieran fácilmente remediarse, apelando á la buena fe de ganaderos y empresarios, ya que las autoridades no quieren interesarse por el público en general.

Dijérase en los carteles que los toros de la corrida que anunciaban, aunque de la ganadería cuya divisa ostenten, no llegan á más edad que la realmente acreditada, que carecen de defectos ó adolecen de los que les aquejen, tales y como sean: y que son estimados en la vacada por su trapío, corpulencia y antecedentes, como de primera, segunda ó tercera clase, y el público no tendría, como

ahora, derecho á ver siempre toros de primera y de la edad de cinco años como *mínimun,* que es lo que exigen los reglamentos. ¡Pero cualquier día aceptarían los ganaderos esas condiciones! ¡ellos que cobran el precio que quieren por toros buenos, medianos y malos, como se venden los garbanzos al por menor!

Si hoy viviera, siendo Gobernador de Madrid, D. Melchor Ordóñez, no habría corridas de toros, porque no podría haber empresa que pagase doce mil pesetas por seis toros, ni ganadero cuyas reses fueran desechadas por pequeñas, flacas ó de mal trapío, y, sin embargo... falta hace atajar la codicia de muchos ganaderos, para quienes el dinero es lo más y el espectáculo nacional lo menos, sin tener en cuenta que, desapareciendo éste, su fortuna bajaría un 80 por 100, cuando menos.

¡Podría decirse tanto sobre el particular!



XII

Á LOS GANADEROS

N consejo á los mismos, valga por lo que valiere: Cuanto mayor sea el celo que emplee un ganadero en cuidar de su vacada, mejor ha de ser el resultado que obtenga con la lidia de sus toros.

Ha de tener tal cuidado en proporcionarles buenos pastos, aguas abundantes, separación de cabezas y atención á la mejora constante de sus condiciones, que el menor abandono, la más insignificante tolerancia, pueden refluir en el descrédito de las castas, aunque éstas hayan debido su origen á ganaderías de fama.

Y además de los cuidados del campo, que no son pocos, hay otros de verdadera importancia que son muy de tener en cuenta antes de presentar las reses en el redondel, por que si esto se verifica inmediatamente después de un viaje largo, de una conducción en cajones sin dar tiempo al descanso necesario, ó si éste ha sido en malos terrenos y con desigualdad de clima es muy posible que el ganado pierda condiciones de bravura y de poder.

Por desgracia, para la afición taurina y aun para los criadores de reses bravas, no todos los que actualmente cuidan ganaderías tienen con ellas el esmero debido, ni los conocimientos que su clase exige, y atienden más á los beneficios pecuniarios que puede reportarles el negocio, que al engrandecimiento de su nombre y á la mejora de la raza, sin que por eso dejemos de conocer que todavía hay dueños de vacadas que ponen especial empeño en atenderlas, para colocarlas en alto puesto por sus magníficas condiciones de lidia.

¡Pero son tan pocos los que se ocupan en detalles de apreciación! ¡Son tantos los que consideran nimios y sin importancia ciertos procedimientos del toreo!

Los buenos ganaderos demuestran siempre tal cariño y afición á sus vacadas, que es para ellos asunto principalísimo cuanto se relaciona con las mismas. Los que sin entender gran cosa de su crianza, confían ésta á manos secundarias, pueden tener por seguro que su ganadería irá decayendo cada vez más, así les haya costado y cueste enormes sumas su adquisición y dominio. Por algo hay un refrán que dice: «hacienda, tu dueño te vea».

Nosotros no hemos conocido ganadero de toros más aficionado, más entendido ni más celoso del buen nombre de su ganadería, que el Sr. D. Pedro Colón, padre del actual duque de Veragua. Tanto tiempo tenía para visitar su vacada, como para atender á sus cuidados de la Corte, y más de una vez dejó estos por atender á aquella. Ni el agua, ni el frío, ni los grandes calores arredraban aquella viril naturaleza para pasar horas y horas á caballo, removiendo el ganado, apartándole y situándole en las dehesas más convenientes á su mejora. Y no hay que hablar de los cuidados que se tomaba cuando á Madrid ó á otro punto se conducía una corrida suya. Tales precauciones adoptaba, tales disposiciones daba y tales encargos hacía á sus excelentes mayorales y dependientes, que en un tiempo llegaron á criticarse por extremadas y pueriles en ocasiones; y, sin embargo, el éxito venía á demostrar que bien sabía lo que se hacía, y lo que hizo fué la primer ganadería de España.

Nunca hubiera consentido aquel inteligente ganadero que otra persona que el mismo, señalase el lugar que cada uno de sus toros hubiese de ocupar en una corrida. Es un derecho de antiguo reconocido, y él nunca renunciaba sus derechos. Tenía también el de examinar las puyas para ver si estaban arregladas á escantillón y siempre las medía por sí mismo, y rara fué la corrida en que no hizo reclamaciones, contendiendo con toreros, empresarios y hasta con autoridades, llegando el caso de provocar conflictos, que el Gobernador D. Melchor Ordóñez, el más enérgico de cuantos en Madrid ha habido, resolvió en su favor. Él hizo usar los topes alimonados en las garrochas, que alguien quiso cambiar y que desde fines del siglo anterior venían usándose; y él fué el primero que se negó rotundamente á que sus toros se corrieran con esas enormes moñas que les ponían en las corridas de Beneficencia y que realmente descomponían la cabeza de las reses. Todavía hizo más, cuando se introdujo en la plaza de Madrid, allá en tiempos del gran empresario D. Justo Hernández, la costumbre de que una banda de música amenice los intermedios en las fiestas de toros, se opuso terminantemente á que fuese colocada en la meseta del toril, mientras sus toros se hallasen en los chiqueros, que no quería que el ruido del bombo y los platillos atronase á los animales, ni los descompusiera por levantarles la cabeza ¡Bonito genio tenía S. E. para que los monos sabios, como hacen hoy, toreasen ó distrajesen sus bichos! ¡Como que él iba á consentir tantos recortes y destroncamientos como, sin necesidad, se hacen ahora! En el acto hubiera acudido á la Presidencia, pidiendo la imposición de multas y si no era atendido, hubiérase negado á dar sus toros, según hizo en más de una ocasión.

Con ese cuidado, con ese desvelo, con ese celoso empeño, se forman las buenas ganaderías.

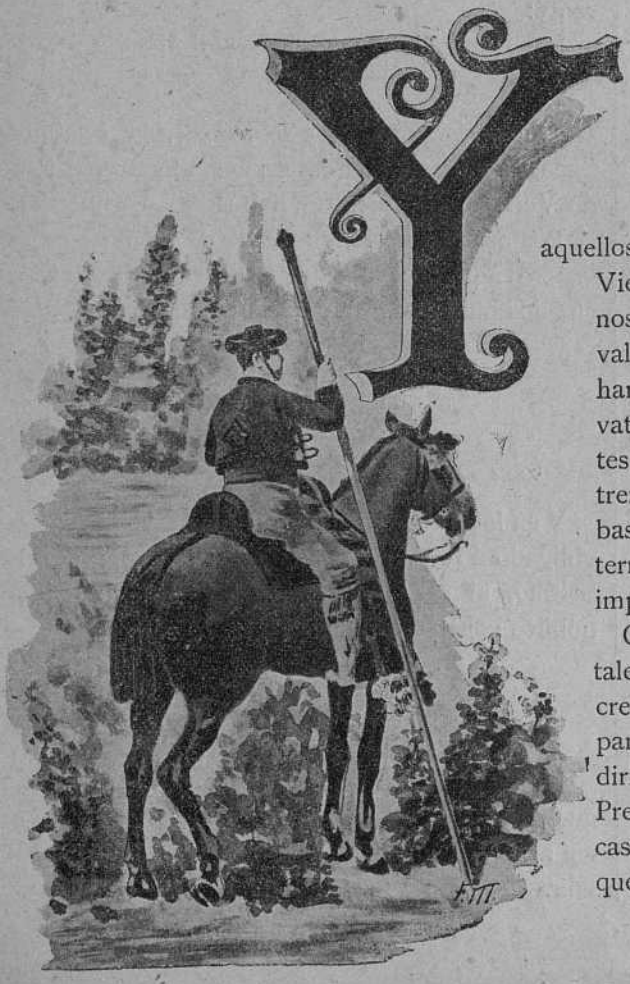
Porque, salvas algunas excepciones, que las hay, aunque no abundan, los actuales dueños de vacadas creen que procurando á sus reses buenos pastos, engordándolas, tienen ya conseguido el objeto que se proponen, y así es cuando sus aspiraciones se limitan á presentarlas en buen estado de carnes y de láminas, y luego salga lo que saliere. Cierto es que los toros son como los melones, que no se sabe si serán buenos ó malos hasta que se prueban; pero también es verdad que hay muchas probabilidades de que dicha fruta sea buena si procede de buena semilla, la ha producido buena tierra y se la ha cuidado con esmero. Es preciso que los ganaderos imiten al antiguo duque de Veragua y á otros de su tiempo, que ponían la condición en sus contratos de venta de que los toros que no se lidiasen por cualquier eventualidad, habían de ser sacrificados en el matadero público, sin consentir su reventa: es necesario que á imitación de aquél, no olviden, si las

han aprendido, las buenas prácticas taurinas que tanto les interesan: es indispensable que no consientan con sus toros el menor abuso: que no cedan su antigüedad, por el beneficio del momento, como han hecho muchos y que sepan de memoria los reglamentos de las plazas donde se lidien sus reses, para exigir con energía el amparo de sus derechos, trátese de empresas ó de toreros: y tengan todos presente que es más importante de lo que á primera vista se cree un detalle, una insignificancia al parecer trivial, como, por ejemplo, la asistencia á los actos de encajonar, encerrar y apartar las reses para enchiquerarlas, pues que un tablonazo, un portazo ó cualquier otro incidente, pueden derrengar un toro ó al menos resabiarle, convirtiéndole de bravo en temeroso y de sentido.

Dada la situación á que ha venido á parar el toreo, todas las precauciones que indicamos y otras más que aprecian sobre el terreno los inteligentes, deben tenerlas muy en cuenta los ganaderos, si no quieren, como antes dijimos, ver la decadencia de vacadas famosas, que costó mucho trabajo acreditar, mucha constancia, gran voluntad y decidido empeño.

XIII

LOS TOROS DE LA TIERRA



Aquellos famosos toros criados en la Sierra de Colmenar Viejo, que al aparecer en el ruedo de los circos taurinos, hacían temblar las chorreras de los toreros más valientes que entonces vestían de moños? ¿A dónde han ido á parar las soberbias castas de Hernán Chivato, Elías Gómez, Manuel Aleas y Juan José Fuentes, que, con otras, fueron el terror de la gente de pelo trenzado? Aquél alto renombre de los toros grandes, bastos y cornalones que se revolvían en un palmo de terreno, girando sobre las patas, como gira una veleta impelida por el aire, ¿dónde está?

Camino llevan de desaparecer los restos que de tales castas quedan. Y no somos nosotros de los que creen que sus actuales dueños no tienen condiciones para dedicarse á su cuidado y que no entienden de dirigir la crianza de reses bravas: todo lo contrario. Precisamente ese esmero que ponen para afinar las castas, creemos que es uno de los motivos principales que hay para que degeneren. Más fuerte se cría el

niño con alimentos sanos y digestivos, aunque el refinamiento los considere ordinarios y de mal tono, que con dulces y alfeñiques: más robusto á la intemperie que entre cristales, y más atrevido y bravo es cuanta mayor es su ignorancia y la confianza que tenga en sus fuerzas físicas. ¿Defenderían los gomosos sietemesinos de hoy su patria con tan bélico ardor como la defendieron sus abuelos hace más de ochenta años?

Pues lo mismo puede suceder—y cuidado, que no decimos que suceda—con los toros de Colmenar Viejo, en nuestra pobre opinión. Sin tener presente el fin que tuvieron aquellos toros de la famosa ganadería de Gaviria, cuyos portentosos hechos, en el primer tercio del presente siglo, cuida la tradición de reproducir constantemente, los ganaderos de la tierra—que así decimos á los de Colmenar y sus cercanías—vienen dedicándose con laudable asiduidad, y sin escatimar gastos n fatigas, á lo que se llama *afinar* la casta, y en eso, principalmente, esta su error. No hay que asustarse de la palabra. Ya sabemos que en esa afinación entra, como base principal, el cuidado en observar cómo se desarrolla la res en cuanto á sus instintos bravíos y también en lo tocante á su armadura y corpulencia; y mejor que nosotros saben todos los ganaderos cuán preciso es distinguir si el animal tiene más semejanza con la madre ó con el padre, para comparar y tal vez hacer cálculos probables de su mayor ó menor bravura, según la historia que sus antecedentes tuviesen en la vacada. Pero sin desatender esos cuidados, parécenos, y tal vez estemos equivocados, que los ganaderos de Colmenar se están preocupando demasiado para presentar en las plazas toros de buen trapío y preciosa lámina, sin tener en cuenta que no han sido en lo antiguo los toros de la tierra los que por esas circunstancias se han distinguido; si no por su fiereza salvaje, si se nos permite la frase; toros hoscos, bastos, de tantas fuerzas en las patas como los de Portugal, ordinarios, en fin, pero bravos y valientes y duros y pegajosos. Bien puede apostarse que á D. Elías Gómez y á D. Manuel Aleas, les costaba mucho menos criar un toro de lo que hoy les cuesta á sus hijos; y, sin embargo, acreditaron de tal modo sus ganaderías, que dura más de medio siglo su fama con justísima razón. ¿Será que los toros nacidos en la sierra no pueden ser *finos* sin perder bravura? ¿Han de ser montaraces, que tengan por costumbre ver poca gente y disfrutar pastos de calidad apropósito, mejor que de abundante regalo? Bueno será que estudien el problema las personas á quienes interesar puede, para saber con certeza si los procedimientos que innegablemente son buenos y surten apetecidos efectos en todas las comarcas del Sur de España, deben seguirse en las provincias del Norte, que tal vez el clima y las condiciones del suelo exijan distintas aplicaciones en la crianza de reses bravas.

Por lo demás, ni un fracaso es irreparable, ni hay ganadería española que no le haya sufrido. Años hace que el inteligente ganadero D. Justo Hernández soltó en el ruedo de esta Corte, seis hermosos toros, procedentes de la afamada ganadería que compró á D. Fernando Freire, de Sevilla, y defraudaron de tal modo las esperanzas de los aficionados, que salieron mansos del chiquero y mansos murieron, llegando á suponer el dueño si en el agua de las pilas de los corrales habrían arrojado substancias narcóticas los enemigos de la Empresa. Cuando los toros andaluces de Hidaldo Barquero estaban más acreditados, hubo una época en que dieron en nuestra plaza tan mal juego, que gritaron los aficionados

Toros de Hidalgo Barquero...
que devuelvan el dinero.

Y de los mismos de Aleas, en otra ocasión, se cantó:

Si dan toros de Manuel Aleas
poco pierdes aunque no los veas.

¿Qué más? en una célebre corrida celebrada hace ya más de cuarenta años, al correrse toros de Veragua, que siempre han sido los primeros de la Península, tuvo la humorada de escribrir un revistero aquella copla que tanto ruido hizo en los círculos taurinos, y que decía en su primera parte

Los toritos
de Veragua
como el agua
blandos son, etc., etc.

Y en los últimos años de la plaza vieja, se vió obligado á retirarse del palco el Sr. Marqués del Saltillo, al ver foguear toros suyos y oir gritar al público constantemente:

De los toros del Marqués,
Liberanos Dominé.

Como esos ejemplos podríamos citar muchos, que probarían lo que todos sabemos. El toro es un arca cerrada de la cual no se sabe qué puede salir. Pequeño y feo era *Jaquetón*, de Salas, que